Pociones

Elixir

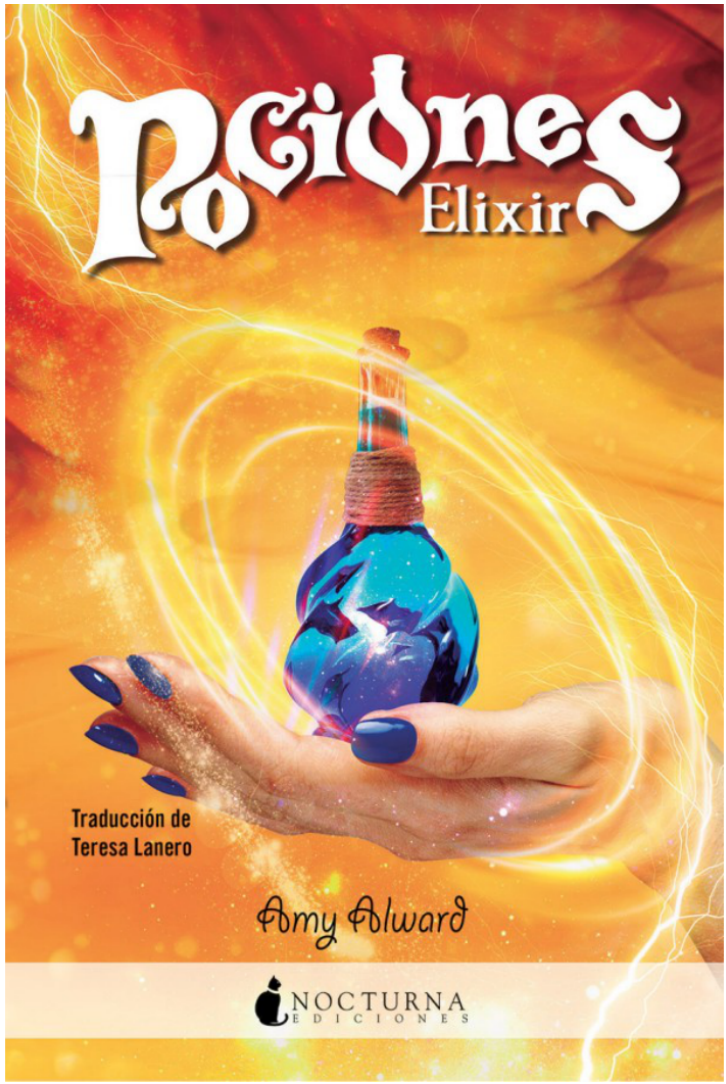
Traducción de
Teresa Lanero

Amy Alward

NOCTURNA EDICIONES

Pociones

Elixir



Traducción de
Teresa Lanero

Amy Alward

NOCTURNA
EDICIONES

Amy Alward

Pociones
Elixir

Traducción del inglés
Teresa Lanero

NOCTURNA EDICIONES

Título original: *The Potion Diaries: Royal Tour*

Publicado en Gran Bretaña por Simon & Schuster UK Ltd

© de la obra: Amy Alward Ltd, 2016
© de la traducción: Teresa Lanero, 2017
© de los detalles que acompañan el texto: Lehanan Aida, 2016
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición digital en Nocturna Ediciones: marzo de 2018
Edición Digital: Elena Sanz Matilla
ISBN: 978-84-16858-53-8
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Lofty: algún *día*, *todos los días*.

POCIONES
Elixir

1

www.expedicionsalvajeadebate.com/foros/

LAFAMILIAKEMI

Bienvenidos a los foros de Expedición Salvaje a Debate, donde se recogen todas las discusiones de la red sobre las expediciones salvajes. Las reglas son sencillas: no se puede publicar de forma anónima, revelar información personal de ningún tipo ni adjuntar enlaces sin verificar. Las decisiones de los moderadores son inapelables. Gracias.

El equipo de moderadores de ESD

NOTA PARA LOS NUEVOS MIEMBROS: Este subforo es exclusivamente para debatir acerca de la familia KEMI y su relación con la Expedición Salvaje. Cualquier publicación relativa a la CORPORACIÓN ZOROASTER, a la familia PATEL, a la familia CRUICKSHANK, a la familia MENZOA o a cualquier otro alquimista de Nova se trasladará al subforo correspondiente. Respete a todos los miembros del foro y DISFRUTE DE LA EXPEDICIÓN.

63 341 lectores; 740 en línea
7506 publicaciones; 51 nuevas desde la última vista

[PUBLICACIÓN DESTACADA] **AlquimiRox21 pregunta:**¿Cuál es el

mayor logro de la familia KEMI? Por favor, argumentad la respuesta con pruebas históricas.

563 respuestas

[Más reciente] **Conspirador2561 dice:** Coincido contigo, pero no creo que debamos obviar a Cleo Kemi. Puede que su diario desapareciera, pero (según fuentes fiables de la época) posee un amplio historial de pociones innovadoras.

[PUBLICACIÓN DESTACADA] **CazaReliquias pregunta:** ¿SAM KEMI tiene un Encargo Real? Tal vez haya algo más aparte de su amistad con la princesa…

398 respuestas

[Más reciente] **Polvodehada3 dice:** Aunque la estén ayudando, ¿no os parece que la princesa debería haberse casado ya? Toda la simpatía que sentía hacia ella tras la última Expedición Salvaje se ha evaporado cuando he visto que está poniendo en peligro al país por decisión propia.

[Nueva publicación] **Kemiadicta88 dice:** SAM KEMI aparecerá en *Buenos días, Kingstown* a las 8:00 con la princesa Evelyn y Zain Aster. ¡No os lo perdáis!

[Nueva publicación] **CazaReliquias dice:** ÚLTIMA HORA. Fuentes de Zambi aseguran que Emilia Thoth ha escapado de su celda mientras esperaba la celebración del juicio. (Nota a los moderadores: no duden en mover o suprimir esta publicación si la consideran irrelevante).

2

SAMANTHA

—¿Preparada?

La princesa Evelyn me aprieta la mano mientras salimos de la sala de maquillaje para ir al estudio. El decorado representa un acogedor salón con dos sofás de terciopelo rosa claro irisado, ligeramente enfrentados, separados por una mesita de madera de caoba, todo ello sobre una exquisita alfombra oriental de nudos. Si no fuera por el despliegue de cámaras frente a los sofás y por las luces brillantes, podría encontrarme en casa de alguien tomando el té. En casa de alguien muy rico.

Evelyn me suelta y le tiende la mano a la presentadora, que se acerca a saludarnos. Me seco el sudor de las palmas en el vestido de algodón. Ojalá me permitieran llevar vaqueros.

Infusión de camomila y valeriana: una poción calmante para relajar los nervios, estimular la confianza y aliviar la ansiedad.

¿Mi segundo deseo? Irme corriendo a casa y tomarme una poción calmante, aunque creo que ya es demasiado tarde.

La presentadora se vuelve hacia mí; juro que los ojos se le han convertido en estrellas después del breve encuentro con la princesa. Al mirarme parece deslumbrada, aunque tal vez sea yo quien no ve bien: me parece increíble que esté conociendo a gente que llevo viendo por la tele desde que tengo uso de razón. Su programa matinal forma parte de nuestra rutina diaria, tan reconfortante como una taza de café y un cuenco de cereales con nueces y miel. Salvo que ahora quieren entrevistarme. Bueno, a mí, a la princesa Evelyn y a Zain. Me imagino a mi familia apretujándose alrededor de la mesa de la cocina para ver bien

la televisión. Es bastante descabellado.

—¡Me alegro de conocerte al fin, Sam! —dice la presentadora. De cerca tiene el pelo rubio más despampanante y los dientes más blancos que he visto en mi vida.

—Gracias por invitarme, señora Carter —respondo mientras procuro por todos los medios que no me tiemblen las manos.

—¡Llámame Annie! ¿Cómo te encuentras? ¿Estás nerviosa?

—Un poco, quizá… —digo, pero me interrumpe el presentador, Mike Evans. Mi primera impresión es de sorpresa: en persona es mucho más bajito de lo que parece en la pantalla. Le saco por lo menos una cabeza.

—¿Nerviosa? ¿La chica que se enfrentó a los enemigos de nuestro país y resultó vencedora? —Me da una palmadita en el hombro—. Imposible.

Alguien grita «¡treinta segundos!» desde detrás y todos nos apresuramos a nuestros puestos. Me colocan en uno de los sofás hecha un sándwich entre Evelyn y Zain, mientras los presentadores toman asiento frente a nosotros.

—Recuerda —me susurra Evelyn, inclinándose hacia mí—: concéntrate en los presentadores, no en las cámaras. Es una simple conversación. Sé natural. Y cruza las piernas por los tobillos, no por las rodillas.

Recoloco las piernas y antes de pensarlo oigo «tres…, dos…» y Mike se vuelve hacia la cámara más cercana para empezar con la presentación.

—La princesa Evelyn ocupó todos los titulares durante este año cuando cayó gravemente enferma y propició la primera Expedición Salvaje de Nova de los últimos cincuenta años. Después de una búsqueda del remedio trepidante y en muchas ocasiones peligrosa, la joven Samantha Kemi, una aprendiz de alquimista de Kingstown, ganó la Ex-pedición. Ambas nos acompañan hoy junto a Zain Aster, que quedó segundo en la Expedición con su padre, Zol Aster, presidente de la corporación ZoroAster. Alteza, antes que nada, ¿cómo se encuentra?

—Me alegra decir que ya estoy recuperada al cien por cien, gracias a mi amiga Sam —contesta la princesa Evelyn mientras vuelve la cabeza hacia mí. Está sentada en el sofá con la cabeza erguida con naturalidad y elegancia. Al darme cuenta, enderezo la columna para que no se me vea encorvada. Siento una punzada en los músculos de la espalda y los

hombros. Mi posición natural es estar inclinada sobre un cuenco de mezclas —o sobre el portátil—, no tiesa como un palo delante de una cámara.

Mientras Evelyn y los presentadores siguen charlando, recorro el estudio con la mirada. Las luces que iluminan el sofá son tan brillantes que no puedo ver más allá de las cámaras sin arrugar los ojos. Pero sé que hacer muecas en directo en la televisión nacional tal vez no sea la mejor forma de presentarme, así que procuro poner una expresión más neutra.

Siento una ligera e insistente presión en el dedo gordo del pie y frunzo el ceño, pero entonces me doy cuenta de que Annie Carter me está mirando expectante, como esperando algo de mí.

Mi cerebro se pone a funcionar de repente. «¡Una pregunta! Me ha preguntado algo… —Pero no recuerdo qué. ¿Por qué no he prestado atención?—. Buen trabajo, Sam; estás a punto de hacer el ridículo en la televisión nacional».

—Elaborar pociones se le da mejor que contestar preguntas —bromea Zain mientras capta la atención de todos. Eso me da tiempo para que la pregunta regrese a mi conciencia. «Entonces, Sam, ¿qué vas a hacer con el dinero del premio?».

—¡Oh, vaya! —exclamo entre risas. Aunque detesto sonar tan forzada, todo el mundo sonríe para darme ánimos. Suspiro profundamente—. Una buena cantidad ha ido a parar al negocio familiar, la Tienda de Pociones Kemi. Otra parte la invertiremos en la educación de mi hermana y en la mía, y en la jubilación de mis padres…

Mike se echa a reír.

—¡Qué serio todo! Venga, dime algo más divertido, algo que te hayas comprado. —Se inclina hacia mí como si fuéramos conspiradores y yo estuviera a punto de revelarle un secreto. Un secreto que oirán millones de personas.

Hago un gesto dubitativo mientras intento pensar en algo muy disparatado que haya hecho con el dinero, pero, aunque suene irónico, no soy muy dada a las excentricidades. Por mí, me lo habría gastado todo en libros.

—Bueno, voy a comprarme un vestido carísimo para ir a un baile…

—Pero no un baile cualquiera —interrumpe Evelyn—. Sam me va a acompañar en la Gira Real y eso incluye el baile anual de Laville, en

Pays. ¡La mayor fiesta del año, ni más ni menos!

—¡Qué glamour! —musita Annie con admiración—. Deduzco entonces que, ahora que ha amainado todo el alboroto sobre la Expedición Salvaje, seguiréis siendo amigos.

—Claro que sí, siempre seremos amigos —interviene Zain—. Una experiencia como la Expedición te cambia. No puedes pasar por algo así sin volverte más fuerte. —Coloca la mano encima de la mía y siento que se me suben los colores.

—Me parece a mí que vosotros dos sois más que amigos —añade Mike con un guiño exagerado.

No quiero pensar en el color que tendrá mi cara en este momento. Probablemente parezca una remolacha.

—Aparte del premio en metálico, parece que has ganado un novio y una íntima amiga, la princesa —observa Annie con una risita—. ¿Qué más te ha aportado la Expedición, Sam?

Me paro a pensar un instante. Me viene a la mente una respuesta, pero no sé si debo decirla. Aunque ¿cuándo voy a tener una oportunidad como esta? Me revuelvo en el asiento y lo suelto antes de arrepentirme:

—Bueno, Annie, también he ganado respeto por demostrar lo increíbles que podemos ser los corrientes. Como crecí sin poderes mágicos, siempre he creído que los corrientes teníamos limitaciones en comparación con los dotados, pero ya no lo pienso. Mira mi bisabuela. Yo no tenía ni idea de que fuera la primera mujer en escalar el monte Hallah hasta que vi allí su foto.

—Eso es impresionante —reconoce Annie, y arquea las cejas. Ella es dotada, puede canalizar la magia, pero no parece ofendida por mi afirmación—. ¿Tu familia no te lo había contado?

Me encojo de hombros.

—Ellos tampoco lo sabían. Sin embargo, en aquella época mi bisabuela era la mejor alquimista del mundo. Gran parte de su vida es un misterio.

—Pero no es un misterio que perdiera la Expedición, ¿verdad? —comenta Mike con una sonrisa traviesa.

Asiento ligeramente con la cabeza sin abrir la boca. A mi familia no le gusta recordar esa parte de la historia y me niego a dar pie a que saque el tema.

Mike continúa:

—En fin, el hecho de que Zoro Aster ganara aquella Expedición Salvaje ¿no lo convirtió en mejor alquimista que ella?

Se me vuelve a encender la cara, pero ahora no es por vergüenza.

—¡Mi abuelo dice que ella creó la poción más potente que jamás se ha elaborado! Si no hubiera perdido su diario, el mundo sería completamente distinto.

—Estoy *seguro* de eso —añade Mike sin esconder su escepticismo —. Zain, ¿no es cierto que tu familia creó la corporación ZoroAster gracias a que ganó a los Kemi?

Evelyn interviene, tan diplomática como siempre:

—De rivales a amigos… ¡Es sorprendente cómo cambia todo al cabo de unas cuantas generaciones!

Una brillante luz roja que parpadea sobre la cámara me salva de decir cualquier exabrupto del que sé que me arrepentiría. Es la señal de los presentadores para dar paso a la publicidad.

Con mucha naturalidad, dirigen su atención a la princesa para concluir la sección. Ella está magnética, con su vestido amarillo claro y sus rizos rubios perfectos rematados en las puntas con un hechizo dorado brillante. Es el peinado de moda y a los medios de comunicación les encanta.

—¿Tiene ganas de que empiece la Gira Real, princesa? —pregunta Mike.

—No veo la hora. Y con mis dos mejores amigos a mi lado…, no podría pedir más.

—Nuestros mejores deseos para el viaje —exclama Annie—. ¡Y que tengas suerte para encontrar el amor verdadero esta vez!

—A continuación, damos paso a Helen, que nos hablará del tiempo y el tráfico locales…

3

SAMANTHA

—¿Lo que ha pasado es real? —digo antes de soltar un gran gruñido.

Nos trasladan del saloncito a la sala verde. Antes no estuve en esta sala porque llegué tarde y me llevaron directamente a maquillaje. Aunque me esmeré con la raya del ojo, no era suficiente para aparecer en las noticias nacionales.

Ahora que estamos cómodos y a salvo en la sala verde (compruebo decepcionada que ni siquiera es de ese color), Zain tira de mí para besarme.

—Has estado fabulosa —musita.

—No.

—Oye, ¡al menos lo has hecho! Al ver que a las siete todavía no habías llegado, pensé que no aparecerías —comenta sin alejar la cara. Luego se deja caer en un sofá rojo chillón y me arrastra con él.

—Me quedé dormida; anoche tuvimos una emergencia en la tienda —explico, y me encojo de hombros—. Vino alguien pidiendo una mezcla urgente para hoy y me pasé toda la noche preparándola con mi abuelo.

—¿Te encuentras bien, Sam? —pregunta Evelyn mientras indica a su ayudante que se vaya. Luego cierra la puerta para que estemos los tres solos.

—Creo que acabo de sacar a la luz un montón de viejas historias sobre los Kemi y que eso sólo va a servir para que nos echen barro encima de nuevo. Los foros van a *flipar*.

Evelyn frunce el ceño.

—Yo no creo que haya estado taaaan mal… —Su tono no me

tranquiliza lo más mínimo.

—Recordadme que no vuelva a salir en directo en la tele nunca más —digo. Tengo el estómago revuelto y no puedo evitar este runrún en la cabeza, como si hubiera revelado un enorme secreto familiar. Es la misma sensación que me entra cuando he olvidado hacer algo importante que me pidió el abuelo y sé que me espera un buen sermón al llegar a casa. Tengo que ver la entrevista lo antes posible, aunque cabe la posibilidad de que me muera de vergüenza.

—Bueno, ¡ya está bien de preocuparse! ¡Este era nuestro último compromiso con los medios por la Expedición Salvaje! —Evelyn choca la mano conmigo y con Zain.

Desde que la Expedición terminó, esto ha sido un torbellino de periodistas, entrevistas y sesiones de fotos. No habría sido para tanto si sólo le interesáramos a Nova, pero la historia parece que ha trascendido al mundo entero. No estoy acostumbrada a esta vida. La única vez que me he sentido tan observada fue cuando mi mejor amiga, Anita, me estuvo dando la brasa con los chicos; en concreto, con Zain. Menos mal que empiezan las vacaciones de verano. Espero que cuando volvamos al instituto, dentro de un mes, todo se haya calmado y pueda regresar a mi vida normal y aburrida.

—Por favor, Sam, dime que estás lista para la Gira. —Evelyn se encuentra de espaldas a la puerta, de pie. Advierto que alguien ha colocado una chaqueta sobre el único espejo que hay en la sala. La princesa sigue sin poder mirarse en los espejos desde que se tomó la poción amorosa por accidente y se enamoró de su reflejo, lo cual desencadenó la Expedición Salvaje.

—Pueees…

—¡Sam! —exclama con un deje de exasperación en la voz.

—¿Qué? ¡Todavía tengo una semana! Además, he estado ocupada… ¡Hemos estado ocupados! —añado a toda prisa, y le lanzo una mirada a Zain. Él pone cara de asombro, pero percibo una ligera sonrisa en la comisura de sus labios: no le molesta que le involucre en este asunto. Recoge la mochila y me la pasa. Busco dentro y saco un gran mapa que extiendo sobre mis rodillas—. He estado investigando un poco y hemos llegado a la conclusión de que el área de crecimiento de la flor arca amarilla más potente se halla cerca de Kingstown. Mientras te preparas para tus obligaciones de princesa, Zain y yo iremos a buscar el ingrediente.

—¿Y eso ayudará? —inquiere Evelyn.

—Sin duda —responde Zain—. Según el estudio de Sam, es la mejor alternativa del mundo, sintética o natural, para potenciar la fórmula.

Le lanzo a Evelyn una mirada inquisitiva.

—¿Cuánto dura la dosis ahora?

Se gira y traga saliva.

—He tenido que despertarme en mitad de la noche para tomar otra dosis.

—¿Por la noche? —Echo un vistazo a Zain, que está haciendo el cálculo con los dedos. En la tienda de mi abuelo hago ese tipo de cálculos continuamente para los clientes—. Eso significa que estamos por encima de una dosis cada cuarenta y ocho horas. —Me levanto y agarro a Evelyn de las manos. Entonces me doy cuenta de que está temblando—. No te preocupes, la potenciaremos.

Ojalá sea verdad. La poción que intentamos elaborar es tan única como la persona a la que va destinada y tan original que ni siquiera tiene aún nombre. Aunque llamarla «reto» sería quedarse corto. La princesa Evelyn, con sangre real corriendo por sus venas, es una dotada inmensamente poderosa, tanto que no necesita objetos, como una varita o un par de guantes, para controlar su magia. El uso de la magia es tan natural para ella como respirar. No obstante, desde que cumplió dieciocho años su magia ha crecido tanto que amenaza con desbordarse. Nuestra poción la ayuda a controlarla, pero la solución tradicional sería casarse para compartir su magia con su pareja. Según las antiquísimas leyes novanianas, necesita encontrar marido… cuanto antes.

Ella asiente con la cabeza.

—Sé que lo haréis. —Aparta sus manos de las mías y baja la mirada hacia el delicado reloj de oro rosa que luce en la muñeca—. Tengo que volver a palacio…

Zain alza una ceja.

—¿De verdad? Pensé que te quedarías más tiempo en la ciudad. —Se vuelve hacia mí para explicarse—: Normalmente, cuando permiten que salga de palacio no hay manera de hacerla regresar. Palacio o prisión, ¿no es así, Evie?

Ella esboza una sonrisa débil.

—Exacto: palacio o prisión. No quiero que me dé uno de mis ataques mientras estoy aquí. Y además… —Se le apaga la voz, aunque

se le sonrojan las mejillas. Es raro ver a Evelyn perder la compostura.

—Vale, Evie. Desembucha —digo.

—No habrán vuelto a colocar espejos en tu habitación, ¿verdad? —pregunta Zain. Le doy un golpecito en el brazo mientras me vuelvo a sentar. La mirada soñadora de Evelyn se vuelve feroz.

—Muy gracioso. No; por si no lo sabéis, he conocido a alguien. O más bien, se trata de alguien que ya conocía, pero a quien ahora veo con otros ojos. —Su rubor se acentúa mientras habla.

—¡Qué bien, Evelyn! ¿Lo conocemos? —inquiero. No soy muy dada a los cotilleos, pero la posibilidad, aunque sea remota, de que la princesa se haya enamorado es demasiado emocionante.

—Bueno, ¡pues problema resuelto! ¡Puedes casarte con él! —exclama Zain—. ¡Ay! —Me mira después de que le dé otro golpecito—. ¿Qué pasa? Si ha encontrado a alguien que le gusta, ¿qué problema hay? Mejor eso a que se case con cualquier príncipe imbécil de vete tú a saber dónde.

—Que le guste alguien no significa que le quiera. No tiene que casarse con una persona sólo porque le guste, no estamos en la Edad Media. ¿Qué pasa si resulta ser un idiota?

Evelyn se echa a reír.

—Gracias, Sam, mi gran defensora. Aunque Zain tiene razón en una cosa: si fuera la persona adecuada, me casaría con ella. Pero, por desgracia, se trata de alguien corriente.

—Oh —decimos Zain y yo al unísono.

—Así que tendrá que ser algún príncipe imbécil —anuncia con melancolía.

Sacudo la cabeza.

—No, no hay derecho. Tiene que haber algún modo de cambiar esa ley antediluviana. —Me quedo callada un momento y busco en la mochila mi diario de pociones—. Tengo una teoría.

—Adelante… —dice Evelyn con los ojos como platos.

—Es algo bastante difícil. Además, el matrimonio es una solución tan simple que no creo que jamás se haya investigado a fondo una alternativa, pero tiene que haber una forma de desviar el exceso de poder y almacenarlo de manera permanente, como una especie de batería mágica.

—¿Crees que podrías hacer algo así?

Encojo los hombros.

—Quizá. Quiero intentarlo.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, gracias! —Antes de que pueda moverme, me abraza con fuerza—. Eres una estrella. Ahora me tengo que ir. ¿Nos vemos mañana?

—Sí, nos vemos —contesta Zain a mi lado.

—Hasta mañana —me despido. Ella vuelve a abrazarme con más fuerza y me da dos besos. Luego, con un crujido eléctrico que se mezcla con su perfume de rosas, desaparece. Todavía no me he acostumbrado a ese truco. Cada vez que desaparece, pienso en lo diferente que somos. Yo soy corriente y ella, una dotada excepcional.

Me giro hacia Zain y, ahora que estamos solos, no puedo evitar sonreír. No me está mirando —está pendiente de la pantalla de su tableta—, pero tiene ese gesto adorable de morderse el labio inferior mientras está concentrado. Le han peinado su habitualmente alborotado pelo negro, aunque sólo un poco.

Se trata de «un encanto travieso», así es como lo describió mi madre después de que Zain asistiera a su primera cena con los Kemi.

Su voz grave me saca de mi patético embeleso:

—Tienes razón, Sam.

—Como siempre —digo con una sonrisilla de satisfacción—. ¿Por qué tengo razón esta vez?

Le da la vuelta a la tableta. Gruño en cuanto veo la página que tiene abierta y levanto la mano para apartarla.

—¡No! ¡El foro de Expedición Salvaje a Debate! ¡Creí haberte pedido que no lo consultaras más!

He puesto un bloqueo en mi portátil para evitar mirarlo. Tras ganar la Expedición Salvaje, la gente no paraba de hablar por Internet de mí y de mi familia; analizaban todo lo que hacíamos y me resultaba imposible no consultarlo. Estaba enganchada y actualizaba la página sin parar para leer las nuevas publicaciones en cuanto las escribían.

En una ocasión, llamé llorando a Zain en mitad de la noche porque habían insultado a mi padre (¡qué culpa tendrá él de que el gen de los Kemi se saltara una generación!). Esa fue la gota que colmó el vaso y ahí se acabaron los foros para mí. Me siento orgullosa de llevar casi dos semanas sin mirarlos, aunque ahora estoy un poco molesta con Zain por haberme obligado a romper ese exilio voluntario.

La verdad es que me asustó lo descabelladas que eran algunas de las teorías que allí se exponían, aunque lo que más miedo me daba era que

a veces se aproximaban mucho a la realidad. Como el caso de la publicación sobre el Encargo Real. Estaba fija al principio, de manera que no pude pasarla por alto. Se suponía que la poción de la princesa era de alto secreto, incluso desde palacio. ¿Cómo lo averiguaron? Igual de irritante fue lo que escribieron sobre Zain y sobre mí. Ya es bastante complicado empezar una relación como para encima tener a miles de usuarios anónimos observándote.

—Pero te va a gustar ver esto.

Suspiro y me pasa la tableta.

[Nueva publicación] **CazaReliquias dice**: ¿Alguien ha visto a Sam en el programa GMK? ¿Qué ha querido decir cuando ha hecho referencia a la «poción más potente jamás elaborada» de Cleo Kemi?

64 respuestas

—¿Sesenta y cuatro respuestas? —digo, incrédula—. Sólo han pasado… ¿diez, quince minutos desde que salimos de antena?

—Ya sabías que pasaría algo así. —Se acerca para recuperar el aparato, pero me levanto para impedírselo. Abro el hilo de respuestas y examino la multitud de teorías sobre la potente poción de mi bisabuela. Los obsesos de la Expedición adoran estos chismes.

«Mutación permanente —escribe una persona—. Va a ser eso». Casi me da un ataque de risa. La poción alquímica de la mutación es la más famosa —convierte los metales comunes en oro— y resulta bastante fácil, aunque esté feo que yo lo reconozca. Tuve que demostrar que sabía elaborarla antes de que mi abuelo me dejase entrar en el laboratorio. Lo complicado es lo de la permanencia. La mutación es muy fácil de detectar y sólo dura unas cuantas horas, como mucho. Dudo que mi bisabuela averiguara cómo hacer que fuese permanente, ya que en ese caso seríamos más ricos de lo que podríamos imaginar… o estaríamos encerrados en alguna celda de una prisión novaniana.

Hay otras teorías aún más absurdas. ¿Una poción que proporciona magia a los corrientes? Ojalá. ¿Para hacer hablar a los animales? Ah, esa sugerencia es de un usuario llamado LoveGatitos3000, quizás esa sea la explicación.

Hay una teoría que parece la más popular y que no había oído

nunca. Me muerdo el labio con tanta fuerza que casi me hago sangre. En ese momento siento un golpe brusco en la mano y Zain me arrebata la tableta. Me froto la mano y pongo gesto de enfado.

—¿Has hecho magia conmigo?

—No me quedaba otra, Sam. Pensaba que te ibas a abrir una herida en el labio de tanto morderte.

Aunque es raro en mí, no tengo energía para discutir. Me desplomo contra la pared con un millón de posibilidades rondándome la cabeza.

—¿Qué te pasa? ¿De qué se trata? Siento haberte enseñado ese estúpido foro…

—La poción aqua vitae —digo.

Aqua vitae: agua de vida. Una poción que cura cualquier enfermedad, deformidad o dolencia. Se desconoce su origen, sus ingredientes y su receta. Constituye una leyenda en el mundo de las pociones y una misión imposible, al igual que la piedra filosofal.

—Es la teoría más popular, tan irreal como cualquier otra, pero, si hubiera alguien capaz de elaborarla…, habría sido mi bisabuela.

Zain se queda boquiabierto.

—Imposible —suelta cuando se repone—. ¿De verdad crees eso?

Asiento.

Sólo puedo hacer una cosa. Necesito volver a la tienda cuanto antes.

Mi abuelo tiene que contestarme unas cuantas preguntas.

4

SAMANTHA

Nos marchamos de la sala verde y atravesamos una serie de puertas automáticas de cristal que aíslan del ruido. Fuera del estudio de grabación se congrega una multitud de turistas amantes de los selfies que pretenden conseguir quince segundos de fama apareciendo entre el público.

Pasamos junto a una enorme valla publicitaria del desfile de clausura de la Gira Real de la princesa, que tendrá lugar en el centro de Kingstown cuando acabe la gira. En el cartel pone: «SEA EL PRIMERO EN VER A LA PRINCESA Y A SU PROMETIDO». En el texto en movimiento inferior puede leerse: «¿Quién será?». Al verlo, se me revuelve el estómago.

Zain debe de haber pensado lo mismo.

—No deberías darle falsas esperanzas sobre una solución permanente a sus problemas —me aconseja, y entrelaza sus dedos con los míos.

Debido a las prisas por llegar a la tienda lo antes posible, he acelerado el paso, pero recuerdo que hoy tengo muy poco tiempo para pasarlo con Zain y reduzco el ritmo.

—¿Acaso no me consideras capaz de hacerlo?

—Sé que puedes hacerlo. —Me aprieta la mano mientras lo dice—. Si supiera que tienes varios meses por delante y recursos ilimitados, no lo dudaría ni un momento. Pero Evie está saltándose la ley novaniana al no casarse. Para encontrar la solución, tienes de plazo hasta que acabe la gira. Como mucho. Y eso suponiendo que seamos capaces de elaborar *nuestra* poción con éxito. —Se queda callado un instante—.

¿Crees que la flor arca amarilla natural va a funcionar? La versión sintética no supuso mucha diferencia.

Arrugo la nariz.

—Pues claro que no supuso mucha diferencia.

Me da un empujoncito con el hombro.

—Oye, estamos en el mismo bando, ¿recuerdas?

—Sí, claro. —Y suelto un suspiro exagerado.

Tiene razón, ahora estamos en el mismo equipo. Evelyn no se fiaba de los médicos de palacio, aunque sí de nosotros. Todavía recuerdo lo que me contestó cuando le pregunté por qué: «Porque han tenido años para encontrar una solución y no lo han hecho. Ahora os pido a vosotros que lo intentéis. ¡Ganaste la Expedición Salvaje! Me salvasteis… Si alguien puede, sois vosotros».

No se me ocurrió una réplica para eso. Además, la princesa es muy, muy insistente cuando quiere. ¿Cómo iba yo a rechazar un encargo así? Es como si yo fuera una antigua Kemi. Tuve que contárselo a mi abuelo; al fin y al cabo, yo soy la aprendiz y él, el maestro de pociones, pero juraría que le vi esbozar una leve sonrisa, y eso que no suele ser muy expresivo.

Zain y yo formamos un gran equipo, es evidente. Entre los dos conseguimos elaborar una fórmula que pareció funcionar, después de semanas de trabajo incesante de mezclas y pruebas. Además, el poder de la princesa cada vez era más fuerte y estable, lo que implicaba que había que encontrar ingredientes más potentes para añadir al preparado. Uno de esos ingredientes —la flor arca— era difícil de encontrar y tenía que añadirse a la poción justo antes de ser suministrada. Por suerte, a Evelyn se le ocurrió invitarnos a ambos a su Gira Real, lo cual nos facilitaría la tarea de buscar los ingredientes y elaborar el remedio sin levantar sospechas.

—Bueno, está bien. Pero hay algo más que quería preguntarte. —Zain se detiene en medio de la acera y me aparta para que pasen unos viandantes. El corazón me late con fuerza; juraría que hasta él lo oye—. ¿Me concedes el honor de acompañarme al Baile de Laville?

Tardo un segundo en reaccionar y esbozo una gran sonrisa.

—Por supuesto, bobo. Aunque creía que no querías ir, que era una fiesta real absurda y que, como tenías que concentrarte en los estudios, para qué te ibas a molestar…

Zain sonríe.

—Querida, tienes una memoria demasiado buena. Pero… ahora tengo una razón para ir. Necesito verte vestida de fiesta.

Me estremezco.

—¡No te esperes nada del otro mundo! A lo mejor me pongo los vaqueros debajo.

—Evelyn se enterará y armará un escándalo.

—Es probable.

—De todos modos, tienes que llevar un acompañante formal, ya sabes —me recuerda con un guiño.

—Ah, pues gracias por no dejarme plantada —digo, y arrugo la nariz al pensarlo—. De hecho, no podrás separarte de mí durante el baile ni un instante.

—¿Cómo? Sam, que se enfrentó a los enemigos de nuestro país, a peligrosas criaturas, que salvó el mundo, ¿tiene miedo de un bailecito? —replica, imitando a Mike, el presentador.

Me echo a reír.

—Créeme, andar por ahí con un montón de dotados ricos y extremadamente pijos que forman parte de la corte de la princesa Evelyn es mucho más aterrador que una bandada de murciélagos vampiros.

—O que un abominable rabioso.

—O que ser engullida por una hiedra eluviana. —Me estremezco sin querer—. Bueno, tal vez igual de aterrador que la hiedra eluviana. Entonces, ¿se trata de una cita formal? —Añado a toda prisa.

Él también se ríe.

—No, es un acompañamiento a un baile. Algún día tendremos la cita formal.

—Algún día —repito yo. Se trata de una broma recurrente entre nosotros desde que pasamos la noche en la montaña y me pidió que fuéramos juntos al cine, es decir, una cita típica. Hasta ahora no hemos podido ir.

La calle principal se va llenando de transeúntes matutinos y los puestos del mercado que bordean la calle se van abasteciendo. Estiro el cuello para ver el muestrario de piedras preciosas y amuletos brillantes: unos adornos inútiles pero bonitos que se venden por un par de coronas. Pasamos por delante de un puesto con un hornillo gigante y el olor de la deliciosa comida para llevar se me mete en la nariz. Esta mañana desayuné unas tostadas, pero seguro que una rosquilla no me

sentaría mal.

Un tirón del brazo me saca de mi goloso aturdimiento y doblamos por una de las estrechas calles adyacentes. Me encantan estos callejones laterales de Kingstown, con sus edificios de piedra inclinados unos sobre otros sin apenas dejar pasar la luz. Royal Lane es una cuesta que lleva hacia el castillo, de manera que las callejuelas laterales conducen a diversas escalinatas que sirven de atajo. La calle Kemi, donde se encuentra la Tienda de Pociones Kemi, está debajo de una de esas escalinatas, en un barrio de tradición alquimista. Toda la calle se ha remodelado un poco desde la Expedición Salvaje debido al flujo de turistas que se acercan en masa para ver mi casa. Otra de las cosas que ansío cuando toda esta publicidad posexpedición termine es caminar por aquí sin miedo a ser fotografiada.

Me encorvo para no destacar tanto por mi altura… y por Zain. Es imposible estar a su lado y que no te pasen revista.

Polvo de mortaja: una mezcla de piel de camaleón y agua de rosas tamizada con el manto de un fantasma errante (los mantos de los fantasmas fijos no son lo bastante ondulados). Frotar con fuerza sobre la piel para pasar desapercibido entre la muchedumbre.

—Oh, mierda —masculla Zain, parándose en seco.

—¿Qué pasa?

Pero no hace falta que me lo explique porque me doy cuenta enseguida. Fuera de la tienda hay una marea de periodistas —algunos acompañados de cámaras— y un grupo de gente mucho mayor que el que aguardaba en la puerta de los estudios de televisión.

Le agarro la mano con fuerza. Zain se coloca delante de mí para hacer de escudo. Agradezco el gesto, aunque no sirve de nada.

Nos van a ver en tres…, dos…

Ya está.

—¡Sam! ¡Sam! ¿Qué puedes contarnos sobre los informes que afirman que tus antepasados le ocultaron al mundo la poción del aqua vitae?

—¿Sigues teniendo la receta en tus archivos?

—¿Has pensado en todas las vidas que tu familia podría haber salvado?

—¡Venga ya! —exclama Zain, más para sí mismo que para los demás. Necesita confianza para abrirse camino entre toda esta muchedumbre.

Bombas fétidas diana con franjas blancas: mezclar un máximo de cuatro gotas de esencia de mofeta con savia de árbol para que se vuelva superpegajosa.

De este modo despejaría el camino en un periquete.

Ante el estrés, mi cuerpo siempre reacciona pensando en pociones. Pero eso ahora no me ayuda.

Veo un claro entre la gente y tiro de Zain.

—¡Ahora! —le grito.

Al mismo tiempo, alguien dice:

—¡Zain! Si es cierto que existe la receta del aqua vitae, ¿no pone eso en jaque a ZA? ¿Qué se siente al dormir con el enemigo?

Acto seguido, él acelera. Nos dirigimos entre empujones hacia la puerta, que se abre en cuanto ponemos un pie en el felpudo. Mi padre tira primero de Zain y luego de mí, cerramos de un portazo y nos quedamos apoyados contra la puerta.

Mi padre es el primero en dar un paso.

—Sam, ¿qué has hecho?

5

SAMANTHA

Decidimos abrir la tienda a pesar de la cantidad de gente que hay en la calle y Zain se marcha para acudir al laboratorio de ZA.

Sin embargo, es un gran error. La tienda enseguida se llena de personas, pero ninguna es un cliente. Clavo la vista en un hombre que se abre paso a empujones para hablar conmigo. Me cuenta una triste historia sobre su esposa, que tiene una terrible enfermedad que nadie —ni alquimista ni sintético— ha sido capaz de curar.

—Mire, señor, de verdad que lo siento. —El calor me sube a las mejillas mientras pienso que me gustaría tener mejores noticias—. Aunque podemos tratar algunos de los síntomas con nuestras mezclas especiales, todavía no existe un remedio para la enfermedad de su mujer…

Su mirada salta de mí a la pared llena de ingredientes que tengo detrás. Conozco muy bien esa expresión. Desesperación. Me rompe el corazón no ayudarle. Se apoya en el mostrador, aplastado entre la gente que lo rodea. Su voz se convierte en un leve susurro:

—Pero he oído en las noticias de esta mañana que tenéis aqua vitae.

Sacudo la cabeza.

—Lo siento —repito.

—Si es cuestión de dinero, puedo pagar lo que haga falta. —Saca la cartera, pero alargo el brazo para detenerlo.

—Le prometo que no tenemos un remedio para todo. Es una leyenda…

—¡Y vosotros sois los legendarios Kemi! No cabe duda de que, si alguien puede convertir el mito en realidad, sois vosotros —

interrumpe, intentando sonar halagador. Cuando vuelvo a sacudir la cabeza, da un puñetazo en la madera—. ¡Lo necesito! Sé que lo tenéis.

—Caballero, apártese. —Mi padre se coloca a mi lado a toda prisa —. Como ya le ha explicado mi hija, no tenemos esa poción…

—Estáis mintiendo —espeta.

El resto de la gente que hay en el interior de la tienda e incluso quienes hacen cola en la puerta lo rodean para alentarlo.

—¡Dadnos el remedio! —grita alguien.

El hombre con el que acabo de discutir asiente y levanta el puño.

—¡Sí, dadnos el remedio!

—Sam, ponte detrás de mí —ordena mi padre, y yo obedezco.

Tengo un nudo en la garganta por el miedo, siento que la tensión latente ha empezado a emerger como un volcán. En cualquier momento va a explotar.

La gente empieza a avanzar mientras el hombre, envalentonado por la multitud, arremete contra mí. Pero en cuanto sus manos traspasan el mostrador, cae del techo una lluvia de chispas que nos separa de ellos. El hombre grita y retira la mano.

Chispas de soldador: para crear una barrera infranqueable. Alterada especialmente para no incendiar superficies de madera.

Al segundo, se oye un gemido agudo y me tapo los oídos.

Lamento de banshee: para provocar el sonido más ensordecedor posible, debe ser recolectado en una noche de luna llena cerca de un cementerio.

Se trata de nuestro sistema de seguridad. Mi padre me pasa un par de auriculares mágicos aislantes del ruido que hacen soportable el grito de banshee. La muchedumbre despeja la tienda tan rápido como se lo permiten las piernas. Una vez que el último «cliente» se ha ido, cerramos la puerta con llave. No creo que volvamos a abrir pronto.

Me siento enferma. Toda esa gente…, toda esa esperanza… Me maldigo por haber mencionado a mi bisabuela en la televisión nacional, maldigo los foros de Internet por inventar una teoría ridícula sobre la poción más potente de Cleo y maldigo a los medios de comunicación por haber sacado las cosas de quicio.

El lamento y la cortina de chispas cesan en cuanto mi abuelo levanta la mano. El sistema de seguridad es la única magia que él permite en la tienda; ahora es extrapotente gracias a la dosis de poder real que ganamos en la Expedición.

—Voy a decirle a tu madre que no vamos a abrir hoy —comenta mi padre con el ceño fruncido.

—Bueno, por lo menos funciona la alarma —observa mi abuelo mientras se sacude las manos tras haber restaurado el sistema.

—Abuelo… —empiezo a balbucir, pero no sé cómo terminar. Lo que debería decir es «lo siento», porque todo ha sido por mi culpa. Pero, en cambio, pregunto—: ¿Es cierto? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Mi abuelo baja la vista y de pronto aparenta los setenta y ocho años que tiene en realidad. Para mí es inevitable: tengo tanta sed de verdad como los lobos que esperan en nuestra puerta.

—Aqua vitae. —Escupe las palabras—. ¿En serio crees que un Kemi que merezca el mortero y el pistilo se guardaría ese descubrimiento? Tenemos demasiado orgullo.

Me paro a pensar un instante y me encojo de hombros. Tiene razón. ¿Quién iba a ocultar algo así? Sería el mayor logro para un alquimista.

—Pero… —continúa, y la frase se queda colgada del aire como un arma cargada. Suspira—. Ven, quiero enseñarte una cosa.

Me lleva a la biblioteca, a la estantería donde está la colección de diarios de pociones de los Kemi. Algunos tienen cientos de años, aunque hay varios huecos donde deberían estar los diarios que se perdieron o se estropearon. Mi abuelo se dirige hacia el final de la estantería, donde se encuentran los suyos. Algún día los míos también estarán ahí.

Pasa sus temblorosos dedos por los lomos hasta que encuentra uno en el que pone «1948». El año de la anterior Expedición Salvaje. Y el año en que desapareció el diario de mi bisabuela.

Lo saca de la estantería y me lo pasa. Lo sostengo como si fuera de cristal, como si en cualquier momento pudiera hacerse añicos.

A pesar de que mi abuelo está aquí conmigo, me da la impresión de estar haciendo algo malo, cometiendo un tabú. El diario de otro alquimista conlleva cierto halo sagrado. Yo me pongo nerviosa cuando alguien coge la mochila donde guardo el mío, por no hablar de si tocan el diario. Es como tener la mente fuera del cuerpo. Está lleno de pensamientos privados, mis preguntas, mis observaciones, mis experimentos… Es todo muy íntimo. Estoy a punto de acabar mi primer diario, de terminar de llenar cada una de sus páginas con mi redonda y pulcra letra.

—Aquí está —dice—. Todo lo que recuerdo sobre el diario extraviado se encuentra aquí escrito. Te advierto que no es mucho.

Asiento. Lo coloco sobre una de las mesas de madera de caballete que hay en el centro de la biblioteca y me siento en uno de los bancos alargados. Lo abro por una página al azar.

Durante su viaje al monte Hallah, la altitud le ha pasado factura, pero ha traído el agua de glaciar que hacía falta para la poción. ¿Cuántos kilómetros habrá recorrido para conseguirla? Al menos no estaba sola, el señor Pringle la acompañó en su arduo viaje.

Ya ha partido en busca del siguiente ingrediente, sea cual sea. Estoy pasando el agua de glaciar por la esencia de telaraña para preparar esta parte de la mezcla. Voy aprendiendo a pesar de no saber exactamente qué intenta hacer. Siento que esta poción tiene más importancia de la que ella cree.

El monte Hallah, por supuesto. Recuerdo mi experiencia en el campamento base de la montaña y el instante en que vi la foto de mi bisabuela Cleo colgada de la pared de la cabaña donde nos detuvimos. El corazón todavía se me llena de orgullo cuando lo rememoro. Antes pensaba que ser una Kemi significaba quedarse en el laboratorio enclaustrada estudiando libros, siguiendo la tradición. Ella me enseñó que también podía ser excitante y arriesgado. Innovador. Diferente.

Pero Cleo también sufrió por sus aventuras. Perdió su diario. No volvió a elaborar pociones. No me extraña que mi abuelo no quisiera que yo participara en la Expedición Salvaje, ya que eso fue lo que destruyó a su madre.

Levanto la vista de la página. Mi abuelo se ha sentado enfrente de mí; tiene los ojos cerrados, sumido en sus pensamientos. No esperaba que las palabras fueran tan… propias de un diario.

¿Se perdería el de mi bisabuela en la montaña? No, no puede ser, él lo habría mencionado en el pasaje que acabo de leer. Hojeo las siguientes páginas.

La mezcla para la Expedición Salvaje parece sedienta, está lista para el siguiente ingrediente. No sé adónde ha ido mi madre —a Runustán, a Zhonguo o a cualquier otro lugar remoto y se niega a informarme. Estoy seguro de que, si trabajáramos juntos, hallaríamos la receta mucho antes. Pero no.

No importa, echaré un vistazo a su diario cuando regrese y lo averiguaré. Tiene que dejarme, porque es la única manera que tengo de aprender.

Un momento…, hay alguien fuera. Debe de ser ella.

La tinta cambia de color y su caligrafía se vuelve aún más confusa y sesgada, como si escribiera con prisa.

Nunca la había visto así. Con los ojos enloquecidos y el pelo revuelto… ¡Ella siempre está impecable, incluso los fines de semana! Parece que hubiera envejecido cincuenta años, tiene el pelo lleno de canas. Voy a transcribir rápidamente la conversación que hemos tenido para que no se me olvide nada.

—Madre, ¿estás bien?

Me mira como si me viera por primera vez y sacude la cabeza, no a modo de negación, sino como para quitarse las telarañas del cerebro. Se pasa las manos por el cabello para atusárselo.

—Estoy bien, Ostanes. Y, por favor, ya sabes que en la tienda soy la maestra Kemi.

Esperaba que hubiera más equipaje o al menos ver al señor Pringle con ella. Pero no hay nada ni nadie más. Cierro la puerta. Algo en su comportamiento me incita a cerrar con llave.

Se oye un estrépito. Corro desde la parte delantera de la tienda hacia el laboratorio. Mi madre ha tirado toda la mezcla de la Expedición por el fregadero. El ácido de la poción está corroyendo la pila y desprende humo. Me tapo la boca con el delantal y aparto a mi madre de las emanaciones tóxicas.

—Maestra Kemi, ¿qué estás haciendo? ¿Qué pasa con la Expedición?

—Se acabó. Estamos eliminados.

—¿Eliminados? ¿Cómo es posible? —Nada de lo que dice parece

tener sentido. ¿Cómo vamos a estar eliminados?—. ¿Es por algo relacionado con la mezcla? ¿Te has atascado? Muéstrame tu diario, tal vez pueda ayudarte…

—No puedes —sentencia mientras me aparta.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo ayudarte?

Se gira hacia mí y veo su silueta en el umbral.

—He terminado. —Su voz se suaviza—. Pero al menos están a salvo.

—¿Quiénes? ¿Te refieres a la reina?

—Claro, me refiero a la reina —suelta. Su humor cambia al instante.

—¿Ha ganado otra persona? —pregunto. Apenas puedo creerlo.

—Todavía no, pero falta poco.

—¡Eso significa que aún tenemos una oportunidad!

Su rostro se ensombrece.

—Ya no hay esperanza.

—Pero ¿por qué?

—Porque se ha perdido mi diario.

A medida que leo, se me pone el corazón en un puño. Casi no puedo respirar. Este es el momento… y sigue sin haber indicaciones sobre el lugar donde estuvo Cleo. Las siguientes páginas tampoco ayudan. Relatan los intentos de mi abuelo para que Cleo vuelva a elaborar pociones y su negativa terca. Respiro hondo varias veces.

—¿Lo ves? —dice mi abuelo. Abre los ojos y parpadea despacio.

Sacudo la cabeza.

—No lo entiendo. Siempre me has contado que mi bisabuela creó la poción más potente del mundo y que, como se perdió su diario, ese hito nunca se pudo confirmar. Pero aquí no mencionas nada de eso…

Se mesa la barba mientras yo cierro los puños debajo de la mesa. No me mira a los ojos, lo cual me pone aún más nerviosa.

—Cuando regresó, no era capaz de elaborar ni las pociones más simples. ¡Ni siquiera una taza de té calmante! Yo no entendía nada. Entonces recordé una leyenda que había leído en una ocasión: decía que algunas pociones son tan potentes que destruyen la mente del alquimista que se atreve a elaborarlas. Me dije que ella debía de haber

elaborado una de esas pociones, porque no podía admitir que estuviera tan avergonzada por haber perdido la Expedición que simplemente perdió sus facultades. Pero eso es lo que sucedió.

—Así que era mentira. —Una mentira que yo he propagado a través de la televisión nacional.

Después de todo, mi bisabuela no creó la poción más potente del mundo. Sólo fue un modo de mantener vivo el orgullo familiar.

El maldito orgullo de los Kemi será nuestra perdición.

—Siento que te hayas enterado de esta manera. Aun así, ella fue y sigue siendo la mejor alquimista Kemi de todos los tiempos.

—¿Mejor que tú? —inquiero. Me resulta impensable.

—Oh, mucho mejor —responde con una risita—. Ojalá la hubieras conocido. Se habría sentido muy orgullosa de ti. Tú eres quien la superará, mi querida Samantha. Estoy convencido.

No puedo evitar que el corazón me dé un vuelco. Suelto el diario, rodeo la mesa a toda prisa y le doy un fuerte abrazo.

—Sólo tienes que hincar los codos y estudiar los libros antiguos. —Me da unos golpecitos en la cabeza—. La alquimia recompensa al estudioso, no al explorador. Harías bien en recordarlo.

6

SAMANTHA

Hoy hemos abierto por primera vez en toda la semana, tras el desastre de mi aparición televisiva matutina. Sin embargo, cuando vuelvo de hacerle unos recados a mi madre en el supermercado, la tienda se halla casi. Sólo están mi abuelo y una mujer con pinta de enfadada.

—Los diarios de los Kemi nunca han salido de esta familia y ahora no va a ser distinto —dice mi abuelo—. No cierres, Sam. La señora Slainte ya se iba.

La tensión flota en el ambiente mientras él y la misteriosa señora Slainte no dejan de mirarse. Aunque ya sé quién va a ganar esta guerra. La mujer aprieta los labios y frunce aún más el ceño, pero agarra su carpeta y se la coloca bajo el brazo.

—Esto no va a quedarse así, Ostanes.

—Para ti, el gran maestro Kemi.

Cuando ella pasa, me sonríe ligeramente y pone los ojos en blanco para hacerme cómplice de sus ideas sobre los viejos alquimistas testarudos y rencorosos. Yo no le entro al trapo, sino que le lanzo la mirada más fría posible mientras se escabulle por la puerta.

—¿Quién era esa? —pregunto al cerrar con llave. Al fin y al cabo, parece que hoy tampoco vamos a seguir abiertos.

—Una secuaz del gobierno —contesta él— dando la lata con sus peticiones… —Sacude la mano en el aire como si rechazara la idea.

Esta vez sí que pongo los ojos en blanco y me marcho a la cocina a colocar las compras.

Casi había olvidado la petición. Se titula «PARA QUE LOS ARCHIVOS DE LOS KEMI SEAN PÚBLICOS» y ya lleva varios miles de firmas

recogidas como consecuencia de las especulaciones sobre el aqua vitae. La idea partió del *Correo de Nova*, un periódico que parece que desea la aniquilación total y absoluta de nuestra familia. Uno de sus periodistas no tiene nada mejor que hacer que rastrear en los foros de Expedición Salvaje a Debate hasta que aparece una nueva teoría relevante.

Pero es de locos. El diario de un alquimista es el trabajo de su vida y está protegido por la ley de Nova; en concreto, por la Ley del Secreto Alquímico. Mi abuelo ya se lo dijo a la funcionaria: nadie va a poner las manos en los diarios de nuestra familia, que contienen miles de recetas únicas que cuentan con cientos de años de antigüedad, y menos aún para buscar un remedio que no existe. No es de extrañar que el *Correo de Nova* esté patrocinado con dinero de los sintéticos. Lo sorprendente es que hayan conseguido involucrar al gobierno. Se me cae el alma a los pies.

—No pueden hacernos eso, ¿verdad?

Mi abuelo gruñe. Me lo tomo como un «no».

Me vibra el teléfono en el bolsillo. Cuando termino de soltar las bolsas en la mesa de la cocina, lo reviso.

¿Capeando el temporal? —Es Evelyn.

Más o menos —contesto—. Ha venido una funcionaria del gobierno para intentar que desclasifiquemos nuestros archivos. Pero DE ESO, NADA. Así que a partir de ahora somos la familia más malvada de Nova.

¿QUÉÉÉÉ? ¿Quién ha dicho eso?

Adivina.

Exacto. Han dicho que, si llevamos tantos años ocultando un remedio universal, nos deberían juzgar por asesinos.

Me estremezco sólo de pensarlo. Últimamente tengo un montón de pesadillas: imágenes mortíferas de millones de *flashes* de cámaras y largas líneas de papel de periódico rodeándome el cuello como si fueran una pitón que aprieta para quitarme la vida. Salgo corriendo hacia el santuario de mi habitación.

Cuando llego, veo que Evelyn me ha contestado.

Uf… Bueno, no te preocupes, todo se calmará dentro de poco. Les dará por otra cosa, como siempre.

Sí, pero ya ha pasado una SEMANA. ¿O acaso tú puedes aparecer en público con un vestido que te pusiste hace un año?

:P

¿Cómo va ese amor misterioso?

Sigue siendo misterioso ;) En serio, me alegro de que estés bien.

Más o menos.

Mientras estés lista mañana para la gira…

Dudo un instante. La verdad es que ni siquiera he empezado a hacer la maleta. Es difícil concentrase en algo que no sea el escándalo que nos rodea. Casi no he podido salir de casa y sólo he visto a Zain y a Anita cuando han desafiado a la muchedumbre para llegar hasta aquí. No estoy muy segura de que sea justo que me vaya a la Gira Real y abandone a mi familia en medio de toda esta locura.

Como si notara mi reticencia, Evelyn me envía otro mensaje.

Créeme…, todo pasará pronto.

Le envío un emoji de *OK* y juro que la prepararé lo antes posible.

Suspiro y me desplomo en la cama. ¿Cómo se hace la maleta para una Gira Real?

Antes de contestar a mi propia pregunta, mi hermana pequeña, Molly, sube las escaleras corriendo.

—¡Sam, Sam! ¡Ven a ver esto! —Aparece en el umbral de mi habitación con la cara sonrojada y las trenzas al vuelo.

—¿Qué pasa, Mols?

No contesta, sólo hace un gesto efusivo para que la siga. Bajo los escalones de dos en dos detrás de ella para alcanzarla. Cuando llegamos a la cocina, señala la tele.

¿EL AMOR SECRETO DE LA PRINCESA? ¡AL FIN HAY ESPERANZA PARA EL REINO DE NOVA!

Acompañando al titular aparece un vídeo granulado de Evelyn dándose un abrazo con una persona misteriosa en la oscuridad. El corazón me da un brinco y siento un arrebato de gratitud. Nuestra historia ni siquiera aparece en los subtítulos de abajo. Sólo Evie ha

podido filtrar ese vídeo.

Saco el teléfono.

Gracias.

Siento que no es suficiente y me pregunto cómo podría agradecérselo.

—¿Sabías algo de esto? —me pregunta Molly.

—¿De qué? ¿De que Evelyn iba a filtrar la noticia del siglo para desviar la atención de nosotros?

Molly pone cara de impaciencia.

—Ay, no, boba. Que si sabías que la princesa está enamorada. Esta vez de verdad.

Alzo una ceja.

—Un beso no significa que esté enamorada, ya sabes…

—¡Pero podría estarlo!

—No creo.

—Jo, aguafiestas —rechista con un mohín. Luego los ojos se le vuelven a iluminar. Se acerca a mí con sigilo—. ¿Por qué? ¿Qué sabes tú?

Levanto las manos.

—¡Es secreto profesional entre paciente y alquimista!

—¡Pero si ella ya no es tu paciente…!

Como no respondo al instante, se queda boquiabierta.

—No me digas que estás trabajando en otra poción para la princesa. —Intento buscar una explicación, pero el cerebro de mi hermana trabaja más rápido que el mío—. ¡Eso significa que al final los foros tenían razón!

Sacudo la cabeza.

—Espera, ¿qué sabes de los foros?

—No eres la única que sabe usar Internet —suelta antes de marcharse triunfante.

Me quedo observándola con incredulidad.

Entonces se me ocurre una cosa. Sé exactamente cómo puedo devolverle el favor a la princesa. Y puede que me quede el tiempo justo

para conseguirlo antes de que empiece la gira.

Le escribo un mensaje a Zain.

7

www.expedicionsalvajeadebate.com/foros/

LAFAMILIAKEMI

POR ORDEN DE PUBLICACIÓN

[NUEVA PUBLICACIÓN] **Rostrobuscador dice:** Han visto a Sam y a Zain saliendo juntos de la Tienda de Pociones Kemi. ¿Se sabe si por fin tienen una cita romántica?

3 respuestas

[Más reciente] **SantaClara dice:** ¿Alguien piensa que esto podría estar relacionado con el Encargo Real secreto? ¿Tal vez sea la primera colaboración entre sintéticos y corrientes?

[NUEVA PUBLICACIÓN] **CazaReliquias dice:** AVISTAMIENTO DE KEMI: Ostanes Kemi se dirige hacia el ayuntamiento de Kingstown. ¿Tendrá que ver con la petición?

8 respuestas

[Más reciente] **Parzie33 dice:** Nah, es probable que tu fuente se equivoque.

8

SAMANTHA

—Ya falta poco —asegura Zain.

Estamos en su coche; hemos dejado la ciudad y nos dirigimos a un pueblecito que se halla justo al lado de las Tierras Salvajes más próximas. Su varita está sobre el salpicadero, hechizada para mostrarnos la dirección correcta.

—Estupendo —contesto. Cruzo los dedos de los pies en secreto. Ojalá mi fuente sea correcta. Por una vez estaría muy bien llegar al sitio en cuestión y comprar el ingrediente sin tener que buscarlo por algún rincón oscuro del planeta.

No digo que no sea divertido, pero, en fin, una también necesita descansar.

Cuando nos detenemos delante de una casita de campo desvencijada, me entra la duda. Ese lugar debió de ser bonito en sus tiempos, cuando el tejado de paja no estaba podrido y parcheado y el jardín de rosas no estaba tan descuidado como para asemejarse más a un nido de espinas. Hay incluso un árbol que crece en medio del tejado, donde debería estar la chimenea. Compruebo dos y hasta tres veces la dirección en mi móvil, pero sí, es aquí.

—Eh…, ¿qué tal si voy a echar un vistazo y tú me esperas aquí? —Zain me agarra la mano y la aprieta.

—No. Si ese tipo es como algunos buscadores que conozco, no se alegrará de ver en su puerta al heredero de una enorme corporación sintética.

Zain pone cara de desaprobación, aunque no hace amago de bajar del coche.

Le aprieto yo también la mano y salgo antes de acobardarme. Me dirijo con decisión hacia la casa y contengo el impulso de mirar atrás cada cinco segundos. Cuando llamo a la puerta, esta se abre con un chirrido. Lamento haber visto tantas películas de miedo con Anita en el sótano de su casa, porque todas empiezan así.

Después de dar el primer paso, el miedo se convierte en curiosidad. La habitación se hallaría completamente a oscuras si no fuera por la luz que se filtra a través del agujero del tejado por donde sale el árbol. Cuando se me acostumbra la vista, aparecen más detalles. Así me imagino la tienda si yo no la ordenara todas las semanas. Hay botes y recipientes apilados por doquier de cualquier modo y desparramados por el suelo. Si tuviera tiempo, me pasaría horas revisando semejante colección.

A lo mejor este buscador está tan enganchado a la emoción de su propio cometido que esconde los ingredientes para volver a buscarlos.

Yo no podría trabajar así. Cuanto más rato paso en este sitio, más ganas me entran de ordenar.

Por todos los dragones. Empiezo a parecerme a mi abuelo.

—¿Quién anda ahí? ¡Atrás! Tengo polvo de salamandra y estoy dispuesto a usarlo.

Con esta luz tan tenebrosa me resulta imposible ver quién habla y levanto las manos en señal de rendición.

—¡Soy Sam Kemi! —grito en la penumbra—. Hablamos por e-mail. ¿Tienes flor arca amarilla? ¡Por favor, no me arrojes polvo de salamandra!

—Hmm… —musita, aunque su tono ya no es amenazador.

—Tengo el dinero que acordamos —añado indecisa, incapaz de distinguir a la persona con la que estoy hablando.

Se produce un crujido en las hojas del árbol y, cuando aparece un rostro entre las ramas, retrocedo sobresaltada y me tropiezo con una pila de botes que hay justo detrás de mí. Se caen al suelo con un enorme estrépito. Me estremezco.

—¡Lo siento mucho! —Recojo los que están más cerca, pero no sé dónde colocarlos.

—Oh, déjalo —dice el rostro. Su propietario se baja del árbol y extiende la mano.

—John McGraw a tu servicio.

—Sam Kemi —respondo, y se la estrecho. Se queda mirándome y

me siento como si me hubiera presentado a un examen para el que no he estudiado.

He debido de aprobar, porque me pasa una pequeña bolsa de papel. Deslizo el dedo por debajo del cierre y sonrío cuando veo los tres pétalos frescos y brillantes de flor arca amarilla. Serán perfectos para potenciar los efectos de la poción que estamos elaborando para la princesa. Vuelvo a doblar la parte superior y le tiendo el sobrecito que contiene la mayor suma de dinero que he llevado jamás encima. No es de extrañar que estuviera nerviosa.

Me lo arrebata y revisa los billetes del interior como un profesional.

—Un placer hacer negocios contigo, Kemi.

La puerta principal se abre de pronto y Zain irrumpe en la sala. Tanto McGraw como yo nos quedamos inmóviles y siento que empalidezco.

—Me pareció oír un golpe —dice Zain al ver nuestras caras de estupefacción.

McGraw se pone rojo como un tomate, lleno de furia.

—¡ESCORIA SINTÉTICA! —brama y, sin previo aviso, se lleva la mano a la espalda y saca un puñado de polvo rojo anaranjado que nos lanza a la cara.

—¡Corre! —le grito a Zain.

Pero él se queda petrificado y busca su varita de manera instintiva. La calma de su semblante se torna en pánico cuando se da cuenta de que no la lleva consigo. Se la ha dejado en el salpicadero.

Me estrello contra él y ambos nos caemos al suelo. Si el polvo nos roza la piel, estamos perdidos. Rebusco por el suelo cogiendo botes y lanzándolos a las estanterías para que se hagan añicos. Espero que alguno de ellos sea lo que estoy buscando.

Polvo de carbón activado: actúa como neutralizador de numerosas toxinas, incluidas las de salamandra.

Una nube polvo negro inunda la habitación y chisporrotea al mezclarse con el polvo naranja. Eso nos proporciona los segundos necesarios para encontrar la puerta y echar a correr, hasta que llegamos al coche exhaustos y jadeantes.

Zain se vuelve hacia mí con la mirada baja cuando recuperamos el aliento.

—Lo siento —empieza a disculparse, pero yo me echo a reír. No puedo evitarlo.

—La cara de McGraw cuando has entrado… —digo entre carcajadas.

Ha de ser contagioso, porque él también se ríe.

—Cuando busqué la varita…

—Y no estaba…

—Pensé que estábamos acabados. —Sacude la cabeza, pero me sonríe de oreja a oreja—. Siempre sabes lo que hay que hacer.

Se acerca y me da un beso que transforma la risa en un hormigueo.

—Tengo suerte de ser tan entrometida —reconozco cuando paramos para respirar—. Vi el carbón al entrar y pensé en lo útil que sería. —Doy un respingo al percibir un movimiento en la ventana de la casa—. Vamos, larguémonos antes de que nos metamos en más problemas.

—¿Has cogido la flor arca?

Levanto la bolsa.

—Aquí está.

—Genial. Sé cómo celebrarlo. Helado.

Este chico sabe cómo ganarse mi corazón.

High Park es una enorme franja verde al fondo de Kingstown y el lugar más concurrido de la ciudad cuando hace un día tan caluroso como hoy. Los vendedores de helado y de perritos calientes bordean los caminos de grava y las oscuras aguas del lago están plagadas de hidropedales. Me encanta porque es una zona donde todo el mundo puede disfrutar… sin necesidad de magia.

Uno de mis sitios favoritos del parque es el zoo infantil; mis padres solían traernos aquí los días de vacaciones. En primavera tienen cabritas y corderos, y en verano exhiben hasta algunos animales salvajes domesticados, como los pequeños caballos acuáticos o kelpies, cuya fuerza aumenta con la risa de los niños.

Junto al lago, por donde estamos paseando, corre una agradable brisa. Vamos directos hacia los puestos de helados.

—¿Qué le traigo a mi salvadora?

—Sorpréndeme —respondo, y me siento en uno de los bancos. Mientras se aleja, me acomodo, cierro los ojos y dejo que el sol me dé en la cara. En mi mente veo la imagen de los pétalos de flor arca convertidos en unas delicadas tiras que caen en la poción. Como no

tenemos nombre para la mezcla, se me vienen a la cabeza algunas ideas: «domador de dotados», «rescate real», «poción mágica limitante». Me pregunto si tendrá otras aplicaciones. Me sentiría más segura si algunos criminales dotados, como Emilia Thoth, vieran limitados sus poderes.

Zain me saca de mis ensoñaciones al sentarse a mi lado. Trae dos tarrinas con sendas bolas de helado.

—Cierra los ojos —me pide.

—¿Qué? —En vez de hacerle caso, abro los ojos de par en par e intento adivinar el sabor.

—Ciérralos.

—De acuerdo. —Lo hago con indecisión. Me pone la cuchara de plástico en los labios y lo reconozco de inmediato—. Mmm, chocolate —añado—. Mi favorito.

—Espera —susurra.

Aguardo un instante y entonces se produce una serie de pequeñas explosiones en mi boca, unos estallidos de sabor que me inundan la lengua de deliciosas sorpresas. Me río con fruición.

—¿A qué sabe?

Abro los ojos y veo que Zain me mira impaciente.

—A frutas tropicales —contesto—. Como mango, maracuyá y lichi. Está buenísimo.

—Qué raro. —Toma una cucharada y espera unos instantes para que se produzca el estallido—. A mí me sabe a otras cosas, como manzana, canela y tal vez un toque de caramelo.

—¿En serio? Pero ¿qué es?

Me guiña un ojo.

—Se llama «favorilado». Tiene el sabor de tus helados favoritos. Creo que es nuevo este verano. Ahora ya sé que la llave de tu corazón son el chocolate y las frutas tropicales.

—Hum… ¡Y la tuya es el pastel de manzana!

Zain se lleva la mano al pecho.

—Soy un chico de corazón sencillo.

Me echo a reír. Enlazo mis dedos con los suyos y apoyo la cabeza en su hombro. Nunca pensé que estaría así con un dotado, y menos aún con Zain. Mi reacción hacia él debería ser como la del señor McGraw, aunque tal vez un poco menos exagerada, sin lanzarle polvo inductor del dolor a la cara. Debería odiarlo. Pero no puedo. De hecho, es más bien todo lo contrario.

—Estás deseando irte, ¿verdad? —comenta mientras acabamos el helado.

—La flor arca…

—Lo sé, lo sé. Necesitas preparar la poción.

Asiento con la cabeza. No puedo esperar a ver la reacción provocada por el nuevo ingrediente y sus efectos en Evelyn.

—Vámonos entonces —dice, y se levanta del banco—. Podemos comer y caminar al mismo tiempo.

Salimos por la Puerta del Rey Canuto, la más cercana a la calle Kemi. No podemos ir de la mano por culpa del helado, pero vamos tan pegados que nuestros hombros se chocan.

—Cuando lleguemos a Laville, te llevaré a la mejor chocolatería del mundo —me promete.

Sonrío.

—¿Será una cita de verdad?

—Eeh…, no, será más bien una excursión turística —responde con un guiño.

—Vale, algún día.

—Algún día.

Doblamos la esquina que hay al final de mi calle. Todo está muy animado, así que espero que la tienda también lo esté, pero con clientes de verdad, no con gente buscando un milagro que no podemos realizar.

—¿Sabes ya qué te vas a poner para el Baile de Laville? —inquiere Zain.

Antes de contestar, una voz femenina pide auxilio a gritos desde el fondo de la calle.

—¡Que alguien me ayude! ¡Necesitamos una ambulancia!

Ambos nos damos la vuelta para mirar. Hay una aglomeración de gente frente a nosotros y por un hueco percibo una figura desplomada junto a la pared de piedra.

El corazón se me detiene. Reconozco esa figura, o al menos la mata de pelo blanco que la gorra ha dejado al descubierto. También veo la gorra, con su estampado desvaído de cuadros verde oliva, tirada en el suelo, a su lado.

—Abuelo —susurro.

—¿Qué? —exclama Zain alarmado.

Me suelto de su brazo y salgo corriendo por la calle todo lo rápido que me permiten las piernas.

Cuando llego hasta él, hay un hombre sacudiéndole el brazo.

—Señor, ¿cómo se llama? —le pregunta.

—No me acuerdo —contesta, y a continuación se le ponen los ojos en blanco y la cabeza se le derrumba sobre el pecho.

—¡Abuelo! —grito esta vez mientras me agacho para sujetarlo. El hombre se aparta para hacerme sitio—. ¿Estás bien? Abuelo, soy yo, Sam. ¿Me oyes?

Vuelve en sí, pero en lugar de responder murmura algo indescifrable. Muevo la cabeza de un lado a otro sin soltarle el brazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien lo ha visto?

El hombre que está más cerca frunce el ceño.

—No estoy seguro…, pero antes había aquí una mujer pidiendo auxilio. Ella lo habrá presenciado todo.

—¿Sam? —dice una voz débil a mi lado. El corazón me da un vuelco de alegría al saber que me ha reconocido.

—Está bien, abuelo —susurro mientras tiro de él—. Voy a pedir ayuda.

—No necesito ayuda, estoy bien —afirma, aunque su voz es débil. Compruebo sus constantes vitales y, a pesar de que el corazón le late deprisa, parece fuerte. Mi corazón también comienza a latir a un ritmo más normal. Alzo la vista: estamos a pocos metros de la tienda.

—Zain, ¿puedes agarrarle del otro brazo?

Zain asiente y coloca el brazo de mi abuelo sobre su hombro. Lo sostengo por el otro lado y le doy las gracias al hombre por su ayuda. La gente congregada se va dispersando al ver que ya se encuentra bien. Doy un gran suspiro de alivio.

En cuanto echamos a andar, me llega un olor desde donde se ha caído. Un olor acre, punzante y tan metálico que hace que me escuezan los ojos.

Reconocería ese olor en cualquier parte.

Emilia Thoth.

9

SAMANTHA

Llegamos a la cocina dando trompicones.

—¿Mamá? ¿Papá? —bramo por la casa. Nadie responde.

A mi lado, mi abuelo hace una mueca.

—No hace falta que grites, Samantha.

—Ay, lo siento, abuelo. —Entre los dos lo ayudamos a sentarse en una silla.

—Estoy perfectamente. Ha sido un resbalón, eso es todo. No hay de qué preocuparse. —Se mueve para levantarse, pero mantengo la mano en su hombro.

—A mí me ha parecido algo más. Zain, ¿puedes ir a comprobar si mi madre está en la tienda? Le prepararé un té calmante. —Me pongo a trajinar en la hornilla mientras intento que dejen de temblarme las manos. Mis sentidos todavía no se han recuperado del susto de ver a mi abuelo tirado en el suelo y de ese horrible olor que percibí… y que desapareció con la misma velocidad. Pero no pudo ser Emilia, porque está encerrada en una celda en Zambi a la espera de juicio. Ha sido sólo mi incontrolable imaginación.

Mi abuelo se levanta.

—Tengo que terminar unas pociones en el laboratorio.

—¡De eso, nada! Tienes que descansar.

—¿Quién es aquí el maestro y quién la aprendiz? Voy a terminar las que tengo para hoy y tú puedes ayudar a tu madre en la tienda; luego descansaré. Y no quiero oír ni media palabra más. —Atraviesa la cocina mientras habla a voces, más rápido de lo que considero posible para su edad.

—Sam, ¿qué pasa?

Zain ha traído a mi madre. Su rostro refleja preocupación, aunque sigue mirando por encima de su hombro hacia la puerta de la tienda. Debe de haber ajetreo.

—El abuelo se ha caído en la calle y me preocupa que se haya hecho daño —le explico.

Ella abre los ojos como platos.

—¿Y ahora dónde está? ¿No necesita ir al médico?

Señalo con la cabeza hacia el laboratorio.

—Ha dicho que está bien y se ha vuelto a trabajar. —Zain y yo nos miramos y me encojo de hombros. ¿Qué puedo hacer? ¿Atarlo a la silla?—. Va a descansar cuando acabe.

—Bueno, pues ya está. Me vendría muy bien que me ayudaras ahí fuera, ¿sabes?

—Salgo en un segundo.

Mi madre se restriega las manos en su larga falda y regresa a la tienda. Con dos zancadas, Zain vuelve a mi lado y me da un fuerte abrazo. Dejo que mi turbación y mis miedos se disuelvan en sus brazos. Después se retira y me coloca las manos en los hombros mientras me mira fijamente a los ojos.

—Se pondrá bien.

—Lo sé —digo, aunque detesto lo minúscula que suena mi voz. Mi abuelo es mi mundo. No sé qué haría sin él. Y la impresión de pensar, aunque sólo por un segundo, que puedo perderlo… me ha destrozado por completo.

—Será mejor que me vaya. Parece que te necesitan por aquí.

Asiento. Me gustaría que no se fuera, pero él también debe regresar a sus asuntos familiares. Está haciendo unas prácticas en su compañía, la Corporación ZA.

Como si me hubiera leído la mente, añade:

—Al menos, mañana empezamos la Gira Real. Pasaremos dos semanas enteras juntos, sin trabajo y sin preocupaciones. —Me acaricia los brazos con la punta de los dedos hasta que llega a las manos; las agarra y me besa los nudillos—. ¿Hasta mañana, entonces?

—Sí, mañana nos vemos. —Nos damos un buen beso y le acompaño a la puerta, donde me quedo despidiéndole con la mano según se aleja.

Suena un silbido agudo cuando empieza a hervir el agua. En vez de

dejarla allí, le preparo un café a mi madre; sé que lo agradecerá. Justo cuando cojo la taza humeante para llevarla a la tienda, me vibra el teléfono en el bolsillo. Al sacarlo veo que es un mensaje de Evelyn:

¡Dios mío! Acabo de enterarme por Z. ¿Va todo bien?

Todo bien —respondo—. Parece que se resbaló… Necesita que alguien esté pendiente de él, ¡pero ya se ha puesto a trabajar! Típico de mi abuelo.

Me alegro. ¿Sigue en pie lo de mañana? ¡Te necesito!

Por supuesto :)

Genial. Hablamos pronto.

Cierro los ojos y suspiro profundamente. Los últimos coletazos de esa mañana de locos se evaporan con el reconfortante aroma del café. De nuevo con los pies en la tierra, me dirijo al caos de la tienda.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa. Todo ha vuelto a la normalidad. O, al menos, a la nueva normalidad, a la que todavía hay que acostumbrarse. La tienda está repleta de clientes que recogen mezclas o traen recetas. La pared de ingredientes que se extiende todo lo alto que es el edificio —casi tres pisos en total— está atestada de nuevos ingredientes: persirela, pelo de barba de Merlín, cuerno de unicornio, cola de unicornio. Todos los días llegan cajas, enviadas por Kirsty, nuestra buscadora, para reponer los vendidos. Por fin tenemos

lo que siempre hemos querido: una apoteca próspera y en expansión. Lo malo es que hay demasiado ajetreo y no puedo dejar sola a mi madre para añadir la flor arca a la poción de Evie. Así que, con resignación, meto los pétalos en un bote limpio y lo coloco en una estantería baja, listos para cuando llegue el momento adecuado.

—Sam, ¿tienes los preparados del señor McDonough? —me pregunta mi madre.

Me devano los sesos intentando recordar la fórmula.

Aire de Apolo: calentar tallos de tomillo, hojas de té de río amarillo y plumas de Pegaso sobre una plancha y embotellar los efluvios. Útil para las afecciones asmáticas y otros problemas respiratorios, incluida la tos persistente.

Mi abuelo aprobó la fórmula anoche.

—Deberían estar listos… Voy a buscarlos detrás —digo. Para ir al laboratorio, debo sortear a la gente que hay haciendo cola delante del mostrador.

El laboratorio posee su propia cadencia. Los mejunjes borbotean en el hornillo, las espirales de vapor se elevan por el aire que, de otro modo, estaría en calma, mientras un líquido rojo brillante da vueltas en una montaña rusa de tubos de plástico. Todos los preparados están en marcha. No veo a mi abuelo por ninguna parte, aunque eso no significa que no esté trabajando oculto detrás de todos estos trastos.

Descubro en una esquina el paquete de papel marrón que contiene el aire de Apolo del señor McDonough. Lo cojo y lo llevo a la tienda.

Diviso a McDonough y le doy el remedio. Él me sonríe agradecido.

—Vuestro preparado es el mejor que he usado jamás, mucho mejor que cualquier medicación sintética. ¡No sé cómo no vine aquí antes! —exclama.

Conozco el motivo: tenía miedo de utilizar nuestras pociones por culpa de las enormes campañas antipociones orquestadas por ZoroAster y por las demás corporaciones sintéticas a lo largo de todos estos años. Sin embargo, no le comento nada, sino que me limito a sonreír y le suelto un «bueno, espero verle por aquí de nuevo», como mi madre me tiene dicho. No tiene sentido meterse en temas políticos con los clientes: ellos demuestran su lealtad con su dinero.

—Hasta pronto —añado.

Seguimos trabajando con un ritmo constante pero cómodo hasta bien entrada la tarde.

Suena una campana desde detrás del mostrador, la señal de que mi abuelo me necesita. Me excuso ante mi madre y voy al laboratorio. No le veo por ninguna parte.

—¿Abuelo? —Elevo el tono por encima del burbujeo de los líquidos hirviendo.

—Por aquí. —Oigo que su voz proviene de una esquina de la sala.

Esquivo una gran encimera de madera (con la que me he golpeado en la cadera innumerables veces) y, de forma automática, me pongo a recoger algunos ingredientes que me encuentro por el camino para colocarlos en su sitio. «Si hay caos en el laboratorio, los preparados serán caóticos», me viene a la cabeza: una de las muchas frases de mi abuelo.

Cuando lo veo, lanzo un grito ahogado. Veinte o treinta paquetitos marrones llenos de preparados esperan que alguien los recoja, listos para los clientes.

—No te quedes ahí de pie. Llévale esto a tu madre antes de que empiecen las aglomeraciones de la tarde.

Agarro uno y le doy la vuelta.

—¿Todos son preparados terminados?

No me responde, simplemente gruñe. Estupefacta, trago saliva. Ha debido de trabajar dos o tres veces más rápido de lo habitual para tener todos listos.

—Hemos perdido una mañana muy valiosa, así que había que recuperar el tiempo perdido.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar, y coloco los paquetitos en una gran bandeja. Con mucho cuidado, los llevo a la tienda.

—¿No es increíble? —le susurro a mi madre cuando se acerca a mi lado—. Lleva todo el mediodía trabajando sin parar. Mira todos estos preparados.

—Oh, perfecto. —Coge uno de los paquetes y se lo da a un cliente —. Aquí tiene, señor Talbort. Ya le dije que no tardaría mucho.

El señor Talbort está a punto de explotar de gratitud.

—Gracias, Katie. Mi hija necesita el remedio enseguida y, como habíais cerrado, no teníamos ninguna alternativa. —Agarra su paquete y se marcha deprisa.

Mamá y yo intercambiamos una sonrisa. Eso es lo mejor de nuestra labor: advertir la repercusión de nuestros remedios en la comunidad. Y ya nadie pide la dichosa aqua vitae.

De pronto, su sonrisa se difumina.

—¿El abuelo no debería estar descansando?

—Prueba a decírselo y verás.

—Ya, me imagino. —Entrega otro paquete y recibe a cambio unos cuantos billetes crujientes. La caja registradora está a rebosar. Después se dirige hacia otro cliente mientras yo ordeno los preparados por orden alfabético detrás del mostrador.

Cuando termino, levanto la mirada y veo un rostro familiar que entra en la tienda. Se trata de Moira Grant, una de nuestras clientas más fieles, aunque también de las más ladinas. Estoy convencida de que se aprovecha de la generosidad y la amabilidad de mi madre y de que nos debe el importe de las recetas de varios meses. Como era de esperar, ahora que nos va bien el negocio, mi madre quiere hacer borrón y cuenta nueva —en realidad, no necesitamos el dinero—, pero no es justo que se salga con la suya.

—Buenos días, señora Grant —saludo con una sonrisa. Quiero entretenerme un poco con ella para que le dé tiempo a sacar el dinero de la cartera—. Deje que revise su receta para asegurarme de que lo tenemos todo.

Me lanza una mirada que demuestra que sabe exactamente lo que pretendo, así que reprimo las ganas de sacarle la lengua. En cambio, abro la bolsita de papel donde pone «señora M. G.» con la caligrafía estilizada de mi abuelo y echo un vistazo dentro.

Pongo cara de extrañeza.

—¿Qué sucede, querida? —me pregunta con un tono empalagoso, aunque su trasfondo es férreo.

Saco el preparado del paquete. Hay algo raro en él. Lo de Moira es una crema especial para la artritis.

Infusión solar de hojas dentadas del diablo: mezclar con aloe vera y ocre rojo. Beneficiosa para la artritis, para lubricar las articulaciones y suavizar los nudillos.

Una de las características de la crema es su distintivo color rojo. Mi abuelo, cuando era joven, ideó un método para que el color desapareciera al entrar en contacto con la piel, pero durante mucho tiempo esta poción se conoció con el nombre de «dedos escarlata». Ese delator tono rojo de la piel era especialmente perjudicial para las mujeres que trabajaban en las fábricas, que cosían prendas delicadas o que trabajaban con maquinaria pesada. La crema les aliviaba mucho el

dolor, pero también daba a los patronos la posibilidad de descontarles dinero del sueldo.

La crema que hay en este tubo no es roja; sino marrón oscuro.

—Eso no tiene buena pinta —comenta Moira con los ojos brillantes ante la oportunidad de quejarse y tal vez así obtener gratis su medicina.

—No, no la tiene —respondo.

Cojo otra bolsa y la abro. En la parte delantera pone «LÁMINAS DE POLEO», pero lo de dentro no coincide con lo esperado. Las láminas de poleo son unas finísimas hojas color cobre que se disuelven debajo de la lengua. Pero estas no son cobrizas; más bien parecen láminas de mercurio, cuya función es muy distinta.

El corazón me da un vuelco. Todos estos remedios, todas estas pociones… están mal. Miro mi reloj. Sólo habrá pasado media hora desde que traje los nuevos preparados que ha elaborado mi abuelo. ¿Cuántos se habrán vendido ya? ¿Cuántos…?

Moira tose de repente mientras me escruta por encima de sus gafas de carey.

—¿Hay algún problema? —pregunta.

Espero no haberme puesto tan lívida como me siento. Un encargo cada cinco minutos hace un total de… seis clientes afectados. Y va en aumento. Mi madre entrega otro paquete sin que yo pueda evitarlo. Grito para que se detenga.

Me mira con cara de extrañeza con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Sam?

Le arrebato la bolsita de papel marrón al cliente. Apilo todos los paquetes que puedo.

—Eeh…, esto…, tengo que revisar una cosa con mi abuelo. Enseguida vuelvo.

Ni siquiera me da tiempo a marcharme. En ese momento se oye un chillido en la calle y alguien abre la puerta tan de golpe que los botes de las estanterías se tambalean.

—¡Casi matan a mi hija! —El señor Talbort está de pie en la puerta con la cara roja—. ¡El preparado le ha provocado urticaria! ¡Le habéis dado picamiel en lugar de su medicación para la epilepsia!

Picamiel: para las reacciones alérgicas. Contraindicada para la epilepsia, puede causar reacciones alérgicas si se administra por error.

—Hemos tenido que llevarla al hospital general de Kingstown, donde le están suministrando el tratamiento adecuado para enmendar

vuestro error.

—Ay, cuánto lo siento… —se disculpa mi madre—. No sé qué decir… Ostanes se ha caído esta mañana…

—¿Y le habéis dejado elaborar los preparados? Menuda irresponsabilidad. Pues lo siento mucho, pero he tenido que dar parte a las autoridades.

Una mujer se abre paso por detrás de él. Viste un elegante traje de raya diplomática y lleva bien a la vista su objeto de dotada: unas esposas doradas. Detrás de ella hay dos hombres corpulentos, también trajeados, con los brazos cruzados. Ahora caigo: es la mujer que vino ayer.

Va directa hacia mi madre.

—¿Es usted Katie Kemi, la encargada de la Tienda de Pociones Kemi?

Mi madre intenta erguirse para parecer autoritaria, aunque resulta difícil con el pañuelo *hippie* en la cabeza, la camisa blanca llena de manchas de pociones y la falda larga.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Agnes Slaint, de la Comisión Reguladora de Pociones y Sintéticos del Gobierno de Nova. Según el artículo 13.4 de la Ley de Seguridad de Pociones, es ilegal la apertura al público de una apoteca sin un maestro en plenas facultades que supervise los preparados. —Me observa con los ojos llenos de algo distinto a la comprensión. Es una mirada que no veía hace mucho y, cuando la reconozco, siento un dolor intenso y rápido, como una mordedura de serpiente. Se trata de lástima —. Lo siento mucho, pero vamos a tener que pedirles que cierren. Tienen hasta las cinco de la tarde; en caso contrario, nos veremos obligados a clausurar el establecimiento a la fuerza.

10

SAMANTHA

Conseguimos sacar a todo el mundo de la tienda y convencer al señor Talbort, a los demás clientes y a Agnes Slaint para que no difundan la noticia del cierre… de momento. Sin embargo, sé que no tardará en llegar a los foros de Internet.

—Podríamos decir que nos hemos tomado unas vacaciones familiares —sugiere mi madre desde un lateral de la mesa de la cocina. Clava los dedos en uno de los nudos de la madera mientras lanza miradas de preocupación hacia la puerta.

—Es una excusa demasiado evidente —responde mi padre, que ha regresado al caos después de hacer los recados. No obstante, su prioridad ahora mismo no es la clausura de la tienda, sino la salud de mi abuelo—. Está descansando —añade al leerme la mente.

—¿Le habéis dicho lo de… las pociones?

Mi padre asiente mientras se echa el pelo hacia atrás.

—Al principio no me ha creído, pero cuando se lo he demostrado no ha discutido más. Nos vamos al hospital, tiene aspecto cansado. Voy a preparar algunas cosas.

—Está claro que la situación es mucho peor de lo que pensábamos —interviene mi madre.

Mi padre asiente.

—¿Quién se va al hospital?

Mis padres se dan la vuelta, todavía sentados, y yo levanto la vista. En el umbral se encuentra Molly con una cometa de papel en la mano. Su largo pelo oscuro está recogido en dos trenzas que le caen por encima de los hombros y tiene las mejillas sonrosadas por el paseo a

casa después del día de campo. Aún tiene los ojos brillantes y alegres, aunque el arqueo de sus cejas me dice que sabe que algo está a punto de cambiar.

Mi madre se levanta con brusquedad y coge a Molly de la mano para que se siente a la mesa con nosotros.

—Se trata del abuelo, cariño. Esta mañana se ha caído y pensábamos que estaba bien, pero necesita ir al hospital.

Le tiemblan los labios.

—Pero ¿está bien? ¿Puedo verlo?

—Ahora mismo está dormido, cielo. ¿Qué tal fue la excursión?

Mientras Molly, indecisa, nos cuenta cómo ha ido el día, yo desconecto. Me siento enferma. Todo esto es mucho peor que el escándalo causado por el aqua vitae.

El abuelo nunca se había equivocado en una poción, jamás. Y menos así. Tiene que sucederle algo muy serio. Si no se recupera…, ¿qué pasará con la tienda? Todavía me quedan años para acabar con mi aprendizaje. Incluso tras la victoria de la Expedición Salvaje, sigo sin ser capaz de llevar la tienda yo sola. Mi abuelo estuvo listo a los dieciséis años, pero él ya había dejado la escuela. Yo aún tengo que terminar el instituto y quiero ir a la universidad, quizá viajar una temporada… Todo eso antes de convertirme en maestra de pociones.

Necesitamos a mi abuelo o, en caso contrario, la Comisión de Pociones mantendrá la tienda cerrada de forma indefinida.

—Ya sé que está dormido, pero ¿puedo ir a verlo? —pregunto de improviso, interrumpiendo el relato de Molly.

Mi padre duda un instante, pero luego asiente.

—Voy contigo —suelta Molly a toda prisa.

—Por favor, Molly, dame un momento. Necesito hablar con él de aprendiz a maestro, ¿de acuerdo? —Hago una pausa. Quiero hablar a solas con el abuelo. Pero conozco la expresión de mi hermana, con esos ojos tan abiertos: es una mezcla perfeccionada de inocencia y determinación férrea—. ¿Sólo un momento? —suplico.

—Vale. —Se ablanda. Salgo pitando antes de que se arrepienta.

Aunque me marcho del laboratorio como un tornado, al aproximarme a la habitación de mi abuelo me pongo a andar de puntillas. Para mi sorpresa, veo luz por debajo de la puerta y una sombra que se mueve de lado a lado de la habitación.

Golpeo la puerta con suavidad. La sombra se detiene.

—¿Samantha? —dice en voz alta.

Me lo tomo como una invitación a entrar y empujo la puerta.

—Sí, soy yo, abuelo. —Tiene el pelo blanco revuelto y la expresión de sus ojos es feroz. Golpea la alfombra con los pies descalzos, puesto que sus zapatillas están tiradas junto a la cama—. ¡Abuelo, vas a pillar un resfriado! —Me agacho para alcanzarle las zapatillas y colocárselas delante.

—Está por aquí…, en alguna parte. —Se aleja de mí dando tumbos hacia el alféizar de la ventana, sobre el que tiene una fila de diarios de pociones apoyados contra el cristal. Tira de uno de ellos y todos los demás se caen al suelo.

—¡Abuelo! —grito alarmada.

Pasa las páginas tan rápido que rasga algunas.

—Ayúdame, Sam. Se lo han llevado.

—¿Cómo? ¿Qué se han llevado?

—El diario de la gran maestra Cleo.

Tardo unos instantes en procesar sus palabras.

—¿El diario de la gran maestra Cleo? Pero si lleva desaparecido años…, décadas. ¿No te acuerdas?

Se detiene y me mira. Por un momento deja de aparentar sus setenta y ocho años y se le ve como un niño confuso y con los ojos muy abiertos.

—¿Ah, sí? —El diario que estaba hojeando se le resbala de las manos y va a parar al suelo. Le agarro con suavidad del brazo para guiarlo hacia la cama.

Me siento a su lado y él pone la otra mano encima de la mía. Entonces, en un arrebato, me la aprieta con fuerza.

—Tienes que encontrarlo —me pide con la mirada tan nítida como su voz—. Tienes que encontrarlo antes que ella. En él está la clave.

—¿La clave de qué?

Se le quiebra la voz y su mirada vuelve a nublarse.

—Yo…, yo no puedo… —Me preocupa que pierda la memoria de tanto pensar. Está a punto. Tiembla al intentar recordar y, aunque trato de calmarlo, de acallar sus pensamientos, se derrumba en la cama y deja de apretarme la mano—. Encuéntralo —susurra antes de perder el conocimiento.

No puedo evitar soltar un grito y abalanzarme sobre él. Le pongo los dedos en el cuello y noto, aliviada, que tiene pulso, aunque es

rápido e irregular.

—¿Está bien?

Levanto la cabeza. Es Molly.

—Molly, por favor…, necesitamos llevar al abuelo al hospital ahora mismo. ¡Díselo a mamá y papá!

Para mi sorpresa, se queda en la puerta.

—¿Qué tienes que encontrar? Tú sabes algo más acerca de lo que le sucede, ¿a que sí? —Abro la boca para protestar, pero ella continúa—: No, después de lo de Zambi me prometiste que no me ocultarías información. No soy una persona cualquiera, Sam. Puede que sea joven, pero soy tu hermana. Yo también puedo ayudar.

—Ya lo sé. —Le extiendo la mano y ella la agarra—. Te prometo que todavía no sé nada. Tengo una ligera sospecha, pero… necesito hablar con los médicos y con mamá y papá. No creo que el abuelo sufriera una caída normal. Creo que alguien se la provocó. Pero ¿me prometes que no se lo contarás a nadie hasta que tenga más información?

—Te lo prometo, Sammy. Puedes confiar en mí —asegura—. Pero en cuanto averigües algo más, quiero que me lo cuentes. No vuelvas a tenerme al margen de todo.

Puede que ella no sea alquimista, pero es una Kemi de los pies a la cabeza.

11

SAMANTHA

Oye, soy yo… Me he pasado por la tienda después del trabajo, pero no estabas. ¿Todo bien con tu abuelo? Contéstame, estoy preocupado.

Leo el mensaje de Zain, aunque no tengo tiempo de responder. Me vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo.

—Mamá, te digo que Emilia Thoth tiene algo que ver en esto.

Mi madre, Molly y yo estamos esperando en la unidad de cuidados intensivos del hospital general de Kingstown. La pared que tenemos enfrente está cubierta de fotos de flores silvestres: un mural salpicado de colores primarios brillantes. Imagino que quien lo diseñó quería que la gente de la sala de espera se sintiera alegre y optimista. Esos colores deberían provocarme algún efecto, del mismo modo que sé, por la elaboración de pociones, que ciertos olores y sabores aportan tranquilidad.

Hojas de camomila remojadas en agua, una almohada de lavanda, una taza de chocolate caliente y espeso. No son pociones en sentido estricto, pero pueden provocar el efecto deseado.

Aunque no en mí. Ahora no. Todo lo que me meto en la boca me sabe a ceniza y el mural de flores me da arcadas. «¿Alguien cree que una fotografía de una estúpida flor hará que desaparezca mi dolor? ¿A quién se le ocurre algo así?». Paseo sin cesar de un lado a otro de la sala.

Mi madre me agarra de la mano y tira de mí para que me siente en una butaca de plástico. Pero no me voy a sentar, ni pensarlo. He

intentado explicarle a todo el mundo —mi madre, mi padre, los médicos— cuáles fueron las últimas palabras que me dijo el abuelo y lo del olor que percibí cuando lo encontramos en la calle. Me maldigo para mis adentros por no haberlo contado antes. Ahora estamos en la sala de cuidados intensivos y el terror me aprieta en el cuello como si de una soga se tratara.

Mi madre suspira y yo retiro la mano.

—Cielo, sé que sientes angustia, pero todos estamos preocupados por el abuelo.

—Pero nadie me escucha…

—No, eres tú quien no escucha —espeta. Su tono me hace parar en seco. Casi nunca pierde los nervios con nosotras, ella prefiere el método de ir por las buenas y suele dejarle a mi padre el tema de la disciplina. Pero me doy cuenta de que este jaleo le ha afectado: se le están saltando las lágrimas—. La médica dice que se está deteriorando con rapidez. No podemos hacer nada.

—Pero ¿y lo que dijo sobre la bisabuela Cleo? —Hasta mi voz suena floja y distante. Mi perseverancia está mermando.

Mi madre no me presta atención, sino que mira a mi padre, que acaba de llegar con más noticias.

—Parece que de momento se mantiene estable, aunque va a pasar una noche en observación, como mínimo —nos cuenta mientras se pellizca el puente de la nariz—. No saben con exactitud qué le sucede, pero todo se resume en que el abuelo está mayor. Estas cosas pasan cuando se envejece.

Como una caja de sorpresas, mi perseverancia vuelve a hacer aparición.

—¿Lo han intentado todo? Volveré para investigar acerca de posibles remedios. Debe de haber algo en algun diario de los Kemi…

Mi padre se encoge de hombros.

—Tal vez si tuviéramos el aqua vitae…

—Pero eso no existe —puntualiza mi madre—. Tampoco creo que crearnos falsas esperanzas nos vaya a hacer bien —continúa mientras pone la mano sobre su antebrazo.

—Podemos encender una vela por el abuelo, ¿verdad? —pregunta Molly.

—Claro que sí, cariño.

Mientras hablan, recojo mi mochila, que se ha caído al suelo. Mi

madre me mira con atención.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—Si de momento está estable, voy a ir a ver a la princesa Evelyn antes de que se marche mañana a la gira. Le diré en persona que no puedo acompañarla.

—Me parece bien. No vuelvas tarde, ¿de acuerdo?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Mientras salgo del hospital, las suelas de mis zapatos chirrían en el linóleo verde clarucho. Siento una leve brisa, el aire todavía cálido del atardecer. Saco el teléfono y le escribo a Zain rápidamente:

El abuelo está mucho peor. Ahora voy a ver a Evie. ¿Nos vemos allí? Bs.

Pero en cuanto pulso el botón de enviar, siento la necesidad urgente de ir a ver a otra persona que no es ni Zain ni la princesa.

Quiero ver a Anita, mi mejor amiga.

¿Estás libre? —le digo en un mensaje.

¡Sí! ¿Dónde estás?

¿Quedamos en el Coffee Magic que está junto al hospital general de Kingstown?

Voy para allá.

Cinco minutos más tarde, veo que se aproxima desde lo lejos pedaleando como una loca hacia la cafetería con su larga melena negra ondeando al viento. A pesar de todo, se me escapa una sonrisa, pero cuando llega hasta mi sitio la sonrisa se ha convertido en un mar de lágrimas. Antes de darme cuenta, los brazos de Anita me están rodeando y nos quedamos así en la puerta de la cafetería hasta que alguien carraspea por detrás para que le dejemos pasar.

Anita me lleva dentro y me acomoda en un gran sillón de cuero rojo en el que me hundo. Me pide un chocolate con doble de nata montada y, cuando vuelve con las bebidas, suelto un chorro de palabras que no puedo controlar.

—Es todo muy confuso… Él estaba bien esta mañana, cuando nos fuimos a buscar la flor arca, pero al verlo después de que se hubiera caído y al ver lo de todos los preparados… Nunca ha estado tan mal. Jamás. Ahora está en el hospital. No comprendo qué está pasando.

Anita se inclina hacia mí y me agarra la mano.

—Sam, lo siento muchísimo.

—Y no podemos hacer nada.

—¿Qué ha dicho la médica?

—Cree que es la edad. No existe ninguna poción que resulte útil, o eso es lo que ella dice.

Anita me mira fijamente analizando mi rostro con sus ojos castaños. Bajo la vista y le doy un sorbo a mi chocolate caliente. El habitual sabor dulzón se convierte en un regusto acre dentro de mi boca.

—Sin embargo, tú crees que la médica está equivocada, ¿verdad? —Aunque no es una pregunta; para ella mi cara es un libro abierto.

Asiento con la cabeza.

—Estamos hablando de mi abuelo. Él es… —Me dan ganas de decir «invencible», pero pronunciar esa palabra en voz alta se me antoja un error. En el fondo sé que no es invencible, que está envejeciendo y que un día no formará parte de mi vida. Pero ni en un millón de años habría pensado que sucedería tan pronto. O que empezaría a perder fragmentos de él de este modo.

Es demasiado pronto.

—Es muy mayor, Sam… —dice Anita con indecisión.

—¿Te crees que no lo sé? —replico.

—Sólo digo…, bueno, ya sabes que perdí a mi tía abuela por culpa del alzhéimer. No hay cura para eso.

—Hay cura para todo. Lo que pasa es que no se ha encontrado todavía.

—Puede ser.

No se merece mi tono cortante. Sé que sólo intenta ayudarme. Tengo el estómago revuelto, algo no va bien. «Hay cura para todo», vuelvo a pensar. Tiene que ser verdad. Me lo dicen mis huesos alquimistas. Parece mentira que ahora, cuando todo iba bien en mi familia, hayamos vuelto a sufrir otro golpe.

—Hay algo más —añado. Dudo si contárselo, pues sé que hasta hace poco no se ha recuperado de la terrible experiencia de la Expedición Salvaje—. Percibí un olor como a podrido, un olor metálico, en el lugar donde se cayó mi abuelo.

Anita se queda pálida y la mano empieza a temblarle. Enseguida baja la taza de café para disimularlo, aunque yo me doy cuenta.

—No querrás decir…

Sacudo la cabeza con rapidez. Al ver que reacciona con tanta intensidad, recuerdo que no puedo ir lanzando suposiciones sin esperar consecuencias.

—Habrá sido mi imaginación. Está en la cárcel. Supongo que estoy buscando algo que explique lo sucedido.

—¿Quieres pasar la noche en mi casa? Podríamos ver una peli y comer palomitas —me sugiere acto seguido, intentando cambiar de tema.

—No, lo siento; le prometí a Zain que nos veríamos esta noche. Y tengo que decirle a Evelyn que no voy a ir a la gira.

—Ah, claro —responde en voz baja. No está acostumbrada a que la princesa Evelyn sea mi amiga, y menos aún a que yo tenga novio. Tampoco lo estoy. Yo misma estoy sorprendida de lo mucho que me gusta Zain. La noche que estuve con él en la montaña pensé que íbamos a morir. Sobrevivir a aquello nos unió mucho más de lo que imaginaba y ahora… me veo pensando en él cuando debería estar concentrada en otras cosas. Es como si se hubiera quedado a vivir en el lugar de mi cerebro donde antes residía mi pensamiento racional. Antes, los personajes enamorados de mis series favoritas me ponían muy nerviosa; ahora los entiendo.

Aun así, por mucho que me atraiga, sé que no es mi mejor amigo. Ese papel le corresponde a Anita.

—Tú sigues siendo la primera persona con la que quiero hablar

cuando me pasa algo —le aclaro.

—¡Pues más te vale que siga siendo así! —Me guiña un ojo.

—Claro que sí —aseguro con una gran sonrisa—. ¿Me llevas al castillo?

Pero antes de levantarnos, una pareja de hombres con traje negro y gafas de sol entran en la cafetería y se quedan junto a la puerta. Echan un vistazo al local y, cuando su mirada se cruza con la mía, vienen directos a nuestra mesa. Cojo a Anita de la mano e inmediatamente busco algo que me pueda servir para defenderme. Lo único que tengo es la taza de chocolate caliente. La agarro fuerte.

—¿Samantha Kemi? —me pregunta uno de ellos.

Asiento con indecisión. Todas las miradas están posadas en nosotros. Sean quienes sean, no intentarían hacerme nada aquí dentro. ¿O sí?

El hombre saca una insignia identificativa que está labrada con el sello de la princesa.

—Tenemos órdenes de la princesa Evelyn de acompañarla al palacio de inmediato. Venga con nosotros, por favor. —Me tiende una mano.

Anita se queda mirándolos.

—Supongo que es algo importante —comenta.

Asiento y agarro la mano del hombre.

Con un rápido movimiento de su otra mano, abre una gran pantalla y yo emito un grito ahogado. Es un convocador portátil. Pensé que no existían, que sólo eran rumores.

Pero no tiene nada de rumor, por el modo en que emerge un brazo del convocador que me sujeta y me arrastra directamente al palacio.

12

SAMANTHA

El palacio es la residencia principal de la familia real y su ubicación es ultrasecreta. Ni siquiera Zain sabe dónde se encuentra exactamente. Lo único que sé es que está suspendido en algún lugar sobre Kingstown y que es del todo invisible desde tierra.

El chocolate caliente se me revuelve en el estómago, creo que estoy a punto de vomitar (un efecto colateral de la transportación bastante común). Tras permitir que tome aire un par de veces en el gran recibidor al que he sido transportada, los dos hombres me conducen hacia una zona independiente, menos formal que las demás salas. Hay una gran televisión en la pared y los sofás más grandes y cómodos que se puedan imaginar. Aquí es donde nos solemos reunir Evelyn, Zain y yo. Sonrío cuando veo a Zain, pero su rostro al mirarme está pálido. Es como si se sintiera… culpable.

—¡Ya estás aquí, Sam! —Evelyn se levanta del sofá a toda prisa y me da un gran abrazo—. Gracias, caballeros. Pueden retirarse —les indica a los dos hombres, que siguen detrás de mí.

Después de que se vayan, suceden varias cosas al mismo tiempo. Oigo un golpecito seco en la puerta que hay a mi espalda, las luces se atenúan y de pronto parece que el aire es diez veces más denso, como si me hubiera caído en un cuenco lleno de miel.

—Eso es. Escuchad: tengo algo importante que contaros —empieza Evelyn.

Mis ojos oscilan entre ella y Zain.

—¿Acabas de…?

—¿Sellar la habitación? Sí. Nadie puede molestarnos. Lo que voy a

contaros es información extremadamente confidencial.

Trago saliva y hago un gesto afirmativo.

—De acuerdo. ¿Tiene que ver con mi abuelo?

—Sí. —Me agarra las manos y clava su mirada azul en mis ojos—. Emilia Thoth se ha escapado de Zambi.

Las piernas me fallan como si fueran de mantequilla. Unos flujos mágicos pasan por mi lado y deslizan uno de los sofás hacia mí para evitar que me caiga al suelo. Me derrumbo sobre los mullidos cojines, aunque apenas siento su comodidad.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —Mi mente procesa la información a la vez que la rechaza. No puede ser cierto.

—Lo siento, Sam… No quería preocuparte —interviene Zain. Sus palabras encajan con su aspecto de culpabilidad.

—Un momento, ¡¿tú lo sabías?! ¿Desde cuándo?

—Alguien lo publicó en el foro de Expedición Salvaje a Debate, pero no quería preocuparte con un rumor sin confirmar.

—De modo que me lo ocultaste. —Ahora el enfado sustituye a la sorpresa. Una vocecita me dice que no viene a cuento molestarse, aunque la acallo—. ¡Esa mujer odia a mi familia! Nos has puesto en peligro.

—Si te vas a enfadar con él, enfádate conmigo también —dice Evelyn—. Zain me lo contó enseguida y yo acudí al SSN.

—¿Al SSN? —pregunto.

—El Servicio Secreto Novaniano. Ellos me lo confirmaron. Y creían que estaban a punto de volverla a atrapar…

—Pero no lo han hecho. ¿O sí? —interrumpo. Es incapaz de mirarme a los ojos.

—No.

Se me escapa un sonido, mezcla de grito y de lamento.

—¿Y está todo relacionado con mi abuelo? ¿Por qué iba Emilia Thoth a ir tras él de nuevo? Ya no hay ninguna Expedición.

—Es cierto, pero ya sabéis que hasta que no me case seguiré siendo una amenaza para su reinado. Ni siquiera la poción que me estáis preparando Zain y tú supone una solución permanente. Emilia sigue queriendo mi trono. Sabe que soy vulnerable.

—De acuerdo…

Ahora me mira fijamente.

—Sam, no me voy a andar con rodeos. ¿Tu abuelo sabía cómo

preparar el aqua vitae?

Me quedo boquiabierta y tardo un rato en recuperarme. Entonces empiezo a atar cabos.

—¡No! Claro que no. ¡Nadie sabe!

—¿Y tu bisabuela?

Trago saliva.

—Pensaba que sí. Pero mi abuelo me dijo que fue una mentira que inventó para ocultar que Cleo había perdido sus facultades. —Las palabras de mi abuelo de esta tarde me siguen rondando la cabeza. «Encuéntralo». ¿Quizás esa mentira era a su vez una mentira para que yo dejara de buscar el remedio?

Evelyn asiente.

—Sea cual sea la verdad, Emilia piensa que merece la pena buscar el diario de tu bisabuela. El SSN cree que Thoth necesita el aqua vitae para contrarrestar los daños horribles que las pociones oscuras han causado en su cuerpo. Hoy mismo van a visitar a tu abuelo para comprobar si Emilia le ha suministrado una poción de extracción de memoria.

Extracción de memoria: una complicadísima combinación de conjuro y poción que puede utilizarse para extraer los recuerdos de una persona. Una de sus variantes nos la suministraron a Zain, a mí y a todos los participantes en la Expedición para que olvidáramos la receta ilegal de las pociones amorosas. Esa era una de las condiciones para participar.

Tal idea me nubla la expresión.

—Creía que la extracción de memoria se utilizaba para borrar recuerdos, no cuando querías averiguar algo. No existe la manera de «ver» los recuerdos de otra persona.

Evelyn se encoge de hombros.

—Que nosotros sepamos, no.

—Por todos los dragones —me lamento.

Vuelvo a pensar en las horribles venas negras de Emilia, visibles bajo su piel translúcida. En todos sus esfuerzos para ser dotada y alquimista. Cuanto más terrible es su magia, más espantoso es su aspecto. Aunque el aqua vitae podría arreglarlo todo… sin interferir en los resultados de las pociones. Seguiría siendo poderosa. ¿Tan poderosa como para derrocar a los reyes actuales?

Tal vez.

Parpadeo varias veces para que mi mente trabaje más deprisa.

«Encuéntralo. Encuéntralo antes que ella». Las palabras de mi abuelo resuenan en mi cabeza. ¿Se refería al diario? Si Emilia cree en el aqua vitae tanto como para atacarle a plena luz del día, quizá no sea una idea tan descabellada. Pienso en toda aquella gente congregada en la tienda, desesperada por conseguir una cura milagrosa. Yo podría ser quien la elaborara. Salvaría a muchas personas. Salvaría a mi abuelo.

Se me escapa un gran suspiro y me crujo los nudillos.

—Tengo que encontrar el diario de Cleo antes que Emilia. Pero voy a necesitar ayuda.

—Estaré contigo en todo momento —promete Zain. Dudo por un instante, pero luego digo que sí con la cabeza. Se lo perdono. Si yo hubiera leído cosas sobre Emilia en los foros de Internet, tampoco se lo habría contado a mi familia. Hay demasiados rumores circulando por ahí. Le sonrío y veo que se le relajan los hombros.

—Yo también te ayudare en lo que pueda —se ofrece Evelyn—, pero tenemos que mantener esto en secreto, ¿de acuerdo? La noticia de Thoth provocará histeria colectiva cuando sea pública. El SSN no sabe que os lo he contado.

—¿Cómo? ¿Y por qué no se lo dices?

—Porque, si es cierto que atacó a tu abuelo, eso significa que puede burlar nuestras mejores defensas. Ha llegado hasta Kingstown y ha estado *así de cerca* del palacio. Así que hay alguien en Nova ayudándola. No puedo confiar en el SSN, pero sí en vosotros. Quiero que tengáis todas las oportunidades posibles, necesito que penséis por dónde hay que empezar a buscar. De ese modo, cuando mañana comencemos con la primera etapa de la gira, puedo hacer que os transporten donde necesitéis.

Al pensar en lo de la gira, siento un nudo en estómago.

—¡La gira! Se supone que os iba a decir que no podía ir por lo de mi abuelo.

—Eso es una locura; tienes que venir. La gira será la excusa perfecta. ¿Puedes hacer que tus padres cambien de opinión?

—Lo intentaré. —Ya me imagino la cara de mi madre cuando se lo cuente. No le va a hacer ninguna gracia.

—Pero recuerda: ni una palabra acerca del porqué.

—¡Kirsty! —exclamo—. Voy a necesitar a Kirsty. Es discreta…, recordad la Expedición Salvaje.

Evelyn duda por un momento, aunque luego acepta.

—Estará bien que haya una buscadora a tu lado. Puedes decírselo a Kirsty.

—Vale, estupendo. —Me relajo al pensar que ella estará allí.

Entonces Zain formula una pregunta que ni se me había pasado por la cabeza:

—Pero, Evelyn, ¿qué pasa con tu poción?

Se me revuelve el estómago. Se suponía que íbamos a acompañarla para elaborar el remedio. Encontrar el diario de mi bisabuela puede ser una cuestión de vida o muerte para mí. Sin embargo, la poción es igual de importante para Evelyn. Si no averiguo cómo lograr que almacene su exceso de magia, tendrá que casarse.

Se verá forzada entonces a aceptar un matrimonio de conveniencia, no se casará por amor. Me descorazona pensar lo injusto que es.

Me siento culpable. Por suerte, la princesa se burla de la pregunta de Zain:

—¿Qué pasa con mi poción? Esto es más importante, se trata de detener de una vez por todas a Emilia y de salvar al abuelo de Sam.

—Gracias, Evelyn. Pero no me olvidaré de tu poción, te lo prometo. —Me vuelvo hacia Zain—. ¿Qué le vas a decir a tu padre? No puede enterarse de nada de esto.

Zain pone cara de resignación.

—Mi padre no va a percibir ningún cambio. No es el padre del año, precisamente.

—Estupendo —concluye Evelyn—. Pues ya está todo organizado. Voy a eliminar el sello de la sala; si no, mi familia empezará a sospechar.

De improviso el aire se vuelve más claro y respiro hondo.

—Será mejor que me vaya. Todavía tengo que preparar muchas cosas…

—Te recogeré mañana a mediodía. Podemos ir de compras y luego te acompañaré al avión —dice la princesa.

—¿Sigue siendo necesario que vayamos de compras? —pregunto. Odio sonar tan quejumbrosa; comprar ropa nunca ha sido mi actividad favorita.

—Tenemos que hacer que todo parezca de lo más normal. No debemos demostrarle a Emilia que vas tras ella.

—Vale, me has convencido. —Sonrío sin ganas.

Evelyn se echa a reír.

—Oh, ¡venga ya! Será divertido… Te lo aseguro.

—Si tú lo dices… —Esta vez no oculto mi disgusto. Compras. Lo odio.

—Ay, antes de que se me olvide. Quería darte esto, pero entre una cosa y otra… —Me muestra un paquete envuelto en un elegante papel plateado y con un lazo rojo brillante—. Es para Molly. ¿Se lo puedes dar?

—¡Claro! Se va a quedar alucinada. Gracias, Evie. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—¿Luego me escribes? —pregunta Zain.

—Por supuesto.

Él sonríe y nos despedimos con un beso.

Agarro el paquete con fuerza mientras regreso al recibidor donde está el espejo decorado con el marco dorado que me va a transportar a la tienda. Está bien tener algo bonito a lo que aferrarse en medio de todo esto. Me empiezo a dar cuenta de que estoy a punto de enfrentarme una vez más a Emilia. Y esta vez tengo que ir un paso por delante de ella.

Ha perseguido a mi familia y no voy a dejar que se salga con la suya.

13

SAMANTHA

Cuando llego a casa, mi madre está apoyada en la encimera de la cocina. Tiene pinta de exhausta, como si necesitara toda su energía para mantenerse erguida.

No estaba tan cansada desde la Expedición Salvaje. Puede que hayamos pasado una mala racha, pero nos las hemos apañado. Puede que tuviéramos una clientela reducida, pero al menos ha sido fiel. Y puede que no hayamos sido los grandes alquimistas Kemi de antaño, pero hemos conseguido mantenernos a salvo.

—Hola, Sam. —Parece mejorar al verme y esboza una sonrisa.

—Hola, mamá —respondo. Me tiemblan las manos. No quiero preocuparle aún más contándole que la Gira Real está de nuevo entre mis planes. Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros. Mi madre no parece percatarse, pero Molly, que está sentada a la mesa, me mira con recelo. Hago todo lo posible por aparentar que no pasa nada de nada.

—Me alegro de que ya estés aquí. Tu padre ha decidido quedarse esta noche en el hospital…

—¿Va todo bien?

Mi madre asiente.

—No ha habido novedades, los médicos piensan que el abuelo sigue estable. Por eso… En fin, tu padre y yo hemos estado hablan-do y hemos acordado no sacar a Molly del campamento de verano; ella necesita que la vida continúe de manera normal. Y tú deberías hacer lo mismo. Mientras la tienda esté cerrada, no tienes nada que hacer aquí, y ya sabes lo que siempre dice tu abuelo…

Las manos ociosas elaboran pociones capciosas. Otro de sus viejos refranes.

Mi madre continúa:

—Así que hemos pensado que deberías seguir con tu plan de acompañar a la princesa Evelyn en su gira. Será una experiencia muy instructiva para ti. Y si le sucediera algo al abuelo, estoy segura de que la princesa te ayudaría a regresar lo antes posible.

A pesar de que mi madre me está poniendo en bandeja lo que yo quería, no puedo evitar sentir tristeza.

—Pero ¿qué vais a hacer papá y tú con la tienda?

Ella sonríe, aunque la sonrisa no se refleja en sus ojos.

—Eso es cosa nuestra, ya se nos ocurrirá algo. Pero vosotras necesitáis concentraros en vuestro futuro. ¿No tienes que ir mañana a buscar un vestido, Sam? Es bueno que tengas planes. A mí me habría encantado tener la oportunidad de asistir al Baile de Laville. —Ahora su sonrisa es amplia y se le ilumina la cara. El baile les hace mucha más ilusión a mi madre y a Molly que a mí—. Así que ¿no estáis cansadas? Creo que es buena hora para ir a dormir…

Subimos juntas la escalera. Cuando me meto en el baño para lavarme los dientes, Molly viene detrás de mí.

—¿Hay algo que quieras contarme? —me pregunta mientras pone un poco de pasta de dientes verde en su cepillo morado.

Sacudo la cabeza y sigo cepillándome con energía. Veo que me mira de reojo por el espejo, como si mediante mi reflejo percibiera mejor la verdad. Me inclino sobre el lavabo y escupo la pasta.

—Ay, se me olvidaba. Tengo una cosa para ti. —Voy corriendo a mi habitación, cojo el regalo de Evelyn y se lo llevo al baño—. Aquí está.

Al ver el lujoso papel plateado, pone los ojos como platos.

—¿Es de quien creo que es?

—Si te refieres a Evie, sí. ¡Ábrelo!

Nos vamos a su habitación y cierro la puerta. Esbozo una sonrisa de oreja a oreja cuando veo que su rostro se ilumina. Dentro del paquete está el par de guantes blancos más bonitos que he visto jamás. Casi parece que brillen en la penumbra, como si estuvieran tejidos con la mismísima luz de las estrellas.

—¿Son para mí?

—¡Claro!

Cuando le da la vuelta a los guantes, se cae una nota al suelo. La

recojo y empiezo a leer:

> Queridísima Molly:
>
> Siento haber tardado tanto en darte estos guantes, pero te prometo que la espera ha merecido la pena. Están hechos con pelo de unicornio recogido de forma natural a lo largo de su vida. Sólo existen uno o dos pares como este en el mundo. Eres una de las pocas personas que tienen una afinidad con los unicornios demostrada y sé que harás una magia maravillosa con ellos algún día.
>
> Espero que los aceptes como una pequeña muestra de gratitud por haber ayudado a salvarme.
>
> Un abrazo enorme,
>
> *Princesa Evelyn de Nova*

El papel de envolver también se cae cuando Molly saca los guantes. Introduce las manos en ellos lo más rápido que puede y flexiona los dedos.

—¡Son perfectos! —exclama.

Le agarro las manos recién enguantadas.

—Me alegro mucho.

Sonríe.

—Que sepas que no me vas a distraer tan fácilmente. Ni siquiera con el mejor regalo del universo.

Hago un gesto afirmativo.

—Tienes razón, sé más cosas acerca del abuelo, aunque no te las puedo contar. No se las puedo contar a nadie. Aunque necesito tu ayuda. Necesito que cuides de él mientras yo esté fuera. Vigílalo. Los guantes te ayudarán.

Su rostro es una mezcla de frustración y comprensión.

—Pero…

—Molly, te lo prometo…, si pudiera contártelo, lo haría.

Al final acepta.

—Cuidaré de él —dice con voz suave.

—Gracias.

—Pero ¿seré la primera a quien se lo cuentes cuando puedas?

—Trato hecho. Ahora descansa. Ha sido un día largo.

Se acerca a su cama y levanta la colcha. Justo antes de meterse, se gira y me mira.

—¿El abuelo se va a curar? Tengo miedo, Sam.

Corro hacia ella y le doy un abrazo fuerte.

—Claro que sí —contesto—. Me aseguraré de ello.

—Sé que lo harás.

Me siento en el borde de su cama mientras se arropa y espero hasta que se queda dormida, cosa que no le lleva mucho tiempo. Envidio ese sueño tan fácil.

De vuelta a mi habitación, me siento frente al portátil y, después de abrir un par de ventanas de Connect y de OnlineCast —por si mi madre entra y tengo que disimular—, me pongo a buscar recetas y leyendas del aqua vitae.

Encuentro una de Pays que requiere una poción base de agua de una cascada mágica a la que sólo se puede acceder si te guían unas luces de hadas conocidas como «fuegos fatuos». Nadie sabe dónde se encuentra la cascada ni cómo lograr que las hadas te guíen hasta ella, por lo que el simple hecho de conseguir la poción base ya es bastante difícil. Lo siguiente que leo es una leyenda de Zhonguo relacionada con un fénix que habita cerca de un monasterio protegido por una antigua orden de monjes. Otra leyenda de Rossiya cuenta que para averiguar la receta del agua de la vida has de haber regresado primero de la muerte.

Todo parece pertenecer al ámbito de los mitos. Tiene que existir una razón por la que nadie la ha descubierto. Odiándome un poco por ello, me identifico en www.expedicionsalvajeadebate.com y busco los foros. No hay ninguna novedad, salvo un montón de publicaciones que especulan acerca de por qué hemos cerrado la tienda.

Cierro el portátil de golpe y dejo caer la cabeza sobre el escritorio. Emito un gemido.

Nunca llegaré a nada sin una pista real.

Se oye un suave golpeteo en mi puerta.

—Adelante.

Mi madre asoma la cabeza.

—¿Lo tienes todo listo para mañana?

Digo que sí. He metido la ropa en una maleta. La parte de arriba parece normal: unos cuantos vestidos de verano (ya que, según parece, los vaqueros no son apropiados para una gira con la princesa de Nova), unas blusas recién planchadas y unas faldas vaporosas. Por debajo hay

ropa de buscadora idónea para cualquier tipo de imprevisto: unos pantalones militares color gris oscuro con muchas cremalleras y bolsillos, chaquetas y ropa interior térmica. Muchas capas por si necesitamos ir a algún lugar frío.

—Sólo me falta el vestido para el baile.

—¿Estás segura de que no puedo ir contigo de compras? —me pregunta mientras entra en la habitación y se sienta en la cama.

Sonrío.

—¡Será una sorpresa!

—¿También para tu querida madre?

—Ya sabes que te lo enseñaría, pero es uno de los deseos de la princesa…

—Vale, vale. Lo entiendo. ¡Es increíble que mi chiquitina vaya a asistir a un baile real! —Se le llenan los ojos de lágrimas.

Me lanzo hacia ella y le doy un abrazo.

—¡Nada de llantos!

Agita las manos delante de los ojos.

—Lo sé, pero es agradable tener cosas buenas por las que llorar.

Me separo de ella con torpeza, trastabillando con mis propios pies.

—Se pondrá bien.

—A veces me gustaría tener una bola de cristal —musita—. Pero no hay poción mágica ni ojo de centauro que nos ayude a ver el futuro.

—¿Ojo de centauro?

Algo me viene a la memoria. Durante la Expedición Salvaje de mi bisabuela, ese fue el ingrediente que los participantes no lograron encontrar. Según los libros de historia, Zoro —el abuelo de Zain— consiguió crear un ojo sintético que le ayudó a terminar la poción y a salvar a la reina. Hay incluso una maqueta de un ojo de centauro en medio del vestíbulo de las oficinas centrales de ZA. Esa es sólo la historia oficial. Zain me contó la verdad cuando nos quedamos atrapados en el monte Hallah; en realidad, fue mi bisabuela quien creó la síntesis.

Mi madre debe de haber advertido algo en mi expresión, porque me agarra la mano y me pregunta:

—¿Estás bien?

Intento tomármelo a risa.

—Oh, me he distraído pensando en Zain…

—Ay, los amores de juventud… —Y se coloca las manos debajo de

la barbilla.

Mi respuesta es un enorme bostezo. Mi madre alisa la colcha.

—Bueno, ya está bien. Sé que tienes dieciséis años, pero todavía debes hacer caso a tu madre. Hora de dormir.

No rechisto y me acurruco.

—Pásalo bien mañana —añade mientras me arropa como si tuviera seis años de nuevo—. Lo digo en serio. No dejes que lo del abuelo y lo de la tienda se interpongan en tu vida. Lo resolveremos.

—Lo sé. —Y yo también lo resolveré. Ahora tengo una pista.

14

SAMANTHA

El horario de visitas del hospital sólo es de una hora por las mañanas, pero yo estoy allí desde que empieza hasta que me echan. Durante la mayor parte del tiempo estoy acompañada, así que, cuando la enfermera nos avisa de que se ha acabado el tiempo, intento quedarme un rato más.

—Abuelo…, si me estás oyendo, voy a hacer esto por ti. Lo encontraré antes que ella. —Le aprieto la mano y juraría que ha pestañeado—. Si recuerdas algo que pueda resultar útil…, dímelo enseguida. Haré todo lo que pueda. No me detendré, te lo prometo.

—Samantha, es hora de irse. No podemos hacer excepciones. —La enfermera asoma la cabeza por la puerta con las cejas levantadas.

Vuelvo a apretar la mano de mi abuelo y me levanto a regañadientes. A pesar de que estoy decidida a buscar un remedio para él, no quiero dejarle. Me gustaría dividirme en dos para que una parte de mí se quedara a su lado y la otra se marchara a buscar el diario.

Mis padres han acudido al banco a una serie de reuniones escabrosas de las que no quieren que me preocupe, aunque sus conversaciones en susurros y sus caras de intranquilidad me ponen muy nerviosa.

Al salir del hospital, llamo a Zain. Me coge el teléfono casi al instante.

—¡Hola! ¿Todo bien?

—¿Estás en el trabajo?

—Bueno, acabo de llegar.

—¿Podemos quedar?

—¿No tenías una cita con Evelyn?

—Eso es más tarde. Por favor, es urgente.

—Supongo que podré salir al Coffee Magic dentro de… ¿unas dos horas?

—No, no, iré yo a verte entonces.

—¿Cómo? ¿Vas a venir a ZA? —No me extraña que se sorprenda. Sólo he estado una vez en las oficinas centrales de ZA, antes de que saliéramos juntos. Durante todo este tiempo he evitado ir; ya hay bastantes rumores sobre la colaboración entre los Kemi y los sintéticos como para echar más leña al fuego.

—Sí, ¿te parece bien?

—¡Claro! Déjame una llamada perdida cuando estés abajo y te abro.

Dos autobuses y un tren después llego a las oficinas centrales de ZA. Zain ya está fuera esperándome. Con aire despreocupado, apoya un pie en uno de los altos pilares que custodian la entrada. No estoy acostumbrada a verlo tan arreglado, con unos pantalones gris oscuro y una camisa azul claro que le resalta el color de los ojos. Lo único que está tan alborotado como siempre es su pelo, con los mechones negros cayéndole por la cara de cualquier modo. ¿Cómo puede alguien estar tan guapo sin hacer absolutamente nada?

Cuando me ve, sonríe y me da un casto beso en la mejilla. A fin de cuentas, estamos en la puerta de su trabajo, así que imagino que un beso en toda regla no sería muy apropiado.

—¿Qué pasa? ¿Tienes alguna pista?

—Sí, pero necesito tu ayuda. ¿Podemos pasar?

—Claro.

Lo sigo por la entrada principal, cuyas enormes puertas se abren con un pequeño zumbido, mientras el aire acondicionado colisiona con el calor del verano. Al entrar se me pone la piel de gallina, no sé si por el aire helador o por la impresión. El interior del edificio es hueco y se eleva en más de ochenta plantas por encima de mí.

Zain se detiene junto a un conjunto moderno de sillones negros de piel, pero yo sigo adelante hacia el centro del vestíbulo. En medio del aire, aparentemente suspendida sobre un pilar de mármol blanco, hay una gran esfera. Es imposible describir su color, ya que cambia del ámbar al dorado brillante y al bronce oxidado. Al mirarla más de cerca, unas nubes lóbregas parecen borbotar bajo la superficie formando remolinos dentro de unas corrientes invisibles. No sé si alguna vez he

visto algo tan fascinante. La mano de Zain rompe el hechizo cuando me toca el hombro.

—Esa cosa me resulta horripilante —comenta.

—Tu abuelo… Él quería ser alquimista por encima de todo, ¿no es cierto?

Se pone tenso. Seguramente debería haber empezado hablando de cualquier otra cosa, pero, cuando voy tras el rastro de una nueva poción, suelo ir directa al grano.

—Sí… Pero ¿eso a qué viene?

—Bueno, si de verdad quería ser alquimista, tendría un diario.

Zain asiente.

—Así es. Está digitalizado y almacenado en los archivos de ZA.

«Hum, digitalizar los archivos familiares. Eso nos resultaría útil —pienso—. ¡Pero concéntrate, Sam!».

—¿No lo ves? Tu abuelo conocía a Cleo. Quizá su diario contenga alguna pista sobre las últimas andanzas de ella.

Los ojos de Zain se iluminan.

—¿Sabes?, quizá tengas razón. Vamos, te llevaré a la biblioteca. —Me arrastra hacia los ascensores, lejos de la réplica gigante del ojo de centauro.

—¿No te echarán en falta en el laboratorio? No quiero apartarte del trabajo el último día antes de la Gira Real. Si quieres, dime dónde está…

—Buen intento, Kemi. No creas que te voy a dejar sola con todos nuestros secretos familiares —bromea mientras me guiña un ojo. Entramos en el ascensor y pulsa el botón setenta y ocho, casi el piso más alto.

El ascensor tiene una ventana y las vistas de Kingstown son impresionantes. Suelto un gemido de asombro al mirar por encima de la zona industrial, donde se encuentran todas las compañías sintéticas, hacia la ciudad propiamente dicha, con las calles sinuosas que conducen al castillo, el cual queda colgado en la parte más elevada de la colina, como el nido de un águila.

No es de extrañar que Zol se sienta tan poderoso en su oficina, en lo más alto del edificio, dentro de una letra Z gigante y metálica. Desde esa altura, uno podría imaginar que es el dueño del mundo.

Las puertas del ascensor se abren detrás de mí; vamos a parar directamente a la biblioteca. Al darme la vuelta, pongo cara de

extrañeza.

No hay un solo libro a la vista.

En cambio, hay un enorme mural que ocupa toda la pared, la mayor obra de arte que he visto en mi vida.

—Un momento, ¿eso es…?

Zain asiente.

—¿Y es…?

—¿El original? Sí.

—¡Vaya! —No soy experta en arte, pero lo reconozco cuando lo veo. *Grimorios de un alquimista de Gergon*, de Da Luna. Quizá la obra pictórica alquimista más famosa del mundo. En casa tenemos una copia colgada en el baño de abajo.

En la obra de Da Luna, unas enormes estanterías repletas de tomos gruesos encuadernados en cuero se pierden entre las sombras, de manera que parece que continúan hasta el infinito. Incluso los taburetes y las mesas están hechas de libros; es el sueño de un bibliófilo. La única figura humana que aparece está escondida en una esquina: un hombre viejo, con la piel oscura iluminada por una vela, inclinado sobre un libro abierto. A pesar de que el hombre es del siglo XIII, conozco muy bien ese gesto de concentración. Es un alquimista investigando una receta.

Examino el mural en busca de algo que sé que está ahí. Un error. El alquimista tiene en la mano un ingrediente que el libro describe como una «pluma de guacamayo unisureño». Pero la forma de la pluma está mal, se curva hacia dentro cuando debería estar recta y su color es verde oscuro en vez de carmesí brillante.

Algunos críticos se burlaron de Da Luna por este error.

Pero Da Luna era un pintor corriente. No utilizó magia para crear su obra maestra ni encantamiento alguno para alisar los bordes del cuadro, para disimular los lugares donde la pintura no se mezcló bien o donde se quedaron pegados unos cuantos pelos del pincel. Con magia habría sido perfecto.

Pero la gente no es perfecta, ni siquiera los dotados —dijo Da Luna —. La humanidad existe con sus defectos e imperfecciones. Eso es lo que pinto».

Menuda leyenda.

El carraspeo de Zain me hace apartar la mirada del cuadro. Está sentado junto a uno de los seis portátiles que hay sobre un impecable

mostrador de mármol bajo el cuadro.

—Toda nuestra biblioteca está digitalizada —explica mientras enciende el ordenador. Cuando se percata de la cara que se me ha quedado sin querer, sonríe—. Espera. Te va a encantar. —Con un par de clics encuentra el diario de su abuelo. Un nuevo clic hace que aparezca una proyección sobre el mostrador, un holograma perfecto del original. Sólo que, al tocarlo, mi mano lo atraviesa.

—¡Vaya! —me sorprendo.

Él se echa a reír.

—Guay, ¿eh? E incluso puedes pasar las páginas como en un libro real. Inténtalo.

Deslizo los dedos por la proyección y hago como que paso la página. Es muy extraño porque, a pesar de que no siento nada, la página se vuelve con obediencia.

—Es una pasada. —Tengo que admitirlo.

—Y también puedo hacer esto. —Teclea «Cleo Kemi» en el buscador.

Tras unos segundos, el ordenador informa: «Ningún resultado encontrado». Zain frunce el ceño.

—Qué raro.

—Intenta buscar «centauro».

«Veinticuatro resultados encontrados».

—¡Ahí está! —exclamo.

El holograma muestra el primer resultado de la página. Las anotaciones de Zoro Aster son mucho más breves que las de mi abuelo.

08:02 Llegada. Todavía no hay ningún otro participante de la Expedición, que yo sepa. Cal Shackleton cree que aún podemos tener suerte con el centauro.

—Cal Shackleton era el buscador de mi abuelo —me susurra Zain al oído.

Puede que no estemos en una auténtica biblioteca, pero sigue teniendo algo que invita al silencio. Sigo leyendo.

10:14…

—Madre mía, sí que era preciso tu abuelo, ¿no?

…Cal se ha desanimado porque los rumores dicen que los centauros están sufriendo una especie de plaga. No sé si será contagiosa ni si afectará al resultado final de la mezcla si conseguimos el ojo. Le he doblado sus honorarios y ha aceptado continuar. Malditos buscadores avariciosos.

10:21 Me equivoqué. Había otro participante. He visto las huellas de los neumáticos. ¡Fuego de dragón y sangre de troll! Le he dicho a Cal que se dé prisa.

—¡Otro equipo! —Abro tanto los ojos que las cejas me van a llegar al cuero cabelludo—. Podría tratarse de Cleo, ¿verdad? —Sin esperar la respuesta, paso la página—. Oh, por todos los dragones —farfullo cuando aparece la siguiente anotación.

Zain se acerca más.

—No me lo puedo creer.

—¿Quieres decir que nunca habías visto esto? —pregunto.

Él sacude la cabeza.

—No… No había leído estos diarios.

Su afirmación me deja pasmada. Yo he leído todos los diarios de los Kemi (excepto gran parte de los del abuelo, por supuesto, pero mientras él viva, sus diarios son una obra inacabada y, por tanto, están prohibidos sin su permiso expreso). No podría evitar leerlos. Si tuviera la oportunidad, también leería todos los de los Aster.

—¿Y para qué los iba a leer? —continúa Zain—. Ya nos contó la historia verdadera en su lecho de muerte. Ponga lo que ponga aquí, no es verdad.

Vuelvo a pensar en las historias que contó el abuelo sobre Cleo que yo tomé como verdaderas. No obstante, ahora he aprendido.

—Los recuerdos no son hechos —susurro mientras pongo la mano sobre la suya—. Todos hemos alterado alguna vez una historia para darle más repercusión o para proteger a nuestros seres queridos. No sólo lo hace tu familia, te lo aseguro. Y sus palabras nos pueden ayudar.

Zain me mira un instante y luego asiente. Vuelvo a centrarme en la anotación. Es el momento en el que Zoro Aster «descubrió» su síntesis.

09:00 Hoy es un gran día. Hoy el mundo ha cambiado para siempre. Hoy he hecho historia.

Pongo los ojos como platos y Zain me sonríe levemente. Pero, en cierto modo, Zoro Aster no se equivocaba. Cambió el mundo en aquel momento. Lo único es que omitió que no lo hizo solo.

Después de encontrar a los centauros, nunca podría usar un ojo natural con la conciencia tranquila. Su población está diezmada, sus familias están destrozadas por la pena y la enfermedad, de modo que no puedo ser tan despiadado como otros participantes, ni siquiera para salvar a la reina Valeri II. He despedido a Cal cuando ha sugerido que siguiéramos con la Expedición. Aquellos que han continuado han fallado y se han granjeado la ira de los centauros.

Yo no podría abandonar a mi reina en estos momentos de gran necesidad. Llevo años trabajando en la posibilidad de simular el efecto de un ingrediente sin tener que recolectarlo. Sería una manera de superar nuestros métodos antiguos y trillados que tan a menudo conducen al deterioro o incluso la destrucción de nuestros recursos más preciados.

Pero ahora la historia demostrará que lo he conseguido. Con mi ojo de centauro, sintético pero potente, he elaborado la poción anticonvulsionante que la reina necesita.

Viajo al Palacio desde el lago Karst, en Runustán, para entregar el

preparado y salvar su vida.

Es un nuevo comienzo para Zoro Aster, un nuevo comienzo para Nova.

Zain y yo levantamos la vista del diario a la par.

—¡Madre mía! —exclama.

—Y ahora ya tenemos nuestro primer destino —observo, y dibujo una leve sonrisa en mi rostro—. Tenemos que ir a Runustán. Rápido.

15

SAMANTHA

—Me pareció ver que estabas registrado aquí, Zain. ¿No se suponía que estabas abajo, en el departamento de I+D? —Zol, el padre de Zain, sale del ascensor. Su figura, alta e inmaculada con un traje azul a medida, proyecta una alargada sombra sobre la biblioteca. Se detiene en seco al verme. Me armo de valor para recibir sus gritos y que me eche del edificio.

Sin embargo, no estoy preparada para que esboce una amplia sonrisa.

—¡Señorita Kemi! ¡Qué alegría verte por aquí!

Salto de la silla.

—Ya me iba.

—¡Ni pensarlo! Vamos… No he tenido oportunidad de dar la enhorabuena a tu familia por el éxito en la Expedición Salvaje; sin resentimiento, por supuesto. Ahora que no somos rivales en la Expedición, sólo en los negocios, eres bienvenida siempre. Espero que mi hijo te haya tratado bien… —Entonces, de manera inquietante, me guiña un ojo. Tengo que hacer esfuerzos para no temblar.

—¡Papá! —Zain parece tan aterrorizado como yo y no para de mirarnos alternativamente.

Me siento muy incómoda.

—Eeh…

—¿Qué? ¿No puede un padre controlar a su hijo? De hecho, señorita Kemi…

—Llámeme Sam —le pido a toda prisa.

—Sam, entonces. Me alegro de que estés aquí. He oído unas noticas

terribles sobre tu abuelo…

—¡Papá! —repite Zain, aunque ahora a modo de advertencia. Zol no le hace el menor caso.

—…y de verdad creo que ZA puede ayudarle. —Antes de darme cuenta, me ha echado el brazo por encima del hombro.

Lo único que pienso es: qué. Está. Pasando. No sabía que Zol fuera tan parlanchín.

—Zain no quería que te lo dijera porque sé que tu abuelo tiene en su historial clínico una anotación en contra de los sintéticos (algo muy anticuado, en mi opinión), pero estoy seguro de que te gustaría saber que existe una medicación que puede ayudarle a recuperarse.

La habilidad de pasar de un tema a otro que tiene me desconcierta —¿así es como un director general dirige una empresa, pensando en un millón de cosas distintas a la vez?—, pero al final sus palabras cobran sentido.

—¿Tiene un remedio para mi abuelo? —Parpadeo varias veces sin permitirme albergar esperanzas.

Para mi alivio, me quita el brazo de encima y me mira a los ojos.

—Pues sí, Sam. Creo que podríamos tenerlo.

El corazón se me pone a mil. Entonces vuelvo a la realidad.

—No, él nunca lo consentiría.

—¡Ah! ¡Parece que mi hijo te conoce bien, después de todo! Es una pena, porque a pesar de que el remedio sintético está recién creado, es muy prometedor. Nuestras pruebas han demostrado que tiene un 98,9 % de efectividad para eliminar la pérdida de memoria y devolver la salud al paciente. Ha aprobado los Exámenes de Sintéticos Novanianos con un gran éxito. Lo lanzaremos al mercado este mes, tenemos mucha confianza en él. Aun así, estoy seguro de que encontrarás otro método.

Asiento, pero sus palabras están haciendo mella. «Un 98,9 % de efectividad». Eso es mucho para un sintético. «Aprobó los exámenes». Aunque no fuera un remedio total, podría estabilizar a mi abuelo y concederme más tiempo para la búsqueda. Pero es un sintético, me recuerda mi prudente vocecita Kemi.

Aunque la otra voz vuelve a hablar: «¿Y qué?».

—¿Todavía no se lo has enseñado? —le pregunta Zol a Zain.

Este emite un gruñido.

—No, papá, de verdad…, no tenemos tiempo. Sam no quiere verlo.

Ahora siento curiosidad.

—¿Enseñarme qué?

La cara de Zol se ilumina y por una milésima de segundo descubro a Zain en su padre. Es un poco inquietante, porque antes de todo esto trataba de evitar a Zol. Pensé que lo odiaba, pero, claro, la última vez que nos vimos éramos contrincantes en la Expedición. ¿Será que en la vida diaria es normal?

—Vamos, Sam. Te va a encantar.

Nos metemos todos en el ascensor y me quedo aplastada entre ellos. Por suerte, sólo son un par de plantas.

Las puertas se abren y revelan una gran oficina diáfana donde cientos de empleados de ZA trabajan en cubículos con ordenadores.

—Esta es la planta de ventas —explica Zol, adelantándose con grandes zancadas.

Sigo sus pasos. Zain va detrás de mí; avanza con desgana. Continúa intentando desviar mi atención, pero deseo ver lo que su padre quiere enseñarme.

Por encima de las paredes bajas de los cubículos, las miradas curiosas me persiguen. Avanzo con la sensación de que tengo un montón de ojos clavados en la espalda. Quizá no fuera tan buena idea aceptar, después de todo. Un leve chasquido me hace volver la cabeza. ¿Alguien me ha hecho una foto con el móvil?

Esto no es bueno. Nada bueno.

Por suerte, salimos de la abarrotada oficina y llegamos a un corredor. Pasamos por delante de varias puertas sin señalización hasta que Zol se detiene.

—¡Tachán! —exclama. Señala la puerta. En una plaquita metálica está grabado el nombre «Zain Aster». Debajo, puede leerse: «JEFE DE ESTUDIOS SOBRE POCIONES SINTÉTICO-NATURALES». Zol abre la puerta.

Miro a Zain y este se encoge de hombros con aspecto abatido.

—No ha sido idea mía —murmura.

—¿Tienes tu propia oficina? ¡Eso es estupendo! —suelto, y él vuelve a encogerse de hombros.

La oficina es enorme. A un lado hay un equipo de ordenadores («Todos están conectados con la biblioteca, de modo que Zain no tendrá que salir para consultar nuestros archivos», me informa Zol) y al otro lado, una estantería con libros reales de papel («Para aquellas obras que no han llegado a la era digital», añade entre risas). En medio,

hay tres escritorios. Uno de ellos tiene el nombre de Zain.

—¿Y para quiénes son los otros dos? —pregunto.

—Pues ahora viene lo mejor. Como ya has visto, una de las mesas está reservada para Zain, cuando acabe sus estudios. Él es quien tuvo la idea de este Departamento de Estudios sobre Pociones Sintético-Naturales. —Le da una palmadita en la espalda a su hijo—. Otra de estas mesas es para Arthur Menoaz. Lo conoces, ¿verdad?

Sí que lo conozco. Es un famoso alquimista de Nova, aunque no vive en Kingstown. Durante un tiempo fue un firme activista antisintéticos, así que no sé qué le habrá hecho cambiar de opinión. Ahora que lo pienso, él no ganó la Expedición Salvaje, por lo que no tendrá ni los ingresos ni la fama que tenemos ahora nosotros. Todavía recuerdo aquellos tiempos. Fueron duros.

—Y la otra mesa está reservada para nuestro nuevo estudiante en prácticas. ¡No pienses que ZA no ha aprendido nada al perder la Expedición! Esa pérdida no fue buena para nuestra imagen, tal y como enseguida señaló nuestro jefe de Relaciones Públicas, pero supe cómo cambiar las tornas. No somos una compañía basada en el orgullo, nos basamos en la innovación. Si para avanzar hay que aprender más de las pociones naturales, ¡que así sea! Abramos un departamento que se dedique a su estudio. En esa línea, ZA ha ofrecido unas prácticas para cualquier estudiante que quiera abrir brecha en esta nueva área. Cubriremos todos los gastos y garantizaremos un puesto a jornada completa al final del periodo. Ya hay mucha competencia para acceder. Por supuesto, sería mejor si a alguien como tú le interesara.

Casi se me escapa la risa. De modo que esa es la razón por la que Zol me ha traído hasta aquí. En cualquier otra circunstancia la proposición sería tentadora, pero ¿justo ahora?

—Gracias por mostrarme todo esto, señor Aster, es fascinante. —Le tiendo la mano.

Él me la estrecha con un leve gesto adusto que desaparece al instante.

—No hay de qué, Sam. Como decía, siempre serás bienvenida. Oh, y Zelda se enfadará conmigo si no te invito a cenar con nosotros. Prepara un asado estupendo.

—Hmm…, tal vez después de la Gira Real.

—¡Trato hecho! Tendremos que hacer desaparecer tus fotos de bebé, ¿no, hijo?

Mientras Zol se ríe, Zain baja la voz:

—¿Podemos irnos ya de aquí, por favor?

Asiento y nos dirigimos hacia la puerta.

—Ah, Sam, una cosa…

Me detengo a regañadientes. Miro a Zol, cuya expresión alegre se transforma en el gesto serio de labios apretados al que estoy más acostumbrada.

—No olvides lo que te he dicho sobre tu abuelo. Podemos curarlo. No permitas que el orgullo de tu familia se interponga.

16

www.expedicionsalvajeadebate.com/foros/

LAFAMILIAKEMI

[PUBLICACIONES MÁS RECIENTES]

NenaVallee: *Últimas noticias* Ostanes Kemi ha sido ingresado esta tarde en el hospital general de Kingstown a las 16:46. Estamos buscando alguna fuente dentro del hospital que nos confirme el diagnóstico. ¿Alguien por aquí? **Hora estimada de llegada** Han visto a Sam llegando a las oficinas centrales de ZA. ¿¿TAL VEZ EXISTA UN POSIBLE REMEDIO SINTÉTICO PARA OSTANES??

CazaReliquias dice: Un enfermero del hospital general de Kingstown asegura que ha sido ingresado para recibir tratamiento por pérdida de memoria repentina. ¿Concuerda esto con lo que sabemos de O. K.? Recordemos la historia de C. K., que perdió todas sus habilidades alquímicas de un día para otro. ¿Podría tratarse de una enfermedad crónica? Y en cuanto a que S. K. vaya a curar a O. K. con un sintético… ¿Hay pruebas que lo corroboren? Lo más probable es que le hayan ofrecido a S. K. las prácticas en el Departamento de Estudios sobre Pociones Sintético-Naturales y ella simplemente haya acudido a hacer la entrevista.

NenaVallee dice: Esa teoría de las prácticas es absurda. Puedo confirmar que se la han concedido a Arthur Menoaz.

Vitaminas3 dice: Entonces Sam ya no podría ir a la Gira Real, ¿verdad? Nunca dejaría solo a su abuelo.

17

SAMANTHA

El contratiempo de Zol hace que no tengamos más que unos pocos minutos antes de que los de la Casa Real vengan a por mí para ir con Evelyn de compras.

—Tu padre es bastante… No sé —comento mientras salimos por la puerta del vestíbulo de ZA para esperar a que el coche me recoja.

—Sí. Últimamente ha estado muy encima de mí, pero no me apetece hablar ahora de eso. Bueno, ¿cómo vas a hacer para llegar a Runustán?

Tomo nota mental para preguntarle más tarde sobre su padre. Es obvio que algo le ronda por la cabeza; con todo el lío de mi abuelo y el diario no me había dado cuenta. Menuda novia soy.

—Me pondré en contacto con Kirsty y veré qué dice ella. De hecho…

Busco el teléfono en el bolso, pero, justo cuando lo encuentro, un coche estaciona en la entrada. La ventanilla se baja.

—¿Samantha Kemi?

—Soy yo. —Me acerco a Zain para darle un un beso de despedida en la mejilla, pero él me agarra y me estampa un beso de verdad, aquí, enfrente de su oficina. Yo no rechisto.

Me siento en la parte de detrás con las rodillas flojas. En circunstancias normales, me habrían sorprendido los lujosos asientos de cuero y las lucecitas encastradas en el techo, pero apenas me percato de nada. Observo a Zain a través de los cristales tintados hasta que desaparece por el vestíbulo, cuando el coche dobla la esquina y se pierde de vista.

Respiro hondo y le escribo un mensaje a Kirsty: «¿Qué sabes acerca

de los centauros que viven cerca de un lugar llamado lago Karst, en Runustán?».

Mientras espero a que me conteste, pienso en lo que sé sobre los centauros. No mucho.

Centauros: criaturas nómadas que vagan por la Gran Estepa. Viajan en pequeñas manadas y su población se ha reducido con rapidez. Los centauros, que antaño fueron unas de las criaturas más próximas a las civilizaciones humanas, se fueron aislando cada vez más con la modernización del hombre. La utilización de distintas partes de su cuerpo en las pociones los ha ido eliminando de forma gradual, aunque se dice que su ojo es el ingrediente clave en las pociones destinadas a la cura de distintos ataques (sobre todo los que van acompañados de visiones) y para ayudar a recuperar cosas perdidas.

Tras pulsar el teléfono unas cuantas veces, aparece un mapa de la Gran Estepa. Se trata de una amplia franja de pastizal intercalada con montañas y un desierto que se extiende desde el extremo este de Gergon hasta la frontera occidental de Zhonguo. Llevaría años recorrerlo para buscar una manada de centauros. Espero que sigan viviendo cerca de ese lugar llamado lago Karst. El mapa muestra un enorme lago en medio de la estepa, un punto de partida tan bueno como cualquier otro.

Al final levanto la vista y miro por la ventanilla. Rara vez me he atrevido a venir a esta parte de la ciudad. Aquí hay grandes mansiones que cuestan millones de coronas; incluso una plaza de aparcamiento es más cara que una vivienda media de Kingstown. Pese a que todos están por debajo del castillo, los edificios se encorvan hacia él como si cobraran una apariencia más lujosa al inclinarse ante la familia real. Aquí también se encuentra la calle Morray —o la calle Millonetis, como la llamamos Anita y yo—. Mi familia nunca viene por aquí. Mi madre prefiere hacerse las faldas con cortinas viejas antes que gastarse mil coronas en una prenda de diseño.

La única ocasión que vine a la calle Millonetis fue justo después de mi decimoquinto cumpleaños. Acababa de ver en las noticias que Lieb & Jacobson estaba recopilando piel de dragón de una parte remota de Zhonguo para crear sus últimos bolsos de diseño. Esa piel hacía que brillaran con la luz y que fueran casi indestructibles: un bolso fabricado para que durase cien vidas. Una pieza destinada a ser una reliquia familiar. A un precio de reliquia… Para los dotados, tener uno era un

símbolo de riqueza. Hubo incluso rumores de que el dinero y el oro guardados en un bolso de piel de dragón eran imposibles de robar. Un potencial ladrón se quemaría con las escamas cuando la piel detectara que no era el verdadero propietario del bolso.

De todos modos, por muy bonitos que fueran, era muy poco ético utilizar pieles de especies en peligro de extinción. No tuve problema en agarrar una pancarta que decía «LOS DRAGONES TIENEN QUE ESTAR EN EL CIELO, NO EN TU BRAZO y, junto a cientos de personas, gritamos y nos manifestamos hasta que la tienda de Lieb & Jacobson dejó de venderlos.

Los nombres que coronan las puertas de las tiendas hablan de lujo, de clase y de derroche. Aun así, la tienda frente a la que nos detenemos hace que también se detenga mi corazón. Es la más lujosa de todas: Casa Perrod.

—Muy bien, señorita…, hemos llegado. La princesa me ha dicho que espera dentro.

—¡Gracias! —Prácticamente me bajo del coche de un salto. Ni en un millón de años habría pensado que tendría algo de Casa Perrod.

Para mi sorpresa, destellan varios *flashes*de cámaras. Por instinto me llevo las manos a los ojos para que no me deslumbren.

—¡Sam, Sam! ¿Estás trabajando en una poción para la princesa? —pregunta uno de los fotógrafos sin dejar de hacer fotos.

—No tengo nada que decir. —Es todo lo que se me ocurre antes de atravesar corriendo las puertas de la tienda.

Una vez dentro, reduzco el paso y empiezo a contemplar todo lo que me rodea. La tienda está diseñada para emular el salón de baile de un palacio. Del techo cuelga una enorme lámpara de araña en la que cada una de las bombillas está rodeada por una delicada filigrana de oro que representa las alas de una mariposa. Incluso el suelo es de mármol blanco antiguo con vetas de ámbar oscuro. Al caminar sobre ellas, sigo las líneas deslizando la punta del pie y me doy cuenta de que son los trazos de la palabra «Perrod», escrita con una caligrafía curvada y sinuosa. En una esquina, dos maniquíes están hechizados y bailan juntos un vals, y los giros y piruetas de su danza hacen que resalte la caída de los tejidos. Esos vestidos están confeccionados para deslizarse por un salón de baile. Me quedo observándolos, fascinada por su belleza. Un-dos-tres, un-dos-tres.

—Bueno, al menos no tendré que enseñarte a bailar —bromea

Evelyn entre risas. Resulta que me estaba balanceando al ritmo de los bailarines sin darme cuenta. Cruza el amplio recibidor para venir a mi encuentro, rodeada de ayudantes. En otro rincón vislumbro a Renel (el severo consejero de Evelyn, con su nariz aguileña), y en los extremos oscuros de la sala, a los guardaespaldas.

Me sonrojo y dejo de moverme.

—Uy… Sí, este año hemos aprendido algunos pasos de baile en clase de gimnasia. El profesor estaba un poquito obsesionado con el programa *Bailando entre dotados*.

—Esta temporada me pidieron que asistiera al programa. Bueno, me lo piden todos los años. No me sorprendería que te lo pidieran a ti, ahora que eres una celebridad.

Ahora sí que noto que me he puesto roja.

—Oh, no. No creo.

—¿Cómo está tu abuelo?

Suspiro.

—Sin novedad. Pero… —bajo la voz— creo que Zain y yo hemos encontrado una pista…

Mi amiga sacude la cabeza con los ojos muy abiertos. Capto el mensaje: *aquí no.*

—Bueno, ¡tenemos buenas noticias! Han cerrado la tienda para nosotras. ¡Qué ganas tengo de verte con el vestido!

—¿Veré yo también el tuyo?

Pone los ojos en blanco ante mi ignorancia, aunque su gesto es de burla más que de fastidio.

—Querida, mi atuendo lleva meses listo. Tengo que hacerme la última prueba, ya que es de color marfil, propio de una recién casada y no de alguien que ni siquiera está prometida. —Aparte de un ligero arqueo de cejas, no revela ninguna emoción, a pesar de que ha de resultarle doloroso saber que la mayor parte de Nova piensa que está faltando a su deber y que, a menos que haya un cambio drástico, va a tener que casarse con alguien a quien no ama.

Le pongo la mano en el brazo.

—No me he olvidado, ya sabes.

Me sonríe levemente, pero detecto una grieta en su perfecto maquillaje. Sus ojos están clavados por detrás de mí y noto la melancolía en ellos. Me doy la vuelta, aunque ya es tarde; lo único que veo son los faldones de la chaqueta de uniforme de uno de los guardias

desapareciendo entre las sombras.

Antes de que me dé tiempo a pensar en ello, Evelyn me agarra del brazo y deambulamos juntas por el recibidor.

—Como es lógico, al diseñador no le va a gustar que cambie el color —continúa como si no hubiera pasado nada—. Pero ¿qué le voy a hacer?

Camina por la tienda como si fuera suya (lo sería si ella quisiera) y me lleva a una de las salas de atrás donde, colgados de un reluciente perchero metálico, hay una selección de los vestidos más hermosos que he visto en mi vida. Se me van los ojos detrás de un vestido largo que es una cascada de plata líquida. Acerco la mano para tocarlo, esperando que sea muy pesado, pero es tan ligero como el aire.

—Antes de venir, envié tus medidas a Jacques, el diseñador jefe.

Como si nos hubiera oído, Jacques aparece en la sala y efectúa una ligera reverencia ante la princesa. Luego se dirige a mí.

—Lo siento, esto es todo lo que hemos encontrado en el último minuto. Estamos vistiendo a muchos de los novanianos que asistirán al Baile de Laville y no queremos que haya dos estilos iguales. —Me mira de arriba abajo con desaprobación y de pronto dejo de sentirme un ser humano; más bien, soy como un lienzo en blanco que él está a punto de convertir en una obra de arte—. Puede que sea demasiado alta para uno de estos vestidos largos. —Para mi desconsuelo, aparta el plateado al fondo del perchero—. También es muy joven, por lo que necesita…

—Más frescura —concluye Evelyn.

—Eso es. Exacto.

Hace danzar los dedos por el perchero hasta que se detiene en un vestido corto confeccionado con la misma tela plateada que parece una cascada, aunque en este caso está recubierta de hileras de cuentas que oscilan y caen como si se tratara de un modelo de los años cuarenta. Es deslumbrante, y mucho más juvenil y desenfadado que el vestido largo. Sin duda, este Jacques es un genio.

Evelyn da una palmada y chilla con regocijo. Yo no suelo chillar así, pero sé lo que siente. Creo que nunca he tenido nada tan bonito para ponerme. Me parece que estoy chillando de alegría por dentro.

Tomo el vestido de sus manos y lo sostengo por la percha como si un mal movimiento pudiera hacerlo desaparecer.

—Pruébatelo —me incita él.

El probador es más grande que mi habitación y está revestido de

pan de oro. Cuando me descalzo, los dedos de los pies se me hunden en la espesa alfombra color borgoña. Hay un gran espejo de cuerpo entero en la pared de enfrente rodeado de un marco dorado tan ancho como mi mano. Aparto la mirada del espejo antes de empezar a desvestirme, pero justo en ese momento advierto que una figura se desliza por detrás del marco y, antes de poder gritar, una mano me tapa la boca.

18

SAMANTHA

—Shh, no grites, soy yo —me susurra una voz familiar. Mi cuerpo se relaja y, cuando se me aflojan los hombros, me quita la mano de la boca. Me doy la vuelta y le doy un abrazo enorme.

—¡Kirsty! ¿Qué estás haciendo aquí? —Intento hablar en voz baja, pero me alegro mucho de verla. Tiene buen aspecto. Al ganar la Expedición, su reputación mejoró de forma asombrosa y también su cuenta corriente.

—Querías hablar conmigo, ¿no?

Me echo a reír.

—Sí, pero creí que quedaríamos, como hace la gente normal…, o que me cogerías el teléfono. ¡No sabía que estabas en la ciudad!

—¡Cómo! ¿Perder yo la oportunidad de vender mis fabulosas baratijas en la mayor concentración de dotados ricos de la temporada? Estás de broma, ¿verdad? Créeme, el mercado de los escarabajos joya está en alza en esta época del año. Me pasé toda la semana pasada en plena selva de Cortés buscando los mejores especímenes y voy a venderlos todos. Colarme en Casa Perrod es sólo una parte del plan… Así sé los vestidos que llevará la gente y puedo ofrecerles el accesorio perfecto. —Kirsty es así, siempre va un paso por delante. Se pone a inspeccionar el vestido, que está colgado en la pared—. ¡Es fabuloso! Vas a dejar patidifuso al personal. Puede que incluso tenga algún escarabajo para ti. —Me guiña un ojo.

Escarabajos joya: insectos voladores con caparazones coloridos útiles para elaborar tintes. También se les puede entrenar para que vuelen alrededor de sus dueños o incluso para que, a modo de

ornamento, lleven la cola de los vestidos largos.

Me estremezco.

—No, gracias. —No necesito un insecto revoloteando alrededor de mi vestido. Por suerte, no llevaré cola.

—¿Sam? ¿Necesitas ayuda? —La voz de Evelyn traspasa la puerta.

—¡No! ¡Un segundo! —grito.

—En fin, recibí tu mensaje —continúa Kirsty—. Centauros, ¿eh? Una especie bastante complicada.

Me acerco más a ella y bajo la voz:

—¿Sería posible que hablara con uno?

Kirsty frunce el ceño.

—¿Tiene que ser en Runustán? Tengo contactos de centauros en algunos países vecinos…

—No, tiene que ser allí. ¿Por qué? ¿Es más difícil?

—Bueno, según mis investigaciones, nadie ha tenido contacto con los centauros runíes durante los últimos cincuenta años. Se perdieron muchísimos ejemplares a causa de una enfermedad y parece que después decidieron evitar por completo el contacto con los humanos.

—Vaya, eso no suena bien.

—Bueno, no te preocupes. Tengo una vieja amiga que trabaja en un pueblo de Runustán.

Sonrío.

—Como no podía ser de otra manera.

—Quién sabe si nos podrá ayudar. No hay nada seguro, pero es un punto de partida como otro cualquiera. ¿Cuándo?

—Quiero ir esta noche.

Kirsty arquea las cejas.

—¿Tan pronto? Resultará caro. Debe de tratarse de una poción… ¿Y no tienes que ir a la Gira Real?

—No me da tiempo a explicártelo ahora; ya te lo contaré.

Se muerde el labio y aparta la mirada.

—Bueno, se suponía que mañana iba a montar mi puesto en el mercado y ya tenía algunas citas programadas…

La agarro de los hombros.

—Kirsty, te prometo que te merecerá la pena.

Ella hace un gesto afirmativo.

—De acuerdo, Sam, lo haré por ti. Si consigues los vuelos para esta noche, allí estaré. —Me sonríe rápidamente y se desliza tras el espejo,

quedándome sola.

Me despojo de mi ropa y me pongo el vestido. Se oye una llamada impaciente al otro lado de la puerta:

—¿Sam? —dice Evelyn.

—¡Ya voy! ¿Puedes ayudarme con la cremallera? —Abro la puerta del probador y dejo que termine de abrochármelo. Cuando por fin se me ajusta el vestido, veo en el espejo lo bonito que me queda. Evelyn contempla mi reflejo por encima de mi hombro. Como de costumbre, evita con mucha cautela mirar el suyo.

—¡Estás impresionante! —exclama—. Sal para que te veamos bien.

Me asomo a la trastienda, donde Jacques ha montado una pequeña tarima para que me suba.

—Zain va a quedarse alucinado —comenta Evelyn.

—¿No crees que es demasiado corto para un baile? —pregunto mientras deseo que no lo sea.

Por lo general, odio los vestidos que dejan al aire mis huesudas rodillas, pero cuando me giro en la tarima, el vestido se alarga un poco. Incluso para la chica menos coqueta del mundo, esta tela tan maravillosa resulta alucinante. Al tocarlas, las hileras colgantes son suaves como la seda; están elaboradas de un modo único que hace que no se enreden cuando me muevo.

—¿Estás de broma? Quizá lo fuera si tuvieses cincuenta años, pero tienes dieciséis. Es perfecto. Jacques, ¿puedes enviarlo a palacio? —Él asiente—. Estupendo. Vamos, Sam, en marcha.

Le saco la lengua, aunque hago lo que me dice. A veces es muy mandona, supongo que no sólo por ser hija única, sino por ser hija única y *princesa.*

—¡Ya voy, ya voy! —Regreso al probador y me quito el vestido con miedo a estropearlo. Ahora, al ponerme mis viejos vaqueros, no me siento a gusto. De pronto entiendo por qué la gente se enamora de la ropa de diseño.

Antes de marcharme del probador, echo un vistazo detrás del espejo mientras lo empujo un poco para ver por dónde ha desaparecido Kirsty. Para mi sorpresa, lo que hay detrás es el mismo papel pintado del resto de la estancia. Paso la mano por los bordes en busca de alguna rendija, pero no veo nada.

Qué raro.

Cuando salgo, Evelyn me agarra la mano y la apoya contra el gran

espejo de tres lunas.

—Vamos a transportarnos al palacio, ¿de acuerdo? Si me coges de la mano, será diez veces más fácil.

Lo hago y dejo que tire de mí. Pensaba que nunca me acostumbraría a esto de la transportación. La idea consiste en que hay dos flujos de magia conectados mediante espejos; unos técnicos de transportación, que son dotados, te ayudan en el proceso si eres corriente o si eres un dotado que nunca ha visitado ese destino concreto. Transportarse con Evelyn es otra historia. Su magia es tan fuerte que viajamos en un instante.

En cuanto llegamos y estamos a salvo de oídos indiscretos, me giro hacia ella.

—Evie, necesito tu ayuda. Tienes que llevarme a Runustán. Esta noche.

19

SAMANTHA

Las siguientes horas son un torbellino de actividad en el que Evelyn lleva a cabo todos los preparativos. Cuando quiere, puede ser tan enérgica como un tornado, y agradezco estar con ella en el ojo del huracán, porque de otro modo saldría volando por los aires. Al final, ha reorganizado su Gira Real para que empecemos en Samar, la capital de Runustán, aludiendo a su deseo de intercambio cultural y de visitar una parte del mundo que aún no conoce. El cambio de planes provoca un gran alboroto entre su equipo de ayudantes, por no mencionar lo que estarán viviendo en el otro extremo, en el propio Runustán, pero todos siguen las órdenes de la princesa, por supuesto. Es probable que el rostro de Evelyn sea el más famoso del mundo.

Zain y yo vamos juntos hacia el aeropuerto, mientras que ella se desplaza en otro coche. En lugar de ir a la terminal normal del aeropuerto internacional de Kingstown, nos dirigimos a un hangar privado en las afueras de la ciudad. Pese a que Evelyn tiene la capacidad de transportarse al instante a cualquier parte del mundo, siempre viaja en avión en sus compromisos públicos. La majestuosidad de llegar en su avión privado, la oportunidad de que le hagan fotos al bajar por la escalera, las tropas de fans gritando… Todo forma parte del espectáculo.

Agarro con fuerza a Zain de la mano mientras subimos al avión. Mi granuja desaliñado, que se ha arreglado para la Gira Real, encaja a la perfección con su costoso *blazer*, su almidonada camisa blanca y sus pantalones estrechos. Yo me he puesto mi mejor vestido de verano, pero sólo porque sé que aquí me podré cambiar para estar más cómoda.

El avión privado de la familia real es tan grande como uno comercial normal, está decorado con las mismas telas afelpadas y los mismos materiales lujosos que el palacio. Zain, que por suerte ya ha viajado antes con Evelyn, me hace de guía. No tiene nada que ver con un avión cualquiera y es impresionante la cantidad de espacio que hay en su interior. En la parte trasera hay cuatro habitaciones de un tamaño aceptable, cada una de ellas con una cama doble. En los baños adjuntos hay incluso duchas. También hay una cocina profesional —nada de la típica comida salada y mustia de los aviones— y un bar bien surtido con una mesa de comedor y unos sofás. En la parte delantera hay una zona para la prensa, donde un grupo de periodistas se sientan cómodamente en unas butacas reclinables. Después de esto, no sé cómo voy a volver a la clase turista.

Regresamos a la parte central, donde Renel está repasando la lista de invitados del baile en una refinada mesa de madera. Hay tantos nombres, caras y grupos que no sé cómo hará Evelyn para retener la información.

—Sigo sin comprender por qué tenemos que tomar este… *desvío* a Runustán, princesa —inquiere él.

Ella se mira las uñas para revisar si se le ha descascarillado el esmalte.

—Ya te lo he dicho: porque me da la gana. Renel, si tengo que buscar marido, lo haré con mis condiciones. Eso es lo que declararon mis padres, ¿no? Sin importar dónde quiera ir o qué quiera hacer. Yo cumpliré mi parte del trato y ellos cumplirán la suya.

Oigo un leve chasquido detrás de mí y, cuando me doy la vuelta, veo a un periodista que sale del baño. Ha tardado lo suficiente como para oír la conversación de la princesa. Por la sonrisilla que lleva, diría que ha conseguido una buena exclusiva. Ya veo el titular: «"¿POR QUÉ? PORQUE ME DA LA GANA". EL PERFIL DE UNA PRINCESA CONSENTIDA».

Ese es el problema con los medios de comunicación: por mucho que adoren a Evelyn, también les encanta despedazarla. Le lanzo una mirada fulminante y él se encoge de hombros y desaparece por la zona de prensa. Apuesto a que trabaja para el *Correo de Nova*.

—Ven conmigo —me dice Zain. Le agarro la mano y me conduce a una de las habitaciones de atrás.

Zain revisa el estrecho pasillo antes de cerrar la puerta. Me mira un instante y me pongo roja como un tomate. No estoy acostumbrada a

que los chicos me miren de esa forma, y menos uno tan atractivo.

Como si fuese alguien *fuera de lo corriente*.

Me levanta la barbilla para que no esquive su mirada. Traza con los dedos la línea de mi mandíbula. De pronto, siento que no aguanto más. Paso los brazos por detrás de su cuello y aprieto los labios contra los suyos.

Cualquier atisbo de timidez desaparece cuando nos besamos. Podría derretirme, filtrarme por el suelo del avión y flotar hasta llegar a tierra. Nos dejamos caer sobre la cama con las piernas entrelazadas. Los besos de Zain se vuelven más urgentes y sus manos acarician el espacio que hay entre mis omoplatos haciendo que mi piel cobre vida con deliciosos estremecimientos.

Un golpecito seco en la puerta hace que demos un bote.

—¿Té? ¿Café? ¿Zumo de naranja? —pregunta la alegre voz de la azafata. Nos da un ataque de risa.

Ruedo por la cama y abro.

—No, gracias —contesto—. Estamos bien.

Me sonríe, pero empuja la puerta de forma deliberada para que se quede totalmente abierta. Zain me guiña un ojo y casi consigue que me vuelva a dar la risa. La azafata se da la vuelta y se mar-cha.

—Supongo que deberíamos hacer algunas indagaciones —sugiero cuando ya se ha ido.

Zain suspira de forma teatral. Sonrío al ver que él también se ha ruborizado.

—Supongo que sí. —Saca la tableta de su mochila y su expresión se torna más seria—. Según la pequeña búsqueda que hice anoche, las cosas no pintan bien. No es que los centauros eviten el contacto con los humanos, es que los odian.

Pongo mala cara.

—Pues vaya.

—Por otra parte, su esperanza de vida es mucho más larga que la de los humanos, así que lo más probable es que al menos uno conociera a tu bisabuela.

—Crucemos los dedos. ¿Qué te parece si tú sigues leyendo sobre ellos mientras yo me dedico a los diarios de mi abuelo? Trabajo en equipo.

—Trato hecho.

Me siento en la cama con la mochila a los pies y saco el diario. Lo

he forrado con plástico y papel de envolver para que parezca uno de mis libros de lectura del instituto. No quería que nadie lo hojeara por accidente, por eso he intentado que parezca lo menos trascendente y llamativo posible.

Lo abro por una nueva sección.

Mi madre regresó ayer. Temo que no vuelva a ser la misma. Ha perdido su diario y, sin él, parece otra persona. He intentado que anote algunos fragmentos mientras sigan frescos para hacer una copia, pero se niega. Es como si se hubiera dado por vencida. Nunca la había visto rendirse.

Paso la página.

Hoy he reunido el coraje para preguntarle si deberíamos ir a buscarlo. Me refiero al diario. Todavía nadie ha ganado la Expedición, quizás aún tengamos una oportunidad. Podríamos retroceder en sus pasos. Ella insiste en que nadie se lo ha robado, sino que lo ha perdido.

Si eso es cierto, podemos encontrarlo.

Tal vez podríamos empezar en xxxxxxxxxxxxxxxxxx.

Suelto un gemido. De improviso me viene la imagen de mi propio comienzo en la Expedición, cuando buscaba en los viejos libros de recetas alguna pista de cómo elaborar la poción amorosa perfecta. Hace tiempo hubo una prohibición general de pociones amorosas que provocó la censura de todas las recetas impresas de dichas pociones. Sólo quedaron unas gruesas franjas oscuras tapando las palabras importantes y páginas donde las letras se amontonaban formando un batiburrillo ilegible.

Pero esto no es lo mismo. En este caso, alguien ha actuado con

deliberación. Mi abuelo ha tachado con un rotulador negro todos los lugares.

Es frustrante. Sin embargo, se me acelera el corazón al verlo, porque significa que sabía que alguien podría fisgar en sus diarios. Significa que le preocupaba que encontraran algo.

Significa que no cree que el diario de Cleo esté destruido.

Es obvio que Emilia tampoco lo cree. Por primera vez, hago una pausa y pienso en lo que puede significar enfrentarse de nuevo a ella. Es despiadada, eso lo sé. Está sedienta de poder. Ha conseguido llevar a cabo una hazaña increíble —una dotada que se convierte en alquimista, quién lo iba a decir—, pero ha sido a costa de elaborar terribles pociones oscuras que han hecho estragos en su cuerpo. Está desesperada. Por otra parte, Evelyn está en la Gira Real para buscar marido. Si lo encuentra, a Emilia le resultará mucho más difícil desestabilizar el trono.

Pero… ¿y si consigue el aqua vitae?

Se volvería fuerte.

Rica.

Poderosa.

Y prácticamente inmortal.

El trono novaniano estaría amenazado tanto si Evelyn se casa como si no.

Tengo que detenerla.

Me despierto con un golpe en la puerta y me incorporo en la cama. Veo que Zain también se ha quedado dormido con la cabeza apoyada en mis rodillas. He dejado un resto de baba en la primera página del diario. ¡Por todos los dragones! Nunca me lo va a perdonar. Me seco la boca y me sacudo las telarañas de la cabeza.

—¿Hola?

El sonido de mi voz hace que Zain se despierte y se siente justo en el momento en que Evelyn asoma la cabeza. Se echa a reír y hace una mueca.

—¡Vaya! Qué romántico, dormidos encima de los libros. Creo que en mi vida he visto una parejita tan empollona. —Nos hace un guiño—. En fin, estamos a punto de aterrizar, así que tenéis que colocaros en un asiento para abrocharos el cinturón. Primero bajarán la prensa y el

personal del avión, luego saldré yo y, por último, vosotros, que os reuniréis con Kirsty. De ese modo evitaréis a los *paparazzis*. Permaneceré aquí sólo un par de noches y luego volaré a Pays para el Baile de Laville. Tendréis que estar allí para que nuestra coartada funcione. Buena suerte.

Aprieto con fuerza la mano de Zain.

De pronto, todo esto parece real. Estoy en otra Expedición.

Lo único que espero es que siga la buena racha.

20

SAMANTHA

Mientras atravesamos la terminal de Samar, percibimos muestras de la presencia de Evelyn: la mirada ilusionada de los fans que han venido para ver a su ídolo de cerca, los periodistas escribiendo notas con frenesí, el personal del aeropuerto retirando las vallas divisorias… Conseguimos pasar inadvertidos, ahora que nos hemos puesto nuestros equipos de buscadores, y nos dirigimos al área de llegadas, donde Kirsty nos espera debajo de las escaleras mecánicas. Me da un gran abrazo.

—¿Qué tal el vuelo? Espero que no demasiado agotador.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—¡Qué va! Hemos viajado por todo lo alto, ¿recuerdas?

—Ah, claro. ¡Se me olvidaba que tú no has tenido que hacinarte como el resto de los mortales! —Se retuerce estirando exageradamente la espalda y hace una mueca. Luego ve a Zain por encima de mi hombro y arruga la nariz—. Ah, no sabía que íbamos a estar acompañadas.

Me siento mal por no haberle mandado un mensaje avisándole de que venía Zain, pero todo ha sucedido muy deprisa. A Kirsty se le refleja en la cara lo que siente y es obvio que desaprueba este plan. Ella es una de esas corrientes a quienes les molesta que dotados como Zain se metan en nuestro «territorio».

—Dos alquimistas valen más que uno —pruebo a comentar.

—Una alquimista y un sintético rarito, querrás decir —replica al instante.

Zain esboza su sonrisa más encantadora.

—Yo también me alegro de verte, Kirsty.

—Supongo que un par de manos adicional tampoco va a hacer daño. Tú ocúpate de pasar más tiempo observando y aprendiendo que distrayendo a mi Sam, ¿de acuerdo?

—No te preocupes —intervengo—. Yo estoy en lo que estoy.

Kirsty da una palmada.

—Muy bien, entonces deberíamos movernos; tenemos mucha carretera por delante.

—¿Luego tendremos cobertura? —pregunto—. Tengo que llamar a mis padres para saber cómo se encuentra el abuelo. —Hemos pasado once horas en el avión y no dejo de pensar si habrá ocurrido algo.

—Sí, creo que sí. Sin problema. De todos modos, aún tenemos que cargar algunas provisiones más. —Kirsty le hace un gesto con la cabeza a Zain y ambos se dirigen a un kiosco cercano.

Yo me aparto a una zona más tranquila para llamar. La culpabilidad por haber dejado a mi abuelo es como una cadena rodeándome el cuello. Me gustaría poder contarles a mis padres por qué estoy aquí; no estoy acostumbrada a mentir tanto.

Mi madre coge el teléfono después de unos cuantos tonos.

—¿Diga? —responde con cierta cautela en la voz. Todos estamos hartos de los números desconocidos, ya que al otro lado de la línea puede haber un periodista.

—Hola, mamá. Soy yo —respondo.

—¡Ay, Sam! —Se le cambia el tono—. Qué alegría oírte. ¿Qué tal el viaje en el avión privado?

—¡Ha sido alucinante! Todo muy distinguido. ¿Cómo van las cosas por allí? ¿Cómo está el abuelo?

Casi puedo oír cómo se transforma su expresión.

—Los médicos están preocupados y, bueno, tu padre no quería contártelo, pero nos hemos enterado de que también lo han visitado unos médicos especialistas. A tu padre eso no le ha hecho mucha gracia porque no nos pidieron permiso, pero ellos sólo confirmaron lo que ya nos habían dicho: que lo más probable es que haya complicaciones debidas a la pérdida de memoria. Queríamos llevárnoslo a casa, pero no nos dejan. Quieren hacerle más pruebas…

¿Médicos especialistas? Esos deben de ser los agentes del servicio secreto que Evelyn me mencionó. Vuelvo a pensar en el ofrecimiento de Zol. Aunque sé que en la enfermedad de mi abuelo hay más de lo

que parece, me pregunto si la medicina sintética le ayudaría. Estoy a punto de contárselo cuando ella cambia de tema:

—Bueno, no te olvides de sacar muchas fotos de Runustán para luego enseñárnoslas. Qué suerte poder viajar a tantos sitios. Ah, antes de colgar… se pone tu hermana. Ten cuidado, cariño. Y llámanos de vez en cuando. Sé que estás con la princesa, pero ya sabes que siempre nos preocupamos por ti.

—Lo sé, mamá.

—¿Sam? —oigo que dice la voz de Molly al otro lado.

—¡Hola, Mols! ¿Qué tal?

—No muy bien. —Oigo un ruido seguido del chasquido de una cerradura—. Todavía no se lo he contado a mamá y papá, pero los guantes que Evelyn me regaló son flipantes. Le toqué la mano al abuelo con los guantes puestos y… —Su voz se convierte en un susurro y tengo que hacer un esfuerzo para oírla—. Creo que ya sé por qué está tan enfermo.

El pulso se me acelera y lucho por mantener la calma.

—¿A qué te refieres?

No sabía que la magia de mi hermana estuviera tan desarrollada como para diagnosticar enfermedades utilizando los guantes. Ella piensa que son los guantes, pero yo sé que no. Un objeto potente no puede potenciar a un dotado débil. Todo el mérito es de Molly.

—Me refiero a que no se trata de lo que dicen los médicos. La pérdida de memoria es una forma de describirlo; en realidad, es como si le faltara algo en la mente. —En mi interior, algo me grita que se lo cuente, pero no puedo. Todavía no—. Como si le hubieran quitado un trozo. ¿Sabes algo de eso?

Sacudo al cabeza aunque ella no me vea.

—No. —Me quedo sin habla.

—Sea lo que sea, empeora con mucha rapidez —añade con voz seca —. Si estuvieras aquí, sabrías a qué me refiero, pero, claro, no estás. Pásalo bien en tu gira pija. —Y me cuelga.

Ahora la culpa no es como una cadena, es como una jaula de la que no puedo escapar. Me quedo mirando el teléfono durante unos instantes hasta que Kirsty grita mi nombre.

Lo único que puedo hacer para aliviar ese sentimiento es intentar por todos los medios ayudar al abuelo desde aquí. Echo a correr para alcanzar a Kirsty y Zain.

—¿Has logrado estrechar el área de localización de los centauros? —inquiero.

Suspira de forma teatral.

—Bueno, más o menos. Puede que se encuentren en un área de unos cuantos miles de hectáreas. —Al ver que se me desencaja el rostro, suelta una carcajada—. Créeme, en una zona tan grande como las Tierras Salvajes de Runustán, un millar de hectáreas es un gran avance. —Se pone a caminar con paso firme hacia el coche.

—Seremos capaces de determinar su posición cuando estemos en las Tierras Salvajes, ¿no? —pregunta Zain.

—Bueno, a ellos no se les puede seguir el rastro del mismo modo que a otras criaturas. Cuando nos reunamos con mi contacto, que vive en los confines de la estepa, encontraremos el camino.

—Esperad —dice Zain antes de que nos metamos en el coche—. Como nos estamos enfrentando a Emilia, quiero comprobar que no hay micrófonos ni mecánicos ni mágicos. Hay que ser precavido.

Kirsty pone los ojos en blanco.

—No hay micrófonos —contesta mientras se monta en el coche.

Zain saca la varita y susurra unas cuantas palabras tan bajito que no las entiendo. Una inquietante luz azul sale de la ella y rodea el vehículo. Unos segundos después, como la luz no cambia de color, la hace desaparecer.

—Podemos irnos —concluye.

—¿No me digas? —espeta Kirsty, que ya tiene el cinturón puesto y está consultando un gran mapa—. También hay métodos corrientes para buscar micrófonos, pero vosotros, los dotados, todavía no os habéis enterado. Hice un barrido antes de que llegarais.

—Sí, una hora antes de que nos recogieras.

—Chicos… —levanto las manos—, por favor, vamos a intentar llevarnos bien, ¿vale?

Kirsty suspira profundamente.

—Tienes razón. Tenemos un largo viaje por delante. Zain, ¿podrás estarte sentadito unas cuantas horas? Sé que los dotados suelen aburrirse cuando no hay magia que les entretenga. —Parpadea con inocencia, aunque su tono está teñido de ironía. Qué incómodo.

—Zain me ha estado contando algo acerca de las concentraciones de centauros —interevengo.

Para mi alivio, Kirsty se mete en su papel de profesional cuando

pone el coche en marcha. Yo me monto a su lado y Zain se coloca detrás.

—Sí, y estamos de suerte, porque es posible que esta noche seamos capaces de encontrar alguna congregación de centauros. ¿Sabes por qué, Sam?

En apariencia debería saberlo.

—No.

—¿Qué hora es? —pregunta, como dándome una pista.

Miro mi reloj de pulsera y algo me llama la atención. Se ha puesto en hora de un modo inusual…, supongo que tiene que ver con el cambio de huso horario.

—¡Vaya! Pensé que tendría que ajustarlo.

—Aquí, no. Sé que en Nova nos enseñan que somos el centro del tiempo, el espacio y el universo, pero a partir de ahora ya sabéis que no. El tiempo comienza en Runustán. La peculiar magia de este país afecta a todos nuestros relojes. La hora de tu reloj nunca será tan precisa como ahora.

—¡Hala! —exclamo mientras lo examino como si fuera un objeto extraño.

—Los runíes siempre han preferido vivir en las Tierras Salvajes, incluso los dotados. Así que su magia también es más salvaje; sus objetos parecen muy básicos para nuestros modernos ojos, pero son poderosos. En otros tiempos, sus habitantes dominaron una gran parte del continente y, cuando los dotados comenzaron a acumular su magia en las ciudades, el modo de vida runí empezó a desaparecer. Ya veréis qué diferencia hay entre la gente de las ciudades y la de las Tierras Salvajes.

Por la ventanilla me fijo en Samar, que se parece a muchas otras ciudades en las que he estado: avenidas anchas, rascacielos imponentes, estatuas de personajes destacados. Lanzo un grito cuando pasamos junto a una estatua que parece un centauro, aunque luego constato que es un hombre a lomos de un enorme caballo que suelta fuego por la nariz. Alrededor de las llamas de hierro hay guirnaldas de claveles amarillos, naranjas y rojos.

Zain también los mira y puntualiza:

—Esta noche es el festival del Caballo de Fuego. A eso te referías con lo de la congregación.

—Exacto —responde Kirsty—. Pues es verdad que habéis estado

investigando, después de todo. El festival nos viene bien porque puede que así sea más fácil encontrar a los centauros. Aunque también puede hacer que las cosas se pongan más… interesantes.

No me gusta cuando usa la palabra «interesante». Normalmente significa «peligroso».

—Entonces, ¿has traído algún regalo para ofrecerles o tendremos que parar por el camino? —pregunta Zain. Lo miro por el espejo retrovisor y levanta las cejas.

—¿Quién te crees que soy? ¿Una novata? —Kirsty hace una señal con la cabeza hacia la parte trasera del coche.

Zain se gira para revisar el maletero.

—Oh, madre mía.

—¿Qué es? —quiero saber.

—Dos barriles enormes… y lo que parece una caja de fuegos artificiales.

—Ah…, ¿vamos a llevarles cerveza a los centauros? —Miro de soslayo a Kirsty.

—¡Claro que no! ¡Es whisky!

—¡Vaya! —exclamo mientras Zain hace un gesto de aprobación con la cabeza—. ¿Y los fuegos artificiales?

—Eso es por si necesitamos hacer una entrada triunfal.

21

SAMANTHA

La carretera principal para salir de la ciudad conduce directamente a las Tierras Salvajes, el último refugio de la magia natural y el hogar de la mayoría de las criaturas y plantas que constituyen la base de nuestras pociones. Sin las Tierras Salvajes, los alquimistas careceríamos de ingredientes con los que trabajar. La reducción de los territorios naturales en favor de las ciudades ha provocado, en parte, el aumento de la popularidad de los sintéticos. ZA sostiene que los sintéticos están salvando las Tierras Salvajes; en mi opinión, lo que hacen es darle al mundo una razón para infravalorarlas.

Gracias a los contactos de la princesa, Zain y yo hemos conseguido nuevos salvoconductos, de modo que pasamos los controles de seguridad sin dificultades.

—Vamos allá —dice Kirsty—. A por los centauros de Runustán.

—¿Y si no tenemos éxito con esta manada? —Me siento sobre las manos para dejar de morderme las uñas. Estoy nerviosísima.

Kirsty se encoge de hombros.

En ese caso, hay unos tres mil kilómetros hasta el punto de avistamiento más próximo.

—Ah, muy bien. Entonces, sin presión.

—¿Presión? Ninguna. —Sonríe—. Nos las arreglaremos.

Zain se adelanta y esquiva mi reposacabezas para hablar con Kirsty:

—¿Alguna vez has visto uno?

—¿Un qué? ¿Un centauro? No. No hay mucha demanda de ingredientes que provengan del centauro y, además, su memoria es excelente. Ninguno ha perdonado a los humanos desde que en la

Expedición Salvaje de hace cincuenta y tantos años pidieron un ojo de centauro.

—¿Es que algún participante mató un centauro? —pregunto con voz horrorizada. Matar a una criatura para obtener una parte de su cuerpo no está entre las competencias de los buscadores ni de los alquimistas.

Kirsty asiente con la frente arrugada.

—Sí, eso creemos. Como es lógico, nadie lo admitió. La comunidad internacional de buscadores puso en marcha una investigación con la cooperación de varios gobiernos, incluido el de Nova, pero no pudieron hacer gran cosa. Como sabéis, la Expedición está regulada por sus propias leyes. Desde un punto de vista técnico, ni siquiera fue ilegal lo que Emilia os hizo. Y, de todos modos, hace cincuenta años el remedio final…

—Se elaboró con ingredientes sintéticos —concluyo la frase mientras las piezas de la historia van encajando en mi cabeza.

—Exacto. Así que el sacrificio de ese pobre centauro fue por completo en vano. Nos odian después de aquello. La reputación de los alquimistas y de los buscadores se destruyó de golpe y porrazo.

—¿Y qué te hace pensar que van a hablar ahora con nosotros?

Kirsty vacila.

—No creo que vayan a hacerlo. Estamos buscando a un centauro concreto que se llama Cato. Que yo sepa, es el único que pudo estar cerca cuando tu bisabuela visitó a la manada. También es el líder. Apuesto a que nos expulsarán de allí antes de que abramos la boca.

Genial. Me hundo en el asiento.

—Hemos llegado hasta aquí, así que vamos a intentarlo —anima Zain. Le daría un beso por tanto optimismo, aunque me limito a sonreírle.

Todo sucedió hace mucho tiempo, como dice Kirsty, pero los centauros tienen buena memoria. He de aferrarme a un hilo de esperanza. Si esto fracasa, no tenemos más pistas. Volveríamos a la casilla de salida.

Tras varias horas de camino, algo pita en el salpicadero y Kirsty le dirige rápidamente la mirada. Abre el centro del tablero y aparece un radar anticuado, como los que vi cuando visité los viejos submarinos de guerra con mi padre. En el borde exterior hay una luz parpadeante que de repente desaparece. La atmósfera en el interior es tensa, pero el

aparato no vuelve a pitar.

—¿Eso para qué es? —pregunto.

—Mira al cielo. ¿Ves algo?

Miro por la ventanilla. El cielo está de un penetrante color azul, no hay ni una nube y la hierba se extiende a lo largo de hectáreas. Parece el cuadro de un niño que ha querido pintar el mundo: hierba verde y cielo azul que se tocan en la línea recta del horizonte. El paisaje es solitario e inmenso. No consigo imaginar cómo podría llegar hasta nosotros lo que ha captado el radar, sea lo que sea.

—Es un dragonómetro —explica Kirsty.

Diente de dragón: utilizado en pociones para resolver discrepancias. También para fomentar la confianza (en la dosis correcta).

Me quedo boquiabierta y vuelvo a aplastar la cara contra el cristal.

—¿Dragones? ¿Dragones vivos, quieres decir?

—Sí. Son escasos; aun así, es mejor tomar todas las precauciones posibles.

—¡Te estás quedando conmigo!

—Me temo que no. La lucecita parpadeante aún está a kilómetros de distancia. Si no aparece de nuevo, no ocurrirá nada.

Intento aliviar la tensión de los hombros volteando la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Pensaba que después de la Expedición estaría acostumbrada a toda esta aventura, pero sigue sin ir mucho conmigo. Lo que me ha salvado hasta ahora ha sido simplemente la suerte. La suerte… y algo de conocimiento. Esta vez tengo previsto ir armada con todo el conocimiento posible.

—¿Cuánto falta para llegar? —le pregunto a Kirsty.

—Todavía nos quedan varias horas de coche.

Mucho tiempo. Busco en mi mochila y saco un tomo gigante con una encuadernación gruesa de cuero rojo. Las esquinas de las páginas están destrozadas y en la cubierta se lee con letras doradas y estilizadas: *CRIATURAS DE LA GRAN ESTEPA.* Lo encontré en la biblioteca de palacio: perfecto para mi investigación.

Abro el libro en mi regazo y por un instante me debato entre consultar la página de los centauros o la de los dragones.

—¿Te has vuelto a traer la biblioteca entera? —Kirsty se echa a reír —. Deberías comprarte uno de esos modernos lectores de libros electrónicos con el dinero del premio.

Bajo la mirada hacia el pesado tomo. Puede que Kirsty tenga razón.

Me salto la página de los centauros y leo todo lo que puedo acerca de los dragones.

Por si acaso.

22

www.expedicionsalvajeadebate.com/foros/

PRINCESAEVELYN

Bienvenidos a los foros de Expedición Salvaje a Debate, donde se recogen todas las discusiones de la red sobre las expediciones salvajes. Las reglas son sencillas: no se puede publicar de forma anónima, revelar información personal de ningún tipo ni adjuntar enlaces sin verificar. Las decisiones de los moderadores son inapelables. Gracias.

El equipo de moderadores de ESD

Debido al abrumador número de peticiones, hemos decidido abrir un subforo dedicado exclusivamente a la PRINCESA EVELYN DE NOVA. Por favor, no olvide respetar las reglas y que los comentarios guarden relación con el tema. ¡Disfrute de la Expedición!

104 783 lectores; 910 en línea
14 013 publicaciones; 1803 nuevas desde la última vista

[PUBLICACIÓN DESTACADA] **NovaBlast dice: ¿CON QUIÉN SE CASARÁ LA PRINCESA EVELYN?** Bienvenido al megahilo dedicado a los candidatos con más posibilidades de ser el prometido

de la princesa Evelyn. Si eres nuevo, te rogamos que utilices la herramienta de búsqueda para no repetir algo que ya se ha dicho con anterioridad. Intentaremos mantener una clasificación con las opciones más populares. >

DAMIEN 7/2 *FAVORITO ACTUAL* - Edad: 24. Ocupación: estrella del pop. Se le ha visto en el Palacio varias veces después de la Expedición y se espera que actúe en el Baile de Laville. *Editado para añadir* Su nuevo tema se titula «La llamada de la corona».

PRÍNCIPE STEFAN DE GERGON7/1 - Edad: 22. Ocupación: segundo en la línea sucesoria al trono de Gergon. Candidato favorito antes de la Expedición, aunque ha caído en el olvido. Es la opción política más sensata. Si aparece en la Gira Real, sus posibilidades podrían aumentar.

TORTOLITO MISTERIOSO 7/1 - Edad: ¿? Ocupación: ¿? *SE REQUIEREN DETALLES, PERO HAN DE VERIFICARSE LAS FUENTES*. ¿Por qué tanta discreción? Si fuera una opción válida, a estas alturas ya habría algún comunicado. No perdamos de vista a este can-didato.

ZAIN ASTER 20/1 - Edad: 18. Ocupación: estudiante. Aunque ya no está soltero, sigue siendo una opción posible hasta el último momento. Viejo amigo de la princesa.

1304 respuestas

23

SAMANTHA

Tras varias horas en coche, el hermoso paisaje de Runustán se torna monótono, con tanta extensión de hierba hasta donde alcanza la vista y tanto cielo azul, como una canción pegadiza que sonara hasta la saciedad. Cierro los ojos e intento dormir durante el resto del trayecto.

Cuando Kirsty me despierta, noto que hemos llegado a un sitio especial. En primer lugar, hay un enorme lago frente a nosotros que brilla bajo el sol del mediodía. Es como un oasis, sólo que, en vez de estar en medio del desierto, se halla en medio de la pradera.

A orillas del lago se encuentra el primer indicio de civilización humana que hemos visto hasta ahora: un círculo de tiendas redondas (Kirsty me informa de que se llaman Yurtas), mezcladas con unos cuantos edificios de ladrillo de aspecto normal.

—Este es el lago Karst —nos explica mi amiga—. Y el pueblo que está en la orilla también se llama Karst. Es un lugar bastante frecuentado en vacaciones por los habitantes locales, aunque queda fuera del circuito turístico. Nos detendremos aquí para reunirnos con mi contacto, repostar gasolina y comprar provisiones para el camino hasta la manada de centauros. Quién sabe, si tenemos suerte, podrían estar cerca de aquí.

Nos hemos zampado todos los tentempiés que traíamos y, cuando el olor de la carne asada llega hasta el coche, me empiezan a sonar las tripas.

—Qué bien que paremos. Estoy muerta de hambre, ¡me comería un caballo!

Kirsty se echa a reír.

—Bueno, puede que tengas suerte. La carne de caballo es una comida tradicional de la zona. —Pongo cara de asco y ella chasquea la lengua—. Oye, nadie te mira mal cuando pides esa porquería sintética llena de azúcar que le echas a tu café especial en el Coffee Magic. ¡Al menos, esto es natural!

—Lo sé, perdona —me disculpo. Si tengo que comer caballo por educación, lo haré. O diré que soy vegetariana.

Kirsty sale del coche de un salto y la recibe una joven que acaba de salir de una de las tiendas. Lleva un vestido largo de lino de color crema con una banda ancha de cuero negro atada a la cintura. La nota de color la aporta el pañuelo estampado que le sujeta el pelo.

—¡Nadya! —Kirsty y la mujer se funden en un caluroso abrazo.

Zain y yo cruzamos la mirada.

—¿Conoce a todo el mundo en todas partes o qué? —me pregunta mientras esperamos junto al vehículo a que nos presenten. Se quita las gafas de sol y se las coloca sobre su oscuro pelo. Sonrío al ver que uno de los mechones indómitos se le queda tieso.

—Ya lo creo —le contesto mientras se lo recoloco—. Debe de ser su contacto en Runustán.

Estiro los brazos para respirar hondo el aire fresco y puro. Las yurtas están orientadas hacia el lago y el agua es tan cristalina que parece la faceta de un diamante. En la orilla hay algunos chicos algo más jóvenes que nosotros jugando al voleibol en un pequeño trozo de playa. Cerca de ellos hay una cabaña donde se ofrecen toda clase de deportes acuáticos motorizados para los adictos a la adrenalina.

—¿Quieres que vayamos con ellos? —me dice Zain con una amplia sonrisa. Sacudo la cabeza. En los deportes soy como un pato mareado —. ¡Venga! Eres alta…, seguro que eres buena en voleibol.

—Eso es un estereotipo infundado y tú lo sabes…

Por fin, Kirsty nos presenta:

—Nadya, estos son mis dos compañeros de viaje, Sam Kemi y Zain Aster.

—¿Sam Kemi? ¿La joven aprendiz que ganó la Expedición Salvaje? —Se queda mirándome con los ojos muy abiertos y expresión de sorpresa—. Y a ti también te conozco —dice, volviéndose hacia Zain—. ¿El «mejor amigo» de la princesa?

Me sonrojo mientras nos mira.

—Sabes mucho sobre nosotros, ¿eh?

—¡Aunque seamos nómadas, oímos las noticias! ¿Podéis contarme algún cotilleo sobre el futuro marido de la princesa? —Los ojos le centellean con aire travieso.

—¡Estoy tan perdida como tú! —contesto con sinceridad.

Ella frunce el ceño.

—¿No sabes que es de mala educación no traer alguna noticia a las mujeres de las tribus runíes cuando te reúnes con ellas?

—No lo sabía… ¡Ay! —Me devano los sesos buscando alguna noticia que compartir.

Tanto a Nadya como a Kirsty les da un ataque de risa.

—Esa tradición no existe, Sam —exclama Kirsty—. Nadya es una cotilla, eso es todo.

Le saco la lengua y el estómago me vuelve a rugir.

—Ahora soy yo la maleducada. —Nadya sonríe con calidez—. Entrad y comed algo. ¿Podéis quedaros unos minutos?

—¿Dónde está Zain? —pregunto al darme cuenta de que no está detrás de mí.

—Anda, observa a tu novio —dice Kirsty, giñándome un ojo con exageración. Sigo su mirada y lo veo con los chicos de la playa. Se ha quitado la camisa, y me ruborizo al verle los abdominales, que parecen esculpidos.

Después de un momento, Kirsty me empuja levemente en la parte baja de la espalda y doy un tropezón antes de seguir a la mujer hacia el interior de la yurta.

—¡Uy! ¡Qué alta eres! —exclama Nadya mientras sujeta la cortina para que entre—. Ten cuidado con la cabeza.

—Gracias. —Y por poco me llevo un moratón en la frente cuando casi me golpeo contra uno de los mástiles que sostienen el techo de la tienda.

—No es habitual que Kirsty viaje con más gente. Es una persona solitaria —comenta Nadya, que me conduce hacia el interior.

—Esta es una misión especial para ella.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que era una misión especial para ti, visto que eres tú quien busca algo, ¿no? Y con la ayuda de la princesa, nada menos…

Freno en seco nada más traspasar la puerta. No sé qué hacer. No sé si esta desconocida me está amenazando. Kirsty parece confiar en ella, pero ¿hasta dónde sabe? Y, por cierto, ¿dónde está Kirsty? Miro

nerviosa hacia atrás, pero no hay rastro de ella.

—¿Quieres té? —ofrece la mujer, que sigue sonriéndome—. No te preocupes porque sepa que la princesa te ha ayudado a llegar hasta aquí, no tengo a nadie a quien contárselo, salvo al viento y a la hierba. No me costó atar cabos cuando cambió de planes para venir aquí.

—Seguramente tendrás Internet de alta velocidad —suelto, mirando con descaro el portátil que hay en una esquina—. Podrías contárselo al mundo entero. Y eso de allí… ¿es una pantalla transportadora? —¿Quién será esta mujer? Aprieto los labios.

—Buena observación. No hace mucho solicité una pantalla y me la concedieron, junto con un técnico de transportación para nosotros. No he tenido oportunidad de contárselo a Kirsty. Además, la pantalla todavía no está registrada en los flujos de magia oficiales.

No puedo posponer la pregunta durante más tiempo:

—¿Quién eres?

Se echa a reír.

—Puedes confiar en mí. No me importa la razón por la que te encuentras aquí…, sólo me preocupa que no causéis problemas. —Entonces su voz se vuelve seria—. Vuestro grupo no va a ser de su agrado, ya lo sabéis…, sobre todo por los dos que te acompañan. ¿Un dotado y una buscadora? Quizá si fueras sola, como descendiente de la gran maestra Kemi, te escucharían.

—¿Te refieres a los centauros? —Ella asiente con la cabeza—. ¿Es que has oído hablar de mi bisabuela? —Tomo la taza de las manos de Nadya y decido acomodarme y disfrutar del té.

—Claro que hemos oído hablar de ella. Pasó un tiempo en nuestro pueblo cuando era joven y aprendió nuestras costumbres. Eso fue mucho antes de que yo naciera, pero el recuerdo de su visita aún persiste. La mayoría de la gente de Nova que pasa por aquí pretende darnos consejos, en vez de lo contrario. Pero tu bisabuela… Ella era distinta. Se preocupaba por el lugar de origen de los ingredientes y por la historia y la cultura que los nutrían. Era una alquimista admirable. Ya no quedan muchos que vengan a aprender.

Frunzo el ceño.

—No lo había pensado.

—Hoy en día no es habitual realizar ese tipo de aprendizaje. —Se encoge de hombros—. Nos trasladamos mucho menos que nuestros ancestros. Los tiempos avanzan, las tradiciones cambian.

—A veces a mejor. —Bajo la voz—. Me resulta increíble que uno de los equipos de aquella Expedición Salvaje matara a un centauro para obtener su ojo.

—¿No te lo crees? —Sigue escrutándome.

—Bueno, tal vez sí —reconozco, intimidada por su intensa mirada. ¿Hasta dónde llegaría yo para conseguir una poción tan fabulosa como el aqua vitae? No estoy segura de querer saber la respuesta.

—En fin, ¿y por qué tanta prisa por conocer a los centauros? ¿Por qué ahora? ¿Y por qué está involucrada la princesa de Nova en todo esto?

Hablo despacio, eligiendo las palabras con especial cuidado. No quiero desvelar demasiada información, y menos a esta desconocida.

—Creo que mi bisabuela Cleo se dejó algo en Runustán. Algo muy importante.

—¿Ah, sí? —Nadya levanta una de sus finas y afiladas cejas mientras me mira.

—Pero yo no soy la única que lo está buscando. Hay más personas. Por eso la princesa está involucrada. Necesitamos mantener en secreto que estamos aquí, en la medida de lo posible. Pensamos que los otros aún no saben que hemos comenzado a buscar; es mejor si no llegan a enterarse.

—Entiendo. Bueno, intentaré ayudar en todo lo que pueda.

Se produce un alboroto detrás de mí mientras Kirsty y Zain entran. Él se ha vuelto a poner la camisa (por desgracia).

—Oye, no habrás estado corrompiendo a mi chica, ¿verdad, Nadya? —dice Kirsty.

—¿Corrompiendo? —pregunto con desconcierto. Cuesta imaginarse a la hermosa y dulce Nadya corrompiendo a nadie.

—¿No se lo has contado? —Nadya sacude la cabeza—. Esta mujer tiene un doctorado en Mixología Sintética Avanzada de una de las mejores universidades de Nueva Nova. Está buscando el modo de trabajar con las comunidades autóctonas para desarrollar nuevos métodos para administrar sintéticos, ahora que casi no quedan alquimistas runíes. Es una señora muy importante, por si no lo sabías.

Pongo los ojos como platos al ver a la mujer desde otra perspectiva.

—Eres… ¡mi heroína! —balbuceo, y ella se echa a reír.

—Bueno, tal vez cuando acabes los estudios puedas regresar y trabajar conmigo. —Debe de haber percibido mi indecisión, porque

añade—: Estás estudiando, ¿no?

—Bueno… —empiezo a explicar, pero Kirsty me interrumpe:

—Su familia no termina de aceptar la industria sintética.

—Sobre todo mi abuelo —apostillo.

—Pero tu novio es el hijo de ZA, ¿verdad? ¿Cómo lo permiten? —Nadya dirige sus oscuros ojos marrones hacia mí y me hace sentir expuesta—. Por alguna razón, no estoy segura de que tu bisabuela tuviera esa idea del progreso. Era una mujer muy avanzada para su tiempo y los sintéticos son el camino del futuro.

—En fin, a ella ya no puedo preguntárselo para salir de dudas… y, como mi abuelo se está muriendo, tampoco puedo preguntárselo a él —respondo con brusquedad, aunque me arrepiento de inmediato.

—Pido disculpas si me he pasado de la raya —replica.

—No pasa nada. —Sé que no ha sido justo, pero me molesta que Kirsty hable de mí y que Nadya presuponga que sabe más de mi familia que yo.

Pero ¿qué es lo que más me fastidia?

Que quizá Nadya esté en lo cierto. Aun así, si no salvo a mi abuelo —y a mi país—, no voy a tener vida de ningún tipo.

24
SAMANTHA

La conversación con Nadya me deja una sensación de inquietud. Mi familia siempre ha sido un pilar sólido para mí. Aunque todo conspirase para hacerme sentir como un pez fuera del agua —mi herencia mestiza, mis habilidades anticuadas, mi figura desgarbada, mi obsesión con las notas—, mi familia siempre ha sido un factor reconfortante.

Ya sabía que mi bisabuela era diferente, y ahora su diario de pociones extraviado se ha convertido en una pequeña mella en nuestra historia familiar que amenaza con transformarse en una enorme fisura. Encontrar su retrato en el refugio del monte Hallah fue una sorpresa que me hizo poner en duda todo lo que mi abuelo me había contado sobre los alquimistas (eso de que eran personas muy hogareñas y poco dadas a las grandes aventuras, que sólo experimentaban en el laboratorio). «La alquimia premia al erudito, no al explorador».

—Estás muy callada, Sam —observa Zain al cabo de un buen rato en la carretera. Ahora soy yo quien va sentada detrás.

—Estoy leyendo —respondo, y señalo el libro que tengo en el regazo.

—Ya, pero llevas sin pasar de página por lo menos quince kilómetros. Así que o se trata de una página muy complicada o…

Le saco la lengua y cierro los ojos.

—Ay, con tanto coche me están dando ganas de vomitar. —La carretera que rodea el lago está sin asfaltar y llevamos media hora dando tumbos por los baches.

—¡Oh, vaya! ¿Y si jugamos a algo para distraerte?

Pongo los ojos en blanco.

—¿En serio?

—¡Sí, claro! Será divertido. —Su rostro se ilumina y no puedo evitar reírme.

—No te veía tan entusiasmado desde que te enteraste de que estrenaban la nueva película de *Espía dotado*.

—Perdona, no estaba tan entusiasmado desde que te pedí que me acompañaras al estreno de *Espía dotado* y tú aceptaste. Algún día. —Me guiña un ojo y me echo a reír.

—Algún día —repito. Luego levanto las manos en señal de derrota.

Zain brinca en el asiento.

—De acuerdo. Juguemos a las veinte preguntas. Kirsty, ¿quieres participar?

—¿Y por qué diantres no iba a participar? No parece que tenga otra cosa mejor que hacer.

—Ten cuidado, Zain… Sé que no te gusta perder y se me dan muy bien los juegos —amenazo entre risas y le devuelvo el guiño.

—Empezamos. Voy a pensar en alguien y tenéis que adivinar de quién se trata —dice Zain—. Estoy listo.

—¿Es una mujer? —pregunto.

—No.

—¿Un personaje ficticio? —sugiere Kirsty.

—No.

—¡Ay, tengo una pregunta buenísima! —Me inclino sobre el asiento —. ¿Voy a estar con él o ella en el Baile de Laville? —inquiero con voz ronca, subiendo y bajando las cejas.

Zain refunfuña.

—¡Maldición! ¡Sí!

—Oh, eso reduce las posibilidades —puntualiza Kirsty.

—¿Es… Damian? —Mi primer intento es para el artista del pop más famoso de Nova, por no decir del mundo.

—¡No! —Zain está encantado de que haya fallado y yo pongo cara de pena.

—¿Es Carlos Remani? —interviere Kirsty, refiriéndose al primer ministro de Espano.

—No. Chicas, creo que deberíais hacer más preguntas. Puede que no seáis tan listas como creéis.

—¿Stefan de Gergon? —pruebo yo.

Zain da una palmada en el salpicadero.

—¿Cómo lo has adivinado?

Sonrío con satisfacción.

—Se me dan bien los juegos, ya te lo avisé.

—¡Pero dijiste que no era ficticio! Estoy casi segura de que la corona de Stefan es prácticamente una broma en estos momentos —suelta Kirsty.

—Nadie lo sabe —contesto, y me encojo de hombros.

Gergon es un agujero negro desde el año pasado. Casi nadie entra o sale del país, y hace meses que no se ve en público a ningún miembro de la familia real, a excepción del príncipe Stefan, el más joven. El príncipe es un recuerdo del antiguo poder de Gergon: en las fotos parece guapo, fuerte e inteligente. Además, estaba en la lista de los posibles pretendientes de la princesa Evelyn, aunque nadie sabe mucho sobre él, salvo que desapareció después de la Expedición.

—Bueno, eso me contó un pajarito del mundo de los buscadores.

Jugamos unas cuantas veces más. Después, Kirsty saca el único CD que lleva en el coche y acabamos los tres cantando a voz en grito los clásicos del solsticio de invierno, aunque ya hace meses que terminaron las fiestas. El interminable trayecto nos ha hecho perder la cabeza. El paisaje ha recuperado su monotonía hipnótica.

A medida que pasan las horas, las conversaciones y los cánticos también pierden atractivo. El cielo se ha oscurecido tanto que es casi imposible ver más allá de las luces de los faros. Zain se encarga ahora de conducir y viajamos sumidos en un agotador silencio. Me pongo a dar cabezadas sin querer, pero me pellizco para seguir despierta. Si nos perdemos la congregación de centauros, todo el viaje habrá sido en vano.

Ascendemos por la ladera escarpada de un monte. Por la manera en que se me revuelve el estómago, debe de tratarse de uno grande.

—Detén el coche —dice Kirsty.

Zain le hace caso y apaga las luces. Ella abre la guantera y saca dos estuches negros. Me pasa uno de ellos.

—Son prismáticos de visión nocturna. Saldré para echar una ojeada; vosotros quedaos aquí mirando por el techo solar. Desde aquí tenéis buenas vistas. Fijaos en cualquier luz que se parezca a una hoguera o a una antorcha. Podría ser grande o pequeña. El tamaño de las manadas ha sido variable en las últimas décadas y carecemos de documentación reciente que nos confirme el tamaño actual.

Saco los prismáticos del estuche mientras Zain abre el techo solar.

Me pongo de pie y el frescor del aire me impregna los pulmones. El cielo está lleno de estrellas. Es algo que siempre me llama la atención cuando estoy en las Tierras Salvajes, ya sea en lo alto de una montaña, en medio del océano o en mitad de la estepa. En el monte Hallah me sentí cerca de las estrellas. Ahora, en este lugar, parecen increíblemente lejanas y yo me siento diminuta.

A través de los prismáticos, el mundo adopta un matiz verdoso y extraterrestre. Diviso el terreno rocoso, donde unas enormes piedras parecen estar fuera de lugar sobre esta llanura cubierta de hierba. Cuando enfoco a Kirsty, su cara tiene un aspecto gris verdoso. Sólo le brilla el blanco de los ojos, como si fueran estrellas.

Bajo los prismáticos durante un segundo y un escalofrío me recorre la espalda. Alzo la vista al cielo, todavía un poco asustada al pensar en dragones sobrevolándonos. Aquí, con la cabeza asomada por el techo solar, soy una presa perfecta. Este miedo es similar al pavor acuciante que siento cuando me baño en un lugar donde no veo el fondo. Mi madre le echa la culpa a mi imaginación libresca, pero yo no puedo evitarlo: cuando estoy en el agua, mi cerebro evoca imágenes de tiburones con filas de afilados dientes, krakens con tentáculos ensortijados y medusas con patas urticantes.

Espero no desarrollar el mismo miedo hacia el cielo, porque entonces no voy a ser capaz de volver a salir nunca más.

«El radar de dragones lleva horas sin pitar —me recuerdo—. Todo va bien».

Levanto los prismáticos de nuevo. Justo enfrente de nosotros, vislumbro el destello blanco de unos ojos. Y no son los ojos de Kirsty. Se trata de un centauro.

25

SAMANTHA

Kirsty regresa al coche enseguida y yo me dejo caer en el asiento. Aprieto tanto el borde de la tapicería que los nudillos se me ponen blancos. A duras penas vislumbro la silueta del centauro, aterradora e inquietante. Mide bastante más de dos metros de alto. Tiene los brazos cruzados, de modo que sus tremendos bíceps sobresalen tanto que parecen antinaturales. Su torso humanoide se funde a la perfección con la mitad inferior de su cuerpo, que es completamente equina. Debe de ser joven, la barba no le llega más allá del mentón. Por lo visto, los mayores tienen una barba larga que les cuelga por el tronco como una crin.

Cuando se para, a pocos pasos de nosotros, Zain hace amago de encender las luces, pero Kirsty lo detiene con un golpecito.

—No, síguelo. ¿Ves bien?

Zain traga saliva y asiente. No me gusta verlo nervioso.

Mi amiga saca el cuerpo por la ventanilla.

—Estamos buscando a Cato. ¿Perteneces a su manada?

El centauro emite un sonido a medio camino entre el gruñido, el relincho y el habla. Kirsty palidece.

—¿Está hablando kentauri? Llevaba años sin oírlo… —Vuelve a intentarlo—: Entiendo que no quieres hablar nuestra lengua; si hablas más despacio, puede que te entienda…

El centauro repite el sonido mientras Kirsty se coloca los dedos en las sienes y cierra los ojos con fuerza.

—Nos está diciendo que nos marchemos —explica ella por fin.

—Por favor —suplico—, tienes que pedirle que nos lleve hasta

Cato.

Kirsty vuelve a asomarse.

—No venimos como buscadores, sino para pediros consejo y solicitar vuestros conocimientos.

—Tenemos que dar la vuelta —declara Zain mientras el sudor empieza a cubrirle la frente—. Este lugar ya no es seguro, si es que antes lo era. Quizá deberíamos haber traído a Nadya…

—¿Cómo? No podemos regresar ahora, ¡estamos muy cerca! —exclamo.

Kirsty nos mira a ambos y le da la razón a Zain.

—Sam, si se vuelven contra nosotros, jamás regresaremos a casa. Se parecen a las personas, pero… ¿te acuerdas de las sirenas? También parecían personas. Sin embargo, no son racionales; al menos, no del modo en que nosotros lo entendemos. No conocen la misericordia. Ya nos han dicho que no somos bienvenidos, no podemos tentar a la suerte.

—Ya lo sé, pero aun así… —Las palabras de Nadya resuenan en mi cabeza: «Quizá si fueras sola, como descendiente de la gran maestra Kemi…».

—No me gusta nada el aspecto de sus brazos. Está demasiado tenso —añade Zain con voz preocupada. Tiene la mano en la palanca de cambios, listo para arrancar.

Las fosas nasales del centauro se ensanchan. Le veo el blanco de los ojos. Entonces, se lleva la mano a la espalda como un relámpago y saca un arco y una flecha. No es un arma normal. El arco es tan alto como él y la flecha se asemeja más a una jabalina que podría atravesar con facilidad la carrocería del coche.

—¡VÁMONOS! —brama Kirsty. Zain mete la marcha atrás. Es ahora o nunca.

Decido que ahora. Abro la puerta del coche y me lanzo rodando.

Kirsty grita mientras caigo. A mi alrededor se oye una sucesión de golpes fuertes y secos en el suelo mientras el polvo y las piedras vuelan por los aires. Me encojo formando un ovillo mientras me tapo la cara y la cabeza con los brazos hasta que cesa el ruido.

Cuando considero que estoy a salvo, me levanto despacio con las piernas temblorosas. Estoy dentro de una jaula de flechas. La más cercana ha aterrizado a pocos centímetros de una de mis botas con punta de acero.

—Por favor —le imploro al centauro, parpadeando con frenesí ahora que estoy bajo las potentes luces del coche—. Me llamo Samantha Kemi. Soy la bisnieta de la gran maestra alquimista Cleo Kemi. Sé que ella pasó por aquí hace muchos años y que habló con una manada de centauros, en concreto con uno de ellos llamado Cato. Se trata de un asunto de vida o muerte —le explico. No se me ocurre otra idea, pero no me voy a marchar sin una respuesta o, al menos, sin otra pista.

Por un instante, la tensión del silencio inunda el aire. Kirsty y Zain me están acribillando con la mirada por la espalda, aunque no es en ellos en quienes estoy concentrada. Lo único que puedo hacer es mirar al centauro y rezar para que me salga bien la jugada. No me habría perdonado haber llegado hasta aquí y no haber puesto toda la carne en el asador.

El centauro se mueve; ahora lo veo mejor. Su mirada es hipnótica. Cuanto más le observo, más extraños resultan sus ojos. Son más impresionantes que la réplica que hay en el recibidor de las oficinas de ZA. Parecen estrellas doradas… No, más bien galaxias: mil millones de estrellas y nebulosas arremolinándose en sus iris, como si hubiera un universo entero en cada uno de ellos. Me viene un olor a whisky, algo raro, aunque le presto poca atención.

De repente, los universos se entrecierran.

—De acuerdo. Podéis venir conmigo —declara con una voz que parece de ultratumba. Me lleva un momento percatarme de que está hablando novaniano. Puedo entenderlo.

Se da la vuelta y comienza a alejarse. Antes de que me dé cuenta, empieza a galopar.

—¡Rápido! —ordena Kirsty. Se baja del coche de un salto y arranca algunas de las flechas que están clavadas en el suelo para que pueda escapar e ir con ellos—. Sam, eres una loca imprudente e insensata.

—He conseguido que nos lleve, ¿no?

—Sí, pero ¿adónde?

Seguimos la gran estela de polvo que va dejando el centauro tras de sí. De pronto, ya no estamos siguiendo a uno solo, sino que nos rodean cientos de ellos. Corren a nuestro lado sacudiendo la tierra con el estruendo de sus cascos.

—¿Le vamos a dar dos barriles de whisky a estas criaturas? —pregunto al observar los barriles, que van dando tumbos en la parte de

atrás. Los centauros ya parecen estar bastante enloquecidos.

—Confía en mí, es un regalo significativo —contesta Kirsty—. Les gusta beber, pero sólo se lo permiten unas cuantas noches al año. El festival del Caballo de Fuego es una de ellas.

—Sí —interviene Zain—, y no sabemos si lo que le hizo cambiar de opinión fueron tus súplicas o el hecho de que Kirsty quitara el corcho de uno de los barriles.

Me recorre un escalofrío.

—¿Quieres decir… que tal vez no esté haciendo esto por mí?

—Siento decirlo, pero creo que no. ¿Viste cómo le cambiaron los ojos cuando olió el alcohol?

—Entonces, ¿por qué diablos estamos dejando que nos lleve tan lejos? —Estoy perdiendo los nervios.

—Porque, si aceptan el regalo, no nos harán daño.

Por primera vez en toda la noche, respiro aliviada.

—Por todos los dragones —exclama Zain. Y sé a qué se refiere. En el horizonte ha aparecido un fuego, un resplandor, pero no se trata de una hoguera normal. Es una fogata en toda regla, con llamas que se elevan hacia el cielo. Alrededor de ella hay cientos, por no decir miles, de centauros. Tanto Kirsty como Zain tienen cara de no dar crédito a lo que ven.

Yo estoy sorprendida, pero no impresionada. Mi viejo libro decía que estas manadas podían estar compuestas por decenas de miles de centauros.

—Sam, coge mi cámara —ordena Kirsty, y chasquea los dedos hacia mí. En cuanto la saco de su mochila, que está en el asiento trasero, me la quita de las manos y se pone a hacer fotos—. Tengo que conseguir una buena imagen de esto o nadie nos creerá. Se supone que sólo quedan unas cuantas manadas. Diantres, ¡si están en la lista de criaturas en peligro de extinción! Esto no es extinción, esto es…

—Multitudinario —concluye Zain—. Antes de salir lo comprobé en la base de datos nacional. Ponía que su situación es de peligro de extinción inminente. Se supone que no hay tantos.

—¿Tus profesores nunca te han dicho que no utilices Internet como única fuente? —inquiero—. Mi libro explica que todo esto es normal.

—Pero ¿cuántos años tiene ese libro? —pregunta Kirsty—. ¿Menciona la plaga, esa misteriosa enfermedad que eliminó a casi toda la población de centauros? Esa es otra de las razones por las que odian

a los buscadores: creen que nosotros trajimos esta enfermedad fatal a sus tierras y que después, cuando quedaban pocos ejemplares, matamos a un centauro.

—Yo también sentiría odio hacia nosotros —reconozco con un hilo de voz.

Kirsty pisa a fondo el freno y hace que nos levantemos del asiento. Nuestro centauro se ha detenido. Ahora estamos más cerca del fuego y el coche se halla rodeado de centauros con cara de enfado. O tal vez siempre parezcan enfadados: la profunda V de sus cejas transmite un mal humor constante.

—Vamos, acabemos de una vez —apunta Kirsty, desabrochándose el cinturón. Baja del coche y se dirige hacia el maletero. Zain y yo la seguimos. Ella mira al centauro y le dice—: ¿Tienes nombre?

Él se queda mirándola un rato y luego contesta, con su novaniano entrecortado y precario:

—Me llamo Solon.

Me alegro de que el fuego esté tan vivo y suelte tanto humo, porque así, como me pican los ojos y se me nubla la visión, no puedo ver bien el desmadre que nos rodea.

Nos acercamos a Kirsty, como si los tres juntos pudiéramos hacer algo para detener a Solon en caso de que decidiera utilizar el arco y las flechas.

—Tenemos un regalo —le informa Kirsty—. No obstante, antes queremos una reunión con Cato. Después, os entregaremos nuestra ofrenda.

—¿Venís aquí y esperáis que aceptemos vuestras reglas? —Otro centauro aparece entre el humo. Si pensaba que Solon era grande y espeluznante, al lado de este es un potrillo. Su novaniano es excelente, como si llevara hablándolo toda la vida, sin los titubeos de Solon. Es muy mayor, a juzgar por la longitud de su barba gris.

Kirsty baja la voz:

—Ese es Cato.

Trago saliva. Este es el centauro que podría decirme qué le sucedió a mi bisabuela. Me gustaría hacer una reverencia o dar alguna muestra de cortesía para mostrar respeto. Sin embargo, al igual que Kirsty y Zain, me quedo petrificada.

Kirsty se dirige ahora a Cato:

—Por supuesto que no. —Y se apresura a abrir el maletero—. Por

favor, le ruego… que acepte este humilde presente. Para nosotros es un honor que nos hayan permitido reunirnos con ustedes hoy.

—Está bien. Por un momento pensé que los rumores eran ciertos y que todos los buscadores habían perdido los modales. —Hace un gesto con la cabeza a los dos centauros que le flanquean y estos se acercan a coger los regalos. Kirsty parece aliviada.

—Vamos, acompañadme a otro sitio. Aquí hay demasiado ruido para hablar.

Mientras lo seguimos, agarro a Zain de la mano con fuerza, contenta por alejarnos del grupo principal. La mayoría de las historias sobre centauros los describen como seres amables e introspectivos. Es probable que esos historiadores nunca hayan presenciado una de sus reuniones.

Observo de soslayo a los centauros luchando entre ellos con los puños y las pezuñas. Están levantando enormes barriles de licor y bebiéndoselos como si estuvieran en una fiesta universitaria. El suelo vibra tanto que me cuesta caminar en línea recta. A medida que nos alejamos del caos, mi corazón recupera su ritmo normal. Cato se detiene y se gira.

—Samantha Kemi —empieza, atravesándome con la mirada. Los ojos de Cato también parecen galaxias. Los de Solon eran dorados, rojos y marrones, mientras que los suyos son añiles, plateados y púrpuras. He leído que los centauros pueden ver a los humanos a través de diferentes espectros. No sólo distinguen formas y colores, también ven el pasado, el presente y el futuro, los sueños, las intenciones, las esperanzas y los miedos—. Ven conmigo.

Vacilo hasta que Kirsty me hace un gesto alentador. Zain se muerde el labio inferior y deja que le suelte, aunque en el último momento me aprieta los dedos. Tomo aire y doy un paso al frente.

—Tu antepasada era sabia e imprudente —continúa.

Las rodillas me tiemblan cuando me habla.

—¿La…, la conociste? —Inclina la cabeza hacia un lado y yo interpreto el gesto como un «sí»—. Tengo que encontrar su diario antes de que sea demasiado tarde. Hay una mujer llamada Emilia Thoth que lo está buscando; si consigue ponerle las manos encima, las consecuencias serán terribles para Nova.

—Veo tu desesperación, pequeña. La llevas escrita en la piel, tan clara como el día. Sin embargo, no es por Nova por lo que estás

desesperada.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. Tiene razón.

—Es por mi abuelo —declaro, sintiéndome tan pequeña como un ratón.

—Pero esos dos… Sus ambiciones no son tan puras como las tuyas. En él huelo químicos y sintéticos, me provoca náuseas. Respecto a ella, la veo calculando nuestro valor y evaluando el beneficio potencial.

Me estremezco; no sé si ellos lo estarán oyendo.

—Ella es buscadora, este es su trabajo. Y él trabaja en un laboratorio sintético. Aunque hablaré contigo a solas si lo prefieres. —Me vuelvo hacia mis amigos haciendo acopio de valor—. Tenéis que regresar al coche.

—No, Sam. Vas a necesitarnos. Los centauros hablan con acertijos. No te va a dar una respuesta directa —anuncia Kirsty.

—Hasta ahora ha sido bastante sincero. Tengo que intentarlo.

—Yo no voy a dejarte sola —replica Zain.

—No tienes elección —le respondo.

Al final, él asiente y ambos regresan al coche. Por el camino, Kirsty sigue mirando hacia atrás, como si esperase que en cualquier momento fueran a clavarme una flecha. Los observo hasta que desparecen entre el humo y entonces me vuelvo hacia Cato, que está observando el cielo.

—¿Qué ves ahí? —me pregunta.

Estiro el cuello y levanto la vista.

—Veo… una profunda oscuridad y estrellas brillantes, demasiadas para contarlas.

—Bien, bien. —Cierra los ojos—. Conozco el objeto que buscas. Y puedo ver dónde está en este preciso instante.

—¿Lo ves? —Levanto la voz, esperanzada.

—Sí. Está mirando el cielo. Este cielo…

Se me cae el alma a los pies.

—¿Eso es todo? El diario está en algún lugar al aire libre, ¿es eso? —No me ayuda en absoluto. Mi mente se pone frenética. ¿Qué lugar al aire libre podría albergar un diario perdido durante medio siglo sin que nadie lo encuentre?

—Una cosa más…

—¡Sí! ¿Qué más?

—En ese lugar, las estrellas brillan por mandato y el día es siempre noche.

Suspiro hondo e intento que la frustración no me nuble la memoria.

—Las estrellas brillan por mandato y el día es siempre noche. ¿Acaso no está al aire libre?

—Mi papel no es el de intérprete. Sólo digo lo que veo.

—Las estrellas brillan por mandato y el día es siempre noche —repito para mí misma. Lo repito hasta que se me graba en el cerebro.

—Ahora debo pediros a ti y a tus compañeros que os marchéis. Ya llevas demasiado tiempo aquí.

—Por favor… ¿No hay nada más? ¿No puedes decirme una ciudad, un punto de referencia, algo?

Se queda mirándome, imperturbable, hasta que capto la idea. No hay nada más. Al final, hago un gesto con la cabeza. Es como si unas pezuñas me hubieran pisoteado el corazón. No sé qué esperaba… ¿Tal vez pensé que Cato tendría el diario de mi bisabuela oculto tras su enorme barba? Estoy demasiado desanimada como para echarme a reír. Me voy con una pista extremadamente críptica, nada más.

Y no tengo mucho tiempo.

26

SAMANTHA

—Las estrellas brillan por mandato, pero el día es siempre noche —recito en cuanto entro en la parte de atrás del coche—. ¡Anotadlo en alguna parte!

—¿Qué es? —pregunta Kirsty.

—El sitio donde se encuentra el diario.

—Vaya, Sam… Eso no es una pista, es un poema.

—Lo sé, pero ¿podemos hablar de esto más tarde? Creo que tenemos que salir de aquí. Esta vez de verdad.

Un bufido, sonoro como un disparo, llama nuestra atención. Cato y sus seguidores se han ido y en su lugar hay un grupo que parece mucho menos amigable. El centauro que se halla más cerca desliza la pezuña delantera por el suelo muy despacio.

Kirsty agarra el volante.

—¿Hacia dónde vamos?

El trayecto por el campamento nos ha desorientado; no tengo ni idea de cuál es el camino de regreso hasta el pueblo de Nadya.

—Tú conduce —suelta Zain—. Esto tiene mala pinta.

Kirsty enciende el motor y se aleja de los centauros. Examino el horizonte en busca de la formación rocosa por la que entramos, pero el humo de las fogatas (ahora hay muchas, por lo que tampoco nos sirven de referencia) ensombrece el paisaje y hace que la oscuridad parezca aún más negra. Los prismáticos de visión nocturna tampoco resultan útiles.

—No nos van a hacer daño si les hemos dado el regalo, ¿verdad? —pregunto.

—Esa era la tradición, pero las tradiciones cambian.

Los centauros nos persiguen y las hogueras los iluminan por la espalda. Uno de ellos me llama la atención porque me mira con un ojo, con todo el odio que se puede reunir, mientras que el otro lo lleva tapado con un parche.

Se detiene y se eleva sobre las patas traseras.

—¡Pisa a fondo, Kirsty! —grito cuando es obvio que toda la manada se dispone a cargar contra nosotros.

Ella agarra el volante con todas sus fuerzas. El coche bota sobre el suelo rocoso cuando lo pone al límite. En cada giro que damos hay centauros saliendo de la oscuridad. Parece que nos estén desafiando para que nos marchemos del campamento. Lo único que podemos hacer es pensar que conseguiremos escapar sin matarnos por un terraplén.

—¡A la izquierda! —exclama Zain.

Kirsty gira todo el volante para evitar que otro grupo de criaturas desbocadas nos alcance por el lateral.

—Pero ¿qué les pasa? —grito.

—¡Whisky! —contesta mi amiga.

—Están aminorando la marcha, retroceden —informo con voz temblorosa, sin atreverme a apartar la vista de la ventanilla trasera por si hay alguna otra sorpresa.

—Bien. —Kirsty no reduce la velocidad.

A medida que avanzamos a toda pastilla por la Gran Estepa, voy perdiendo de vista a los centauros. Ahora sólo hay uno pendiente de nosotros. Su rostro desparece entre las sombras, pero diría que es el del parche en el ojo. Y que en su cara hay una sonrisa de satisfacción.

—¿Crees que nos estaban guiando hacia algún sitio? —le pregunta Zain a Kirsty—. ¿Por qué no nos han seguido? Podrían habernos alcanzado con facilidad, se supone que tienen una resistencia física impresionante.

—Quién sabe. Quizás este era el final de su juego.

—¿Y si nos estaban llevando hacia donde se encuentra el diario de Cleo? —inquiero esperanzada.

—No creo —responde ella con una risa amarga.

—Bueno, ¿y crees que vamos en la dirección correcta?

—Ni idea. Cuando estemos lo bastante lejos, detendremos el coche y acamparemos para pasar la noche. También consultaremos la brújula.

Asiento. Lo de dormir resulta una idea muy atractiva en estos momentos.

Continuamos durante otra hora y luego Kirsty se detiene junto a un afloramiento de rocas que nos protegerá, aunque levemente, de los elementos. El cielo ya está empezando a clarear y no nos queda demasiado tiempo para descansar.

Zain se acerca a mí.

—Sam, tú puedes dormir en el coche. Será tan cómodo como las tiendas.

No rechisto. Me alegra estar cobijada por la carrocería metálica. Me cepillo los dientes y me acomodo en el saco de dormir sobre el asiento de atrás.

—Tú vigilarás primero —oigo que Kirsty le dice a Zain—. Luego me tocará a mí y, después, a Sam.

Sus tiendas son de esas que se lanzan al aire y se abren solas. Kirsty se mete en la suya; me alegro de que vaya a descansar un poco.

Por raro que parezca, no estoy cansada. El cielo nocturno está plagado de estrellas: es uno de esos cielos que me hacen sentir como una motita de polvo en comparación con la inmensidad del universo.

—¿Te importa si me quedo contigo? —Zain se apoya en el coche.

—Claro que no —digo, y me separo de la ventanilla para dejarle espacio dentro.

—¿No puedes dormir? —musita. Estiro las piernas sobre sus rodillas y me reclino contra la otra ventanilla.

—No… Tengo demasiadas cosas en la cabeza. No consigo desconectar el cerebro.

—¿Tu abuelo?

—Sí. Y es extraño. Llevo siglos sin preparar una poción, entre el cierre de la tienda y el viaje… —«La próxima vez que elabores una poción será para salvar al abuelo», me prometo.

—Tienes suerte, ¿lo sabes?

—¿A qué te refieres?

—No sé. La cuestión es que, después de verte…, no estoy seguro de que trabajar con sintéticos sea lo mío. Ni siquiera en un «Departamento de Estudios sobre Pociones Sintético-Naturales». —Lo dice con cierta ironía, como si pusiera comillas con los dedos en el aire.

Me acerco más a él y le agarro la mano.

—¿Y qué pasa con la superoficina que ya está montada?

—A la mierda la oficina —replica con una furia que no le había visto antes—. Yo quiero lo que tú tienes. Quiero pasión. Quiero volcarme en con lo que hago. Quiero levantarme por las mañanas deseando ir a trabajar.

—Créeme, yo no estoy deseando ir a la tienda todas las mañanas… Muchos días prefiero la cama, no te quepa duda.

Me sonríe de manera leve.

—Bueno, quizá no todas las mañanas. Pero, Sam, cuando elaboras un preparado, cuando buscas los ingredientes de una receta, te iluminas. Surge un fuego en ti que no puedes apagar. Te hace brillar. Por eso te quiero, aunque también me intimidas. —Me besa con intensidad y yo deslizo las piernas para poder abrazarlo.

Permanezco un momento así, feliz. Pero hay algo más que le preocupa. Pongo la mano sobre su pecho para sentir el latido de su corazón.

—No necesitas tenerlo todo calculado. Sé que puede sonar extraño viniendo de mí, pero… tienes dieciocho años. No creo que debas saberlo todo con esta edad.

—Tal vez.

—Lo solucionarás. Podrías hacer cualquier cosa, sólo tienes que mantener los ojos abiertos. Entre todas las personas del mundo, tú no tienes de qué preocuparte.

Entrelaza los dedos con los míos.

—Eso es porque te tengo.

—No —digo—. O sea, sí, me tienes, pero eso no es lo que te hace grande. Y, además, gracias a ti yo soy mejor. Por eso sé que formamos un buen equipo.

Se ríe entre dientes.

—¿Cómo eres tan lista?

—Porque leo… mucho —le contesto con una sonrisa.

Empiezo a sentir el sueño mientras Zain me rodea con los brazos. Sigo con los ojos abiertos el tiempo suficiente como para descubrir una estrella fugaz cruzando el cielo y luego me apago como una luz.

Me despierto con un curioso pitido. Estoy desorientada y entumecida por haber dormido apretujada contra la puerta; ahora hay mucha más claridad que antes.

Me froto los ojos y justo en ese instante el cerebro me empieza a funcionar. «Oh, mierda». Me inclino sobre el asiento delantero y levanto el panel central del salpicadero. La pantalla del radar, verde y brillante, está encendida y parpadea. Y en ella no hay un único punto: hay dos.

Me lanzo hacia la puerta y forcejeo para abrir.

—¡DRAGONES! —grito hacia las dos tiendas.

En una de ellas se produce un alboroto y aparece Zain con aspecto desaliñado. Inspecciona el cielo y suelta un montón de palabrotas.

Aunque sólo he recibido unas cuantas clases de conducir, la adrenalina que me corre por las venas me da confianza. Por suerte, Kirsty ha dejado las llaves en el contacto, así que enciendo el motor y pongo el coche en marcha.

—¿Dónde está Kirsty? —le pregunto mientras se mete en el coche de un salto.

—¿No está aquí?

—¿Sigue en la tienda?

Nunca he visto un dragón, pero, sinceramente, no me apetece verlo. Según el radar, se encuentran muy, muy cerca.

Pulso el claxon para despertar a Kirsty.

—¡No hagas eso! —exclama Zain—. Los dragones se sienten atraídos por el sonido. Así es como encuentran alimento en las llanuras.

—¿Cómo? ¡Eso no es lo que he leído! ¿Cómo nos han encontrado? Desde que salimos, llevamos horas sin emitir ningún sonido.

—Debemos de tener muy mala suerte.

Desde el hueco rocoso que hay frente a nosotros, descubrimos la respuesta. Kirsty emite un chillido desgarrador que parece partir en dos el cielo de la mañana. Miramos por el parabrisas y la vemos lanzándose desde la roca más alta envuelta en lo que parece una manta de color naranja chillón. En cuanto abre los brazos, la manta se extiende y la atrapa, como si fuera un par de alas. Desciende hasta el suelo flotando.

El momento que me temía tiene lugar frente a mí. Pisándole los talones a toda velocidad se encuentra el dragón. Al principio no lo reconozco. Es tan ágil y está tan lustroso que se desliza por el aire como una nutria en el agua. Es demasiado elegante para ser temible. Pero, al abrir la boca y soltar un chorro de llamas verdeazuladas, lo es.

Cuando Kirsty llega a tierra y echa a correr, el fuego roza los bordes de su traje aéreo. Por suerte, las llamas no la alcanzan, aunque

de pronto efectúa un movimiento contrario al esperado: se lanza al suelo. Trastea con su cinturón, en el que hay un gran recipiente parecido a una cantimplora atado con una cuerda larga. Desata la cuerda a toda velocidad y la deja en el suelo. Una de las llamas prende la cuerda, como si fuera una mecha, y avanza hacia la cantimplora. Kirsty salta sobre ella y le pone la tapa.

—¿Está… recogiendo la llama? ¿Siempre está así de loca? —pregunta Zain.

—No te haces una idea.

—El dragón parece joven, tal vez sólo tenga un año —comenta, esperanzado. Entonces se da cuenta de mi expresión de terror.

—Aunque si es un bebé, eso significa…

Una sombra oscura nos sobrevuela y soy consciente de que no puede tratarse del dragón bebé, que sigue dando vueltas alrededor de Kirsty como un ave rapaz en miniatura. No. Cuando este pasa por encima de nosotros, se me sube el corazón a la boca. Es como una nube que, al deslizarse, tapara el sol.

El dragón que tenemos sobre nosotros se parece más a lo que yo esperaba. No es lustroso como una nutria, sino más bien como una ballena voladora. Es un tren de mercancías que va por el aire. Cuando bate las alas, el coche se sacude y nuestros dientes castañetean.

Tengo que actuar cuanto antes. Kirsty está tan concentrada en su tarea de buscadora que quizá no se percate de su presencia hasta que sea demasiado tarde.

—¿Cómo escapamos de ellos? —le pregunto a Zain.

—Son territoriales. Lo que tenemos que hacer es salir de su área… No nos seguirán más allá de los límites donde se sienten cómodos.

—Vamos, Kirsty —digo mientras calculo lo que tardaríamos en alcanzarla y valoro la posibilidad de que todo esto forme parte de uno de sus planes maestros y que en realidad no quiera que la rescatemos.

—¿Qué estás haciendo? —grita Zain—. ¡Tenemos que llegar hasta ella!

Se estira con la intención de ponerse a conducir, pero no tenemos tiempo para cambiarnos de asiento. Mi mirada no se separa de Kirsty y por fin, ¡por fin!, ella levanta la vista y también me mira.

Sé lo que quiere decir esa expresión.

Quiere decir que nos vayamos.

Piso a fondo el acelerador ignorando los gritos de Zain.

Veo al dragón grande por el espejo retrovisor. Ahora me doy cuenta de que, si me hubiera apresurado a recoger a Kirsty, habría sido su perdición. Tengo que alejar de ella a la criatura. Los dragones, según sé por mi libro, tienen una potencia de fuego limitada. Después de una gran llamarada necesitan regresar al cielo para recargarse.

Giro el volante intentando quitármelo de encima. No obstante, parece obsesionado con Kirsty, a pesar de que nosotros nos estamos moviendo mucho más deprisa. Estira y curva el cuerpo como una serpiente por la arena. Me pregunto si también tendrá un ataque mortal, como las cobras. No debo pensar en eso. Aprieto el claxon.

—¡No podemos adelantarlo! —me grita Zain al oído. Sus palabras no ayudan. Sé de qué tiene miedo; el fuego del dragón estará tan caliente que derretirá la carrocería, pulverizará las ruedas, nos cocerá en los asientos… Sucederían muchas cosas. Pero ahora no toca la lógica. Es la hora del instinto.

Mi instinto hasta este momento ha sido certero. Al tocar el claxon, he atraído la atención del dragón grande… y la del pequeño. Ahora nos persiguen los dos, el bebé siguiendo la estela de su madre, ambos retorciéndose en el aire.

Viro bruscamente trazando un zigzag con la esperanza de zafarme de ellos. He leído que eso funciona con otros reptiles como los cocodrilos. Lo único que consigo es disminuir la velocidad. Zain se agarra al salpicadero para contrarrestar el violento movimiento.

La madre dragón lanza una pequeña llamarada que no llega a alcanzarnos; es una advertencia, estoy segura. Cuando miro por el retrovisor, advierto que Kirsty está de nuevo en pie y va corriendo hacia las tiendas. Agita los brazos con mucho énfasis para que vaya a recogerla. ¿Con el dragón pisándonos los talones? No soy capaz de pensar, sólo de seguir instrucciones. Así que piso el freno, giro el volante y nos damos una vuelta de ciento ochenta grados. El coche se cala con la corriente ascendente que se forma mientras el dragón bate las alas para remontar el vuelo sobre nosotros. Enciendo el motor lo más rápido que puedo y me dirijo hacia Kirsty.

La madre dragón abre las fauces despacio, pero sin interrupción, como si supiera que no tenemos escapatoria. En su boca se forma la masa de fuego y sé que en cualquier momento va a lanzar su furia. Y nos va a pillar a los tres a la vez si Kirsty no hace algo rápido.

Mientras voy hacia ella a toda velocidad, veo que coge la tienda y

pone algo dentro. Es uno de los fuegos artificiales que llevábamos en el maletero. Apunta directamente al coche, lo enciende y sale corriendo. Cambio la dirección para llegar hasta ella. La pirotecnia estalla sobre nuestras cabezas justo cuando freno para no atropellarla.

Me detengo y ella se mete de un salto en el coche. La distracción ha funcionado: los dragones van tras la brillante tienda voladora mientras esta silba por el aire. Cuando explota formando una llovizna refulgente de estrellas rojas, la madre dragón suelta su chorro de fuego. Con la luz de la mañana, las llamas resplandecen tanto que me deslumbran.

—¡Vamos! —nos apremia Kirsty mientras señala en la dirección opuesta—. Tenemos cinco minutos como mucho para llegar lo más lejos posible antes de que el dragón se recargue.

Piso a fondo el acelerador y conduzco todo lo rápido que puedo sin perder el control.

Por fin, al cabo de media hora conduciendo en tensión a todo trapo, Kirsty me da un golpecito en el hombro y anuncia que ya estamos lo bastante lejos. Detengo el coche, me bajo y siento que las arcadas se apoderan de mí. No he comido lo suficiente como para vomitar, aunque las piernas y los brazos me tiemblan. Me dejo caer de rodillas al suelo mientras las lágrimas se deslizan por mi cara.

Zain aparece junto a mí en un suspiro.

—Lo has hecho genial. Nos acabas de salvar.

Kirsty me acaricia la espalda con suavidad.

—Tiene razón. Si no hubieras apartado a la madre dragón, no me habría dado tiempo a coger los fuegos artificiales.

—¿Este era tu plan desde el principio? —Entorno los ojos.

Se encoge de hombros.

—Es el procedimiento estándar de adquisición de fuego de dragón.

La rabia crece en mi interior; luego desaparece. Estoy demasiado cansada para enfadarme.

—¿Conseguiste atrapar el fuego de dragón, por lo menos?

—Por supuesto —contesta con una sonrisa—. No iba a permitir que el viaje hasta aquí fuera en balde. —Supongo que ha visto mi cara de aflicción, porque da marcha atrás—. Lo siento, Sam, pero es cierto. Es imposible que encuentres el diario de tu bisabuela sólo con esa pista.

Y, aunque sé que tiene razón, oírlo es como si un centauro me pisoteara el corazón.

27

SAMANTHA

—¿No ha habido suerte? —Evelyn apenas necesita vernos para saber la respuesta.

Estoy derrumbada en el asiento del avión con los ojos enrojecidos y hundidos por la falta de sueño. Cuando los cierro, veo fuego de dragón. Cuando estoy despierta, sólo puedo pensar en el acertijo.

Le repito las palabras del centauro: «Las estrellas brillan por mandato y el día es siempre noche».

Tras un momento, sacude la cabeza.

—Lo siento —se lamenta—. Esa frase no me dice nada.

Me encojo de hombros.

—A mí tampoco.

Y lo he intentado. Le he preguntado a todo el mundo. A Nadya no se le ocurrió ningún lugar relacionado con el acertijo. La búsqueda en Internet ha sido infructuosa; he rastreado páginas web y foros para nada. Incluso me he planteado poner la adivinanza en el foro de Expedición Salvaje a Debate —ya que allí parece que lo averiguan todo —, pero eso sería llegar demasiado lejos. Evelyn me promete que accederé a la biblioteca del Palacio de Laville y, en vez de estar nerviosa ante la expectativa de todos esos libros, me siento paralizada. No puedo salvar a mi abuelo. No puedo detener las ansias de poder de Emilia.

—No vamos a abandonar, Sam —declara Zain desde el asiento contiguo—. Siempre podemos…

—¿Siempre podemos qué? —interrumpo—. ¿Buscar todos los libros de todas las bibliotecas que hagan referencia a unas «estrellas que brillan por mandato»? ¡Los centauros eran nuestra mejor baza! Y es

obvio que saben algo sobre el diario; de otro modo, no me habrían proporcionado ese estúpido acertijo.

—Pues volvamos y preguntémosles. Les llevaremos diez veces más whisky. ¡Les suplicaremos!

—¿Volver? —La simple idea me agota, pero asiento con la cabeza. Es probable que sea el único modo.

Zain me rodea con el brazo y me abraza. Aunque se me clava el reposabrazos en el costado, me apoyo en él.

—En cualquier caso, hoy no podemos hacer nada —añade.

—Es cierto —reconoce Evelyn, siempre tan optimista. Se pone las manos en las caderas y me mira—. Hoy es el Baile de Laville. Tienes que asistir y, como mínimo, hacerte una foto allí para que se mantenga la coartada.

Me enderezo un poco.

—Después, Zain y yo añadiremos la flor arca a tu poción —puntualizo—. Y continuaré con mi investigación para hallar un remedio más permanente.

—¡No! —protesta ella—. No tienes por qué hacerlo.

—Lo haré. Tu bienestar es clave para la seguridad de Nova.

—No —insiste con los labios apretados—. Mi problema tiene fácil solución, una solución que ha funcionado con todos mis ancestros. Lo que pasa es que no quiero asumirlo. Agradezco lo que estás haciendo más de lo que imaginas, pero tengo que afrontar los hechos. Y, por otra parte, Emilia sigue ahí. No puedes mirar para otro lado, Sam. Tiene los recuerdos de tu abuelo. Todavía te lleva ventaja.

Me estremezco al pensarlo.

—Ya lo sé. Pero, si eres fuerte, me ayudarás con Emilia. Después del baile, te proporcionaremos una solución más potente y nos dirigiremos a Gergon.

Evelyn eleva la mirada con brusquedad.

—¿A Gergon? ¿Por qué a Gergon?

Me permito esbozar una leve sonrisa.

—¿Has oído hablar de la Escuela Visir?

—¿La antigua academia de alquimia? —pregunta Zain, levantando una ceja. Todavía no he encontrado el momento de contarle mis averiguaciones.

—Sí, exacto. Se trata de una posibilidad muy remota, pero cuando vi el cuadro de Da Luna en vuestra biblioteca, me acordé de algo que leí

hace mucho. Según parece, los alquimistas de allí trabajaron en un método para almacenar poder mágico. En pocas palabras, querían utilizar magia sin que hubiera una persona dotada en la escuela… Ya sabes lo que sienten los alquimistas corrientes por los dotados —comento con un gesto de disculpa. Por suerte, ninguno de los dos parece ofendido—. De todas maneras, esa escuela cerró hace años —continúo—, aunque tal vez haya algo allí que me pueda servir, alguna pista entre las ruinas…

Evie parece culpable y aliviada al mismo tiempo.

—¿Tienes una pista para encontrar una solución permanente a mi problema? ¡Eres increíble! Pero si quieres ir a Gergon, tendrás que conseguir una dispensa especial de la familia real gergoniana. Y hace meses que no se sabe nada de ellos. —Frunce el ceño, aunque luego se le ilumina la cara—. ¡Pero el príncipe Stefan está en la lista de invitados! Si hallas el modo de hablar con él durante el baile, tal vez te permita entrar en el país.

—¡Eso sería perfecto! —exclamo.

—Genial. Habrá otro revuelo cuando aterricemos —nos informa la princesa—. Nos llevarán a las dos directamente al palacio para que nos preparemos.

—¿Directamente? —pregunto, incapaz de esconder mi decepción. Esperaba poder echar un vistazo al famoso Árbol de las Luces, el principal emblema de la ciudad de Laville. Y, ahora que tengo el acertijo, pretendía aceptar su oferta de explorar la biblioteca de palacio…

—Directamente —repite con determinación.

Zain me coge la mano.

—No te preocupes, Sam; yo husmearé en la biblioteca en busca de alguna pista. Y a las seis estaré allí para acompañarla al baile, *mademoiselle*. —El corazón me late con fuerza ante la perspectiva de ir al baile con él.

Asiento.

—De acuerdo, pero quiero un informe detallado de todo lo que averigües, por insignificante que sea.

—No lo dudes, jefa —me dice, guiñándome un ojo, y luego me besa en la mejilla.

—Arreglado, entonces —concluye Evelyn.

Cuando aterrizamos, la princesa cumple su palabra. Me separan de

Zain y me llevan con el frenético séquito de Evie. Una larguísima limusina nos espera para llevarnos por las amplias avenidas de Laville, con sus bonitos edificios de piedra blanca adornados con balcones de forja. Los árboles, de un verde llamativo y en plena floración, se alzan como centinelas delante de las casas, separados unos de otros por una distancia perfecta. Las calles serían incluso más impresionantes si no estuvieran rebosantes de gente esperando para ver a la princesa. Ella toca el cristal de la ventana que hay a su lado y este pasa de opaco a transparente. Saluda a los transeúntes que profieren gritos de júbilo mientras nos persiguen por toda la ciudad como la estela de un barco.

Aun así, la primera vista del palacio me pilla desprevenida: es un edificio que parece construido con oro macizo. Aseguran que en pleno verano, bajo la luz del sol, el brillo del Palacio de Laville se ve desde todos los rincones de Pays. Es su baluarte de riqueza y prosperidad. En ocasiones pienso que el castillo de Kingstown es un poco decepcionante; a pesar de que se encuentra en lo alto de una colina, su apariencia es bastante insulsa, con su forma cuadrada y sólo unos cuantos torreones de piedra y cuatro torres redondas en las esquinas. El Gran Palacio flotante de Nova es invisible, así que, aunque es alucinante, no cuenta como emblema.

Cuando nos llevan a través de las enormes puertas doradas, no puedo quitarle los ojos de encima. Nos dejan frente a una escalinata reluciente como un espejo y, al bajar del coche, tengo que protegerme los ojos de la luz dorada que emana de la fachada.

En el interior continúa la misma opulencia característica de Pays: no hay una sola pared que no esté cubierta de retratos de antiguos reyes, escenas de batallas o tapices que representan viejas criaturas mágicas. Me impresiona el papel pintado de la pared, brocado con oro sobre una base carmesí, de la lujosa habitación donde vamos a prepararnos, al igual que la alfombra azul marino, tan espesa que se me hunden los pequeños tacones que me he puesto (parece que es obligatorio llevar tacones en Pays, de modo que convinimos en que usaría los más bajos que encontrara).

Casi al instante nos rodea un equipo de artistas maquilladores y peluqueros que me colocan frente a un espejo. Sientan a Evelyn en una silla contigua (delante de la que no hay espejo, por petición expresa de la princesa). Siempre pensé que ella sólo necesitaba imaginar un atuendo determinado para crearlo con un toque de su magia, pero, aun

así, requiere gente con talento artístico capaz de orientar su magia para sacar lo mejor de ella.

—Si yo tuviera que maquillarme con mi propio hechizo, sería un desastre —afirma, y me hace toser—. ¡Es cierto! Vale, quizá de vez en cuando consigo realzar el trabajo del artista maquillador. O en ocasiones, como sucede con mi vestido, me gusta darle mi propio toque. —Me guiña un ojo.

—Sí, ¡y tu toque me va a matar un día! —añade la peluquera con un suspiro dramático.

—Bueno, Sam, tú también vas a recibir el tratamiento completo —declara Evie sin hacer caso—. ¡Vas a necesitarlo para completar tu exquisito vestido! No aceptaré un no por respuesta. Y… no me odies, pero…

—Pero ¿qué? —pregunto, y entorno los ojos con cara de sospecha.

—Te voy a aplicar un hechizo.

—¡¿Qué?!

—¡Uno suave! Sólo un poquito de plata en tu maravilloso pelo oscuro para que haga juego con el brillo metálico de tu vestido.

La idea me pone la piel de gallina.

—No sé… Todo el mundo sabrá que no es mi hechizo, que alguien me lo ha prestado…

Evelyn pone los ojos en blanco.

—No seas boba. Todo el mundo sabe que eres mi amiga. Nadie va a pensar mal de ti porque seas corriente. Créeme, estarás mucho más fuera de lugar si no llevas hechizos. —Su expresión se suaviza—. ¿Me dejas? —suplica.

Me encojo de hombros. Evie es muy persuasiva cuando se lo propone.

—Bueno, vale. Pero si sigues tan mandona, no voy a querer ser tu amiga.

—Claro que querrás. —Sonríe—. Tú ya me quieres sin que haya necesitado suministrarte una poción. Bueno, ahora tenemos que revisar unas cuantas cosas.

Cuesta mucho prestarle atención mientras los estilistas se enfrentan a mi pelo y mi maquillaje. Es la primera vez que estoy en manos de un estilista, ya que nunca acudo a las fiestas chic que le gustan a Anita. Estuvo a punto de convencerme para que asistiera al baile estival del instituto, pero se canceló debido a la Expedición. Menos mal. Incluso

en la ceremonia en la que se anunciaba el vencedor, todo el mundo decidió que era mejor que apareciera tal y como soy. Yo también lo preferí.

Cuando estamos acabando, Evie se pone de pie a mi lado y unas frías corrientes mágicas se introducen por mi pelo trenzando varios mechones con plata para que hagan juego con el vestido. Le sonrío ligeramente y me sorprendo al pillarla mirando el espejo. Me queda muy bien.

—¡Oh! —grita ella. El delicado flujo de magia que le brota de las manos se convierte en una abundante cascada.

Suelto un grito de dolor. La magia se aferra a las mechas de mi pelo como si fuera una tenaza y las retuerce cada vez más. Los estilistas se quedan paralizados mientras contemplan a Evelyn. Ella no puede pararlo. En sus ojos se ve el pánico.

Me caigo de la silla, incapaz de soportar el incesante flujo de magia.

Una guarda irrumpe en la habitación.

—¡No me toques! —brama Evelyn, aunque la guarda la ignora. La agarra por las muñecas con una mano mientras con la otra quita el capuchón de seguridad de una jeringa. Mediante un rápido movimiento, le clava la aguja en el brazo.

Emitiendo un gruñido impropio de una princesa, corta el flujo de magia.

—¡Todo el mundo fuera! —grita la guarda. Los estilistas parecen muy contentos de poder huir.

El rostro de Evie está empapado en lágrimas.

—Por todos los dragones, Sam, ¿te encuentras bien? ¿Estás herida? ¿Necesitas que te vea un médico?

El dolor desapareció cuando cesó la magia, así que me toco con cautela el cuero cabelludo. La plata lo ha endurecido como un casco.

—Creo que estoy bien…, pero voy a necesitar ayuda para quitarme el hechizo.

Evie se dispone a abrazarme, pero la guarda la detiene.

—Espere, alteza. Tengo que efectuar algunas comprobaciones.

Me me fijo bien en la guarda. Es igual de alta que yo, aunque ella tiene la piel blanca como la nieve en contraste con su traje de chaqueta negro. Lo más llamativo es su pelo cobrizo, como los cuencos que a veces utilizamos para nuestras pociones, que brilla con reflejos naturales de color bronce. Incluso peinada con esa trenza absurda y

tirante, siento una punzada de envidia. Me sorprende lo informal que se muestra con la princesa y lo sumisa que está Evie en su presencia. No creo que yo fuera capaz de darle órdenes del modo en que lo está haciendo la guarda, pero la princesa obedece en todo.

Creo que nunca había visto algo así.

La guarda mira a Evie a los ojos y observa sus pupilas. Luego le levanta las manos para comprobar si hay magia residual.

—¿Podrá controlarse?

Evelyn asiente.

—Creo que sí.

Emito un sonoro suspiro de alivio y luego agacho la cabeza. Conozco la razón exacta de que la magia de la princesa esté fuera de control: no me he centrado lo suficiente en ayudarla. Después del baile quizá sea demasiado tarde.

Cuando levanto de nuevo la vista, la guarda sigue sosteniendo las manos de Evelyn y acaricia con suavidad una de las palmas con el pulgar. Mi amiga tiene los ojos cerrados y, cuando los abre y se da cuenta de que estoy mirando, se aparta de ella y retira las manos.

—Gracias por tu servicio, Katrina. Ya me encuentro mucho mejor. Es todo.

Katrina no vacila un instante. Responde con una reverencia, se da media vuelta y abandona la habitación.

La cabeza me funciona a mil kilómetros por hora.

—Espera… ¿Esa es…?

Evie mira hacia la puerta y sonríe.

—Puede. —Se gira hacia mí con los ojos brillantes y me lleno de alegría. La guarda Katrina. ¿Quién lo iba a decir?—. Te prometo que te lo contaré todo después del baile. Debería acostarme si quiero que me dé tiempo a recuperarme. Les diré a los estilistas que vuelvan, tienen un champú deshechizante. Lo siento mucho, de verdad.

Asiento.

—Claro que sí, necesitas descansar. Y no te preocupes, soy yo quien lo siente. Soy tu alquimista y aún no he elaborado el preparado perfecto.

—Bueno, pues lamentémoslo las dos y olvidémonos de todo por una noche. —Da un paso al frente y me besa en las mejillas.

—Nos vemos luego. Zain aparecerá media hora antes de tu entrada para que podáis hablar. No os pongáis demasiado pastelosos, a ver si os

olvidáis del baile, ¿de acuerdo? Necesito que estéis allí.

Me sonrojo.

—No te preocupes, allí estaré.

—Muy bien. Ah, Sam, y no olvides comer algo antes. Lo agradecerás.

—Vale.

Todavía tiene que pasar una hora hasta que el equipo de estilistas termina conmigo. Incluso después de que me quiten el hechizo, me siento como una diosa. Me han vuelto a arreglar el cabello para que resulte tan alegre como el vestido, recogiéndolo en una trenza de espiga que me cae sobre el hombro. También me han rizado algunos mechones alrededor de la cara para darme el mismo aire de los años cuarenta de mi indumentaria. Por primera vez, llevo pintalabios rojo chillón y una capa de maquillaje que me suaviza el rostro, de manera que no parece que tenga una sola peca, aunque sé que en la frente tengo unas cuantas. Nunca pensé que el maquillaje hiciera tanta «magia». Sonrío para mis adentros, vacilante.

Por fin, ya preparada, acicalada y con el vestido puesto, el séquito de Evelyn me deja sola en la habitación y espero a Zain. Siento que el corazón se me va a salir del pecho. No sé por qué estoy tan nerviosa. Repaso el plan: habrá una alfombra roja fuera, llena de famosos, por la que tendré que caminar; por suerte, en el baile no habrá *paparazzis*. Tocarán varios valses y debo aceptar las invitaciones escribiéndolas en mi carnet de baile, reservando, eso sí, el primero y el último a mi acompañante. Habrá un montón de bandejas con comida para picar con la que no me debo manchar el vestido. De acuerdo, no seré tan dura conmigo. Sé muy bien por qué estoy inquieta. Es por el importantísimo Baile de Laville.

Al menos, cuando tiemblo el vestido se mueve de un modo muy fluido. Quizás Evelyn me ayudó a elegirlo precisamente por eso. Necesito que Zain me calme. Una vez que lo tenga a mi lado, estaré preparada para afrontar lo que sea.

Preparo el bolsito que me dio Evelyn para acompañar el vestido; es tan pequeño que apenas cabe un brillo de labios. Mi vieja y estropeada bandolera de cuero está sobre la mesa. Es lo bastante grande como para que quepa el brillo de labios, un par de zapatos planos, el teléfono y… mi diario de pociones. No es que pegue mucho con el vestido, pero para cuando Evelyn me vea ya será demasiado tarde. Tomo una

decisión de nivel ejecutivo: iré con mi bandolera de cuero.

En la mesa, junto al bolso, hay una caja de color morado intenso que me llama la atención. Tiene mi nombre grabado en pan de oro. La abro y descubro que dentro hay un impresionante brazalete de plata que combina a la perfección con el vestido. Lo observo un poco más de cerca y me doy cuenta de que lleva incrustados pequeños caparazones joya de escarabajos corazón (denominados así, como es lógico, por su forma acorazonada). Cada uno de ellos tiene un brillo característico, añil o violeta, que hace que el brazalete pase de ser un objeto banal a ser realmente hermoso. Tomo el papel blanco que lo acompaña.

Puede que no quisieras uno de mis escarabajos vivos, pero he pensado que tendrías que llevar algo bonito.

Que tengas un buen baile,

Kirsty XX

Sonrío y me coloco el brazalete. Necesito un poco de maña para que entre. Una vez está puesto, queda precioso. Me dispongo a enviarle un mensaje de agradecimiento a Kirsty cuando me fijo en el reloj. Es casi la hora. Zain llegará en cualquier momento.

El último consejo que me dio Evelyn fue que comiera algo, pero no tengo ni idea de cómo hacer para que me traigan comida. Al fondo de la habitación diviso una fuente empezada —es obvio que para los estilistas— en la que hay un sándwich olvidado y un surtido de pastelitos. Supongo que también ellos evitan los alimentos que engordan. Yo no tengo tantos escrúpulos. Paso del sándwich saludable y me lleno la boca con un delicioso pastel hojaldrado. Esto es Pays, la tierra de la mantequilla y los dulces. Los pasteles están para volverse loca.

Justo a su hora, llaman a la puerta. El corazón se me desborda de alegría y agradezco que por fin haya llegado Zain. En caso contrario, me habría comido mi peso en cruasanes.

Voy corriendo hacia la puerta y me pongo a trastear con el pomo labrado. Al abrir, veo que la figura a la que estoy sonriendo y a la que casi abrazo no es la de Zain.

Es el príncipe Stefan. El segundo príncipe de Gergon.

28

SAMANTHA

El rostro se me transforma y pasa de una amplia sonrisa a un gesto de confusión. «¡Dios! ¡Le estoy frunciendo el ceño a un príncipe!». Agacho la cabeza para ocultar mis mejillas sonrojadas y me limpio con disimulo los restos de pastel de los labios. Tengo suerte de que Stefan también sea alto, me saca por lo menos una cabeza, así que mis gestos pasan desapercibidos.

Retrocedo unos cuantos pasos para dejarle entrar antes de alzar la vista. ¿Cómo debo dirigirme a un príncipe de Gergon? Ni idea. Lo recibo murmurando un cortés «alteza».

Parece aceptar el saludo y en su cara se dibuja una sonrisa divertida. Me hace una reverencia.

—Ah, pero ¿sabes quién soy?

—¿El príncipe Stefan? —musito un poco dubitativa, a pesar de que estoy segura de que es él. Como sólo lo he visto en fotos, no doy crédito a lo que veo. Lo primero que pienso es que es muchísimo más guapo en persona que en las fotos, siempre tan serias y formales.

—Encantado, señorita Kemi, un placer. ¿Me permite entrar?

—Por supuesto —digo, recuperando la compostura—. Pero…, eeeh…, la princesa Evelyn no está aquí. Está en otra sala. —Señalo hacia el pasillo.

Arquea las cejas.

—No estoy buscando a la princesa Evelyn, sino a la señorita Samantha Kemi.

—Ah.

Entonces todo encaja. Evelyn ha debido de arreglarlo todo para que

le pregunte si puedo ir a Gergon. Esta chica es rápida cuando quiere.

—Necesitas que alguien te acompañe al baile, ¿no es así? —En uno de los extremos de su boca se forma una mueca torcida. Parece tan confuso como yo.

—Sí, pero… En fin, estoy esperando a mi nov…, a Zain Aster. Se suponía que él me acompañaría.

En la cara de príncipe aparece un gesto serio, que enseguida se suaviza.

—Oh, no. Solicité acompañarte al baile en cuanto supe que venías. Tenía muchas ganas de conocerte, Sam Kemi.

—¿De verdad?

Pasa por mi lado y se pone a caminar por la habitación como si fuera suya. En ese aspecto me recuerda a Evelyn, aunque no debo olvidar que él es el segundo en la línea sucesoria al trono. No tiene tanto poder como el primogénito.

Me doy cuenta de que llevo varios segundos mirándole la espalda, que está envuelta en una chaqueta de estilo militar roja. Su ropa es ostentosa; recuerda la fuerza militar de Gergon, pese a que desde hace medio siglo no han sufrido ninguna guerra y que existen muchos rumores acerca de la pérdida de poder del país. Las brillantes hombreras doradas hacen juego con su pelo rubio y no puedo quitarle la vista de encima mientras camina. Se da la vuelta y hace un gesto para que me acomode junto a él en el pequeño sofá.

—¡Pues claro que sí! ¡Eres la ganadora mundialmente famosa de la Expedición Salvaje! Has devuelto la gloria a los alquimistas de Nova. Tenía que conocerte.

Estoy sentada de una forma incómoda en el sofá, apoyando sólo un glúteo.

—Bueno, sí, supongo.

Busco su hechizo. Evelyn dijo que todo el mundo llevaría hechizos extravagantes esta noche y que, en caso de que yo no hiciera lo mismo, sería la rara de la fiesta. Vuelvo a pillarlo mirándome y en ese momento es cuando reparo en sus ojos. También son dorados y de una intensidad casi gatuna, como la de un felino. Y sus pupilas tienen una forma extraña; son como pequeñas piedras preciosas: topacios u ojos de tigre centelleantes.

Ojo de tigre: piedra preciosa especial con un brillo sedoso, idónea para protegerse de mentes entrometidas y para esconder pensamientos.

—Tienes unos ojos muy bonitos —comento casi sin querer.

Se echa a reír.

—Qué encantadora eres, señorita Kemi.

Aparto la vista y me vuelvo a sonrojar. ¿Dónde demonios está Zain? Miro ansiosa hacia la puerta. Oigo tan fuerte el tictac del reloj que hay en la pared de detrás que me dan ganas de apagarlo. Salvo rumores y especulaciones, no sé nada de este príncipe ni de su familia. No debería precipitarme, pero estoy nerviosísima y no puedo evitarlo. Me esfuerzo por relajarme. Esta es la oportunidad que tanto he esperado.

—En realidad, hay algo que quería pedirte…

—¿Ah, sí?

—He oído hablar mucho de la antigua Escuela Visir y me encantaría visitarla, si fuera posible.

Se inclina hacia adelante y escruta mi cara con la mirada. Es como un felino a punto de abalanzarse sobre su presa. ¿He mencionado que el tigre es mi animal favorito? Un rubor incómodo me sube por las mejillas, la nuca y las palmas de las manos, y me pongo a sudar.

—¡Qué interesante eres, señorita Kemi! ¡Tu primera cita conmigo, el príncipe de Gergon, y ya me pides un favor, antes incluso de ofrecerme algo para beber!

Se me desencaja la mandíbula de horror al advertir lo mala anfitriona que estoy siendo. Me pongo de pie.

—Oh, por todos los dragones, ¿puedo ofrecerte algo para beber?

Se ríe.

—No, no, tenemos que irnos pronto y habrá mucha bebida en el baile.

—De acuerdo. ¿Y algo de comer?

—Señorita Kemi, estaba… Mi novaniano no es muy bueno. Estaba bromeando. Eres una persona muy práctica.

Las mejillas me arden.

—Es una forma de describirme —declaro, y me encojo de hombros.

—Estoy seguro de que podemos organizar una visita a la Escuela Visir.

—¿Podría ser pronto?

—¡Podemos ir mañana mismo! Pero, dime, ¿por qué tanta prisa? La escuela lleva cerrada casi un siglo… Dentro de unos meses seguirá allí, estoy seguro. Hay lugares mucho más interesantes en Gergon para

alguien como tú.

No quiero revelarle demasiada información a este desconocido, por muy príncipe que sea. Hasta ahora, el palacio ha cumplido con unas medidas estrictas para evitar filtraciones acerca de la inestabilidad de Evelyn —seguro que incluso los estilistas habrán firmado rigurosos contratos de confidencialidad— y no quiero alimentar otros fuegos.

—Es sólo que está en mi lista de cosas pendientes desde hace mucho…

—Y yo que pensaba que los alquimistas eran almas pacientes. Tú eres diferente, ya me he dado cuenta. —Mientras lo dice, me acaricia el brazo suavemente con el dedo. Mi piel se estremece.

«Zain, piensa en Zain».

Es raro, el príncipe Stefan irradia una energía diferente a la de Zain. Tal vez sea por sus ojos de tigre, pero tiene un auténtico encanto depredador. Zain nunca me hace sentir que soy su presa. De hecho, a pesar de que posee todo el dinero y las dotes mágicas del mundo, se esfuerza por ganarse mi afecto y respeto, como si sintiera que aún tiene algo que demostrar. El príncipe Stefan nunca ha tenido que demostrar nada. En ese sentido, se parece más a Evelyn, aunque ella lleva su realeza con tanta calidez que se gana la simpatía de la gente. Hay algo en el príncipe Stefan que me hace pensar que ha salido de un mundo de hace cien años, cuando los reyes eran mucho más poderosos… y disfrutaban de ese poder.

Quizá por eso me atrae. Después de todo, los alquimistas también son reliquias de otro tiempo. No tiene nada que ver con su increíble pelo rubio ni con sus ojos de tigre ni con sus hombros fornidos…

Carraspeo.

—Probablemente soy diferente porque todavía no soy una alquimista en toda regla. Sigo siendo una aprendiz.

Él sonríe.

—En Gergon estamos muy orgullosos de nuestros alquimistas. ¿Sabías que tu bisabuela vino a formarse con nosotros? A lo mejor aprendió allí algunas de sus mejores recetas.

Al oírlo, me pongo alerta, pero intento que no se me altere la voz.

—¿Mi bisabuela fue a Gergon? No lo sabía.

—Pues sí, cuando era muy joven, no mucho mayor que tú. Admiramos mucho a los Kemi. Nosotros, a diferencia de los novanianos, no hemos terminado de superar… el lado oscuro, por así

decirlo.

—¿A qué te refieres? —inquiero con aspereza. «¿El lado oscuro? ¿Habla de Emilia?». Todos los rumores indican que Gergon sigue siendo uno de los pocos lugares donde se elaboran pociones oscuras. Todo el mundo sabe, en efecto, que allí es donde se encuentra el lado oscuro.

—A los sintéticos —contesta—. Después de que ganaras la última Expedición Salvaje, oí que el negocio de tu familia y de otros como vosotros está casi obsoleto. Y que…, ¿cómo se llama esa compañía?, la corporación ZoroAster —añade con desdén— asumió casi por completo la producción de las pociones.

Me relajo. Sólo se refería a los sintéticos. Pero luego frunzo el ceño.

—¿Cómo es la situación en tu país?

—No creemos que los viejos métodos deban dar paso sin más a la nueva tecnología. Pensamos que ambos deben compaginarse para enriquecerse mutuamente.

—Eso parece bastante lógico —reconozco. Lo miro con desconfianza, aunque en realidad me dan ganas de decirle: «¡Sí! ¡Exacto! ¡Eso es lo que siempre digo!».

—Bueno, por desgracia, ni los alquimistas ni los sintéticos han hecho mucho por nosotros. —Baja la cabeza y curva los hombros como si cargara con el peso del mundo.

Sé que mi cara refleja preocupación.

—¿A qué te refieres?

—Cuando vengas a Gergon, te lo mostraré —asegura con una mueca triste.

Le respondo con una media sonrisa incómoda. Por suerte, me salva un ruido de trompetas que acaba con la extraña atmósfera de la sala. Su sonido es alegre, distendido y festivo. De pronto, siento que el vestido me da mucho calor y la idea de que anuncien mi llegada me provoca ganas de vomitar.

El príncipe Stefan se levanta y me ofrece la mano. Se despoja de toda su tristeza y vuelve a sonreír como antes.

—Esa es nuestra llamada. ¿Bajamos al baile?

Dudo un instante y luego cojo su mano.

—¿Príncipe Stefan?

—¿Sí, Samantha?

—Gracias por tu generosidad al ofrecerme ir a Gergon. —Siento

que debería hacer una reverencia o algo así.

Asiente.

—Bueno, si todo marcha según lo planeado, tú y yo quizá nos veamos bastante a partir de ahora. —Me agarra la mano para que la coloque en su brazo y me conduce al pasillo.

Trago saliva con sensación de culpa. Él todavía quiere casarse con la princesa. Aún cree que tiene posibilidades. Y es cierto…, por eso está aquí. Pero yo quiero ir a Gergon precisamente para que eso no ocurra. Siento que debería guardarme estos pensamientos para mí.

Mientras recorremos los extensos pasillos, adelantamos a otras parejas que bajan al baile. Al ver al príncipe, se apartan e inclinan levemente cabeza. Hay más miembros de la realeza de otros países, pero a nosotros nos colocan los últimos de la fila para ser presentados al final, según la jerarquía de poder que va de menos a más.

Pasamos al lado de Zain, que pone los ojos como platos cuando ve de quién voy agarrada. Yo también los abro mucho y me encojo de hombros con la esperanza de que entienda el mensaje de «yo no tengo nada que ver con esto». Zain fulmina al príncipe con la mirada y casi parece echar fuego por sus ojos azules; si el príncipe Stefan se da cuenta, lo disimula. No reconozco a la chica que le han asignado como acompañante, pero él no parece hacer mucho esfuerzo por prestarle atención. Ella se mira las uñas, con aire de aburrimiento, mientras esperan a ser anunciados. Cada vez que dicen en voz alta el nombre de una pareja, toda la fila avanza. Nosotros dos permanecemos en nuestro lugar, al final. Sé que Evelyn vendrá detrás.

Las luces brillantes del salón aumentan de tamaño a medida que se acerca el momento.

—¿Quieres bailar? —me susurra el príncipe al oído.

Atravesamos la doble puerta y entramos en el salón.

29

SAMANTHA

—El príncipe Stefan de Gergon y la señorita Samantha Kemi.

Se produce un alboroto entre los asistentes cuando anuncian nuestros nombres, aunque tal vez sea sólo mi imaginación. El príncipe me agarra del brazo con firmeza mientras descendemos por la escalinata.

Cuando llegamos abajo, da un paso atrás y me hace una pequeña reverencia. Ya hay parejas bailando un vals, dando vueltas y más vueltas por el salón. Siento que pierdo el valor. Un par de clases de baile en el instituto no van a solucionar nada. De repente, todo me parece un desastre: mi vestido es demasiado corto, mis pies son demasiado grandes, mi pelo está demasiado suelto.

Él me tiende la mano y yo se la agarro con timidez. Pero en sus movimientos no hay timidez alguna. Me agarra con decisión por la cintura y me aprieta contra sí. Mis nervios se calman en cierto modo, ya que es obvio que estoy en los brazos de un experto. Me lleva al ritmo de la música.

Por suerte, no hay mucho tiempo para charlar. Como hemos sido de los últimos en ser anunciados, la pieza concluye pronto. Ambos hacemos una reverencia al final.

—Ha sido un placer conocerte, señorita Kemi. Eres tan extraordinaria como imaginaba.

Asiento con una leve sonrisa y me separo de él lo más rápido que puedo para ir al fondo. Prefiero no saber si me sigue con sus ojos de tigre. El anuncio de la princesa Evelyn, acompañada por su padre, capta toda la atención de los asistentes. El rey parece orgulloso por llevar a la

hermosa Evelyn del brazo. Eso me preocupa. Si su padre está feliz, quizá sea porque le ha dicho algo tranquilizador sobre su compromiso. No quiero que se precipite.

Busco a Zain entre la gente y lo diviso en la otra punta del salón. Me dirijo hacia él en línea recta, esquivando invitados con traje de gala y camareros con bandejas oscilantes llenas de vino espumoso y entremeses.

—¡Zain!

Sonríe y me da un fuerte abrazo, acompañado de un beso en la mejilla.

—¡Por fin, Sam! Madre mía, estás guapísima. Al principio no te reconocí.

Le doy un puñetazo en el brazo y hace como si le hubiera dolido.

—¿Qué dragones ha pasado? ¡Vine a recoger mi invitación y vi que habían escrito el nombre de otra chica! ¡Resulta que el príncipe Stefan solicitó acompañarte en cuanto tu nombre apareció en la lista de invitados!

—¡Créeme, más sorprendida me quedé yo cuando lo vi aparecer en mi puerta!

—Ya, supongo. ¿Y qué te parece este sarao? —pregunta, y hace un gesto hacia la concurrencia. Ahora que han presentado a todos los asistentes, hay mucho jaleo. Es lo primero que me llama la atención en este tipo de fiestas. Aunque hablan unos con otros, siempre están mirando más allá, como esperando que otra persona más importante o poderosa pase para abordarla. Nadie se alegra realmente de verse.

Arrugo la nariz.

—Para ser sincera, no me gusta nada.

Él se acerca más a mí.

—A mí tampoco, a pesar de que estoy acostumbrado. Dejemos que nos vean un rato y luego nos largamos.

—Me parece bien. Cuanto antes, mejor. Pero tenemos que hablar antes con Evelyn.

—Vamos a tardar siglos en llegar hasta ella. ¿Has visto el círculo que se ha formado a su alrededor?

—Es importante que lo hagamos.

—De acuerdo, conseguiré llegar hasta ella. ¿Y por qué tanta urgencia? —pregunta mientras levanta una ceja.

Suspiro profundamente.

—Tengo que hablarle del príncipe Stefan.

Al juntar las cejas proyecta una sombra oscura sobre sus ojos.

—¿Qué ha pasado?

Miro a mi alrededor. Por alguna razón, parece como si la gente se hubiera aproximado más a nosotros y no puedo evitar pensar que hay oídos por todas partes.

—Aquí no. Os lo contaré a ambos a la vez.

Asiente.

—Daremos una vuelta por el salón, bailaremos y luego nos acercaremos a ella. —Me pone la mano en la cintura y siento que un escalofrío me recorre la espalda. Dejo que me lleve por detrás de una de las enormes columnas y me presenta a un amigo de sus padres, dueño de otra de las corporaciones sintéticas más importantes.

Ahora que estamos juntos, consigo relajarme y fijarme en el entorno. El salón de baile es enorme, con tres lámparas de araña de diamantes que forman una línea recta en el centro del techo proyectando una delicada luz igual de deslumbrante que los asistentes. Al fondo, sobre un escenario escalonado, una orquesta interpreta música tradicional de Pays y, gracias a un toque de magia, la melodía se oye con el volumen perfecto desde cualquier punto. Me pregunto si la magia también regulará la temperatura de la sala, ya que, a pesar de que hay gente por todas partes, me siento tan cómoda con mi vestido de tirantes como la señora de al lado con su bolero forrado de piel. Veo que muchos de los invitados llevan uno de los relucientes escarabajos joya de Kirsty. Juro que una mujer lleva una falda entera hecha con estas criaturas y, al moverse por la tela, sus brillantes caparazones reflejan la luz. Es tan hermoso como grotesco.

Un camarero aparece delante de mí con una bandeja de bebidas y cojo de buena gana una de las copas de cristal llena de un atractivo líquido dorado claro. Me lo acerco a la nariz y lo huelo, deleitada por el delicioso aroma a manzana, y sonrío a Zain, aunque mi felicidad se convierte con rapidez en inquietud.

Me está ofreciendo el brazo.

—¿Me concede este baile, señorita?

Emito un gruñido.

—Pensaba que ya me había quitado el baile de encima.

—¿Al bailar con el príncipe? Nah. Míralo así: si bailas conmigo, no tendremos que hablar con mi padre, que viene directo hacia nosotros.

Echo una mirada hacia atrás y veo que tiene razón: Zol está a tres «holas» de nosotros. Si hay alguien a quien quiero evitar en esta fiesta, es a él. No me apetece rechazar de nuevo la oferta de un remedio para mi abuelo.

No hay alternativa. Suelto la copa y agarro la mano de Zain.

—Hágame girar, caballero.

Él sonríe y me lleva a la pista de baile. Con una mano me agarra por la cintura y con la otra sostiene mi mano. Yo apoyo los dedos en su hombro. Esperamos un instante y nos unimos a los demás bailarines.

Al igual que el príncipe Stefan, es obvio que Zain ha hecho esto más veces, aunque él jamás lo admitiría delante de nadie del instituto. No lo recuerdo dando vueltas con ninguna chica en el gimnasio. Me pregunto qué otras habilidades secretas tendrá. En sus brazos me siento cómoda, no como en los del príncipe. Mis ojos recorren el salón.

—¿Dónde has aprendido a bailar así? —le pregunto.

—De pequeño fui la pareja de baile de Evie cuando ella estaba aprendiendo. Creo que era el único que no se reía demasiado de ella. —El estómago se me encoge al recordar lo juntos que han crecido, aunque enseguida me digo que no debo ser estúpida. ¿O acaso yo no tenía amigos de pequeña? Por ejemplo, Arjun. Puede que él no me ayudara a aprender a bailar, pero sí con el álgebra. Y en muchos aspectos eso puede ser más admirable.

Al siguiente que veo es a Zol, que se está riendo con el rey. Junto a él se halla la madre de Zain, la hermosa Zelda Aster.

Me pregunto si me obligarían a cambiar mi nombre por el de «Zamatha» en caso de que llegara a casarme con Zain. La idea me hace reír y Zain me mira intrigado. Recupero la compostura.

Pienso en la oferta de Zol de unirme al prestigioso programa de estudios sobre pociones sintético-naturales de ZoroAster. Parece haber sido diseñado especialmente para mí.

El problema es que no puedo trabajar para el enemigo.

«Pobre Zol —pienso—. Zamantha no estará en su programa, y es probable que Zain tampoco, si le dan a elegir».

Zain me hace girar con pericia y aparto todos los pensamientos. Estoy convencida de que mi elaborado peinado es ahora un desastre, pero no me importa. Sonrío con ganas mientras pienso que ojalá pudiéramos ir más deprisa. Entonces veo que el príncipe Stefan me observa desde el otro lado del salón. Está colocado entre dos columnas

con una postura intachable. Cruzamos la mirada y las comisuras de sus labios esbozan una sonrisa. Me guiña un ojo y, de forma involuntaria, aprieto la mano de Zain.

—¡Ay! —se queja.

—Oh, perdona… Me he perdido en uno de los pasos —me disculpo con rapidez, mirándole de nuevo.

Una brisa me acaricia la nuca y me doy cuenta de que Zain me ha traído hasta el otro extremo del salón. Aquí, unas imponentes puertas de cristal enmarcadas en oro (cómo no) permiten que el aire entre en la estancia.

—Este es nuestro destino final —declara. Cuando la música acaba, me hace una reverencia y yo respondo con otra. Luego le agarro del brazo y salimos hacia la hermosa noche de Laville.

30

SAMANTHA

La princesa también está fuera. Uno de sus guardas se acerca para pedirnos que nos retiremos, pero, cuando se da cuenta de que somos nosotros, nos permite salir. Evelyn parece cansada, el estrés se refleja en las líneas de su frente. Creo que es la primera vez que no aparenta ser perfecta.

—Chicos, no estoy segura de que el baile haya sido una buena idea.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—Estoy cansada, muy, muy cansada. —Posa la mirada en mí—. ¿Me ha traicionado la vista o has venido a la fiesta con Stefan de Gergon?

—Pero ¿no lo organizaste tú?

—No.

—Pensé que quizá, como dije que quería ir a Gergon…

—Aun así, no soy tan rápida. ¿Cómo ha sucedido?

—Eso querría yo saber —añade Zain. Se apoya contra la balaustrada de piedra de la terraza y enarca una ceja.

—Básicamente…, lo que me dijo fue que quería conocerme porque yo había devuelto la gloria a los alquimistas de Nova.

—Vaya, menuda labia. ¿Estás segura de que eso es todo lo que quería? —insiste con los puños apretados.

Le toco el hombro.

—Oye… Creo que no es mi amor lo que busca. Sigue desesperado por casarse contigo. —Me vuelvo hacia Evie.

—Sería un buen enlace político… —reconoce ella, encogiéndose de hombros.

Hago una mueca.

—¿Y qué pasa con Katrina?

Los ojos de Zain van de Evelyn a mí una y otra vez.

—Un momento, ¿quién es Katrina?

Evie me lanza una mirada de advertencia.

—Ahora no.

Me cruzo de brazos, pero enseguida me relajo. No soy yo quien debe contarlo.

—Lo que quería decir es que el príncipe Stefan me ha permitido ir a Gergon mañana mismo. Dame dos días para ver si mi idea funciona, antes de que hagas algo que no tenga vuelta atrás.

Una leve sonrisa se forma en la comisura de sus labios.

—De acuerdo. Tienes cuarenta y ocho horas. Hasta entonces, no habrá ningún anillo en mi dedo. —Su sonrisa desaparece—. La gravedad de mi situación no tardará en hacerse pública. Hoy en la habitación estuvimos cerca. A Renel le ha costado mucho que los estilistas no filtren la noticia.

—¿Qué pasó en la habitación? —pregunta Zain.

Me encojo de hombros.

—No fue nada.

—¿No fue nada? —espeta Evelyn—. Podría haberte matado.

De pronto, un fuerte golpe de tos seca casi la parte en dos. Nos apresuramos a agarrarla cada uno por un brazo.

—¿Estás bien? —inquiero.

Nos hace un gesto para que nos apartemos.

—Estoy bien, estoy bien. Un breve incidente. Ay, dragones, necesito beber algo.

—Toma mi copa —le ofrece Zain, y le pasa una de champán, que ella se bebe al instante.

Cuando termina, parece reanimada. Siempre me sorprende su capacidad para recuperar la estabilidad. Yo necesitaría irme directa a la cama.

—Hablando del rey de Roma, mira quién es el siguiente en mi carnet de baile. El príncipe Stefan. Será mejor que regrese. Zain, es por ahí…

Zain se lleva un dedo a los labios para que Evelyn no siga hablando y ella asiente con complicidad. Me quedo mirándolos.

—¿Qué pasa?

—Ah. Os dejo, tortolitos. Pásalo bien, Sam —añade antes de lanzarme un beso y hacer un gesto a sus guardas para que la acompañen al baile. Me entristece ver que Katrina no está entre ellos.

—Sígueme. —Zain se vuelve hacia mí y sonríe. Tardo un momento en reaccionar. La luz de la fiesta se refleja en su piel bronceada y le resalta los marcados pómulos. Le devuelvo la sonrisa. Puede que el príncipe Stefan sea guapo, pero a Zain no le llega a la suela del zapato —. Vamos. Es algo que no puede esperar —insiste.

—Para que lo sepas, esta fuga no es tan fácil si llevas esto… —Señalo mis tacones.

—No iremos lejos.

—No, espera un momento… —Saco de la bandolera el par de zapatos planos de emergencia y me los pongo.

Cuando por fin levanto cabeza, el paisaje desde la terraza es para quedarse embobado. El jardín es espectacular. Se extiende frente a la escalinata de piedra con una serie de fuentes dispuestas a lo largo. No son fuentes corrientes; el agua salta formando curvas perfectas entre los pequeños estanques y traza arcos por encima de los invitados que pasean por el jardín en total sincronía con la música que llega desde el salón. El sol se está poniendo y tiñe el cielo de distintos tonos rosados y púrpuras. Es imponente, una vista que sólo asociaría con los sueños. Lo único que deseo es que Zain me envuelva en sus brazos y que no termine este momento.

—Este sitio es impresionante —musito desde atrás, a pesar de que Zain no deja de tirarme del brazo.

Él ni siquiera se da la vuelta para mirarlo.

—Si no nos damos prisa, vamos a perdérnoslo.

—¿Perdernos qué? Vale, vale. —Aparto la vista del paisaje a regañadientes. Bajamos a toda prisa por la escalinata de piedra que une la terraza con el jardín.

Nos marchamos de los terrenos del palacio por un pequeño hueco que se abre en los impenetrables setos verdes y espesos. De este modo, nos adentramos en las calles de la ciudad. Me siento como una actriz de una de esas antiguas películas en blanco y negro donde los personajes sólo conversan con frases ampulosas llenas de melodrama. ¿En qué mundo iba yo a recorrer las calles de Laville ataviada con el vestido más caro que jamás he tenido detrás de un joven con esmoquin? No parece real.

Por detrás de nosotros se oye una voz:

—¡Alto! Quédense ahí.

Nos paramos en seco. Uno de los guardas del palacio viene corriendo hacia nosotros. Su gruesa silueta avanza con pesadez sobre los adoquines. Lo primero que pienso es que deberían mantener en mejor forma a su equipo de seguridad. Lo segundo es: «Oh, mierda, nos hemos metido en un lío».

—¿Sí, señor? —pregunta Zain. Con sutileza, se adelanta para colocarse entre el guarda y yo. Doy un pequeño paso hacia un lado y me vuelvo a colocar junto a él. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

—¿Tienen pensado regresar a la fiesta?

—Sí, por supuesto —aclara Zain.

—Hay una orden estricta que prohíbe la reentrada. Si vuelven conmigo ahora mismo, no habrá problema.

Zain se muerde el labio inferior.

—Por favor, señor, serán sólo unos minutos. Volveremos enseguida.

El hombre mira a su compañero, que está detrás, aunque sólo se ve su sombra sobre el seto.

—Búsquenme cuando estén listos. Les ayudaré a entrar. —Su cambio de actitud nos desconcierta, pero no rechistamos.

—Gracias, señor. Tardaremos poco —asegura Zain.

El guarda asiente y Zain me agarra la mano. Noto un nerviosismo en su tacto que me transfiere como por osmosis. Quiero saber qué es lo que le altera tanto.

No tardamos mucho en unirnos a una multitud que camina en una única dirección. El corazón me salta en el pecho. A lo mejor vamos a ver el famoso *Arbre des lumières*, el Árbol de las Luces, el lugar que más ganas tengo de conocer de todo Laville. Está situado en una pequeña extensión de Tierra Salvaje que se ha conservado dentro de los confines de la ciudad. Sin embargo, Zain tira de mí para que adelantemos a la gente, no para que la sigamos. Huimos por un lateral y no puedo evitar poner una mueca de extrañeza. ¿Qué puede haber más espectacular que los jardines del palacio o que el Árbol de las Luces?

—Ya casi hemos llegado —me avisa Zain. Menos mal que ya es de noche, porque así no ve mi cara de decepción. Cuando nos acercamos a un puente que cruza las lóbregas aguas del río Calor, reduce la marcha. Se saca el móvil del bolsillo y comprueba la hora—. Estupendo, creo

que hemos llegado justo a tiempo.

Caminamos cogidos de la mano hasta que llegamos al centro del puente. Se detiene y se apoya sobre la barandilla dorada para contemplar las aguas que se mueven lentamente. Entonces aparece un robusto y ancho barco por debajo de nosotros con un techo de cristal que deja ver a varias parejas comiendo a la luz de las velas. Es la definición del romanticismo.

—Por allí —me indica.

Al mirar hacia la orilla, veo que hay una gran extensión de oscuridad; todas las luces están apagadas. Resulta visible porque estamos en el mismísimo centro del puente; en otro caso, los edificios nos la taparían. Distingo a duras penas la silueta de un árbol y se me escapa un grito ahogado. El árbol es enorme y sus ramas más altas desaparecen en el cielo nocturno.

—¿Es lo que creo que es? —pregunto sin aliento.

Él asiente.

—El Árbol de las Luces. No es el ángulo desde donde suele verlo la gente, como puedes apreciar, pero creo que desde aquí se ve mucho mejor. Además, así lo tenemos sólo para nosotros.

Un escalofrío familiar me recorre la espalda, y Zain piensa que tengo frío. Se quita la chaqueta y me la coloca sobre los hombros. Entonces me susurra al oído:

—Ahora, mira.

Le hago caso. De momento no me ha engañado. Levanto la vista y al principio no hay mucho que ver: el cielo está oscuro y no hay estrellas debido a la fuerte contaminación lumínica.

Estoy a punto de bajar la cabeza cuando, de improviso, sucede. Una estrella fugaz. Pero… no puede tratarse de una estrella fugaz, ha pasado demasiado cerca, aunque era un punto de luz brillante que se movía más rápido que el ojo y que dejaba tras de sí una estela dorada en el aire. No ha emitido ningún sonido, pero juraría que la parte de arriba de mi pelo se ha agitado a su paso.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto.

No me contesta, sólo me aprieta los hombros.

Luego pasa otra luz y otra más, hasta que de pronto son demasiadas para poder contarlas. Todas se dirigen hacia el Árbol de las Luces.

La primera de ellas se posa en una de las ramas altas, seguida por todo un enjambre. Se apagan y se encienden, y destellan tanto que el

árbol parece estar en llamas.

En un suspiro cambian de color y pasan del blanco brillante a un rojo intenso con una sincronía perfecta. Desde nuestro ángulo me doy cuenta de que suceden más cosas. La afluencia de luces que nos sobrevuela empieza a ser menor, de modo que las puedo seguir una a una. Son insectohadas, criaturas mágicas con poderes increíbles.

Insectohadas: sienten atracción por la tristeza o por aquellos que están a punto de recibir malas noticias. A veces aparecen en los delirios de quienes han bebido demasiado líquido psicodélico o están bajo la influencia de la droga. Se dice que son excelentes musas de la creatividad si se las atrapa. Las luces brillantes que llevan consigo, que en ocasiones se confunden con fuegos fatuos, pueden iluminar cualquier lugar oscuro si se ofrecen como un regalo. Las estelas de polvo que dejan a su paso también pueden provocar levitación si se emplea una cantidad suficiente.

Las insectohadas están haciendo el máximo esfuerzo por crear un espectáculo de luces resplandecientes. Desde aquí advierto que de vez en cuando una de ellas se agota, cae desde su posición en el árbol y es remplazada por otra que ocupa su sitio para que no se pierda el ritmo en la exhibición. Varias amigas recogen a la insectohada cansada y la transportan por encima de nosotros adonde proceden, sea donde sea.

Me vuelvo hacia Zain.

—¿Sabías que, según dicen, esto mismo sucede en otros lugares de las Tierras Salvajes? Aunque no de forma regular. ¿Te imaginas encontrarte con algo así en medio de las Tierras Salvajes sin esperarlo? Por eso tengo tantas ganas de seguir explorando. La Expedición Salvaje me abrió los ojos a todas estas maravillas… y ahora creo que soy adicta a ellas.

—Sam, la gran exploradora —suelta Zain con una sonrisa.

Yo también sonrío.

He visto fotos de este fenómeno. También vi un documental en el que se intentaba describir del modo más gráfico posible. Pero, aun así, nada puede compararse con presenciarlo.

Todo termina con la misma rapidez con la que empezó. El tronco vuelve a oscurecerse. Me imagino a toda la gente que está al otro lado marchándose a sus casas u hoteles. No obstante, Zain y yo nos quedamos un rato más. Observamos el vuelo de las insectohadas, ya apagadas, por encima de nosotros, pululando por el cielo nocturno

iluminado sólo por la tenue luz de las calles.

—Gracias por haberme traído —le digo—. ¿Cómo supiste de la existencia de este lugar?

—Mucha gente lo conoce, pero prefieren ver el espectáculo convencional. No quieren ver el trabajo laborioso de las insectohadas entre bastidores. Por alguna razón, pensé que te gustaría, como a mí, ver lo duro que es para ellas… Sé que eres consciente de que las mejores cosas no suceden solas.

—Lo sé. Es… más que bonito, Zain. No tengo palabras.

Si viviera en Laville, vendría aquí, a este puente, todas las noches. ¿Cómo puede resistirse la gente? Aunque entonces pienso en todas las vistas maravillosas que hay en Kingstown y en las personas de todo el mundo que viajan para verlas. Las sirenas se congregan prácticamente a la vuelta de la esquina. En High Park hay caballos acuáticos o kelpies. ¿De verdad valoro lo que tengo a tiro de piedra? Creo que no. Nos volvemos inmunes a las maravillas que nos rodean.

Hay gente que hasta se queja de que el Árbol de las Luces es una distracción demasiado grande para el centro de la ciudad. Que la magia funciona de forma extraña en las calles adyacentes y, en consecuencia, no siempre son seguras para los dotados. Se quejan de que no pueden llevar ropa hechizada porque, si la estabilidad de la magia desciende un instante, el hechizo puede deshacerse, mostrándolos ordinarios y aburridos (o, en el peor de los casos, desnudos). En realidad, se lo merecen por llevar ropa hechizada.

—Bueno, es genial que podamos ir mañana a Gergon —comenta Zain cuando la última insectohada desaparece.

—Lo sé. Espero que la princesa mantenga su palabra y que tengamos bastante con cuarenta y ocho horas.

—Sí, parece un gran reto. Pero, por otra parte, el matrimonio con el príncipe Stefan podría venirle bien.

Me aparto un poco de él.

—¿Cómo? No me creo que estés diciendo eso. Evelyn no ama al príncipe Stefan.

—Ya lo sé… —Da unos cuantos golpecitos con los dedos en la barandilla mientras piensa—. No la conoces desde hace tanto tiempo como yo; siempre ha sido consciente de sus obligaciones. Está preparada para ello. Y sí, vale, ha intentado evitarlo por todos los medios, pero es una parte indisoluble de ser miembro de la familia real.

Siempre ha sabido que ese era el precio del poder. Tiene suerte de que estés ayudando a aplazar la decisión con tu poción estabilizadora. Creo que no sabe lo afortunada que es.

—Tú estás ayudando. También te tiene a ti —murmuro.

—A mí siempre me ha tenido, durante toda su vida… ¡Y no sabía cómo ayudarla! No, fuiste tú. Y no te lo ha reconocido lo suficiente. No puedes seguir ayudándola toda la vida. Al fin y al cabo, siempre ha sabido que tendría que enfrentarse a esto. No es culpa tuya.

—Sí es culpa mía. Si no fuera por mi abuelo y por Emilia…

Sacude la cabeza despacio.

—Te exiges demasiado, Sam. Eres la chica más increíble que he conocido, ¿lo sabías? Pero no puedes estar siempre salvando al mundo.

«¿Por qué no?», me dan ganas de preguntar. Aunque sonaría estúpido en voz alta. Ya sé que no puedo salvar al mundo, pero quiero hacer todo lo posible por salvar a mi amiga.

Me pone las manos en la cara y me acerca mientras sus dedos se enredan en mi pelo. Nuestros labios se encuentran y todas las preocupaciones, acumuladas como nudos entre mis escápulas, desaparecen.

Un beso: si pudiera embotellarse, sería el remedio más potente… para la tristeza, las preocupaciones, la tensión, la desesperanza, la ira…, tal vez en eso consista el aqua vitae.

Cuando nos separamos, le miro a los ojos y sonrío.

—Te quiero, Sam Kemi.

—Yo también te quiero, Zain Aster.

Me giro por miedo a llorar si sigo mirándolo. Bajo la vista al suelo y respiro hondo, cerrando los ojos con fuerza. Cuando los abro, doy un respingo. Hay una insectohada volando justo delante de mí.

Y me observa con las manos en las caderas y la mirada más oscura que he visto jamás.

31

SAMANTHA

Me habla, pero sus agudos chillidos no tienen sentido. Ojalá la entendiese. Parece algo urgente; da vueltas y más vueltas, llena de frustración. Al final, me hace una mueca de desesperación. Entonces se gira, se quita la lucecita que lleva en la cintura y me la da. Hace un gesto impaciente para que me la meta en el bolso. Obedezco y se lleva un dedo a los labios.

Eso es todo lo que entiendo. Se marcha volando tan rápido como ha aparecido.

Me recorre un sentimiento de terror y me ajusto la chaqueta de Zain sobre los hombros.

Él no se ha dado cuenta de nada, está distraído mirando un estrecho barco que pasa bajo el puente.

—Volvamos a la fiesta —propongo, y le agarro por la manga de la camisa. En ese instante, suena mi teléfono y me sobresalto.

—¿Qué pasa? —Zain parece alarmado por mi reacción.

Saco el móvil del bolso y trago saliva al ver el nombre en la pantalla. Mamá. Sabe que estoy en el baile (o eso se supone). No me llamaría a no ser que fuera absolutamente necesario. «Las insectohadas se aparecen a aquellos que van a recibir una mala noticia». Siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Oye, ¿vas a responder? —me pregunta Zain con suavidad.

Abro el teléfono e intento mantener la voz normal. Puede que no sea nada.

—¡Hola, mamá! —saludo con toda la alegría que puedo.

—Hola, Sam. —Su voz lo confirma. Malas noticias. El aparato me

tiembla en la oreja—. No te iba a llamar, pero… es el abuelo. Anoche perdió la conciencia. No estamos seguros de que la vaya a recuperar.

Me caen las lágrimas por las mejillas. Zain me aprieta con fuerza la mano que tengo libre.

—Oh, mamá, ¿crees que debería regresar a casa?

—Creo que sería lo mejor. Espero que la princesa no te considere una maleducada…

—Lo va a entender, te lo aseguro.

Zain me vuelve a apretar la mano y le miro a los ojos. También los tiene vidriosos, como si estuviera reprimiendo las lágrimas. Al mirarlo, me sacude otro recuerdo.

—ZA —digo.

—¿Qué pasa, cielo?

—ZA, ZoroAster… Ellos me dijeron que tenían una nueva medicación recién aprobada que podía paliar los síntomas del abuelo.

—No sé. Su petición expresa para que no le administren sintéticos está en regla.

—Esa petición sirve cuando hay una poción natural alternativa disponible. En este caso no la hay.

Zain me mira y asiente. Podría funcionar.

—Mi padre puede hacer que alguien acuda ahora mismo al hospital —me susurra.

—Podemos hacer que le lleven la medicación cuanto antes —traslado la información a mi madre—. Al menos, explícaselo a los médicos. Si existe la posibilidad de hacer algo para ayudarlo…, lo haremos, ¿verdad? —Estoy hablando tan rápido que no sé si lo que digo tiene sentido.

—Te prometo que hablaré con la médica. —Su voz suena un poco más animada, estoy convencida—. Nos vemos pronto.

—Iré lo antes posible.

Cuelgo el teléfono.

Zain me agarra del brazo.

—Vamos, regresemos a la fiesta. Puedo decirle a mi padre que informe de la situación a ZA. Luego arreglaremos lo de tu transportación para volver a casa.

Deslizo el brazo por su cintura y lo abrazo con fuerza. Él me echa el brazo sobre los hombros y emprendemos así el camino de regreso al palacio, caminando a toda prisa. Nos encontramos con el guarda de

seguridad, que nos ayuda a colarnos de nuevo.

Es casi como si no nos hubiéramos ido. Todo el mundo está de buen humor, se ríen algo más fuerte que antes, sus rostros se encuentran un poco más colorados y sus ojos, más brillantes. Parece que el baile está siendo un gran éxito.

—Vamos, ya lo he visto —me indica Zain. No es difícil divisarlo: su imponente figura siempre está rodeada de aduladores. La expresión de Zol pasa de la sorpresa a la preocupación.

—¿Va todo bien?

—¡Madre mía! ¿Es esta la adorable Samantha? —La madre de Zain se da la vuelta sobre sus tacones con una amplia sonrisa en la cara, pero se queda helada al ver mi aspecto—. ¡Oh, cielos! —Se lleva la mano a la boca.

—Mamá, papá, Sam necesita vuestra ayuda. Su abuelo se ha puesto peor y…

—¡Ni media palabra más! —exclama Zol—. La medicación saldrá para el hospital esta misma noche.

—Gracias —balbuceo. No es exactamente como imaginaba mi primer encuentro con sus padres, pero me da igual la impresión que se lleven de mí. En lo único que pienso es en mi abuelo—. Ahora tengo que volver a casa…

Antes de poder continuar, un camarero me pone en la mano un vaso con una cucharita. Entonces vuelven a sonar las trompetas de recibimiento, alegres y nítidas, y me hacen parar en seco. Es imposible marcharse de aquí.

Un anciano vestido de militar aparece en la entrada con las manos extendidas. A su lado hay una mujer alta y delgada, al menos tres décadas menor que él. El presidente de Pays y su esposa. Ella era una famosa actriz paysina; vi varias películas suyas cuando Anita y yo pensábamos que éramos más guais si sólo veíamos películas extranjeras. Nos sirvió para ampliar miras, pero también para darnos cuenta de que se pueden hacer pelis malas en cualquier lengua. Nada me gustaría más que irme, pero ahora mismo me convertiría en el centro de atención. Ya me están lanzando miradas de odio por hacer ruido al respirar.

—Damas y caballeros —empieza el presidente con un ligero acento —, ¡bienvenidos al Baile de Laville!

Tengo tanta prisa que no puedo parar de moverme. Suelto el vaso y aplaudo; el sonido de mis palmas está fuera de lugar, ya que todo el

mundo hace chocar la cucharita contra el borde del vaso, creando un delicado tintineo en toda la sala. Mucho más refinado. Otra metedura de pata más.

—El Baile de Laville es una tradición centenaria en Pays y siempre ha albergado celebraciones maravillosas. Esta noche no es una excepción. No estamos aquí sólo para celebrar la vida y la salud de la maravillosa princesa Evelyn de Nova, sino también… su felicidad. Y para mí es un enorme placer presentarles… ¡a la princesa Evelyn!

Cuando la joven se acerca al escenario y se coloca junto al presidente, cesan los tintineos. Está radiante con su vestido largo carmesí y naranja degradado, hechizado para imitar los colores de la puesta de sol. El presidente le da tres besos, alternando las mejillas, antes de cederle por fin la palabra.

—Gracias, presidente Lafleur —comienza en un paysino perfecto y después en novaniano—. Es una sensación muy especial estar aquí esta noche, sobre todo porque las cosas podrían haber sido muy diferentes. Muchas de las personas que me han apoyado a lo largo de mi vida están hoy con nosotros. Y todos ustedes saben que nunca he dejado que el destino dicte el devenir de mi vida… —Toda la sala se echa a reír, pero yo siento una tirantez en el pecho que no puedo evitar—. Por eso esta noche celebramos la salud y la felicidad. Quiero brindar por la salud y la felicidad de todos los presentes… y de todos nuestros ciudadanos dispersos por el mundo.

El repiqueteo de los vasos suena tan fuerte que me sorprende que ninguno se rompa. Cuando el público se calma, Evelyn vuelve a hablar:

—Y ahora, ¿qué tal un poco de tarta?

En ese preciso instante, aparece un carro con un enorme pastel que colocan el centro de la habitación. Es la tarta más exagerada que he visto nunca: siete pisos glaseados de blanco adornados con mil insectohadas escarchadas que brillan y destellan con luces comestibles. Es un homenaje al Árbol de las Luces en forma de pastel.

Se produce un ruido seco y todas las luces del salón se apagan a la par.

Se me corta la respiración, aunque sé que todo forma parte del espectáculo.

Entonces se oye un grito agudo. El salón se ilumina, aunque no con lucecitas de mentira, sino a causa de una serie de destellos cegadores. Unas explosiones sacuden la estancia y todo se llena de un humo que

me provoca escozor en los ojos. La gente se dirige a empujones hacia las salidas y vuelvo a oír el tintineo de los vasos, aunque no por los golpecitos de los invitados, sino porque los están tirando al suelo.

Entre los destellos intermitentes, veo que los guardas de Evelyn toman el escenario, la agarran y se la llevan. Hay conjuros por todas partes para intentar disipar el humo o conseguir que las luces se enciendan, pero la magia que ha provocado este tumulto resiste cualquier interferencia.

Me lloran los ojos y con cada inspiración me arden los pulmones. Esto no es magia, es gas lacrimógeno. Simple pero efectivo.

Alguien me tira tanto del brazo que parece que me lo va a desencajar. Al principio creo que es Zain o algún guarda.

Después, cuando me ponen un trapo en la boca, me doy cuenta de que no es un amigo. Forcejeo y doy manotazos a diestro y siniestro, y acabo cayéndome de rodillas. Lanzo un grito de dolor, pero el trapo amortigua mi voz mientras me araño las rodillas con los cristales rotos del suelo.

—¡SAM! —oigo gritar a Zain.

Con la mordaza no puedo gritar. No puedo responder. Noto el sabor metálico de mi sangre en la boca y toso con la garganta dolorida para intentar librarme de la mordaza, del humo y del miedo.

Mi agresor no se detiene, me retuerce los brazos detrás de la espalda y me los ata con fuerza. Estoy indefensa y no logro evitar que me saquen del salón.

32

SAMANTHA

Izquierda

Derecha.

Derecha.

Varios escalones hacia abajo.

Procuro memorizar el camino por el que me llevan, pero es inútil. Hubiera preferido que me dejaran sin conocimiento, porque ser arrastrada por la oscuridad —atada, aunque plenamente consciente— a través de los sinuosos pasillos del palacio resulta doloroso, desconcertante y aterrador.

Me resuena en el oído la voz de Zain llamándome, acompañada del zumbido agudo provocado por las explosiones. Me pregunto si se me habrán reventado los tímpanos. Me duele tanto el cuerpo que no sé distinguir qué partes tengo de verdad dañadas.

En el momento en que salíamos del salón, el equipo de seguridad golpeó a quien estaba tirando de mí. Sentí que disminuía la presión de la cuerda que me ataba y noté que el suelo temblaba cuando esa persona cayó. Traté de escapar. Pero había alguien más involucrado, alguien que me apretó todavía más fuerte hasta que sentí que los brazos se me iban a desencajar. Me llevaron marcha atrás a través de un pequeño agujero que abrieron en el muro. Me doblaron como si fuera una muñeca de trapo, obligándome a adoptar una postura poco natural y a avanzar de espaldas, arqueada, arrastrándome deprisa.

Ahí fue cuando empecé a memorizar el trayecto. Si se me presentaba alguna oportunidad para escapar, para salir corriendo, tenía que recordar el camino de regreso.

Corrimos —o más bien me arrastraron— a través de un laberinto. Movía los ojos con rapidez para fijarme en la piedra deteriorada cubierta de musgo y en los ganchos metálicos de aspecto antiguo que debieron de sostener antorchas antes de que existiera la electricidad. Sigo esperando, deseando con todas mis fuerzas que aparezcan Zain, Katrina o cualquiera de los autoritarios guardas y que atrapen a mis agresores. Sin embargo, los ruidos de la fiesta parecen debilitarse; ya no oigo los gritos de la gente, ni siquiera de forma amortiguada. Tal vez hayan huido o se hayan desmayado por el gas. Quizás hayan atrapado a más invitados y también los estén llevando por túneles. O puede que se hayan olvidado de mí…

Me revuelvo en los brazos de mi captor para intentar verle la cara; lo único que vislumbro es la tela negra y acanalada del pasamontañas que lleva puesto. Sin duda se trata de un hombre, a juzgar por el tamaño de sus bíceps y por el vello áspero y abundante de sus brazos. Tiene algo extrañamente familiar, pero no sé qué es.

Al doblar el cuello, distingo delante de nosotros un par de figuras que se escabullen por los túneles como ratas. Aparentan conocer bien los pasadizos, pues no dudan qué camino tomar. Al final parece que hemos dejado atrás el entorno del palacio, ya que los corredores toman un aspecto mucho más siniestro. Juraría haber visto de refilón una calavera incrustada en la pared, y lo que pensaba que eran ladrillos resultan ser huesos. Las catacumbas. Había oído hablar de ellas. Se extienden por debajo la ciudad y contienen toda una generación de muertos olvidados que apuntalan los edificios. Unos cimientos macabros.

Los pasadizos se agrandan tanto que mi captor se endereza y me venda los ojos. El grueso tejido impide que penetre la más mínima luz. Sin previo aviso, me agarra por la cintura e instintivamente me hago un ovillo, como un erizo, y me aprieto contra sus antebrazos. Me pongo a patalear para intentar establecer algún tipo de contacto, pero él me ignora. Me levanta y me arroja, sin más, dentro de una especie de caja o cajón de embalaje.

Me percato de lo diminuta que es cuando doy una patada y golpeo la madera sólida. Con el impulso, mi cabeza choca contra la tapa. Preferiría estar inconsciente.

Y es en este momento cuando el pánico se apodera de mí. Nunca me han gustado los lugares cerrados, pero esto es claustrofobia

multiplicada por mil. Tumbada bocarriba, la mordaza me aprieta más aún y empiezo a asfixiarme. La venda de los ojos sigue bien sujeta, la cabeza me va a estallar de dolor y veo ráfagas de estrellitas bajo los párpados.

La caja se sacude a la par que mi estómago y el pitido de los oídos disminuye lo suficiente para oír el sonido del agua chocando contra una superficie dura. Roca, quizá. Piedra. Hueso.

Estoy en un barco.

Para distraerme del miedo que amenaza con engullirme, me obligo a recordar lo que sé acerca de la geografía de Laville. El río Calor serpentea por el centro de la ciudad. No atraviesa el palacio ni discurre cerca de él, que yo sepa. Este debe de ser un tributario, un afluente. Un río subterráneo que no aparece en los mapas.

La idea de estar bajo tierra me asusta todavía más.

No puedo respirar.

No veo.

No sé si mis captores me quieren viva o muerta, pero, si no me dejan respirar sin la mordaza, no van a tener que elegir.

Por raro que parezca, sólo me viene un rostro a la cabeza mientras el corazón me late a toda velocidad y cada vez respiro menos profundamente.

Molly.

¿Quién hará de hermana mayor ahora?

Tengo la impresión de que los ojos se me salen de las órbitas.

Voy reduciendo el movimiento de las extremidades hasta que me quedo quieta, sin energía en los músculos para seguir forcejeando. No tengo aire suficiente para seguir empujando.

Oigo un gruñido lejano y siento unos dedos ásperos en la mejilla. Alguien me quita la mordaza, ruedo hacia un lado y toso hasta que parece que me van a estallar los pulmones.

Miel de abeja dulcinea y agua caliente del Leteo: para los ataques de tos intensos. ¿Qué probabilidad hay de que tengan una poción a bordo? Me entran unas ganas extrañas e irrefrenables de reír, pero se desintegran con otro golpe de tos.

Cuando acabo, abro la boca y grito.

Nadie me hace callar.

Y si me dejan chillar, es porque creen que nadie va a oírme. Porque estoy sola.

Me permiten gritar hasta que me desgañito. Esperan que mi cerebro se dé cuenta de que es inútil, cosa que acaba sucediendo.

—Ve a buscarla —oigo que dice una voz masculina y ronca.

Hacen que me siente y tomo varias bocanadas de aire fresco, agradecida por no tener que soportar el aire contaminado por los gases del motor del barco.

Me quitan el bolso con brusquedad, sacándomelo por encima de la cabeza, y vuelcan su contenido en el suelo. Oigo el ruido sordo del teléfono al caer, de la invitación a la fiesta, del brillo de labios, de mis zapatos de tacón. Ahora todos esos objetos parecen increíblemente frívolos. Por último, abren la cremallera del bolsillo interior y el estómago se me encoge. Sacuden el bolso para sacar lo que hay dentro y noto un golpe en el suelo.

Se me saltan las lágrimas al oírlo. El sonido del cuero sobre los tablones de madera.

Mi diario de pociones.

«No deberías haberlo traído, idiota», me reprocho.

Suelto un gemido al advertir un nuevo sonido insoportable: están lanzando algo por la borda. Mis cosas. Varios chapoteos en el agua.

—Por favor —imploro, con lágrimas en las mejillas. Imagino mi diario empapado en el río. La correa de piel desatándose, las páginas desperdigándose a la deriva, la tinta corriéndose…, hasta alcanzar el fondo y que nadie vuelva a verlo jamás. El trabajo de mi vida se va a pique. Una última morada compartida con huesos antiguos—. ¿Qué queréis de mí? —Odio el tono suplicante de mi voz.

Alguien habla tan bajo que casi no entiendo las palabras:

—No, eso no. Dame eso.

Siento unos cuantos pasos que vienen hacia mí y el barco se tambalea. Mis hombros se tensan.

Algo me cae en el regazo. Es mi bolso. Hay algo dentro que pesa. Con las manos entorpecidas por la desesperación, busco a tientas el cierre.

Cuando toco el cuero, no puedo disimular el alivio. Mi diario está ahí. Y está intacto.

—Ningún alquimista debería ir sin su diario, ¿verdad? —comenta la voz.

Me embarga tanto la felicidad que, cuando me retiran la venda, sigo con los ojos cerrados. Al abrirlos, parpadeo con fuerza. Sigue oscuro y

tardo un rato en eliminar los destellos luminosos. Cuando desaparecen, reconozco por fin a mi captor. Es el guarda de seguridad de antes, el que nos ayudó a a regresar a la fiesta.

No lo entiendo. ¿Por qué querría secuestrarme?

Entonces se le empiezan a hundir los ojos. Mi primer impulso es el de preocuparme —parece una afección grave—, pero, cuando el resto de su cara también se transforma y se desliza por el cuello como si fuera cera fundida, dejo de sentir compasión por él. Ahora siento terror por mí.

Porque la figura que emerge detrás de la cera es la última persona a la que querría ver.

Emilia Thoth.

33

SAMANTHA

—Samantha Kemi. —Cada una de sus palabras suena áspera y espesa, como si tuvieran que pasar por brasas encendidas para salir de la boca.

Lo primero que pienso es que parece monstruosa. Si bien no hace mucho que la vi en las Tierras Salvajes de Zambi, al final de la Expedición, parece que haya envejecido cincuenta años. Las venas que se le ven bajo la piel son aún más negras y sus uñas están curvadas y afiladas como garras. El brillo dorado de su pelo, que antes se asemejaba al de la princesa Evelyn, ahora es de un color blanco sucio.

Poción suplantadora.

Me dan ganas de vomitar sobre los tablones de madera cuando me doy cuenta de que Zain y yo hemos sido quienes le hemos permitido el acceso a la fiesta. Los demás guardas nos vieron salir y no se extrañaron de que regresáramos acompañados por otro guarda. En realidad, se trataba de Emilia.

Me estremezco.

El barco es una de esas casas flotantes características de Laville. La mayoría de ellas está pintada con colores brillantes, aunque la nuestra, bajo la luz tenue, parece muy descuidada: la pintura se ve parcheada y descascarillada, y el barniz, envejecido. Nos encontramos al aire libre, pero no veo lo suficiente para saber nuestra posición exacta. En las orillas no hay muchas luces, por lo que debemos de estar lejos de la ciudad.

—Tienes que estar hambrienta. Sé que apenas dan nada de comer en esas fiestas reales. —Emilia chasca los dedos hacia alguien que se encuentra dentro, un chasquido sonoro que me hace temblar.

De la cabina sale un hombre que se dirige hacia mí a grandes zancadas y me saca de la caja tirándome del brazo. Cuando por fin me levanto de mala gana, me empuja hacia adelante. Con los brazos todavía atados a la espalda, los músculos de los hombros me duelen a rabiar.

—Vamos, Ivan —le incita Emilia mientras nos adelanta.

Su cuerpecillo está sumergido en el enorme disfraz de guarda de seguridad. El hombre me agarra la cabeza y hace que me agache para esquivar el dintel. Cierran la puerta detrás de mí e Ivan me empuja hacia un banco bajo. Hago una mueca de dolor al sentir que se me aplastan las muñecas contra la pared sin que me dé tiempo a apartarlas. Él se inclina sobre mí y, con dos cuchillazos, me corta las cuerdas de las manos. Las sacudo para que me vuelva a circular la sangre y desentumecerme los dedos. La cuerda me ha dejado unas marcas profundas y rojas en las muñecas.

Emilia desparece por detrás de otra puerta, así que me concentro en mi segundo captor. Ivan es un tipo grande y abominable, calvo, pálido como la leche y con unos músculos hinchados que sobresalen por su camiseta negra. Es como si lo hubieran sacado de un libro de ilustraciones de hombres musculosos. Cumpliendo a rajatabla las órdenes de Emilia, se queda junto a una pequeña hornilla y vierte una gran cucharada de gachas blancuzcas y grumosas en un cuenco. Lo suelta en la mesa con un golpe y me lo acerca.

Me quedo mirando las gachas mientras sigo frotándome las doloridas muñecas. Aunque me ruge el estómago, no tengo hambre. De cerca, me doy cuenta de que las gachas están hechas con alubias aplastadas. Muchas variedades de alubias tienen propiedades mágicas. Quién sabe lo que Emilia habrá inventado para mí.

Frijoles de Juan: famosos por su gran tamaño y por contener el poder del crecimiento. Se dice que hay una variedad capaz de envejecer a una persona en un instante, un cruel castigo utilizado a veces durante la Edad Media.

—Come. —Emilia reaparece por la puerta. Su voz es más suave que antes; su garganta se ha recuperado de la exagerada mutación corporal. Está envuelta en un largo vestido negro con un manto y una capucha del mismo color. Instintivamente, me inclino hacia atrás en el banco, procurando que el espacio entre las dos sea el máximo posible—. ¿Sigues asustada, Samantha Kemi? —Se inclina hacia adelante, de

manera que se le refleja en la cara el círculo de luz que proyecta el quemador de aceite que cuelga del techo. Me impresiona la profundidad de las arrugas de su rostro. Quizás haya comido demasiadas alubias—. No es veneno —asegura—. Es sólo comida, corriente y moliente. Seguramente para ti también lo sea.

Vuelvo a bajar la vista hacia el cuenco de alubias. Parecen normales, pero no quiero comerlas.

—Como quieras, pero va a ser tu único sustento durante una temporada. —Su voz se va apagando.

Mis ojos se pasean por la cabina en busca de algo (lo que sea) que me convenza de que Emilia Thoth no me ha tendido una trampa ni me ha raptado.

Por desgracia, su presencia es un buen recordatorio.

—¿Por qué me has secuestrado? ¿Por qué no… me has matado directamente? —consigo soltar.

—¿Matarte? Ay, Sam, mi Sam, no me comprendes. No deseo tu sangre en absoluto…, a menos que resultara útil para una poción, claro. —Chasquea la lengua, pero yo no le veo la gracia—. Tan sólo quería pedirte un favor. —Entorno los ojos. Ella continúa—: Me he enterado de que una vez más tenemos el mismo objetivo. A las dos nos gustaría encontrar el diario perdido de tu bisabuela, ¿no es cierto? ¿No es ese el motivo de que hayas estado de acá para allá últimamente?

Me muerdo la lengua. No voy a dignarme a contestar.

—Sí, en fin. —Emilia tamborilea con las uñas en la mesa, lo cual me saca aún más de mis casillas—. Mis primeros intentos de localizarlo han resultado ser infructuosos.

—Te refieres a envenenar a mi abuelo —mascullo.

—Ah, te has dado cuenta, ¿no? Qué chica más lista. Por desgracia, los recuerdos de tu abuelo están incompletos y es un hombre testarudo. No acepta mi intromisión. No obstante, tú llevas su sangre. Tal vez sus recuerdos te revelen cosas que yo no logro ver. Cuanto antes encontremos el diario, antes le salvarás la vida.

—Querrás decir que antes conseguirás subir al trono de Nova.

Se echa a reír. Su risa rechina como neumáticos contra la grava.

—¿Crees que yo soy el verdadero peligro? Mírame. No puedo ser reina con este aspecto. Soy un peón. Bueno, tal vez me parezca más a un alfil; eso no cambia el juego. Necesito ese diario, aunque no es para mí.

Por un instante, pienso en cómo será estar tan deformada por las pociones para no poder relacionarse con la sociedad. Parece triste. Aunque, un momento, ¿siento lástima de Emilia Thoth? No tenía por qué actuar así.

Y mientras medito sobre las incongruencias de su relato, el odio regresa a mí con toda su fuerza.

—No te creo. ¡Quieres el aqua vitae para mejorar tu aspecto!

Sacude la cabeza.

—Te equivocas, pero con el tiempo lo entenderás.

Me llevo el cuenco de alubias a los labios y, en un ataque de ira, se lo lanzo a la cabeza. Ella lo esquiva con facilidad, el recipiente se estrella y la espesa pasta chorrea por toda la pared.

En un segundo tengo a Ivan encima sujetándome los brazos sobre la espalda y atándomelos de nuevo con la cuerda. Forcejeo y me revuelvo sobre el banco, pero él es mucho más fuerte que yo.

—Mi familia no se va a olvidar de mí. ¡La princesa enviará a su gente para que me rescaten!

Los labios secos y agrietados de Emilia se extienden en una sonrisa. Entonces se levanta despacio de la mesa y, aunque sus extremidades se resisten a cualquier movimiento, descubro fuerza en sus ojos.

—Espero que mis jefes vengan pronto, porque entonces te darás cuenta de lo que está en juego —declara, y al apoyarse en la mesa aproxima la cara de una manera terrorífica—. Y, a menos que me ayudes a conseguir lo que quieren, me aseguraré de que no recuerdes a tu familia.

34

www.expedicionsalvajeadebate.com/foros/

LAFAMILIAKEMI

[PUBLICACIONES MÁS RECIENTES]

AmanteCorriente3000 dice: ÚLTIMA HORA. Explosión en el Baile de Laville. Un muerto y treinta y seis heridos graves. SAMANTHA KEMI y un guarda desparecidos. Mi pregunta es: ¿dónde está Samantha Kemi?

154 respuestas

Castillione dice: NO. Definitivamente, NO está en Runustán. Por favor, ¿podríamos dejar de compartir esa foto retocada de cuando estuvo allí hace un par de días? Las pistas falsas NO AYUDAN. Los últimos informes de la policía indican que sigue en algún lugar de Pays. De hecho, allí es donde se encuentra Zain (es probable que para seguir las pistas más relevantes). Han aconsejado a la familia Kemi que permanezca en Kingstown por si regresa. Esta tarde a las 18:00 llevarán a cabo una petición de liberación ante los medios.

NOTA DEL MODERADOR Dado que este hilo avanza tan rápido, rogamos que comprueben que la información aportada no ha sido desmentida con anterioridad. Todo aquel que publique de

forma pública información falsa o engañosa será expulsado del foro de forma permanente. Está en juego la vida de una chica.

Ushuanado dice: Sé que ahora todas las noticias giran alrededor de Samantha Kemi, pero ¿alguien ha visto que una furgoneta de ZA apareció ayer en el hospital general de Kingstown supues-tamente para tratar la enfermedad de Ostanes Kemi? Sin duda se trata de algo IMPORTANTE.

www.expedicionsalvajeadebate.com/foros/
PRINCESAEVELYN
[PUBLICACIONES MÁS RECIENTES]

DestuctorReal dice: ¿Nadie se ha planteado la posibilidad de que las explosiones del Baile de Laville estuvieran causadas por el poder descontrolado de la princesa? Nadie la ha visto desde la explosión. Todos predijimos que algo así ocurriría. Menos mal que ha sucedido en Pays y no en Nova, ¿verdad? Es cuestión de tiempo que nuestro gobierno tome medidas. NO PERMITAN QUE LA PRINCESA REGRESE A NOVA.

35

SAMANTHA

Me dejan sola en la cabina. Por una parte, reconozco que es agradable no estar embutida en una caja sobre la popa, atada, vendada y amordazada. El resto de mí es una máscara entumecida y vacía. Me gustaría hacerme un ovillo y aislarme de la realidad.

Cuando regresan a por mí, creo que no me he movido ni un centímetro. Me sacan del barco y me meten en una camioneta. Avanzamos a toda velocidad por una carretera de grava vacía a través de un terreno desconocido.

Menos mal que no me han sentado cerca de Emilia, porque podría intentar morderla. ¿Acaso tengo algo que perder?

¿Me permitirá Emilia ver a mi familia de nuevo? No soy tan estúpida como para creer que me vaya a dejar marchar sin más, tenga o no el poder suficiente como para alterar mis recuerdos.

«Te quiere por alguna razón», me digo. Eso tampoco me reconforta, porque, sea lo que sea, no voy a dignarme a concedérselo.

«Acéptalo. Eres mujer muerta». Y ahora no puedo evitar que se me salten las lágrimas. Recuerdo cómo estaba una hora antes de que me secuestraran. ¿De verdad estuve contemplando el Árbol de las Luces con Zain, pensando en lo bonito y admirable que era el mundo?

Y Stefan, el apuesto príncipe que parecía tan encantador, aunque también un poco rapaz, ¿sabía lo que me esperaba?

Pienso en Zain. En que tal vez nunca llegue ese día y jamás consigamos tener esa cita formal. Pienso en mi abuelo, inconsciente en el hospital. Puede que ni siquiera tenga oportunidad de despedirme de él. Y pienso en mi familia: ya les he dado otro motivo de preocupación,

justo cuando parecía que nada podía ir peor. Lo he echado todo por tierra.

Es demasiado para mi cerebro. La oscuridad, unida al movimiento constante de la camioneta y a mi dolor de huesos, me sume en un sueño agitado.

Cuando me despierto, no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado, sólo sé que por fin nos detenemos. El sonido brusco de los portazos me saca de mi somnolencia y me pone alerta. Vienen a por mí.

Ivan salta hacia la parte trasera de la camioneta. Me echa una manta por encima y me arropa como si fuera un bebé.

Frente a nosotros hay una barrera de árboles, pinos enormes que han soltado una alfombra de agujas marrones sobre el suelo. Detrás de mí se extiende el campo verde salpicado por alguna que otra granja o granero. Sé que vamos a adentrarnos en ese bosque oscuro y aciago, porque hay un camino tortuoso que parece perderse en su interior. Me siento como si estuviera a punto de internarme en una tierra de cuentos de hadas, pero no de los bonitos con final feliz, sino de los terroríficos que acaban con los huesos de una chica devorada por los ogros.

Aunque no me cuadra con las fotos que he visto antes, sé que debemos de estar en Gergon. Por el paisaje también podríamos estar cerca de Prusia o incluso en la zona norte de Nova (eso sería una suerte). Sin embargo, creo que nos encontramos en Gergon porque vamos a cambiar la camioneta por un carromato tirado por un caballo.

En clase de historia nos enseñaron que en algunas partes de Gergon se oponen a la tecnología y rechazan todos los aparatos eléctricos. A algunos nos pareció un dato curioso; no imaginábamos una vida así. Y ahora, aquí estoy.

Me meten en la parte de atrás de un carromato y me siento sobre una paca de heno. Ivan me encadena al carro, como si fuera a echar a correr bosque a través.

Emilia va delante, en un carruaje negro tirado por un par de caballos negros.

Los que tiran del nuestro son menos elegantes; parecen unos caballos de granja reclutados para tal fin. Mejor. No tienen pinta de irse a poner a galopar mientras sigo aquí detrás encadenada.

Ivan se mueve con pesadez hacia la parte delantera y toma las

riendas. Vuelve la vista hacia la camioneta con un gesto pensativo. Resulta interesante saber que no a todo el mundo en Gergon le agrada la ausencia de vehículos motorizados.

Las cadenas tienen holgura suficiente como para permitir que me tumbe en las pacas de heno. Mis ojos amenazan con cerrarse. Me pellizco para mantenerme despierta. Fingir que todo es un sueño no va a servir de nada.

Miro hacia el laberinto de árboles. Tienen algo extraño, y me lleva un rato darme cuenta de qué es lo que me perturba. Un área tan extensa de árboles debería ser parte de las Tierras Salvajes, un refugio para las criaturas mágicas. Si atravesara este bosque en cualquier otro lugar, temería que los lobos gigantes me acecharan entre los árboles y que los fieros osos pardos aparecieran en los claros. Aun así, hay algo demasiado cuidado en toda esta zona. Los árboles están plantados en hileras perfectas, los caminos se abren de un modo que deja clara la interferencia humana. O no, no son humanos los que han intervenido, sino dotados. No se trata tanto de un bosque como de un jardín, semejante al del Palacio de Laville. Pero en algunas partes de Gergon empiezan a preferir lo siniestro y oscuro en vez de lo cuidado y prístino. De modo que han creado un bosque oscuro terrorífico y perfecto.

Pierdo la noción del tiempo mientras oigo el monótono traqueteo del carromato y el ruido de los cascos de los caballos sobre el suelo pedregoso. A pesar de la oscuridad del bosque, el cielo está completamente azul y disuena con mi estado de ánimo actual. Sería más apropiado que hubiera nubes tormentosas, rayos y lluvias torrenciales. Al menos la lluvia me aliviaría el dolor de muñecas, que me siguen escociendo a rabiar.

Necesito un bálsamo para curarlas, algo para las profundas llagas provocadas por las cuerdas.

Extracto de chumbera mezclado con lágrimas de sirena: perfecto para curar llagas.

Al otear al cielo me acuerdo de Anita. Solíamos pasar horas tumbadas en el césped de High Park buscando el nombre perfecto para el color del cielo de ese día. «Azul» no nos parecía suficiente. En cada estación parecía cambiar, desde el azul pálido y polvoriento del invierno hasta el celeste espeso y lleno de nubes, el lapislázuli penetrante y luminoso del verano o el cerúleo ahumado del otoño.

Anita siempre prefería los azules más claros y, para su decimosexto cumpleaños, estuve todo el invierno en el laboratorio perfeccionando un preparado que brillaba tanto como el cielo de un día caluroso de verano. Mereció la pena al ver su cara de felicidad cuando recibió el pequeño vial azul engarzado en un colgante dorado. Así, incluso en los días más grises, tendría algo por lo que sonreír.

Me incorporo en cuanto dejo de ver las copas de los árboles. Una vez que el bosque termina y comenzamos a atravesar campo raso, vislumbro por fin el lugar hacia el que nos dirigimos.

Se me corta la respiración.

Es un castillo construido en el precipicio de una enorme montaña, adherido a uno de sus laterales como un percebe a un barco. Cuento por lo menos tres torres redondas con terminaciones cónicas de un tono naranja oscuro desvaído, lo único que no es de piedra blanca. Contrasta con el gris sucio de la montaña, como una mancha blanquecina en el risco. Es el tipo de lugar que podría estar custodiado por un dragón.

Y no me equivoco. Cuando atravesamos las puertas que conducen al castillo, diviso una insignia medio rota de un dragón con una corona. El símbolo de la familia real de Gergon.

Encojo las piernas contra el pecho. ¿Es aquí donde Emilia ha estado escondida todo este tiempo? ¿Quién le ha dado acceso a un castillo? «Soy un peón. Bueno, tal vez me parezca más a un alfil», dijo Emilia. Si es así, ¿están los reyes de Gergon detrás de esto? Ojalá hubiera prestado más atención durante las clases de Historia Universal, quizás así lo sabría.

No conozco los hechos, pero sí algunas leyendas. Existen muchas historias famosas surgidas de los confines más tenebrosos de Gergon. Algunas son bonitas: cuentos de princesas que viven en suntuosos castillos y son rescatadas por apuestos príncipes que matan dragones en su honor. De pequeña, mi cuento favorito de Gergon era el de dos niños que convertían en azúcar todo lo que tocaban. Vivían en una casa de caramelo. Tenía incluso un libro ilustrado con unos dibujos impresionantes. El cuento presentaba otra ventaja: me enseñó a ser buena, a jugar con otros niños, a compartir… y a no comer demasiados dulces.

Bueno, al menos así era esa versión. Más tarde, encontré en la biblioteca pública próxima a casa una vieja colección de tapa dura que

contenía cuentos de Gergon. En ellos se relataba la historia de los caramelos como la habían escrito originariamente. En esa versión, los dos hermanos se volvían avariciosos y empezaban a pelearse. Al final, la hermana convertía al hermano en tofe y se lo comía. Precioso.

La idea me hace elevar la vista hacia el castillo. Me pregunto si me espera un espantoso destino en su interior, si me convertiré en el personaje de uno de esos cuentos. La aprendiz de alquimista que pasa a ser el ingrediente de una nueva poción. ¿Tal vez los dedos de mis pies y mis manos acaben pulverizados en aras de la alquimia?

Se me eriza el vello de los brazos, a pesar de que el aire es cálido. La verdad es que estos pensamientos no me están ayudando.

Atisbo por encima de las tablillas de madera del carromato. En la base del castillo hay un pueblecito, pero no logro distinguir a nadie en los alrededores. Se asemeja a esos pueblos artificiales que he visto en los parques temáticos, donde se describe cómo fue la vida hace cientos de años. Aunque sí advierto señales de vida: una carretilla rebosante de manzanas que se balancea; el maullido de un gato delante de una puerta cerrada, desesperado por entrar; el movimiento brusco de una cortina. Por lo tanto, hay gente.

Estiro el cuello para mirar por las ventanas. Está oscureciendo, pero no hay luces encendidas, ni siquiera el titileo de una vela; tampoco se ve el parpadeo delator de una televisión encendida. «¿Qué hará esta gente para entretenerse?», me pregunto.

No hay cables de teléfono ni indicios de teléfonos fijos o móviles. A menos que sean tan sofisticados como para haber desarrollado tecnología subterránea (lo cual dudo), no habría forma de enviar mensaje alguno en caso de que consiguiera escapar. ¿Cómo voy a pedir ayuda? ¿Con una paloma mensajera?

Vuelvo la mirada del pueblo al castillo, que se alza frente a nosotros. Es difícil ver dónde acaba el castillo y dónde empieza la montaña, como si la propia montaña escupiera torres, tejados cónicos y torretas. Me pregunto quién lo construiría, quién tendría la audacia de esculpir un hogar en un precipicio.

Se me pasa por la cabeza una idea desoladora: una vez dentro de ese sitio, será aún más difícil escapar. Tiro de las cadenas hasta que me duelen las muñecas y los tobillos, pero no ceden.

Me desplomo sobre el heno. Al pasar por debajo de la puerta principal, observo los barrotes por encima de mi cabeza y, cuando

vuelven a bajar casi rozando la parte trasera del carromato, se derrumba también mi última esperanza.

36

SAMANTHA

—¡Vamos, espabila!

No podría odiar más a Emilia. Las piernas se me resisten a funcionar como es debido, tengo un hormigueo en el pie izquierdo desde que me quitaron la cadena del tobillo. Salgo cojeando.

Mi primer instinto es mirar hacia arriba. Antaño debió de ser un vestíbulo impresionante; ahora, la mayor parte de la decoración se ha desprendido de las paredes (o tal vez la hayan robado). Veo un cuadro por encima de mí al que han despojado de su marco dorado; en el lienzo aún se distingue el rostro adusto de un anciano con una larga capa. No parece muy contento de que lo hayan expoliado. La única señal de opulencia en el vestíbulo es una lámpara de araña de oro demasiado elevada como para alcanzarla. Quienquiera que viviese aquí debía de tener unas varas muy largas para encenderla. En las cadenas que sujetan la araña al techo hay dos serpientes doradas con piedras preciosas rojas a modo de ojos.

Sé que mi cara revela mi extrañeza. Las serpientes entrelazadas son un antiguo símbolo que representa las fuerzas opuestas que la alquimia procura equilibrar: la vida y la muerte, la enfermedad y la salud, lo corriente y lo dotado. También nos advierte sobre la naturaleza de nuestro trabajo: las mezclas que creamos pueden ayudar o dañar.

Esta versión del símbolo me provoca escalofríos, con esos ojos que centellean cuando pasamos por debajo. No me extraña que Emilia eligiera este lugar para establecerse. Su repugnancia le va como anillo al dedo.

—Llévala arriba, Ivan. Así descansará mientras lo organizo todo.

—¡No voy a ceder en NADA! —Intento gritar la última palabra, pero sólo emito un sonido ronco.

—Ah, y dale un poco de agua a la niña. Necesito que sea capaz de hablar.

Ivan me asesta unos cuantos empellones violentos hasta que llegamos a la escalera. Por suerte, me arrastra escaleras arriba, no abajo, lo que significa que no me van a arrojar a una horrible mazmorra.

Subimos cinco tramos de escaleras antes de que me empuje por un pasillo con varias puertas cerradas. Abre la tercera y me hace un gesto para que entre.

Obedezco, demasiado cansada para cualquier otra cosa. Hay un lavabo en una esquina y llena de agua una jarra de barro. Me pone la jarra en la mano y gesticula para que beba.

—¿Nunca hablas? —le pregunto. Él hace un movimiento para obligarme a tragármela—. ¡Vale, vale, ya me la bebo! —Me reconforta aliviar la sed. En cuanto acabo, agarra la jarra y se la lleva. Mierda. Se esfumó mi posibilidad de golpearle con ella en la cabeza.

Oigo que echa el cerrojo. Ahora que estoy sola en mi «nueva habitación», compruebo que no haya vías de escape, armas, ingredientes potenciales o algo que me pueda ayudar a escapar o a comunicarme con el mundo exterior. Por el ventanuco sólo veo un abrupto despeñadero y unos cuantos abultamientos rocosos sobre los que sería muy doloroso caer. Además, aunque consiguiera fabricar una cuerda, la ventana es demasiado pequeña para meterme por ella. Qué mal.

La habitación es minúscula —si estiro los brazos, llego de lado a lado— y sólo hay una camita y el lavabo. Me recuerda a las fotos que Arjun le mandaba a Anita de su dormitorio en la universidad. Tal vez este castillo fuera antes una universidad cutre. O un monasterio, porque es demasiado sobrio.

No hay un solo enchufe en las paredes ni nada que sirva para cargar un aparato eléctrico, en caso de que tuviera conmigo el móvil. Sé que no debería extrañarme —hasta ahora no he visto rastro de electricidad —, pero me asusta pensar que ni siquiera existe la posibilidad. Sé que es triste, pero el móvil es mi vida.

Hago recuento de las cosas positivas. Al menos, tengo una cama con sábanas para estar cómoda, un lavabo para lavarme, agua para beber y, con suerte, espero, un baño limpio para no tener que usar un

orinal. Sobre la cama hay un par de pantalones de algodón y una camiseta para cambiarme, cosa que está muy bien, porque sigo con el vestido de fiesta, poco práctico a la hora de intentar huir.

Una vez que me he cambiado de ropa, me aferro al bolso como si fuera un salvavidas. La cama cruje cuando me siento en ella y se levanta una nube de polvo, como si llevara años sin usarse. Coloco la bolsa con mucho cuidado en el suelo y saco su único contenido: mi diario de pociones. No me creo que hayan permitido que me quede con él.

—¿Qué haría Kirsty? —digo en voz alta. Necesito llenar el silencio.

«Mantendría los ojos bien abiertos en todo momento —pienso—. Lo memorizaría todo por si algo resultara útil». Intento recordar el viaje. Había pilas de cristales rotos fuera de los muros y hogueras con escombros todavía humeantes. Si no lo supiera, diría que estaban haciendo obras. También estaba la misteriosa pareja de serpientes que vi en la entrada. Si consigo averiguar dónde me encuentro, quizás obtenga alguna pista acerca de cómo salir de aquí. O, si tengo oportunidad de mandar un mensaje, de que alguien sea capaz de encontrarme.

Lo siguiente que hago es examinar mi bolso. ¿Podría usar las asas de algún modo? No son muy largas. ¿Y arrojarle a alguien el diario a la cabeza? Pesa bastante, pero no causaría ningún daño duradero, además de fastidiar.

Tal vez tenga por ahí alguna horquilla que me sirva para forzar la cerradura…

No es más que una ilusión; aun así, rebusco por el bolso. En el bolsillo delantero no hay nada más que pelusas. El bolsillo principal también está vacío y tiene un agujerito en el forro.

No tengo ni idea de para qué podría servirme el forro de seda, aunque apuesto a que a Kirsty se le ocurrirían varias ideas.

Entonces rozo algo con los dedos. Al principio creo que son imaginaciones mías, que me engañan los sentidos, como una sacudida estática. Pero no, hay algo entre mis yemas. Parece que estuviera sujetando una bola de aire: firme pero suave.

Saco el objeto y aguanto la respiración. Brilla sobre mi palma con una luminosidad deslumbrante. Es la luz que me dio la insectohada, el regalo perfecto que ya había olvidado. Por fin tengo tiempo para examinarlo más de cerca. Se trata de una delicada luz del tamaño de una moneda de una corona que reluce con suavidad. Cuando cierro la

mano, brilla aún más. Cuando la abro, el resplandor vuelve a disminuir.

Es el primer rayo de esperanza que veo desde la fiesta. Guardo la bola de luz dentro del puño. Es lo bastante pequeña como para atármela al cuello con una de las hebras que colgaban de mi vestido. Quizá no noten que la llevo debajo de la camiseta.

Ahora que he agotado todas las opciones de fuga, me tumbo sobre la cama e intento dormir. Tengo que admitirlo: estoy bastante asustada. Es como si me sujetaran los ojos con pequeñas agujas y, por más que quiero cerrarlos y olvidarme de todo, me resulta imposible.

No se parece en nada al miedo que sentí durante la Expedición Salvaje. No es la adrenalina lo que me mantiene despierta, sino la tristeza.

Sé que probablemente estén llevando a cabo una investigación para dar conmigo. Mis padres deben de estar buscándome. ¿Y Zain? ¿Y Evelyn? A menos que se llevaran a más gente a otros lugares. Pero ¿por qué? Yo soy la única a quien quiere Emilia. No sé si Evelyn posee algún tipo de sistema de supermonitorización con el que encontrarme. ¿Y si piensan que ya estoy muerta? ¿Le habrán suministrado ya la medicina a mi abuelo o se habrán distraído por mi culpa?

Los pensamientos no paran de saltar de un lado a otro. Antes de poder seguir dándole vueltas, la puerta se abre.

—Ven conmigo —me apremia Ivan en un novaniano tosco.

37

SAMANTHA

No quiero averiguar qué pretende Emilia. No obstante, nunca escaparé si no salgo de mi celda.

Sigo a Ivan por el pasillo, giramos en dirección opuesta a la que vinimos y, para mi alivio, no me venda los ojos. Pasamos por delante de un gran ventanal y miro hacia fuera para intentar orientarme. Debemos de encontrarnos en una de las torres circulares, ya que la pared está curvada. El espeso bosque por el que llegamos se extiende hasta donde alcanza la vista, salpicado aquí y allá por pequeñas volutas de humo que se elevan desde viviendas ocultas. Aparte del pueblecito situado a los pies de la fortaleza, no hay ninguna otra aldea o ciudad.

Ivan me suelta un gruñido que significa que me he demorado demasiado.

—¿Dónde vamos? —pregunto sin esperar una respuesta, pero cansada de tanto silencio. Mi propia voz es mejor que nada—. ¿Y quién eres tú, a todo esto? ¿El perrito faldero de Emilia o algo así?

Vuelve a gruñir y yo suspiro. Me lleva por una estrecha escalera de caracol que parece descender en espiral durante una eternidad. Cada vez que llegamos a un rellano, estiro el cuello para ver todo lo posible.

Cruzamos con sigilo el quinto descansillo, donde me doy cuenta de que el castillo tiene algo raro. Lo he estado comparando con los palacios de Nova y Laville, y de improviso me doy cuenta de que aquí hay puertas por todas partes. Si perteneció a la familia real de Gergon, no habrían necesitado tantas puertas; he visto a Evelyn atravesar paredes en menos de un suspiro. Incluso la nobleza con menos poder intentaba imitar esa moda escondiendo las puertas detrás de grandes

cuadros o tapices para dar la sensación de que su poder mágico era enorme. Aquí no hay nada de eso.

Por fin abandonamos la escalera a dos pisos bajo tierra.

Me quedo boquiabierta. Ya no nos encontramos en un castillo, sino en una cueva tan grande que podría albergar uno entero en su interior.

Del techo cuelgan estalactitas tan puntiagudas que parece el interior de la boca de un monstruo. Me rodeo el cuerpo con los brazos para intentar contener los escalofríos. Miro sin parar hacia un lado y hacia otro y el corazón se me desboca cada vez que creo ver un rostro amenazador en las oscuras cavidades. «Sólo es tu imaginación —me repito tras asustarme con lo que parece un murciélago gigante que pende del techo—. No es más que una estalactita con una forma extraña».

Algo que no es fruto de mi imaginación es el agujero gigante que se abre en el centro de la cueva y que desemboca en un remolino de agua.

Ivan me tira del brazo y doy un traspié. Mis piernas se resisten a moverse. No hay adonde ir, salvo hacia ese pronunciado precipicio que lleva hasta el agua, y quién sabe las rocas puntiagudas que habrá debajo. «¿Así es como voy a morir?».

Mi cerebro está poco dispuesto a cooperar.

A medida que nos acercamos al agujero, veo una pasarela estrecha que recorre su perímetro. Por ahora no voy a morir. Mientras la atravesamos, miro hacia abajo, hacia el abismo que se abre a mis pies. La cabeza me da vueltas por el vértigo, así que fijo la vista en el camino. No suelo tener miedo a las alturas, pero este precipicio me aterroriza. Doy gracias a los dragones por el gran tamaño de mis pies, ya que al menos me estabilizan.

Por suerte, cuando alcanzamos el otro lado, el suelo se vuelve a ensanchar. La cueva se divide en varias «salas» más pequeñas y el techo desciende hasta una altura normal.

El hombre me conduce hasta una de esas salas. Me estremezco al descubrir quién me espera. Emilia nos da la espalda. Incluso así irradia maldad, con sus escápulas tan afiladas como guadañas visibles a través de la fina tela de su vestido.

Frente a ella hay una pizarra y detrás, varias filas de pupitres. ¿Un aula en una cueva? Todo es cada vez más raro.

Emilia mira fijamente la pizarra con las manos en las caderas. Si no lo supiera, diría que está analizando un problema que no sabe cómo

resolver. Pero la pizarra está vacía.

—Sam, siéntate.

Señala uno de los pupitres. No quiero hacerlo, pero Ivan me empuja para que lo haga. Al final cedo y me inclino para acoplarme a la mesa. Él masculla unas cuantas palabras al aire y me apunta con su bastón. Unas cadenas me rodean las muñecas y me atan al pupitre. Pongo mala cara.

—Estas son las cuevas de Vul, ¿las conoces? —Emilia se da la vuelta.

Sacudo la cabeza sin pensarlo y luego maldigo en silencio. Tanta parafernalia para no revelar nada.

Chasquea la lengua y el sonido reverbera en las paredes.

—¿Ya no os enseñan nada en el colegio? Pensaba que una Kemi habría oído hablar de la Escuela Visir de Alquimia.

—¡Pero si está en ruinas! ¡Ya no existe! —exclamo de manera impulsiva.

—¿Ah, no? Mira a tu alrededor, Sam. Yo diría que existe. Piensa en la cantidad de pociones increíbles que se descubrieron aquí. Para ser sincera, esto es una maravilla.

¿La Escuela Visir? Entonces, estamos en Gergon. Y la escuela no es que sea famosa, es *legendaria*.

—No se parece en nada a… —He visto fotos de la Escuela Visir. Era como un colegio normal, en el centro de Byrne, la capital de Gergon. Ahí es donde esperaba que me llevara el príncipe Stefan, no aquí.

Emilia sonríe con satisfacción.

—Las fotos que has visto son un engaño para ocultar su ubicación.

Frunzo el ceño. Puede que la Escuela Visir fuera legendaria en sus tiempos, pero ahora es irrelevante. Pertenece a la Edad Media, junto con las velas de sebo, las armaduras de cota de malla y las palomas mensajeras. Cerró sus puertas hace más de un siglo, aunque antes sufrió una muerte larga y lenta. Claro que fue un lugar de estudio para los alquimistas, pero ¿cuándo fue eso? ¿Hace doscientos o trescientos años?

De pronto, las piezas empiezan a encajar. Todas esas puertas eran aulas. Los montones de cristales rotos de fuera eran viejos matraces, redomas y tubos de ensayo que ya no se usan. Las serpientes gemelas simbolizan la alquimia. Ahora me doy cuenta.

Puede que la Escuela Visir cerrara oficialmente, pero hay al menos una persona que sigue haciendo uso de sus enormes recursos.

Emilia me escruta con una intensidad que me revuelve el estómago.

—Te he traído aquí por una razón. En el mundo sólo existe una pizarra como esta y se fabricó aquí, en la Escuela Visir. Dicen que ahora toda la innovación se realiza en los laboratorios sintéticos, pero olvidan cómo es la verdadera habilidad artística… —Pasa el brazo por la superficie.

¿Verdadera habilidad artística? Para mí se trata de una simple pizarra vieja y sosa. La han pintado hace poco, eso seguro, porque es tan negra que mis ojos parecen no enfocarla bien. En ese instante, se produce un cambio en su fondo negro y lóbrego y, de forma involuntaria, retrocedo en mi silla. Quizá sí que tenga algo especial, después de todo.

—¿Por qué estoy aquí? —No puedo cruzar los brazos por culpa de las cadenas, de modo que dejo que cuelguen mientras mantengo los puños cerrados.

—Necesito tu ayuda. *Nova* necesita tu ayuda.

Levanto las cejas.

—¿Me estás diciendo que ahora ayudas a Nova? No me lo creo.

—Para no andarnos con rodeos: sí. Pero debemos darnos prisa antes de que… —Sacude la cabeza—. Si pronuncio su nombre, invocaré su presencia.

Me reiría si no estuviera tan aterrorizada.

—Aunque te creyera, nunca te ayudaría.

—¿Ni siquiera si te devolviese a tu abuelo?

Me revuelvo en mi asiento y se me encoge el estómago.

—Por eso me querías con tanta urgencia, porque se está muriendo.

Emilia se precipita hacia mí y se me acerca tanto que percibo el nauseabundo olor de su aliento. Me echo hacia atrás, pero no puedo apartarme.

—Deberías considerarte afortunada de que yo encontrara a tu abuelo antes que alguno de los otros.

—Está en el hospital por tu culpa. —Entorno los ojos y me obligo a no temblar delante de ella—. Le atacaste, le arrebataste sus recuerdos, ¿y ahora dices que debería agradecértelo? Has perdido la cabeza.

—Estamos malgastando el tiempo —insiste—. ¿Qué tal si te enseño lo que quiero de ti y así decides por ti misma?

Se dirige hacia un armario alto que está apoyado contra la pared gris de la cueva, en uno de los laterales del aula. Se trata de un exquisito y lustroso mueble de caoba con complejas incrustaciones de marfil. Otro indicador de lo lujosa que era la escuela. Cuando abre las puertas, veo varias filas de tubos de ensayo que cuelgan de una gradilla integrada. Algunos tienen tapones rojos; otros, blancos. Escoge un vial con tapón blanco lleno de un líquido negro, tanto como la pizarra. Sin embargo, también percibo reflejos de colores en su interior, como los de la gasolina cuando reflecta la luz.

Lo gira tres veces mientras el temor se apodera de mi garganta y me impide respirar. Quita el tapón, se aproxima a la pizarra y vierte el contenido desde lo más alto.

El líquido es espeso y viscoso como la miel, y se desliza por la superficie con una lentitud agonizante. Mientras desciende, se va dispersando hasta que cubre cada centímetro de la pizarra.

Me tiemblan las manos al ver que en él se forma una imagen que reconozco. Parpadea como una película antigua en pausa.

Emilia agarra la pizarra y la arrastra sobre sus ruedas hasta que está delante de mis narices. Me agarra la mano, me obliga a tocar la imagen… y la pizarra me absorbe.

38

SAMANTHA

Al instante sé dónde estoy: en la Tienda de Pociones Kemi. Durante unos segundos me pregunto si he sido transportada a casa mediante la pizarra, pero todo parece estar fuera de lugar. El mundo es borroso por los bordes; si miro de cerca los detalles, comienzan a deslizarse y a desvanecerse. El mostrador es distinto, la caja registradora ha desaparecido, o más bien ha sido sustituida por otra más antigua con manivelas de latón y ruedas. Creo haberla visto alguna vez en el sótano de la tienda cogiendo polvo.

La imagen cambia por completo y pasa de la tienda al laboratorio. Estoy desorientada, confusa y asustada. ¿Esto qué es? Me siento como si estuviera en uno de los videojuegos de Arjun, sólo me falta tener un arma en lugar de un brazo. Intento moverme, pero no puedo. Estoy limitada a un único ángulo de visión. Me pregunto a quién pertenecerán los ojos por los que estoy mirando.

De pie, inclinada sobre un escritorio, se halla mi bisabuela. Al menos, eso creo, ya que no la he visto más que en fotos.

—¿Cleo? —inquiero sin emitir sonido alguno.

El ángulo de visión se traslada frente a un espejo y por fin veo a mi «anfitrión». Es un chico de mi edad. Su espeso cabello negro está revuelto y tiene bolsas en los ojos, como si llevara días sin dormir.

—No está bien —suelta la mujer que sospecho que es Cleo mientras despliega los brazos y arroja al suelo una poción a medio hacer—. No puedo hacerlo.

—Por favor, maestra —insiste el chico—. Tienes que hacerlo. Sin un maestro en la Tienda de Pociones Kemi, no nos quedará otra que

cerrar. No podemos permitir que eso ocurra.

—Esta forma de vida está acabada. Ya has leído las noticias. Esos sintéticos modernos tomarán el control.

Aunque los ojos del chico se cierran, siento su ira… y su miedo. Está temblando.

—Eso no puede pasar —farfulla, y vuelve a abrirlos—. No va a pasar. Por favor, maestra, sólo nos queda un obstáculo que salvar, luego podremos acudir al consejo y solicitar mi licencia.

—¿El consejo? ¿Qué es el consejo? —Los ojos de la mujer se vuelven vidriosos—. ¿Por qué me llamas maestra? Soy tu madre.

—Madre, madre. —El chico agarra su mano y la acaricia. Es un gesto lleno de ternura, pero también de desesperación—. ¿No te acuerdas del consejo alquímico? Son los que dirigen nuestra profesión. Fuiste presidenta el año pasado.

La mujer pone cara de no entender nada y sacude la cabeza.

—Deja que me vaya a preparar té —dice mientras se levanta del banco y desaparece en dirección a la cocina. Los ojos del chico se vuelven a cerrar unos instantes.

Esa no podía ser Cleo, pienso, y siento malestar en el estómago. La mujer de la que siempre me ha hablado mi abuelo era tremendamente inteligente, casi rozaba la frialdad, siempre esperando lo mejor de su hijo, siempre insistiendo en que la llamara «maestra» cuando estaban en el laboratorio.

¿No te dije que te marcharas?

Una voz retumba y me sacude hasta la médula. Estoy desorientada. ¿Proviene de mi mente? ¿De la ilusión en la que Emilia me ha atrapado? Sigo viendo a través de los ojos del chico, pero él no ha reaccionado.

Entonces siento un empujón en la mente y la visión se me nubla un instante: veo tanto el interior del laboratorio como el aula en la que estoy con Emilia. Intento zafarme de esta extraña ilusión y regresar al aula, pero Emilia vuelve a empujarme hacia el laboratorio. Estoy en medio de un perverso tira y afloja.

Fuera de aquí, largo, ¡LARGO! >—vuelve a gritar la voz.

—¡Lo intento! —chillo.

Entonces la voz cambia.

Espera, ¿quién eres? ¿Otro de los matones de esa mujer? No voy a hablar con ninguno de vosotros. SALID DE MIS RECUERDOS.

Reconozco esa voz. Sé quién es.

—¿Abuelo? —digo vacilante.

¿Samantha?

—¡ABUELO! —grita mi mente. Es increíble. Ahora lo entiendo. Estoy dentro de los recuerdos de mi abuelo. El chico de la ilusión se arrodilla en el suelo para limpiar la poción derramada. Veo su cara reflejada en el líquido negro. Es la viva imagen de la concentración. ¿Se trata de mi abuelo de… joven? Hay algo en la forma de su mandíbula, en la expresión decidida de su frente… Podría ser él. Parece que sea hace mucho tiempo. Me percato de la pequeña cicatriz que se le quedó en la ceja cuando tuvo la viruela de pequeño, antes de que Cleo desarrollara un preparado para vacunarle contra ella, a él… y al resto del mundo. Sí que es él.

—Abuelo, soy yo. ¿Hola? ¿Estás ahí? —Me entra el pánico. No quiero perderlo…, aunque sólo sea su voz.

El recuerdo continúa. Cuando el joven Ostanes termina de limpiar la poción, toma un papel del escritorio donde Cleo estaba sentada. Es una carta de recomendación de un maestro alquimista en la que asegura que su aprendiz está listo para ejercer la alquimia profesional. Es la misma que espero conseguir yo algún día. Sin embargo, al seguir leyendo, veo que esta carta no sólo dice que puede ser alquimista profesional: puede ser *maestro* alquimista. ¿Y el aprendiz en cuestión? Ostanes Kemi. ¿La maestra que lo recomienda? Cleo. Pero no está firmada.

El chico suelta el papel y se saca un pequeño vial del bolsillo. Parece dudar antes de encontrar el valor para beber la poción. Espera unos instantes, agarra una pluma y firma la carta: *Gran maestra Cleo Kemi*. Ahora entiendo para qué era la poción: para disfrazar la firma falsa ante cualquier comprobación de fraude. Se trata de una poción inteligente y complicada. Pese a que está falsificando la firma, es obvio que está capacitado para ser maestro.

Siempre he conocido la leyenda que se extendió sobre mi abuelo: que se convirtió en el maestro más joven de Nova, uno de los pocos aprendices que se saltaron todos los años de experiencia y las pruebas necesarias para pasar de alquimista profesional a maestro. Si lo que me está mostrando este recuerdo es cierto, mintió para alcanzar su posición.

Todo para mantener abierta la tienda.

Sam, ¿de verdad eres tú?

—¿Abuelo?

Pero ¿cómo estás ahí? ¿Está ella contigo? No me digas que trabajas con ella.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Llevaba mucho tiempo sin oír su voz, sobre todo sonando tan coherente. La parte sensata de mi cerebro sabe que debería estar recelosa por si todo esto resulta ser otro de los trucos de Emilia. El resto de mi cabeza y el corazón quieren creer que es real.

—¿De verdad eres tú? Yo… no estoy trabajando con nadie. Estoy aquí en contra de mi voluntad.

¿Está contigo? Sólo siento a una persona. —Su voz suena desesperada, la oigo retumbar por mi cabeza.

—No, estoy sola, creo. Pero Emilia me observa. Está al otro lado. —No sé de qué otro modo describírselo.

Oh, gracias a los dragones. No tenemos mucho tiempo. Sam, estás dentro de mis recuerdos. Los que me arrebataron.

—Entonces, ¿son reales?

Shhh, no hables. Limítate a escuchar. Estoy aquí porque, cuando Emilia robó mis recuerdos, conseguí enviar la mayor parte de mi conciencia con ellos. De ese modo, he estado protegiéndolos de ella. No sé qué ha pasado con el resto de mí.

—Te han estado cuidando, pero estás enfermo. Te encuentras en el hospital; nadie sabe qué ha pasado. Han cerrado la tienda —le cuento.

¡No!

—Estoy tratando de encontrar el diario de Cleo para salvarte, para traerte de vuelta.

¡No! No debes hacerlo. Ni se te ocurra. Es demasiado peligroso.

Le corto antes de que prosiga:

—Entonces, ¿está en algún sitio?

Maldita cabezonería Kemi.

—De todas formas, no estoy teniendo suerte. Ya he ido a Runustán, al lugar donde la vieron por última vez, y no he conseguido nada, salvo acertijos.

Bien. Que se quede todo como está. Escucha, Samantha: Emilia te obligará a penetrar en mis recuerdos y te enterarás de muchos secretos míos. De cosas que tendrás que olvidar. Intentará que los desveles. No se lo permitas.

—Abuelo, no te preocupes por tus secretos. Están a salvo conmigo.

De pronto, noto un tirón y siento que el recuerdo se desvanece y que Emilia está intentando sacarme de él. Me resisto, no quiero abandonar la seguridad que me ofrecen los recuerdos de mi abuelo y el sonido de su voz.

—¡Abuelo!

Deja que te saque. Regresarás. Los recuerdos sólo funcionan unos minutos. No le cuentes nada. Te hará regresar aquí pronto.

—De acuerdo —accedo—. Abuelo…, te quiero.

Y dejo que Emilia me arrastre al mundo real.

39

SAMANTHA

Cuando regreso al aula, me desplomo en el pupitre.

—¿Y bien? —pregunta Emilia—. ¿Qué has visto?

Tras tomarme unos instantes para recuperar el aliento, levanto la vista y me encuentro con su mirada. El hecho de haber conversado con mi abuelo, de saber que no se ha ido del todo, que sólo se ha… desplazado, me ha dado fuerza.

—Ya sabes lo que he visto. A mi abuelo cuando era joven.

—¿Y?

—Y la tienda de pociones. Y a mi bisabuela.

—¿Tu abuelo ha hablado contigo?

Dudo un momento, pero sé que no tiene sentido mentirle. Asiento con la cabeza.

—Sabía que hablaría contigo. Dime si has averiguado algo.

—Nada —digo con sinceridad—. A mi bisabuela le sucedió algo cuando volvió de la Expedición. Era una persona distinta. Tal vez sufriera demasiada presión. O quizá fuera otro tipo de trauma. Quién sabe. —Frunzo el ceño.

—Olvidaba que eres una alquimista joven e inexperta. El estado de tu bisabuela demuestra que tuvo que elaborar esa poción. Para preparar una sola dosis de aqua vitae, debes estar dispuesto a perder todos tus conocimientos y habilidades alquímicas. Se convierte en la última poción que elaboras en tu vida. Por eso la mayoría de los alquimistas ni se plantea intentarlo. El riesgo es muy alto, aunque se trate de la poción más poderosa que exista.

Eso parece describir lo que le sucedía a Cleo… No sé si Emilia

tendrá razón, aunque no me gustaría nada que así fuera.

—Si es tan arriesgado, ¿cómo es que quieres probarlo?

Sus ojos oscuros destellan.

—Es un trueque. Negocios, por así decirlo. Aunque preferiría hacer negocios contigo. Si encontramos el diario, elaboraré la poción…, una gota para mí y otra para tu abuelo.

Me echo a reír.

—¿Alguien te ha contratado para elaborar el aqua vitae, pero tú estás dispuesta a traicionarle? ¿Y esperas que confíe en algo de lo que dices?

Me zumba el cerebro por discutir con ella. ¿Cuánto sería capaz de pagar alguien a cambio de un preparado que cure todas las enfermedades, a cambio de una vida larga y sin enfermedad, a cambio de vivir hasta que un accidente, el asesinato o la vejez acaben contigo?

Pienso en el motín que hubo en nuestra tienda, en la desesperación que vi ante la perspectiva remota de un remedio semejante.

—Lamentarás no confiar en mí, y no te queda mucho tiempo antes de que esa opción desaparezca.

—¡Esa opción ya ha desaparecido! ¡Como el diario de mi bisabuela! Asúmelo. Es probable que ella misma lo destruyera.

—¡Bah! Ahí es donde te equivocas. Como a cualquier alquimista que se precie, poseer todas esas recetas sin el conocimiento ni la habilidad para elaborarlas la habría matado. Por eso lo escondió. Ella nunca lo habría destruido. ¿Serías tú capaz de destruir el tuyo?

En el intervalo de un segundo sé que la respuesta es no. Emilia me lee el rostro.

—Exacto. Así que está en algún lugar.

Entorno los ojos. Parece increíble que esté manteniendo esta conversación con ella. Me pone enferma. No puedo mirarla, de modo que observo fijamente la pizarra. «Abuelo».

—Un invento extraordinario, ¿verdad? —Emilia sigue mi mirada—. Está cubierta de una pintura especial que simula la visión de la mente y nos permite experimentar y vislumbrar los recuerdos como si se tratara de una película. Un alquimista muy dotado la creó aquí, en la Escuela Visir. Es alto secreto. ¿Y esos viales? Son algunas de mis mejores creaciones, modestia aparte. Adapté una vieja receta que crearon para ayudar a almacenar energía mágica. Ahora es perfecta para preservar recuerdos. Una mezcla de antigua resina de kauri, flor de bacopa y mi

ingrediente secreto.

Resina de kauri: no se utiliza en las pociones tradicionales por ser demasiado densa para digerirla con facilidad. A menudo se emplea en joyería con fines estéticos para recubrir y preservar flores.

Flor de bacopa: considerada un estimulante del poder cerebral y potenciador de la resistencia al estrés.

Se me vienen dos ideas a la cabeza: la primera, que se trata de un logro alquímico impresionante; la segunda, que si Emilia me lo está contando, es porque tiene planeado no dejarme marchar.

¿Y qué hay de la pintura de la pizarra?

«¿Tal vez tinta de calamar nocturno para el reflejo de la luz? Seguro que algún tipo de mineral de plata, aparte de la pizarra en sí… Necesitará algo adherente, ¿quizá savia de árbol azabache?».

Y necesita recuerdos robados para alimentarla. Apago el interruptor de mi descontrolado cerebro de alquimista. La pintura de la pizarra es una poción *oscura*. Necesita que la mente de un corriente la alimente para funcionar. No puedo ocultar mi repugnancia.

—¿Lo ves? Puede que no lo soportes, pero a veces lo oscuro también es brillante.

Me muerdo la lengua. Lee demasiado bien mis pensamientos. Debo de estar delatándome continuamente. Ojalá supiera controlar mi semblante, soy como un libro abierto. Aunque no quiera, estoy intrigada y ella lo sabe. Pensaba que las únicas innovaciones en nuestro campo provenían del trabajo con sintéticos. He estudiado alquimia por amor al arte, por tradición, pero no por innovación. He seguido y retocado algunas recetas, sí, nunca las había elaborado desde cero hasta que ocurrió lo de la princesa. ¿Por qué iba a hacerlo si hay laboratorios con tecnología avanzada en la que invierten mucho dinero? Pero esto…

Sus ojos destellan.

—¿Qué te ha dicho tu abuelo?

Quiere algo de mí, así que se lo daré. Una pista falsa.

—Algo sobre… los centauros —respondo entre dientes mientras aprieto los ojos con fuerza.

Las cadenas se aflojan y me relajo. Quizá se lo haya tragado.

Entonces me levantan de la silla. Vuelo por los aires hasta que me golpeo la espalda contra la pared rocosa del aula, donde me quedo sujeta por efecto de la magia. La parte de atrás de la cabeza me palpita y chillo de dolor.

—¡MENTIROSA! —grita Emilia, apuntándome con la varita.

—No sé nada —sollozo.

Caigo al suelo de rodillas. Ya no me siento fuerte. No parezco la ganadora de la Expedición Salvaje ni una experimentada aventurera, sino más bien una niña que quiere volver a casa.

—¿Qué significa esto?

Alzo la mirada sin dar crédito a lo que veo.

En la entrada del aula, con su pelo dorado que brilla incluso con la luz tenue, está mi salvador. Por fin alguien me ha encontrado.

El príncipe Stefan.

40

SAMANTHA

Sigo hecha un ovillo y no me relajo hasta que siento las reconfortantes manos del príncipe en mi espalda.

—Vamos, Samantha.

—¿A casa? ¿Ya puedo irme a casa?

—Shh, shh… Ven conmigo.

Dejo que me ayude a ponerme de pie mientras me agarro a la manga de su camisa. Esto no se va a quedar así. No dejaré que Emilia me vuelva a atrapar. Cuando me atrevo a mirar a la cabecera del aula, tanto Emilia como Ivan han desaparecido.

—Emilia… Ella ha sido quien me ha secuestrado. ¿La has visto?

—Perfectamente. Lo que ha hecho está muy mal. Salgamos de aquí.

Le sonrío agradecida.

—Gracias. Gracias, gracias, gracias. ¿Cómo me has encontrado?

—Sé todo lo que sucede en mi país. —Entorna los ojos, que siguen con el mismo halo tigresco. Quizá no se tratara de un hechizo, después de todo—. O, al menos, eso creía. Pero da igual, lo importante es que te he encontrado.

—¿Tienes un móvil? ¿Puedo enviar un mensaje a mis padres?

—Desde aquí no. En cuanto salgamos de esta región, tendremos señal. Como has visto, aquí es todo muy tradicional.

—De acuerdo.

Menuda suerte. Las cuevas ya no parecen tan terribles ahora que voy de camino hacia la libertad. El príncipe habla de un modo reconfortante y me tranquiliza con sus palabras mientras nos dirigimos al gran vestíbulo.

Fuera nos espera un coche de caballos. Son grises, con el pelaje brillante y sin los rasgos amenazadores de los sementales negros de Emilia. Stefan me ayuda a subir al carruaje. Es mucho más lujoso que las pacas de heno sobre las que vine. Los asientos están cubiertos de terciopelo rojo irisado y las cortinas de las ventanas son de seda morada.

Él sube después y cierra la puerta. Oigo el restallido de un látigo y los corceles se ponen en marcha. Aliviada, suspiro profundamente. Por fin a casa. Haré que la princesa envíe al Servicio Secreto Novaniano para que recuperen los recuerdos de mi abuelo, para que capturen a Emilia y…

—Debes de estar cansada —comenta el príncipe—. Has pasado por una terrible experiencia. ¿Quieres dormir?

Sacudo la cabeza.

—No creo que pueda. Estoy demasiado contenta por salir de aquí.

—Y yo por haberte encontrado. —Me sonríe con ligereza. Luego se gira y se pone a mirar por la ventana.

Se me quita un poco la cara de boba que se me había quedado. A pesar de que deseo con todas mis fuerzas que esto sea un rescate, una vocecita me susurra: «¿Cómo es que te ha encontrado tan rápido?».

—¿Sabías que Emilia utilizaba la Escuela Visir como base? Cuando te pregunté si podía venir, ¿lo sabías? —Intento mantener la voz relajada.

—Siento que esto sea todo lo que hayas visto de Gergon. Creo que te gustaría mucho mi país. De hecho, ¿te importa que nos desviemos un poco? Quiero enseñarte algo que creo que te interesará. —No espera a que le responda, sino que abre una pequeña ventanilla que hay en la parte delantera del carruaje y le grita algo al cochero en una lengua que no entiendo.

—Preferiría irme a casa, si no te importa.

Sonríe y, al verlo, se me eriza el pelo de la nuca. Sé que estoy paranoica —es lo que pasa cuando te raptan—, pero me estremezco sin querer.

—Sólo serán unos minutos —asegura.

No tengo elección, así que yo también le sonrío.

Tomamos una ruta distinta a la que seguimos para venir, rodeando el oscuro bosque en lugar de atravesarlo. El castillo desaparece a medida que seguimos el contorno de la montaña. «Por favor, que esta

sea la ruta más corta hacia casa. Por favor».

—Te estoy llevando a mi pueblo favorito en Gergon. Se llama Botsani. Allí la gente sigue viviendo como hace cien años.

—¿Y eso es bueno?

—Depende de a quién se lo preguntes. Yo creo que sí. Como príncipe y representante de mi país, necesito cosas modernas: teléfono móvil, ordenador, paneles transportadores, etc. Pero ¿no sería mucho más libre si no los tuviera? Ah, mira…

Me acerco al cristal para ver lo que está señalando. En el valle que se extiende a nuestros pies hay un pueblo que parece de postal, con unas casitas coloridas coronadas con techos de paja. Las colinas que brotan del valle están cubiertas por pacas de heno con la forma de conos de helado dispuestos bocabajo. En otras circunstancias, estaría encantada de venir aquí.

—¿Ese de ahí es un pastor? —El carruaje pasa rechinando junto a un niño con un trozo de paja en la boca y un cabritillo en los brazos.

—Sí, pero míralo mejor.

Parpadeo y lo observo de nuevo.

—Ah, no es una cabrita. Es un sátiro.

—¡Exacto! —El príncipe Stefan sonríe como si me acabara de comunicar que he ganado la lotería. No lo entiendo. El cerebro no me funciona bien, en lo único que pienso es «mi casa, mi casa, mi casa». Se inclina hacia mí y me clava su mirada ámbar—. ¿No lo ves? Aquí la gente vive en armonía con las Tierras Salvajes y las criaturas mágicas. Lo mismo que sucedía en Nova hace mucho tiempo.

—Es cierto —afirmo, y vuelve a sonreír. Continúo observando por la ventana mientras el niño coloca al sátiro en el suelo, el cual se pone a corretear entre sus piernas y a darle topetadas en las rodillas. Sí que parecen felices.

Antes había muchas más criaturas mágicas en Nova, sobre todo cerca de Kingstown. Cuando encontraron los huesos de una colonia entera de kelpies enterrados bajo uno de los lujosos balnearios que hay en las afueras de la ciudad, se produjo un gran escándalo. Fue como el recordatorio de cuánto hemos olvidado a las criaturas salvajes que una vez vivieron en lo que hoy es nuestra ciudad.

Cuando entramos en el pueblo, la gente sale de sus casas para contemplar el paso del carruaje. No es muy diferente de viajar en limusina con Evie, sólo que nadie se hace *selfies*. Me quedo anonadada

por la ausencia total de artefactos modernos: no hay coches ni ciclomotores fuera de las casas, no hay antenas parabólicas, no hay luz eléctrica.

—Esto es lo mejor —señala. Golpea la pared que nos separa del cochero y este se detiene. Stefan abre la puerta, salta al suelo y me ayuda a salir.

Hay una cola de gente esperando con paciencia fuera de una tienda. Una mujer sostiene en brazos a una bebé. La pequeña se queda mirándome con unos preciosos ojos azules rodeados de largas pestañas. Le hago una carantoña y ella esconde la cara en el pecho de su madre, aunque luego me vuelve a mirar con timidez.

La muchedumbre no parece saber cómo actuar tras la llegada del príncipe. Se apartan hacia la fachada de la tienda. Algunos de los hombres hacen una pequeña reverencia, pero Stefan les indica que se levanten.

Alzo la vista y leo el nombre de la tienda. *Andrej Alchemistik*.

—El alquimista local está en el centro del pueblo, tal y como debe ser. Entra para conocer a Andrej. Es una leyenda.

La gente de la cola se aparta para que pasemos.

En cuanto lo hago, me siento como en casa. Es sorprendente lo parecida que es esta tienda a la Tienda de Pociones Kemi: la pared llena de ingredientes, los libros de recetas esparcidos por el mostrador y las bolsas de papel marrón llenas de encargos listos.

—Andrej, te presento a Samantha Kemi —dice el príncipe Stefan.

Cuando Andrej sale de detrás del mostrador, me sorprende lo joven que es. Bueno, relativamente. Parece de la edad de mi padre y tiene una buena mata de pelo oscuro y la piel bronceada.

Me tiende la mano y yo se la estrecho. Al oír el apellido «Kemi» se le crispa ligeramente una ceja.

—Encantada —digo. Entonces se lleva la mano la corazón y se encoge de hombros, como disculpándose.

—No habla novaniano —explica el príncipe.

—Gracias por permitirme visitar tu tienda —le agradezco, y el príncipe se lo traduce. Me vuelvo hacia él—: Y ahora, ¿podemos irnos?

—Claro, claro —contesta. Le dice algo rápido en gergoniano al alquimista, que responde agitando los brazos con vigor. Me da la impresión de que algo no va bien en el mundo alquimista, pese a lo que el príncipe Stefan está tratando de mostrarme.

Ya en el carruaje, la curiosidad se apodera de mí:

—Siento preguntarlo, pero ¿qué estaba esperando toda esa gente? Parecía que medio pueblo estuviera aguardando una poción. Para un alquimista es bueno tener trabajo, pero no tanto.

El príncipe Stefan asiente y, cuando el carruaje emprende el camino, cierra las cortinas por completo.

—Estoy seguro de que te sigues preguntando por qué reemplacé a tu novio en el baile.

«¿En serio? —pienso—. Desde entonces, me han raptado, atado, amordazado y encerrado». Me muerdo el labio en el mismo momento en que me saltan las alarmas.

—No te mentí cuando te dije que tenía que conocerte. Verás, necesito tu ayuda.

—Bueno, me has rescatado de Emilia. ¿Qué puedo hacer por ti? —inquiero con cierta frialdad.

Ladea la cabeza y por un instante deja de ser un tigre para convertirse en un gatito.

—¿Qué sabes de mi familia?

Enarco las cejas.

—Casi nada, supongo.

—Eso está bien, es lo que ellos quieren. Porque si se supiera la verdad… —Apoya la cabeza contra la puerta, balanceándola con el traqueteo del carruaje—. Ya has estado cerca de la familia real novaniana, así que comprenderás cómo funciona la magia real, a diferencia de la magia de los dotados.

—Un poco, sí. —El pulso se me acelera.

—A mi familia le ha sucedido algo. Una especie de deterioro, de enfermedad. Empezó con mi padre. Todo fue tan rápido… Un día estaba bien y al siguiente se le había agotado el poder. No podía hacer ni un simple conjuro. Mi madre tuvo que abrir agujeros en las paredes de sus habitaciones para que pudiera salir. Luego ella también comenzó a debilitarse.

Siento que palidezco; por suerte, él está tan metido en su historia que no parece percatarse de mi expresión. Si lo que dice es verdad…, es terrible.

—Mi hermano decidió cerrar las fronteras para que nadie viera lo que estaba pasando y para que nadie saliera y lo contara. Él también estaba contagiado, aunque en menor medida, pero la enfermedad sigue

avanzando. Todos los dotados de Gergon están afectados de algún modo. Yo soy el único que ha conseguido eludir los síntomas gracias a un suero especial elaborado por un alquimista de aquí. De esta manera, mi familia ha canalizado su magia restante hacia mí. Soy el único vestigio de Gergon. —Levanta la vista para mirarme y yo trago saliva.

—Príncipe Stefan…, lo siento mucho. Además de la pérdida de poder, ¿existen otros síntomas?

Asiente.

—Tos persistente, debilidad en las extremidades. Nuestros mejores alquimistas han asistido a una Expedición para obtener el remedio; incluso Andrej participó. Como es obvio, no podíamos convertir todo esto en un suceso mundial como ocurrió en Nova, dado que afectaba a toda la familia real.

—No, por supuesto…

—Ahora se está extendiendo entre los dotados normales. Nos estamos muriendo, Samantha. —Me agarra las manos con tanta rapidez que parece una víbora—. Pensé que me quedaba una esperanza —declara buscando con sus ojos de tigre los míos marrones de corriente —. Pensé que, si pudiera casarme con la princesa…, su poder fluiría hacia mí y así salvaría a mi familia, salvaría a mi país. Pero ella me ha rechazado dos veces: una antes de la Expedición Salvaje y otra en el Baile de Laville. Me estoy quedando sin tiempo y sin opciones.

—Tal vez si se lo contaras todo…

—No. ¿No te das cuenta? Nova y Gergon han sido rivales durante siglos. A pesar de que ahora vivimos en paz, si se supiera lo débiles que somos… No puedo arriesgarme.

Estoy muy conmovida con la historia del príncipe y se me saltan las lágrimas.

—No sé cómo podría ayudarte. Si hay algo que…

—He visto todo lo que estás dispuesta a hacer para salvar a tu abuelo. Lo que estás dispuesta a hacer por tus amigos. Espero que comprendas lo que estoy dispuesto a hacer yo por mi país. —Descorre las cortinas con un movimiento ligero como el rayo—. Tu aqua vitae es mi única esperanza. Encuéntrala para mí.

Dejo caer la cabeza entre las manos. Volvemos a la Escuela Visir.

Y allí veo a Emilia, esperándome. Echa la cabeza atrás y comienza a reír.

41

SAMANTHA

Me levanto en la oscuridad de mi celda. Da igual lo que fuera antes este lugar, para mí es una cárcel. No recuerdo bien lo que sucedió después de salir del carruaje. Mi mente se cerró en banda ante la idea de permanecer aquí atrapada para siempre tras haber estado tan cerca de la libertad. O más bien de la ilusión de libertad.

El príncipe Stefan y su familia han estado detrás de esto desde el principio, dispuestos a hacer cualquier cosa para preservar su poder.

No sé cuánto tiempo he pasado inconsciente, pero fuera hay luz. ¿Habré dormido durante toda la noche y ahora es por la mañana? ¿Me habré desmayado sólo durante unos minutos? Me suena el estómago. Lo ignoro. Me revuelvo en la cama y me cubro la cabeza con las mantas. Dormir es olvidar. Prefiero el olvido a estar despierta.

Un golpe seco en la puerta hace que se me tensen todos los músculos del cuerpo. Se abre.

—Levántate, Samantha. Es hora de irse.

—Tendrás que obligarme —replico. Mi insignificante desafío no me hace sentir mejor, así que, a pesar de mis palabras, saco los pies de la cama. El único resquicio de esperanza que me queda en este lugar es volver a hablar con mi abuelo. Sigo a Emilia, aunque manteniendo las distancias. No hay ni rastro de Ivan. Ahora que el príncipe Stefan está aquí, debe de sentirse más cómoda a solas conmigo. Sabe que no supongo una amenaza física importante.

Mientras caminamos, le lanzo miradas furtivas desde atrás. Es realmente sobrecogedor lo mucho que se parece a la princesa Evelyn desde este ángulo en el que no veo su rostro ni su piel. Tiene el pelo tan

largo como ella, atado con varias cintas que le cuelgan por la espalda. Se mueve con la misma seguridad, con la cabeza y el cuello estirados como si llevara una pesada corona que precisara equilibrio.

Pero Emilia nunca llevará corona. Ahora lo sé. La Expedición fue su oportunidad de oro para alcanzar el trono; ahora ha vuelto a ser un peón en el juego político de Gergon.

No bajamos a las cuevas, sino que atravesamos el corredor principal, lo que me sirve para hacerme una idea más exacta de cómo tuvo que ser la escuela en el pasado. Resulta escalofriante caminar por estos pasillos cavernosos en cuyos techos elevados retumban nuestras pisadas. En las paredes hay cuadros polvorientos de antiguos profesores, retratos sonrientes de unas personas de aspecto tan miserable que, francamente, deshonran la alquimia.

Me pregunto desde cuándo llevará viviendo aquí Emilia. ¿Así es como llevó a cabo su aprendizaje alquímico? ¿Cuánto tiempo ha estado la familia real de Gergon preparándola para esta ocasión? Alguien que odia Nova y que haría cualquier cosa por vengarse de ella. Alguien dispuesto a tomar pociones oscuras y a destrozarse el cuerpo. Alguien que sacrificaría sus habilidades alquímicas para elaborar el aqua vitae, porque ¿acaso tiene algo que perder?

—Dicen que, en su punto álgido, la escuela llegó a tener más de dos mil estudiantes. Algunos incluso provenían de Nova. Una estudiante novaniana llegó a ser profesora. ¿Reconoces su nombre, Sam? —Se ha detenido bajo uno de los retratos.

Levanto la vista con reticencia y descubro su nombre: *Helena Kemi.*

Otra antepasada mía, mi tataratatara-no-sé-cuántos-tatarabuela. He visto sus diarios en nuestras estanterías.

—¿Sabías que fue en esta escuela donde se gestó el aislamiento y la preservación de trozos de Tierras Salvajes? Tal es el caso de ese famoso terreno de Laville que estoy segura de que ya conoces… —Parece casi melancólica al pensar en Laville. No sé si echará de menos llevar una vida normal. Como miembro de la realeza, habría recibido muchos privilegios, aunque no lo que siempre ha ansiado. Como segunda hija, no habría sido tan poderosa como su hermano, el rey, ni como su sobrina, la princesa Evelyn. Pero habría tenido la oportunidad de pertenecer a la familia real y de aumentar su poder, que era lo que el príncipe Stefan pretendía casándose con Evelyn. ¿Por qué

desperdiciaría todo eso a cambio de esta vida de soledad, de pociones oscuras y de operaciones encubiertas?

Me puede la curiosidad:

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

Se detiene en el corredor, lo que hace que yo también me pare. Un haz de luz se cuela por uno de los ventanales y alumbra la mitad de su rostro. Por un instante, la claridad sobreexpone su piel y la torna tan pálida que apenas se vislumbra el horror que hay por debajo.

Suspira y se retira de la luz sacudiendo la cabeza como si le quemara.

—Odio lo que Nova es ahora. —La amargura tiñe cada una de sus palabras—. A mi hermano le encanta. Él tiene todo el poder… ¿y para qué? ¿Para vivir en su palacio flotante con esa cabeza de chorlito de la reina? ¿Para dar suntuosas fiestas y acudir a las inauguraciones de hospitales y colegios? Eso no es poder. Eso es despilfarro. Es un cachorrito indolente, pero debería ser un lobo. Se dedica a voltearse y hacerse el muerto, cuando debería ser el líder de la manada. —Más rápido de lo que creía posible, desenvaina la varita y abre un agujero en el muro del gran vestíbulo. El suelo tiembla con su poder y yo me tambaleo. Gracias a los dragones, su ira no iba dirigida a mí esta vez.

La ventaja es que después parece más calmada. Sólo un poco.

—Gergon es diferente. Aquí me enseñaron lo que significa el poder de la realeza; me enseñaron que debería haber (que podría haber) una senda distinta para Nova. Sólo tengo que ser fuerte. Más fuerte que el resto de mi familia. Le debo todo a Gergon. Y también la poción definitiva. Entonces, llegará mi hora.

Emilia nunca me ha aterrorizado tanto. Su determinación es tan feroz que parece haber olvidado que estoy aquí. Es como una bomba de relojería a punto de estallar. Cuanto más la comprendo, más me asusta.

Mira hacia el techo y recorre con la vista los ladrillos caídos las lámparas de araña rotas y los frescos descascarillados.

—Y aunque la escuela está en ruinas, algunos de sus sistemas de protección siguen en pie. La magia especial del edificio hace que nadie me pueda encontrar. Nadie. Te lo digo por si se te ha pasado por la mente que pudieran venir a rescatarte.

—No, el príncipe y tú me habéis dejado claro que es imposible. —Intento dejar de temblar. Sospechaba que sucedía algo así, pero me

negaba a que fuera verdad.

—Bien. Y entonces, ¿qué te parece todo esto? —Avanza unos cuantos pasos y atraviesa una pesada puerta de madera que tengo que esforzarme en abrir.

El calor me quema la cara y el brillo me hace cerrar los ojos. Cuando se me acostumbra la vista, veo que estoy en una especie de invernadero.

Reconozco muchas de las plantas; algunas son extremadamente peligrosas y potentes.

Solanum violeta: el veneno más mortífero; apenas deja rastro.

Hoja de cicuta moteada: si se ingiere, puede causar parálisis instantánea, aunque temporal.

Flor esqueleto: clave en las pociones destinadas a alterar la apariencia. Si es necesario, puede sustituir a las escamas de camaleón.

La cabeza me da vueltas. Es como un trozo de las Tierras Salvajes diseñado en exclusiva para los alquimistas. Arjun y Anita tienen un invernadero en su jardín, pero nada comparado con esto. Este se divide en varios niveles y sus tesoros se superponen. Emilia camina por la nave central acariciando con cuidado las plantas a su paso. Es la primera vez que la veo contemplar algo con una expresión parecida al amor.

Una planta se aproxima a ella de manera furtiva y extiende un zarcillo en su dirección. Salto hacia atrás y, al golpear una mesa, tiro al suelo un tiesto.

—Ah, sí, hiedra eluviana —aclara, dejando que se le enrolle al brazo como una serpiente—. Se me olvidaba que la conoces bien. No te preocupes, ahora mismo eres demasiado inestable emocionalmente para que sienta interés por ti.

Me agacho para recoger lo que he tirado. Mientras Emilia está distraída, me meto una hoja en el bolsillo. *Hoja de cicuta moteada*. No tengo ni idea de cómo ni cuándo voy a usarla, pero llevarla conmigo me hace sentir mejor.

La mujer levanta la cabeza de golpe, como si hubiera saltado algún tipo de alarma en su mente.

—La pizarra está lista. Vamos.

La visita al invernadero me ha reanimado de una forma que creía impensable. No puedo tirar la toalla. No lo haré.

42

SAMANTHA

Mientras cruzamos la pasarela de la cueva, mantengo los ojos bien abiertos. Merece la pena, porque diviso lo que parecen los restos de una vieja escalera de mano que sube por uno de los laterales del agujero. Tal vez hace mucho tiempo la gente bajara por ahí para coger agua. Eso significa, en principio, que conduce a algún lugar.

¿A algún lugar… por el que huir?

Aparto la vista rápido por si Emilia se gira y me pilla husmeando, aunque no lo hace. Entramos en el aula.

El príncipe Stefan ya está aquí. Lleva un uniforme de estilo militar: pantalones color café y camisa a juego adornada con solapas rojo oscuro y botones dorados. Emilia sigue con su uniforme particular: un largo vestido negro cubierto con un manto del mismo color. Forman una pareja bastante perversa. Aun así, a Emilia no le sienta bien esto de ser una subordinada. Me pregunto si Stefan se dará cuenta también o si está cegado por lo que ella puede proporcionarle.

—Recuerda lo que está en juego —apunta él—. La vida de tu abuelo. El futuro de tu familia. Si lo consigues, me aseguraré de que no te falte nada bajo mi reinado.

—Ojalá ardas en una hoguera —espeto.

Parece a punto de golpearme, pero en ese momento se retuerce en un ataque de tos. Del esfuerzo, se pone rojo como un tomate y se cubre la boca con la manga. Cuando vuelve a erguirse, descubro que tiene en el brazo restos de una sustancia blanca y polvorienta que forma hebras similares a las de una tela de araña.

—Tengo el suero, alteza —declara Emilia. Stefan le hace un gesto

para que se acerque. Ella saca un pequeño pastillero de uno de los bolsillos de su manto y, sin esperar a que se recomponga, saca una de las pastillas y se la mete en la boca. Consigo leer el nombre que pone en el lateral del pastillero: «FELIP>». Me estremezco. Debe de ser una poción medicinal elaborada con el poder menguante del rey Felip.

La poción parece surtir efecto al instante. Stefan echa la cabeza hacia atrás y respira hondo. Cuando vuelve a mirarme con ojos brillantes, parece más alto y fuerte que antes. La pastilla ha obrado verdaderas maravillas en él.

—Querida Sam —empieza mientras coloca su cuidadísima mano en mi mejilla. Me dan ganas de encogerme, pero no le voy a dar esa satisfacción. Mantengo mi expresión neutral y le miro a los ojos—. ¿Ves? Mi alquimista me ayuda a mantener mi estado bajo control. Ojalá la princesa de Nova tuviera tanta suerte. Sin embargo, tuvo que conformarse contigo. Ahora, cuando recupere mi fuerza, la princesa no tendrá elección. Tendrá que casarse conmigo. O tomaremos Nova a la fuerza antes de que ella la destruya por completo.

«Nova todavía no es tuya —pienso—. Y no lo será si yo puedo evitarlo». Hago caso omiso de su presencia aduladora.

—Tengo el siguiente recuerdo —le informa mientras sostiene un vial en la mano.

—Estupendo. Quiero ver cómo funciona esto.

Ella lo vierte en la pizarra.

Sin dudarlo, alargo el brazo para tocar la pintura.

—¿Abuelo?

¡Sam! —Su voz está llena de nerviosismo—. *Has vuelto. ¿Cuánto ha pasado? No tengo noción del tiempo.*

—No mucho, creo. Sólo ha transcurrido una noche desde que hablamos. —Echo un vistazo al recuerdo. Parece ser un día normal en la tienda. Mi abuelo, con unos dieciséis años, está en la caja atendiendo a los clientes que entran, vestidos con ropas anticuadas. Me siento como en una obra de teatro.

Muy bien, pero el tiempo es oro.

—Lo sé. El príncipe Stefan ha llegado.

¿El príncipe Stefan? ¿Stefan de Gergon? ¿Y qué hace aquí?

—Él y su familia están detrás de todo. Se han contagiado de una enfermedad extraña, por eso necesitan el aqua vitae a toda costa. Al final, resulta que Emilia no la quiere para ella sola.

¿Qué aspecto tiene Emilia?

Se la describo.

Hmm…, harías bien en no fiarte de nada de lo que dice. Tiene demasiado veneno de poción suplantadora. Emilia es una maestra en pociones para cambiar de apariencia, recuérdalo. ¿Cuáles son los ingredientes de su poción suplantadora?

—Piel versátil, una pizca de sangre de dotado…

Sangre de dotado. Exacto. No se puede adoptar la forma de un corriente, al igual que un corriente tampoco puede tomar una poción suplantadora. Esa es otra de las razones por las que los corrientes somos de fiar. Esas pociones oscuras son para gente con la sangre oscura. Si consigues escapar, no podrás fiarte de ningún dotado. Recuérdalo.

—Abuelo, necesito algo que ofrecerles. Alguna pista, algún cebo, o no me dejarán volver.

Lo sé, cariño. Creo que he encontrado una pista aquí, en este recuerdo. Parece una pequeñez, pero es importante. En su momento no le presté mucha atención, pero Cleo no dejaba de farfullar cosas sobre un lago de estrellas.

—Un lago de estrellas… —repito. Para mí no significa nada, pero concuerda con lo que dijo el centauro. Donde las estrellas brillan por mandato… Por desgracia, no es una pista que pueda utilizar.

Sam, he intentado protegerte, pero he fracasado. Si Emilia y el príncipe de Gergon han llegado hasta aquí buscando el diario, existe la posibilidad de que lo encuentren. No pueden hallarlo. Tienes que escapar de ella. Tienes que encontrarlo tú primero. Y debes prometerme una cosa: nunca elaborarás el aqua vitae.

—¿Qué?

Cuando encuentres la receta, debes destruirla. No merece la pena que me salves. El coste es mucho mayor de lo que imaginas. Si cae en manos equivocadas, el daño sería catastrófico, por no mencionar que te destrozaría la vida. Perderías todas tus habilidades. La Tienda de Pociones Kemi jamás volvería a abrir.

—Puede que no abra de todas maneras —replico—. Necesito salvarte. O si no…

Tienes que encontrar la receta, pero no la elabores. Debes destruirla. Esa es tu misión cuando encuentres el diario. Prométemelo, Sam.

—Te lo prometo —digo con un nudo en la garganta.

Estupendo.

Entonces me asalta otro pensamiento y el pánico se apodera de mí.

—¿Por qué me estás contando todo esto ahora? ¿Qué ha cambiado?

Se produce un largo y aterrador silencio.

Como eres mi aprendiz, debo decirte la verdad. Mi cuerpo no va a resistir mucho más sin conciencia. De hecho, me sorprende haber durado tanto.

Le hablaría del remedio sintético, pero no puedo. Es lo que temía: sólo es provisional.

—Comprendo —digo con voz ahogada.

Ahora vete. Haz lo que puedas. No te preocupes por mí… y no dejes que Emilia ponga las manos en ese diario.

Ahora que hemos hablado, me doy cuenta de cuál es el recuerdo. Estaba tan ensimismada hablando con mi abuelo que no me había percatado del cambio de escenario. Miro alrededor y la estancia me resulta muy familiar, aunque no la reconozco de inmediato. La puerta, la posición de las ventanas… De pronto, lo veo claro: es mi habitación. Sólo que no tiene la misma decoración en las paredes ni los mismos muebles. De hecho, la cama está ahora en medio del cuarto, mientras que yo siempre he preferido dormir con la espalda hacia la pared, debajo de la ventana, para poder darme la vuelta y mirar las estrellas. Mi escritorio y mi ordenador no están. En su lugar hay sólo un baúl lleno de pegatinas.

Alguien está tumbado en la cama; debe de ser una persona muy delgada, porque la he confundido con el bulto de las mantas. Cleo. Quizás hayan pasado varios años desde el último recuerdo, parece mucho mayor que antes. El pelo se le ha encanecido y tiene más arrugas. Incluso durmiendo da la impresión de estar cansada y con mucha más edad de los cincuenta años que calculo que tendrá.

Algo en el baúl me llama la atención. Al principio es la pegatina del monte Hallah: lo reconocería en cualquier parte. Debe de ser de Cleo. Cuando lo examino buscando pistas acerca de algún otro lugar donde haya podido estar, me fijo en la pegatina de un sitio llamado lago de las Estrellas. El lago que mencionó mi abuelo. En la imagen tiene la misma forma que el Karst, el lago que hay junto al pueblo de Nadya. ¿Podría tratarse del mismo lugar? «Donde las estrellas brillan por mandato». ¿Será una coincidencia? Se me para el corazón. Quizá la respuesta esté aquí, justo delante de mis narices.

Cuando veo en el espejo el rostro del joven Ostanes, me doy cuenta

de que el tiempo no ha pasado. A través de los ojos de mi abuelo, con dieciséis años, observo cómo refresca la frente de Cleo con un paño húmedo y le susurra palabras de aliento. Su madre ha envejecido desde el otro recuerdo más de lo natural. ¿Cómo es posible? ¿La elaboración del aqua vitae puede tener un efecto semejante? Y si es cierto que la elaboró, ¿qué pasó con la poción, si no la usó para ganar la Expedición? Me enfada que todo fuera en vano.

El amor por mi abuelo aumenta en mi corazón. Cuidó de su madre y de la tienda a la vez. Eso hace que lo respete aún más. No me extraña que fuera tan severo conmigo: él tuvo que aguantar mucho más.

—Madre, ha llegado la carta del consejo —le informa el joven Ostanes—. Están dispuestos a nombrarme maestro, pero tendrás que acudir a la ceremonia. Sé que podrás hacerlo.

Ella mueve la cara hacia él, pero sus ojos están vacíos, desprovistos de toda calidez, inteligencia o comprensión. Se me rompe el corazón.

Ahora ya sabes por qué no puedes elaborar la poción —dice la voz de mi abuelo.

—Te lo prometo —musito.

43

SAMANTHA

La visión se desvanece y no me resisto cuando noto que tiran de mí. Ahora que tengo un destino en mente, estoy lista para ponerme en marcha, aunque primero necesito salir de aquí.

—¿Qué te ha revelado tu abuelo? —pregunta Emilia en cuanto regreso al aula.

—El coste terrible del aqua vitae. ¡Ya te dije que no tiene ni idea de dónde se encuentra el diario de mi bisabuela! Cuando Cleo volvió de la Expedición, no era más que la sombra de lo que fue.

—Miente —suelta el príncipe Stefan. Lo miro con dureza mientras él me clava sus ojos entornados—. Sabe algo. Se le nota en la cara. Si no dice nada, haz que hable.

Me sudan las palmas. ¿Qué quiere decir con «haz que hable»? ¿Irán a torturarme? ¿O se servirán de los puños implacables de Ivan?

—No sé dónde está, ¡lo juro! Quizá con más sesiones, con algún otro recuerdo…

—Sabemos que ya has seguido la pista de los centauros y que es un callejón sin salida. Nos estamos quedando sin tiempo. —Como ve que no le ofrezco nada, se dirige a Emilia—: Me lo aseguraste. Si traíamos hasta aquí a Samantha, se desmoronaría. ¡Para esto hemos trabajado! Si sabe algo acerca del diario, debemos averiguarlo ahora mismo. Utiliza el suero de la verdad.

Me pongo rígida. Los sueros de la verdad son terroríficos, pero estoy preparada. Como parte de mi aprendizaje alquímico, el abuelo me hizo probar diversas variedades para que las reconociera en caso de que alguien intentara suministrármelas. Por regla general, los sueros de

la verdad sólo pueden suministrarse bajo la supervisión de un abogado dotado (aunque yo he violado esa norma varias veces en mi breve trayectoria de alquimista). Como es obvio, eso ahora importa poco.

Sé cómo debo responder frente a ellos, aunque no pueda mentir estando bajo su influencia. Hay gente que se viene abajo ante la simple idea de tomarlo, pero yo tengo confianza. Sé que sólo pueden hacerme tres preguntas antes de que se reduzcan sus efectos. Después, no podrán estar seguros de su eficacia. Diré la verdad con cuentagotas.

—He preparado un suero para esta ocasión —anuncia Emilia—. Vuelvo enseguida.

Tiene gracia ver a Emilia en la misma estancia que el príncipe Stefan; se convierte en una persona distinta. Pierde su arrogancia natural. Supongo que se siente presionada. Me pregunto si le molestará haber tenido que huir de una familia dominante para ir a parar a otra.

Me quedo a solas con el príncipe Stefan; él está de pie y yo sigo atada al pupitre. No me pregunta nada más; ¿por qué iba a hacerlo, si sabe que el suero de la verdad está en camino?

Por contra, se aproxima a la pizarra y pasa la mano por encima. No hay peligro de que le absorba, ya que no hay ningún recuerdo sobre ella.

Luego se acerca para examinar las filas de viales que contienen los recuerdos. Escoge uno y lo hace girar. Me pone enferma pensar que parte de la mente de mi abuelo reside en esos tubos. El príncipe Stefan levanta la mano y se atusa el cabello. No me lo puedo creer…, ¡está usando la superficie negra y espejada del líquido para contemplar su reflejo! ¿Se puede ser más vanidoso? Su verdadera personalidad está emergiendo. Es increíble.

«Esa es su debilidad», me dice una voz en mi cabeza. Mi mente empieza a trazar un plan.

Emilia regresa con el suero mucho más rápido de lo que esperaba.

—¿Preparada? —Se acerca a mí. Aunque estoy habituada a tomar pociones, no puedo evitar sentirme incómoda—. ¿Nos lo vas a poner fácil o tendrá que venir Ivan para obligarte a tragarla?

Le lanzo una mirada de odio y cedo, ya que no me apetece que me fuercen a abrir la boca cuando el resultado va a ser el mismo de todas formas. Sólo tengo que confiar en las enseñanzas de mi abuelo. Él siempre me ha enseñado lo correcto.

Inclino la cabeza hacia atrás y abro la boca. Ella me vierte la poción.

Sabe fatal: amarga y arenosa. Mientras la trago, me quema la garganta. En ese momento, las barreras naturales de mi mente desaparecen. El truco para evitar el efecto de un suero de la verdad es redirigir la mente en lugar de intentar mentir. Necesito conservar la calma, respirar y no luchar contra el proceso.

Después de dejar un tiempo para que el suero haga efecto, Emilia comienza el interrogatorio:

—¿Te ha dicho dónde está el diario de pociones de tu bisabuela?

—No —contesto, y es verdad. Él sólo ha planteado una hipótesis. Una pregunta menos. Quizá lo consiga.

—Estás siendo demasiado específica —dice Stefan.

Emilia asiente.

—¿Sabes dónde está el diario?

Por suerte, esa es otra pregunta que puedo contestar con sinceridad.

—No.

—Esta es la última pregunta —dice Emilia. El príncipe Stefan gruñe.

—Déjame intentarlo. Samantha, dinos dónde irías a buscar el diario de tu bisabuela.

Trago saliva para intentar no responder directamente. Pero no hay salida, y el suero de la verdad está forzando la respuesta antes de que el cerebro consiga detenerla o redirigirla.

—Al lago de las Estrellas —murmuro.

En ese momento, el suero me vuelve somnolienta y me desplomo en el pupitre. Emilia asiente con la cabeza apretando los labios.

—Adelante, pues. Atémosla y marchemos hacia allá.

Me agarra del brazo y tira para ponerme de pie.

—Ya voy, ya voy.

Emilia enseguida se frustra y atraviesa la puerta. Voy tras ella tambaleante. Por poco me choco contra el marco de la puerta.

El príncipe Stefan me agarra del brazo justo antes de que me caiga al suelo. Me saco del bolsillo la hoja que robé y me la meto en la boca, apretándola contra la mejilla, con cuidado de no romperla. Me dejo caer exagerando la debilidad de mis piernas.

—¡Uy! ¡Cuidado! —exclama—. No queremos que te desmorones —me susurra al oído—. Puede que todavía te necesitemos.

Me pongo derecha y me apoyo contra el marco de la puerta.

—Qué guapo eres —le suelto. Luego, me tapo la boca con las

manos.

—Los efectos del suero de la verdad son duraderos, ¿eh?

—Eso parece. —Intento coquetear al máximo mordiéndome el labio inferior y dejando caer las pestañas mientras lo miro. Estoy segura de que es ridículo, lo sé, pero va a funcionar, tengo que tocar su ego exacerbado—. ¿Sabes? Tienes razón. Ojalá Nova se pareciera más a Gergon. Ojalá se respetara más la alquimia.

—Eso sucederá, Samantha. Te lo prometo. —Me agarra la mano y me mira fijamente a los ojos. Yo le sostengo la mirada.

Llevo una mano a su cara y le acaricio la línea de la mandíbula.

—Si pudiera hacer lo que de verdad me apetece en este momento…

—¿Qué te apetece?

—No puedo…, no puedo decírtelo. Tengo novio. —Y bajo la vista para parecer cohibida.

—Será un secreto entre nosotros. —Sé que no le intereso, pero sentirse superior a otro chico alimentará su vanidad. Quiere tener algo de lo que fanfarronear y yo necesito dárselo. Necesito que esto salga bien o, de lo contrario, puede acabar siendo un completo desastre.

—Quiero besarte —suelto. Necesito que se lo crea, así que me acerco un poco hacia él. Aparto la vista con rapidez y veo que Emilia ya ha atravesado la cueva y se encuentra en la zona principal del castillo.

—Bueno, no veo qué daño puede hacer un beso —añade él—. Tus sueños se van a hacer realidad: el apuesto príncipe va a besarte.

Estoy a punto de echarlo todo por la borda, la idea es asquerosa. No me puedo creer lo que acaba de decir. Sólo me queda aguantar un poco más.

Se inclina. Cuando sus labios aprietan los míos, muerdo la hoja. Entonces abro la boca para besarlo con más énfasis y deslizo la hoja partida en la suya. Me retiro.

—Pero ¿qué…? —Es todo lo que le da tiempo a balbucir antes de que la savia natural haga efecto. A mitad de la frase, se le paralizan los labios y el cuerpo se le agarrota como si se hubiera convertido en una estatua. Dispongo de un minuto, como mucho, antes de que el efecto desaparezca y empiece a perseguirme. Le arrebato la mochila y el vial que tiene en la mano y salgo corriendo lo más rápido que puedo.

En contra de mi instinto, me dirijo hacia el enorme agujero que hay en el suelo. Contengo el vértigo, busco lo que queda de escalera, cuento

hasta tres y apoyo los pies en ella. Hay un gran precipicio hasta el río y el sonido del agua se me clava en los oídos. Apenas he descendido unos metros cuando uno de los peldaños cruje y se rompe.

Me deslizo por el resto de la escalera mientras me quemo las manos por el roce y se van rompiendo a mi paso los demás peldaños podridos. Llego al suelo de golpe y, al caer, las rodillas me fallan y me veo obligada a apoyar las manos en el fango. La escalera está completamente destruida. Bueno, no podrán seguirme por ahí.

Me arrastro hasta la orilla del río subterráneo, cuya corriente es más rápida de lo que parecía desde arriba. Por si fuera poco, donde daba por hecho que el río se perdía entre las sombras, hay una ancha pared de roca. No es un río, es un remolino.

Estoy atrapada.

Se oye un grito desde arriba. Stefan ya debe de estar moviéndose. Maldición, creía que dispondría más tiempo.

La roca explota por encima de mí; Stefan me ha lanzado un hechizo.

—¡SAMANTHA! —brama Emilia.

Sé que sólo tengo una opción.

Me enrollo con fuerza las correas de la mochila en los brazos, salto al agua y dejo que me engulla la corriente.

44

SAMANTHA

Me sacude, me revuelve, me voltea. Paso un rato terrible atrapada en el remolino. Por suerte, resulta ser un río subterráneo que me arrastra por un túnel de roca.

Justo cuando pienso que no aguanto más, el túnel se abre y alcanzo la superficie, con los pulmones a punto de estallar. Todo está negro y doy unas cuantas bocanadas de aire en la oscuridad. Sacudo las piernas, pero no toco el fondo. Luego, la corriente se ralentiza lo suficiente para recuperar el control. Nado hasta una de las orillas rocosas y salgo del agua. Estoy tan contenta que me dan ganas de besar el suelo.

No lo hago, aunque me tumbo para respirar hondo. Siento punzadas en uno de los laterales de la cabeza debido al golpe que me di al entrar. Tengo las manos doloridas y me tiemblan las rodillas. Pero estoy viva.

Me palpo el cuello en busca de la luz de la insectohada, suplicando que no se me haya caído en el remolino. Menos mal, sigue ahí. Me la coloco en la palma y emite un ligero resplandor. Lo que me muestra no es nada reconfortante: cueva, cueva y más cueva. Si estiro el brazo, puedo tocar el húmedo techo, y bajo mis pies está la corriente del río. Tengo frío, estoy mojada y temblorosa.

Aun así, me siento tan agradecida por tener esta pequeña fuente de luz, suficiente para iluminar el espacio que me rodea, que se me saltan las lágrimas. Tengo que liberar toda esta tensión antes de que se acumule.

«Cálmate, Sam». Necesito analizar la situación. Me quito la mochila de Stefan. Dentro están su teléfono y su cartera con dinero. Para mi

tranquilidad, el móvil se enciende. Por supuesto, como miembro de la familia real, tiene el último modelo, resistente al agua y con una batería duradera. Por desgracia, aquí abajo no hay cobertura. Doy gracias a los dragones porque el dinero también es resistente al agua. Durante medio segundo me siento mal por robar, hasta que recuerdo que mi víctima es el responsable de mi rapto, de encerrarme como rehén, de hacerle daño a mi abuelo y de ser un completo idiota. Lo menos que se merece es que le roben.

Necesito llegar a algún sitio donde haya señal.

Soy bastante reacia a regresar al agua, así que avanzo por la orilla todo lo que puedo. Sigo golpeándome la cabeza y las rodillas con las rocas, aunque no me detengo. De vez en cuando me topo con indicios de presencia humana, como letras talladas en la piedra (¿por qué todos los estudiantes quieren dejar sus iniciales en todas partes?). Me detengo en una roca donde alguien ha grabado una Z y recorro la marca con los dedos.

Sigo adelante hasta que termina la orilla. No me queda otra que volver al agua. Me preparo y salto. El agua fría me envuelve como si fuera una manta. La corriente avanza lo bastante rápido como para no tener que nadar: me coloco bocarriba y me dejo llevar, con los pies por delante para no golpearme la cabeza si se presenta algún obstáculo. Consigo sostener la luz de la insectohada por encima de la superficie, lo cual resulta tranquilizador.

Echo la cabeza hacia atrás y miro el techo de la cueva. Para mi sorpresa, no está completamente oscuro. De hecho, hay unos pequeños puntos de luz que cuelgan: al principio sólo un par de ellos, pero luego veo cientos. Es hipnótico. Me guardo la luz en el puño para poder verlas mejor. Las luces colgantes son de color azul claro y las hebras pronto se vuelven tan densas que es como si viajara bajo un dosel de estrellas.

Hilo de arachnocampa: para las conmociones y las ensoñaciones. Enraíza a la tierra. Especialmente útil si estás en las nubes. También puede ser utilizada para elaborar objetos como, por ejemplo, guantes.

Pensar en el ingrediente me tranquiliza.

El sonido del agua acelerándose interrumpe la sensación de calma, y me doy cuenta de que cada vez voy más rápido. Abro la mano para que la luz de insectohada ilumine un poco más. Pero me arrepiento. Lo único que veo es que el río se precipita hacia lo desconocido.

Es demasiado tarde para detenerme o para tratar de alcanzar la orilla; la corriente es demasiado fuerte para nadar en su contra. Antes de darme cuenta, llego al borde de la cascada y lo único que puedo hacer es intentar caer de pie, cerrar los ojos y coger todo el aire posible.

Cuando me atrevo a abrir los ojos, descubro que he sido arrastrada hasta la orilla, no muy lejos de la base de la cascada. El agua se abalanza sobre un afloramiento de rocas y me resulta increíble seguir sana y salva. Me pongo de pie. Otra ventaja de estar en la base de la cascada es que por fin puedo erguirme y ver con la luz natural. Eso sólo puede significar una cosa: una salida. Hay otros dos agujeros tan oscuros como el lugar del que provengo, así que escojo seguir la luz.

—¡Samantha! —Oigo mi nombre por encima de mi cabeza. Es Emilia.

«¿Ya?». Pensé que tenía más tiempo. Salgo corriendo en busca de la salida. Ella salta desde lo alto de la cascada sirviéndose de la magia para amortiguar el descenso.

Sólo he dado dos pasos cuando un hechizo me golpea y me caigo al suelo. Al levantar la vista, ella se encuentra a mi lado. Me agarra del brazo y tira para que me ponga de pie.

—No tenemos tiempo —dice. Me abre la mano y me pone algo dentro. Es un sobre grande y abultado. Luego la cierra—. Dentro hay un panel de transportación de emergencia y algo más que puedes utilizar para dar con el diario antes de que el príncipe Stefan te encuentre. Sé que no tienes ninguna razón para confiar en mí, pero debes hacerlo. No puedo escapar de ellos, me tienen atrapada. Quieren el remedio y el trono de Nova, y los conseguirán si tú no encuentras el diario de tu bisabuela. Aunque haya luz, esta no es la salida. Toma el túnel que hay a mano izquierda y continúa hasta que creas que se acaba. Entonces verás sobre tu cabeza una abertura del tamaño de un buzón: métete por ahí. Después haz lo que creas conveniente. Los entretendré mientras pueda… No tienes mucho tiempo; él ya sabe lo del lago de las Estrellas. Sé que no te fías de mí, pero piensa en todo lo que ha pasado. He procurado ayudarte sobre la marcha e incluso te he proporcionado las herramientas que necesitabas para escapar. Te llevé al invernadero para que te guardaras esa hoja. Piénsalo.

Se oye un ruido procedente de arriba.

—¡Vamos, vete! —me apremia.

No quiero confiar en ella. No sé cómo actuar, hasta que se me

ocurre algo. Ahora mismo no tengo que conocer todas las respuestas, sólo necesito seguir viva, avanzar paso a paso, aunque confiar en mi peor enemiga sea mi única opción.

Me meto en el túnel oscuro a mano izquierda, pero no sigo sus indicaciones al pie de la letra. Me topo con una gran piedra puntiaguda y la meto en la mochila de Stefan. Luego me cuelo por una rendija que hay cerca de la entrada. Si Emilia falta a su palabra y manda al príncipe por este camino, saldré para defenderme con uñas y dientes.

Suenan cuatro nuevos estampidos. Stefan, Ivan y dos hombres corpulentos que no conozco descienden volando por la cascada.

—Rápido, se ha ido por ahí —miente Emilia, señalando hacia la luz.

—¿Y qué haces aquí parada? ¡Vamos! —grita Stefan.

Salen corriendo por el túnel y me dejan sola en el lateral izquierdo. Sigo con la sensación de que se trata de algún truco. No obstante, cuanto más corren en la dirección opuesta, más probabilidades tengo de escapar. Tiro la piedra que me había metido en la mochila y salgo pitando hasta el final del túnel. Tal y como dijo Emilia, parece no tener salida. Arriba hay un pequeño hueco que parece demasiado estrecho para poder atravesarlo.

Subo hasta él. «Muy bien, primero las piernas». Me amarro la mochila a la barriga y me abro paso con lentitud por el pasadizo. ¡Funciona! Tengo la cara tan cerca de la roca que siento el calor de mi propia respiración. Me concentro en los pequeños movimientos reptantes de mi cuerpo; cada milímetro es un triunfo. La claustrofobia se apodera de mí y el pánico se adueña de la parte racional de mi cerebro. Justo cuando parece que es imposible continuar, terminan de pasar mis caderas y el resto sale solo.

Ahora ya hay luz. Los rayos del sol se filtran por un agujero del techo y el verde oscuro penetra en la cueva. Me agarro a la raíz de un árbol para trepar y asomarme por fin a la claridad.

Me quedo allí tumbada, eufórica y temblorosa por la humedad de la ropa, mientras el sol me calienta la cara. Cuento atrás desde quince, luego me siento, agarro el teléfono y marco el número de la única persona ordinaria que sé que me puede ayudar.

Kirsty contesta:

—¿Stefan?

45

SAMANTHA

Cuelgo de inmediato.

Me quedo bloqueada unos segundos.

Eso significa que Kirsty tiene el número del príncipe Stefan. Pero ¿por qué? No tengo tiempo para pensarlo. Si tiene algún tipo de conexión con él…, tampoco puedo confiar en ella. Necesito llamar a otra persona. Tengo unas ganas terribles de llamar a Evelyn o a Zain, pero las palabras de mi abuelo resuenan en mi cabeza. «La poción suplantadora sólo funciona con los dotados». ¿Y si Emilia me ha vuelto a engañar? Necesito confiar en alguien sin reservas, alguien que me ayude de manera incondicional, que no haga preguntas cuando le pida que me acompañe en esta locura. Y tiene que ser alguien corriente.

Presa de los nervios, marco otro número. Después de varios tonos, la persona que estaba esperando coge el teléfono.

—¿Diga?

—¿Anita? No te asustes. Es una urgencia como la de Molly y el unicornio. ¿Me oyes?

Se produce un ajetreo al otro lado y oigo un portazo.

—¿Sam? —Se le ahoga la voz mientras habla—. Pensaba… Las noticias dicen…

—Lo sé, pero estoy bien. Te prometo que puedo explicarlo todo. Pero primero tienes que escucharme. Necesito tu ayuda.

—Lo que quieras —suelta sin pensárselo dos veces, y siento que el corazón me va a explotar de amor y gratitud.

—Emilia me raptó por orden del príncipe Stefan.

—¿Cómo? —Anita da un chillido—. ¿Dónde estás?

—Ahora mismo no lo sé con exactitud. En algún lugar de Gergon. A las afueras de la Escuela Visir… Díselo a Arjun, él habrá oído hablar de ella.

—¿Puedo involucrar a Arjun en todo esto?

—Sí. —Confío en el hermano de Anita tanto como en ella y, si no pudiera recurrir a las habilidades de Kirsty como buscadora, él sería la mejor opción—. Pero a nadie más. No debemos confiar en ningún dotado. Emilia es una maestra en pociones suplantadoras, lo que convierte a todos los dotados en un riesgo potencial.

—De acuerdo. ¿Y qué puedo hacer? ¿Cómo puedo traerte a casa?

—Todavía no puedo regresar. He estado buscando el diario de mi bisabuela. Creo que en él está la receta del aqua vitae. —Oigo un grito ahogado, pero sigo hablando—: Necesito que vayas a Runustán lo antes posible, al pueblo del lago Karst. Allí vive una mujer llamada Nadya Ivanov. Tiene autorización especial para poseer una pantalla de transportación, la única que existe ahora mismo en Runustán. Ella te ayudará a llegar con rapidez. Dile que te envío yo. ¿Puedes hacerlo? Nos vemos allí.

Oigo el castañeteo de dientes al otro lado de la línea como señal de estrés.

—Sam, no sé… Tus padres están destrozados, Zain se está transportando por todo el mundo para buscarte, la familia real está en estado de pánico. No han dejado de buscarte y están asustadísimos. Si estás a salvo, ¿por qué no vuelves y lo arreglamos todo desde aquí?

—Yo estoy a salvo, pero mi familia no. Qué diablos… Nova tampoco. Si vuelvo a casa ahora, estaré poniendo en riesgo a todo el mundo. —Mi voz se convierte en un chillido agudo. Sigo mirando hacia atrás con el temor de que en cualquier momento Emilia o el príncipe Stefan aparezcan de repente por el bosque—. Si no me ayudas, lo haré sola.

—¡Vale, vale! —Respira profundamente dos veces y prosigue—: Sam, ¿cómo vas a llegar hasta Runustán?

—Yo me ocupo de eso. —¿Confío en el objeto que me ha proporcionado Emilia? Una vez más, no creo que haya elección.

—Sam, te quiero. Cuídate. Nos inventaremos una excusa y te veremos allí.

—Yo también te quiero. —Se me atragantan las palabras. A continuación cuelgo y, antes de poder arrepentirme, arrojo el teléfono

al agua por si alguien rastrea su ubicación. Saco el panel de transportación de emergencia y lo extiendo en el suelo. Su superficie espejada refleja las copas de los árboles que hay alrededor. Parece inofensivo, pero sé que no lo es. Trago saliva. ¿Seré capaz de transportarme hasta un lugar tan lejano sin matarme?

Me pongo de pie y doy un paso atrás, incapaz de reunir el coraje necesario.

Saco del sobre el otro objeto y lo examino. No estoy muy segura de qué es. Parece de vidrio o tal vez de un tipo de cristal especial. Dentro hay otro objeto, no logro adivinar qué es. Lo acerco a la luz de insectohada para revisarlo mejor.

Acto seguido, casi lo arrojo al suelo.

Dentro del cristal hay una turbulenta galaxia. Está llena de estrellas, con vetas carmesíes, violetas y añiles. Es inconfundible. Se trata de un ojo de centauro.

Un ojo recubierto de cristal.

«Toma esto y úsalo para encontrar el diario», me ha dicho Emilia. ¿Usar el ojo de centauro?

Ojo de centauro: el primer ingrediente sintético que se fabricó. Es un ingrediente clave en las pociones destinadas a paliar las convulsiones, especialmente las que van acompañadas de visiones, o para encontrar cosas perdidas.

La cabeza se me inunda de pociones. A pesar de que podría proporcionarme todas las respuestas que necesito, no puedo usarlo ahora que he conocido a los centauros. Puede que hayan intentado matarme, pero eso no los vuelve menos fascinantes. Este ojo debe regresar a su lugar para que lo quemen con el centauro que murió por él. No estaría bien utilizarlo.

Me pregunto por qué no lo habrá usado Emilia para encontrar el diario. En ese instante, recuerdo algo: los centauros perciben la intención. ¿Sucederá lo mismo con el ojo? Si el ojo se percatara de los planes maléficos de Emilia en relación con el diario, tal vez trataría de despistarla en lugar de ayudarla.

Lo guardo en la mochila del príncipe Stefan. Luego doy un paso para acercarme con prudencia a la pantalla de transportación. Intento pensar en todas las ocasiones que he visto transportarse a otras personas. Pongo la mano sobre él y digo: «Nadya Ivanov, lago Karst».

Al momento, aparece la cara de Nadya en la pantalla. Al

reconocerme, pone los ojos como platos.

—Tus amigos no bromeaban cuando dijeron que no tenías tiempo que perder.

Siento una enorme gratitud hacia Anita por actuar tan rápido.

—Nadya, ¿puedes ayudarme?

—Por supuesto —contesta—. Avisaré a uno de los técnicos.

Dudo por un momento. Los técnicos de Nadya son también dotados. ¿Debo sospechar de todos los dotados del mundo? Emilia no puede utilizarlos a todos. «Si escapas, no podrás confiar en ningún dotado». Mi cerebro cambia de decisión.

—Si vienes ahora mismo, tus amigos te seguirán en breve —anuncia Nadya.

El técnico aprieta las manos contra la pantalla. Decido dar el paso, le tiendo las manos y tira de mí a través del cristal.

46

SAMANTHA

—Te estoy ayudando porque tu amiga me dejó bien claro que se trataba de una emergencia. —Nadya tiene los brazos cruzados sobre el pecho y sus ojos marrones están entornados.

Me arqueo hacia delante y coloco las manos en las rodillas para intentar calmar mis nervios.

—Ya veo que esta vez no has traído a Kirsty contigo. ¿Acaso no ha querido venir para ver en persona el daño que ha causado? Me pregunto si los grandes aventureros no son en realidad los mayores cobardes. La típica buscadora arrogante…

Ahora soy yo quien pone mala cara.

—No entiendo…

Pero ella no ha acabado:

—Primero, los dragones; luego, una banda de alborotadores pidiendo cosas a los centauros y a la gente del pueblo. ¿Nos ayudará Nova a arreglar este destrozo? Estáis haciendo que todo el pueblo deba trasladarse y ahora no tiene donde ir; debe volver a empezar de nuevo…

—¿Trasladarse? —repito conmocionada.

Se ajusta el pañuelo de la cabeza, que se le ha soltado por el enfado.

—Tenemos que marcharnos de aquí.

—¿Por qué?

—¿Tú crees que puedes cabrear de ese modo a un dragón y luego irte de rositas? Llevamos décadas viviendo en paz; entonces llegan tres forasteros y arman un lío monumental. Los centauros están sufriendo la ira de los dragones y nos culpan de ello. Solon, el centauro emisario,

vino y dijo que o nos largábamos o nos obligarían a marcharnos. Ahora quieren ocupar este territorio.

—Estás de broma.

—No, hablo en serio. Y, para ser sincera, no estoy muy segura de que vayas a ser bienvenida aquí. No creo que pueda ayudarte.

—Por favor, Nadya. No es sólo por mí, es por todos.

—Bah, por todos. Los novanianos actuáis como si fueseis el centro del mundo, como si el sol y las estrellas girasen a vuestro alrededor. Lleváis siglos peleándoos con Gergon, vuestras monarquías se instauran y caen…, y en Runustán ni nos enteramos. Nuestro sol sigue saliendo y poniéndose, nuestras estrellas siguen brillando. Vuestras preocupaciones no son las nuestras.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Hemos hecho que Nova sea el centro del mundo en todos los mapas y me avergüenza ser tan novacéntrica.

—En fin, de todos modos, debo darte las gracias. Me has ayudado al traerme hasta aquí.

Se produce una ligera crispación en su seria fachada.

—Sam, creo que no lo comprendes. Lo siento por tu abuelo y por lo que estás pasando, de verdad, pero no tengo tiempo de dejarlo todo y correr en tu ayuda. Si se producen más daños en el pueblo, nadie me lo perdonará. No me dejarán volver y todo el trabajo que he hecho habrá sido en balde.

—Entiendo que no quieras hacerlo, pero si lo que te preocupa es la relación del pueblo con los centauros, puedo ayudarte. Necesito reunirme con un centauro. Con Cato.

Agita las manos con desdén.

—Eso no cambiará nada.

El ojo de centauro me pesa en el bolsillo.

—Nadya, tienes que creerme. Dijiste que mi bisabuela fue la única que, además de preocuparse por averiguar de dónde proceden los ingredientes, aprendió la historia y la cultura de los lugares donde se originan. Que era una alquimista que admirabas. Por mi honor de Kemi, y como bisnieta de Cleo Kemi, te doy mi palabra.

Examina mi cara y no esquivo su intensa mirada.

—Está bien. Te doy una oportunidad. Pero, Sam, si te metes en líos con esos centauros…, podría ser el fin de los habitantes de este pueblo y de su modo de vida. Se trata de una escisión creada por vosotros.

—Y yo puedo arreglarla. Sé que puedo —afirmo con toda la seguridad que consigo reunir—. En caso contrario, podrían venir cosas peores. Gente peor. Gente a la que no le importa nada lo que os suceda.

—De acuerdo. Llamaré a Solon. Será mejor que te prepares. Puede que los centauros te vean con peores ojos que los habitantes del pueblo… Y ya sabes que sus formas de justicia no son las mismas que las nuestras. —Se pasa las manos por el delantero del vestido—. Me marcho ya. El técnico está pendiente de tus amigos. Pronto se encontrarán aquí.

—Gracias.

Hace un gesto con la cabeza y desaparece de la tienda.

Me doy una vuelta por la yurta mientras espero a que lleguen Anita y Arjun. Arrojo la pantalla transportadora portátil al fuego y de las llamas brota un olor acre, así que le pido a todos los unicornios que no contuviera un rastreador.

Me acomodo en uno de los cojines y me agarro las rodillas con las manos. Empiezo a dar golpecitos en el suelo con el pie.

No he de esperar mucho. No ha pasado ni una hora cuando veo que el técnico está ayudando primero a mi amiga y luego a Arjun a atravesar la pantalla a toda prisa. Abrazo a Anita tan fuerte que esboza una mueca de dolor. Cuando se separa de mí, me vuelve a abrazar con la misma intensidad.

—Pensábamos que estabas muerta —me susurra al oído.

—Pues aquí estoy —musito yo.

Luego le toca a Arjun. Su abrazo es más corto, aunque igual de reconfortante. Sus ojos desprenden una mezcla de preocupación y alivio.

—Sentimos haber tardado tanto.

Durante un incómodo momento de silencio, esperamos a que el técnico nos confirme que el vínculo está cerrado y salga de la tienda. Parece tener mucha prisa. Vuelvo a pensar en lo que Nadya me ha contado sobre el traslado de todo el pueblo. Por suerte, puedo proporcionar una pequeña ayuda.

Pero antes que nada: el diario.

Una vez que estamos seguros de que el técnico se ha marchado, Arjun continúa hablando:

—Tuvimos que inventar una excusa apresurada para mis padres, reunir un kit de emergencia para buscadores y llegar hasta una terminal

de transportación. Por suerte, como el mundo entero te está buscando, nuestros padres no se sorprendieron cuando les dijimos que nos íbamos a unir a la expedición.

—Espera, ¿les dijisteis a vuestros padres que veníais a por mí?

—¡Pero en un sentido general! —asegura Anita—. Todos creen que hemos ido a Crane Beach, en Nueva Nova, porque… No te enfades, pero también me he metido en los foros de Expedición Salvaje a Debate. Hice una pequeña manipulación fotográfica y extendí el bulo de que te habían visto allí.

—¿Y por qué iba a enfadarme? ¡Es genial! —exclamo.

—Porque sé lo que piensas de esos foros.

—Cualquier cosa que hagamos para que no nos sigan el rastro está bien.

Anita se encoge de hombros.

—Bueno, no estoy segura de que funcione. No creo que Zain se lo haya creído. Una cosa te digo: menos mal que hablé con él a través de Internet y no en persona, porque es más que probable que me hubiera calado. Él sigue en Pays, cerca de la frontera con Gergon. Está con la princesa, aguardando el permiso para entrar en Gergon para buscarte.

—Ya estamos aquí, como nos pediste —interviene Arjun—. Ahora cuéntanos: ¿por qué nos has hecho venir?

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Ya estuve aquí con anterioridad para reunirme con una manada de centauros que habita cerca.

—Espera un segundo… —dice mi amiga—. ¿Por qué te reuniste con ellos?

Como un rayo, les cuento lo que Emilia le hizo a mi abuelo y lo importante que es encontrar el diario de mi bisabuela. Por su parte, ambos me escuchan sin interrumpirme. Consciente de que el tiempo escasea y de que necesitan conocer los hechos, les pongo al día de mi anterior visita a Runustán, del misterioso acertijo del centauro, y les resumo lo que he aprendido durante mi cautiverio con Emilia. Lo único que omito es el objeto que me dejó e insinúo que robé la pantalla de transportación y el móvil del príncipe Stefan. No quiero que se sientan tan confundidos con Emilia como yo.

—¿Y cómo era el acertijo? —pregunta Anita. Le encantan los rompecabezas y, con su empeño, tal vez tengamos alguna oportunidad.

—Un lugar donde el día es siempre noche, pero las estrellas brillan

por mandato.

—¿Y no tienes ninguna idea? —inquiere Arjun.

—No estoy segura. En una pegatina del baúl de Cleo vi que el lago Karst también recibe el apelativo de lago de las Estrellas.

Arjun teclea algo en su teléfono.

—En Internet pone que algunas noches el lago está tan manso y plano que con el reflejo del cielo nocturno parece como si estuviera lleno de estrellas.

Anita frunce el ceño.

—Eso no se corresponde con lo de «el día es siempre noche»… ¿Podría tratarse de algún lugar de interior? ¿Quizá donde puedan encenderse y apagarse las luces? Es la única forma que se me ocurre de que las estrellas aparezcan por mandato. ¿Hay algún observatorio o algo así cerca del lago?

—Aquí no hay nada parecido. Sería un lugar estupendo para un observatorio, pero hay pocas construcciones con electricidad… ¿Será alguna de ellas?

—Bueno, si me hubieras preguntado antes, te hubiera dicho que no es en Runustán. En Bantu, cerca de Nambi, hay un lago muy famoso que se llama el lago de las Estrellas porque está tan elevado en las montañas que, cuando hay lluvias de meteoros, parecen caer las estrellas en el lago.

—Yo también lo he oído —comento—. Pero no puede ser. La pegatina del baúl de mi bisabuela representaba este lugar sin ningún tipo de dudas.

—Esperad… ¿Cómo dijiste que era el nombre del lago en runí? —pregunta Anita.

—Lago Karst —respondo.

—Yo he oído eso antes. —Saca su móvil y abre una aplicación de notas—. Antes anotaba todos los sitios que quería visitar cuando acabara la universidad. Un momento. Sabía que había guardado una foto del lago Karst. Es conocido por sus algas bioluminiscentes.

—¿Bio… qué? —pregunto confundida.

Anita saca la bióloga que lleva dentro:

—Se trata de un tipo de alga que emite una luz brillante cuando la molestan. Es un fenómeno natural poco frecuente que sucede en lugares especiales del mundo, algunos más conocidos que otros. Este de aquí es una isla en medio del océano donde las olas se iluminan por la

noche debido a las algas que llegan hasta la orilla. —Nos muestra una foto en su teléfono y veo que tiene razón: es impresionante, casi sobrenatural. Las olas están iluminadas como el Árbol de las Luces de Laville—. En cualquier caso, el lago Karst de Runustán es famoso por albergar también este fenómeno. Está tan lejos de cualquier ruta turística que muy poca gente viene hasta aquí. Además, aquí es muy difícil fotografiar las algas, por eso no hay fotos espectaculares como las de la isla. Podría ser la respuesta del acertijo: las estrellas aparecen por mandato. Si chascas los dedos o das una palmada bajo el agua, ¡las algas se iluminan como fuegos artificiales!

—Y debajo del agua puede estar tan oscuro como si fuera de noche —aporto—. Anita, ¡eres un genio! ¿Crees que será eso?

—Merece la pena intentarlo —dice Arjun.

Por primera vez, siento una oleada de optimismo. Estoy aquí con dos de mis mejores amigos, que además son también dos de las personas más inteligentes que conozco, y sé que, si alguien resuelve esto, seremos nosotros.

47

SAMANTHA

Cuando nos ponemos en marcha, Karst parece un lugar distinto. Han desmantelado la mitad de las yurtas y los habitantes del pueblo corren de un lado a otro con frenesí para cargar sus pertenencias en camiones. No tiene nada que ver con el pueblo tranquilo y pacífico que conocí.

Trago saliva. ¿De verdad hemos causado esta situación Kirsty, Zain y yo? No me había dado cuenta de que mis actos y, por tanto, los de Kirsty, tendrían unas consecuencias tan terribles. ¿Lo sabría ella y, aun así, siguió con su plan? Me pregunto cuánto costará el fuego de dragón. Probablemente MUCHO.

Pero, desde luego, no vale todo este daño.

Y, mucho menos, un ojo de centauro.

Aprieto los labios. Kirsty y yo hemos pasado por muchas cosas juntas, precisamente por eso sé lo implacable que es. Es probable que ella me hiciera utilizar el ojo de centauro. Utilizarlo o… venderlo.

Anita me pone la mano en el hombro y apoyo la mejilla en ella.

—Mirad eso. —Arjun señala hacia una nube de polvo que se levanta desde el borde del lago.

A medida que se acerca, veo que se trata de Nadya en su todoterreno. Corremos hacia la orilla para reunirnos con ella.

—He hablado con Solon, uno de los emisarios. Dice que Cato no se reunirá contigo.

—¿Qué? Pero…

Levanta la mano para hacerme callar.

—He insistido en que consideras importantísimo que os reunáis y Solon ha aceptado hablar con nosotras dos a solas. Tú podrás ofrecerles

eso que crees que les hará cambiar de opinión sobre nuestro pueblo, sea lo que sea, y yo podré negociar los términos. Es un rayo de esperanza.

No es una reunión con Cato, pero es un paso.

—Estupendo. ¿Habría alguna forma de que exploráramos el lago?

Nadya señala la pequeña cabaña que hay junto a la orilla.

—Ese es el centro de deportes acuáticos. Por desgracia para vosotros, todos los jóvenes que trabajan allí han abandonado el pueblo y han regresado a la ciudad. Quieren probar suerte en otro lugar antes de que esto sea pasto para los dragones…, literalmente. La mayor parte de sus equipos sigue allí, todavía no les ha dado tiempo a recogerlos. Y también hay una barca. Le diré al propietario que la vais a usar.

—Voy a echar un vistazo, Sam —comenta Arjun.

—¿Seguro?

—Sí, recibí clases de submarinismo en mi preparación como buscador. Como mínimo puedo comprobar los equipos y ver si son seguros.

—Yo buscaré información en Internet sobre las algas de este lago —dice Anita—. A lo mejor así averiguamos algo sobre su localización aproximada. Después de todo, el lago es bastante grande. —Sigo su mirada hasta el agua. Sí que es grande: la orilla más alejada parece estar a más de un kilómetro de distancia, aunque vemos el otro lado porque el día es claro y luminoso.

Nunca he querido tanto a mis amigos como ahora.

—Os agradezco mucho que hagáis esto por mí.

—Danos las gracias cuando regreses —contesta Anita con los dedos sobre el teclado.

Les doy un gran abrazo.

—Si todo va bien, estaré de vuelta en un par de horas, ¿de acuerdo?

—Estaremos esperándote.

Me meto de un salto en el coche de Nadya con los nervios a flor de piel. Agradezco que el centauro haya aceptado verme, pero al mismo tiempo estoy muy nerviosa. ¿Y si quiere que le compensemos por lo que le hicimos a su manada?

Cuando veo a Solon en la orilla, se me hace un nudo en el estómago. Está solo y su cuerpo es una silueta oscura contra el cielo. Aparcamos a poca distancia y nos acercamos a pie. Nadya me susurra entre dientes:

—Será mejor que tengas un buen plan.

Cuando estamos cerca, inclino la cabeza.

—Hola de nuevo.

No me dirige una sola palabra, sólo se queda mirándome con sus ojos dorados y los brazos cruzados sobre el pecho. Él no necesita hablar conmigo. Soy yo quien tiene algo que decir.

—Lamento profundamente lo que os sucedió a ti y a tu manada. Siento que fuera a causa de mi visita. Te aseguro que nunca tuve intención de haceros daño ni de enfadar a ningún dragón. Sólo vine para buscar el diario de pociones perdido de mi bisa-buela. Sé que ella estuvo aquí y pensé que lo mejor sería seguir sus pasos.

Solon me interrumpe con la voz distorsionada por la ira:

—Has hecho más que eso. Tu antepasada nunca habría sido tan imprudente. Has provocado la ira del dragón y ahora está enfadado. No estará satisfecho hasta que haya ingerido carne, ya sea humana o de centauro. Esto es lo único que hemos sido capaces de hacer para protegernos a nosotros y a nuestros jóvenes. El dragón no va a cruzar hasta el otro lado del lago, por eso necesitamos que los humanos abandonen este territorio hasta que haya sido derrotado.

—¿No hay ningún otro sitio donde podáis ir?

—No. Tiene que ser aquí.

Asiento despacio con la cabeza.

—¿No dijiste que tenías algo de gran importancia para mí? —pregunta Solon con impaciencia, arañando el suelo con la pezuña.

—Sí, tengo algo. No voy a utilizarlo como moneda de cambio. No voy a pedir nada como retribución. —Me doy la vuelta y miro a mi acompañante—. Lo siento, Nadya. Tiene que ser así. No voy a negarle esto a los centauros.

Su mirada se endurece.

—¿Les vas a dar sin más algo que podrías utilizar para salvarnos?

—Sí —insisto—. Me lo dio alguien que creía que lo utilizaría en mi beneficio. No puedo hacer algo así. Siento decepcionarte.

Me quito la cadena del cuello y saco el ojo de debajo de la camisa. En cuanto Solon lo ve, se encabrita de un modo amenazador, gritando en kentauri. Se lleva la mano a la espalda y tensa el arco. Después parece volver en sí y me pregunta en novaniano:

—¿De dónde has sacado eso?

Incluso Nadya se aparta de mí de un salto. En cambio, yo me acerco unos cuantos pasos a Solon. Me arrodillo en el suelo mientras

sostengo el ojo en las palmas de las manos intentando ignorar que hay una flecha apuntándome al corazón.

—Sé que pertenece a tu manada. Por favor, devuélveselo a la familia correspondiente para que lo entierren junto al centauro que lo perdió por culpa de la ambición y la avaricia de una alquimista. —Mantengo la cabeza baja, ya que no puedo pensar en lo que sucederá si no lo acepta o si decide que soy yo quien merece morir por el robo.

Más que oírlas, siento cómo sus pezuñas se aproximan a mí y cierro los ojos por si acaso. Noto un ligero roce en la mano cuando agarra el ojo. En cuanto lo ha cogido, me levanto y retrocedo. Lo alza hacia la luz, examinándolo tal y como hice yo.

—Conozco a un centauro que se alegrará mucho de recuperar esto.

—Espera… El centauro que perdió el ojo… ¿todavía vive?

—Así es. Y creo que has tenido ocasión de verlo. Os persiguió para echaros de la manada.

Trago saliva y asiento. El centauro del parche.

—Le prohibimos que os matara en el acto, que es lo que pretendía. Tuvimos esa gentileza contigo por ser descendiente de Cleopatra Kemi, que proporcionó un gran servicio a nuestra manada en tiempos de necesidad.

Decido probar suerte:

—¿Permitiréis que esta gente siga viviendo junto al lago?

Solon sacude la cabeza.

—Me temo que ya hemos determinado que esto es lo que hay que hacer. No hay alternativa. Tenéis hasta mañana por la noche para desalojar el campamento antes de que los centauros se instalen. Y ellos no van a ser tan misericordiosos como yo.

—¿Y por qué tú eres misericordioso? —pregunto, sin esperar la respuesta.

—Porque recuerdo lo que tu antepasada hizo por nosotros mejor que nadie.

—¿Qué hizo?

No contesta, sino que aprieta el ojo que tiene en la mano y se marcha galopando.

Lo observo mientras se aleja del lago. Me vuelvo hacia Nadya con reticencias. Para mi sorpresa, no hay tanto odio en su rostro como esperaba. Tiene los hombros encorvados, la mirada abatida y resignada. Regresamos al coche.

—Siento no haber sido capaz de hacerles cambiar de opinión —me disculpo cuando el silencio se vuelve demasiado insoportable—. No me parecía bien negociar con el ojo. Ni tampoco utilizarlo para salvar Nova. Les pertenece a ellos.

Se produce otro largo silencio hasta que maniobra con el coche para regresar al pueblo. Al cabo de un rato, carraspea. Tiene lágrimas en los ojos.

—Comprendo lo que has hecho. Y comprendo que no me dijeras nada del ojo. Yo habría intentado convencerte para que actuaras de otro modo. Lo que has hecho está bien. Al menos, debo respetarte por ello. Pero no puedo seguir ayudándote. Esto ha sellado nuestro destino. Debo ayudar a los habitantes del pueblo con su equipaje y discutir con ellos adónde iremos ahora.

—¿Encontraréis algún sitio adonde ir?

—Siempre lo hacemos. Los pocos viejos que quedan son los únicos que saben vivir bien de este modo, como antes. Muchos jóvenes quieren probar fortuna en la ciudad… ¿y quién se lo va a reprochar? Es lo que hice yo. Regresé aquí con una educación, siendo una privilegiada. La vida sigue. Al menos tú has saldado tu deuda con los centauros. Quizás algún día te desvelen algunos de sus secretos.

—No sé para qué. Si no encuentro pronto el remedio, mi abuelo… —No soy capaz de terminar la frase, me quedo sin habla—. Puede que me quede sin mentor, sin tienda… Diantres, ¡puede que ni siquiera tenga un país al que regresar! Al menos, no como el de antes.

—No tires la toalla aún. Todavía te queda la búsqueda en el lago, ¿te acuerdas?

Mientras recorremos la orilla, miro la inmensidad del agua.

—Estamos buscando un pequeño diario en este enorme lago. Aunque esté ahí, ¿cómo vamos a encontrarlo? Sólo nos guía una corazonada.

—Por lo que se demostró en la Expedición Salvaje, tus corazonadas suelen acabar bien. No es suerte: se llama cerebro.

—Y es posible que tenga que renunciar a él por salvar a mi abuelo.

—¿Y eso por qué?

—Oh, nada. Me aterroriza el coste que puede suponer elaborar el aqua vitae si al final encuentro la receta.

—Sea cual sea ese coste, estoy segura de que no vale tanto como la vida de tu abuelo. Y lo sabes.

Sonrío.
—Sí, lo sé.

48

SAMANTHA

Nadya me acerca a la cabaña de la orilla cuando Arjun emerge con dos grandes botellas de oxígeno al hombro.

—Tengo que dejarte aquí —me anuncia—. Siento no poder ayudar más. Buena suerte, Samantha.

—Gracias. Lo entiendo.

Me sonríe levemente y se marcha en su todoterreno dejando atrás una nube de polvo. La pista de voleibol, que está a nuestro lado, ha sido desmantelada deprisa y uno de los postes de la red sigue clavado en la arena. Me duele en el alma; ahora sé que nunca volveré a ser tan descuidada cuando visite una comunidad. Algún día volveré y arreglaré lo que he destruido.

Anita se acerca a mí por detrás.

—No sabías lo que iba a pasar.

—¿Ah, no? Las cosas siempre se tuercen en las búsquedas de mis ingredientes. Mi hermana casi muere cuando intenté fabricar la poción amorosa… Ahora se traslada un pueblo entero, y puede que todo haya sido para nada.

—Pues veamos si de verdad ha sido así —comenta—. Vamos, he estado haciendo averiguaciones.

Entro en la cabaña y veo que es el típico almacén de buceo: un montón de pegatinas chillonas en las paredes, postales con bonitas vistas del mar y de arrecifes de coral. También hay fotos de los distintos tipos de peces que pueden encontrarse, con algunas especies únicas en la región. No hay grandes criaturas acuáticas que temer y, como es obvio, tampoco tiburones. También hay mapas en la pared. Montones

y montones de mapas que cubren la estancia como si fuera papel para decorar. Como apenas quedan muebles, Anita ha extendido uno sobre el suelo.

—¿Arjun? ¿Estás listo? Sam ya está aquí.

—Sí, voy.

Aparece con la frente sudorosa.

—En la parte trasera hemos encontrado unas cuantas botellas de oxígeno, unos trajes de buzo, tubos y aletas. Creo que tienen pensado llevarse todos los equipos mañana. Les pagaremos el oxígeno que utilicemos y la gasolina de la barca, ya he negociado con ellos. Pero no hay nadie dispuesto a ayudarnos para hacer de guía.

El pánico se apodera de mi pecho al pensar en la idea de sumergirnos sin ningún conocimiento de la zona.

—¿Crees que nos las apañaremos?

—Bueno, he buceado alguna vez, debería ser capaz de enseñaros lo básico. Creo que con eso bastará.

—«Creo» —repito. No había pensado mucho en esto de la búsqueda bajo el agua. Conozco a gente que lo ha hecho sin entrenamiento previo; además, sé nadar. Fue una de las primeras cosas que mi madre nos enseñó. A ella siempre se le dio mal el agua y no quería que nos pasara lo mismo.

—Muy bien. He ojeado los mapas y parece que las algas se agrupan en unos cuantos puntos —explica Anita—. Se mueven bastante. Si los centauros dijeron que el diario estaba bajo las algas hace una semana, podemos hacernos una idea de dónde buscar. He señalado las zonas…

Al mismo tiempo, Arjun está escribiendo un plan de buceo.

—No tenemos muchas oportunidades. Normalmente sólo se puede bucear un par de veces día; si no alcanzamos mucha profundidad, podríamos sumergirnos hasta tres veces.

—El agua es bastante profunda en algunos de estos puntos —indica Anita mientras señala los mapas.

—Haremos lo que podamos. Si no lo encontramos ahora…, tal vez podamos regresar y seguir buscando con un buceador profesional. —Aunque lo digo en voz alta, sé que eso sería imposible. Para empezar, el lugar pronto se llenará de centauros. A ellos no les haría mucha gracia que un puñado de buceadores con trajes de neopreno vinieran a aguarles la fiesta.

—¿Sabemos cómo llegar en barca? —pregunta Anita.

—Sí, la barca tiene sistema de GPS. Podemos meter las coordenadas para asegurarnos de que buscamos en la zona correcta.

—De acuerdo, estupendo. Vistámonos y adelante —digo, aparentando más seguridad de la que tengo. ¿Es posible que un diario aguante bajo el agua tanto tiempo sin descomponerse? Prefiero no pensarlo.

Anita me acerca un bañador negro que estaba secándose en la habitación de atrás y me lo pongo. A continuación, empiezo a colocarme el traje de buceo. Como está frío y un poco viscoso, resulta desagradable. Aunque es mejor que exponerse al frío de fuera; además, sin él no sobreviviría sumergida. Me veo obligada a saltar un par de veces para que me entren las caderas. Luego tiro de la correa de la cremallera para cerrarlo hasta arriba. Justo antes de terminar, saco la luz de insectohada de la mochila del príncipe Stefan y me la coloco debajo del cuello del traje. Espero no necesitarla, pero la idea de «el día es siempre noche» del acertijo sugiere tanta oscuridad que quizá no baste con una linterna. Me subo a la barca con Arjun y Anita. Él también lleva traje de buceo.

—Espera. Antes de que nos alejemos demasiado de la orilla, debes practicar unos cuantos movimientos —dice él. Me ayuda a ponerme el chaleco con las botellas de oxígeno a la espalda. También me pasa un silbato, que me cuelgo del cuello—. Lo necesitaremos si cuando salgamos a la superficie estamos muy lejos de la barca. Ahora ponte en la boca el regulador, que es el mecanismo por el que vas a respirar. Apriétalo con la mano y sígueme. —Se impulsa hacia atrás y yo lo imito a regañadientes. Se me escapa un gritito cuando el agua fría se me cala por el traje.

Sin embargo, poco a poco la prenda se calienta y empiezo a sentirme más segura. Arjun me enseña a inflar y desinflar el chaleco para poder sumergirme, comprueba la reserva de oxígeno y hace que me coloque un cinturón de buceo. Aprendo a vaciar la máscara, por si se me llena de agua o se me sale cuando esté abajo, y a recolocarme el regulador de aire si se me separa de la boca. También me enseña una serie de gestos para que podamos comunicarnos. Descendemos a poca profundidad y aprendo a compensar la presión de los oídos. Una vez que está convencido de que sé lo básico, trepamos a la barca. Anita introduce las coordenadas y partimos.

Arjun y yo nos sentamos juntos en la parte de atrás mientras Anita

se concentra en llevarnos al punto exacto. Mi amigo me agarra la mano.

—Ya sabes, Sam, que no tienes que intentar ayudar a todo el mundo todo el tiempo.

Esas palabras bastan para que me ponga a temblar de miedo y preocupación. Él tira de mí y me abraza.

—Sabes que para mí eres como una hermana —declara cuando me recoloco en el asiento—. Y no tenías que pasar por esto sola. Me alegra que nos llamaras. Lo que viviste con Emilia… tuvo que ser horrible.

Me froto los ojos dispuesta a contener las lágrimas y se me escapa un hipido mezclado con risa.

—Creo que todavía no lo he asimilado —reconozco, y me encojo ligeramente de hombros.

—No, supongo que no. Lo que te sucedió no es moco de pavo. Pero hoy vamos a buscar ese diario y dejaremos que los profesionales se ocupen del resto, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que Evelyn puede hacer que un equipo de buceadores rastree el lago de cabo a rabo. Encontraremos el diario de tu bisabuela. Y, si no lo conseguimos, nos aseguraremos de que Emilia y el príncipe Stefan tampoco. Hallaremos un modo de que tu abuelo se recupere.

—Gracias. —Y sonrío agradecida. Me encanta su optimismo, pero en el fondo sé que esta es nuestra única oportunidad.

—Muy bien. Hemos llegado al primer punto —anuncia Anita—. Tened cuidado ahí abajo. Os cronometraré, ¿de acuerdo? Veinte minutos como máximo, ¿vale?

Asiento, incapaz de hablar con el regulador entre los dientes. Le hago una señal a Arjun y me vuelco hacia atrás sujetando la máscara de buceo con los dedos.

Al menos esta vez no me impresiona tanto el frío. Anita ha echado el ancla y hay una boya naranja atada en la parte de arriba que nos sirve como punto de referencia. Arjun me ordena que me mantenga junto a la línea del ancla mientras descendemos para poder orientarme sin que me entre el pánico, cosa que agradezco. El agua poco a poco me va envolviendo.

Estamos buceando. Ya estamos por debajo de la superficie.

Esto es irreal. Descendemos unos doce metros según el indicador de mi traje. Me sorprende lo nítido que se ve todo, incluido el fondo que se extiende por debajo. Es un alivio poder ver el suelo arenoso, me preocupaba que no fuéramos capaces de sumergirnos lo bastante

hondo.

Miro a Arjun. Lleva un palo largo por si hubiera que voltear rocas o cavar en la arena. Me hace un gesto, señalando primero mis ojos y luego los suyos. Me está diciendo que no lo pierda de vista, que no me aleje demasiado. No parece que la corriente sea muy fuerte y no hay forma de saber qué vamos a encontrar aquí abajo; en un abrir y cerrar de ojos, podría estar a la deriva lejos de él. Le hago una señal con el dedo para decirle que lo he comprendido y que estoy de acuerdo. Me mantengo a su derecha, justo detrás de él. Examinamos el fondo del lago, pero parece estar vacío.

Arjun apunta hacia una zona cubierta por un bosque de algas: el lugar perfecto para esconder algo durante más de cinco décadas. Le hago un gesto afirmativo y comenzamos a examinar por encima y a apartar los bordes ondulados de las algas. Dentro del bosque de algas hay muchos más peces que antes, completamente ajenos al hecho de que estemos entre ellos.

Al apartar la maleza, un alga se me enrolla en el brazo. A pesar de que es inofensiva, me viene el recuerdo de la hiedra eluviana y el pánico se apodera de mí. Le doy un manotazo con el otro brazo y me agarro a la aleta de Arjun a la vez que llamo su atención.

Mi instinto es nadar hacia la superficie, pero Arjun se coloca a mi lado y agita los brazos. Me desenrolla con calma el alga de la muñeca y me lleva por encima del nivel de las plantas. Me mira fijamente a los ojos y se lleva la mano a la boca, simulando el movimiento de la respiración. Intento imitarlo. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar.

Mi corazón recupera el ritmo normal. Arjun parece preocupado, se nota en sus grandes ojos marrones que ahora están ampliados por la máscara. Levanta el pulgar hacia arriba, pero yo sé que me está preguntando si quiero ascender. Compruebo el oxígeno. Todavía me queda mucho. Eso significa que aún no hemos gastado nuestros veinte minutos. Aún tenemos mucho lago por recorrer. Sacudo la cabeza y hago un gesto para continuar. Se queda quieto un instante, me devuelve el gesto afirmativo y seguimos.

Me siento estúpida por haberme asustado tanto, con lo tranquilo que es todo bajo el agua. Los peces no parecen perturbados por nuestra presencia; para ellos es como si no estuviéramos. Siempre me ha encantado visitar el acuario local y contemplar cómo nadan; esto es algo parecido, aunque cara a cara. Tendré que repetir la experiencia en

otras circunstancias menos estresantes.

Arjun me indica que va a buscar entre las algas y que yo debería quedarme por encima vigilando. Ojalá tuviera el coraje de descender hasta ellas de nuevo, pero sé que resultaré de muy poca ayuda si vuelvo a ser presa del pánico. Ojalá la hiedana no me hubiera traumatizado tanto; fue la experiencia más aterradora de toda mi vida. Incluso más que el abominable hombre de las nieves, que nos unió a Zain y a mí. Su recuerdo me activa el sentimiento de culpa. Ojalá lo hubiera podido llamar tras haber escapado.

Cuando pasan los veinte minutos, Arjun hace un gesto para que subamos: pulgar hacia arriba. Asiento y ascendemos hasta que estamos a pocos metros de la superficie. Me mantengo junto a la línea del ancla mientras mi cuerpo se adapta. Cuando ya ha pasado el tiempo necesario, vuelvo a trepar por el ancla hasta la barca.

—¿Ha habido suerte? —pregunta Anita mientras me ayuda. Me quito la máscara y sacudo la cabeza.

—Me temo que no. —Tengo la boca seca por el aire comprimido, así que tomo un buen trago de agua.

—No había nada, salvo un montón de algas y muchísimos peces —añade su hermano—. Qué locura, ¿eh? Nunca había buceado en un lago.

Afirmo con la cabeza, aunque siento el corazón oprimido dentro del pecho.

—Desde allí abajo parece aún más un caso perdido —comento.

—Vayamos al siguiente lugar —replica Anita—. Está casi en medio del lago. ¿Te apetece bajar de nuevo?

—Sí, vamos allá.

—Tendremos que descansar al menos una hora antes de volver a descender —apunta Arjun.

—¿En serio, Arjun? ¿Y no nos vamos a quedar sin luz para el tercer descenso?

—Bueno, vale. Cuarenta y cinco minutos de descanso. Pero eso es inapelable. No tiene sentido que encontremos el diario a costa de morir por una embolia gaseosa.

—Ya, supongo —digo.

Esta búsqueda es tan infructuosa como la anterior. Arjun bucea un poco más profundo que yo, pero no encuentra nada. Conseguimos incluso explorar una cueva, lo cual podría encajar con las indicaciones:

un lugar que siempre está oscuro donde las estrellas aparecen por mandato. No hay señal de ningún objeto humano, y menos aún de un diario. No obstante, me encuentro cara a cara con una anguila, que es más de lo que tenía previsto. Por suerte, sólo abre y cierra la boca como un niño embobado la mañana del solsticio de invierno. Me siento defraudada, como alguien que no ha recibido los regalos que esperaba. Todavía no he visto ni rastro de esas algas bioluminiscentes de las que tanto hablaba Anita. Insisto en chascar los dedos y dar palmadas, pero no sucede nada.

—De acuerdo. El siguiente lugar está algo más cerca de la orilla, pero, según los mapas, la orilla es bastante abrupta, por lo que habrá bastante profundidad. Además, no podré echar el ancla —anuncia Anita cuando regresamos a la barca.

—¿Estás segura de que no hay ningún otro sitio con una gran concentración de algas donde sea más probable que haya algo?

Mi amiga frunce el ceño.

—Los estoy eligiendo precisamente por eso: son los tres lugares con más algas.

—Lo sé. —Agarro su mano—. Gracias. Perdona por haber sido tan cascarrabias. Es que… necesito a toda costa que sea aquí.

Esperamos la hora de rigor y observamos cómo el sol se dirige hacia el horizonte. Es increíble lo rápido que anochece aquí, parece como si el sol se cayera del cielo. Hay algo en el paisaje plano y en la proximidad al ecuador que hace que el crepúsculo sea más corto.

—No sé si debemos hacer esto —musita Arjun, y mira al cielo—. Bucear de día es una cosa, pero de noche… Eso es para buceadores experimentados.

—Bueno, llevamos linternas, ¿no? Las utilizaremos mientras busquemos. Cuando te sientas incómodo, subimos. Te lo prometo.

Duda. A pesar de lo poco que me gusta obligarle, salto de la barca y él tiene que seguirme. Intento cruzar los dedos de los pies por dentro de las aletas como estoy haciendo con los de las manos. Tenemos que encontrarlo.

Esta vez sí.

49

SAMANTHA

Todo está mucho más oscuro que antes. Las linternas iluminan bien, aunque sólo unos pocos metros. Estar aquí durante el crepúsculo es más sobrecogedor. El agua, que antes era clara, se ha vuelto turbia y, aunque sé que estamos rodeados por kilómetros de lago, no puedo evitar sentirme encerrada.

Sé que Arjun está molesto conmigo, lo noto en su lenguaje corporal, en los gestos bruscos y breves de sus manos y en el movimiento de sus aletas. Espero que me perdone algún día, porque parece que él tenía razón. Buscar en esta penumbra, que se oscurece por momentos, es una estupidez. El fondo está compuesto por arena, arena y más arena, y hay una caída abrupta que conduce hacia lo más profundo. Aquí hay más plantas que se abren en la oscuridad y enormes flores que despliegan sus grandes pétalos. En otras circunstancias apreciaría su extraña belleza; ahora sólo siento frustración.

Arjun tiene mejores ojos que yo, porque divisa un objeto grande a pocos metros de donde estamos. Voy tras él y de improviso se me escapa un chillido bajo el agua.

Es como si él disparara luz por las aletas. Agito la linterna frenéticamente hacia mi amigo y se da la vuelta. Avanzo un poco y doy una palmada. Se produce una explosión de luz a mi alrededor. Al mover los brazos y remover el agua parece que la luz bailara conmigo, como cuando encendemos bengalas el día de Año Nuevo y escribimos nuestro nombre con ellas en el aire.

Cuesta creerlo. Arjun da una voltereta y las chispas lo rodean. ¿Será

esto lo que se siente al ser dotado y lanzar un hechizo? Me va a estallar el corazón con tanta belleza. Y también con las nuevas esperanzas. «Las estrellas aparecen por mandato», dijo el centauro. Chasco los dedos en el agua. «Con mi mandato».

El diario tiene que estar aquí.

Nadamos por encima del objeto, que se tambalea en el borde del escalón de arena que da paso al negro abismo. Me sorprende ver que se trata de un coche antiguo. Está oxidado y roto casi en su totalidad, pero sigue siendo reconocible. Los peces entran y salen por las grietas de la carrocería y todas las ventanas están destrozadas debido a la caída o a cualquier otro golpe, no lo sé. Es el coche que mi bisabuela utilizaría en sus aventuras.

En ese instante, sucede lo peor que cabría imaginar: mi linterna parpadea y se apaga, sumiéndome en la oscuridad.

Y la de Arjun también.

Hago lo único que se me ocurre: dar una palmada. Arjun está a mi lado asestando pequeños golpes con las aletas. Quiere que regresemos y me agarra del brazo. Yo me zafo de él. Tenemos que registrar el vehículo y esta es mi última oportunidad.

La luz de la insectohada.

La llevo en el cuello. Me la saco del traje deseando con todas mis fuerzas que se encienda. Arjun no va a ser capaz de verla, pero yo sí. Va a tener que fiarse de mí.

Le aprieto la mano; no me doy por vencida.

La luz de insectohada brilla lo suficiente para localizar el vehículo. También reconozco el miedo en la cara de mi amigo y sé que me debo dar prisa. Le agarro la otra mano y coloco en la estructura del coche para indicarle que lo sostenga mientras yo busco dentro.

Le suelto y entro por el parabrisas. Me engancho al volante con las aletas para mantenerme firme en el asiento delantero. Primero, abro la guantera pensando que ese sería el lugar más lógico, pero ahí no hay nada. Rebusco bajo los asientos, pero sigo sin hallar nada.

Me levanto y desplazo hacia la parte de atrás. Veo que Arjun observa los destellos de luz que provoco y sé que no debo demorarme mucho. La oscuridad de por sí ya es claustrofóbica. Sólo necesito revisar el maletero y habré terminado.

Tiro de la manija para abrirlo, pero no se mueve. Maldigo mi idiotez. Con la ventana rota, lo único que tengo que hacer es meter el

brazo. Retiro una manta que tapa el contenido y me llevo el susto de mi vida cuando docenas de peces, desconcertados, se me vienen a la cara.

Advierto que debajo de la manta hay un neumático de repuesto y una caja de herramientas, las cosas normales que cabe esperar en un maletero. Pongo la mano en el centro de la rueda y palpo alrededor.

Rozo algo duro y me inclino más para intentar sacarlo. Cuando lo consigo, descubro que se trata de una especie de caja con cerradura. Pesa muchísimo. Trato de abrirla, aunque bajo el agua es imposible. Tendré que llevármela. Hago un gesto efusivo hacia donde está Arjun que provoca un estallido de luces en diferentes direcciones. Suelta el vehículo y viene hacia mí. Entonces, el coche se mueve hacia adelante y levanta una nube de arena que ni siquiera la luz de insectohada puede traspasar.

Estiro rápido el brazo para que mi amigo se agarre a mí y a continuación aferra el otro lado de la caja. Con la ayuda de varias patadas, la sacamos del maletero justo cuando el vehículo se inclina hacia un lado y comienza a caerse hacia el abismo.

Ascendemos despacio con la luz de insectohada como única guía. Me siento orgullosísima de Arjun por haber aguantado hasta el final con una oscuridad casi absoluta.

Cuando subimos, las luces de la barca brillan por todo el lago. Gritamos y agitamos los brazos sin soltar la caja. Anita hace virar la barca y la dirige hacia nosotros. Luego apaga el motor, se asoma y nos ayuda a subirla a la popa.

—Estaba muy preocupada, chicos. Ha anochecido muy rápido y lleváis ahí abajo una eternidad.

—Se nos fundieron las linternas —explica su hermano. Coge una toalla y se envuelve en ella. Está temblando. Permanecer bajo el agua en total oscuridad le ha sacado de quicio—. Será mejor que esta caja merezca la pena.

—Llevaba esto —digo, y saco la luz de insectohada, ahora muy tenue—. Soy la única que puede ver la luz que emite —añado.

—Bueno, pues qué bien, porque pensaba que me iba a dar algo. —Me siento a su lado y le doy un abrazo. Sé que no está demasiado enfadado porque acepta mi cariño.

Anita conduce la barca hasta la orilla y arrastramos la caja hacia el muelle.

—¡Esperad! —exclama Arjun, y coloca el pie delante para evitar

que sigamos moviéndola—. Mirad, hay luz en la cabaña.

—Hay alguien dentro —digo.

—Preparaos —añade Arjun.

Anita y yo nos agachamos sin soltar las asas de la caja, listas para arrastrarla hasta la barca y emprender la huida. Arjun agarra con fuerza el palo que llevaba para cavar en el fondo del lago y da unos cuantos pasos hacia la cabaña.

—¿Hola? —grita—. ¿Hay alguien ahí?

Se oye un ruido en el interior y se enciende la luz de fuera. Se abre la puerta y dos siluetas familiares aparecen corriendo: son Kirsty y Zain.

50

SAMANTHA

—Anita, regresa a la barca. —Con una fuerza que no sabía que tenía, arrastro la caja con una sola mano hasta la embarcación.

—¡Sam! ¡Estás bien! —grita Zain. Se apresura hacia el muelle, pero yo me quedo inmóvil junto a Arjun y levanto la mano hacia el frente. Arjun sostiene el palo en horizontal delante de los dos.

—¡Zain, detente! —grito.

Pone cara de extrañeza, pero se detiene.

—¿Qué haces? Sam, ¡soy yo!

Kirsty camina más despacio hacia nosotros. Miro primero a uno y luego a otro. El corazón me va a estallar, mi cabeza es una masa confusa de alegría y miedo, angustia y alivio. Miro a Zain: ¿se parece al Zain que conozco? Tiene el pelo revuelto, su rostro está más demacrado y flaco, quizás a causa de la preocupación. Si Emilia lo hubiera suplantado, ¿me daría cuenta? ¿Resultaría obvio?

Kirsty, en cambio, sigue exactamente igual. Camina con los brazos caídos hasta que se sitúa al lado de Zain. Estamos en una especie de punto muerto extraño, con Anita a nuestra espalda, lista para arrancar con la caja.

—¿Cómo me habéis encontrado? —Las palabras se me atragantan.

—¡Te he estado buscando por todas partes! —dice Zain con las manos extendidas, rogándome con sus ojos azules que confíe en él—. Kirsty me contó que había visto a Anita y Arjun marchándose a toda prisa y se dio cuenta de que su partida estaba relacionada contigo… Oyó que se dirigían Runustán, pero tuvimos que venir en avión en vez de transportarnos. Se puso en contacto conmigo en cuanto pudo para

contarme su corazonada.

—Pensé que seguías en Pays…

—¡Seguía allí! Pero no hacía nada en la frontera con Gergon. Sabía que Kirsty encontraría alguna pista. Sé lo bien que os lleváis. Por favor. Estábamos muy preocupados por ti. ¿Por qué no te pusiste en contacto con nosotros?

—No podía —reconozco—. Emilia es muy fuerte. No sabía en quién confiar. Y Kirsty, ¿cómo iba a confiar en ti? —Sacudo la cabeza, con el cuerpo aún exhausto por el buceo y la mente cansada de intentar averiguar la verdad en esta maraña de traiciones—. Cuando contestaste la llamada que te hice desde el teléfono del príncipe Stefan, parecías conocerlo. ¿Estás trabajando para él?

—Sam, te juro que no sabía qué quería cuando me contrató para que te enviara el brazalete. No sabía sus intenciones…

—¿Este brazalete es de Stefan?

Kirsty asiente con tristeza.

—Es probable que contenga un rastreador.

El miedo se apodera de mi garganta e intento sacarme el brazalete de la muñeca. No sale.

—Por eso me encontró tan rápido. ¿Cómo no te diste cuenta de que era una mala idea? —Tiemblo de rabia.

Se encoge de hombros a modo de disculpa.

—Pagó una buena suma.

—Contigo todo es cuestión de dinero, ¿no? ¿Cuánto te ha pagado para que me encuentres y me lleves con él?

Su cara pasa de la disculpa al horror.

—¡No, Sam! ¡Yo nunca haría eso! Cuando supe que te habían secuestrado, me quedé destrozada y pedí a mis amigos buscadores que estuvieran atentos por si oían algo sobre ti. He traído a Zain porque sé que puede ayudarte con la poción…

Centro mi atención en Zain. Kirsty podrá estar motivada por el dinero, pero al menos sé que es quien dice ser. Lo único que quiero ahora es correr hacia Zain para abrazarlo, pero antes tengo que ponerlo a prueba.

Me devano los sesos buscando una pregunta, algo que sólo él sepa. Entonces me viene un brote de inspiración:

—¿Qué me escribiste en una taza de café en el monte Hallah?

Zain se queda callado un instante y luego esboza una gran sonrisa.

Siento que el cuerpo se me relaja. Reconocería esa sonrisa en cualquier lugar, los hoyuelos que se le forman en las mejillas y las pequeñas arrugas que le aparecen junto a los ojos.

—Para mí eres especial, Samantha. —Su voz es poco más que un susurro, pero le oigo con claridad.

Dudo durante un segundo y, acto seguido, echo a correr para arrojarme a sus brazos. Al principio se sorprende y luego comienza a reír mientras me abraza fuerte. Cuando nos separamos, abrazo también a Kirsty, que ha venido a buscarme y, a fin de cuentas, no debo reprocharle que haya actuado como siempre.

—Gracias, chicos.

—¿Una ayudita, por favor? —grita Anita.

—Vamos. Tal vez hayamos encontrado algo. —Les hago un gesto para que me ayuden a sacar la caja de la barca mientras Arjun va a la cabaña y trae un pesado mazo. Colocamos la caja bajo la luz para ver bien. Resulta que es una especie de baúl.

—¿Preparados? Una, dos… —A la de tres, Arjun da un mazazo y el cierre oxidado se parte en dos—. Sam, ¿quieres hacer los honores?

Trago saliva y asiento con la cabeza. Abro la tapa sin saber qué voy a encontrar.

Milagrosamente, el interior está seco. Paso los dedos por el borde mientras me pregunto si lo que protege el contenido es una excelente manufactura o algún tipo de magia. Entonces me doy cuenta de que, sin lugar a dudas, perteneció a mi bisabuela. Hay una fotografía insertada por dentro de la tapa, en una de las esquinas: una imagen desvaída y amarillenta, en blanco y negro, de Ostanes cuando era pequeño.

—¿Ese es tu abuelo? —pregunta Anita por encima de mí mientras yo saco la foto con cuidado.

Asiento con lágrimas en los ojos. La coloco sobre la mesa que hay a mi lado y reviso el resto del contenido: ropa, una manta, un par de zapatos.

Después, se produce un corte de respiración general. En el fondo del baúl está lo que llevo buscando todo este tiempo. Un diario marrón claro encuadernado en piel y rodeado varias veces con una cuerda de cuero.

El diario de pociones de mi bisabuela.

Por fin lo he encontrado. Por fin podré salvar a mi abuelo.

Me derrumbo sobre el suelo, rodeada por mis amigos. Es como si no supieran qué hacer ahora que tengo el diario en las manos. Al final, se sientan a mi alrededor. Levanto la cabeza, veo que Zain me está mirando y que me hace un gesto de aprobación. Tiene los ojos abiertos de par en par por el entusiasmo. Desato la cuerda de cuero con manos temblorosas. Abro la tapa y leo las palabras escritas dentro con una pulcra caligrafía:

Diario de pociones de Cleopatra Marie Kemi
Gran maestra alquimista
#34

—Es real —susurro.

Paso la página y contengo la respiración. El diario comienza con una verborrea de palabras que son la continuación de otro diario anterior. Las páginas siguientes son listas interminables de compuestos alquímicos complejos, algunos de ellos tachados y reescritos, otros rodeados por signos de interrogación garabateados de cualquier forma. Percibo la caligrafía exaltada propia de un alquimista que acaba de descubrir algo.

—¿Lo identificas? ¿Es el principio de la receta del aqua vitae? —me pregunta Anita.

Sacudo la cabeza.

—Son fórmulas de pociones; nunca las había visto escritas de este modo. Son… —Hago una pausa brusca para tomar aliento. Esto no es lo que buscaba; aun así, podría cambiarlo todo—. Mirad, Cleo intentaba averiguar la fórmula de la versión sintética de un ingrediente.

—Espera… ¿Estás diciendo que una gran maestra Kemi coqueteó con los sintéticos? —inquiere Anita estupefacta.

—No creo que sólo coqueteara con ellos, sino que los llegó a crear. ¿Verdad, Zain?

Asiente, aunque está pálido.

—Bueno, bueno —interviene Arjun—. Es una suposición demasiado grande a partir de unos cuantos garabatos en un diario, ¿no os parece?

—No son unos cuantos garabatos en un diario —replico—. Cuando estuvimos en las montañas de Bharata, Zain me contó que su padre había robado una fórmula sintética que mi bisabuela había creado. —Le miro—. En ese momento no te creí, al menos no al cien por cien, pero esta podría ser la prueba de que es verdad.

—¿Y tu familia lo creerá? ¿Y tu abuelo? —pregunta Anita.

—Primero tengo que curarlo —le recuerdo.

Aunque es fascinante, sigue sin ser lo que ando buscando. Hojeo cada una de las páginas intentando ser rápida sin deteriorar más el diario. Cuando acabe con él, tendremos que devolverlo a los archivos de los Kemi.

Llego a la última página y juro que casi se me para el corazón.

—¿Has encontrado algo? —suelta Zain.

—No, nada que se parezca ni por asomo a una fórmula del aqua vitae.

—¿Y si se te ha pasado por alto? —dice Arjun.

Vuelvo a repasarlo un poco más despacio. Entonces advierto algo que me estremece: han sido arrancadas dos páginas, cuyos bordes están ennegrecidos. Las quemaron hasta la costura, quizá para no dañar el resto del libro. Lo huelo y percibo un aroma que reconozco.

Polvo de polilla: disuelve las páginas de cualquier libro.

Sé que nadie las arrancó para dárselas a otra persona, sino que se destruyeron para siempre. Y me imagino lo que contenían. Ni las páginas anteriores ni las posteriores dan muestra alguna de que allí hubiera una receta de aqua vitae. Ahora poco importa si la hubo o no, porque ya no está.

Se me escapa un sollozo y Anita me abraza.

—Al menos Emilia no puede hacerse con ella… ni la familia real de Gergon.

Zain se levanta, suspira y deja caer la cabeza entre las manos.

—¿Cómo no va a estar ahí? Todo indicaba que estaría…

Me levanto con ímpetu zafándome del abrazo de Anita.

—No, no… ¡No es el final! Si mi bisabuela averiguó la receta del aqua vitae, yo también puedo. —Me pongo a pasear por la cabaña—. Tal vez si voy a Zhonguo y les pregunto a los monjes que siguen viviendo allí… Y podría buscar la cascada en Pays. Todavía tengo… unos días… hasta…

Anita me detiene:

—No te preocupes, Sam. Saldremos adelante.

Es increíble que, después de haber llegado hasta aquí, la receta no esté. Es como si el corazón se me hubiera hecho añicos. En lo único que pienso es en que he de comenzar la expedición desde el principio para hallar la receta.

51

SAMANTHA

Mientras los demás cargan el coche, me quedo con las piernas abrazadas y la mejilla sobre las rodillas. No quiero mirar a nadie ni hablar con nadie.

Anoche no me dejaron continuar. Señalaron, con razón, que no se podía hacer nada productivo, puesto que los técnicos de transportación ya se habían marchado, yo ya había quemado la pantalla portátil y estaba demasiado oscuro para viajar, con todos esos centauros merodeando por ahí. Buscamos un teléfono, pero también se habían llevado los amplificadores de señal, así que nos metimos en los sacos de dormir y nos preparamos para una noche de sueño intranquilo.

Y tuve que afrontar los hechos. Se me había agotado el tiempo. El único consuelo es que para los gergonianos también se estaba terminando. Aunque yo no tenía la receta, ellos tampoco.

Oh, qué decepcionados estarían Emilia y el príncipe Stefan.

Es un pequeño consuelo. Siento como si mi mente se hubiese fragmentado en celdas y algunos pensamientos estuvieran encerrados para no seguir atormentándome. Pensamientos sobre mi abuelo, su estancia en el hospital… vuelven a aguijonearme, pero consigo acallarlos.

Esta mañana, Zain parece cansado e inquieto. Sé que quiere hacerme mil preguntas acerca de dónde he estado después del Baile de Laville, y todavía no estoy preparada. Me levanto con un dolor de cabeza demoledor que amenaza con convertirse en migraña. Con la luz del día, el plan de anoche de seguir buscando ingredientes para el aqua vitae parece estúpido.

Para empezar, mis padres no volverán a perderme de vista mientras Emilia siga suelta.

Kirsty está conduciendo, Arjun va a su lado y detrás voy yo, entre Zain y Anita.

—¿Te imaginas lo contenta que se pondrá tu familia cuando te vean sana y salva? —dice Anita, intentando aportar un toque de optimismo —. Y, a pesar de que han intentado ocultarles a los medios todas las noticias relacionadas contigo, va a ser de locos para ti.

—No me consuelas, Anita. —Me gustaría eliminar el tono quejumbroso de mi voz, pero no puedo. Me siento la viva imagen del fracaso. Siento que he fallado a todo el mundo: a mi familia, a mi abuelo, a mi bisabuela, a la princesa Evelyn, a Zain, a Anita y a Arjun. A todos los que me importan.

—Lo superarás, Sam —continúa Anita—. ¡Vamos! ¡Resolviste tú sola el acertijo del diario de tu bisabuela! ¡Eso no es baladí!

—Pero se ha convertido en algo baladí —replico, y me refugio detrás del pañuelo que me he liado a la cabeza a modo de coraza. Mi amiga me coge la mano y se pone a mirar por la ventana.

—Oye, ¿qué es eso de allí delante? —pregunta Arjun.

Una gran nube de polvo en la carretera bloquea el camino. Kirsty reduce la marcha al mínimo.

—Quizás algunos de los habitantes del pueblo que se marcharon antes que nosotros estén en apuros —conjetura Anita.

Se me hace un nudo en la garganta al pensar en Nadya.

—Espero que estén todos bien —digo.

De improviso, del polvo emerge una figura que no es humana. Primero aparece una pezuña del tamaño de mi cabeza. Es Cato. Y le siguen muchos centauros más. Toda la manada. Veo que Solon va detrás y, a continuación, el centauro con un ojo. Sigue con el parche y el otro ojo lo lleva colgado al cuello con una cadena mucho más bonita que la que yo improvisé. Sus miradas aún muestran enfado y la gran V que forman sus cejas les da un aire aterrador. Cato me señala y me hace un gesto con el dedo para que vaya.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta Zain con una voz fría como el hielo—. Samantha, ¿qué has hecho?

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres? —No le he dicho nada sobre el ojo de centauro. Quizá no se refiera a eso—. Quiero oír lo que tengan que

decir. Si nos quisieran muertos, ya nos habrían disparado con sus arcos.

Salgo del coche.

—Bueno, entonces vamos contigo —declara Arjun mientras se quita el cinturón de seguridad. Los demás lo siguen, pero Zain los adelanta para colocarse a mi lado. Irradia energía y tiene los puños apretados.

—Por favor —le susurro mientras le agarro de la mano—, no les contraríes. Ya hemos causado demasiado daño.

No me da tiempo a decir nada más porque Cato da un paso al frente.

—Samantha Kemi, llevamos mucho tiempo sin ser amigos de los humanos. Y hace poco has traído más destrucción a nuestra manada.

Hago un gesto afirmativo y trago saliva. No quiero cargar con el peso de ninguna nueva noticia sobre Nadya y su comunidad, sobre todo si la noticia es que las cosas cada vez están peor. Pero vuelven a responsabilizarme y tendré que aceptarlo.

—Pero ahora que nos has devuelto el ojo —continúa—, estamos en deuda contigo. Sobre todo el propio Valu, a quien se lo arrebataron.

—¿Que hiciste qué? —exclama Zain a mi lado. Yo le lanzo una mirada asesina y parpadeo varias veces, porque hay algo en él que parece estar cambiando. No estoy segura de que mis ojos estén funcionando bien.

Las palabras de Cato hacen que vuelva a centrarme en él.

—A cambio, él quiere darte algo. Sabemos que el diario no era lo que buscabas. Lo que quieres es el aqua vitae.

—Sí, más que nada en el mundo. —Sé que mis intenciones le están diciendo lo mismo. Deseo el aqua vitae con todo mi corazón.

—Tienes razón en que la gran maestra Cleo halló la receta del aqua vitae. Ella la elaboró. Lo hizo para salvar a nuestra manada cuando atravesamos la época más difícil. Eligió ayudarnos, por encima de su misión de salvar a la reina en la Expedición Salvaje. Por su cuenta, acabó con la plaga que podría haber destruido nuestra especie y, al hacerlo, perdió sus habilidades alquímicas. Ese es el sacrificio que conlleva elaborar el aqua vitae. Aseguró que ya no acudirían tantos humanos a nuestra manada para buscar ingredientes, ya que había encontrado un modo de reproducir las mismas propiedades, pero con otro formato. Era una profeta, además de una alquimista.

Sintéticos. Cleo creó los sintéticos para evitar que otro centauro

perdiera el ojo.

Cato continúa:

—Consiguió elaborar una cantidad suficiente de aqua vitae para que la distribuyéramos entre toda la manada antes de que fuera tarde. Sobrevivimos gracias a tu antepasada.

Durante un momento me quedo sin habla, y eso que sigo con muchas preguntas.

—Y luego destruyó la receta. ¿Por qué?

—Sabía que sería peligroso si caía en las manos equivocadas, y el coste de esa receta es demasiado alto.

—Egoísta —espeta Zain.

Valu se adelanta con paso pesado. Parece todavía más temible con el ojo colgando del cuello. Ambos ojos me miran.

—Para saldar mi deuda contigo, me gustaría darte algo a cambio. —Se mete la mano en la aljaba donde lleva el arco y las flechas. Saca un pequeño vial lleno de un líquido espeso y cristalino. Me hace un gesto con la cabeza—. Extiende la mano.

Obedezco. Me coloca el vial en la palma y me cierra los dedos. Nunca había estado tan cerca de un centauro; es sorprendente el calor que desprende su piel. Parece que estuviera ardiendo. Observo su ojo y por primera vez no veo ira, sino… gratitud. Me queman las mejillas.

—Es nuestra última gota de aqua vitae —explica—. Úsala para curar a tu abuelo.

52

SAMANTHA

Zain suelta un grito desgarrador.

Se contorsiona formando un ángulo exagerado con el cuerpo, con la espalda arqueada, los dedos crispados sobre el rostro como si intentara arrancárselo y los tendones del cuello en tensión.

Anita se acerca por detrás mientras Arjun se apresura hacia él.

—Tío, ¿estás bien?

Cuando se retira las manos, no es Zain, sino Emilia. Una Emilia más demacrada y espantosa que nunca: la piel le cuelga de la cara, tiene el pelo tan blanco que es prácticamente traslúcido y su cuerpo está esquelético. Debe de haber invertido tanta magia en esa suplantación tan duradera que ahora está pagando el precio. ¿Cómo no lo vi? ¿Cómo no me di cuenta?

Me invaden unas violentas ganas de vomitar y comienzo a tener arcadas.

He besado a Emilia-suplantando-a-Zain.

A pesar de la cantidad de magia que ha debido de gastar, sigue siendo rápida como el rayo.

Con una mano y una fuerza imponente, empuja a Arjun a la vez que se abalanza sobre mí y me arrebata el vial de la mano. Anita y yo comenzamos a golpearla, dispuestas a cualquier cosa con tal de detenerla, mientras los centauros sacan los arcos y la apuntan con sus flechas.

En cuestión de segundos, destapa el vial y se bebe la poción.

El efecto es casi instantáneo. La piel se le tensa y se le vuelve más densa, pasando de ser translúcida a tener un color blanco lechoso.

Desaparecen las venas oscuras bajo su piel, sus ojos recuperan el mismo tono azul impresionante de Evelyn y el pelo recupera su natural brillo dorado. Cuando termina la transformación, es como si fuera la hermana de Evelyn, no su malvada tía.

Se mira las manos con asombro: su delicadeza ya no muestra la edad y el desgaste de hace un momento. Está renacida, hermosa, fuerte y con un aspecto peligrosísimo.

El espectáculo me arranca el corazón.

—¿Qué has hecho? —grito llena de dolor. «¿Qué he hecho?» es lo que grito para mis adentros. ¿Cómo ha podido engañarme así? ¿Cómo he sido tan estúpida? ¿Qué me dijo mi abuelo? No confíes en ningún dotado. Y lo ignoré.

Los centauros disparan sus flechas y ella levanta una barrera que las hace rebotar como si fueran plumas de cisne.

Oigo un doble chasquido metálico y me doy la vuelta para ver que Kirsty ha sacado una escopeta de la parte de atrás del todoterreno. Dispara a Emilia, pero ni siquiera las balas penetran cuando esta despliega todo su poder. Apunta con la varita hacia la escopeta y grita un conjuro.

—¡Kirsty! —bramo.

Por suerte, tiene la lucidez de tirar el arma y saltar para ponerse a salvo. El conjuro golpea el arma, que se retuerce y se convierte en un montón de metal fundido. Aun así, parte del conjuro rebota contra Kirsty, que se golpea la cabeza al caer al suelo.

—¡Kirsty! —vuelvo a gritar, pero mis pies están clavados al suelo. Sólo pido que se mueva. Percibo que la mano se le crispa y la oigo gemir. Suspiro aliviada.

Por detrás de la luz brillante de la barrera, los ojos de Emilia resplandecen como estrellas.

—Sabía que podía contar contigo para encontrar la poción, Samantha. En algún lugar, de algún modo, sabía que la encontrarías. Eso es lo que te hace una alquimista excepcional. —Incluso su voz suena diferente, más suave, no como si se hubiera bebido un vaso entero de grava, sino como si tuviera la garganta revestida de seda—. Nunca me había sentido tan… ¡viva! Fue fácil capturar a tu amiguito por lo solo que estaba en la frontera de Gergon. Y ahora, ¡mírame! —Se gira hacia Cato con los ojos entornados—. Esto es un asunto de humanos, los centauros no tenéis nada que ver, ¿lo entiendes?

—¡TE MATARÉ! —chillo, a pesar de que no tengo manera de respaldar mi afirmación—. ¡Disparad otra vez! —ordeno a los centauros—. ¡Es el demonio en persona! Para empezar, ella era quien tenía el ojo. Quien lo guardó y evitó que Valu se recuperara. Fue por su culpa.

Pero Emilia tiene razón. Los centauros no intervienen en los asuntos humanos. Cato me observa con lo que parece un atisbo de simpatía, pero no mueve un músculo. En cambio, se da la vuelta y ordena a los demás que se marchen. Sus cascos resuenan en el suelo mientras emprenden el galope.

Emilia se estira y camina hacia el coche.

—Me temo que lo tendré que coger prestado. Tengo un país que dominar.

—¿Y el príncipe Stefan? —suelto, y hago un último esfuerzo para retenerla mientras elaboro un plan.

—¿El príncipe Stefan? Se enteró de mi pequeña treta contigo y me disparó. Qué más da. Encontraste el aqua vitae para mí. Eso es lo que quería. Y ahora, cuando a tu princesa se le agote el tiempo…, estaré esperando entre bastidores.

—¡Es demasiado tarde! La princesa Evelyn no es estúpida. Se casará antes de permitir que su poder la destruya.

La mujer me sonríe mostrando sus dientes blancos y perfectos. Me provoca escalofríos.

—Casada o no, qué más da. Ya no importa. Poseo el único antídoto para curar la enfermedad que está destrozando a la familia real de Gergon. ¿No sería una lástima que también atacara a la familia real novaniana?

—Eres despreciable —le digo. Ella se echa a reír, se da la vuelta y se monta en el coche.

Anita se hinca de rodillas en el suelo sollozando y Arjun acude a consolarla. Tengo un plan, aunque es una locura. No puedo pensar en otra cosa. Lo único que pienso (y espero) es que quizá todos esos gritos lo hayan puesto en marcha.

Corro hacia ellos y les echo los brazos encima.

—Arjun, tengo un plan. Dame tu teléfono.

—No podemos llamar para pedir ayuda, ¡aquí no hay señal!

—Lo sé. Programa la alarma al máximo volumen para dentro de dos minutos. Voy a distraer a Emilia, pero necesito que lo tengas listo lo

antes posible. —Saco el silbato que llevé mientras buceaba. No me lo había quitado. Inspiro lo más fuerte que puedo y emito un sonido estridente.

—¿Qué haces? —chilla Anita con lágrimas en las mejillas.

Me saco el silbato de la boca para contestar.

—No mováis un solo músculo, veáis lo que veáis —respondo.

Vuelvo a tocar el silbato una y otra vez, tan fuerte que me arden las mejillas. Ojalá funcione. «Por favor, funciona. Por favor».

Al final, oigo el sonido que esperaba. Un batir de alas en el cielo.

—Oh, Dios, ¿qué es eso? —pregunta Anita mientras mira hacia arriba.

—Mejor que no lo sepas —contesto. Agarro el teléfono, que Arjun acaba de ajustar, y salgo corriendo a toda velocidad detrás de Emilia.

Ella ya ha puesto en marcha el motor, pero necesita sacar la varita antes de volver a sentarse. Es entonces cuando se percata de lo que hay en el cielo y pierde unos segundos muy valiosos. Me lanza un conjuro; como estoy situada en un ángulo incómodo para ella, me resulta fácil esquivarlo rodando por el suelo. Me maldice y pisa fuerte el acelerador, lista para una fuga rápida. Justo en ese momento, lanzo el móvil hacia el asiento de atrás y salgo corriendo para alejarme de Arjun y Anita.

Ellos apenas se dan cuenta, porque toda su atención está centrada en el cielo, en el enorme y turbulento dragón que nos sobrevuela. Es el mismo que me persiguió la otra ocasión, el dragón con escamas rojas que relucen con el sol de mediodía. Al principio, pienso que me ha reconocido: al fin y al cabo, he sido yo quien lo ha llamado con mis gritos y con el sonido del silbato. ¿Recordará cómo lo contrarié, cómo lo engañé? No sé si los dragones albergan alguna noción de la venganza. Ojalá alguno de mis libros lo hubiera mencionado, aunque nunca me imaginé que me hallaría en esta tesitura.

Será mejor que mi plan funcione; en caso contrario, seré el plato principal en una barbacoa de dragones. Arjun se arrodilla junto a Anita y le tapa la boca con la mano mientras le susurra algo al oído con mucho énfasis. Espero que le esté diciendo que se esté quieta y callada.

El dragón da vueltas en círculo sobre mí, ignorando a Emilia, que ha salido pitando en el coche. De pronto, me doy cuenta del gran error de mi plan: el coche va a estar fuera de su territorio antes de que la alarma comience a sonar.

Me he condenado a mí misma a una muerte abrasadora. Al menos,

será rápida.

El dragón abre la boca, el fuego se está formando en su interior. Y entonces, como un milagro, oigo que salta la alarma. Es como la sirena de un barco en la niebla, el único sonido que podría levantar a Arjun de la cama.

En cuestión de segundos, pasa por encima de mí sin rastro de fuego. Permanezco completamente inmóvil y agazapada mientras el dragón vira hacia Emilia. La corriente que forman sus alas me obliga a pegar la cara contra el suelo y acabo masticando arena.

El coche comienza a hacer eses mientras Emilia intenta alcanzar el teléfono para apagarlo. Me preocupa que con tanta curva la criatura pierda su rastro.

Pero el dragón es muy listo. Está hambriento, enfadado y, al igual que me ha reconocido a mí, también concibe el coche como otra causa de su ira. Piense lo que piense, abre la boca de par en par y suelta un chorro de fuego directamente sobre este.

El vehículo frena con un chirrido: Emilia intenta esquivar las llamas.

Presencio cómo abandona el coche ardiendo, con el pelo y la ropa en llamas. Su varita emana agua, pero no es suficiente. Al gritar, atrae aún más al dragón, que desciende.

Emilia no logra apartarse. El dragón aterriza, seguido del pequeño y, una vez en el suelo, hacen lo que suelen hacer los dragones: liquidar a su presa.

Tras unos agónicos instantes, la madre dragón levanta el vuelo con el cadáver de Emilia en la boca y se lo lleva hacia las montañas centrales de Runustán, su verdadero hogar.

Arjun se apresura hacia mí. Anita se encuentra al lado de Kirsty, y yo me alegro de ver que la buscadora está incorporada, aunque luce un corte horrible en la frente.

—¿Ha sucedido lo que creo? —pregunta Arjun.

Asiento con la cabeza, conmocionada.

—Creo que Emilia ha muerto.

53

SAMANTHA

Cuando los centauros vieron que los dragones habían regresado a su territorio de origen, permitieron de buen grado que los habitantes del pueblo volviesen. Arjun se apresuró a contarles las noticias. En cuanto llegó Nadya, le rogué que activara el transportador. Aunque Emilia hubiera muerto, el peligro no había desaparecido, ni mucho menos. Todavía tenía que alertar a la princesa acerca del príncipe Stefan. Y necesitaba asegurarme de que el verdadero Zain estaba bien.

Dentro de la yurta de Nadya, Arjun comenta:

—Emilia lo habrá mantenido con vida para que funcione el hechizo de suplantación.

—Lo sé, pero estoy tan preocupada… —respondo.

—Me cuesta creer que Emilia haya desaparecido —añade Anita, frotándose las sienes—. Y me parece increíble que convocaras adrede a un dragón.

—No podía permitir que se marchara… Yo… —No me había dado cuenta de que mi comportamiento fue lo que causó la muerte de Emilia. Es más, todavía no he asimilado que me robase la última oportunidad que tenía de salvar a mi abuelo (esa gota de aqua vitae) antes de poder usarla.

Mi único consuelo es que, ahora que conozco su aspecto, dispongo de más posibilidades para elaborarla yo misma.

Da igual lo que mi abuelo me hiciera prometer.

—Ay, no. Reconozco esa mirada —dice Anita—. Esta vez nos vamos directos a Nova. No te voy a permitir ningún rodeo.

—Su diario… Todo… se ha esfumado. —No hay posibilidad de que

haya sobrevivido al fuego del dragón, el coche quedó reducido a cenizas. A pesar de que los diarios de pociones están creados para ser casi indestructibles, algunas fuerzas son demasiado potentes—. Ahora nadie sabrá la verdad sobre quién elaboró el primer sintético.

—Tú lo sabrás —interviene Arjun—. Y se lo puedes contar a tu familia.

—Lo sé —musito con una leve sonrisa—, pero no será lo mismo.

Se oye una tosecilla detrás de nosotros y veo que se trata de Nadya.

—La transportación está casi lista. Hmm…, pero Kirsty quiere decirte algo antes de que os vayáis.

—Claro. —Me levanto de un salto.

Kirsty no puede viajar con nosotros debido a su herida, pero el doctor del pueblo la mantiene en observación y asegura que se pondrá bien. Cuando la veo, la noto muy desmejorada. Le han afeitado la cabeza para que el médico la cosiera. Sé que saldrá adelante. Ahora parece todavía más temperamental.

En cuanto entro, me sonríe.

—Este corte de pelo va a ser superpráctico para buscar ingredientes. No sé por qué no me he rapado antes.

Le devuelvo la sonrisa y me siento a su lado, en la cama.

—Gracias por tu ayuda.

Para mi sorpresa, Kirsty pone cara de burla.

—¿Por mi ayuda? ¿Te refieres a traerte a ese demonio con forma de Zain? Debí sospechar cuando me encontró con tanta facilidad, sabía que estaba en Pays. Supongo que mi instinto se nubló. Lo siento mucho. Nunca te haría daño a propósito…

—Lo sé —la interrumpo—. Por supuesto que lo sé. No necesitas disculparte, tú no tenías ni idea. También me engañó a mí, y eso que soy yo quien está enamorada de él.

—Te deseo buena suerte —concluye Kirsty—. Si hay alguien capaz de averiguar cómo salvar a tu abuelo, eres tú. —Nos abrazamos y enseguida se despide—. Vamos, tienes trabajo que hacer.

Entro en la sala de transportación y veo que Anita se está mordiendo las uñas.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No podemos contactar con la princesa. Al parecer, se la han llevado a un lugar secreto hasta que se confirme que la amenaza de Emilia ha desaparecido. Ni siquiera podemos enviarle ningún mensaje

por si hay algún fallo de seguridad. Han traído agentes hasta aquí para certificar la muerte de Emilia. Tienen que darte el visto bueno antes de que puedas hablar con la princesa.

—¡No puedo quedarme aquí! ¿No puede darme el visto bueno otra persona?

—Dicen que no.

—Pero…

—No te preocupes. Yo me ocupo. Tienes que marcharte ahora mismo. Tu familia te está esperando.

—¿Te has puesto en contacto con mis padres?

—¡Claro! Están en el hospital general de Kingstown.

—¿Y a qué esperamos? ¡Vámonos!

—Arjun y yo nos quedaremos aquí para hablar con los agentes de seguridad de la corona cuando lleguen.

Frunzo el ceño.

—Oh. —La rodeo con mis brazos y aprieto con fuerza—. Gracias. Por todo.

—De nada, boba. Ahora vete… ¡Ve a ver a tu familia!

El transportador me lleva directamente al hospital. En cuanto aparezco por la pantalla, mi madre y mi padre se me abalanzan y me dan el mayor abrazo que he recibido jamás. Mi madre aparta a un lado a mi padre y empieza a darme besos por toda la cara hasta que intento zafarme de ella.

—Mamá, papá, estoy bien. Estoy muy bien —insisto.

—¡Estaba tan preocupada! —exclama mi madre cuando por fin acaba de besarme. Todavía me está abrazando, como si temiera que al soltarme volviera a desaparecer.

—He estado… Ha sido… —Ni siquiera sé por dónde comenzar.

—Empieza por el principio, jovencita —me pide mi padre—. Y ni se te ocurra saltarte un solo detalle.

Cuando todos (mi madre, mi padre y Molly) están sentados en la salita que hay junto a la habitación de mi abuelo, les cuento toda la historia, desde el momento en que descubro el plan de Emilia, la búsqueda del diario en Runustán, el rapto en Laville, la visita a los recuerdos de mi abuelo en Gergon y el enfrentamiento final con Emilia. Son un público muy atento que resopla y chilla en los momentos adecuados. Pero noto su decepción cuando se enteran de que no he sido capaz de conseguir el aqua vitae.

—¿Puedo ver ahora al abuelo, por favor? —Al relatar toda la historia me han entrado todavía más ganas de verlo.

Mis padres se miran y al final mi madre asiente.

—Ahora está dormido. Puedes entrar, pero quiero que regreses enseguida. Tenemos muchos detalles que discutir.

—Volveré pronto —confirmo. Empujo la puerta con suavidad para no molestarlo. Me acerco al lateral de la cama y me siento en la silla de plástico duro que hay a su lado. Una de sus arrugadas manos está destapada. Deslizo mi mano por debajo de la suya, la aprieto y la beso con dulzura—. Lo siento mucho, abuelo —sollozo—. Te he fallado. —Siento que una pequeña mano se posa en mi hombro. Levanto la vista con los ojos llorosos y veo que Molly está detrás de mí. Me da un fuerte abrazo.

—Siento haberme enfadado contigo por teléfono —dice—. Pensé…, cuando desapareciste…, pensé que eso sería lo último que te diría. —Su voz se quiebra y le agarro la mano.

Molly, mi abuelo y yo formamos un trío de sufridores. Con tanta tristeza casi me da la risa. Estamos bien, a pesar de todo, porque seguimos juntos.

Le suelto la mano para secarme los ojos. Se coloca al otro lado de la cama y pone los guantes de cola de unicornio en la mesilla de noche.

—No he sido capaz de progresar demasiado —me informa con un ligero gesto de disgusto—. Los sintéticos han ayudado a que se estabilice, pero en su mente siguen faltando fragmentos.

—Casi consigo el aqua vitae que lo hubiera salvado.

Molly me mira.

—Hiciste todo lo que pudiste.

Quisiera darle la razón, pero me siento vacía. Sé que podría haber hecho algo más. No estoy acostumbrada a desvivirme para después fallar.

Molly continúa hablando con cara de concentración:

—Siento que podría curarlo si tuviera esos recuerdos perdidos. Tal vez entonces los recolocaría en su mente.

De repente se me enciende una bombilla. Es increíble que haya estado tan absorta como para olvidarlo.

—Tengo uno de los viales con recuerdos —suelto—. Se lo robé a Emilia y al príncipe Stefan antes de marcharme de la cueva.

—¿Lo tienes ahí? Puedo intentar rellenar los huecos en la memoria

del abuelo.

—¿Estás segura de que podrás? ¿No deberíamos llamar a uno de los médicos?

Abre mucho los ojos.

—Puedo hacerlo con los guantes. No creo que el abuelo permitiera que alguien ajeno a la familia trasteara con sus recuerdos, ¿no te parece? Ya sabes lo testarudo que puede ser, aun habiendo perdido parte de su memoria.

Asiento. Ninguno de los médicos ha sido capaz de ver lo que Molly está viendo. Si alguien tiene oportunidades de éxito, es ella. No puedo evitar sentirme orgullosa. Va a ser una médica estupenda.

Saco de la mochila el vial de los recuerdos. Por fortuna, siempre la llevo conmigo. Sólo con tocar el oscuro vial me entran escalofríos. Es nuestra oportunidad para hacer regresar al abuelo.

—¿Cómo vas a devolver los recuerdos a su mente? —pregunto mientras mi hermana se ajusta los guantes.

Frunce el ceño.

—¿Cómo se ponía en funcionamiento la pizarra de los recuerdos?

—Emilia vertía el recuerdo en la superficie y, cuando yo la tocaba, el recuerdo me succionaba.

—Bueno, pues así será. Debe reaccionar al contacto humano. Veré si el abuelo puede reabsorberlo a través de la piel y utilizaré los guantes para… colocarlos en su sitio, por así decirlo. En realidad, no puedo explicarte lo que se siente al usar los guantes; tendrás que confiar en mí.

—Claro que confío en ti. —Le paso el vial.

Lo abre y, con mucha suavidad, lo vierte en la frente de mi abuelo, donde forma un pequeño charco. Al entrar en contacto, él inspira profundamente, lo cual nos sobresalta. Molly se repone enseguida, se toca las sienes y cierra los ojos.

Tras murmurar unas palabras que apenas oigo por debajo de su respiración, el recuerdo desaparece y se filtra por la piel de mi abuelo…, esperemos que hasta su mente.

Cuando mi hermana vuelve a abrir los ojos, le pregunto:

—¿Crees que ha funcionado?

Y ahora es él quien abre los ojos.

—Ha funcionado —musita—. Puedo recordar, aunque no todo. —Frunce el ceño y luego sonríe. Molly se tira encima de él y lo abraza con fuerza; después, yo me abalanzo sobre ellos, aunque con cuidado

de no aplastar a mi abuelo.

Nos abraza con una fuerza que me sorprende. A continuación, nos suelta y cierra los ojos muy despacio hasta que vuelve a dormirse.

—Necesitamos el resto de recuerdos —declaro con el pulso acelerado—. Tengo que hablar con la princesa. Ella sabrá qué hacer.

Se oyen unos golpes en la puerta de la sala de espera.

—¿Sam? —oigo.

Miro a Molly y ambas nos apresuramos. Mi madre ha abierto la puerta y detrás distingo la silueta de Renel. Y parece muy enfadado.

54

SAMANTHA

—Te esperábamos en Runustán. Tendrías que haberte reunido allí con nosotros.

—Lo siento —digo con la cabeza bien alta—. Pensé que ver a mi familia era mi prioridad.

—En cualquier caso, creemos que sabes dónde ha estado escondiéndose la difunta enemiga del estado, Emilia Thoth, posible paradero de Zain Aster.

—¡Sí! Se escondía en la antigua Escuela Visir, en Gergon.

—¡Imposible! —replica Renel—. Esa escuela lleva años cerrada.

—Allí fue donde estuve encerrada y donde estará Zain.

—Bien, gracias. Estos guardas te tomarán declaración.

—¡Un momento! —grito antes de que se marche—. Quiero ir con vosotros a la Escuela Visir.

—Llevaremos a cabo una redada, señorita Kemi, de modo que no sería apropiado que vinieras.

Me pongo lo más erguida posible.

—En la Escuela Visir hay algunas cosas que me pertenecen. Además, poseo información acerca de la zona donde se localiza el castillo —intento hablar como un agente de seguridad— que será de vital importancia para ahorrar tiempo y esfuerzo.

Se queda mirándome durante varios segundos muy largos.

—Muy bien, de acuerdo. Pero tenemos que marcharnos ahora mismo para liberar al rehén lo antes posible.

—Espera un momento —interrumpe mi padre—. Acabas de llegar. No voy a permitir que vuelvas a viajar a un lugar peligroso, y menos a

un territorio enemigo.

—Lo siento, papá. Esto no consiste en darles un mapa y decirles dónde deben ir. Está en juego la vida de Zain. Y también la del abuelo. Puede que allí haya algo que lo salve.

No les doy oportunidad de protestar, esto es algo que voy a hacer con o sin la aprobación de mis padres. Mi padre percibe la determinación en mi rostro y acaba cediendo.

—Ve a buscarlo —dice mi madre, y me da un beso en la mejilla.

En otra sala, Renel me proporciona un uniforme especial: camisa entallada y pantalones negros con una chaqueta antibalas encima. Cuando termino de cambiarme, me pasa unas envolventes gafas de sol y me da instrucciones.

—Vamos a tener que llevar a cabo una transportación móvil. ¿Tienes algún inconveniente? Los principios son los mismos que en la normal, pero necesitamos transportarnos a un avión que estará sobrevolando la Escuela Visir para lanzarnos desde allí en paracaídas. Una vez que terminemos, dispondremos de una pantalla temporal para la transportación de regreso.

Hago un gesto afirmativo, boquiabierta.

—Comprendo. ¿Puedo ver la localización de la Escuela Visir?

Me enseña el mapa y señala Byrne. Sacudo la cabeza.

—No está allí. Es un viejo castillo con este símbolo en la fachada. —Dibujo la imagen del dragón con la corona.

Renel asiente.

—Conocemos ese lugar. Estupendo. Está en el norte de Gergon. Te lanzarás en paracaídas con uno de nuestros agentes.

—No hay problema —digo, y es verdad. Me he enfrentado a un centauro, he buceado en la oscuridad de la noche y he convocado a un dragón. ¿Qué tiene de espeluznante saltar desde un avión, después de todo lo demás?—. Pero antes tengo que hablar con la princesa Evelyn.

—No puedes —replica Renel—. Sigue en su refugio de alta seguridad. No debemos arriesgarnos hasta que el rehén sea liberado.

Es frustrante, pero sé que no tengo elección. Salvar a Zain debe ser mi prioridad.

Cuando aparece el agujero en el avión y el metal da paso a una corriente de aire y al cielo azul, cambio de opinión sobre la seguridad

del paracaidismo. Pero para entonces ya es demasiado tarde. El hombre al que estoy amarrada da un salto y de pronto nos encontramos cayendo por el aire hacia la Escuela Visir. Me resulta increíble que esté participando en una misión secreta novaniana. Tenemos un cometido. Las instrucciones fueron claras: entrar, rescatar a Zain y salir lo más rápido posible sin alertar de nuestra intrusión al gobierno de Gergon.

Dado que el castillo está construido en la montaña, aterrizamos en lo alto de una pequeña cornisa y desde allí descendemos haciendo rápel para entrar por una de las ventanas y bajar por las escaleras de caracol de la torre más alta. Reconozco el suelo del sitio donde estuve retenida y señalo hacia mi antigua celda. ¿Estará Zain allí?

No hay rastro de Ivan ni del príncipe Stefan… Por suerte. Hace un par de días que escapé (¿sólo un par?) y espero que Zain esté bien.

—¡Zain! —grito.

—¿Sam? —oigo un grito débil desde detrás de una de las puertas. Corro hacia ella.

—Zain, ¿estás ahí? —La golpeo—. Soy yo. Renel está aquí con el equipo de seguridad.

Para mi sorpresa, grita:

—¡No! ¿Cómo sabes que es el auténtico Renel? Emilia es una maestra en la suplantación…

—¡Emilia está muerta, Zain! Te lo prometo, todo el mundo es real. —Los agentes pasan en tropel por mi lado provistos de un ariete—. ¡Apártate de la puerta, Zain! —le advierto. Espero que sea lo bastante listo como para hacerme caso.

Al tercer golpe seco, la puerta cede. Uno de los agentes utiliza la viga para agrandar el agujero y otro se introduce por el hueco para rescatar a Zain. Está blanco como la leche y tiene el pelo revuelto sobre la cara. Parece que llevara días sin comer. Se tropieza al pasar por los restos de la puerta y lo agarro para que no se caiga.

—¡Estás bien! —Le doy un beso en los labios, primero con suavidad, aunque luego él me aprieta con fuerza.

—Estoy bien —confirma—. Me sacó sangre…

Hago una mueca.

—Lo sé, créeme.

—Pero encontré esto. —Levanta mi diario de pociones, que lo había dejado en la celda—. Eso me dio esperanzas de que estuvieras aquí… y de que estuvieras viva. No te preocupes, no lo he leído. —Me

sonríe ligeramente. El corazón me va a estallar, sé que es imposible quererlo más que ahora. Lo rodeo con los brazos y vuelvo a besarlo.

Renel me aparta hacia un lado.

—Evacuación médica para este muchacho, rápido —le dice a uno de los agentes—. Ahora, marchémonos.

Los agentes pasan por mi lado a toda prisa, pero yo no me muevo.

—Vamos, Samantha —me apremia Renel.

—No —respondo—. Necesito coger una cosa más.

—¡No tenemos tiempo para nada más!

Pero no le hago caso, ni siquiera le doy tiempo para que rechiste. Me doy media vuelta y echo a correr.

—¡Seguidla! —oigo que grita detrás de mí.

Bajo las escaleras a toda velocidad hasta la cueva. El hecho de conocer el castillo me proporciona ventaja sobre los agentes. Paso como un rayo por la estrecha pasarela con cuidado de no bajar la mirada hacia el lugar por el que escapé. Llego a la pequeña sala donde realicé la inmersión en los recuerdos de mi abuelo y veo, agradecida, que los viales siguen intactos. En cambio, la pizarra no. Está hecha añicos sobre el suelo. Me pregunto si podría arreglarse de algún modo, pero por ahora no me apetece explicar para qué sirve.

—¿Eso qué es? —me pregunta uno de los agentes que me han seguido.

—Necesito estos viales —explico. Me quito la mochila y empiezo a guardarlos. Tengo que asegurarme de que los cojo todos para que ninguno vaya a parar a algún sótano de seguridad secreto en algún lugar inaccesible de Nova.

Cuando los he guardado todos en la mochila, me giro hacia los agentes.

—De acuerdo, podemos irnos.

Ellos asienten y regresamos todo lo rápido que podemos a las escaleras que comunican con la parte alta del castillo. Llevamos aquí quince minutos, como mucho. Cuando alcanzo el tejado, ya está preparada una pantalla de transportación para llevarnos a casa. Agarro los brazos que me van a guiar y, con cuidado de no dañar los viales, atravieso el espejo para regresar a Nova. No quiero volver a poner un pie en Gergon nunca más.

55

SAMANTHA

Ya en el hospital, corro hacia mi hermana y mis padres. Le paso a Molly la mochila con mucho cuidado y juntas les llevamos a la habitación de mi abuelo sin permitirles protestar.

Molly repite el proceso de alimentar su mente con recuerdos, cosa que deja a mis padres anonadados. Uno de los viales (el último) es distinto. Este no contiene un recuerdo, tan sólo el líquido negro que Emilia utilizaba como depósito, así que me lo guardo en el bolsillo de los pantalones. Mis padres permanecen boquiabiertos hasta que termina y, muy despacio, mi abuelo abre los ojos.

—Pensé que te habíamos perdido, papá —musita mi padre. Se sienta en el borde de la cama y le da un abrazo.

Mi abuelo nos abraza uno por uno y luego dirige su atención a Molly y a mí.

—Gracias a las dos por todo lo que habéis hecho para que regrese.

—No podíamos hacer otra cosa, abuelo —respondo—. Era necesario que lo hiciéramos entre las dos, que ambas empleáramos nuestras habilidades, nuestras dotes.

Se frota los ojos y recupera su brillo habitual. Mira a su alrededor para comprobar que todo está en orden. Se fija en los ramos de flores, en los globos, en todos los regalos y tarjetas que le han enviado para desearle que se recupere. Aunque nunca ha sido un hombre sentimental, es evidente que está conmovido. Su mirada se posa en la bandolera que llevaba cuando lo atacaron y cambia la expresión.

—¿Alguien ha fisgado en mi bolso?

No puedo evitar soltar un chasquido de lengua. Lo primero que

hace al despertarse es preocuparse por su privacidad.

—No, claro que no, abuelo —dice mi padre.

—Pues dádmela —añade. Molly obedece y le deposita el bolso de cuero en el regazo—. La mañana que me atacaron —comienza—, me dirigía a un lugar particular. Es probable que eso hiciera que Emilia me encontrara. —Sonríe con remordimiento—. Tenía que recoger una carta. Por aquel entonces no estaba seguro de contároslo, pero después de pasar este tiempo atrapado en mis recuerdos… y de recordar lo que mi madre aceptó…, lo que sufrí… Ahora sé que te he estado frenando. Y no sé por qué.

»Sam Kemi, creo que tu trabajo en la Expedición Salvaje, por no mencionar lo que has pasado durante las dos últimas semanas, te da derecho a ser alquimista profesional. Envié toda la documentación al gremio cuando finalizó la Expedición y, cuando me tendieron la emboscada, estaba volviendo del consejo con el veredicto. Me temo que mi mente no ha estado en condiciones de comunicarte la noticia. El veredicto está en mi bolso desde ese momento. Me gustaría entregártelo. —Me pasa un gran sobre que parece contener un buen montón de papeles.

El pulso se me acelera y noto que tengo la boca seca. Por una vez, estoy sin habla. Cojo con cuidado el sobre y deslizo el dedo bajo el sello.

Saco el fajo de papeles y desdoblo la carta de encima.

Estimado gran maestro Ostanes Kemi:

Hemos recibido su solicitud para convertir a su aprendiz en alquimista de pleno derecho.

Hemos examinado las pruebas que nos presentó, incluidas las muestras de diversas mezclas elaboradas por la aprendiz sin interferencia o guía por parte de su maestro. A la luz de estas pruebas, estimamos que son suficientes para que Samantha Kemi, hija de los señores John y Katie Kemi, y aprendiz del gran maestro Ostanes Kemi de la Tienda de Pociones Kemi, no sólo merezca el título de alquimista, sino el de maestra en alquimia de la ciudad de Kingstown (Nova) y de cualquier otro lugar donde la profesión se ejerza y esté reconocida.

Invitamos a la señorita Samantha Kemi a una ceremonia

para confirmar este dictamen en el Castillo de Nova el día 31 de julio de este año. Por favor, tenga en cuenta que Samantha Kemi no podrá ejercer como maestra alquimista hasta que acuda a esta ceremonia con usted y jure sus votos de ejercicio seguro de la profesión ante el gremio.

Le damos nuestra más sincera enhorabuena y rogamos que traslade a Samantha nuestra bienvenida al gremio de alquimistas.

Atentamente,

Señora Slainte

Los demás papeles son las pruebas que envió mi abuelo.

Me tiemblan las manos mientras los suelto en las sábanas blancas del hospital. Cuando pienso en todas las veces que he dudado de mí, en todas las veces que pensé que no conseguiría practicar esta profesión que conozco y adoro…, en todas las veces que me angustié pensando en las decisiones sobre mi futuro… Y ahora, aquí está, me lo entregan en bandeja de plata o, mejor dicho, en un trozo antiguo de papel vitela. Mi abuelo deposita sus manos sobre las mías.

—Bien hecho, mi niña —me felicita. Creo vislumbrar una pequeña lágrima en uno de sus ojos.

—¿Abuelo? —Trago saliva. Las siguientes palabras no serán fáciles de pronunciar.

—Sí. Dime.

—Después de que Emilia te robara los recuerdos…, tu mente se volvió inestable. Estabas inconsciente. —Sus ojos no se despegan de los míos ni un momento. Tomo aire profundamente y continúo—: No culpes a mis padres, la decisión fue mía. Autoricé el uso de sintéticos como parte de tu medicación para ayudar a tu recuperación. Y funcionó.

Aprieta los labios.

—Bueno. Mientras nadie se entere… —dice, haciendo un esfuerzo.

Ahora viene lo peor. Le agarro la mano.

—ZA va a emitir un comunicado de prensa contando que te ayudaron a curarte. Porque es verdad. Ellos… no van a quedarse callados. Así que, para que sea más fácil para nosotros, he decidido lo que haré el año que viene. Voy a incorporarme al equipo de Estudios

sobre Pociones Sintético-Naturales que está creando ZA. Quiero trabajar en remedios que curarán a todo el mundo, independientemente de las circunstancias de cada uno.

El corazón se me detiene un instante cuando mi abuelo baja la vista. Estoy segura de que cualquier atisbo de orgullo que sintiera por mí se ha evaporado.

Me levanto y me dirijo con lentitud hacia la puerta arrastrando los pies.

—El programa Kemi-ZA de Estudios sobre Pociones Sintético-Naturales —me corrige, y entonces me doy la vuelta—. Asegúrate de que le ponen el «Kemi» delante.

Voy corriendo hacia la cama y lo abrazo. El abuelo ha vuelto. Y nunca más permitiré que se vuelva a marchar.

56

www.expedicionsalvajeadebate.com/foros/

LAFAMILIAKEMI

MENSAJE PARA TODOS LOS OBSESOS DE LA EXPEDICIÓN

Por desgracia, debido a la información errónea difundida a través de este foro sobre el paradero de la señorita Samantha Kemi tras su secuestro, que tuvo como consecuencia el arresto falso de un ciudadano inocente de Nueva Nova y el asalto a una vivienda en Runustán, estos foros han sido cerrados de manera permanente.

Fue divertido mientras duró.

Los moderadores de ESD

EPÍLOGO

SAMANTHA

—¡No me puedo creer que esto te esté pasando! —exclama Zain, apretándome la mano. Me ha acompañado a la sala del Gran Pabellón de la Alquimia, donde esperaré hasta que me convoquen para la ceremonia donde prestaré el juramento que todo alquimista debe obedecer.

—¿Qué pasa? ¿Que no te crees que vaya a ser maestra alquimista antes de que tú te gradúes en la universidad? —bromeo, y le doy un golpecito con el puño en el hombro.

—No es que no me lo crea, pero eres la maestra alquimista más joven de toda la historia del gremio. Has batido incluso el récord de tu abuelo. Y ahora vas a ser el puente entre nuestros dos mundos.

—Me alegra que tengas fe en mí.

—No soy el único —asegura, y se pone en pie de un salto.

—¿A qué te refieres? —Me giro con extrañeza para ver adónde mira.

—¡Samantha! ¡Aquí estás!

La princesa Evelyn entra en la habitación con aspecto radiante. Me envuelve con un cálido abrazo y me besa ambas mejillas.

—¡Evelyn! ¡Has venido! —No puedo evitar que se me quiebre la voz por la emoción—. Llevo días intentando ponerme en contacto contigo…

—Lo sé… ¡Llevo prácticamente exiliada desde lo del Baile de Laville! ¡Me alegro tanto de que estés bien!

—Necesito hablar contigo con urgencia.

—¿No puede esperar hasta después de la ceremonia? ¡Estás a punto

de actuar! —Me guiña un ojo y hace girar su largo vestido vaporoso—. ¡Será mejor que salga para verte! Espero que no te importe que haya traído a algunos medios de comunicación. Ahora debo estar muy presente para que la nación esté segura de que todo va bien.

—Evelyn, yo… —Le agarro la mano.

—Sam, hablaremos cuando hayas terminado y estés ordenada como alquimista (o comoquiera que digáis vosotros). —Me suelta y se da la vuelta para marcharse.

—Por favor —digo, incapaz de ocultar la desesperación de mi voz —, necesito contarte una cosa. Lo he averiguado. ¡He diseñado un sistema para que puedas almacenar tu exceso de magia! Resulta que en la Escuela Visir quedaban pociones almacenantes. Después de todo, no tendrás que casarte.

Evelyn se queda boquiabierta.

—Pero, Sam…, llegas demasiado tarde.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con que llego demasiado tarde?

—Tus cuarenta y ocho horas terminaron hace una semana. No podía esperar más.

No puedo contener mi asombro. Miro a Zain, que parece tan confuso como yo.

—¿Estás prometida? —pregunto. Un compromiso puede romperse.

—Es una larga historia —declara, y luego se tropieza—. Oh, perdonadme, me siento algo débil. Quizá me haya contagiado de algo. —Nos apresuramos a ayudarla para que recupere el equilibrio. La agarro de la mano y siento algo en sus dedos. No un anillo, sino dos. Se me para el corazón—. Estoy bien —anuncia con una sonrisa.

Se pone a toser y se mancha la manga con una sustancia blanca. Trago saliva. Ya he visto eso antes. La enfermedad de Gergon ha entrado en Nova. Y creo que Evelyn podría haberla contraído a través de su nuevo marido.

AGRADECIMIENTOS

Desde los dragones que escupen fuego hasta las algas bioluminiscentes, este libro ha sido divertidísimo de escribir y está inspirado en un montón de criaturas, experiencias y lugares reales y estupendos. Como siempre, debo dar las gracias a todas las personas que me permiten vivir mi sueño de escribir y disfrutar de aventuras.

Rachel Mann, de S&S UK, y Zareen Jaffrey, de S&S BFYR, son mis intrépidos editores, que me acompañan en cada paso de este viaje. ¡Su ilimitada paciencia y sus reveladores comentarios los convierten en los compañeros perfectos en el camino de la edición! Gracias a los equipos de Simon & Schuster de todo el globo por dar vida a este libro, en especial a Liz Binks y Hannah Cooper en el Reino Unido, y a Shannon Vaughan y Adria Iwasutiak en Canadá, que han trabajado mucho por mí. A Emma Young, mi correctora, a quien no se le pasa una. Y a Juliet Mushens, mi agente, en quien confío sin reservas y que nunca deja de sorprenderme con su pericia editorial; ella es mi ángel de la guarda (además de una de mis mejores amigas).

Al margen del negocio editorial, ¡muchas gracias a Lim Curran y Laura Lam por sus atentas lecturas y por su apoyo inquebrantable! Hablando de apoyo a diestro y siniestro, tengo que dar las gracias a Juno Dawson, Laure Eve, Sarah J. Maas, James Smythe y Zoe Sugg por ser los amigos más alentadores que puede tener un escritor. ¡Vuestros libros y vuestro talento hacen que no deje de querer mejorar en el juego de la escritura! Sarah Woodward, Sophie McCulloch, Angus McCulloch y Maria McCulloch, gracias por leerme y animarme cuando he dudado de mí misma. No tengo palabras para expresar cuánto me han ayudado vuestro entusiasmo y vuestra fe en mí para seguir adelante en las épocas buenas y en las malas.

Por último, tengo que dar las gracias a Lofty; todos los días de nuestra vida son una gran aventura, como no podía ser de otra manera.

PASA LA PÁGINA PARA

SABER MÁS SOBRE

EL MUNDO MÁGICO

DE SAM KEMI

LAS DIEZ MEJORES POCIONES DE SAM KEMI

1. CAUTIVAESTRELLAS INSTANTÁNEO

Polvo de duende, un toque de luz de luna llena y limaduras de meteoro.

Una vez esparcido sobre el cabello recién secado, este polvo te ayudará a destacar entre la gente y tal vez atraiga la mirada de ese cantante de pop taaaan guapo que está en el escenario. Para potenciar su efecto, aplicar cuando el artista esté tarareando esa balada de amor superromántica.

2. SUPERAYUDA ESTUDIANTIL

Mezclar raíz de valeriana con savia pegajosa de rana arbórea púrpura, romero y una pizca de leche de magnesio.

Crea la poción perfecta para retener información en los exámenes finales. Procede con cuidado: una sobredosis puede ser peligrosa.

3. DE ACUERDO EN EL DESACUERDO

Un diente de dragón en una solución de agua de glaciar hervida a fuego lento.

El diente de dragón es fantástico para atenuar las discusiones, aunque es difícil de conseguir. Por eso puede que sea mejor hablar.

4. DESENMASCARANTE DE ENCANTAMIENTOS

Ojo de esfinge descuartizado a conciencia y mezclado con polvo de

cuarzo molido.

Esta poción ayudará a ver a la persona real escondida detrás de cualquier encantamiento. Algunos dotados (es decir, aquellos que poseen la habilidad de usar magia) son capaces de crear encantamientos muy potentes resistentes a la poción. En ese caso, incrementar la dosis de cuarzo molido.

5. POCIÓN DE MEJORES AMIGOS

Seda de luciérnaga atada formando un nudo y ahumada sobre una mezcla burbujeante de flor gemela.

Se trata de una poción para todos los mejores amigos que hay por ahí. A diferencia de la poción amorosa, esta no hará que alguien sea tu amigo, pero, si ya lo sois, ayudará a reforzar el vínculo para siempre.

6. REMEDIO PARA LA ALERGIA PRIMAVERAL

Una cucharada de miel de abeja dulcinea (preferiblemente autóctona) diluida, si es necesario, en una taza de té verde.

¿La alergia al polen te causa picor de ojos y estornudos? Esta poción te ayudará a aliviar los síntomas rastreros que provoca la estación primaveral.

7. EL ROMPEHECHIZOS

Pon hojas de fresno en un mortero, mézclalas con un tallo de bambú hueco y llévalas a ebullición con aguijones de avispón.

Si alguna chica dotada, malvada y vil te ha lanzado un hechizo, toma esta poción para deshacer la magia y volver a la normalidad. Rápido.

8. OLVIDADOR DE RUPTURAS

Aguijones de medusa en infusión con agua del Leteo.
Proporciona olvido temporal. Suelen utilizarla aquellos que han sufrido una ruptura dolorosa y necesitan alivio.

9. POCIÓN DE BUENA SUERTE

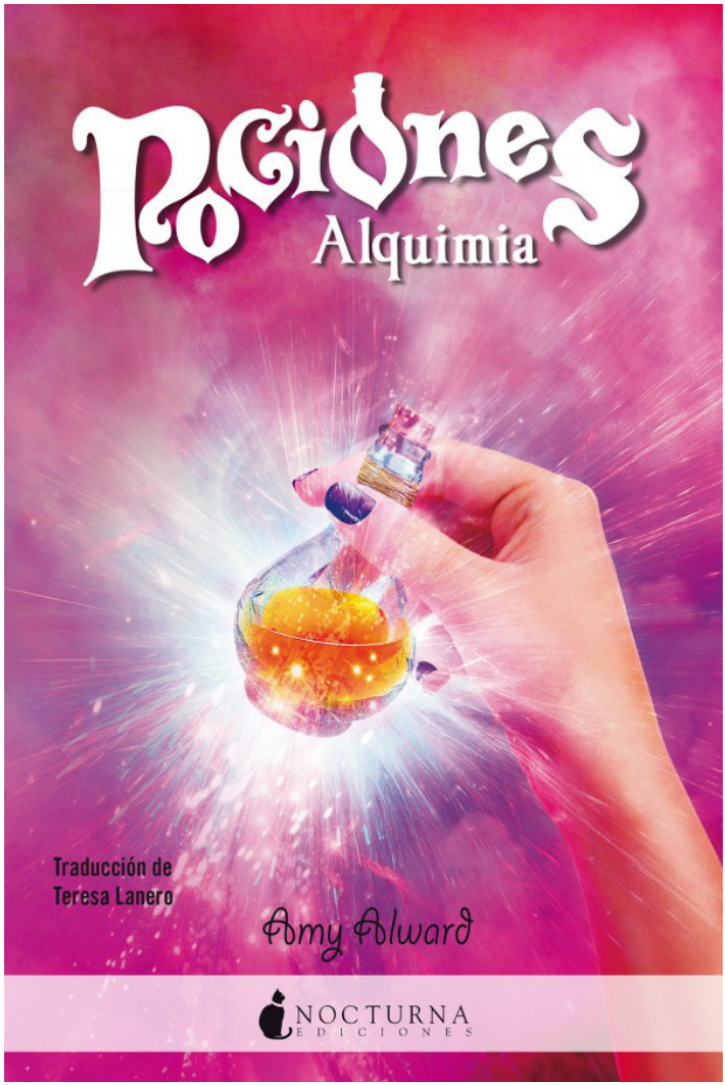
Recorta el borde plateado de una hoja de laurel lunar que haya sido recogida durante la tercera luna llena del año.
¿Necesitas un poco de buena suerte para algo especial? Esta es la infusión perfecta. Sólo puedes tomarla una vez en la vida, así que más te vale elegir bien el momento.

10. BREBAJE DE VIGILANCIA

Muele granos de café recogidos para la ocasión justo antes de hervirlos, calienta agua a unos noventa o noventa y cinco grados (no debe estar demasiado caliente, porque en ese caso obtendríamos un café amargo) y remueve. Añade leche al gusto.
Es la poción favorita de Sam y de su amiga Amy Alward: ¡una maravillosa taza de café! Lo primero que hace falta por la mañana para que el cerebro funcione bien.

Pociones

Alquimia



Traducción de
Teresa Lanero

Amy Alward

NOCTURNA EDICIONES

Amy Alward

Pociones
Alquimia

Traducción del inglés
Teresa Lanero

NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *The Potion Diaries: Going Viral*

Publicado en Gran Bretaña por Simon & Schuster UK Ltd

© de la obra: Amy Alward Ltd, 2017

© de la traducción: Teresa Lanero, 2018

© de los detalles que acompañan el texto: Lehanan Aida, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: febrero de 2019

Edición digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-17834-02-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Elv, Rachel, Lucy y Zareen,
cuyo toque mágico dio vida a estos libros

POCIONES
Alquimia

1

PRINCESA EVELYN

—¿Alguna novedad? —preguntó, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

Lo de actuar como si fuera el dueño del cotarro se le daba peor que a Zain, pensó la princesa Evelyn. Sin embargo, ahora más o menos lo era. El príncipe Stefan. Su nuevo marido.

Quiso replicar algo ocurrente, pero cuando abrió la boca le entró uno de esos terribles ataques de tos que le provocaban sacudidas por todo el cuerpo y que cubrían su pañuelo con una nube de polvo blanco. A veces, incluso acababa de rodillas en el suelo.

—¿Sigues mal? —dijo.

Evelyn no tenía energía para contestar. Que si seguía mal. Pues claro que seguía mal. ¿No tenía ojos en la cara?

Se derrumbó en la cama y se envolvió en el edredón como si fuera una crisálida. Cerró los ojos, incapaz de recordar cuándo fue la última vez que estuvo tan débil. Notaba que su poder disminuía. Ya sabía que se sentiría diferente… Al fin y al cabo, le había cedido la mitad de su poder a su nuevo *marido* (por todos los dragones, cómo odiaba esa palabra). Pero era como si algo más la consumiera. Ese virus, esa misteriosa enfermedad que padecía, se estaba convirtiendo en un serio problema. Stefan le había dado una pastilla que parecía mantener a raya los peores síntomas —él también se la había tomado—, aunque no le había dicho para qué servía exactamente.

Detestaba depender de él. Llevaba sin salir de palacio desde la ceremonia en que Sam fue proclamada maestra alquimista. Siempre que pensaba en su amiga Samantha Kemi le invadía un sentimiento de culpa. Poco después de la ceremonia la vio en la tele, donde la

entrevistaban en un programa de noticias; allí aseguró que Stefan había sido el verdadero artífice de la explosión del Baile de Laville y que la persona a la que habían culpado —Emilia Thoth, la malvada tía de Evelyn, ya fallecida— sólo había sido un peón en el gran juego de Stefan.

Mientras veía el programa, Stefan apareció y apagó la tele con un simple movimiento de dedo en el aire. Aunque Evelyn trató de encenderla de nuevo, la pantalla siguió negra.

Quiso discutir con Stefan sobre las acusaciones de Sam y pedirle que contara la verdad, pero su enfermedad la estaba debilitando tanto que apenas podía concentrarse…

Evelyn abrió los ojos y vio que él se acercaba.

—Me lo temía. —Le puso la mano fría en la frente. Ella se estremeció, aunque no pudo apartarse—. Eras mi última esperanza. Necesitaba que fueras lo bastante fuerte como para resistirlo. Siempre he oído que eras el miembro de la familia real más fuerte de la historia de Nova. Ahora ya sólo nos queda una opción.

—¿Hmm? —Evelyn sabía que aquello era importante, pero su conciencia seguía a la deriva—. ¿Resistir qué? —murmuró—. ¿Sabes por qué estoy enferma? ¿Para qué son las pastillas? ¿Por qué no se lo has contado a nadie? —Hizo todo lo posible por sentarse y se preguntó cuándo se le habían vuelto de plomo las extremidades.

—Silencio, princesa. Ya no habrá más pastillas para ti.

Ella fijó la mirada en su propio brazo. Tenía algo clavado. Una jeringa. Stefan le estaba inyectando algo.

—¿Qué haces? —gritó, y las palabras se le ahogaron en la garganta. Ni siquiera estaba segura de que tuvieran sentido.

—Silencio —repitió él—. El virus va a extenderse. No hay forma de detenerlo; ahora lo sé.

—Espera… —Intentó resistirse al sueño, pero se vio arrastrada por un enorme sopor, acrecentado por la mano Stefan que le apretaba la frente. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue la curiosa mirada de tigre acompañada de unas últimas palabras:

—Que los dragones nos amparen.

2

SAMANTHA

—Bueno…

—Bueno…

No puedo evitarlo, tengo que reírme. Las carcajadas se me escapan como el refresco de una lata recién agitada.

—¿De qué te ríes? —pregunta Zain.

—Después del tiempo que hemos esperado para disfrutar por fin de nuestra primera cita formal…, ¡no esperaba que todo fuera tan complicado!

Para mi alivio, él también se echa a reír. Se le cae un mechón de pelo negro sobre la frente cuando mira a su alrededor para fijarse en el restaurante abarrotado. Tenemos el codo tan cerca de la pareja de al lado que podríamos compartir la servilleta.

—Supongo que entre los estudios de la universidad y el trabajo en ZoroAster se me ha olvidado ser humano.

—Te perdono —contesto con una mueca—. Normalmente soy yo la complicada.

—Eso es verdad, empollona de la alquimia —se burla. Le lanzo la servilleta y él la esquiva sin más. Luego se acerca para susurrarme:

—¿Estás lista para que nos larguemos de aquí?

—¿Por qué? ¿Se te ocurre algo mejor?

—Estaba pensando que podríamos ir a ver la danza de los kelpies.

Sonrío.

—¡No la veo desde que tenía unos tres años!

—He oído que la han actualizado hace poco. Puede ser cursi, pero…

—Me parece perfecto. —Lo que sea con tal de salir de aquí. Cuando Anita se enteró de que íbamos a venir al emblemático restaurante de Marco Darius Winter, el MDW, casi se ahoga con el batido especiado de calabaza y café. Incluso cuando le expliqué que estaríamos en el salón informal, y no en el comedor más elegante, se moría de la envidia.

—Aun así, ¡es uno de los restaurantes más modernos de la ciudad! ¿Cómo conseguisteis reservar?

—Ni idea —reconocí—. Se ha ocupado Zain.

—¡Qué suertuda!

Puede que sí, aunque no me había dado cuenta. Por un lado, llevo en Kingstown toda la vida y puedo contar las veces que he estado en la calle Morray (también llamada, con sorna, calle Millonetis), la zona más cara de la ciudad, con tiendas lujosas y restaurantes exquisitos. Pues bien, el MDW está justo en el centro. Se trata de un lugar tan sofisticado que pueden permitirse contratar a camareros dotados, de modo que los platos desaparecen por arte de magia en cuanto se acaban y las copas nunca están vacías.

Sólo espero que no cobren cada vez que las rellenan, aunque es lo más probable, dado que sirven el agua de grifo con hielo especial de glaciar. Como Zain insistió en pagar, no he llegado a enterarme.

No soy tan fan de los programas de cocina como Anita, así que no aprecio los diminutos platos que sirven ahora —muy artísticos, eso sí— a modo de tapas novanianas. No puedo evitarlo: me siento fuera de lugar, como una vieja precoz, porque preferiría ir a tomar una hamburguesa al garito de Hungry Joe antes que gastar más dinero aquí. Además, la gente sólo habla del príncipe Stefan y de la princesa Evelyn. Como la pareja de al lado. Aprieto los dientes cuando retoman el tema durante el postre:

—Bueno, yo creo que él está bien… Ahora que la princesa se ha casado, me siento mucho más segura —dice la mujer mientras golpea con delicadeza la capa de caramelo de su crema tostada—. Y qué luna de miel tan bonita. ¿Crees que podríamos hacer una reserva en el Luxe Resort para las próximas vacaciones?

El hombre asiente.

—Como quieras, cielo. No olvides que es un movimiento político muy pensado. El rey Ander no es tonto, y ahora los dos países están más unidos que nunca.

—Te equivocas —intervengo mientras me giro para colocarme

frente a él.

—Sam… —Oigo que Zain me llama y noto que su tono es de advertencia, pero no puedo parar:

—Stefan es peligroso —prosigo—. ¡Engañó a la princesa para que se casara con él!

El hombre suelta el tenedor y levanta las manos como si le estuviera atacando por encima de su trozo de tarta de *mousse* de chocolate.

—Señorita, más respeto al príncipe Stefan —suelta la mujer, que me apunta con la cuchara como si fuera un arma.

La expresión del hombre pasa de la sorpresa a la curiosidad.

—Un segundo, ¿no te conozco? ¡Eres la alquimista que salió en esa entrevista de la tele, en las noticias de Nova!

Qué vergüenza. Ya no soy la alquimista que ganó la Expedición Salvaje y que salvó a la princesa, sino una loca de remate a quien tuvieron que callar por liarla en directo.

—Lo siento mucho, señor. Ya nos íbamos —se disculpa Zain mientras se levanta.

El hombre se cruza de brazos.

—No, espera… Quiero oír a esta jovencita. ¿Por qué es peligroso el príncipe Stefan?

Trago saliva y me detengo un instante. Necesito que la noticia se extienda y, aunque mi público sea sólo de dos personas, llevo tiempo preparándome para este momento.

—Para empezar, me secuestró en el Baile de Laville y me obligó a buscar la receta del aqua vitae; como eso no funcionó, convenció a la princesa para que se casara con él y la infectó con un virus contagioso.

—Creo que fuiste tú quien dijo que lo del aqua vitae era un mito —interrumpe el hombre—, que no existía nada semejante.

—Y no existe, pero…

—Y la princesa tenía que casarse para no poner en peligro a toda Nova, ¿no es así?

—Sí, pero…

—Y aunque la princesa tenga un virus mortal es capaz de volar a la playa para pasar allí una fabulosa luna de miel, donde, por cierto, la fotografían con un aspecto completamente feliz y saludable.

Me quedo pálida.

—¿Hay fotografías de eso?

El hombre asiente mirando a su pareja. Ella pone los ojos en blanco

y saca el móvil de un elegante bolsito.

—Aquí están. Mira.

Después de tocar un par de veces el teléfono, me enseña un «robado» donde aparecen en la playa; el príncipe Stefan le pasa el brazo por los hombros bronceados a la princesa. A pesar de que la foto está un poco borrosa, como si la hubieran tomado desde lejos, es obvio que son ellos.

—Vamos, Sam. —Zain agarra mi abrigo—. Sentimos haberles molestado.

—No…, no lo entiendo —tartamudeo. La mujer sigue mostrando fotos sonrientes y se me cae el alma a los pies con cada una de ellas. Cojo el abrigo y salgo pitando de la sala, aunque no lo bastante rápido como para no oír a la mujer, que despotrica en voz alta sobre lo mucho que ha bajado el nivel de la clientela del MDW.

—¿Estás bien? —me pregunta Zain al salir mientras me coge la mano con fuerza.

—Sí. —Se me escapa un gran suspiro—. Lo siento; ya sé que dijimos que esta noche no sacaríamos el tema, pero no he podido evitarlo. No consiento que hablen de lo estupendo que es el príncipe. ¿Por qué nadie lo ve como es en realidad?

—¿Porque es un maestro de la manipulación que cuenta con todos los recursos de palacio?

—Será por eso. Lo único que quiero es que la princesa se ponga en contacto con nosotros.

—Lo sé.

A él le duele tanto como a mí. La última vez que vimos a Evelyn fue en la ceremonia en que me nombraron maestra alquimista. Y lo último que dijo, antes de que el servicio secreto se la llevara, fue que había caído enferma. Desde entonces he hecho todo lo que he podido para contactar con ella y ya no sé cómo llamar su atención; sólo me falta encadenarme a la verja del palacio. Como la princesa no me escucha, he intentado hacer correr la voz acerca del príncipe Stefan contactando con toda la gente que conozco en los medios de comunicación gracias a mi victoria en la Expedición, publicando en las redes sociales, escribiendo cartas a palacio…, pero nadie quiere hacerme caso.

—¿Podemos olvidar el asunto durante el resto de la noche? —Zain me tira de la mano.

—Entonces, ¿tú tampoco sabes nada?

Hace una mueca de dolor e intenta disimularla encogiéndose de hombros.

—El palacio es así. Ellos contactan con nosotros y no a la inversa, por muy amigos que seamos. Además, Stefan está aprendiendo lo básico. Cuando se asiente más, seguro que Evie contactará contigo y las cosas volverán a la normalidad. Así que… ¿olvidamos el tema? —Se queda mirándome a través de su flequillo y noto que mengua mi determinación.

—De acuerdo. Olvidado.

Caminamos de la mano hacia la costa, donde tiene lugar la danza de los kelpies. Hay dos grandes gradas delante del agua y Zain paga varias coronas para acceder a ellas. La atmósfera es festiva, con puestos de juegos absurdos y algodón de azúcar por todas partes, y con tenderos dotados que hechizan juguetes para que se iluminen en la oscuridad mientras se pone el sol.

—Vamos —dice Zain—, que voy a conseguirte un peluche.

—¿En serio? —No puedo evitar tener un escalofrío—. ¿Y si te lo consigo yo a ti?

—Lo siento, campeona, estos juegos sólo son para dotados. —Zain señala un cartel que hay encima de uno de los puestos.

—¡Qué injusto! —Me pongo las manos en las caderas—. ¿Y eso no es discriminación?

Los dotados —gente como Zain o mi hermana Molly— pueden manipular los flujos de magia del aire a través de un objeto, como una varita o un par de guantes. Los dotados más poderosos de Nova son los miembros de la familia real, incluyendo a nuestra amiga desparecida del mapa, la princesa Evelyn, que pueden canalizar la magia con las manos. Yo en cambio soy corriente, lo que significa que no puedo usar la magia.

Trato de no deprimirme demasiado con este asunto. La mayoría de los alquimistas somos corrientes, de modo que podemos trabajar con ingredientes mágicos sin el peligro de que se produzcan efectos adversos. Por el contrario, los dotados que intentan mezclar ingredientes acaban con el cuerpo y la mente trastornados, así que no suele merecerles la pena correr ese riesgo. Sólo ha habido una alquimista dotada en el mundo, que yo sepa. Otro escalofrío me recorre la espalda, a pesar de lo abrigada que voy.

Zain me da un golpecito en el hombro; cree que sigo ofendida por

el cartel de «Sólo dotados».

—No es más que un juego. Observa.

Vuelvo a prestarle atención, aunque sé que mi estremecimiento se ha producido por pensar en Emilia Thoth, la alquimista dotada —tía y enemiga de la princesa— que me raptó en la Gira Real. «Está muerta», digo para mis adentros, y no puede hacernos daño, ni a mí ni a mis amigos.

Zain saca la varita y se acerca al encargado para pagar la partida. El juego consiste en una gran ruleta, como una diana de dardos, que tiene agujeros situados de forma estratégica en distintos lugares. Cada agujero aparece marcado con una puntuación.

—Es muy fácil —dice el encargado—. Hago girar la ruleta y tú usas la varita para acertar en los agujeros. El hechizo tiene que ser una simple bola de goma; nada sofisticado, por favor. Cuantos más agujeros alcances, más alta será la puntuación y mayor el premio, ¿de acuerdo? Cinco agujeros, seis intentos.

Zain asiente. Su cara de concentración me hace reír.

—¿Listo? Tres, dos, uno… —El hombre hace girar el tablero.

Con rápidos movimientos de muñeca, Zain lanza bolas rojas hacia la ruleta. Lo que no espera —ni yo tampoco— es que todas ellas salgan despedidas sin atinar en ningún agujero. Después de los seis disparos, la puntuación es cero.

Zain se queda tan boquiabierto que podría colársele una de las bolitas en la garganta.

—¡Está trucado! —exclama, fingiendo horror.

Una vez más, no puedo contener la risa.

—Venga, que nos vamos a perder el espectáculo —le apremio mientras le tiro de la manga.

—Espera, otra vez.

—Si no hay más remedio… —Sonrío y miro al encargado, que tiene pinta de engreído. No sé por qué, pero creo que ahora no le va a ir mucho mejor.

Me vibra el teléfono y bajo la vista. En la pantalla aparece el asunto de un mensaje entrante:

A/A: SAM KEMI (DOCUMENTAL)

Lo primero que pienso es: ¿otra vez?

¿Cuántas veces hay que repetírselo a esta gente? Paso del mensaje y decido ocuparme de él en otro momento.

Un fuerte gemido me indica que Zain ha fallado. Me meto el teléfono en el bolsillo y le doy una palmadita en el hombro.

—¿Podemos irnos ya?

—Sí, de acuerdo. —Mira con mala cara al hombre, aunque sonríe cuando se vuelve hacia mí.

Me derrito un poco más. Somos una pareja extraña: él es el heredero de la mayor empresa de pociones sintéticas del país, una industria que amenaza el negocio de mi familia. Yo soy una maestra alquimista perteneciente a una de las familias de elaboradores de pociones más antiguas de Nova. Aun así, lo que hay entre nosotros parece que funciona.

—¿Qué mirabas con esa cara? —pregunta, y me echa el brazo por encima para que me acerque a él mientras subimos las escaleras metálicas hacia la grada.

La mayoría de los asistentes son familias con niños pequeños, aunque hay también unos cuantos adolescentes. La danza de los kelpies no tiene fama de ser muy sofisticada, pero a los Zamantha nos pega mucho más que un restaurante rancio. Además, nuestros asientos están en una zona relativamente vacía y tenemos mantas para taparnos. Será agradable, acogedor y, sin duda, más apropiado para una cita.

—¿A qué te refieres?

—Te he visto ojeando el teléfono y frunciendo el ceño. Parecía algo importante.

Sacudo la cabeza.

—No, no es nada… La pesada de la productora de televisión que quiere hacer un documental sobre mí. Dice que el interés acerca de la Expedición Salvaje y la Gira Real está en alza y que debería sacarle *probecho*, con b. —Pongo cara de resignación—. Es probable que sea un timo. Es como el cuarto o quinto correo que me manda, a pesar de que ya le contesté que no.

A Zain se le iluminan los ojos.

—¿En serio? ¡Suena muy guay! ¿Me enseñas el mensaje?

Me echo a reír.

—¿Te interesa mucho? —Abro el correo y le paso el teléfono.

Lo mira con rapidez.

—Sam, ¿estás de broma? Esto es real. Esta mujer… —señala el nombre de la remitente, Daphne Golden— es una directora estupenda. Ha dirigido la última película de Yolanda.

—¿En serio? Es una peli muy buena.

—¿Lo ves? Podría estar muy bien. ¿Qué quieren hacer? En el correo no da detalles; lo único que hace es rogarte que aceptes —añade.

Suelto un profundo suspiro.

—Bueno, quieren rodar en la tienda algo así como «la vida cotidiana de una alquimista». Quizá también acompañarme al instituto y esas cosas. Entrevistar a mi familia y a mis amigos… y a ti, seguro. Dice que tengo cosas que contar. Ya sabes, lo de la maestra alquimista más joven de la historia de Nova, la experiencia de la Expedición y de la Gira… Todo eso.

—¡Suena genial!

Arrugo la nariz.

—¿Tú crees? Yo no lo veo así. Estaba deseando que la fama se disipara, terminar el instituto y… no volver jamás a la tele. Ahora es como si buscara más atención. Me sorprende que quieran hablar conmigo después de todo lo que se comenta por ahí.

—Oye, eres un personaje público en Nova y la gente va a hablar de ti, lo quieras o no. Quizá sea una oportunidad para contar tu versión de la historia.

—Tal vez.

—Y seguro que pagan bien.

—Sí, pero…

—Yo me lo pensaría seriamente; una oportunidad como esta no se va a repetir. Así podrías decir la verdad acerca de tu familia; todavía hay gente que cree que estáis escondiéndole al mundo el aqua vitae.

Ese fue el gran escándalo del mes pasado: pensaban que habíamos desarrollado un remedio para todo, la poción más potente del mundo…, y que la habíamos destruido o nos la habíamos guardado para nosotros. Y no es verdad.

Vuelvo a mirar el mensaje. Un documental… podría ser divertido.

A nuestro alrededor suenan unas trompetas y las luces se atenúan.

—Lo pensaré —le susurro a Zain cuando empieza el espectáculo, contenta por cambiar de tema. Unos láseres rojos y verdes bailan sobre el agua mientras se eleva una pantalla por detrás. Proyectan un vídeo introductorio con varios anuncios de medicamentos de ZoroAster.

Zain y yo nos miramos y ponemos cara de resignación ante semejante cursilada. Sin embargo, acurrucados bajo la cálida manta de lana, con mi mejilla apoyada en su hombro y dándonos la mano, no podría imaginar una primera cita «formal» más perfecta.

Bueno, hasta que aparece un rostro sonriente en la pantalla. Una cara angulosa con ojos atigrados color ámbar.

«¡FELICIDADES A NUESTRO NUEVO PRÍNCIPE STEFAN DE NOVA!», reza el subtítulo. Los kelpies aparecen por delante de su perfil sereno y ondeante, y saltan sobre las olas para honrar al flamante miembro de la familia real con una coreografía de pezuñas acuáticas y crines cubiertas de espuma. Deberían impresionarme, pero lo único que veo es rojo por todas partes.

A mi lado, Zain me estrecha con fuerza la mano.

—Recuerda, tienes que olvidarlo…

Aprieto los dientes durante dos segundos más, hasta que los fuegos artificiales comienzan a salir por detrás de la cabeza de Stefan, momento en el que tiro la manta al suelo y me levanto.

—No puedo ver esto.

—¡Sam!

—Quédate si quieres, pero bajo ningún concepto voy a honrar a ese gusano. Me da igual que nadie lo entienda y que no quieran escuchar. Jamás me creeré que ha cambiado. No confiaría en el príncipe Stefan aunque me fuera la vida en ello.

3

SAMANTHA

Suena un portazo detrás de mí.

Mi madre está sentada en la mesa de la cocina y mira el reloj con cara de sorpresa.

—¡Sam! ¡No te esperaba hasta más tarde! Tu padre acompañó a Molly a natación…

Cuando se fija en mi expresión, deja de hablar. He venido corriendo como un rayo desde el espectáculo de los kelpies. Zain se ofreció para traerme, pero necesitaba caminar. Al ver ese vídeo he vuelto a sentir una rabia que estaba oculta y que ahora no puedo disimular.

—¿Va todo bien? —me pregunta mi madre, atravesando con su suave voz la niebla roja que se extiende frente a mis ojos.

—No —respondo entre dientes. Necesito calmarme. Necesito té.

—¿Qué sucede, cariño? Deja, yo lo preparo —dice mientras me quita la tetera de las manos. Mi madre es dotada, aunque su magia es débil y no suele usarla dentro de casa. Su objeto (una vara de zahorí) está arriba, en su tocador—. ¿Por qué no te sientas?

Hago lo que me sugiere y me derrumbo en una de las sillas de la cocina.

—No lo entiendo. ¿Cómo puede creer en él la gente?

Mi madre no necesita preguntarme de quién hablo. En este momento, en todos y cada uno de los programas de la tele y de las portadas de los periódicos aparece el príncipe Stefan. Está en plena ofensiva de relaciones públicas y eso es exactamente lo que a mí me parece: ofensivo. Stefan puso en peligro a la princesa contratando a Emilia Thoth y desencadenando los acontecimientos que condujeron a

la búsqueda del aqua vitae, y ahora se ha casado con ella sólo para aprovecharse de su inmenso poder mágico. Parece que nadie se ha percatado de que la princesa lleva de manera sospechosa mucho tiempo ausente de la vida pública, salvo por unas cuantas fotos borrosas.

Cada vez que él aparece en los medios de comunicación, se me tensa la cara. Es imposible no verlo; hay fotos y vídeos suyos por todas partes, con su bonito rostro radiante y zalamero, sus enigmáticos ojos de tigre y su pelo rubio perfectamente peinado. Mi voz es la única nota discordante en este océano de adoración y esperanza.

Pero yo no siento esperanza, sino ira.

Lágrimas de serafín mezcladas con árbol de Bodhi: para retirar el velo que cubre nuestros ojos de manera que podamos ver la verdad que se oculta frente a nosotros.

Aunque sé que sería un delito, se me pasa por la cabeza elaborar una remesa gigante de esta poción y verterla en el sistema hidráulico de Nova. Al menos sería mejor que el sirope pro-Stefan que parece haber ingerido todo el mundo.

Pero, claro, yo soy la única que lo vio en Gergon, la única que sabe que estuvo detrás de la explosión del Baile de Laville. Y cuanto más domine los programas de televisión, la prensa y las redes sociales, más difícil será que alguien me crea.

¿Cómo ha podido la princesa casarse con alguien tan malo?

Si lo que dices es cierto, ¿no se le habría visto ya el plumero?

A esto se le añade la voz de mi madre:

—No lo sé, cielo. Supongo que la gente quiere tener la mejor opinión de su familia real.

—¿Aunque haya pruebas que demuestren lo contrario?

—Es tu palabra contra la suya. Nosotros te creemos…

—¿Y qué pasa con la princesa? Está desaparecida en combate, no hay ni rastro de ella en toda esta pantomima publicitaria. ¿A nadie le parece raro?

—Estará ocupada. La vida de recién casada nunca es fácil.

—Claro, sobre todo si te has casado con un miserable como él.

—Además, el público está deseando conocer al nuevo príncipe. Nada de esto es anormal, cielo.

Pongo mala cara. Ya he oído ese argumento demasiadas veces.

—¿Y qué hay del polvo blanco que vi en la manga de Evelyn? Es el síntoma del virus que me mostró Stefan y que se ha extendido por su

país. ¿A nadie le importa eso?

La expresión de mi madre permanece neutra, tan diplomática como siempre, aunque en su ceño se forma una pequeña arruga. Me dan ganas de señalársela y exclamar: «¡Ajá! ¡Tú también estás preocupada!», aunque me contengo.

—A ti te importa —contesta con amabilidad—. Y como a ti te importa, a nosotros también. Si la princesa te pide ayuda, tú y el abuelo estaréis preparados para proporcionársela. Si lo que quiere es privacidad, tendrás que esperar a que se ponga en contacto contigo. No puedes hacer nada más.

—Lo sé —digo con un suspiro. Le doy un sorbo al té verde y espero a que mi corazón recupere su ritmo normal.

—Bueno, a lo mejor *sí* puedes hacer algo más.

Levanto una ceja.

—¿A qué te refieres?

—No tienes por qué quedarte esperando. Tienes tu vida. Después de todo por lo que has pasado este año, quizá podrías centrarte en ti. Es tu último curso en el instituto y pronto empezarás esas prácticas tan importantes en ZoroAster. Tal vez Anita y tú podrías iros juntas de vacaciones a algún sitio.

Me quedo callada mirando el té.

—Sí, tal vez. Lo siento, mamá, supongo que estoy cansada. Me termino el té arriba, ¿vale?

—¿Seguro que estás bien?

Me encojo de hombros.

—Sí. Creo que… es sólo que la echo de menos, ¿sabes?

—Claro que sí. Este año la princesa ha sido una parte importante de tu vida, pero antes de nada es un miembro de la familia real. Regresará cuando pueda.

Una vez en mi habitación, me siento al escritorio y abro el portátil. Por inercia, me identifico en Connect y, cuando se carga la página, veo que Kirsty ha escrito un mensaje muy largo en su muro. Kirsty es la buscadora de nuestra tienda; viaja por el mundo buscando ingredientes para abastecernos cuando nos quedamos sin existencias. Me ayudó durante la Expedición Salvaje a encontrar los ingredientes para la poción amorosa y también en la búsqueda del diario de mi bisabuela. Le doy a «me gusta» a muchas de sus últimas fotos y publicaciones.

ATENCIÓN, AMIGOS

Las cosas no van bien en Nova.

El nuevo príncipe procede de un lugar donde se trata a los corrientes como ciudadanos de segunda en comparación con los dotados.

¡Tenemos que escuchar a mi amiga Samantha Kemi cuando nos advierte de que es peligroso!

Debemos mantenernos en guardia, no podemos permitir que nos arrebaten nuestros derechos.

¡Luchemos por los corrientes!

Su mensaje me llena de orgullo. Kirsty es una de las pocas personas que también conocen la verdadera naturaleza del príncipe Stefan y su relación con el aqua vitae. No la veo desde la Gira Real, aunque me pareció vislumbrarla entre la muchedumbre en una foto de una manifestación de la Asociación de Derechos de los Corrientes (ADC). Con la atención puesta en Gergon desde la boda real y el ascenso al trono del príncipe Stefan, Kirsty ha dado un salto enorme con su campaña para que los corrientes tengan el mismo trato y los mismos derechos que los dotados. Ha viajado tanto que apenas la he visto últimamente.

A diferencia de Gergon, Nova ha sido siempre un lugar donde los dotados y los corrientes han vivido en armonía. Hasta que la princesa Evelyn amenazó ese equilibrio a principios de año. Como princesa de Nova, necesitaba casarse al cumplir los dieciocho años para compartir su poder mágico; de lo contrario, ese poder crecería tanto que se descontrolaría y la destruiría a ella… y a la ciudad de Kingstown. Su negativa inicial a contraer matrimonio —y las medidas extremas que tomó al elaborar una poción amorosa para evitarlo— supuso un riesgo enorme para su vida y para la vida de su pueblo. La ADC lo tildó de irresponsabilidad, incluso de imprudencia. Ellos creen que no debería existir una familia real, que es una locura que unos cuantos acumulen tanto poder, aunque gran parte de ese poder sea puro espectáculo. Piensan que deberíamos seguir el modelo de Pays, donde el pueblo derrocó a la monarquía después de una revolución larga y sangrienta. Allí, cuando acabaron con el linaje real, repartieron entre la gente el poder mágico sobrante.

Me estremezco. No quiero que «acaben» con la princesa.

Yo creo que el modelo de Nova funciona, siempre y cuando la familia real obedezca las reglas. Tienen el poder, pero están obligados por ley a no hacer mal uso de él. Y tenemos un gobierno electo —formado por dotados y corrientes— para mantenerlo todo controlado.

Porque la realidad de nuestro mundo es que hay dotados y corrientes, así que tenemos que aprender a vivir juntos.

El equilibrio lo es todo. El equilibrio es la paz.

El equilibrio es armonía.

Cualquier alquimista que se precie lo sabe. Incluso podríamos afirmar que el equilibrio es el objetivo final de la alquimia. Hay gente que dirá que no, que su objetivo final es el cambio. Pero los alquimistas cambian las cosas por una razón: para encontrar el equilibrio perfecto entre la luz y la oscuridad, ya se trate de elementos, de pociones o de formas de pensar.

Por eso, a pesar de que Kirsty me lo ha pedido varias veces, no me voy a unir a la ADC. Ella cree que les vendría bien un «rostro» como el mío. A partir de toda la publicidad desatada por la Expedición, mi popularidad en las redes sociales pasó de cero a astronómica. Incluso tengo una plataforma, aunque sólo la uso para tratar de desacreditar al príncipe Stefan.

Pero no quiero ser la marioneta de nadie.

La siguiente publicación casi me hace cambiar de opinión. No es de ninguno de mis amigos. Tampoco es uno de esos artículos que te aparecen por haber buscado cosas similares con anterioridad. Lo que me llama la atención es una foto espantosa de mí, una captura de pantalla de cuando me interrumpieron en la redacción de las noticias de Nova para que no despotricara contra el príncipe Stefan. Aparezco con el moño deshecho y los ojos en blanco. Parezco una loca.

Y eso es justo lo que dice el titular:

SAMANTHA KEMI: ¿MAESTRA ALQUIMISTA O AMENAZA PARA LA SOCIEDAD?

Siento un escalofrío. No pincho en el artículo para leerlo, sino que tecleo el *hashtag* público #SamanthaKemi.

La página se carga con más rabia todavía.

¿CELOSA O HASTIADA? ¿Por qué Samantha Kemi no deja en paz al príncipe y a la princesa?

TEST: ¿Puedes identificar estas cinco rabietas de Sam Kemi?

Y, lo peor de todo, hay un llamativo titular de ÚLTIMA HORA:

CAPTADA POR LA CÁMARA: Samantha Kemi pone verde al príncipe en el célebre restaurante MDW.

Debajo aparece automáticamente el vídeo de mi discusión con la pareja de la mesa de al lado grabado por algún otro cliente.

La cabeza se me desploma sobre el escritorio.

Cada vez que le intento contar a la gente la verdad acerca de Stefan, tergiversan mis palabras. Necesito un modo de dar mi versión de los hechos y para eso tengo que controlar las imágenes que se muestran y las palabras que se dicen.

Me asalta un pensamiento, una mezcla de miedo y nerviosismo. Salgo de Connect y entro en el correo. Quizá sí que tenga una oportunidad para contar la historia desde mi punto de vista.

El mensaje de Daphne Golden está el primero en la bandeja de entrada.

Un documental. Un programa para la tele.

«Pero odias los focos. Odias ir a la tele». Esta vez, la voz que tengo en la cabeza suena bastante fuerte.

Pero no es una emisión en directo.

Pulsando unas cuantas teclas, llamo a Zain y espero a que aparezca su cara en la pantalla.

—Hola, preciosa —contesta con una amplia sonrisa—. ¿Qué tal? ¿Llegaste bien a casa?

—Sí, sin problemas. Siento haber salido pitando.

—No tienes que disculparte. La próxima vez tendremos que organizar una cita totalmente exenta de príncipe Stefan.

—Ya te digo. —Le devuelvo la sonrisa. Me alegra que no esté enfadado conmigo por interrumpir nuestra cita, sé que lo entiende—. Oye, estaba pensando en lo que dijiste sobre el documental en el espectáculo de los kelpies.

A Zain se le ilumina la mirada.

—¿Vas a hacerlo?

—Con una condición: quiero que me acompañes.

Se le queda la cara congelada. Temo que se haya caído la conexión,

hasta que parpadea con fuerza y responde:

—Espera, ¿lo dices en serio?

—¿Por qué no? Después del instituto seré becaria en ZA, así que tú también eres parte de mi historia. Y creo que sería mejor si estuvieras a mi lado. Me sentiría más cómoda. Sé que estás ocupado con la universidad, pero podrías encajarlo entre tus clases…

—De acuerdo —asiente, y recupera la sonrisa.

—¿En serio?

—¡Sí, está bien! ¡Hagámoslo!

Mi sonrisa ahora hace juego con la suya.

—Voy a responder ahora mismo, a ver qué dice.

Abro el correo de Daphne en otra ventana y lo leo con rapidez. Parece dispuesta a empezar cuanto antes: «¡Empecemos ahora que estás tan candente como el magma!» son sus últimas palabras.

—Estoy contestando su correo —informo a Zain—. Le he puesto la condición de tu participación y… listo. —Lo envío antes de cambiar de opinión.

—Avísame cuando te diga algo. Ahora será mejor que siga estudiando.

—Claro, voy a… —La señal de un nuevo correo suena a mitad de la frase—. Espera un segundo, acaba de contestar. Dice: «¡Estupendo! Zain y tú quedaréis perfectos. Estaremos allí por la mañana para organizarlo todo. Asegúrate de que tus padres se encuentren en casa para firmar los permisos y reserva las vacaciones de mitad de trimestre para el rodaje».

Parpadeo delante de la pantalla mientras se abren los documentos que Daphne me ha enviado: muestras de sus trabajos anteriores, nuevos artículos sobre mí que ha encontrado por ahí, bocetos del guión para el documental y un largo contrato que debo firmar.

—¿Sam? ¿Estás bien? —Más que ver a Zain, lo oigo, ya que tengo la pantalla cubierta de documentos.

Minimizo todos los archivos hasta que vuelvo a verle la cara. El nerviosismo y la emoción de ser tan espontánea y atrevida aún corre por mis venas. Hasta que la realidad hace acto de presencia.

—Eeh… ¿Zain? Vuelvo ahora. Creo que será mejor que hable con mis padres.

4

SAMANTHA

Vierto sin querer el agua caliente en la encimera de la cocina, aunque esta vez es por los nervios, no por enfado. La puerta de atrás se cierra y la voz alegre de mi padre anuncia que él y Molly ya están en casa. Aprieto los puños para dejar de temblar. Contarles lo del documental a mi madre y a mi abuelo fue sorprendentemente fácil: ambos pensaron que sería una buena oportunidad para mí.

Quizás incluso *demasiado* buena. Mi madre hizo un montón de preguntas sobre la identidad de Daphne Golden para asegurarse de que era real. Después de enseñarle sus muestras de trabajos anteriores y sus credenciales, llegó a la conclusión de que parecía auténtica.

—Cielo, ¿estás segura de que quieres tanta atención?

Me encojo de hombros.

—De todos modos, tengo una plataforma; supongo que esta es una oportunidad para usarla de manera responsable.

—Bueno, estoy orgullosa de ti. Sé que te comenté que necesitabas una distracción, pero ¡no esperaba que la encontraras tan rápido!

—Mientras yo no tenga que salir en televisión, puedes hacer lo que te plazca. Ahora eres una maestra alquimista —dice mi abuelo. Ese es su refrán últimamente. Aunque tenga el título de maestra alquimista y acepte la responsabilidad que eso conlleva, todavía sigo esperando su visto bueno.

Él parece saberlo, de modo que reserva su beneplácito sólo para mis remedios más perfectos y me atormenta con los secretos de la tienda: me siento como una poción a la que añaden los ingredientes gota a gota para que no los absorba demasiado rápido y que así sea capaz de

retenerlo todo. Aunque estoy impaciente por aprender, es humillante recordar lo poco que sé, a pesar de mi pomposo título.

Aún me queda un hueso duro de roer: decírselo a Molly. Desde que empezó la Expedición Salvaje he estado en el ojo del huracán y he robado la atención de toda la familia, sobre todo la de mi abuelo. Ahora que las cosas parecían relajarse, no sé cómo se tomará mi hermana que nuestra casa se llene de cámaras para rodar un documental sobre… mí.

—Hola, Molly. Hola, papá —saludo mientras me doy la vuelta con una sonrisa en la cara.

—Sam tiene un notición —anuncia mi madre.

Mi padre levanta las cejas con sorpresa.

—¿De verdad? Pues Molly también. Empieza tú, Sam —me anima.

—Claro. Bueno… —Alargo las sílabas mientras Molly y mi padre me miran con expectación—. Daphne Golden, una gran directora de la meca del cine, quiere rodar un documental sobre mí. Va a venir mañana con un equipo de gente para comenzar a grabar, pero prometo no ser muy invasiva: no dejaré que os graben si no queréis. Mi padre levanta las cejas casi hasta la parte superior de la frente, intercambia una mirada con mi madre y por fin sonríe.

—Parece… una experiencia interesante para ti.

—Gracias, papá —contesto.

Me preparo para la respuesta de Molly, pero, para mi sorpresa, sonríe de oreja a oreja.

—Suena muy bien —dice—. ¿Y queréis saber cuáles son mis noticias? —Tiene las mejillas coloradas de la emoción.

—Claro, cuéntanos —responde mi madre con una carcajada.

—Toda mi clase ha recibido esto hoy. Mirad. —Molly saca un sobre estampado en relieve con el sello real o, mejor dicho, con el nuevo sello real, que incluye las dos montañas gemelas de Gergon detrás del tradicional escudo del unicornio y la sirena.

Mi madre abre la carta y, al leerla, pone los ojos como platos y se queda con la boca abierta. Vuelve a leerla, esta vez en voz alta:

—«La familia real de Nova tiene el placer de invitar a la clase de 8.º A del colegio Saint Martha a la presentación formal del nuevo príncipe Stefan de Nova y su esposa, la princesa Evelyn. La visita tendrá lugar el día 20 de septiembre. Por favor, lea detenidamente el folleto adjunto para preparar el viaje al Gran Palacio flotante». —Se produce un

momento de silencio mientras guarda la carta en el sobre—. Molly, ¡una excursión al Palacio! —Mi madre está tan emocionada que casi no puede terminar la frase.

—¡Es algo muy importante! —añade mi padre.

—Importantísimo —coincido. Me alegro mucho por Molly y siento que me quito un peso de encima. Que la princesa reciba visitas oficiales significa que no está tan enferma.

De manera instintiva miro el móvil, como si todo esto significara que yo también puedo recibir de pronto un mensaje de la princesa. Lo más seguro es que lo siguiente que haga sea ponerse en contacto con sus amigos para decirles que se encuentra bien.

Pero no hay nada. Le escribo:

¡Hola! Molly ha recibido tu invitación. Según parece, ¡irá a visitarte a palacio! Te echo de menos. Espero verte pronto. ¡Contesta!

Molly baila por la cocina.

—¡Voy a ir al palacio! —canta—. ¡Voy a ir al palacio! Ay, Dios mío, ¿y qué se pone una para ir al palacio? —Se detiene con los ojos muy abiertos. vMe echo a reír.

—¡Lo más probable es que lleves el uniforme del colegio, boba! Te encantará, aunque en realidad yo nunca he estado allí; al menos, no de manera *oficial.* Por lo general, los encuentros los llevan a cabo en el castillo.

El castillo es una extraña construcción que ha mantenido protegida a la familia real novaniana durante siglos. Es grande e imponente, y se encuentra en la cima de Kingstown Hill, el punto más alto de la ciudad (porque los rascacielos que conforman los distritos financiero e industrial están fuera de la ciudad propiamente dicha). Aunque en realidad los miembros de la realeza viven en un palacio invisible y flotante que está suspendido encima de la ciudad gracias al poder mágico de la familia real. Su mera existencia es símbolo de su enorme poder y garantiza su seguridad.

Garantiza su seguridad.

Hasta que el peligro se instaló en su interior.

—Estoy nerviosa por conocer al príncipe —confiesa Molly, y de un

salto se sienta sobre la encimera, a mi lado.

—Bueno, ¿puedo darte una poción venenosa para que se la eches en el té?

—Sam. —En la voz de mi madre se percibe su mejor tono de advertencia.

Dentro de mí aparece esa ola de rabia tan familiar, pero dejo que se vaya. Al menos Molly está dispuesta a seguir siendo precavida. Le sonrío levemente y ella me corresponde. No quiero arrebatarle el entusiasmo con mis avisos sobre la verdadera naturaleza de Stefan. Aun así, no creo —ni creeré jamás— que él haya cambiado tanto en tan poco tiempo. Si alguna vez empiezo a considerar que no es más que un príncipe bondadoso, guapo y bien relacionado con los medios de comunicación, sólo tendré que cerrar los ojos y regresar a la cueva húmeda y oscura que hay debajo de la Escuela Visir para ver su cara aduladora mientras me obligaba a trabajar con la temible Emilia Thoth.

—¡Celebremos las buenas noticias con helado! —sugiere mi madre para romper la tensión.

Después de ponernos morados de delicia de menta con trocitos de chocolate, ayudo a mi madre a recoger y subo a la planta de arriba. Tengo que hablar con Molly… en privado. Ha estado haciendo los deberes de dotada usando los guantes especiales de pelo de unicornio —regalo de la princesa— que canalizan su magia. Posee un don especial para la curación mágica y tiene claro que quiere asistir a la Facultad de Medicina. Cuando vi cómo ayudó a mi abuelo a recuperarse después de que le arrebataran los recuerdos, no tuve ninguna duda de que será una estupenda sanadora.

—¿Puedo entrar? —pregunto después de golpear el marco de la puerta.

Molly se separa un poco del escritorio donde está sentada y se quita los guantes.

—Claro… De todos modos, tampoco estaba avanzando mucho. —Mira con cara de pocos amigos la hojita que estaba intentando hacer crecer dentro de un tarro de cristal.

Me acerco y me siento la cama.

—¿Puedo darte un mensaje para que se lo entregues a Evie cuando la veas?

—Claro —responde.

Saco un papel doblado.

—Está sellado con una pasta especial que he fabricado. Ella es la única que puede abrirlo.

—Entiendo —dice Molly.

—Y tendrás cuidado con el príncipe, ¿verdad?

—Pues claro.

—Y me informarás con pelos y señales de todo lo que diga y haga, de su aspecto y de su forma de comportarse.

—Ya sabes que sí.

—Gracias, Molly.

—No seas gusiangustias.

Gusiangustias: conocidos por su habilidad para esconderse bajo tierra. Se utilizan en las pociones para destapar secretos enterrados. Muy escasos.

—Lo intentaré.

Pero no puedo evitarlo. No dejaré de preocuparme hasta que oiga de labios de la propia princesa que está bien.

5

SAMANTHA

—Un poquito más a la izquierda. Un poco más. Ahora inclina la cabeza. Otra vez, pero hacia el otro lado. Perfecto.

El foco de la cámara me deslumbra, pero mantengo la postura mientras crece en mí la sensación de que parezco una colgada con esta sonrisa Profident y los ojos como platos. Intento captar la atención de Zain para que vea lo harta que estoy de todo esto, pero un maquillador lo atosiga para que se aplique un hechizo más potente. Yo lo veo perfecto así, aunque claro, no soy imparcial.

Ojalá yo me sintiera tan cómoda como él con los hechizos. A mí me han arreglado la melena oscura con un corte por encima del hombro que me enmarca las facciones redondas. Me coloco el pelo por detrás de la oreja, luego me lo suelto y me lo recoloco mientras el fotógrafo dispara. No sé qué es mejor.

El fotógrafo lleva aquí ya media hora y no para de moverme de un lado para otro por toda la tienda. Después de que mis padres me dieran su permiso, me he pasado media noche limpiando, ordenando y quitando el polvo. Ahora las tres plantas de estanterías están perfectamente organizadas, y todos los botes y recipientes de cristal, impolutos. He sustituido los libros viejos y rotos por los tomos encuadernados en piel, mucho más ostentosos, que hay en la biblioteca, y me he asegurado de que los lomos estén colocados por orden alfabético. Creo que eso me ha servido de distracción para no pensar en lo que acababa de aceptar: salir en televisión. De nuevo.

—¿Tienes alguna poción particularmente evocadora para que la usemos en alguna fotografía? —me pregunta Daphne.

Hasta ahora, Daphne es todo lo que esperaba de una productora y directora de cine: no le cuesta ser guay, lleva un corte de pelo moderno por encima de la mandíbula que siempre hace que parezca bien peinada haga lo que haga, aunque se coloque las gafas con montura de carey encima de la cabeza o un lápiz detrás de la oreja, todo gracias a un hechizo. El fotógrafo es un chico alto llamado Geoff que lleva la barba bien afeitada y el pelo recogido en un moño. Son demasiado modernos para mí.

Arrugo la nariz.

—¿Una poción evocadora?

—Ya sabes, algo bonito que provoque mucho humo y remolinos. —Mientras habla, hace grandes gestos con los brazos.

Pelo de medusa: poción que produce un humo que inunda el aire con formas de serpiente.

Sólo que esa poción es tan nociva que tendríamos que prepararla bajo una campana para que ninguna de las serpientes se escapase hacia la atmósfera.

—Podría elaborar una pequeña nube de polvo —sugiero—. Si mezclo en un matraz unas cuantas gotas de poción con un poco de agua coloreada, se formará una humareda que se elevará por el aire como una nube alrededor de la cumbre de una montaña. No sirve para nada en concreto. Sólo es una poción rápida de hacer y que queda bonita.

—Me parece perfecto —dice Daphne con una palmada.

Cruzo la puerta que separa la tienda del laboratorio mientras Geoff y Daphne me siguen. Todavía no he visto a mi abuelo esta mañana, aunque me alegro de que no esté aquí presenciando esta «falsa» alquimia para las cámaras. No obstante, resulta divertido juguetear con unos cuantos ingredientes para montar un numerito. Al fin y al cabo, esta es mi parte favorita: elaborar preparados. La alquimia me corre por las venas, no nací para otra cosa. Y ahora que soy una maestra alquimista —la más joven desde mi abuelo—, tengo plena capacidad para dominar el laboratorio.

Una vez que la poción se evapora como es debido para formar una nube atractiva, Daphne le pide a Geoff que haga más fotos.

—Estas serán perfectas para los planos promocionales del documental. Va a ser brutal, Sam, espero que estés preparada. —Después, toca a Geoff en el hombro y le pide que baje la cámara—: Creo que ya está bien por hoy.

—Ay, estupendo. —Esbozo con toda probabilidad la primera sonrisa auténtica del día. Todo ha ido muy deprisa desde que mi familia me dio permiso y Daphne apareció con todo el papeleo—. ¿Estás haciendo más cosas interesantes?

—Deberíamos estar haciéndolas —contesta Geoff. El fotógrafo y la directora cruzan una mirada de pesadumbre.

—¿Y eso? —pregunto.

—Se suponía que rodaríamos con la princesa esta tarde, pero han cancelado la cita. —Geoff me mira de reojo y bajo la vista. Sé que esperan que yo tenga alguna idea de lo que está pasando, pero lo cierto es… que no.

A Daphne se le iluminan los ojos.

—¡A lo mejor está embarazada!

—No creo —espeto. Detesto que la gente saque conclusiones sobre la princesa con tanta rapidez.

—¿Hay algo que no sepamos? —inquiere Daphne medio en broma.

Suelto una risita que espero que suene despreocupada.

—No… Lo único que sé es que todavía no está previsto que la princesa Evelyn tenga hijos. —Cuando queda claro que no tengo ningún detalle sustancioso (o remotamente interesante), terminan de recoger sus cosas.

—Oh, bueno —dice Daphne, encogiéndose de hombros mientras recoge un foco—. Seguro que todo va bien, ¿verdad? No puede estar en peligro, ya que no se ha convocado ninguna Expedición. Estoy segura de que, si eso ocurriera, ¡tú serías la primera en saberlo!

—Es cierto —sonrío. «¿Cómo no se me ha ocurrido antes?». Evelyn no ha podido contagiarse del virus de Gergon porque no han convocado ninguna Expedición Salvaje. No me había dado cuenta de lo mucho que me pesaba este asunto hasta que se ha esfumado la ansiedad. Entonces reparo en otra cosa: si no ha estado enferma, nos ha mantenido al margen de su vida aposta. Zain y yo nos miramos. Para él es peor que para mí. Nosotras somos amigas desde hace unos cuantos meses, pero ellos son amigos desde que eran pequeños.

—Mi madre dice que lo más probable es que esté muy ocupada con su vida de recién casada —comento.

—A ver si algún día sacan sus fotos de la boda —añade Geoff entre risas—. Quienquiera que sea el fotógrafo se habrá forrado.

—Bueno, chicos, ¿nos vemos mañana a primera hora? —pregunta

Daphne—. Empezaremos la jornada con calma, unos cuantos planos vuestros trabajando en la tienda, haciendo lo que soléis hacer. Luego iremos al edificio de ZA y te grabaremos a ti, Zain. Sam, no cambies tu rutina lo más mínimo sin decírnoslo.

—A menos que parte de esa rutina consista en hurgarme la nariz y añadir lo que saque a una poción o algo así, ¿no? —contesto.

Me lanza una mirada socarrona.

—Eh, que yo no hago eso… Era una broma.

—Ah. —Se echa a reír, aunque sólo por complacerme. ¿Desde cuándo hago bromas como esta? Espero que salir en la tele no me convierta en una idiota metepatas—. ¿Estará mañana tu abuelo?

—Sí, pero no quiere aparecer en el documental, si no es molestia.

—Claro, claro, de todos modos tú eres la protagonista, ¡la estrella, jovencita! Va a ser fantástico. Los descendientes de dos facciones enfrentadas: lo viejo versus lo nuevo. Lo natural versus lo tecnológico. La síntesis versus la poción. La tensión… ¡La tensión es el hilo conductor de la historia! Estoy impaciente. —Daphne da una palmada —. Imaginaos: «Novacast presenta: Sam Kemi, una elaboradora de pociones fuera de lo *corriente*». ¿Estás listo, Geoff?

—Podemos irnos —indica este con una sonrisa.

Nos despedimos de ellos y, al cerrar la puerta, respiro aliviada. Menuda energía desprenden… Dista mucho del ambiente habitual de la tienda. Nosotros preferimos mantener un clima de calma. Tendremos que prepararnos para que el ritmo sea frenético, al menos durante un tiempo.

—Qué intensidad —dice Zain. Me da un beso en la mejilla—. Será mejor que me vaya, tengo clase dentro de una hora.

—Y yo tengo que ir al instituto. Gracias por acompañarme en esto —añado.

—¿Estás de broma? Será divertido. Daphne parece agradable. Una entusiasta.

—Con entusiasta te quedas corto.

—Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Nos damos otro beso y observo cómo se marcha. Siento como si la cabeza me hubiera ido a mil y no hubiera tenido tiempo de prepararme.

—¿Ya se han ido? —Mi abuelo entra en la tienda con un puñado de recetas, dispuesto a abrir en quince minutos.

—Volverán mañana —contesto.

Asiente. La mayor parte del tiempo que pasamos juntos en la tienda o en el laboratorio estamos en silencio, concentrados en nuestras respectivas tareas o, cuando es necesario, interpretando los gestos del otro. Sé que pronto llegará el momento en que dejaré de trabajar aquí, cuando termine el instituto, vaya a la universidad y comience a trabajar en el Departamento de Estudios sobre Pociones Sintético-Naturales de ZoroAster. Pero por ahora podemos mantener nuestra cómoda rutina.

Me doy cuenta de que esa es otra ventaja del documental: preservará estos momentos para la posteridad. Nunca se sabe cuánto va a durar el presente y, después del susto que nos dio la salud de mi abuelo hace un mes, quiero aferrarme a cada momento.

Aunque hay algo que ansío preguntarle. No dejo de darle vueltas al comentario de Daphne sobre la Expedición.

—Abuelo, ¿hay alguna manera de que un miembro de la familia real esté muy enfermo y que, aun así, no se convoque una Expedición Salvaje?

Me mira desde el mostrador mientras se acaricia la larga barba blanca.

—En teoría, la Expedición se convoca sólo en caso de que el heredero o heredera real se encuentre en peligro de muerte y se vea comprometida la sucesión al trono. Esos son los dos factores. Así que, si hubiera un posible heredero, podrían estar enfermos o heridos y que no se convocara la Expedición Salvaje.

—¿Y el Cuerno de Auden es… tan sabio como para saberlo?

—Nunca se ha equivocado. Sin embargo, si el rey cae gravemente enfermo en estos momentos, no se convocaría ninguna Expedición. Haríamos todo lo posible por salvarlo, por supuesto, pero la princesa lo sucedería. —Me mira con atención a los ojos por debajo de sus cejas hirsutas—. ¿Me lo preguntas por algo en concreto?

—¿Recuerdas que te hablé de los síntomas que vi en la princesa el día de mi ceremonia?

—La tos y los residuos blancos en la manga.

Asiento.

—Eso es. Los mismos síntomas del virus que el príncipe Stefan me contó que se estaba extendiendo por Gergon. Lo vi con mis propios ojos. Era tan contagioso que estaba consumiendo el poder de todos los dotados gergonianos. Pero si no se ha convocado una Expedición

Salvaje en Nova, no puede estar extendiéndose en nuestro país, ¿verdad? No debería preocuparme.

Mi abuelo se queda callado y su silencio me revuelve por dentro.

Al final, no aguanto más y añado:

—Me refiero a que el príncipe Stefan esperaba que al casarse con la princesa se detendría la propagación del virus. ¿Habrá sido eso lo que ha sucedido? Puede que se haya comportado de un modo terrible pero que en realidad estuviera buscando salvar a su pueblo. —Me encojo de hombros—. Si su plan funcionó y el virus se ha erradicado…, sería una gran noticia, ¿verdad?

—Estoy notando poca autoestima para una maestra alquimista —contesta mi abuelo—. ¿Qué te dice el instinto?

—Que eso no es lo que ha ocurrido. Que algo va mal.

—Entonces déjame hacer algunas indagaciones. Te informaré si me entero de algo.

—Gracias, abuelo.

Trato de olvidar el tema de momento. Sólo tengo que esperar a que Evelyn se ponga en contacto conmigo. Si algo va mal, acudirá a mí.

Sé que lo hará.

«¿O no?».

6

PRINCESA EVELYN

Su primer pensamiento al incorporarse fue que se encontraba mejor. Sana, incluso. Por fin algo la había librado de esa tos terrible que la había dejado exhausta.

Sus recuerdos eran borrosos; de lo último que se acordaba era de la cara del príncipe Stefan mientras ella se acostaba en el dormitorio. En ese instante se le había ocurrido que, en cuanto Sam terminara el instituto, la nombraría alquimista oficial de palacio; no iba a dejar que trabajara para ZA. Hasta entonces, era el rey quien tenía la última palabra, y él prefería que la empresa ZA cuidara de la familia real.

Ahora, sin embargo, se sentía confusa. No estaba en su dormitorio; esa habitación era mucho más pequeña y no reconocía los muebles. Sacó los pies de la cama y rozó con los dedos la áspera alfombra de cáñamo que había en el suelo. Sin duda, no era el tipo de decoración que ella habría elegido.

Se acercó a la ventana. En la calle había gente por todas partes vestida de un modo extraño, con una ropa de apariencia incómoda que le recordó a la que usaban siglos atrás. Se le ocurrió buscar el teléfono para hacerles una foto, hasta que se percató de que eso sería un gesto irrespetuoso.

Entonces cayó en la cuenta. Claro que iban vestidos con una ropa tan pasada de moda. ¿Acaso no lo había oído mencionar una decena de veces? ¡Estaba en Gergon! Y se acababa de casar con el príncipe. Debía de tratarse de una visita oficial. Pero ¿por qué no recordaba haber llegado hasta allí ni haberse marchado del Gran Palacio?

Sorprendida por su descubrimiento, echó un vistazo a la habitación en busca del príncipe Stefan, pero no estaba. Tendrían cuartos

separados, menos mal. Alguien la vio desde la calle y ella saludó con la mano con mucha pompa.

En respuesta, el gergoniano en cuestión se detuvo sin quitarle la vista de encima y levantó el puño mientras gritaba algo en su lengua que no parecía demasiado halagador. Otras personas también se detuvieron y la furia de la muchedumbre comenzó a condensarse como las nubes de una tormenta. A ella se le escapó un «¡Oh!» de sorpresa.

Vaya manera de tratar a una princesa.

Bueno, pues no iba a estar enjaulada en esa habitación. Necesitaba averiguar qué sucedía y desde allí no lo lograría.

Atravesó la puerta y se topó con el rey y la reina de Gergon, que estaban sentados en una larga mesa de comedor repleta de comida. A la mesa también se sentaba su primogénito, el príncipe Ilie, hermano de Stefan. ¿Qué clase de diseño de interiores permitía que las habitaciones dieran al comedor directamente?

—¡No puedes estar aquí! —exclamó con voz estridente la reina al descubrir a Evelyn.

Evelyn sólo la había visto una vez, cuando era una niña. Le extrañó mucho que el príncipe Stefan no hubiera invitado a sus padres a la boda. Ella dio por hecho que todo se había organizado en un suspiro en medio del ataque al Baile de Laville, el secuestro de Samantha y la amenaza de su creciente poder. Aun así, los reyes de Gergon podrían haberse transportado para la ceremonia, pero Stefan había insistido en que se siguiera adelante sin ellos.

Eso podría ser una pista.

De pequeña, cuando conoció a la reina gergoniana, le recordó a una arpía, una impresión que no había variado mucho. La reina también vestía con ropa anticuada, aunque mucho más elegante que la de la gente de la calle. En la cabeza, sobre un montón de gruesas trenzas, llevaba una recargada corona, sin duda demasiado emperifollada para un simple desayuno.

A Evelyn se le escapó un grito y revisó su ropa. ¿Cómo no se había fijado antes? ¿Dónde tenía la cabeza? Por suerte, estaba presentable. Frunció el ceño al pasar las manos por su pesado vestido de lana negra. Estaba segura de no haberlo visto antes. Conocía todas y cada una de las prendas de su armario, y jamás habría elegido llevar algo tan ordinario, tan vulgar, tan de pésimo gusto.

—¿Qué significa esto? —preguntó el rey, golpeando con el tenedor

en la mesa. Con esa capa de cuello levantado y la piel tan pálida, parecía un vampiro. El rey de Gergon de los pies a la cabeza. A Evelyn se le revolvió el estómago, pero estaba acostumbrada a controlar sus gestos faciales. Ahí estaban sus suegros. (Pensamiento que también la estremeció, aunque la razón era obvia: no se había casado por amor, sino por conveniencia). Al menos trataría de ser amable.

El príncipe primogénito, sin embargo, no parecía contento. Lanzó una mirada amenazadora a Evelyn con los ojos entrecerrados.

—Esto significa que Stefan ha fallado. Se suponía que ella nos sacaría de este lío.

—Todavía no ha fallado, querido Ilie. Debemos confiar en él…, seguro que tendrá un plan.

Para Evelyn eso ya era el colmo.

—Perdonen, ¿así es cómo saludan a su nueva nuera en Gergon? Porque me resultan unos modales muy groseros. —Se puso las manos en las caderas.

—¡Anda, cállate, niña! —exclamó la reina haciendo un ademán de desprecio con la mano. Incluso su voz y su acento sonaban a otra época. Evelyn se preguntó si habría aprendido novaniano leyendo sólo literatura antigua.

El príncipe Ilie fulminó a Evelyn con la mirada.

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué?

Se echó a reír. Ella no veía la gracia por ningún sitio.

—Pues que estás soñando.

—¿Soñando? —La princesa frunció el ceño, miró al príncipe y esperó a que explicara el chiste. Se pellizcó la muñeca con fuerza, pero la escena que tenía delante no cambió—. ¿A qué te refieres? ¿Esto no es…?

—¿Real? No. Lo siento. Estás atrapada en este mundo, al igual que nosotros. Y todo porque mi hermano le cogió cariño a una mocosa y mis padres no tuvieron el valor de acabar con ella en su momento.

Evelyn arrugó los ojos.

—¿De qué mocosa hablas?

—Pronto lo sabrás. —Se metió en la boca el tenedor e hizo una mueca—. Caramba, ¿no podríamos haber soñado con una comida mejor?

La reina resopló y levantó la nariz. Eso no molestó a Evelyn, lo que

le molestaba era lo cómodos que parecían todos en ese sueño tan retorcido.

—Príncipe Ilie —dijo entre dientes. Nunca hay que perder las formas—. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Meses. Puede que un año. Aquí es difícil contar el tiempo.

—¿Cómo? —Evelyn sintió que se le paraba el corazón. ¿Meses? Hizo un esfuerzo para volver en sí—. Bueno, pues si esto es un sueño, lo siento mucho, pero no deseo que aparezcáis en él.

—Como quieras, aunque yo en tu lugar me quedaría aquí. Es mejor esto que… lo de ahí fuera.

—Me arriesgaré —espetó ella.

Ilie sonrió con tristeza.

—Aquí te esperamos. No te preocupes, princesa, tenemos todo el tiempo del mundo.

Evelyn apretó los puños, cerró los ojos con fuerza, borró la escena de un plumazo y, con ella, a sus desagradables ocupantes.

7

SAMANTHA

—Sam, ¿tienes un momento?

Aparto los ojos de la taza de café sobre la que estoy ensimismada y enfoco la mirada. Pongo cara de extrañeza antes de recordar dónde estoy: en la tienda, pocos minutos antes de cerrar. Mi rutina diaria consiste en sustituir a mi madre para que ella pueda recoger a Molly y llevarla a las actividades extraescolares. Si no hay mucho lío, aprovecho el tiempo para ponerme al día con los deberes, aunque normalmente estoy demasiado ocupada elaborando pociones.

—Claro, abuelo. —Cojo el café, que está tan caliente que me hormiguean los dedos, y lo sigo hasta la biblioteca.

—No te preocupes, ya le he pedido a tu madre que cierre la tienda —me explica sin necesitad de preguntar.

Levanto las cejas, sorprendida, cuando llegamos a la parte de atrás. Descuelga del gancho la llave de la sección de libros raros y se dirige a la cerradura escondida que hay detrás de una de las estanterías. No venía a la librería secreta desde que empezó la Expedición Salvaje.

Me hace un gesto para que lo siga y, una vez dentro, cierra la puerta.

—Siéntate —me ordena mientras señala hacia una de las butacas de cuero que hay en el centro. La piel está tan gastada por algunas zonas que su color castaño ha pasado a ser amarillo dorado. Por inercia, deslizo las manos por los brazos y la grasa de mis dedos le devuelve parte de su color original.

Aceite de acacia: para eliminar los arañazos y las manchas del cuero curtido. También sirve como base en las lociones para el cuidado de la piel.

El remedio me viene a la cabeza y tomo nota mental para limpiar la butaca más tarde.

Mi abuelo no se sienta, sino que se aproxima a la estantería, se pone de puntillas y trata de alcanzar algo de la parte más alta.

—Déjame que yo lo coja, abuelo —me ofrezco—. Esto de ser alta tiene sus ventajas. —Me levanto de un salto y, al palpar el último estante, noto una palanca oculta.

—Tira de ahí —me indica.

Sigo sus instrucciones y uno de los estantes se convierte en una pantalla que se extiende por encima de dos hileras de libros. Doy un paso atrás con la boca abierta.

—Ah, veo que todavía soy capaz de ocultarte algunos secretos —dice mi abuelo con una carcajada.

—¡Es alucinante!

—Bueno, ahora eres una maestra alquimista: eso significa que te desvelaré otro secreto esta noche. Y debe seguir siendo un secreto. Ya sabes que los alquimistas somos muy reservados. —Me mira desde detrás de sus tupidas cejas.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Te lo prometo.

—Vale, pues siéntate otra vez.

Me arrellano en la butaca y sonrío expectante. No sé qué secreto me va a revelar mi abuelo, pero el simple hecho de tener ante mí una pantalla convocadora oculta ya me parece bastante interesante. Me recuerda que nunca debo dar por sabido lo que hay en esta casa, en especial dentro de la tienda. Desvío la mirada hacia uno de los cuadros y me pregunto si ocultará una caja fuerte de ingredientes ultrarraros.

Mi abuelo tose para captar de nuevo mi atención. Está de pie, delante del convocador, con el ceño fruncido.

—Nunca he llegado a entender cómo funcionan estos trastos —refunfuña. Le ayudaría, pero no sé qué pretende—. Ah, ahora.

Se retira para mostrarme los tres rostros que aparecen en la pantalla, y la estancia de pronto se llena con sus voces. Todo el mundo está hablando a la vez. Entonces, reconozco la cara situada en el centro: me está mirando y me saluda con la mano.

—¡Ay, hola, señor Patel! —Exclamo con una sonrisa mientras le devuelvo el gesto. Se trata del padre de Anita, mi mejor amiga.

—Hola, Sam —dice—. ¿Va todo bien en casa?

Asiento y, antes de poder contestar, mi abuelo da una sonora palmada.

—¡Muy bien! Silencio, silencio todo el mundo. —Las voces cesan mientras mi abuelo se acomoda en la butaca que hay a mi lado. Junta las manos bajo la barbilla y apoya los codos en los brazos de la butaca —. Gracias a todos por vuestro tiempo. Permitidme que os presente a mi nieta, la maestra alquimista Samantha Kemi.

Se oye un «me alegro de conocerte» a coro. Estoy tan sorprendida que me veo incapaz de responder algo más elaborado que un simple «gracias».

—¡Sam, bienvenida a tu primera conspiración de maestros alquimistas! —dice el señor Patel.

Le sonrío. El señor Patel puede que sea el segundo mejor alquimista de Nova (sigo otorgándole el primer puesto a mi abuelo). Él trajo algunas técnicas antiguas de Bharata y las adaptó a la moderna sociedad novaniana. Tanto es así que escribió un libro de texto que es lectura obligatoria en la carrera de Sintéticos y Pociones que estudia Zain.

Una mujer rubia con los labios pintados de rosa chillón contesta con un marcado acento extranjero:

—Esto no es una conspiración, Bikram. —Se vuelve hacia mí—. Soy madame Charron, *maîtresse d'alchimie* de Laville. Considéranos simplemente un grupo de amigos.

—Cada una de estas personas me ha ayudado en el pasado con alguna poción complicada o con algún preparado que no salía como yo esperaba —explica mi abuelo—. Madame Charron, por ejemplo…

—Erradicó una variedad de viruela de hadas que se contagió entre los humanos y se extendió como fuego de dragón —termino la frase por él. Por supuesto que sé quién es madame Charron. Es una alquimista increíble.

La mujer de la pantalla sonríe de oreja a oreja.

—Tu abuelo es demasiado modesto —dice el último alquimista, que tiene un mechón blanco en la cabeza, un largo bigote oscuro y unos ojos amables que se arrugan cuando sonríe. Aunque lo que de verdad llama la atención es su túnica blanca con el cuello levantado. Debe de ser de Zhonguo, donde los alquimistas llevan uniforme—. Ostanes nos ha ayudado en muchas más ocasiones que nosotros a él. Soy el waidán de Long-shi.

Parpadeo varias veces llena de estupefacción. Estas personas no son

maestros alquimistas…, son leyendas. Long-shi es la cuna de la alquimia y uno de los centros más importantes de elaboración de pociones del mundo entero. El waidán es su gran maestro. Al asumir el cargo, pierde su verdadero nombre y todos los lazos con su familia para dedicar su vida al arte de la alquimia.

Estoy rodeada de genios de la profesión.

—Bueno, esta noche necesitamos vuestra ayuda —les explica mi abuelo. Se gira hacia mí mientras señala hacia la pantalla—. ¿Quieres repasar los síntomas que me describiste? Te prometo que lo que aquí se trate será secreto. En este caso, creo que necesitamos que las mejores mentes piensen en un posible diagnóstico.

Me muerdo el labio inferior mientras intento recordar todo lo que Stefan me contó cuando estaba presa en Gergon.

—Temo que el príncipe Stefan haya traído un virus extraño a Nova. El primer síntoma parece ser la tos, por lo general acompañada de un residuo blanco, una especie de polvo. También se han descrito casos de debilidad en las extremidades y cansancio, aunque lo más alarmante es la merma de la habilidad mágica en los dotados. He intentado averiguar qué puede estar detrás de todo esto, pero no he tenido suerte.

—¡Es muy alarmante! —exclama madame Charron, poniéndole voz a mis pensamientos—. En Pays, a lo largo de la frontera con Gergon, hemos oído rumores de que algo muy malo sucedía, pero nadie ha sido capaz de entrar ni de salir.

El señor Patel se rasca la barbilla.

—He oído hablar de ciertas plagas que debilitan de manera temporal la habilidad de los dotados, aunque ninguna la elimina por completo. ¿Sabes si alguien ha recuperado sus poderes después de la enfermedad?

Sacudo la cabeza.

—No puedo examinar a la persona enferma ni tampoco sé si alguien se ha recuperado. —Lamento no haberle preguntado más cosas al príncipe Stefan acerca del virus cuando estuve en Gergon. Claro que entonces tampoco esperaba que el virus se introdujera en Nova.

—Deberíamos solicitar permiso para entrar en Gergon y llegar al fondo de esta cuestión —determina el señor Patel—. Es probable que, si montamos mucho alboroto, nos dejen pasar.

—Créeme, hemos tratado de ponernos en contacto con todas las personas que conocemos en Gergon y nada. ¡Es como si todo el país de

hubiera vuelto oscuro! —añade madame Charron.

—Entonces llevaré a cabo la investigación desde aquí —contesta el señor Patel.

—Yo haré lo mismo —asiente la alquimista de Pays—. Si el virus ha atacado otras veces, tendremos algún registro de él en alguna parte.

El waidán no dice nada, sino que mira al infinito.

—Gracias, amigos… Y, por favor, usad la señal de llamada de emergencia si os enteráis de algo —ruega mi abuelo—. Es fundamental que averigüemos qué está pasando.

—Sí, gracias —añado. Los hombros se me desploman. No sé qué esperaba exactamente, pero creía que habría algún avance.

—Hasta la próxima —dice el señor Patel.

—Au revoir —se despide madame Charron.

Se desconectan todos salvo el waidán, que permanece en la pantalla. Me mira fijamente mientras le cambia el rostro hasta oscurecérsele por la rabia.

—¿Quién se ha contagiado en Nova? —inquiere.

—Eh…, esto…, la princesa —balbuceo, impresionada por su repentina intensidad.

—¿Está en cuarentena?

—No lo sé. Nadie sabe nada de ella.

—En tal caso, tenéis que venir a Long-shi lo antes posible. —Mira a mi abuelo y su expresión pasa del enfado a la preocupación.

—¿Sabes algo? —le pregunta mi abuelo.

—Si es lo que creo, podría tratarse del inicio de algo muy grave. Mortal, incluso. No he querido decir nada delante de los demás. Tiene que ver con un antepasado vuestro…

—Tao Kemi. —Los dos hombres se observan fijamente y se produce un tenso silencio. Al final, mi abuelo suspira—. Samantha irá.

—¿A Zhonguo? —Mis ojos saltan del waidán a mi abuelo, atónita ante el repentino giro de los acontecimientos.

—Sí. Iría contigo si pensara que mis viejos huesos iban a resistir el viaje.

Frunzo el ceño. Es cierto que no ha vuelto a ser el mismo desde que se recuperó del ataque de Emilia Thoth en el que perdió sus recuerdos. Los doctores le prohibieron los viajes largos y extenuantes, aunque en ese momento no importó, porque él no suele viajar muy lejos.

—No hay alternativa —prosigue antes de que yo pueda establecer

cualquier tipo de contraargumento—. Tienes que ir si quieres averiguar qué le sucede a la princesa. —Mi abuelo mira al waidán—. Irá a verte en cuanto pueda.

—Comenzaré con los preparativos —contesta con solemnidad.

La pantalla se oscurece y mi abuelo se apresura a retirarla.

—¿Qué crees que sabe el waidán? —le pregunto—. ¿Qué tiene que ver Tao Kemi con esto?

Tao Kemi fue el último miembro de nuestra familia que ocupó el cargo de waidán de Long-shi, antes de que su hermano emigrara a Nova. Desapareció muy joven, al igual que sus diarios, de modo que no se sabe mucho de él.

—Eso es lo que vas a tener que averiguar.

Trago saliva. «Por todos los dragones…, me voy a Zhonguo». Un país que queda a medio mundo de Nova, más allá de Pays, de Runustán, de Bharata… Nunca he estado en un país tan lejano. Siempre he querido viajar allí y tenía la secreta esperanza de que mi abuelo me llevara algún día. Me obligo a respirar hondo. Al menos podremos estar en contacto durante el viaje, y tal vez pueda convencer a alguien para que me acompañe.

—Necesitaremos un día o dos para organizarnos; hará falta un visado y un salvoconducto para las Tierras Salvajes. El jueves por la mañana podría estar todo preparado y, visto lo visto, sería mejor que te transportaras hasta allí. Es mucho más rápido.

El jueves. Dentro de sólo dos días. De pronto el cerebro se me despierta y caigo en la cuenta de lo que estoy a punto de hacer.

—¿Y el instituto?

—Faltarás una semana, como mucho.

—¿Y el documental? Hoy han grabado los videos promocionales, pero querían comenzar a rodar mañana…

—Sobrevivirán. Pueden rodar cuando vuelvas.

—Pero…

—Samantha Kemi, ahora eres una maestra alquimista y, si tu corazonada es cierta, la princesa podría estar en grave peligro. El documental es sobre ti, así que se tendrá que adaptar a tu agenda. Ahora, déjame que lo organice todo. —Hace girar la estantería que conduce a la biblioteca y me deja sola con todos esos libros raros y con mis pensamientos.

Entonces sonrío, no puedo evitarlo. A pesar de lo rápido que ha

sucedido todo, cuanto antes vaya a Zhonguo y averigüe qué sucede, antes podré trabajar en la poción para remediarlo.

Me saco el teléfono del bolsillo y reviso los mensajes que le he mandado a Evelyn, cada vez más desesperados.

Sólo una palabra, Evie. Necesito saber que estás bien.

Aun así, no pierdo la esperanza y le escribo:

Me voy unos días. Cuídate sólo durante un poco más.

Una semana. El viaje durará sólo una semana.

Y cuando regrese, espero saber exactamente qué le sucede a la princesa.

8

PRINCESA EVELYN

Para su alivio, cuando abrió los ojos todos habían desaparecido, y en su lugar había un espacio sereno en tonos blancos y azules.

Si antes no estaba convencida del todo, ahora no cabía duda: se trataba de un sueño.

Se relajó. Bueno, un sueño estaba bien. Eso significaba que podía despertarse y que todo sería diferente.

Como siempre sucedía en sus sueños, su pensamiento viró hacia su amiga y guardaespaldas Katrina. Aunque en su mente ya no había asombro, nerviosismo y destellos de deseo, ahora se sentía culpable al máximo. Sobre todo al recordar la última conversación que tuvieron el día después de la boda.

—¿Te has… casado?

Evelyn recordó la expresión devastada de la cara de Katrina como si la tuviera delante. Entonces entendió que la estaba viendo de verdad: una visión casi perfecta evocada en el mundo de los sueños. El mismo cuerpo alto y fuerte, esculpido por el entrenamiento, ataviado con el elegante traje azul marino de su uniforme. El pelo suelto, brillante y cobrizo que, sin la trenza habitual, le caía sobre los hombros formando unas ondas desordenadas. Lo único que amenazaba la ilusión de su existencia era que no dejaba de parpadear, como las imágenes de las televisiones antiguas.

Luego se vio a sí misma de pie frente a Katrina. Todavía detestaba ver su propia imagen, le recordaba a la época en que tomó por error la poción amorosa y se pasó dos semanas completamente enamorada de su reflejo. Desde entonces no soportaba mirarse al espejo.

—No tuve elección —explicó la visión de Evelyn—. ¡Ya me viste,

Trina! ¡Estaba desquiciada! ¡Tenía que casarme con alguien o mi poder me destruiría! El príncipe es una opción como cualquier otra, y él quería casarse conmigo.

—Yo también quería casarme contigo.

—No lo hagas más difícil de lo que es. Casarme contigo no era una opción. Nunca lo fue. Eres una corriente.

El dolor reflejado en la cara de Katrina fue para ella como una bofetada. La Evelyn real apretó los ojos y, al volverlos a abrir, la visión de su conversación final ya había desaparecido.

Como una reacción al giro de sus pensamientos, el escenario de su alrededor se convirtió en una repugnante masa de nubes de color gris verdoso a punto de estallar en una tormenta. Se mordió el labio con fuerza para detener el aguacero emocional que amenazaba con irrumpir.

¡Tenía que ser fuerte! Eso era lo que a Katrina le gustaba de ella. La quería porque mantenía el control, porque era decidida. La futura reina.

Y, bueno, una reina tiene que tomar decisiones difíciles. Eso es así. Y casarse con el príncipe Stefan significaba seguridad para Nova, felicidad para sus padres y una nueva alianza con un antiguo enemigo de la nación.

Eran aspectos tan increíble y abrumadoramente positivos que nadie podía reprocharle que hubiera tomado la decisión de casarse con el príncipe Stefan. Entonces, ¿por qué tenía ese sentimiento de culpa tan asfixiante e irritante?

Las nubes la rodeaban como una mortaja. Intentó apartarlas con los brazos, agitándolos con violencia, pero no sirvió de nada. Se desplomó, hundió la cabeza entre las manos y dejó que las nubes la envolvieran.

Aunque en el fondo sabía la razón: por la forma en que se había comportado. No había nada regio en su conducta, había actuado como una cobarde. Había permitido que el Servicio Secreto Novaniano se la llevara después de la explosión del Baile de Laville y que la escondieran mientras su poder crecía de forma abrumadora. Cuando el príncipe acudió a ella, pareció la única solución. Menudo lío. Si al menos hubiera esperado a Samantha antes de aceptar casarse con el príncipe Stefan…, seguro que habría averiguado el modo de almacenar el exceso de poder, algún tipo de batería mágica.

Sin embargo, ella siguió con la boda. Lo siguiente que supo es que

la debilidad se había apoderado de ella. Ni siquiera se puso en contacto con Katrina para ver cómo se encontraba.

Era ridículo. Era una princesa. Necesitaba despertarse, hacerse fuerte, encontrar a Katrina y disculparse. Ya estaba bien de tanta debilidad. Ya estaba bien de estar tumbada en la cama. De tanto dormir.

Se puso de pie y, con un movimiento de brazo, apartó las nubes de culpa.

—¡Ahora tengo que despertarme! —dijo en voz alta, como si su subconsciente obedeciera a la fuerza de sus órdenes—. ¡Despierta! —gritó de nuevo.

No sucedió nada.

En su mente empezaron a brotar los primeros atisbos de duda. Algunas imágenes de sus peores miedos se aparecieron de forma fugaz ante sus ojos amenazando con quedarse. Katrina alejándose de ella con repugnancia. La tienda de Samantha reducida a cenizas como un infierno en llamas. Su pueblo aterrorizado por un enemigo desconocido.

Se agarró el pelo con fuerza y cerró los ojos.

—No —negó. No permitiría que las pesadillas penetraran.

—Puedes volver con nosotros. Aquí estamos a salvo.

Cuando abrió los ojos de nuevo, vio al príncipe Ilie apoyado en una verja de hierro encastrada en un enorme muro de piedra como los que suelen rodear las fortalezas medievales. Por el hueco se veía una ciudad llena de edificios de piedra pintorescos y de gente vestida con la ropa tradicional de Gergon.

—¿A salvo de qué? —preguntó ella, dando un paso hacia la puerta.

—De los portadores de pesadillas. —Abrió un poco más la puerta y extendió una mano enguantada.

La ciudad amurallada parecía acogedora. Y aunque tuviera que relacionarse de nuevo con la familia real de Gergon, al menos no estaría sola. Tendría compañía dentro de aquel extraño mundo de los sueños y entre tanto trataría de averiguar cómo despertar.

Un movimiento repentino atrajo su mirada, un rastro de humo blanco. Volvió la cabeza y se le paró el corazón.

Oniros. *Espectros de los sueños.*

Había leído sobre ellos en los libros. Criaturas que vivían sólo en los sueños capaces de tomar un pensamiento de felicidad y convertirlo en una pesadilla.

—¡Entra deprisa! —apremió el príncipe—. Si no, te alcanzarán. El muro nos protege.

Evelyn no entró. Los oniros sobrevolaban en círculos la ciudad amurallada, casi como si la custodiaran. Aquella imagen le provocó escalofríos en la espalda. No iba a entrar en ningún lugar donde hubiera tantas de esas criaturas congregadas.

—No —lo rechazó.

—Como quieras. —El príncipe Ilie vio su mirada de determinación y le cerró la puerta en las narices.

A ella le dio igual.

Era la princesa Evelyn. Formaba parte de la realeza novaniana. Y se iba a enfrentar sola a ese mundo de los sueños.

«Que vengan los oniros», pensó.

9

SAMANTHA

—Espera, explícamelo otra vez… ¿Por qué tengo que pillarte los apuntes de clase durante la siguiente semana? —me pregunta Anita, sentada en los escalones del acceso al instituto. Se está trenzando el pelo, oscuro y largo, que casi le llegaba hasta la cintura—. Ayer me contaste que estabas grabando un documental, ¿y ahora me dices que te vas a Zhonguo?

Me estremezco.

—Lo sé. Pero ayer pasó algo…

—Una misión alquimista secreta.

—Sí…

—Que tiene que ver con el virus misterioso y con el príncipe Stefan.

—Exacto.

—Pero no puedes contarme nada más.

—Todavía no.

—Es un asunto de maestros alquimistas, ¿eh? Menuda vida… ¿Sabe ya Zain que te vas de viaje?

—He quedado con él más tarde para contárselo. No quería explicárselo por escrito.

Anita hace ademán de entenderlo.

—Buen plan. Si necesitas algo, ya sabes que sólo has de llamarnos a Arjun y a mí.

—Lo sé. Gracias, Ani.

La campana suena por detrás de nosotras, así que recogemos las mochilas. De pronto oigo el teléfono.

—Será mejor que lo coja —le digo a Anita al ver que la llamada

lleva el prefijo central de Nova. El corazón me da un vuelco. Puede que sea la princesa desde un número nuevo—. Ahora te alcanzo. —Anita asiente y me saluda con la mano. Contesto la llamada—: ¿Diga?

—¿Sam? Soy Daphne. Verás, he recibido tu correo y, aunque es una locura, me encanta tu idea. Es brillante. ¿Estás segura de que nunca has aspirado a trabajar en televisión? Bueno, da igual. Oye, me ha costado unas cuantas discusiones, no sabes lo tensas que están las cosas en el estudio, pero nos han dado permiso. ¡Todo está en marcha! Nos llevaremos el mínimo material para viajar con poco equipaje. Hoy en día se puede hacer casi todo con magia, aunque algunas tecnologías son más delicadas, por lo que sólo me acompañará una operadora de cámara que es estupenda y que puede realizar las tareas técnicas. La magia no sustituye los conocimientos de informática, ¡y yo nunca me he molestado en aprender esas cosas! No obstante, me han hablado muy bien de ella, así que todo irá como la seda…

Daphne habla tan rápido que no puedo intercalar una sola palabra en su discurso… hasta ahora.

—Espera, ¿qué idea?

—¡Tu idea! La de grabarte mientras regresas a tus raíces en Zhonguo y descubres tu pasado. La cadena se va a volver loca con esto, te lo aseguro. Es genial.

Tardo un par de segundos en procesar sus palabras.

—¿Quieres decir… que no pospones el rodaje?

—¿Posponerlo? ¿Has perdido el juicio? ¡No volveremos a tener una oportunidad como esta! Te vas el jueves, ¿verdad?

—Sí.

—Nos vemos entonces, llevaré el equipo. *Ciao*, nena.

Cuelga y me quedo mirando el teléfono incrédula. Luego pienso: «¿y qué mal puede hacer?». Programo el móvil para que me recuerde que debo decirle a mi abuelo que hable con el waidán sobre la posibilidad de que el equipo de grabación me acompañe. Si él da su permiso, no veo razón para que no vengan.

El resto del día se me pasa lentísimo en el instituto. Miro el reloj cada medio minuto; tengo tanto que preparar que estoy deseando irme a casa. Hago una lista en el teléfono con cosas como:

–KIT DE ELAVORACIÓN DE POCIONES, ¿contenido?

–VER VÍDEOS SOBRE FRASES BÁSICAS EN ZHONGUONÉS (no quiero parecer una novaniana paleta)

–BUSCAR LAS BOTAS DE MANTAÑA

–DESCARGAR UNA GUÍA DE ZHONGUO O BUSCARLA EN LA BIBLIOTECA

Sigo añadiendo tareas a la lista cuando por fin suena la campana y salgo por la puerta como un rayo. Noto que la mente me va a mil por hora. Me da tantas vueltas que cuando llego al parque casi no me percato de que una pila de hojas secas se levanta por el aire y toma distintas formas: un pájaro batiendo las alas, un caballo al galope y, por último, un corazón. Me quedo contemplando extasiada el movimiento de confeti rojo y dorado, y estallo en aplausos cuando caen. Después diviso al artífice —Zain—, que está de pie con la varita desenvainada como si fuera la batuta de un director de orquesta que coordina la danza de las hojas.

Dotados. Siempre exhibiéndose. Pero incluso como corriente, es decir, como alguien que carece de la habilidad para usar la magia, aprecio su gesto. Es más, he aprendido que también hay magia en el hecho de ser corriente, en no tener que depender de ningún poder exterior, en nuestra capacidad para interactuar con las criaturas mágicas y las plantas del mundo sin peligro. Ser corriente me permite ser alquimista, y eso es algo que no cambiaría por todo el poder de los dotados.

—Hola —saluda Zain al verme. Su forma de mirarme hace que me sonroje antes siquiera de responder. Me besa en los labios con tanto ímpetu que por un momento desaparecen todos mis pensamientos.

—Hola —digo, temblorosa, cuando nos separamos. Ese es el efecto que tienen en mí sus besos. Enlazamos los dedos y caminamos por el sendero cubierto de hojas. El aire es fresco, aunque no tengo frío. Al lado de Zain lo único que siento es calor.

—¿De qué querías hablar conmigo? ¿Sigues de acuerdo con hacer el documental?

—Sí, no es eso. Verás, ayer descubrí una pista relacionada con el virus.

—¿Una pista? ¿Qué clase de pista?

—La clase de pista que requiere investigación… Hablé con el waidán de Long-shi.

Zain silba por lo bajo.

—¿Cómo conseguiste hablar con él?

—Mediante mi abuelo.

Chasca la lengua.

—Claro.

—El caso es que le describí los síntomas de Evie y puede que tenga una idea del motivo. Pero tengo que ir allí para averiguarlo. A Zhonguo.

Zain se toma la noticia con calma, casi sin pestañear, cosa que le honra. Supongo que ya se imagina que la vida conmigo nunca es normal durante mucho tiempo.

—Long-shi… ¿No es allí donde encontraron aquella ciudad enterrada hace unos meses?

Pongo cara de extrañeza.

—¿Cómo?

—¿No ves nunca las noticias? Una historia muy guay sobre unos arqueólogos que descubrieron un antiguo monasterio alquimista que fue enterrado por la lava…

—Creo que me suena. ¿Podrías venir conmigo? ¿Hay posibilidad de que faltes una semana a la universidad?

Parpadea.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente. Me sería muy útil tu ayuda allí.

Se queda callado y esboza una leve sonrisa.

—Puedo intentarlo. Tal vez consiga arreglarlo para no tener que volver a la facultad.

Le aprieto el brazo.

—No te gusta mucho, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—Ya sé que se suponía que Sintéticos y Pociones sería la carrera perfecta para mí porque es lo que más me gusta. ¡Llevo trabajando en eso toda la vida! Pero para ser sincero, creo que la odio. Es el trabajo de mi padre, no el mío.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunto.

Se aparta de mí y se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Ni idea.

Una brisa fría me rodea y hace que me estremezca. Toco la manga de su chaqueta.

—No tienes que tenerlo todo calculado.

—Es muy fácil decirlo, maestra alquimista. Tú estás siguiendo tu propio camino mientras yo sigo todos los pasos de mi padre.

—¡Oye! —Me detengo, indignada. Si hay alguien que sabe lo

mucho que he trabajado para conseguir el título, ese es Zain.

Traza una raya en el suelo con el pie.

—Perdona, no quería decir eso. Mira, Daphne quería hacer ese documental sobre ti, yo sólo iba a hacer de extra. Creo que deberías ir tú sola a Long-shi.

—¿Cómo? No…, no seas cabezota…

—No soy cabezota —interrumpe (como un cabezota, en mi opinión).

—Pero te necesito.

—No, no me necesitas. Oye, hablamos luego, ¿vale? Tengo que hacer un trabajo para la universidad. —Se da media vuelta y se marcha hacia la salida del parque.

Por contra, mis pies están pegados al suelo. Siento que, si me muevo, me voy a caer. Este cambio radical de actitud ha hecho que mi mundo gire sobre su eje.

Miro el reloj. Anita debe de estar saliendo ahora del instituto. Me saco el teléfono del bolsillo, marco su número y espero ansiosa a que responda.

—¿Anita?

—¿Sí?

—Creo que Zain y yo acabamos de tener nuestra primera pelea.

10

SAMANTHA

Doblo con esmero una camiseta y la coloco en la pequeña maleta que me llevo a Zhonguo. Anita está tumbada en mi cama; se supone que me iba a ayudar, pero está demasiado distraída tratando de procesar mi conversación con Zain.

Por fin, se incorpora y me mira.

—Se siente amenazado. Se siente amenazado, ahora tiene miedo y está dolido.

—¿Y quién lo está amenazando?

—Tú, idiota.

Me da la tos.

—No, analízalo —prosigue—. Tú ya tienes mucho camino andado. Ya sabes cuál es el plan para tu vida, cuál es tu pasión, y encima se te da increíblemente bien. Estás envuelta en una misión que puede salvar a la princesa *otra vez*, con un equipo de televisión que quiere rodar esta historia tan increíble… Y él no sabe de qué va su vida. Me has contado que se siente confundido con su carrera, que está pensando en dejar la universidad; su mejor amiga está desaparecida, y ahora su novia superestupenda le recuerda lo superestupenda que es. Lo que le pasa es que tiene una pataleta. Volverá, te lo aseguro.

Dejo de hacer la maleta y me siento en el suelo con las piernas cruzadas.

—Por mil dragones, ¿por qué es todo tan complicado?

—Puede que porque las personas no somos pociones, Sam. Y aunque tengas los ingredientes correctos, eso no significa que la mezcla vaya a resultar como esperas.

—Hmm… Supongo que es eso.

Anita se echa a reír. Sabe que no es lo que quiero oír.

—Vais a hacer las paces. Es vuestra primera pelea. Después de esto tendréis más *química.*

Suelto un gruñido por la broma y le tiro un par de calcetines a la cabeza.

—Bueno, ya está bien de Zain —continúa Anita—. Ya sé que no puedes contarme nada más acerca del viaje, así que ¡háblame del documental! Es una pasada que quieran seguir con el programa a pesar de que te vayas de viaje.

—Lo sé. Me sorprendió.

—A mí no. La gente está desesperada por distraerse. ¿Leíste el artículo del *Diario de Nova* que decía que la princesa le había arrebatado al país un día de fiesta nacional al no casarse a lo grande y no retransmitir la boda por la tele? ¡Y que el hecho de que no nos haya enseñado su vestido de novia es una violación de los derechos humanos!

—Bueno, menuda estupidez.

—Lo sé. Pero los medios de comunicación están ansiosos por llenar el enorme agujero que ha dejado su desaparición. Adelante, palco izquierdo, Samantha Kemi: alquimista extraordinaria, salvadora de la princesa, adorada por el pueblo…

—¡Vale, ya está bien! —Toqueteo la cremallera de la maleta mientras me aseguro de que cabe todo dentro—. ¿Y qué pasa si no se me da bien actuar ante las cámaras? Quieren grabar al estilo de los *realities*, como si yo no supiera que están allí. Y con entrevistas cara a cara. Para ese tipo de programas hace falta ser natural. ¿Y si quedo como una idiota? Acuérdate de lo que pasó en mi última entrevista para la tele… Y esto va a ser más intenso todavía.

—Bueno, ya no tienes más secretos familiares oscuros que desvelar, ¿verdad?

—Creo que no.

—Entonces no te preocupes. Lo peor que puede ocurrir es que te caiga mal el personal. Vais a pasar un par de semanas muy juntitos, en Zhonguo y aquí. Puede ser bastante latoso.

Me muerdo el labio.

—No había pensado en eso.

—Estará bien. A pesar de tu mal genio, es fácil llevarse bien contigo.

—¿Podrías venir conmigo?

—¿Qué? NO. Además, alguien tiene que pillarte los apuntes, ¿recuerdas?

Esto es lo que me gusta de Anita. Ni siquiera tengo que pedírselo, siempre sabe qué debe decir (y hacer).

—Gracias —respondo—. Por cierto, ¿qué tal con Jacob? —pregunto como quien no quiere la cosa. Jacob, que está en nuestra clase común de Geografía, le pidió salir poco después de que ella volviera de ayudarme en el Lago Karst. Estoy segura de que lleva mucho más tiempo colado por ella, pero le ha costado un poco armarse de valor para decírselo.

—Bien —contesta, y se pone del color de un melocotón. Suelto el par de pantalones que estaba doblando. Si le da vergüenza, es que la cosa va en serio.

—Ya habéis salido varias veces…

—Ya vamos a hacer un mes juntos. —Muestra una amplia sonrisa —. No tengo ni idea de qué regalarle.

—¿Se supone que le tienes que regalar algo?

—¿Tú no le regalaste nada a Zain?

—Bueno, en teoría todavía no hemos tenido ninguna cita formal, así que ¿qué fecha íbamos a usar como aniversario?

—Pues la del día que estuvisteis en la montaña.

—Hmm… Si así fuera, el aniversario de nuestro primer mes habría sido en el avión hacia Runustán para intentar encontrar el diario de pociones de mi bisabuela. No era el mejor lugar para pensar en un regalo.

Anita frunce el ceño.

—Ah, claro, no había caído en eso. Y lo rápido que ha ido todo. ¿Estáis bien?

Me paro a pensar un segundo.

Escaramujo y gracia de duende de los bosques: para reflexionar sobre los sentimientos propios, establecer y diagnosticar problemas emocionales, y encontrar el remedio preciso.

—Creo que sí —digo con sinceridad—. Cuando estoy con él, tengo la sensación de que puedo hacer cualquier cosa. Me da confianza y nunca siento que debo ocultar quién soy.

—Eso es bueno. —Sonríe.

—Y encima es guapísimo —suelto mientras muevo las cejas.

Anita se ríe y me lanza un par de calcetines a la cabeza. Yo sólo puedo pensar una cosa: ojalá venga Zain a Zhonguo conmigo. Por inercia, compruebo el móvil. No tengo ningún mensaje suyo.

—¿Sam? ¿Anita? —Se oye la voz de mi madre por las escaleras.

—¿Sí? —respondo a gritos.

—Vamos a cenar. ¿Se queda Anita?

La miro con las cejas levantadas y ella analiza la propuesta:

—He visto que tu padre estaba preparando masa rellena, y sus *jiaozi* son lo mejor… —Sacude la cabeza, aunque con un atisbo de duda en su mirada—. Será mejor que me vaya a casa, mi madre quiere que la ayude a hacer limpieza en el desván antes de acostarme. Está en pleno zafarrancho.

—Creía que tu madre era de las que disfrutaba acumulando cosas.

—Por eso. Esta es la consecuencia: ¡megalimpieza bienal!

—Bueno, pues buena suerte.

—¿Me guardas un *jiaozi*?

—¡Ni pensarlo! —exclamo con una carcajada.

Nos damos un largo abrazo. Anita tarda más que yo en apartarse.

—No te preocupes, todo irá bien. Zain volverá y regresaréis a la normalidad.

—Gracias. Ojalá tengas razón.

Hay una pequeña grieta en el muro que he levantado que ahora amenaza con resquebrajarse y convertirse en un mar de lágrimas. Me muerdo el labio para tratar de contenerlas. Aun así, Anita descubre la verdad. Me abraza de nuevo y pienso: «Gracias a los dragones que existen los buenos amigos».

11

PRINCESA EVELYN

El picor comenzó en la muñeca.

Luego le ascendió por el brazo y cada vello se le fue erizando muy despacio. No se atrevía a mirar cuál era la causa. Entonces se obligó a abrir un ojo.

Tenía una tarántula tan grande como su mano y tan negra como el carbón que le subía hacia la cara. Quiso gritar, pero tenía la garganta obstruida y no pudo emitir sonido alguno. Trató de moverse, pero los músculos no le obedecían. Lo único que podía hacer era observar, indefensa, mientras la araña se le acercaba a la clavícula, retrocedía en posición de ataque mientras replegaba dos de sus patas y abría las mandíbulas…

Estaba en un laberinto de espejos. Mirara donde mirara veía su cara reflejada. ¿No me quieres?, decían los espejos. ¿No me quieres?

Se puso a buscar una salida. Empezó despacio, de una manera metódica. Palpaba con los dedos para distinguir el cristal del posible camino que atravesaba el laberinto mientras evitaba mirar su propio reflejo. Pero siempre que doblaba una esquina había más espejos, en el suelo, en el techo, delante y detrás, y su cara se reflejaba en ellos una y otra vez, una y otra vez. Un millón de Evelyns que la miraban e imitaban su terror ciego con burla. Se derrumbó en el suelo e intentó cerrar los ojos, pero era como si unos palillos le sostuvieran los párpados y no tuviera más remedio que mirarse por toda la eternidad…

Kingstown estaba ardiendo y no había forma de evitarlo. Lo único que podía hacer era mirar las llamas desde su palacio invisible y observar cómo el pueblo huía de sus casas aterrorizado mientras lloraba la pérdida de sus seres queridos.

La Z que coronaba la sede de ZA se desplomó sobre el suelo y las vigas de acero se derritieron con el calor.

La Tienda de Pociones Kemi se perdía en mitad de aquel infierno.

Apenas se distinguía Royal Lane a través de la espesa masa de humo negro.

Su ciudad se destruía poco a poco.

Era demasiado para ella.

«Aquí estamos a salvo de los portadores de pesadillas». Eso es lo que el príncipe le había dicho acerca de la ciudad amurallada. Tal vez debiera entrar en ella. Cualquier cosa con tal de escapar de lo que su mente le estaba mostrando. Levantó la vista y descubrió que se encontraba junto a la gran verja. Sólo tenía que atravesarla y la visión de Kingstown en llamas desaparecería.

Un destello cobrizo le llamó la atención.

—¿Katrina?

Evelyn pronunció su nombre en voz alta mientras se daba la vuelta y dejaba atrás la puerta con el corazón aderezado de esperanza… y alegría. La visión de la ciudad en llamas se tambaleó ante sus ojos.

—Katrina, ¿estás ahí?

Recordó una de las primeras veces que fue consciente de que estaba enamorada de Katrina. Fue poco después de que terminara la Expedición Salvaje, cuando ya había renunciado al amor definitivamente. ¿Acaso no sucede eso siempre? En el momento en que dejas de buscarlo, aparece el amor y se postra a tus pies… Katrina le había ayudado a crear un perfil alternativo para las redes sociales que resultara seguro a la hora de mantener el contacto con sus amigos (como Zain y Sam) sin atraer la atención de los medios de comunicación. Recordó la vez en que, mientras ella estaba sentada junto al escritorio, Katrina se inclinó para señalar la pantalla y le rozó el hombro con la punta de la trenza. Percibió el sutil aroma floral de su champú y cambió de postura con mucha suavidad para que sus dedos se rozaran. En aquel momento habría jurado que entre ellas pasaba una corriente de electricidad que las conectaba. Al recordar aquello, Evelyn sonrió.

E hizo que la visión de la ciudad en llamas desapareciera para dar lugar a una nueva imagen más aterradora, la de los oniros, que daban vueltas con las manos blancas y afiladas conjurando a los demás.

Evelyn apretó los puños. No necesitaba entrar en la ciudad amurallada del príncipe Ilie para protegerse.

Lo haría sola.

Lo único que necesitaba era recordar quién era y a quién amaba.

12

SAMANTHA

Al día siguiente me levanto temprano. La casa es un torbellino de preparativos. Cuando Daphne me pide que no guarde el equipo de pociones hasta que llegue su ayudante con la cámara, me empiezo a poner nerviosa. Preferiría tenerlo todo organizado a quedarme aquí esperando y que luego se me olvide algo. Lo único que necesito es cerrar la maleta y sentarme junto a la puerta principal, lista para emprender el viaje.

Sigo sin recibir mensajes de Zain. Parece que no va a venir.

—¡Sam! ¡Ya están aquí! —La voz de mi madre llega desde abajo.

Me cuesta tragar saliva. Ahora que está sucediendo de verdad, el pavor se me instala en el estómago como los posos en el fondo de una taza de té. Ojalá pudiera leer esta incertidumbre para averiguar si es legítima o desproporcionada. Sin embargo, no hay forma de saberlo: los pensamientos no son las hojas de un libro.

Sacudo el cuerpo y bajo las escaleras. A medio camino veo al equipo de grabación y me paro en seco. Hay dos personas mirándome: una de ellas es Daphne, la directora. La otra me deja petrificada. Se trata de… Por un instante me quedo en blanco, no recuerdo su nombre, pero reconozco su precioso pelo brillante y cobrizo. Es la guardaespaldas de palacio, la chica de la que se enamoró Evelyn… antes de casarse. ¡Katrina! Eso es, así se llamaba.

Cuando me detengo en la escalera, nuestros ojos se cruzan. Los suyos parecen una señal de advertencia, como si no quisiera que Daphne sepa que la he reconocido. Entonces se lleva una cámara enorme al hombro —una de las que suelen utilizarse para rodar

documentales— y, antes de que me dé cuenta, Daphne saca el micrófono y lo coloca en el aire, cerca de mi cabeza. Se enciende una lucecita roja en uno de los laterales de la cámara: está grabando.

Me quedo con los pies pegados al escalón. Después de unos segundos incómodos, Daphne hace un gesto para señalar a mi familia, que me espera en fila. Me doy cuenta de que quiere filmar la despedida. Termino de bajar las escaleras a toda prisa y reparto abrazos a todos, empezando por mis padres y acabando por Molly. Como mi abuelo prefiere no aparecer en el documental, me despido de él en privado.

—¡Corten! ¡Perfecto! —dice Daphne mientras observa un pequeño monitor que tiene delante—. En el futuro, Sam, no mires tanto a la cámara, queremos que quede lo más natural posible. La única ocasión donde podrás mirar fijamente será en las entrevistas cara a cara. Quizá tengamos que grabar la entrada de nuevo. ¿Podrías volver a bajar las escaleras?

Sacudo la cabeza y noto que se me suben los colores. «No puedo hacerlo», pienso. El corazón se me va a salir del pecho y la garganta se me empieza a obstruir. La puerta de la cocina se vislumbra al final del vestíbulo, por detrás de mis padres, y con unos cuantos pasos me abro camino entre ellos y la cruzo.

Veo borroso. Me agarro al borde de la encimera y cierro los ojos para concentrarme en la respiración. Actuar de forma natural no me resulta para nada natural. Con esa cámara enfocándome, las luces rojas parpadeando y los micrófonos en el aire… «Recupera la compostura, Sam», intento tranquilizarme.

Suenan dos golpecitos en la puerta. Es mi madre.

—¿Todo bien?

—Sí, bien. —Esbozo una gran sonrisa.

Me pasa el brazo por los hombros y aprieta con fuerza.

—Hemos llevado a Daphne a la tienda y están grabando los planos de fondo, así que por ahora están ocupadas.

—Gracias, mamá —digo, contenta de tener un momento para mí.

—¿Dónde está Zain? —me pregunta mientras me pasa la mano por la espalda.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Ayer nos peleamos, pero pensé que hoy tendría noticias suyas. No sé si viene y… no sé si puedo hacer esto sin él.

Mi madre se echa a reír.

—Sam, si hay algo que deberías haber aprendido durante estos meses, es que puedes hacer todo lo que te propongas. Zain es un chico encantador, pero no lo necesitas a tu lado.

—Pero las cámaras…, el documental… Me resulta todo muy ajeno. —Me tapo la cara con las manos—. Pensé que así daría mi versión de los hechos en lugar de esperar a que los medios de comunicación escribieran sobre mí. Zain me iba a ayudar a sobrellevarlo.

Mi madre me da la vuelta con un pequeño empujoncito para verme la cara. Me quita las manos de los ojos y me levanta la barbilla.

—Tú puedes —me anima—. Si no quieres hacer el documental porque prefieres no salir en la tele, ese es otro cantar. Lo que no voy a permitir es que te vengas abajo porque Zain no esté aquí.

Las contundentes palabras de mi madre, que contrastan tanto con su comportamiento habitual, me provocan una sonrisa reticente. En realidad, sí que quiero hacerlo. Los novanianos ya han recibido suficientes mentiras, y esta puede ser una oportunidad para contarles alguna verdad. Y mi madre tiene razón, no necesito a Zain para seguir adelante.

—De acuerdo.

—¿Vas a salir ahí fuera?

—Sí.

—Bien hecho —me felicita, y tira de mí para darme un abrazo.

Respiro hondo y regreso al rin. Daphne me ve de inmediato.

—¡Ahí estás! Acabamos de terminar los planos de situación, ¡así que estamos listas! Ay, espera, olvidaba presentarte a la nueva componente del equipo. Esta supermujer de aquí es Katrina Pickard.

Katrina baja la cámara y me tiende la mano.

—Encantada de conocerte. Llámame Trina, todos me llaman así. —No da señal alguna de que nos conozcamos.

—Encantada —saludo con cautela mientras le sigo la corriente.

—Es una supermujer porque va a llevar a cabo las tareas de diez personas. Ha costado encontrar a alguien con los visados en regla, con todo el papeleo a punto y con disponibilidad para un viaje como este. ¡Hemos tenido suerte!

—Aah… Pues me alegro de que vengas con nosotras —digo.

Trina sonríe.

—Gracias. Ahora te voy a poner un micrófono. Es uno de esos micros diminutos que se pegan en la ropa. Si lo colocamos en el

cuello… Así, perfecto. —El micrófono es tan pequeño que encaja en el botón superior de mi camisa de cuadros—. ¿Qué te parece si rodamos unos cuantos planos mientras guardas el equipo de pociones en la maleta?

—De acuerdo —acepto. Katrina vuelve a llevarse la cámara al hombro.

Daphne interviene:

—Y podrías narrar lo que haces, como si le mostraras la tienda a la gente que está en casa. Imagina que están haciendo una visita guiada. Queremos que descubran la alquimia a través de tus ojos. ¿Preparada?

—¿Estas cosas no suelen llevar un guión? ¿Y si digo algo incorrecto? —Creo que el pánico se me refleja en la cara, porque Daphne se apresura a tranquilizarme:

—Podemos editar lo que queramos. Recuerda, esto es algo que llevas haciendo y respirando toda tu vida. Lo único diferente es que hay una cámara delante.

—Oh, y millones de personas que podrían verme —murmuro. Entonces me obligo a pensarlo: «esto es lo que quieres». Tomo aire—. Muy bien. Esta es la Tienda de Pociones Kemi, que pertenece a nuestra familia desde hace más de tres siglos. Entre estas paredes se esconde mucha historia.

Levanto la vista hacia el muro donde se apilan los ingredientes: el tesoro de los Kemi. Los tarros, botellas y viales que contienen los ingredientes están llenos y bien etiquetados, aunque, si no sabes lo que buscas, puede resultar caótico. Un lío. Así es como mi abuelo y yo demostramos nuestra habilidad sin mayor esfuerzo. Es impresionante. Lo sé porque el corazón se me llena de orgullo cuando lo miro.

—No me voy a llevar muchos ingredientes —prosigo— porque en Zhonguo tienen casi de todo. Lo que sí llevaré serán unos cuantos regalos especiales de Nova para los alquimistas de Long-shi que puede que ellos no tengan: un poco de persirela y una brida de kelpie. También cogeré un montón de libros —explico al detenerme delante de la pequeña biblioteca que tenemos en la tienda. La biblioteca principal está detrás, pero aquí tengo una estantería con los libros pendientes de leer. No puedo viajar sin ellos, a pesar de que Zain ha intentado convencerme para que me pase al formato electrónico.

Elijo tres tochos: una guía de la flora y fauna de Zhonguo, el diario de un buscador en Zhonguo y, por último, un libro de cuentos de

hadas, también de Zhonguo.

—¡Corten! Mucho mejor —dictamina Daphne. Trina levanta el brazo y apaga la cámara—. De aquí podremos sacar algo. —Daphne me lanza una sonrisa alentadora que yo devuelvo a duras penas. Al menos alguien muestra optimismo hacia mis habilidades.

Mi madre se acerca y me abraza.

—Cuídate, cariño. Y aunque el motivo del viaje sea serio, trata de divertirte.

—Tu madre tiene razón —coincide mi padre—. Es tu primer viaje a la tierra de origen de los Kemi. Me encantaría que fuéramos juntos para enseñarte de dónde viene nuestra familia.

—A mí también —respondo. Siento una punzada en el corazón y me doy cuenta de que, si me quedo más tiempo, me pondré sentimental. Trato de zafarme de los brazos de mi madre, pero ella sigue apretando—. Eh…, ¿mamá?

—Vamos, Katie —dice mi padre con dulzura.

—Ay, yo ya sabía que no podría tenerte entre algodones toda la vida. —Me da un último achuchón y por fin me libera—. Me queda Molly…

—¡Oye! —exclama mi hermana con indignación por detrás de mi madre.

—Óyeme tú —le suelta mi madre entre risas—: que sepas que te quedan al menos cuatro años de madre sobreprotectora, ¿te enteras?

—Vale —accede Molly con cara de resignación.

—Vamos. —Trina coge mi maleta y la lleva al coche. Termino la segunda ronda de abrazos. Los primeros eran para la cámara y no parecían reales.

—Ya me contarás cómo te va con la princesa —le digo a Molly.

—Sí, ya te contaré.

Mi última parada es con el abuelo.

—Mantenme informado de todo. El waidán no te habría pedido que recorrieras esa distancia tan larga si no tuviera una buena razón. Y, por último, recuerda: no sólo eres una maestra alquimista, sino que también eres una Kemi. Si existe alguna amenaza sobre Nova que pueda desaparecer con una poción, tú la encontrarás. Los Kemi somos así.

—No te preocupes, abuelo. No te defraudaré.

13

PRINCESA EVELYN

Los buenos pensamientos mantenían a raya a los oniros —según había descubierto—, por eso trataba de tener la cara de Katrina grabada en la mente todo el tiempo.

Pero tenía más preguntas y sólo una persona podía contestarlas. Se dirigió de nuevo a las puertas de la ciudad y golpeó los barrotes metálicos.

—¡Sal! —gritó—. ¡Príncipe Ilie, quiero verte!

Ya estaba bien. Si era cierto que no iba a despertarse, al menos necesitaba averiguar qué sucedía. Y para ello tenía que hablar con la gente que llevaba más tiempo en ese lugar: la familia real de Gergon.

—¿No conoces la leyenda de la Bella Durmiente?

La voz del príncipe la sobresaltó, pero recuperó la compostura al instante. En el mundo de los sueños había otras reglas y no quería que él se percatara de que la había pillado por sorpresa. El príncipe Ilie —hermano mayor de Stefan— apareció sin previo aviso al otro lado de la verja ataviado de un modo muy formal, con un traje negro de chaqueta larga.

—Sí que la conozco. La princesa que duerme durante cien años. Mi reino no permitirá algo así; sé que hay personas trabajando para que me despierte.

—¿Y quién dice que me refiera a tu reino? —Bajó la mirada, aunque ella no le creyó ni por un segundo.

—Entonces, ¿en Gergon también estáis todos dormidos? —Evelyn parpadeó mientras trataba de procesar lo que estaba oyendo.

—Sí.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

El príncipe suspiró con dramatismo.

—Será más fácil si te lo enseño —declaró. Se sacó una gran llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura.

—No voy a entrar. —Evelyn retrocedió varios pasos.

—No hace falta. Saldré yo… tan sólo un momento. No puedo permanecer mucho tiempo fuera de la ciudad amurallada. Las pesadillas son demasiado horribles. —Levantó la vista hacia los oniros, se estremeció y cerró la puerta a su espalda—. Pon las manos así —le indicó mientras extendía las suyas con las palmas hacia arriba.

Evelyn dudó. Aunque ¿qué alternativa tenía? Quería saber lo que pasaba, por qué había entrado en aquel estado de sueño, y frente a ella había alguien que parecía saberlo. Despacio, dedo a dedo, abrió la mano hasta extenderla con la palma hacia arriba.

—Además de formar parte de una familia real, eres heredera al trono, como yo; por tanto, posees la habilidad de controlar la magia mediante la piel. —El príncipe pasó un dedo por la palma de Evelyn. En ese momento, brotaron unos rayos de luz de los dedos de la princesa: ríos de luz impregnados de chispas brillantes que relucían danzantes por su interior. A Evelyn se le saltaron las lágrimas. Por primera vez *veía* la magia. Su magia. Los flujos que tenía bajo su control, que le otorgaban poder.

O eso creía ella. Los haces de luz comenzaron a retorcerse, a girar alrededor de su mano, a confluir en sus dedos en la misma dirección.

El príncipe parecía triste.

—Lo que suponía. A mí me pasa igual. —Abrió la mano y aquella misma magia cobró vida. Sus flujos mágicos se hacían más débiles, más finos a medida que se extendían desde la punta de los dedos: en comparación con los ríos de Evelyn, eran unas pequeñas motas brillantes que se retorcían y entrelazaban, hasta que se unieron a los de la princesa.

—¿Dónde van? —preguntó ella sin apartar la mirada del ascenso de la corriente mágica, que se adentraba por encima de las murallas y confluía a su vez con otros flujos provenientes de los demás habitantes del mundo de los sueños. El gran río desembocaba, por fin, en una torre de piedra, alta y oscura, justo en el centro de la ciudad—. ¿Quién vive en esa torre?

—Pues ella… Se está llevando toda la magia que puede, toda…

La resignación en la voz del príncipe hizo que aumentara la

determinación de la princesa.

—¿Y cómo la detenemos? ¿No podemos atacar la torre y recuperar nuestra magia?

El príncipe Ilie sacudió la cabeza.

—Me temo que tenemos un problema aún más urgente.

—¿Cuál? —inquirió Evelyn.

La torre de piedra se tambaleó y amenazó con derrumbarse.

—Creemos que está a punto de despertarse. Y cuando lo haga…, tendrá poder suficiente como para absorber la magia del mundo entero.

14

SAMANTHA

—Comenzamos a rodar —ordena Daphne cuando nos acercamos a la zona de facturación.

Pongo cara de fastidio. No entiendo qué interés puede tener vernos facturar el equipaje antes de transportarnos. Entonces me doy cuenta. De pie, apoyado con un codo en el mostrador y un hechizo en el pelo que hace brillar cada uno de sus mechones negros bajo las luces de la terminal de transportación, está Zain.

Me pilla tan desprevenida que le da tiempo a llegar hasta mí y abrazarme en volandas. Me coge las manos y me da un beso en los labios antes de que pueda reaccionar.

—Lo he conseguido, Sam —me dice con una sonrisa encantadora.

—¿El qué? —tartamudeo. Mis ojos oscilan entre él y la cámara.

—Tomarme unos días libres. Me voy contigo a Zhonguo.

Las emociones luchan dentro de mí. Estoy confundida con este giro de ciento ochenta grados. Pero las cámaras están encendidas y Zain me mira con sus impresionantes ojos azules y me aprieta las manos, así que le devuelvo la sonrisa.

—¡Estupendo! —exclamo, intentando demostrar el mismo entusiasmo.

—¡Corten! —suelta Daphne—. Menuda entrada. Ay, sabía que serías un tesoro televisivo.

Apenas me entero de lo que dice.

Me separo de los brazos de Zain lo más rápido que puedo y miro a Trina para asegurarme de que la cámara está apagada. Al ver que ya no está grabando, pregunto:

—Pero ¿esto qué es, Zain?

—Sam, lo siento. Ayer me pasé.

—¿Y el mejor modo de arreglarlo era delante de la cámara? ¿No podías escribirme antes? ¿Llamarme? ¿Un correo? ¿Un mensaje? ¿Algo?

—¡Es culpa mía! —interviene Daphne, colocándose entre nosotros con las manos en alto—. Llamé a Zain para confirmar sus datos y me contó lo de vuestra pequeña discusión. Sabía que las cosas se arreglarían entre vosotros, ¡por eso pensé que podríamos captar la tensión en el documental! Ya sabéis que este tipo de narración dramática no se puede fingir…

Miro a Daphne, incrédula, y luego a Zain. Al menos él tiene la decencia de parecer avergonzado.

—Siento haberte pillado por sorpresa. Daphne no quería que me pusiera en contacto contigo. Afirmó que «acabaría con la veracidad del momento». ¿Me perdonas?

Siento que me relajo. Es nuestra primera discusión. Se supone que debo ser capaz de sobreponerme a ella, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿estamos bien? —Me agarra la mano y me besa los dedos con suavidad.

—Estamos bien.

—De acuerdo.

Me permito sonreír. Ahora que se me ha pasado la conmoción, me siento aliviada por no tener que ir sola a Zhonguo.

—Bueno, me alegra que hayas decidido venir. No quería hacer esto sin ti, ya lo sabes.

—Lo sé.

Daphne da un paso al frente y me avergüenzo al percatarme de que lleva escuchándonos todo el tiempo.

—¡Oh, que monos! Sois encantadores… Volvemos a ser una familia feliz, ¿verdad? Venga, vamos a registrarnos para la transportación.

Tenemos que permanecer una hora en la terminal hasta que nos avisen, así que nos acomodamos en la sala de espera. Salvo Katrina y yo, aquí todo el mundo es dotado. Ellos son los únicos que pueden permitirse esta manera tan cara de viajar. En la pared del fondo se extiende una hilera de enormes pantallas convocadoras junto a las cuales hay unos azafatos dotados que guían a los pasajeros por los

flujos de magia de un destino a otro. Un viaje que en avión duraría varias horas puede efectuarse en cuestión de minutos mediante transportación. Los vuelos tradicionales son más lentos, pero también más baratos, y tienen la ventaja de que no hace falta viajar suspendido del aire.

Espero a que Daphne se aparte con Trina para planificar los encuadres y aprovecho para pedirle a Zain que me acompañe al puesto de café. Necesito un chute de cafeína antes de la transportación y además tengo que hablar con él en privado.

Bajo la voz hasta el susurro:

—Oye, ¿no reconoces a la operadora de cámara?

Zain pone cara de extrañeza y mira hacia atrás.

—¿Te refieres a la pelirroja? Mmm… Creo que no. ¿La conozco?

—¡No mires! Es Katrina, la antigua guardaespaldas privada de la princesa Evelyn.

Zain abre los ojos de par en par.

—¿En serio? ¡Vaya! ¿Y qué crees que hace aquí?

—No lo sé. Pero lo averiguaré. No puede ser simple coincidencia. —Me muerdo la lengua para no explicarle la química que vi entre ellas… Eso es asunto de Evelyn, no me corresponde a mí contarlo.

—Calla, ya vienen. Pide el café.

—Un café manchado con caramelo, por favor —le ordeno al camarero.

—¡Aquí estáis! Anda, otra adicta a la cafeína, ¡como yo! Pídeme un triple con leche sin espuma —le dice Daphne a Zain, y me agarra de los hombros—. Ahora, pequeña estrella, vamos a colocarnos en un rincón de la sala de espera. Trina, no olvides tomar algunos planos de fondo de la gente que se dirige a los convocadores para transportarse, ¿de acuerdo? Quiero aventura, quiero emoción, quiero que la gente se *transporte* desde su vida cotidiana hasta el mundo de Sam. —Daphne me mueve hasta que por fin me siento en el pequeño alfeizar de un gran ventanal.

—¿Qué quieres que diga? —pregunto, moviendo los pies adelante y atrás.

Noto el frío del cristal contra la espalda, aunque el ambiente en la sala de espera es demasiado cálido. Me suenan las tripas. Quiero tomarme el café. Estoy incomodísima y me pregunto, una vez más, qué demonios hago aquí.

—Explica dónde vamos. Este vídeo va a ser una entrevista cara a cara, sin guión, una oportunidad para que te abras. Déjanos verte. Cuéntanos que se esconde en la mente de Sam Kemi. —Para enfatizar cada una de las palabras de la última frase, me da un golpecito en la frente con el dedo. Me pregunto si me habrá dejado la marca—. He anotado algunas preguntas en un cuaderno para que las mires si necesitas inspiración. Y otra cosa, Sam…

—Sí.

—No te contengas. Si te enrollas mucho, podemos editar. Cuanto más hables de corazón, mejor impresión darás.

—¿Podría sentarse Trina a mi lado?

Daphne parece sorprendida.

—Claro, ¿por qué?

—Creo que me resultará más fácil hablar con una persona que con la cámara.

—Vale, pero recuerda que tienes que mirar a la cámara. Queremos que tenga formato de confesión. ¿Podrás hacerlo?

Trago saliva y asiento.

—Fantástico. ¡Esto marcha! Trina puede sostener las anotaciones mientras hablas. Lanzaré un hechizo a tu alrededor para bloquear el sonido externo y que no interfiera con la grabación. —Saca su objeto mágico (una varita, como el objeto de Zain) y con unos cuantos golpes de muñeca manipula la energía mágica que nos rodea para crear una barrera acústica. Lo primero que pienso, ahora que el ruido de fondo ha desaparecido, es en el estruendo de la terminal de transportación. Me pitan los oídos.

Trina se pone unos auriculares anchos y redondos en la cabeza y enciende la cámara, de modo que la lucecita vuelve a parpadear delante de mí como una distracción intermitente.

Trago saliva e inspiro hondo varias veces para calmarme. Miro por encima del hombro de Trina y veo que Daphne está con Zain en la cola del café y gesticula con los brazos mientras habla. Esta es mi oportunidad.

—Te conozco —digo mientras me centro en la cámara en vez de en Katrina.

—¿A qué te refieres? —inquiere, aunque no me resulta creíble. Su gesto se vuelve duro. Parece dispuesta a saciar mi curiosidad, pero lo que resulta más revelador aún es que apaga la cámara a pesar de que

continúa apuntándome con ella como si prosiguiéramos con las confesiones.

—¿Qué haces aquí? —espeto. Me habría gustado preguntarle otras cosas antes, pero por el rabillo del ojo veo que Daphne nos está mirando—. Me acuerdo de ti. Estabas en el palacio. Tú y la princesa… —Ni siquiera sé cómo acabar la frase, pero el rubor repentino que aparece en sus mejillas me basta para cerciorarme de que mis suposiciones son correctas—. ¿Por qué no estás en el palacio? ¿Está bien Evelyn?

—Me despidieron —revela Trina entre dientes.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Stefan. Pero eso no es todo. Antes de que me echaran, vi que la princesa estaba enferma, no dejaba de toser. Se encuentra débil y no puede enfrentarse al príncipe.

—Lo sabía. Nadie me creía, nadie excepto mis amigos y mi familia. Sobre todo cuando salieron las fotos de la luna de miel.

—Eran falsas, estaban manipuladas. Lo sé porque yo era la encargada de todos los sistemas informáticos del interior del palacio y vi una nota en la que el príncipe solicitaba un «editor de fotos dotado y con experiencia». A las pocas horas, zas, aparecieron las imágenes. ¿No te fijaste en lo borrosas que estaban? A la princesa apenas se la veía con aquellas gafas de sol y el enorme sombrero.

Recuerdo las fotos que vi en el restaurante. Entonces no me parecieron reales, pero todo el mundo estaba convencido de que lo eran. Me alegra que me confirmen que no son imaginaciones mías, aunque me siento aterrorizada por la princesa. ¿Qué está pasando en el Gran Palacio?

—¿Y por qué vas tú a Zhonguo? —me pregunta Trina—. Hasta ayer estabas rodando el documental en Nova. ¿A qué se debe este cambio de planes? Está relacionado con la enfermedad de la princesa, ¿verdad? Has averiguado algo, ¿a que sí? —Se queda mirándome con unos penetrantes ojos verdes que me hacen sentir desnuda. Entonces recuerdo cómo ayudó a la princesa en el Baile de Laville cuando perdió el control de su incontenible poder.

Es impresionante. Cualquiera que mantenga el tipo en un enfrentamiento con la princesa tiene todo mi respeto.

Aunque no necesariamente mi confianza.

—¿Cómo sabes lo que estaba haciendo? ¿Me has estado espiando?

—Me dispongo a levantarme. No sé qué está pasando. De pronto dejo de sentirme cómoda.

Percibo el pánico en la mirada de Trina, que gesticula con las manos para que me siente.

—De acuerdo. No tienes que contarme nada —cede—. Lo sé porque, como te decía, me ocupo del sistema informático de palacio. He seguido tus movimientos porque no sólo eres su amiga, eres su alquimista. Y has sido muy franca sobre tus sentimientos hacia el príncipe Stefan. Sabía que no te marcharías del país a menos que tuvieras una pista que pudiera ayudarla. Así que, si tu plan sirve para ayudar de algún modo a la princesa…, por favor, déjame que esté a tu lado.

Dudo. Sigo sin estar convencida al cien por cien.

—Mira. —Se tira del cuello de la camiseta y veo que lleva una delicada cadena de plata con un anillo. Un anillo que reconozco: pertenecía a la princesa Evelyn—. Evie me lo dio. Lo único que quiero es ayudarte a ayudarla.

Al mirar dentro de esos ojos verdes suplicantes, me doy cuenta de que no puedo negarme. Necesito toda la ayuda posible.

—Vale —acepto en voz baja.

—Muy bien. Ahora vamos a grabar unas cuantas confesiones o Daphne empezará a sospechar.

Asiento y respiro hondo.

—Bueno, eeh…, estamos en la Terminal Internacional de Transportación a punto de embarcar hacia…, hmm…, la ciudad de Long-shi, en Zhonguo. Estoy…, eeh…, muy nerviosa con el viaje…

Antes de que Trina levante la mano para que pare, me quedo callada. Se me desploman los hombros, me apoyo en las rodillas y se me escapa un gran gemido.

—Vaya, es más difícil de lo que pensaba —confieso, forzando una sonrisa avergonzada que es probable que acabe en una mueca poco convincente.

—No te preocupes —me tranquiliza—. Relájate e inténtalo de nuevo. Mira, aquí está la primera pregunta. —Levanta un cartel blanco que reza: «¿Qué sentimientos te provoca la transportación?».

Me calmo en cuanto leo la pregunta: es fácil de responder.

—Hasta este año nunca me había transportado, ya que es un medio muy caro para mí.

Trina levanta la mano para detenerme otra vez.

—Estupendo, mucho más natural. Acuérdate de mirar a la cámara mientras hablas, no a mí.

—Ah, vale, se me había olvidado. —Irritada por haber vuelto a equivocarme, me agarro el borde del alfeizar. Vuelvo la vista al centro del objetivo e intento no fijarme en mi reflejo invertido sobre el cristal negro.

—Hasta este año no me había transportado, ya que es demasiado caro para mí, ¡aunque con la Expedición Salvaje tuve que acostumbrarme enseguida!

Trina me sonríe y asiente con la cabeza para darme ánimos. Luego agarra otro de los carteles. «¿Qué esperas encontrar en Long-shi?».

Me quedo callada unos instantes. Es algo en lo que he pensado mucho, pero no sé si he llegado a una conclusión. Luego caigo en la cuenta de que se supone que es una confesión, así que decido dar un paso al frente y ser sincera.

—No sé qué voy a encontrar en Long-shi. Voy con la mente abierta. Mi abuelo me ha enseñado que los alquimistas siempre buscan respuestas en el pasado. Por ejemplo, fíjate en el monasterio enterrado que acaban de descubrir: es uno de los mayores hallazgos arqueológicos del último siglo. Allí nació la alquimia, de allí proceden mis antepasados. Puede que haya respuestas a preguntas que aún no nos hemos planteado. Eso es lo que me atrae. Y si regreso a mis raíces, me analizo y profundizo en mi pasado, quizás averigüe de qué más cosas soy capaz.

—Parece como si te consideraras a ti misma el ingrediente de una poción.

Me echo a reír.

—¡Supongo que sí! En cierto modo, eso es lo que estoy haciendo: me estoy examinando. Quiero averiguar cuáles son mis propiedades para saber dónde encajo. Como un ingrediente en un preparado.

—¿Llevas contigo tu diario?

—¿Mi diario de pociones? Por supuesto. —Toco el bolso de cuero que está a mis pies, un regalo que me hice al escapar de Stefan—. Siempre está a mi lado. Y aunque sé que es un poco repelente por mi parte, en el fondo estoy deseando colocarlo en la misma estantería que algunos de los de los alquimistas más venerados de todos los tiempos, ¡y no me refiero sólo a los pertenecientes a la familia Kemi! Estuve

investigando un poco y descubrí que hay una antigua biblioteca en Long-shi que tiene diarios de pociones ¡de hace mil años! Estar cerca de toda esa historia… —No puedo evitarlo, siento un escalofrío de placer.

Trina me hace un gesto afirmativo y sonríe.

—Estupendo. Gracias, Sam. Creo que tenemos lo que necesitamos. —Se da la vuelta y levanta un dedo de aprobación hacia Daphne.

Daphne elimina la barrera acústica.

—¿Cómo ha ido?

—Lo ha hecho genial —responde Trina.

—Ah, fantástico, porque nuestra transportación está preparada. ¡Unos cuantos minutos más y estaremos en Zhonguo! ¡Es fascinante! —dice Daphne.

Pero ya no le presto atención. En vez de escucharla, me quedo mirando a Katrina, que está guardando la cámara. La princesa nunca habría dejado que se marchara…, así que su despido ha tenido que ser idea del príncipe Stefan.

Me pregunto qué estará pasando dentro de los muros del palacio.

15

SAMANTHA

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta Zain cuando nos montamos en uno de los dos coches que Daphne ha alquilado para llegar a Long-shi.

Daphne y Trina van en el otro vehículo con todo el equipo técnico. Yo creía que no era necesario tanto material para el documental, y cuando se lo comenté a Daphne, se echó a reír. En su mundillo, a eso lo llaman «viajar ligero».

En cualquier caso, me alegra que Zain y yo tengamos unas cuantas horas de privacidad, aunque sea mientras conducimos.

Todavía nos queda un largo camino por delante. Long-shi está a muchos kilómetros de distancia, pero es imposible llegar hasta allí mediante paneles de transportación porque no existe la infraestructura necesaria. La ciudad está rodeada por Tierras Salvajes, donde la magia es menos previsible. Las Tierras Salvajes son reservas naturales que se extienden por todo el mundo donde las criaturas mágicas y las plantas pueden sobrevivir sin la interferencia de los dotados. En los pueblos y ciudades, los flujos de magia se entrelazan y están muy controlados, como si fueran mechones de pelo trenzados, de manera que su uso no es tan imprevisible. En cambio, en las Tierras Salvajes es otra historia. He visto cómo el objeto del padre de Zain —un anillo— explotaba frente a él cuando intentaba utilizar la magia en la cordillera del monte Hallah. Me alegro de no tener que transportarnos hasta Long-Shi, porque es peligroso.

Sé por qué Zain me pregunta si estoy bien. No consigo quitarme la cara de preocupación de encima. Tengo en la boca del estómago la sensación que suelo experimentar cuando una poción no está

funcionando. Por lo general, significa que me estoy olvidando de algo.

Ojalá supiera de qué.

Tintura de belladona: para ver en los agujeros negros del conocimiento.

Tela de araña persa: para favorecer las conexiones cerebrales.

Trato de no pensar más en ello. Pronto conoceré al waidán y obtendré algunas respuestas.

—Sí, estoy deseando llegar a Long-shi.

—Yo también. Sé que tendrás conversaciones con el waidán en las que no podré estar presente… —Tensa los brazos y yo me preparo para otra discusión. Sin embargo, suelta un largo suspiro y se le vuelven a relajar los músculos—. Porque no soy maestro alquimista. Aunque tengo muchas ganas de llegar e ir a ver las excavaciones. Me interesa mucho la parte histórica… Resulta increíble que vayamos a ser de los primeros en visitarlas. —Se le ilumina tanto la mirada mientras habla que me provoca una sonrisa—. Sé que el equipo técnico del documental va a estar con nosotros, pero yo también me he traído la cámara. ¿Quieres verla?

Asiento y se pone a hurgar en la mochila. Al momento saca una pequeña cámara, negra y simple, con un objetivo prominente.

—Es uno de esos trastos modernos tipo dron. Si te fijas, la parte de arriba se despliega y forma una hélice. Puedo enviarlo a lugares remotos para, por ejemplo, tomar planos aéreos o subterráneos. Tal vez me dejen hacer algún vídeo extra para promocionar el documental.

—¡Eso sería genial! —digo—. Deberías contárselo a Daphne.

—Bueno, ¿y eso es todo lo que te pasa? —me pregunta mientras guarda la cámara—. ¿Que tienes ganas de llegar?

—Supongo que también estoy nerviosa por estar frente a la cámara todo el tiempo.

Sonríe.

—No te preocupes, ¡si has nacido para eso! Incluso cuando haces ese gesto raro con la nariz sales bien en la pantalla.

—¿Qué gesto raro?

—Ya sabes, cuando arrugas un lado…

Me tapo la nariz con la mano.

—¿Eso hago?

Me da un codazo suave.

—Sí, pero ya te digo que te queda bien. Te lo prometo.

—Vale —digo poco convencida. Nunca me ha preocupado mucho mi aspecto. Por lo general, estoy rodeada de polvo de la tienda, una vez incluso fui al colegio con el pelo lleno de pelusas de plumas de cisne gigante, y he crecido aceptando que los hechizos embellecedores que usaban los niños dotados nunca estarían a mi alcance. Como nosotros no podemos crear esos hechizos, tenemos que comprarlos, normalmente a precios prohibitivos. Al menos puedo recogerme el pelo en una coleta sin más, ya que tengo el pelo espeso y castaño, tan liso que apenas necesito peinarme para estar medio presentable. Sé que es una suerte, aunque a veces sueño con el pelo rizado, suave y rubio natural de la princesa Evelyn o con el tono cobrizo, intenso y ardiente del de Trina. La hierba del vecino siempre es más verde que la propia.

Aun así, accedí a hacer el documental para poder contar mi historia con mis propias palabras. Lo que no impide que sea consciente de que me podrían ver miles de personas.

En primer plano.

En alta definición.

Cierro los ojos y dejo que los nervios me invadan. No es la primera vez que salgo en televisión. Me grabaron durante la Expedición y todo fue bien. Esto también irá bien.

Miro a Zain. Él no tiene de qué preocuparse. Él está cómodo con sus hechizos. De hecho, sólo le he visto sin ellos una vez, cuando nos quedamos aislados en la montaña una noche con la preocupación de sobrevivir en una tienda de campaña. Él es una de esa personas que parecen estar siempre listas para salir delante de una cámara.

Me quito ese pensamiento de la cabeza y miro por la ventana mientras nos alejamos de la terminal. Estoy ansiosa por vislumbrar el país que los Kemi consideraron su hogar en el pasado.

No nos hemos transportado a la capital de Zhonguo, sino a una ciudad más pequeña llamada Zhen, cerca de la frontera de Bharata. Y, sin embargo, parece increíble que esta no sea la ciudad más grande del país, ya que se ven rascacielos durante kilómetros: torres relucientes de acero que dejan el distrito financiero de Kingstown a la altura del betún. Creo que cerca de Nova no hay nada parecido. Aquí los flujos de magia se entrelazan con tanta fuerza que casi siento que se deslizan por mi cuerpo mientras vamos en coche.

Si de verdad hubiera un virus que afectase a los dotados…, sería el caos para una ciudad como esta.

Cuando salimos de la ciudad, nos adentramos por los campos sinuosos. No son Tierras Salvajes, sino terrenos cultivados por el hombre: arrozales y plantaciones de té sembrados y cuidados con esmero. Hay cierta belleza fría en las anchas franjas que recorren las colinas que resulta casi hipnótica.

Doy una ligera cabezada apoyada en la ventanilla, hasta que me despierto sobresaltada con un gran bache de la carretera. Al volver a mirar, veo que el paisaje ha cambiado y el cielo se tiñe de un violeta oscuro mientras el sol se pone.

—Buah, nunca había visto un cielo de este color.

—Creo que se debe a eso de ahí. —Zain señala por el parabrisas.

Me quedo boquiabierta.

Imposible no verlo. Justo delante de nosotros hay un enorme volcán que se alza como un puño triangular golpeando en el paisaje. Parece incluso extraterrestre, rodeado sólo por llanuras.

El imponente volcán Yanhuo.

Volcán Yanhuo: donde los primeros alquimistas descubrieron un fuego lo bastante ardiente como para transmutar un ingrediente sólido en líquido e integrarlo así en una poción. Y, de nuevo, ¿cuál era el nombre de ese ingrediente?

—El polvo y las partículas que arroja el volcán hacen que la puesta de sol sea aún más espectacular —me explica Zain.

Apenas lo oigo mientras me doy golpecitos con el dedo en la sien.

—No me acuerdo del ingrediente que se descubrió al derretirlo con la lava del volcán Yanhuo.

—Búscalo. Llevo la tableta en la mochila. —Zain apunta hacia mis pies. A regañadientes, la saco y, con unos cuantos toques, encuentro la respuesta.

Me llevo la mano a la frente con tanta fuerza que Zain pega un brinco. Hago un gesto para que no se preocupe.

—¡Claro! Parece mentira que no me acordara. Plumas de fénix. —Las plumas de fénix son uno de los ingredientes más escasos del mundo. Para mí sería un sueño utilizarlas en una poción, pero no sólo son difíciles de conseguir, sino que además son muy volátiles e inflamables.

—Oye, que tampoco puedes acordarte de todo. Para eso está internet.

—A internet no se puede acceder siempre, pero a mi cerebro sí —

espeto, y saco la lengua. En lo relativo a las pociones, lo más fiable es mi memoria. Es una de mis virtudes. Cuando llegue a casa, juro que estudiaré más.

—Ya queda poco —avisa. Su varita, hechizada para que funcione como GPS, nos indica desde el salpicadero la dirección que debemos tomar. De vez en cuando también nos recuerda el tiempo que queda.

Continuamos, cada vez más cerca de la base del volcán, y su presencia se vuelve más amenazadora con cada kilómetro. La inquietud me revuelve el estómago. No consigo imaginar lo que debe de ser vivir a los pies de un punto de referencia tan monumental: su tamaño tan desmesurado es un recordatorio del poder de la naturaleza. De pronto, todo lo que sé de los corrientes y los dotados adquiere una nueva perspectiva. Yo puedo tener mis pociones y Zain su magia, pero no somos nada comparados con el inmenso poder de la naturaleza.

—Creo que guardé un vídeo del Yanhuo —añade Zain—. Debería estar en la portada de la tableta.

Cuando lo abro, la voz de Sir Malcolm Renfrew, uno de los presentadores de documentales más famosos de Nova, llena el coche:

«Aunque el volcán Yanhuo está etiquetado como activo, la última erupción conocida data de hace mil años, de ahí que lo consideremos "durmiente". Aquella erupción fue devastadora y cubrió de cenizas y lava los asentamientos cercanos. Aunque algunos de estos poblados se reconstruyeron, los historiadores y arqueólogos no se percataron de la verdadera magnitud de lo escondido bajo la lava hasta que un excursionista se cayó por un tubo volcánico y encontró un mortero y un pistilo antiguos, como los que usaban los alquimistas tradicionales, unos objetos que en plena montaña estaban totalmente fuera de lugar. A partir de ese descubrimiento, se ha desenterrado todo un pueblo que, según los expertos, podría ser el antiguo monasterio alquímico de Long-shi. Las excavaciones siguen en curso.

»Según documentos históricos de aquella época, los habitantes dotados que vivían cerca del monasterio culparon de la erupción a los corrientes y les acusaron de molestar y enfadar a los dioses en su búsqueda de nuevos elixires. Detuvieron a los pocos alquimistas supervivientes con la intención de ejecutarlos. Pero cuando se extendió una enfermedad provocada por las cenizas residuales del volcán, estos alquimistas ayudaron al resto de la población a curarse y a rehacer sus vidas. De ese modo, fueron perdonados y les permitieron continuar

con su trabajo. En este lugar, que es uno de los centros de alquimia más relevantes, los habitantes conviven en armonía con los alquimistas. Desde entonces el volcán ha permanecido en reposo. A pesar de todo, algunos aventureros que se han enfrentado a las laderas rocosas del volcán aseguran que todavía se ve la lava hirviendo en el centro del cráter superior».

Entonces, aparece en el vídeo una imagen aérea del volcán, un paisaje desolado en tonos grises, marrones y rojizos. No necesito mirar el vídeo porque lo veo a través de la ventana.

—Aquí estamos —anuncia Zain. Mi atención vuelve a centrarse en la carretera. Nos inclinamos hacia delante cuando pasamos bajo la puerta ornamentada de la ciudad de Long-shi, un arco pintado de rojo con tonos dorados. Diviso una serpiente tallada que rodea una de las columnas: el símbolo universal de los alquimistas.

No puedo evitar que se me salten las lágrimas. La cuna de la alquimia. Qué curioso, es como llegar a casa.

16

SAMANTHA

Cuando bajamos del coche, estiro bien los brazos y la columna me cruje al girar la cintura. Hemos entrado en un recinto cerrado que se encuentra a las afueras de Long-shi hasta llegar a un patio muy cuidado rodeado por tres construcciones de poca altura, con Daphne y Trina abriendo camino. Por encima de uno de los edificios se vislumbra el imponente volcán Yanhuo. Ahora que estamos más cerca, veo con más claridad su cima nevada. Incluso creo divisar humo elevándose, aunque puede que sólo se trate de nubes.

—Deja de estirarte o crecerás más todavía —refunfuña Zain.

Me echo a reír.

—No creo que sea posible. —Mido algo más de uno ochenta, que ya está bien. Hasta hace pocos meses no he aprendido a aceptar mi altura y a no esconderla. A nadie le sienta bien encorvarse.

Puede que se trate de imaginaciones mías, pero siento que este maravilloso lugar ya me cala los huesos. Un sitio que parece mi casa. La ciudad de Long-shi es moderna y limpia, pero hay detalles, aquí y allá, que me recuerdan que estamos en Zhonguo. Los tejados, por ejemplo, tienen las esquinas en forma de cuerno, y a lo largo de los bordes de tejas hay pequeñas tallas de animales que danzan en fila: tigres que persiguen a leones, junto con dragones, unicornios y garudas. La calle principal que atraviesa el centro está rematada, al principio y al final, por sendas puertas rojas con ornamentaciones en pan de oro.

El recinto es la residencia del waidán: en uno de los edificios se encuentran sus dependencias; los otros dos están dedicados a la alquimia, con un laboratorio y una tienda.

—¡Vaya! Este lugar es muy… relajante —dice Zain con un gran suspiro.

—Lo sé. Es precioso —añado. El patio tiene un jardín de rocas en una esquina por el cual discurre un arroyuelo espumoso hasta un estanque que hay más abajo. Una gran carpa naranja se deja llevar, perezosa, y de vez en cuando asciende a la superficie para comer.

—¡Ah, hola, Samantha! ¡Ya estás aquí! —exclama una voz detrás de mí.

Me doy la vuelta. Aunque no hubiera conocido al waidán a través del convocador, lo habría reconocido. Va vestido con la tradicional túnica larga y blanca ribeteada en azul celeste que tantas veces he visto en los viejos retratos de los alquimistas de Zhonguo.

—Hola, waidán —saludo despacio, titubeando en cada sílaba. Siento que estoy destrozando las frases básicas de zhonguonés que he aprendido en internet. Inclino la cabeza tal y como me ha enseñado mi abuelo—. Es un honor conocerle en persona.

El waidán sonríe y hace un gesto con la cabeza para corresponderme.

—Yo también me alegro de conocerte —contesta en novaniano.

Me sonrojo por la vergüenza; estoy segura de que sabe que mi zhonguonés no da más de sí.

—Waidán, este es mi novio, Zain Aster. Y el equipo técnico del documental del que le habló mi abuelo: Daphne Golden, la directora, y Katrina Porter, la cámara.

—Bienvenidos a mi humilde hogar y laboratorio. —Su mirada se posa en la varita que Zain lleva enfundada bajo el brazo y luego en la de Daphne, que la está usando para mantener un gran micrófono suspendido sobre nuestras cabezas—. Hay mucho de lo que hablar, pero antes pasad para conocer a mi equipo —prosigue. Del edificio del laboratorio salen tres personas—. Estos son Mei, Dai y James. Son aprendices aquí, en los Laboratorios de Pociones Jing.

—Encantada —digo con una sonrisa, y esta vez nos estrechamos la mano todos.

—Igualmente —me corresponde Mei con una sonrisa—. Hemos oído hablar mucho de ti, cómo no. ¿Te gustaría ver las instalaciones?

—Ehh… Me encantaría, aunque… —Miro al waidán con expectación. Estoy deseando saber qué quiere contarme sobre el virus, todo lo demás puede esperar.

—Visita las instalaciones primero —concede el waidán—. Te veré cuando acabéis. Debo preparar varias cosas.

Asiento.

—Entonces será estupendo visitarlas —le digo a Mei.

—Fantástico. Antes de nada, ¿tenéis algún problema para comprenderme?

Frunzo el ceño.

—No, para nada. Hablas novaniano como una nativa.

Mei se vuelve hacia Dai y ambos se chocan la mano. James, sin embargo, se cruza de brazos y resopla.

—No le hagas caso —dice Mei—. Es que acaba de perder una apuesta. Llevamos meses trabajando en una poción traductora y tú eres nuestro sujeto de estudio. ¡Parece que hemos dado en el tornillo!

—Creo que te refieres a que habéis dado en el clavo —corrige Zain.

—¡Ah! ¿Lo ves? Todavía no es perfecta —interrumpe James. Mei pone los ojos en blanco y se echa la larga y negra melena hacia atrás. Esta chica ya me tiene enamorada.

—Es alucinante. ¿Cuáles son los ingredientes, si puedo preguntarlos?

—Claro que sí —me responde Mei mientras entramos en el edificio —. El ingrediente principal es, por supuesto, escama de pez de Babel. Tenemos algunos ejemplares en el estanque del patio. El gran reto era conseguir que las escamas interactuaran en el cerebro para producir traducciones precisas hacia una lengua determinada.

Pez de Babel: dice la leyenda que, si capturas y te comes un pez de Babel, te vuelves loco y comienzas a hablar de manera extraña durante horas. Esa «manera de hablar extraña» resultó ser un repertorio de idiomas distintos, por lo que las escamas se pueden utilizar en la elaboración de pociones para la traducción.

—¡Vaya! Había oído que las escamas del pez de Babel se usaban en las pociones para ayudar a alguien a entender otras lenguas, leídas y oídas, pero no sabía que sirvieran para hablarlas. Es increíble que lo hayáis desentrañado. ¡Podría valer una fortuna!

Mei me mira, luego mira a Zain y después vuelve fijarse en mí.

—Tenemos que realizar muchas más pruebas —dice para cambiar de tema.

—Claro. —Es probable que yo tampoco quisiera revelar nada delante del heredero de una enorme corporación sintética. Puede que

Zain no esté ahora en la empresa, pero su padre le reserva un sillón calentito en la mesa de la sala de juntas.

El laboratorio es mucho más moderno de lo que esperaba, con una tableta delante de cada puesto de trabajo y sofisticados sistemas de ventilación en el techo, aunque también hay elementos tradicionales: encimeras de madera cepillada y grandes cuencos de barro sobre el fuego. Resulta agradable ver que siguen usando materiales naturales, al igual que hacemos nosotros en nuestro laboratorio de Kingstown, pero nuestros equipos siguen pareciendo más… medievales que los suyos. También hay enormes barriles de acero inoxidable llenos de una poción básica de leche de luna y agua de rosas, y los ingredientes se guardan en un almacén hermético y refrigerado. Casi me desmayo de la envidia al ver su base de datos electrónica de ingredientes, que incluye unos símbolos que envían una señal acústica a los buscadores cuando alguno se está acabando. Los laboratorios Jing son una combinación de tecnología y tradición, un modelo para el laboratorio de mis sueños en el futuro.

La cámara de Trina captura mis comentarios de sorpresa y nerviosismo, cosa que me alegra. No estaría mal que el documental también le mostrase a Nova que la alquimia tiene un lugar en la época moderna.

—Creo que te gustará ver esto —insinúa Mei junto a la puerta de la siguiente sala.

Impaciente, sigo sus pasos y casi me caigo de rodillas al entrar. Estamos en la biblioteca.

Se trata de una sala con una única planta donde las estanterías se extienden a lo largo de lo que parecen kilómetros: un laberinto de librerías de vidrio divididas por siglos. Aquí debe de haber cientos de diarios de pociones.

—Además de ser el aprendiz del waidán, también soy el bibliotecario oficial de los diarios de pociones en los laboratorios Jing —explica Dai con una sonrisa—. El diario más antiguo que tenemos data de hace mil años. Te gustará especialmente, ya que está escrito por el último Kemi que consiguió el título de waidán.

Se me estremece todo el cuerpo por la emoción. Un diario Kemi de hace mil años. Y quién sabe qué otros tesoros se esconden en esta biblioteca. Me pregunto cómo será tener tantos diarios en un solo lugar; se necesitará a un bibliotecario que los organice. Con su pelo

azul de punta y sus tatuajes asomando por encima de la bata blanca, Dai no se asemeja mucho a un bibliotecario común. Lleva gafas redondas, eso sí, lo cual supongo que le da un toque.

—Si me acompañas, te lo enseño. Imagino que será de las cosas que más te interesen.

Lo sigo por el laberinto de estanterías de cristal con Zain pisándome los talones.

—¿Cómo conserváis los diarios? —pregunta Zain—. ¿Tenéis que llevar guantes especiales?

—En realidad es mejor usar los dedos que los guantes.

—¿De verdad? —Zain parece escéptico—. ¿La grasa de la piel no destruye el papel con el paso del tiempo?

—Todavía no se ha dado el caso. De hecho, si usas guantes eres menos consciente de la fuerza con la que agarras el papel y hay más probabilidad de que lo rasgues, lo que a la larga supone un mayor daño.

—Ah, lo entiendo. ¿Y qué hay de los cambios de temperatura? Aquí hace bastante fresco.

Miro a Zain con sorpresa. No sabía que le interesara tanto la conservación de los libros. Me guiña un ojo.

—En la medida de lo posible, controlamos la temperatura de la sala, al igual que la humedad. Pero estos diarios son libros de trabajo, nadie quiere que encerremos el conocimiento que atesoramos aquí, por eso agradecemos las visitas de alquimistas internacionales como Sam Kemi. Especialmente si tienen un linaje como el tuyo —me dice con una leve inclinación de cabeza.

Noto que me sonrojo.

—Aquí también debéis de tener diarios de otras antiguas familias.

—Por supuesto. No obstante, el diario Kemi es el más antiguo.

—¿Y qué sucedió con los diarios anteriores? —inquiere Zain—. Si hay un monasterio desde hace dos milenios, habrá diarios anteriores… Puede que incluso no hayan sido descubiertos todavía.

—Casi todo lo que había en el monasterio Jing original se destruyó con la erupción. Hoy en día siguen las excavaciones, aunque van despacio. El papel y el fuego…, en fin, no combinan muy bien.

Zain insiste:

—Entonces, ¿cómo sobrevivió el diario Kemi? ¿No era él el waidán durante la erupción?

—El diario estaba guardado dentro de una cámara de piedra sellada donde no llegó a entrar la lava. De hecho, creemos que ya estaba enterrada antes de la erupción.

—¿Y eso? —pregunto.

Dai continúa caminando sin contestarme. Zain y yo cruzamos la mirada mientras lo seguimos a lo largo del laberinto.

Nos detenemos delante de una vitrina de cristal que está mucho más protegida que las demás. Descubro que hay unas líneas delgadas y ondulantes que demuestran la existencia de sensores de movimiento y cámaras apuntando hacia nosotros. Apuesto las ganancias que me quedan de la Expedición Salvaje a que también hay sistemas mágicos de protección invisibles.

Zain formula la pregunta que tengo en la punta de la lengua:

—¿Por qué hay tanta seguridad aquí?

El rostro de Dai se oscurece.

—Hace varios meses, cuando se anunció por fin el descubrimiento, hubo mucho ajetreo en el pueblo: gente que venía a ver la excavación, aunque también muchos buscadores y alquimistas. Algunos tenían buenas intenciones y sólo les interesaba conocer la historia, pero otros, que no eran más que buscadores de tesoros, vinieron a ver qué podían robar para vender en el mercado negro. El día que encontramos el diario, alguien intentó robarlo. No lo consiguieron, pero lo dañaron, ya que robaron una de sus páginas.

—¡Estás de broma! —digo con voz entrecortada. No puedo creer que alguien le haga algo así a un libro antiguo.

—Me temo que no. Por eso se puede ver a través del cristal, no más cerca.

Trato de ocultar la decepción. Me encantaría tocar el diario… Sería casi como retroceder en el tiempo y revivir la historia.

—Fue el último waidán Kemi del monasterio Jing —recuerda Dai.

Asiento. Es una de las razones de que mis antepasados se trasladaran a Nova. Nuestra familia quería fundar su propia marca de alquimia, y no que los obligaran a abandonar su apellido.

Saco mi diario de pociones de la bolsa y toco la cubierta de cuero brillante y suave. Lo coloco en la estantería junto a la vitrina donde está el de Tao Kemi. Doy un paso atrás y me invade una sensación de orgullo. Es un momento que estaba esperando sin saberlo. Una conexión con un pasado del que sabía muy poco. Ahora siento que mi

sed de conocimiento está saciada sólo en parte. Hay tanto que leer en el mundo… Quiero absorberlo todo.

Por mi mejilla se desliza una lágrima mientras siento el peso de todos esos diarios. Y el mío, tan pequeño y delgado entre ellos. Todavía no merece estar ahí, necesito ganarme un sitio en esa estantería. Vuelvo a cogerlo y lo guardo en la bolsa, que es donde debe estar.

—¡Corten! —exclama Daphne—. Fantástico, Sam. Un momento muy emotivo, el cierre perfecto para el primer episodio. ¡Que haya más así, por favor!

17

SAMANTHA

—¿Señorita Kemi? —La voz del waidán resuena en la biblioteca—. Ya estoy preparado para recibirte.

Asiento. En cuanto me giro para ir a su encuentro, Zain me agarra la mano.

—¿Me contarás qué sucede?

—Te mantendré al corriente en la medida de lo posible, te lo prometo.

Noto la mirada de Trina detrás de cada uno de mis movimientos, así que le hago también a ella un gesto asertivo con la cabeza.

Zain vacila sin soltarme la mano, pero por fin me deja marchar.

—Confío en ti.

—Lo siento, esto no puede ir en el documental —le digo a Daphne. Me quito el micrófono del cuello y se lo paso a Trina. En el fondo, me gustaría filmar lo que va a suceder a continuación. Es parte de mi historia, pero por ahora tendrá que mantenerse en secreto. No quiero que circulen rumores innecesarios acerca de la princesa sin saber primero qué está pasando.

Daphne frunce el ceño, aunque no le doy oportunidad de protestar. A continuación, parece pensarlo mejor y hace un gesto con los brazos apuntando hacia el laboratorio.

—Grabemos unos cuantos planos de Zain en plena acción —sugiere, retomando su papel de directora.

Mientras, me dirijo hacia el waidán con Mei a la zaga. Pasamos por un invernadero colmado de ingredientes y tomo nota mental para visitarlo más tarde con la intención de averiguar qué cultivan aquí.

Parece que estamos en la zona administrativa del edificio, con puertas que conducen a pequeños despachos. Nos detenemos ante una en la que pone «waidán».

Apenas he atravesado la puerta cuando Mei me agarra los brazos por detrás y me empuja hacia abajo antes de que pueda oponer algún tipo de resistencia. Vuelvo la cabeza hacia un lado justo cuando me iba golpear la barbilla contra el suelo y acabo con la mejilla pegada a una áspera alfombra.

—¿Trabajas para él? —me pregunta el waidán. Lo único que veo son bordados de sus tradicionales zapatillas de seda.

Trato de levantarme, pero Mei me clava la rodilla en la espalda.

—¿A qué se refiere? —pregunto entre jadeos con una mueca de dolor.

—Dinos, ¿trabajas para el príncipe Stefan?

—¿Para el príncipe Stefan? ¡No! Lo odio. Lo único que quiero es saber si mi amiga…, si la princesa está en apuros.

—¿Has venido a robar secretos del monasterio Jing?

—¡No!

—¿Tomarías una poción de la verdad para jurarlo?

—¡Por supuesto!

Transcurren varios segundos de silencio antes de que parezca que he pasado la prueba. Disminuye la presión en mi columna y los brazos se me vuelven a encajar en su sitio.

—Suéltala —ordena por fin el waidán—. La creo.

Mei me deja las manos en el suelo.

Me pongo de pie, renqueante y con la sangre hirviendo. El calor me sube a las mejillas, sobre todo a la que tenía aplastada contra el suelo. Me llevo la mano a la cara.

—¿Así es como trata a los compañeros alquimistas? ¡Mi abuelo se sentiría ofendido!

—Pido disculpas. No podía arriesgarme a que trataras de escapar —explica el waidán con una mirada oscura. Se apoya en su escritorio y, de pronto, parece tan viejo como mi abuelo, tal vez más. Su rostro está teñido de preocupación, incluso su túnica parece colgar sobre un flaco armazón—. Fue precisamente un *compañero alquimista* quien empezó este lío.

Pestañeo para quitarme las lágrimas provocadas por el susto y el dolor.

—¿Qué quiere decir?

Es Mei quien contesta:

—Fue un alquimista quien robó la página del diario de Tao Kemi de la que te hablábamos antes. Evitamos que robara todo el diario, pero…

—Ya tienen lo que necesitan —añade el waidán.

—Exacto. Por su indumentaria, sospechamos que la persona que lo robó estaba a las órdenes del príncipe Stefan de Gergon. Por eso teníamos que cerciorarnos de que tú no trabajas para él. Después de todo, ahora es miembro de la familia real novaniana —prosigue Mei.

—Prometo que sólo quiero averiguar qué le pasa a la princesa. La propagación en Gergon demuestra que es muy contagioso y que Nova podría estar en peligro. ¿Qué página robaron? —pregunto.

—Ese es el problema —dice el waidán—. No lo sabemos con exactitud. Pero hemos leído las páginas siguientes, que enumeran algunos efectos secundarios de un virus… y coinciden con los síntomas que describiste: tos, debilidad y pérdida de poder en los dotados. Creemos que han robado la receta que desata este virus. He seguido las noticias y las publicaciones en internet para saber si había algún indicio de que una enfermedad con síntomas similares se estuviera extendiendo. Enviamos mensajes a Gergon, pero no logramos averiguar si les había afectado. Cuando me describiste los síntomas de la princesa, temí lo peor… Temí que tal vez se hubiera propagado por Nova.

—¿Y qué podría ser ese virus? —Mi voz apenas es un susurro.

—Ahora que estás aquí, puede que seas capaz de responder a esa pregunta —contesta el waidán.

Me froto la articulación del hombro. Sigue dolorida.

—Eso será si quiero —refunfuño.

—Tienes que hacerlo… por tu princesa —añade Mei.

—¡Sí, ya lo sé! —espeto—. Pero ahora mismo no me siento muy servicial.

El waidán ignora mi salida de tono y se sienta al otro lado de su escritorio con los dedos enlazados por debajo de la barbilla.

—Tao Kemi fue un hombre muy reservado; lo sabemos por otro material de primera mano al que hemos tenido acceso. Debido a nuestras investigaciones, tenemos razones para creer que dejó el relato de la enfermedad en la misma cámara donde encontramos el diario. Te llevaré allí mañana.

Sacudo la cabeza.

—No.

—Pero…

Levanto los ojos, cruzo la mirada con el waidán y no le dejo acabar la frase:

—No, no voy a esperar hasta mañana. Estoy aquí. Quiero ir ahora.

Se queda mirándome con la misma intensidad. Yo no aparto la vista. Una sensación incómoda culebrea por mi estómago y me doy cuenta de que estoy siendo irrespetuosa, pero, si la princesa Evelyn está infectada por un virus mortal, no puedo esperar ni un segundo más. Después de lo que parece una eternidad, asiente.

—Mei, ve a por el coche.

18

SAMANTHA

—¡Un momento!

Me detengo con una pierna ya dentro del coche, dispuesta acomodarme en el asiento de atrás. Trina sale a toda prisa de la puerta del laboratorio y corre hacia mí. Da un resbalón justo antes de llegar al coche y pone la mano en la puerta para que no la cierre.

—Si vas a algún sitio, déjame que vaya contigo. Si esto tiene que ver con la princesa, quiero ayudar. Por favor.

Su mirada rebosa determinación, de modo que no me lo pienso dos veces.

—Claro, entra. —Me aparto para hacerle hueco en el asiento. No puede ser malo ir acompañada de una antigua guardaespaldas de palacio; la mejilla dolorida es un fiel recuerdo de ello. Y puedo confiar en Trina. Alguien que se preocupa tanto por la princesa no puede traicionarla.

Mei está en el asiento del conductor y se vuelve hacia nosotras.

—No se permite la entrada a dotados. La magia se comporta de manera extraña en Tierras Salvajes y no podemos arriesgarnos.

—No es dotada. Viene con nosotros.

—Deja que venga —concede el waidán desde el asiento del copiloto.

Trina cierra la puerta y emprendemos el camino con un chirrido de neumáticos.

—¿Dónde están Daphne y Zain? —le pregunto a Trina. Siento una punzada de culpa por dejar atrás a Zain, pero sé que Daphne complicaría las cosas. No puedo confiar en ella.

—Están grabando algunas confesiones cara a cara. Vi que te montabas en el coche y salí corriendo para alcanzarte. No estoy aquí por el documental, estoy aquí para ayudarte. Y, en fin, parece que lo necesitas. —Me toca la magulladura de la mejilla y se dirige al waidán— ¿Qué le habéis hecho?

Le pongo una mano en el brazo.

—No pasa nada, estoy bien.

—Esta mujer no forma parte del equipo de rodaje, ¿verdad? —pregunta el waidán.

—Sí, pero… no —trato de explicar.

—Formé parte del equipo de seguridad corriente de la princesa Evelyn —aclara Trina, levantando la barbilla.

—¿Seguridad corriente? —pregunto. Nunca había oído que lo describieran así.

—Para los sistemas informáticos. La princesa tiene todo el poder mágico que desee, así que no necesita guardaespaldas para protegerse físicamente. Aunque sí necesita ayuda con la intrusión tecnológica, la prevención del pirateo de aparatos y ese tipo de cosas. Por eso nos conocimos. Necesitaba ayuda para crear una página privada de Connect que le permitiera estar en contacto con sus amigos…, como Zain y tú.

—Siempre me he preguntado cómo consiguió crear esa página —digo. Me emocionó que Evie hiciera todo eso por mí. Nunca debí dudar de nuestra amistad.

—Nuestra conexión fue creciendo de manera gradual. Sabía que la princesa y yo, lo nuestro…, nosotras… En fin, que era poco probable. Pero nunca confié en el baboso del príncipe. Tú parecías la única persona de Nova que pensaba algo sensato sobre él. —Se acerca más para hablarme sólo a mí—. Me despidieron antes de que comprendiera lo que sucedía en palacio. No sé si la princesa es la única afectada o si se ha contagiado el resto de la familia real. No tengo manera de comprobarlo. He vigilado tus apariciones televisivas, tus redes sociales y lo que la gente decía de ti. Cuando me saltaron todas aquellas notificaciones de algunas bases de datos gubernamentales que decían que habías solicitado salvoconductos para Zhonguo de manera urgente, supe que tendría algo que ver con la princesa; no te marcharías de Nova a menos que fuera para buscar un remedio. Por eso tuve que buscar una manera de acompañarte.

Estoy atónita.

—Parece aterrador que se puedan averiguar tantas cosas a través de internet.

—No soy modesta si digo que soy la mejor en eso. Por suerte, aprendí algo de cine en la universidad, de modo que estaba segura de poder fingir lo básico, y mis conocimientos técnicos me permitirán editar los vídeos. Además, conseguí piratear mi currículum para que a Daphne Golden le pareciera excelente.

Asiento.

—Desde que te conozco, nunca te había oído enlazar tantas palabras seguidas.

Se reclina en el asiento con los hombros por fin relajados.

—Supongo que soy algo callada.

Tiene razón. Sonrío al ver que se calma y pierde su habitual actitud rígida, aunque también me da un vuelco el corazón cuando me doy cuenta de que mi sonrisa se debe a que echo de menos a mi amiga y buscadora, Kirsty. Trina es una barra de acero, pero Kirsty es un látigo. Una es recia; la otra, flexible. Pero necesito la flexibilidad de Kirsty para hacer que me funcione el cerebro. Por eso hacemos tan buen equipo. Y tal vez también por eso Evelyn necesita a alguien como Trina, que le ofrece estabilidad, normalidad y una sensación de comodidad en ese mundo tan frenético, exclusivo y particularmente protegido.

—Es probable que por eso le gustes —pienso en voz alta—. Evelyn siempre estaba rodeada de demasiado ruido. Os vi juntas en aquella sala del Palacio de Laville. Hiciste que mantuviera la calma. Fuiste como… su oasis.

Trina sonríe con tristeza.

—Gracias por tus palabras, Sam.

Saco del bolso mi diario de pociones. Necesito mostrar mi faceta científica, poner a prueba mi habilidad como maestra alquimista. Lo abro por la página donde he ido anotando todo lo que sé bajo el epígrafe «el virus».

—Cuéntame qué viste dentro del palacio. ¿Cómo actuaba la princesa? ¿Cómo se portaba el príncipe Stefan con ella?

Trina frunce el ceño y cierra los ojos como intentando hacer memoria.

—No me permitieron ver mucho. Antes de la boda, el príncipe era

encantador, pero las cosas cambiaron después. Una vez casados, deambulaba por ahí con una nube negra encima. Y lo más extraño de todo es que empezó a darle a la princesa una especie de pastilla todas las noches.

—¡Ah! —Retrocedo una cuantas páginas para leer lo que escribí sobre la pastilla que Emilia Thoth creó para el príncipe Stefan—. Eso evitaría el contagio a otras personas por un tiempo para que pudiera interactuar con los demás.

—Tiene sentido. Pero me enteré de que el príncipe rescindió mi contrato con el palacio. Bueno, digo que «me enteré», aunque lo que sucedió es que un día fui a trabajar y, cuando traté de transportarme hasta el palacio, no me lo permitieron. Una manera cobarde de decir «estás despedida».

—Hmm. —Aprieto los puños. Tengo varias páginas de notas, pero ni siquiera me acerco a descifrar qué es ese virus… ni su grado de peligrosidad. Espero que en este pueblo haya alguna respuesta.

Trina me agarra la mano.

—Estás haciendo por ella más que nadie en Nova. Por eso mi sitio está a tu lado.

Están a punto se saltárseme las lágrimas, pero las reprimo. Necesito mantener la seriedad. La concentración.

El coche asciende por una carretera sinuosa que recorre la base del volcán a través de un bosque con escasa vegetación en cuyo suelo volcánico los árboles luchan por crecer. Atravesamos la frontera de las Tierras Salvajes, aunque no hay nadie en ella; después de todo, los únicos que suben a la ciudad son el waidán y su equipo de excavación. Es la única carretera, así que él mismo inserta nuestros salvoconductos y se eleva la barrera para que pasemos.

—Ya estamos muy cerca —anuncia el waidán.

Lo primero que pienso es que «monasterio» no es una palabra adecuada para este lugar. Es enorme. Entramos por una puerta de piedra a lo que parece un pueblo redondo: todos los muros que nos encontramos son curvos. A medida que nos internamos en él, tengo la impresión de que está formado por una serie de círculos concéntricos, casi como un laberinto. Las edificaciones bajas de piedra son de color amarillo claro y sus paredes se alargan hacia el cielo.

—Estos edificios en su día tenían tejados —explica Mei—, pero eran de madera y debieron de desintegrarse con la lava. —Aparca delante de

uno que tiene pegado un cartel que advierte de que hay cavidades ocultas bajo el suelo. Me llama la atención que está escrito en zhonguonés y en novaniano.

—Por aquí —indica el waidán—. Le he dado al equipo de excavación un par de días libres para que tengamos esto para nosotros solos mientras intentamos resolver el misterio.

Al salir, me cubro los ojos con el brazo antes de sacar del bolso las gafas de sol. Hemos ascendido un cuarto del camino que hay hasta lo más alto del volcán, y el sol brilla con violencia, en especial cuando se refleja en la piedra.

Noto un calor abrasador en el tobillo. Doy un grito y de un salto casi me caigo sobre Trina.

—¿Qué es eso? —chillo. Delante de mí hay un lagarto… consumido por el fuego. Sus escamas son negras y rojas como el magma, y está envuelto en unas llamas anaranjadas.

El waidán rodea el coche y acude rápido a nuestro lado con una bolsa de cáñamo. Saca un puñado de polvo que chisporrotea cuando lo lanza sobre el lagarto y hace que se enfríe al instante y adquiera un color negro. Cuando por fin se escabulle por una grieta cercana que hay en el suelo, mi respiración recupera un ritmo normal.

—Un lagarto de lava —explica el waidán—. Es una de las numerosas criaturas que hemos descubierto aquí y que estaban en peligro de extinción o, en algunos casos, se creían extintas.

—¿En serio? ¿Eso era un lagarto de lava?

Lagarto de lava: criatura que se considera nacida del mismo fuego. Una pequeña porción de su cola puede mantener un fuego vivo durante días o semanas.

—Era una cría —añade Mei.

Me dan ganas de pegarme. Los lagartos de lava son unas criaturas magníficas; son como mascotas para los alquimistas. No pensé que me comportaría como un bebé al ver uno por primera vez.

—Oh, no te preocupes demasiado. Has sido lista al mostrarte precavida. Puede que fuera pequeño, pero su fuego quema igual que el de cualquiera y es endiabladamente difícil de apagar. Mira bien por dónde andas —me advierte Mei.

—Lo haré.

—Por aquí tenemos muchas criaturas poco comunes, como esos lagartos de lava. En algunos de los registros de los antiguos buscadores

se menciona el hallazgo de plumas de fénix en la cima. Así que es posible que antaño viviera algún fénix en el cráter, aunque jamás nadie lo ha visto.

—¿En serio? —Me paro y levanto la vista hasta la cima del volcán, donde una constante columna de humo asciende hacia el cielo. Para mí, ver un fénix sería alucinante: son, de lejos, mis criaturas mágicas favoritas. Todo esto hace que el volcán parezca todavía más misterioso y enigmático.

—Ahora está más activo —le dice Mei al waidán, refiriéndose al volcán.

—Cuando volvamos, comprobaremos los monitores sísmicos.

—¿Podéis predecir cuándo va a entrar en erupción? —pregunta Katrina sin poder contener la alarma en su voz.

Mei asiente.

—Tenemos sensores enterrados en el suelo y controlamos la actividad sísmica en un amplio radio alrededor del Yanhuo. Sin embargo, un volcán nunca es previsible por completo.

Me estremezco, a pesar del calor, y vuelvo a mirar el humo amenazante. Luego lo aparto de mi mente. Estamos paseando sobre la mayor evidencia del increíble poder destructivo de un volcán. Si nos halláramos en peligro inminente, el waidán y su equipo no nos habrían permitido venir.

Atravesamos por más ruinas, que Mei nos explica que fueron las viviendas de los monjes alquimistas, unas pequeñas celdas con el tamaño justo para una cama y un lavabo. Una parte de mí querría detenerse para examinarlo todo y hacer preguntas, pero eso puede esperar. El waidán nos guía por un laberinto de callejuelas laterales hasta que llegamos a una puerta flanqueada por dos bultos deformes de piedra.

—Esas piedras representaban un dragón y un fénix —comenta el waidán.

Si entorno los ojos, advierto a grandes rasgos qué quiere decir con eso: intuyo el cuerpo curvo y musculoso de un dragón, y el largo pico puntiagudo de un fénix. En su época debieron de ser unas estatuas impresionantes. Sobre esta entrada hay otro cartel similar al que vi antes: «Cuidado con las cavidades ocultas bajo el suelo».

Una vez que franqueamos la puerta, me doy cuenta de que la sala tiene un ventanal que enmarca de manera perfecta la cima del volcán.

—¡Buah! ¡Menuda vista! —exclamo.

—Era la residencia de Tao Kemi —explica Mei—. Fue el último waidán que vivó aquí. Si miras por el ventanal, verás una parte del monasterio aún sin excavar. Esas eran las viviendas de los sirvientes del waidán.

Echo un vistazo y lo único que veo es una gran franja de lava endurecida.

—¿Quieres decir… que allí debajo hubo casas? —inquiero.

—Eso es. Cuando encontramos esta casa supimos de inmediato que era especial, por eso comenzamos con las excavaciones enseguida. Ven por aquí, pisa con cuidado. Debajo del suelo hay una caverna y, aunque hemos hecho grandes esfuerzos por mantener el suelo de entonces, existe el riesgo de que se hunda.

Sigo a Mei y al waidán por el perímetro de la sala hacia el que fue el dormitorio de Tao Kemi, donde hay una plataforma elevada de piedra que sería su cama. Una brisa cálida me envuelve los tobillos y veo que hay un gran agujero en el suelo del que asciende aire caliente.

—¿Tenemos… que bajar? —pregunto.

—Hay una pequeña sala subterránea debajo de su habitación; allí encontramos el diario de Tao Kemi. Sólo hay sitio para dos personas. —El waidán mira de manera intencionada a Katrina y a Mei.

—Nosotras nos quedamos aquí y vigilamos la entrada —declara Mei.

Katrina pone mala cara.

—¿Hay otras salidas?

Mei sacude la cabeza.

—Esta es la única.

—De acuerdo. Sam, estaré aquí si necesitas algo.

Le hago un gesto afirmativo. Me tranquiliza saber que Katrina está fuera vigilando.

El waidán se vuelve hacia mí.

—Dime, Samantha Kemi, ¿te has parado a pensar alguna vez por qué este lugar es la cuna de la alquimia? Zhonguo es un país grande, pero por alguna razón esta zona despertó el interés de los hombres y mujeres que se convirtieron en los primeros elaboradores de pociones.

Me quedo pensando durante unos instantes en las razones por las que yo me sentiría interesada en un lugar como este. Está lejos de ser un territorio acogedor…, aunque quizás eso forme parte de su

atractivo.

—El fuego —suelto de manera impulsiva antes de pensarlo.

El waidán me examina con una ceja levantada.

—Muy bien. ¿Por qué el fuego?

—Los alquimistas están interesados en el equilibrio y para crear equilibrio en ocasiones hay que provocar un cambio. Provocar cambios requiere una gran cantidad de energía: la mayoría de las veces un frío o un calor intenso. Supongo que no hay un fuego más caliente que el de un volcán. Proporciona acceso al centro de la tierra, es el calor del mismísimo planeta… Si hay un lugar capaz de «alimentar» la alquimia, sería este.

El waidán asiente con la cabeza.

—Esta tierra tiene muchas cualidades únicas. Pero la característica más exclusiva del volcán está bajo tus pies, en el flujo de lava que desaparece por el centro de la tierra. Los alquimistas de antaño creían que la lava podía transportar la magia por todo el mundo y que, en efecto, era una materialización de los flujos de magia del aire.

—¡Vaya! ¿No sólo son rocas, cristales derretidos y gas? —digo entre risas.

El waidán no contesta, sólo me mira con severidad.

—Algunas de las mejores pociones del mundo se crearon aquí, mucho antes de que existiera la Escuela Visir o la Tienda de Pociones Kemi. Algunas recetas se han perdido con el transcurso del tiempo; otras sobrevivieron…, incluso bajo el peso de uno de los peores desastres naturales de la historia. Incluso después de mil años.

—¿Quiere decir… que usted ha descubierto una *poción* en este lugar?

—Eso no se lo podemos mostrar aún al mundo, ya que no lo entendemos. Pero tú eres descendiente del hombre que la creó, además de maestra alquimista. No va a responderme a mí ni a nadie de mi equipo, aunque tal vez tú tengas más suerte.

El suelo se sacude por debajo de mí. No es por el efecto de las palabras del waidán…; se trata del murmullo del volcán.

En vez de alarmarse, el waidán cierra los ojos.

—El volcán sabe algo. Lleva dormido cientos de años, pero ahora está más activo que nunca. Por aquí.

Lo sigo hacia la cámara que hay bajo el viejo dormitorio de Tao Kemi. Está oscuro como boca de lobo hasta que enciende con una

cerilla un aplique de la pared.

—Cuando nos enteramos de que esta cámara estaba aquí, no tuvimos que excavar —me explica—. Estaba intacta.

Me cuesta creer lo que veo. La sala apenas está decorada, sólo consta de un par de ganchos de hierro en la pared para sujetar otros apliques, y justo en el centro hay una especie de piscina poco profunda. Un estanque milenario pero limpio y cristalino, como si lo hubieran llenado ayer mismo.

—¿Qué es? —pregunto casi sin aliento por el asombro.

Tengo los ojos como platos, no quiero perderme nada. Me arrodillo junto al borde del estanque y estiro el brazo para tocarlo. En el último momento retiro la mano. Va en contra de mis instintos alquimistas lanzarme a un líquido desconocido. Aun así, el estanque tiene algo que me atrae.

Apoyo la mano en una de las losas que bordean el estanque decorada con caracteres zhonguoneses. Trazo con el dedo los surcos mientras me pregunto qué dirán.

—Ahí pone Kemi —aclara el waidán, respondiendo a mi pregunta no formulada—. Al principio pensamos que esa inscripción servía para identificar al constructor de esta cámara, pero ahora creemos que podría significar algo más. Vamos, toca el agua. La hemos examinado con atención y, hasta donde sabemos, es segura.

Asiento con la cabeza, tomo aire y vuelvo a estirar el brazo. Quiebro la superficie reluciente con un dedo y resoplo por el frío. Con una quietud extraña, en vez de ondear formando círculos que se alejan de mi dedo, el agua se acerca hacia él. Al alejar la mano, el líquido se levanta hasta la altura de mis ojos, como una cascada a la inversa. Me siento tan embelesada como aterrorizada.

—Dios mío… —profiere el waidán. Se desploma de rodillas a mi lado y la túnica blanca se arrebuja a su alrededor—. Había oído hablar de esto, pero nunca pensé que lo vería. Magia líquida. Tu roce la habrá despertado. Él debió de hechizarla para que respondiera a la sangre Kemi.

Pongo cara de asombro. Si es magia de verdad…, entonces todo lo que he aprendido es incorrecto. No es invisible y puede ser tangible. Los límites que yo pensaba sólo existían en mi imaginación.

Retiro la mano. El agua continúa levantada, como una pantalla que refleja la imagen del volcán que está detrás de mí. No, un momento…,

no puede ser un reflejo, ya que estamos bajo tierra. Me está mostrando algo.

—¡Es el Yanhuo! ¿Qué es esta magia? —pregunta el waidán mientras recorre con la mirada la pantalla de agua.

La imagen cambia y se convierte en un extenso complejo de edificios curvos con los tejados de cobre dorado diseñados en forma de círculos concéntricos en la ladera del volcán.

—Nunca he visto algo así —añade—. ¡Y eso debe de ser el monasterio Jing tal y como era antes!

Los tejados no eran de madera, sino de cobre.

Cuando la imagen se acerca, vemos que hay monjes paseando por los estrechos callejones que hay entre los edificios, vestidos de la misma manera que el waidán, con largas túnicas blancas ribeteadas de seda azul. La escena se traslada a la casa en la que estamos ahora y llega a la habitación que los arqueólogos pensaron que era el dormitorio. Pero resulta que se parece más a un laboratorio… y la plataforma no era una cama, sino una mesa. Hay un hombre inclinado sobre un cuenco; su negro y delgado bigote es tan largo que le cuelga por debajo de la barbilla como una línea de tinta.

—¿Ese es… Tao Kemi?

—Debe de serlo —responde el waidán, pero se calla de golpe cuando unos caracteres zhonguoneses aparecen en el borde superior de la pantalla de agua. Se apresura a traducirlos en voz alta mientras los caracteres aparecen y desaparecen—: Estoy a punto de acabar la mayor poción elaborada jamás por mí. Es la culminación de años de esfuerzo absoluto en los que lo he abandonado todo para centrarme en lo único que me importa: la elaboración de esta mezcla.

Me muerdo el labio. Tengo muchas preguntas, pero también siento la tensión en la voz del waidán. ¿Se referirán estas palabras, una vez más, al aqua vitae? Fue la poción que arruinó la carrera de mi bisabuela y que casi arruina la mía. Me pregunto si se trata de la maldición de la familia Kemi por buscarla.

La imagen vuelve a cambiar y aparece una mujer de rostro pálido y redondo que brilla como la luna mientras levanta unos ojos oscuros hacia nosotros y sonríe.

—Esta es la mujer que amo —traduce el waidán—. Su nombre es Xi Shi. Una mujer tan hermosa que podría derribar naciones enteras… y con una inteligencia equiparable a su belleza. Por ella movería todas las

estrellas de los cielos hasta que se alienaran según sus deseos. Pero ella sólo desea una cosa: es una mujer corriente y su sueño es manipular la magia como lo hace el resto de su familia. Es una tarea imposible.

La cara de la mujer se disuelve en el agua y es reemplazada por la imagen de Tao en su lugar de trabajo, elaborando un preparado. Fracasando. Levantando las manos lleno de exasperación. Contemplo el paso del tiempo por la ventana de su habitación y cómo el Yanhuo comienza a echar humo.

A mi lado, el waidán se estremece mientras lee la siguiente frase:

—Pero lo conseguí.

Desaparecen las letras y vemos a Tao, que desciende hacia el pueblo. Se encuentra con la bella Xi Shi, que al principio parece enfadada, sacude la cabeza y se aleja de él. Entonces, Tao saca una cajita de madera. Se arrodilla a los pies de Xi Shi y abre la caja para mostrar un delicado vial de vidrio soplado del mismo color rosa pálido que una flor de cerezo. Ella lo toma de la caja con sus largos y elegantes dedos, quita el tapón y se bebe la poción. Al momento, se saca de la manga un palo delgado de madera —una varita— y apunta con él hacia una flor que crece en un arriate cercano. Con una simple sacudida de muñeca, arranca la flor, que vuela por el aire hacia ella. Una vez que agarra la flor, abraza a Tao Kemi.

—No… —Los ojos me traicionan, debe de ser un cuento, una leyenda. No puede ser verdad. La poción que Tao estaba creando no era el aqua vitae.

En todo caso, se trataba de algo más inconcebible aún que una poción capaz de curar todas las enfermedades.

Era una poción que le proporcionaba magia a una persona corriente.

—No puede ser. —La voz del waidán tiembla con la misma incredulidad que la mía.

En la pantalla vuelven a aparecer los caracteres y el waidán se sacude para leerlos.

—Lo logré. A un precio.

La escena pasa a mostrar a Xi Shi y a Tao junto a la cama de una anciana. La mujer se inclina hacia delante y tose con violencia a la vez que deja un residuo blanco delator sobre sus manos y sobre las sábanas. Luego se desploma en la cama y la luz de sus ojos se apaga poco a poco. Xi Shi, sollozante, aprieta el rostro contra el hombro de Tao.

—Una enfermedad descendió sobre el pueblo. Una terrible enfermedad que se extendió como el fuego del dragón. En el monasterio estábamos indefensos. No había cura.

En la pantalla de agua se suceden una serie de imágenes tristísimas, familias destrozadas por el dolor. Entonces una nueva fase toma forma ante mí como un grupo de nubes que se congregan antes de la tormenta. Ira. Todo el mundo quiere culpar a alguien.

—Enseguida se hizo evidente que la enfermedad tenía un objetivo particular: los dotados. Todos los dotados que coincidían con Xi Shi sufrían la pérdida de su poder y les contagiaban la enfermedad a otros. Así fue como la pérdida de magia se extendió por el pueblo. Los dotados me echaron la culpa y no se equivocaron. Con cada uno que se debilitaba, aumentaba el poder de Xi Shi. Yo había roto el equilibrio natural.

La acción regresa al monasterio, a la sala donde nos encontramos ahora. Xi Shi y Tao están casi en el mismo lugar donde yo me siento ahora, arrodillados al borde del estanque.

—Huimos al monasterio. Xi Shi me rogó que revirtiera la poción. Ella no había pedido ese poder, sólo quería hacer que florecieran las plantas y que aparecieran luces en el cielo. Sólo quería ser como el resto de su familia.

Se produce una pausa en la que Tao Kemi parece ordenar sus pensamientos.

—¿Un remedio? Puede que tenga la receta, pero no hay posibilidad de conseguir todos los ingredientes a tiempo, y carezco de los utensilios de escritura necesarios para anotar la fórmula en mi diario. Lo único que puedo hacer es pronunciar estas palabras con la esperanza de que algún Kemi del futuro las oiga en caso de necesidad. El ingrediente clave es la llama de fénix. La cantidad suficiente de llama haría que Xi Shi recuperara su estado original y devolvería la magia que ha acumulado. Conseguirla, sin embargo, es casi imposible. Aunque hay otros ingredientes que pueden ayudar a aumentar las propiedades de una cantidad de llama más pequeña.

En cuanto el waidán me traduce estas palabras, acerco mi bolso y lo sacudo para que caiga el diario. Cojo un boli, le quito el capuchón con la boca y me apresuro a anotar todos los ingredientes.

—La naturaleza se prepara para vengarse. Nos sentamos aquí y dejamos la historia escrita en magia a modo de advertencia para que

algún día la oigan mis descendientes. No rompáis el equilibrio o traeréis la destrucción sobre vuestras cabezas. Esta noche, Xi Shi y yo nos despediremos del mundo de los mortales.

De pronto, la pantalla de agua desciende de nuevo al estanque y recupera la apariencia lisa de un espejo. Da la impresión de que la historia continuaba, pero la voz de Tao se corta ahí.

—El Yanhuo debió de entrar en erupción —concluye el waidán y enterró a Tao, a Xi Shi y el secreto de lo que hicieron.

Se me forma un nudo en la garganta al pensar en ellos dos atrapados en el monasterio mientras el fuego, la lava y las cenizas descienden del volcán. Xi Shi pudo ser la causante de la pérdida de magia de los habitantes dotados del pueblo, pero el coste fue terrible. En el fondo, desearía que Tao hubiera destruido su diario y, con él, la receta de la poción capaz de convertir en dotado a alguien corriente. Aunque mi parte de alquimista orgullosa sabe que Tao Kemi nunca habría elegido esa opción. A pesar de las consecuencias, la poción fue la culminación de años de intenso trabajo y de una fuerte determinación imposibles de desperdiciar. ¿La única salvación que queda? Miro los apuntes de mi diario. La receta para un remedio contra una poción que no sabía que existía.

El cerebro me va a toda pastilla para procesar lo que acabo de ver y dar así la vuelta a las piezas del puzle. Cuando por fin llego a una conclusión, siento un escalofrío que se cuela por mis huesos hasta la médula y una sensación de injusticia. De algo imposible que es real.

El waidán me mira.

—¿Sabes lo que significa?

Hago un esfuerzo para asentir con la cabeza, a pesar de que parece que mi mente está escindida de mi cuerpo y flota por encima de la realidad.

—Significa que el virus de Gergon en realidad no es un virus. Es una persona.

19

SAMANTHA

—Tengo que volver a Nova. —Me levanto de un salto.

«¿Qué estoy haciendo aquí de brazos cruzados?». Tengo que advertir a palacio de que alguien está agotando todo el poder de los dotados. Pienso a toda velocidad mientras intento averiguar la manera de acceder en el Gran Palacio y solicitar una audiencia. «¿Te escucharán? ¿Te dejará entrar el príncipe Stefan?». Eso no importa; si voy con Zain y con Daphne, tendrán que atendernos.

—¡Espera! —dice el waidán—. Un momento. Piensa.

—¡No hay tiempo para pensar!

Pero el waidán me detiene con una mirada feroz.

—Samantha Kemi, eres una maestra alquimista. Tú no llegas a conclusiones precipitadas, tú sopesas bien las cosas, tú examinas todas las posibilidades. Y entonces hallas la solución. Si es cierto que esa persona, una persona corriente que ahora es dotada, es la fuente de esa pérdida de poder mágico en Gergon, ¿de quién podría tratarse?

El waidán tiene razón, necesito respirar y pensarlo. Me esfuerzo en hacer memoria de la época que pasé en Gergon. El príncipe presentaba los síntomas, así que él no podía ser el origen. Además, él ha sido dotado toda su vida, o al menos eso es lo que recuerdo de los libros de Historia. Tiene que ser alguien corriente.

Los pensamientos se suceden a toda pastilla. Creo que hasta me zumban los oídos cuando pasan. Sí, me zumban.

Pero ese sonido no lo provocan mis pensamientos. Examino la sala con detenimiento hasta el último rincón. Por fin, veo de qué se trata: cerca de la puerta, a punto de salir, hay un dron.

—¿Zain? —chillo mientras salgo corriendo detrás del dron, que se aleja de mí. La distancia aumenta cuando he de subir la escalera para salir del sótano—. ¡Trina! —grito con la esperanza de que me oiga—. ¡Coge la cámara! —Veo un destello de su llameante pelo rojo mientras intenta agarrarla. Subo por la escalera lo más rápido que puedo hasta que alcanzo el suelo de piedra.

—¡Cuidado! —grita el waidán por detrás de mí.

En ese mismo instante, se me hunde un pie en el suelo y me tropiezo. Unas manos fuertes me agarran y tiran de mí para que no me caiga en el agujero que se acaba de abrir. Trina.

Nos golpeamos contra una de las paredes, pero estamos a salvo.

—Gracias —consigo soltar con la voz entrecortada y el corazón a punto de salírseme del pecho.

—Vamos —dice, y me conduce hacia el laberinto de calles.

Vemos que el dron desaparece tras las esquinas, por delante de nosotras.

Irrumpimos en el anillo externo del monasterio, donde las calles son más anchas. Allí, con el dron en la mano, se encuentra Zain, y detrás de él, Daphne.

Cuando estoy a punto de gritarle por enviar la cámara al monasterio sin permiso, el aspecto de su cara me detiene. Camina hacia mí con los brazos abiertos y los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. Zain no llora con facilidad. El pánico se apodera de mi garganta.

—Sam…

Dejo de avanzar hacia él. No estoy segura de querer oír lo que tiene que decirme.

—Tienes que regresar a la ciudad. Ha pasado algo en el palacio.

—¿En el castillo?

Zain sacude la cabeza.

—No, en el castillo no. En el palacio flotante.

—Eso es imposible… —El palacio flotante es impenetrable. Ningún ataque a la residencia invisible de la familia real ha resultado exitoso. Entonces caigo en la cuenta—. Oh, cielos, ¡Molly está allí! —Miro el reloj y trato de calcular la diferencia horaria. Ellos van unas cuantas horas por delante—. Molly ya debería estar de vuelta.

Aunque parece imposible, el rostro de Zain palidece aún más.

—Ella estaba allí. Todavía no sabemos exactamente qué ha pasado.

—¿Y la princesa? —pregunta Trina por detrás de mí.

El silencio de Zain es la peor respuesta que podría dar.

Salto al asiento delantero del coche, al lado de Zain, mientras Daphne y Trina se sientan detrás. Mei y el waidán nos siguen en el todoterreno con el que vinimos.

—Perdona por lo del dron —se disculpa Zain—. Cuando saltó la noticia no te encontrábamos por el recinto, no me dijiste adónde ibas.

—Tenía prisa —replico a la defensiva.

—Dimos por hecho que habríais venido hasta aquí, así que tratamos de llegar lo antes posible, pero este lugar es enorme. Utilicé el sistema de seguimiento para buscarte con mayor rapidez.

—Vale —digo—. Por favor, sólo quiero volver lo antes posible.

Sé que Zain quiere preguntarme más cosas sobre lo que he averiguado, pero todavía no me apetece contarlo. Me rodeo el cuerpo con los brazos como si me abrazara a mí misma. El sinuoso camino de descenso del volcán se me hace el doble de largo que el de ascenso.

Cuando llegamos, sigo a Zain, que corre por la parte residencial del complejo hacia una gran zona común donde hay una pantalla de televisión. Dai y James están allí arrodillados. No apartan la vista de la pantalla, que muestra un programa de noticias en directo. Irrumpo con tanto ímpetu que casi me choco contra la parte trasera del sofá.

—Nos informan de que en cualquier momento van a dar un comunicado desde palacio. Phillip, ¿qué crees que significa todo esto para el futuro de Nova? ¿Y quién crees que podría ser el responsable?

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Dai mientras los presentadores siguen hablando.

—Ahora mismo todo son especulaciones, pero la cosa no pinta bien. Están esperando un comunicado oficial…

Emito un gruñido y me giro hacia Zain.

—Debería llamar a mis padres.

—Ya lo he intentado. Tu abuelo me ha dicho que han ido al castillo de Nova para enterarse de lo que sucede, así que te llamarán en cuanto sepan algo. Mira, aparecen nuevos titulares.

Vuelvo a centrar mi atención en la pantalla.

El presentador continúa:

—Amigos, una vez más tenemos noticias de última hora: un grupo de escolares se ha visto envuelto en un accidente dentro del palacio de Nova. Todavía no conocemos el estado en el que se encuentran los estudiantes, aunque, según dicen, están todos sanos y salvos… Un

momento, pasamos en directo al palacio, donde el príncipe Stefan está a punto de hacer unas declaraciones.

—¿El príncipe Stefan? —susurro sin dirigirme a nadie en particular. Mi malestar crece por segundos. Me sorprende (y me asusta) que no sean los reyes quienes hablen, como sería lo normal en este caso.

La pantalla muestra un atril vacío en el exterior del casillo de Nova y el nuevo escudo de armas sobre el muro de detrás. En cualquier caso, el asunto es serio: no hay arreglos florales ni banderas descomunales de fondo. Después de unos breves instantes de vacío en la pantalla, aparece de pronto el príncipe atravesando el muro de detrás del atril. Es un alarde informal de su nuevo poder (el poder que recibió de Evelyn el día de la boda). Al verlo, no puedo evitar clavar las uñas en el respaldo del sillón de cuero. Va vestido con uniforme militar: un traje azul marino impecable y entallado con botones dorados brillantes como espejos. Una estrecha cinta dorada recoge su abundante pelo rubio: el príncipe tiene la clara intención de recordar al público de Nova que es miembro de la familia real. Si está preocupado o nervioso, no se le nota nada y lo oculta muy bien. En sus ojos atigrados se ve fuerza. Determinación.

—*Ciudadanos de Nova* —comienza a decir con voz clara y (Dios, cómo lo odio) potente—, *hoy tengo terribles noticias para nuestra nación. Esta mañana, un virus muy peligroso y contagioso ha atacado los alrededores del palacio. El contagio se ha producido durante una audiencia real de unos escolares con mi esposa, la princesa Evelyn. El grupo de jóvenes dotados allí presente también se ha contagiado. Aunque por ahora estamos logrando contener los peores síntomas, mantendremos en cuarentena a los afectados, incluyendo a la princesa, hasta que hallemos un remedio apropiado.*

»Vuestro rey y vuestra reina también han sido puestos en cuarentena mientras nos apresuramos a controlar el contagio de esta horrible enfermedad. —La única muestra de respeto hacia la familia real es una leve caída de párpados antes de continuar con su mirada intensa hacia las cámaras—. *Resulta obvio que se trata de un ataque coordinado hacia la princesa y sus invitados dotados. Los médicos de palacio, en colaboración con ZoroAster, están haciendo todo lo que está en su mano para ayudar a los afectados, y tengan por seguro que mientras tanto luchamos por que se haga justicia. Personalmente, no descansaré hasta que los responsables de esta atroz agresión no estén entre rejas o*

expulsados de Nova para siempre.

Con otro destello de poder, desaparece de la pantalla y los presentadores recuperan el testigo para repetir y analizar cada una de las palabras del príncipe. En un momento han congregado a varios expertos para que den su opinión acerca del virus.

Sigo sin saber nada de mis padres.

—¿Estás bien? —dice Zain.

—No puedo esperar más. Me da igual lo que dijera mi abuelo, necesito llamarlos. ¿Hay algún sitio donde pueda ir? —le pregunto al waidán.

Él señala hacia su despacho, desde donde puedo hacer una videollamada con mi ordenador portátil. Zain hace amago de venir conmigo, pero sacudo la cabeza y, por suerte, parece entenderlo, así que me deja sola en la pequeña sala.

Necesito varios intentos antes de contactar con ellos. Mi madre parece consternada, su rostro es una mezcla de lágrimas secas y arrugas.

—Sam, menos mal.

—Iré enseguida —digo casi a la vez—, estoy segura de que podré conseguir transportarme…

—No —ordena otra voz. Ella mueve el ordenador para que aparezca también mi padre. Está tan desconsolado como mi madre y se frota las cejas con los pulgares. Su pelo parece más gris que nunca. Entre la Expedición Salvaje, la Gira Real y esto, este año está siendo muy estresante para él, por decir algo.

—¿Por qué? —pregunto.

—Tienes que quedarte donde estás. Es demasiado peligroso que vuelvas.

—¿Demasiado peligroso? —El pánico se adueña de mi voz.

—Hay muchos rumores de que el príncipe va a sancionar a los corrientes, incluso han llegado noticias de que ha habido ataques a corrientes en la calle por parte de algunos dotados. Allí estás más segura.

Trago saliva y aprieto los puños por debajo del escritorio para que mi padre no los vea.

—He visto el comunicado del príncipe.

Mi padre asiente con aspecto abatido.

—Nosotros también lo hemos visto por si decía algo nuevo.

—¿Y qué pasa con Molly? ¿Está bien?

—No lo sabemos —contesta mi madre con voz temblorosa—. Lo único que nos han dicho desde palacio es que la han puesto en cuarentena porque temen que el virus se extienda. Nos han asegurado que cuentan con los mejores médicos y que los elaboradores de sintéticos de ZA están trabajando en el remedio.

—¿Os han dado alguna información sobre sus síntomas?

—¡Apenas nos dicen nada! —Mi padre levanta las manos.

Por sorprendente que parezca, la expresión de mi madre es más tranquila. Tiene cara de concentración.

—Se parecía a lo que dijiste que tenía la princesa en tu ceremonia. Tos, aquel polvo blanco…

Me muerdo el labio. Si eso es así, parece cada vez más claro que la merma de magia se ha extendido desde Gergon a Nova. «¿Quién puede ser la causa?».

Estoy sumida en mis pensamientos cuando veo que mis padres desaparecen de la pantalla y que en su lugar surge mi abuelo.

—Cuéntame lo que has averiguado en Long-shi —me pide.

Hago un esfuerzo para recordar lo que he visto en el monasterio Jing y la historia encerrada en el estanque de magia líquida. En cuanto empiezo el relato, me sale todo a borbotones, desde que Tao Kemi creó la poción para convertir en dotada a una corriente, hasta el remedio que ahora está anotado en mi diario de pociones con la llama de fénix como ingrediente principal. Todos los síntomas cuadran. La expresión de mi abuelo apenas cambia a medida que avanzo en la historia, aunque por la crispación ocasional de sus cejas, sé que me está escuchando con atención.

—Por eso tengo que regresar a Nova, abuelo —le explico—. Necesito confirmar que se trata de la misma poción, no vaya a ser que elabore un remedio incorrecto.

Es la única opción. No voy a correr el riesgo de equivocarme y menos cuando la vida de mi hermana está en juego.

—Háblame del estanque —me ordena mi abuelo—. Descríbemelo.

Frunzo el ceño, pero hago lo que me pide y le describo todos los detalles que recuerdo. No entiendo qué importancia tiene eso para que regrese o no a Nova.

—Impresionante. Me encantaría estar allí para verlo —concluye. No acostumbro a ver a mi abuelo tan maravillado. Luego, su expresión pasa del asombro absoluto a la determinación—. ¿Puedes regresar al

estanque?

—Eeh… Creo que sí.

—Pues ve de inmediato.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

—Tiene que haber otra manera de que llegues al palacio. Necesito las respuestas de Tabitha.

La pantalla se oscurece.

He de confiar en él.

20

PRINCESA EVELYN

Los cuentos que le leyeron de pequeña acudieron a su memoria.

Historias de princesas sumidas en sueños encantados, a veces durante cientos de años, a veces por toda la eternidad. Tumbadas sin más esperando a que llegara su príncipe. Cuando oía esos cuentos siempre se preguntaba con qué soñaban las princesas. ¿Vivían décadas en sueños para despertarse de aquella animación suspendida y tratar de retomar su vida?

Quizás eso era la inmortalidad: vivir cientos de realidades que nunca suceden de verdad.

Esperar… ¿A quién esperaba? Que ella supiera, nadie sabía que estaba dormida. Seguramente el príncipe ocultaría el hecho de que le había inyectado algo. Para empezar, nunca debería haberle dejado entrar en su habitación.

No, en su historia no habría un príncipe azul.

«Puede que hubiera una princesa azul —pensó—. O al menos… ¿una guardaespaldas?».

«Pero la pifiaste», se recordó a sí misma.

No, nadie iría a salvarla. Así que la única solución era salvarse solita.

Primero, necesitaba comprender las reglas. Tomó aire y abrió la mano. Esta vez le resultó más fácil invocar la visión de la magia. Cuando los rayos de luz se esparcieron desde sus dedos en distintas direcciones, soltó un grito. Sentía la presión de la magia que corría hacia la torre, dentro de la ciudad amurallada. Allí, lejos de la ciudad, todavía podría resistir.

Pero los gergonianos que estaban dentro no podrían. Los oniros

querían asustarla con sus pesadillas para conducirla a la «seguridad» de la ciudad. Sin embargo, sus buenos pensamientos seguían siendo lo bastante fuertes como para mantenerlos a raya…, de momento.

Aun así, con cada segundo que pasaba se sentía un poco más débil. Una única hebra de su magia viajaba en dirección a la torre. Por más que lo intentara, no podía cambiar la trayectoria del flujo. Necesitaba averiguar quién estaba absorbiendo la magia.

La segunda pregunta que le asaltaba era: ¿cuánto tiempo llevaba allí?

¿Cuántos días habían pasado desde que el príncipe la había enviado a dormir? Aquello fastidiaba a Evelyn, ya que el príncipe Ilie parecía insinuar que llevaba meses en ese estado. Es más, ¿existía allí el tiempo? Quizá no era más que una ilusión.

—¡Hola? —gritó una voz que interrumpió los pensamientos de la princesa.

En un suspiro, la princesa desmanteló las paredes de su dormitorio soñado y apareció en un espacio completamente blanco. Y lo que vio dejó de ser un sueño para convertirse en una pesadilla. De inmediato, se puso a buscar a los oniros, pero no se veía ninguno cerca. Delante de ella sólo había un grupo de chicas que no tenían la misma naturaleza ondulante que el resto de la gente con la que solía soñar; acababan de llegar al mundo de los sueños. Y el hecho de que no fueran vestidas con ropa anticuada significaba que procedían de Nova.

Una de las niñas se adelantó y Evie se dio cuenta de que la conocía.

—¿Molly? —El nombre salió de su boca antes de poder evitarlo.

—¡Princesa! —La voz de Molly sonó apenas como un suspiro. Entonces el miedo de su cara se esfumó y en su lugar apareció una sonrisa de alivio—. ¡Chicas, qué bien! La princesa está aquí. Todo debe de estar controlado. Pronto volveremos a casa.

Le hablaba a un grupo más grande de chicas, que por su uniforme eran escolares, todas de la misma edad.

Evie esbozó su mejor sonrisa para mantener la calma de aquella Molly del mundo de los sueños.

—¿Qué sucede?

Las otras niñas rodearon a Molly, que se adelantó un poco más. Después de todo, no era tan distinta de su hermana mayor. Las demás miraban a la princesa con los ojos como platos y con pinta de estar al borde del pánico. Molly tardó un momento en responder mientras

miraba con cara de concentración:

—Todo esto es un poco confuso. Nos invitaron al palacio para conoceros a ti y al príncipe Stefan. Era como… una visita oficial.

—Entonces, ¿he estado despierta? —Evelyn se sentía idiota haciendo esa pregunta, pero la verdad era que no lo sabía.

—Mmm, bueno, nadie te ha visto… Llevas siglos sin aparecer en la tele.

Al oír esas palabras, la princesa sintió que se le helaba la sangre.

—¿Que nadie me ha visto? ¿Desde cuándo?

Molly parpadeó.

—Desde tu boda. Salieron unas cuantas fotos de tu luna de miel, pero en realidad nadie te ha visto en persona.

—¿Mi luna de miel? —Puso cara de extrañeza—. ¡Si no he salido del palacio! Me encontraba demasiado indispuesta para viajar.

—Eso es lo que se temía Sam. De modo que es cierto…

—El príncipe ha debido de manipular las fotos. —Evelyn se desplomó hacia atrás, pero el sueño la detuvo en una silla de su propia invención. Entonces volvió a levantarse y, con la misma rapidez, la silla desapareció—. ¿Y qué significa que estés aquí? ¿Eres real? —Con un ademán muy de princesa, se dirigió hacia Molly con grandes zancadas y le asestó un golpe en el brazo.

Molly se apartó bruscamente con una mueca de dolor.

—¡Oye! ¡Pues claro que somos reales!

Las demás estudiantes se asustaron. El ruido aumentó dentro del sueño. A Evelyn le zumbaban los oídos: voces llamando a sus padres, pidiendo ayuda, gritando.

Sabía que tenía que asumir el control de la situación o nunca conseguiría llegar al fondo del asunto. Y también estaba el tema de los oniros. No quería que se acercaran a Molly y a las demás niñas. Eran sus súbditas. No permitiría que se las llevaran a la ciudad de Gergon.

Construiría un lugar adecuado para ellas allí mismo. Y las mantendría a salvo.

—Cuéntame lo que recuerdes —le pidió a Molly mientras le echaba el brazo por encima—. Dime todo lo que recuerdas de hoy. —Utilizó un tono propio de la realeza y sintió que a la hermana pequeña de Samantha se le relajaban los hombros.

Molly cerró los ojos.

—Esta mañana me he levantado y me ha asaltado un miedo

tremendo porque no sabía qué ponerme. Entonces ha llegado mi madre y me ha dicho que teníamos que llevar el uniforme del colegio, como Sam ya predijo. Al principio, yo no quería ponérmelo, pero luego me he dado cuenta de que era lo más lógico. Y encima así me quitaba la presión de decidir qué llevar. Habíamos quedado en el colegio, y mi madre me ha llevado tempano. Allí me he reunido con las demás.

—¿Todos los que habéis ido al palacio estáis aquí? ¿No falta nadie?

Molly volvió la cabeza para echar un vistazo.

—Sí, todos estamos aquí. Menos los profesores.

Evelyn frunció el ceño y le hizo un gesto para que continuara.

—El palacio ha puesto a nuestra disposición unos carruajes especiales para el viaje. Ha sido muy emocionante, porque ninguna de nosotras había estado antes en el palacio flotante. Los profesores tampoco. Y teníamos muchas ganas de verte. Oí que el señor Rosetta decía que esto era una muestra de la nueva era marcada por el príncipe Stefan, en la que los dotados tomaríamos la posición que nos merecíamos en la sociedad, o algo así. Aunque claro, qué va a decir él, que es nuestro principal profesor de Artes Dotadas.

—Ya veo —interviene Evelyn—. Así que dabais por hecho que yo estaría en el palacio.

Era un dato que necesitaba confirmar. No era habitual, aunque tampoco inaudito, que invitaran a gente del pueblo llano al palacio flotante. De hecho, se trataba de una medida que le gustaría reinstaurar cuando fuese reina.

—Sí, sí. La carta decía que os veríamos a ti y al príncipe. Cuando hemos llegado al castillo, nos hemos bajado del carruaje y nos hemos trasladado al palacio flotante a través de pantallas de transportación. Ha sido muy emocionante. El palacio es precioso. Me acuerdo de todas la velas que flotaban en el pasillo y de los escalones de mármol que ascendían hacia las demás plantas. Nos hemos encontrado con el príncipe en el recibidor, nos hemos hecho fotos con él y luego hemos disfrutado de una visita guiada. Y ya está. Cuando nos iban a mandar a casa… —Se le hizo un nudo en la garganta, se le saltaron las lágrimas y se tapó la cara con las manos—. Es culpa mía.

La princesa Evelyn la rodeó con los brazos.

—¿A qué te refieres?

—Me he empezado a preocupar porque no te habíamos visto, y en la invitación ponía que te veríamos. Además, se suponía que debía darte

una carta de Sam que sólo podía entregarte a ti. No quería defraudarla. Nos han dejado solos un momento en el recibidor mientras esperábamos la transportación a casa, y entonces se me ha ocurrido ir buscarte. He salido corriendo por el pasillo, he abierto las puertas marrones y…

—¿Qué has visto? —los ojos de Evelyn se abrieron de par en par.

Molly tragó saliva.

—Había un salón de baile muy grande y raro; contra la pared del fondo había una enorme cama con baldaquino. Tú estabas allí, acostada debajo de las mantas. No había nadie más, así que me he acercado… y he intentado despertarte, pero estabas profundamente dormida. Al colocar la carta a tu lado, te he tocado la mano y ha sido como recibir una descarga eléctrica.

»Cuando he regresado con el resto del grupo, el príncipe estaba allí. Le he preguntado qué te pasaba, por qué estabas dormida. Pensaba que se cabrearía muchísimo conmigo, pero no parecía enfadado, sino más bien… aterrorizado.

»Entonces me he puesto a toser tanto que me he tenido que encorvar. Mi amiga Bethany me ha agarrado de la mano… —Buscó con la mirada a una de sus compañeras, una chica con la piel oscura cubierta de sudor.

—¿Qué ha pasado, Bethany? —le preguntó Evelyn.

—Bueno, le he cogido la mano a Molly y lo siguiente que recuerdo es que yo también estaba tosiendo. Una tos muy mala —contestó ella.

—Como si se nos despedazaran los pulmones —añadió Molly.

—Y entonces se ha contagiado —continuó Bethany.

Evelyn formó la imagen en su mente: las niñas en fila y la tos saltando de una en una como una plaga de pulgas.

—Yo estaba al final —dijo Molly—, y veía al príncipe. Ha llamado a algunos de sus criados, que nos han dado un vaso de zumo para aliviar la tos. Y Bethany se ha desmayado. No recuerdo nada más hasta que me he despertado aquí.

—Y el príncipe, ¿qué aspecto tenía? ¿Cuál era su expresión?

Molly frunció el ceño.

—Parecía muy asustado. La cara se le ha puesto como blanquecina.

A Evelyn le dio un vuelco el corazón. La historia confirmaba lo que temía: que el virus que tenía era contagioso.

Molly la miró con los ojos llenos de miedo.

«Contrólate, Evelyn». No podía asustar a aquellas niñas que habían acudido a visitarla. Fueran lo que fueran —reales o un sueño—, ella tenía una obligación, que era proteger a sus súbditos.

—De acuerdo. —Dio una palmada—. El caso es que habéis venido a verme y esta es vuestra oportunidad. ¿Qué os parece si pensamos con todas nuestras fuerzas en el aspecto que tenía el palacio y tratamos de recrearlo aquí?

Las niñas parecían aterrorizadas, aunque asintieron, contentas de tener algo que hacer. Molly fue una de las primeras en cerrar los ojos y casi de inmediato aparecieron las velas flotantes que iluminaban los pasillos del Gran Palacio.

—¡Perfecto! —exclamó Evelyn—. ¿Qué más recordáis?

De pronto apareció también una lujosa alfombra roja decorada con motivos geométricos dorados, se levantaron las paredes de mármol con todas sus losas blancas, brillantes e impolutas, y una ventana que las inundó de luz natural. Evelyn cada vez se sentía más como en casa. Miró a las chicas con agradecimiento.

—Y respecto a la gente, ¿qué veis? ¿Quién está por aquí?

Al instante, apareció un grupo de guardaespaldas, aunque sus rasgos eran borrosos, como si las niñas no pudieran esbozar bien sus rostros, sólo los detalles más significativos. Evelyn reconoció la cabeza especialmente cuadrada de uno de ellos y el largo bastón del nuevo secretario real, que hacía las veces de objeto mágico. También hizo aparición el príncipe Stefan rodeado por un haz de luz. Sus rasgos eran los más precisos, aunque, claro, como su cara salía en todos los programas de televisión y en todos los periódicos, a las pequeñas les resultaba más familiar. Aun así, su silueta tenía el aspecto brillante de las personas con las que se sueña y no el de las personas que vivían en aquel sueño con ella.

No lo entendía. Era un misterio desconcertante.

Algo no encajaba.

—¿De verdad que no visteis a nadie más?

Molly y los demás miraron al grupo de gente fulgurante y asintieron despacio.

—Nuestro profesor se quedó atrás, en la otra sala.

—¿No habéis visto a nadie con este aspecto? —Pensó en Renel, tan reconocible con la nariz aguileña, y su versión refulgente apareció al instante.

No hubo muestra alguna de que lo reconocieran.

No tenía sentido. En una visita oficial, no cabía duda de que Renel tendría que haber estado allí.

—¿Y a esta persona? —Tragó saliva y tardó un momento en evocar la imagen de Katrina. Su cabeza pelirroja y su ágil figura aparecieron junto a Evelyn, que se sintió cautivada al ver aquellos penetrantes ojos verdes.

—¡Hey! ¡La conozco! —exclamó Molly.

Evelyn sintió un alivio tan profundo que pensó que le ardía el corazón.

—¿La has visto en el palacio? ¿Qué aspecto tenía? ¿Estaba bien?

Molly sacudió la cabeza.

—No, en el palacio no. La he visto en casa. Me acuerdo de su alucinante pelo rojizo… Siempre he querido tener el pelo así.

—¿En tu casa? ¿Quieres decir… que fue a la Tienda de Pociones Kemi? —La princesa puso cara de desconcierto. No entendía por qué Katrina habría ido a ver a un alquimista, aunque estaba segura de que había muchas cosas que no sabía de ella.

—No, a la tienda no. Vino a mi casa para ayudar en la grabación del documental sobre mi hermana. Era la operadora de cámara.

El rostro de Evelyn se ensombreció.

—Oh, debe de tratarse de otra persona. Esta mujer no es operadora de cámara. Es una de mis guardaespaldas.

Ahora le tocaba a Molly poner cara de desconcierto.

—Seguro que era ella. Lo sé porque incluso me fijé en el lunar con forma de estrella que tiene en la nariz. No podía ser tu guardaespaldas, porque era corriente. No llevaba ningún tipo de objeto mágico.

—También tengo guardaespaldas corrientes —dijo Evelyn con una sonrisa distante.

Si unía lo del lunar con forma de estrella y el pelo rojo…, tal vez sí que fuera Katrina. Pero ¿por qué iba a estar con Samantha y no con ella? A menos… Un frío intenso le recorrió la nuca. A menos que, mientras ella estaba atrapada en ese mundo de los sueños, Stefan se estuviera deshaciendo de todo el personal de palacio que realmente le importaba.

Tenía que salir de ahí y rescatar a los demás de aquel mundo.

Rápido.

21

SAMANTHA

—¿Molly está bien?

En cuanto cierro la puerta del despacho, Zain es el primero en preguntar.

—No lo saben —respondo, sacudiendo la cabeza—. La han puesto en cuarentena en palacio y no dejan que mis padres vayan a verla. Estoy muy preocupada. Han dicho que los elaboradores de sintéticos de ZA están trabajando en el remedio. ¿Crees que podrás averiguar qué ocurre?

—Claro, por supuesto. —Zain se saca el móvil del bolsillo.

—Tengo que hablar con el waidán —le digo.

—Chicos, deberíais volver. —Trina nos llama desde la puerta del salón antes de que Zain empiece a marcar—. El príncipe está otra vez delante del micrófono.

Zain y yo cruzamos la mirada y corremos hacia la tele, donde vuelve a verse al príncipe. Carraspea, coloca las manos en el atril y se toma un momento antes de fijar los ojos en el centro de la cámara. Trago saliva. Tengo que admitirlo: impresiona. Me acuerdo de cuando lo vi por primera vez, en el Baile de Laville. Se presentó como mi acompañante inesperado y me embaucó con sus ojos atigrados.

Incluso le di un beso.

Bueno, aunque eso fue sólo para deslizarle una hoja venenosa en la boca, pero en fin. Conozco su verdadera naturaleza. Era un hombre desesperado por preservar su poder, e igual de desesperado por guardar las apariencias. Su orgullo —y el de su familia— era lo primero, sin importar las consecuencias que eso tuviera sobre los demás.

Orgullo y poder. Una combinación peligrosa.

La voz del príncipe Stefan hace que centre de nuevo mi atención en él, como en un tira y afloja perverso:

—Estimado pueblo de Nova. Es la segunda vez en el día que debo dirigirme a vosotros, ojalá que fuera por una buena noticia. Pero los hechos son hechos, y os prometí que os mantendría al tanto de las novedades. El equipo de seguridad de palacio está trabajando sin descanso para dar con el foco de la enfermedad, del cual aún no tenemos respuesta. —Toma aire y cierra los ojos un instante. Eso hace que, cuando los vuelve a abrir, el momento sea aún más impactante.

—Jo, es bueno —comenta Trina a mi lado. No puedo negárselo.

—Creemos que se trata de un ataque orquestado por la Asociación de Derechos de los Corrientes, la ADC. Estamos examinando las pruebas encontradas y, en cuanto sepamos más, os informaremos al respecto.

»Nos encontramos ante un asunto muy serio. Estamos enviando mensajes a todos los dotados de Nova que podrían correr el riesgo de contraer el virus para asesorarles sobre los pasos concretos que deben seguir. Os instamos a que no ignoréis estos mensajes y a que sigáis las directrices propuestas. También queremos advertir a la ADC, y a toda la población corriente de Nova, que encontraremos al responsable. Nadie abandonará Nova hasta que no demos con el origen.

Cuando termina la conexión, me quedo con la boca abierta.

—¡Por todos los kelpies! ¿Qué diantres está haciendo? ¡Está delirando! Seguro que nadie cree que la ADC está detrás de esto. ¿Y a qué se refiere con lo de «nadie abandonará Nova»?

—Ni idea —dice Trina—. Sería algo difícil de llevar a cabo…

Al mismo tiempo, los teléfonos de Daphne y Zain empiezan a sonar. Doblo la cabeza para mirar a Zain por encima del hombro mientras abre el mensaje.

ATENCIÓN, CIUDADANO DOTADO DE NOVA:

SI SE ENCUENTRA FUERA DEL PAÍS, LE ROGAMOS QUE SE TRANSPORTE A NOVA DE INMEDIATO. TODOS LOS VIAJES FUERA DE NOVA QUEDARÁN SUSPENDIDOS. SI SIGUE NUESTRAS INSTRUCCIONES, LE MANTENDREMOS A SALVO DEL CONTAGIO DEL VIRUS ADC.

Me tapo la boca con la mano.

—¡Lo ha llamado «virus ADC»! ¿Por qué? Zain, no puedes regresar. Pondrías en riesgo tu poder mágico.

Frunce tanto el ceño que parece que tiene una sola ceja. Sacude la cabeza.

—No, claro que no. —Su teléfono vuelve a sonar—. Tengo que cogerlo. —Noto la tensión de su voz y la preocupación contenida de su padre al otro lado—. Sí, aquí estoy. Estoy bien —explica mientras se va a otra sala.

El rostro de Daphne está blanco como la cal. Es obvio que ha recibido el mismo mensaje de texto. Una vez leído, se pone a recoger sus cosas, guarda el ordenador y empaqueta el equipo técnico.

—Daphne, no puedes irte… ¿Qué pasa con el documental? —pregunta Trina.

—Yo… Será en otra ocasión —replica, parca en palabras por primera vez—. Quiero quedarme, Sam, de verdad. Pero las instrucciones de palacio son muy claras.

—Un segundo —interrumpo. Zain entra de nuevo con una expresión en el rostro que ahora mismo no sé cómo interpretar—. Zain, utilizaste la cámara del dron en el monasterio, ¿verdad?

—Eeh, sí… —Se queda mirándome sin saber adónde quiero llegar.

—¿Cuánto grabaste? Si captaste con la cámara lo que yo vi… Os lo puedo mostrar para que juzguéis por vosotros mismos si deberíais volver a Nova o no. ¿Podéis esperar al menos hasta haberlo visto para decidir?

Daphne duda y luego asiente.

—De acuerdo, veré lo que se grabó.

—Muy bien. —Ojalá la convenza para que se quede.

Trina se acerca a toda prisa con un portátil. Sacamos la tarjeta de memoria del dron y la introducimos en el ordenador. El último archivo aparece en cabeza. Lo pulso dos veces y no sé si siento alivio o decepción: sólo muestra las últimas frases de mi conversación con el waidán, pero nada de la historia relatada por la magia líquida.

—¿Sabes lo que significa?

—*Significa que el virus de Gergon en realidad no es un virus. Es una*

persona.

Observo las caras de Daphne y Zain mientras ven el vídeo. Noto que Daphne tiene emociones encontradas. Al final sacude la cabeza.

—¿Sabes quién es esa persona misteriosa? —pregunta.

—No —admito—. Pero tengo una receta para el remedio. ¡Quédate aquí y grábame mientras la elaboro!

Siento que se escabulle a pesar de mis intentos para convencerla.

—Lo siento, Sam. Tal vez tengas esa receta, pero no sabes quién está detrás de todo esto. No puedo desobedecer al palacio. —En un abrir y cerrar de ojos, saca de nuevo el teléfono—. Hola, ¿podría contratar una transportación para salir de Long-shi? —Oigo lo que dice antes de darse la vuelta con la mano puesta en el altavoz—. Vamos, termina de recoger las cámaras. Nos marchamos esta noche —le ordena a Trina.

Sin embargo, Trina se lleva las manos en la cadera y sacude la cabeza.

—Me quedo aquí con Samantha.

Daphne le echa un vistazo un instante y se encoge de hombros.

—Como quieras. Yo me largo.

Observo a Trina con cara de asombro. Entonces ella señala con la mirada hacia detrás de mí. Me vuelvo y veo que Zain ha regresado. Sostiene el móvil en la mano derecha sin mucho entusiasmo. Ojalá él no decida lo mismo que Daphne.

—Me han llamado mis padres —explica con una voz que parece lejana.

—Sí, me pareció oír a tu padre al otro lado. ¿Qué te han dicho? ¿Saben qué les pasa a Molly y los demás?

—Tengo que irme a casa —suelta.

Retrocedo un paso.

—¿Cómo? ¿Incluso después de ver la grabación?

—Lo siento, Sam.

—Pero las respuestas están aquí. Lo sé.

Se sacude.

—Mira, si vuelvo, seré tus ojos y tus oídos en Nova. Y puedo ayudar al equipo de ZA sobre el terreno. —Se une a Daphne y comienza a meter sus cosas en la mochila—. Mi padre dice que el príncipe no bromea con cerrar las fronteras. Ya hay rumores de que las pantallas de transportación se están bloqueando en todo el país y que lo siguiente será restringir también los vuelos. Nadie podrá salir ni entrar

en Nova. ¿No quieres que este allí mismo, pendiente de Molly y de la princesa desde dentro? Y una vez tengas el remedio, necesitarás que alguien te facilite el acceso al palacio.

—¿Vas a arriesgarte a que se te merme el poder mágico? —le pregunto con los ojos de par en par por la sorpresa.

—Sam, si tú eres quien se ocupa del remedio, sé que no tengo de qué preocuparme. —Me mira fijamente—. Sé que puedes hacerlo. —Me acerca a él y me besa con intensidad. A pesar de que mi corazón está aterrorizado por él, mi cabeza sabe que lo mejor será tenerlo en Nova, desde donde puede mantenerme informada. Recoge su mochila —. Será mejor que me vaya.

Apenas consigo asentir.

—Cuídate —me pide.

En cuanto se marcha de la sala, busco al waidán y lo agarro de la manga. Aunque sé que es un terrible incumplimiento de protocolo, cualquier resquicio de cortesía se ha esfumado.

—Por favor, necesito su ayuda. Mi abuelo ha dicho que tengo que regresar al estanque mágico del monasterio.

El waidán muestra su conformidad y se saca un manojo de llaves del bolsillo de la túnica.

—Toma el coche. Yo me quedaré aquí e investigaré el modo de encontrar la llama de fénix. Aquí no tenemos, como bien sabes.

—¿No le importa? —pregunto.

—Por supuesto que no. Si hubiéramos podido, habríamos hecho algo más para ayudar a Gergon. Ahora debemos ayudar a Nova antes de que la merma de magia se convierta en un problema global imposible de detener. Todo mi equipo está a tu servicio.

—Gracias —digo con lágrimas en los ojos. Pero antes de dar un solo paso, Katrina se adelanta y coge las llaves de la mano del waidán.

—Yo conduzco —propone.

Asiento. Necesitaré toda la ayuda posible.

22

PRINCESA EVELYN

Decidió que debía ser sincera con ellas.

—No puedo deciros exactamente por qué estáis aquí —explicó a los rostros resplandecientes y expectantes de las escolares—. Porque la verdad es que yo tampoco lo sé.

La decepción de sus caras le llegó al alma.

No era lo que esperaban oír, pero Evelyn no sabía cómo contarles la verdad: no tenía ni idea de por qué estaban durmiendo. Lo único que sabía era que tenía que evitar que las niñas sucumbieran a aquello que les robaba la magia, fuera lo que fuera, y controlar a los oniros.

—Ahora, oídme —anunció con una palmada—. Quiero que cerréis los ojos un momento, que saquéis vuestros objetos mágicos y que imaginéis el flujo de magia que os recorre el cuerpo. Sé que por lo general no lo veis, pero aquí sí se puede.

Molly cerró los ojos primero, luego Bethany y, por último, todas las demás. Una milésima de segundo después, un flujo de magia salió disparado desde los guantes de Molly hacia el cielo. Abrió los ojos de golpe.

—¡Buah! —exclamó llena de asombro, y las demás también abrieron los ojos.

Era una imagen alucinante. Había flujos de magia que emergían de sus objetos mágicos (varitas, guantes y anillos) en distintas direcciones. Y una pequeña parte de cada flujo se unía a un torrente de magia que ascendía hacia una misteriosa torre de la ciudad amurallada.

Fuera lo que fuese, también estaba absorbiendo la magia de las niñas.

Deseó con todas sus fuerzas que fuera de allí, en el mundo real,

alguien estuviera trabajando para averiguar cómo detener aquella merma.

—Gracias, chicas. —Cerró la mano y la magia dejó de ser visible. Sin embargo, aunque ya no la vieran, estaba segura de que la sentían, igual que ella; un lento tamborileo en las venas. Poco a poco les estaban arrebatando la magia.

A Evelyn se le ocurrió de pronto una idea. Posó sus celestes ojos en Molly.

—¿Qué hacía tu hermana mientras estábamos en el palacio? —preguntó.

—Ayer se fue a Zhonguo.

El poco color que le quedaba a Evelyn en la cara desapareció.

—¿Samantha se ha marchado de Nova? ¿Sabía que yo estaba enferma?

Molly se encogió de hombros.

—Había rumores. Ya sabes cómo es Sam: si tiene una intuición es como un sabueso. Bueno, eso creo yo —puntualizó Molly—. No me reveló mucho más. Zain está con ella. Y también el equipo técnico del documental.

—Ojalá hubiera manera de enviarle un mensaje. —Evelyn se sentía molesta. Y le molestaba sentirse molesta. Sam estaba fuera del país. ¿Sabía que alguien le estaba robando la magia? ¿Que se la estaba robando a todos ellos?

—Seguro que ya está de vuelta —añadió Molly como si le hubiera leído la mente—. A ver, supongo que todo el mundo se está preguntando qué nos ha pasado.

—Claro —rumió.

—Mis padres deben de estar muertos de miedo —dijo Bethany.

—Echo de menos a mi madre —se quejó otra chica.

La añoranza se extendió entre las demás. Evelyn sabía que, si no las distraía, empezarían a ponerse histéricas, que era lo que menos falta hacía en ese momento. Debían trabajar en equipo.

—Vamos, chicas —las animó—. Nosotras podemos. ¿Quién quiere unirse a la brigada de combate de la princesa?

Molly levantó la mano junto con el resto de la clase.

—Ahora dice que es un virus de la ADC —anunció una voz que la princesa reconoció al instante. Levantó la vista y vio que Renel estaba en el mundo de los sueños delante de ella. Y no era el único: también

reconoció a los ayudantes de Renel, a los cocineros de palacio, a varios miembros del personal de mantenimiento y a los profesores de Molly.

—¡Oh, no! Tú también.

—Me temo que sí —se lamentó Renel—. Se está extendiendo por todo el palacio. Stefan no puede controlarlo. Está convencido de que la única manera de evitar que el virus vaya a peor es poner en cuarentena nuestras mentes y nuestra magia mediante el sueño. ZA ha desarrollado una compleja poción somnífera basada en la fórmula que poseía el príncipe Stefan, pero parece que con eso no basta.

Evelyn tragó saliva.

—¿Así lo llama? ¿Virus?

Renel frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Pero había demasiada gente alrededor para explicárselo.

—Molly, Bethany, ¿podríais venir un momento? —Se llevó a las niñas a un lado—. ¿Veis a todas estas personas que acaban de llegar? Tenemos que trabajar con ellos para mantenernos a salvo. ¿Habéis oído hablar de los oniros?

—Portadores de pesadillas —contestó Bethany con un deje de terror.

—Estamos viviendo en un sueño, lo cual significa que también puede ser una pesadilla. Aunque lo podemos controlar. ¿Veis este pasillo que habéis creado? Si le decís a los demás que sigan imaginando el palacio y que lo llenen con todas las ideas positivas que recuerden, crearemos un lugar seguro. ¿Lo haréis?

Molly apretó los dientes con cara de determinación.

—Sí, princesa.

Las dos niñas se apresuraron a informar a los demás acerca de cómo reforzar el palacio de los sueños. De ese modo, Evelyn pudo hablar a solas con Renel.

—No es un virus —dijo.

—¿Cómo que no es un virus?

—Es una persona. Alguien está absorbiendo nuestro poder mágico de forma premeditada. Al mantenernos aquí, en este estado…, en este mundo de los sueños…, el proceso se ralentiza. Eso quiere decir que aquí no nos pueden arrebatar toda la magia.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando llegué me encontré con el otro príncipe de Gergon.

—Ah. —Renel se acarició la barba.

—Me explicó lo que está pasando. En el centro de la ciudad amurallada donde viven los gergonianos hay una torre desde la cual nos absorben la magia. Mientras permanezcamos fuera de la ciudad amurallada, la absorción será más lenta. Pero aquí fuera están los oniros, que son poderosos y terroríficos, y tratarán de empujarnos hacia el interior…, a no ser que nos enfrentemos a ellos con todas nuestras fuerzas.

—¿Y por qué no salen los gergonianos? —preguntó Renel—. ¿No podríamos traerlos con nosotros?

La princesa sacudió la cabeza.

—Ya han tirado la toalla, tienen demasiado miedo a las pesadillas. Les resulta más fácil quedarse en la ciudad.

Renel arrugó la frente.

—Bueno, en Nova el contagio afecta sólo al palacio, por ahora. En cuanto una sola persona contagiada salga de él, se extenderá por todo el país.

—¡Cómo se atreve el príncipe a culpabilizar a la ADC sabiendo que el origen de la absorción de magia está en Gergon! —exclamó la princesa.

Renel mostró su conformidad.

—Los corrientes y los dotados están enfrentados. Jamás he oído algo peor.

Tal afirmación, viniendo de Renel, que tal vez fuera el mayor clasista del mundo con respecto a los corrientes, significaba que Stefan se había pasado mucho de la raya.

Evelyn se mordió el labio inferior y miró el palacio de los sueños, que se fortificaba a su alrededor. Estaba bien, pero no bastaría. Cuanto más esperaran, más difícil sería detener las pesadillas portadas por los oniros. Miró a los ojos a Renel y apretó los puños.

—No podemos quedarnos aquí esperando a que alguien del mundo exterior nos ayude. Tenemos que averiguar quién está en esa torre. Y después tendremos que pensar en cómo detenerlo.

23

SAMANTHA

Katrina conduce por el camino de ascenso *mucho* más rápido que el waidán y, con las curvas, hace que me dé golpes contra la puerta del coche. Apoyo las manos contra el techo y aprieto los dientes mientras derrapamos de forma peligrosa al borde de un precipicio.

Tengo un millón de preguntas en la cabeza, pero hay personas que saben más que yo en las que debo confiar. Y, sin duda, mi abuelo es una de ellas. Mientras Trina conduce, lo llamo desde el coche para que me explique qué debo hacer cuando llegue al estanque mágico. Me obliga a que le repita las instrucciones y entonces Trina me lanza una mirada de preocupación. Mejor no pensarlo. Parece una locura, pero tiene que funcionar.

Intento dejar de darle vueltas y de preocuparme por Molly y por la ausencia de Zain. Necesito concentrarme. Si consigo entrar en el palacio para ver a mi hermana y a la princesa, comprobaré con mis propios ojos si se trata del mismo problema que afectó a los habitantes de Long-shi hace mil años.

Y luego le preguntaré al príncipe si sabe quién es el causante en Gergon.

Cruzamos el arco antiguo y Katrina aparca. Tardo un poco en orientarme. Enseguida recuerdo que pasamos por delante de un viejo teatro. En cuanto lo localizo, recorro a toda prisa los tortuosos callejones. Me detengo sólo para asegurarme de que paso por los sitios que recuerdo: el barrio de viviendas, el puesto para pesar mercancías y las cuadras.

Llegamos a la vieja casa de Tao Kemi. Al subir de nuevo las

escaleras de la entrada, me aborda la misma sensación perturbadora. Noto que la magia vibra en estas paredes, algo que resulta incluso molesto, ya que aquí no debería haber tanta magia. Tao Kemi rompió el orden natural del mundo por su amada y pagó las consecuencias con su vida.

Trato de olvidarme del miedo y recorro las distintas estancias con cuidado de no pisar los agujeros del suelo, hasta llegar al sótano escondido. El oscuro estanque parece inofensivo, pero sus aguas mansas guardan secretos inconmensurables.

—¿Qué es este sitio? —pregunta Trina.

—Es un estanque de magia líquida —digo—. Cuando lo toqué, se liberó una historia que Tao Kemi tenía aquí guardada.

—¡Vaya! Me pregunto qué otros secretos esconderá este lugar…

—Uno de ellos me lo ha contado mi abuelo por teléfono hace un rato. Piensa que tal vez podría usar este estanque para transportarme hasta el palacio.

Trina abre tanto los ojos que parece que se le van a salir.

—¿Cómo dices?

—Ya. Parece de locos.

Miro el estanque con otros ojos. He oído hablar de pantallas de transportación particulares y de los primeros intentos que se llevaron a cabo, conocidos por presentar un montón de errores. Esto sería el equivalente a viajar en uno de los primeros coches que se fabricaron: muy divertido pero tremendamente peligroso. Sobre todo si al otro lado no hay nadie que te agarre y tire de ti. No es que sea arriesgado: es imposible. Parece que esa palabra surgió después.

—Mi abuelo me ha explicado que el volcán conecta todos los flujos de magia del mundo, de manera que funciona como nuestras pantallas de transportación modernas…, sólo que es mucho más peligroso. Esto lleva sin hacerse por lo menos mil años, así que vete tú a saber si funcionará.

—Jo. ¿Y crees que el waidán lo sabe? —pregunta Trina.

—Es probable. Pero yo he sido la única capaz de activar el mensaje escondido de Tao, nadie lo había logrado antes. —Miro la losa «Kemi» del suelo y siento que la determinación me invade—. Ahora debo comprobar si su magia funciona conmigo una vez más. —Le doy mi teléfono a Katrina, me quito los zapatos y los calcetines y me acerco con cuidado al borde del estanque.

—Espera. No vas a viajar realmente al palacio, ¿verdad?

—No con el cuerpo, pero sí con la mente, según parece, si hay alguien al otro lado que me reciba.

—¿Y quién va a recibirte? El príncipe Stefan no te querrá allí; cree que los corrientes están detrás de todo esto.

Sacudo la cabeza.

—Son demasiadas preguntas, Trina. Llegados a este punto, tengo que confiar en mi abuelo. Tú sólo… obsérvame, ¿de acuerdo? Si comienzo a hundirme o sucede algo raro, sácame.

Trina se coloca las manos en la cadera.

—Estoy entrenada para actuar en ese tipo de situaciones. No te voy a fallar, Sam.

—Bueno, pues no me queda otra… —Trago saliva y, tras de tomar aire, me sumerjo despacio en el agua mágica. El líquido se arremolina a mi alrededor y me rodea con su extraña calidez. Siento un hormigueo en los pies y los tobillos. Coloco la palma de la mano sobre la superficie y el agua, algo más viscosa de lo normal, se cuela entre mis dedos y chorrea lentamente para regresar al estanque.

Echo la cabeza hacia atrás de manera automática para tumbarme. No estoy segura de que este líquido vaya a mantenerme a flote. Aun así, levanto las piernas y me quedo como un patito de goma.

Ahora sólo tengo que seguir la última de las instrucciones de mi abuelo. Cierro los ojos y repito las palabras: «Tabitha. Tabitha de Nova, yo te invoco. Contéstame».

«¿Tabitha?». Sé que conozco ese nombre, pero ¿de qué? Hago lo que me ha dicho mi abuelo y repito las palabras una y otra vez.

De pronto, el agua que me rodea se solidifica. Estoy aprisionada y mi cuerpo se crispa aterrorizado; quiero agitar las extremidades, pero es imposible. Tampoco puedo girar el cuello. Abro los ojos para mirar hacia un lado. El agua parece normal. Sólo sé que no puedo moverme.

—Intenta relajarte —me recomienda Trina con una voz que suena mucho más lejana que el borde del estanque.

«¿Relajarme? ¿Quiere que me relaje? No es posible. Es…».

El panorama que tengo delante cambia de repente. Ya no veo el techo polvoriento ni las paredes de piedra. El mundo se torna borroso y se transforma ante mí. Cuando vuelve a ser nítido, me da la impresión de estar en el palacio. Es una sala donde ya he estado antes, una habitación pequeña al lado del dormitorio de la princesa.

—¿Estás ahí? —pregunta una voz ronca femenina que parece retumbarme en el cerebro.

—Espera, ¿quién eres? Estoy desconcertada. ¿Estoy en el palacio? ¿O sigo flotando en el estanque?

—Oh, qué bien, estás aquí. Con un poco de suerte, esto nos servirá para explicar algunas cosas.

La vista me da vueltas por la habitación hasta que se detiene delante de un espejo.

—Oh, cielos —digo, pero la boca de la imagen que se refleja en el espejo no se mueve. Estoy mirando a través de los ojos de la reina madre. «Esa era Tabitha. Claro, sólo mi abuelo se atrevería a llamarla por su nombre».

El rostro del espejo, arrugado pero decidido, hace una mueca.

—Querrás decir «Oh, cielos, majestad».

Reprimo un lamento al ver lo maleducada que he sido, pero la reina madre no parece tener tiempo para disculpas. Se da la vuelta.

—Tenemos que darnos prisa. Si el príncipe nos encuentra, estaremos en un buen lío.

—¿Cuál es la gravedad de la situación? —pregunto.

—Estoy preocupada. Mucho.

El miedo que me reconcomía me cala los nervios. La última vez que vi preocupada a la reina madre fue cuando Zain estuvo a punto de administrar a la princesa un remedio equivocado durante la Expedición Salvaje.

—¿Qué necesitas ver? —me pregunta.

—A la princesa… y a Molly. Necesito ver cómo están para tratar de encontrar un remedio.

La reina madre asiente y atraviesa la pared de la habitación hacia un largo pasillo.

—Tú, jovencita, fuiste la única que calaste al príncipe. No me creo que la ADC esté detrás de todo esto. Los cambios comenzaron cuando mi nieta se casó con él, y mira el caos que ha traído a Nova. —Sus palabras están llenas de amargura—. Ojalá logres detenerlo. Los Kemi nunca nos han fallado.

—Alteza, si no le importa que se lo pregunte, ¿cómo ha evitado contagiarse del virus?

—No me encuentro demasiado bien —confiesa antes de ponerse a toser—. Así que llevo días recluida en mis aposentos. No quiero

terminar como los demás. Y cuando Ostanes contactó conmigo…, supe que debía echar una mano.

—¿Siente que su magia se debilita? —inquiero.

La reina madre eleva la voz, alarmada:

—¿Cómo lo sabes? Pensé que era sólo que me estaba haciendo vieja…

Cada vez estoy más convencida de que se trata de la misma poción que creó Tao Kemi.

La reina madre se detiene en seco delante de un par de puertas labradas.

—Están aquí —explica—. Han tenido que utilizar habitaciones con puertas porque uno de los síntomas es la pérdida de poder mágico.

En una ocasión, la princesa Evelyn me contó que muchas de las habitaciones que utilizaban los miembros de la familia real carecían de puertas, ya que su magia era tan fuerte que preferían atravesar las paredes.

Se oye una especie de portazo detrás de nosotras. Sin perder un segundo más, entramos.

—Oh, no —profiero. Hasta la reina madre parece impresionada: veo, a través de sus ojos, que se lleva la mano a la boca.

Acabamos de entrar en una gran estancia, que antaño debió de ser un salón de baile, con tres enormes lámparas de araña colgadas en línea y las paredes forradas con un pomposo papel adamascado, aunque ahora hace las veces de hospital. Hay al menos treinta camas, y en cada una de ellas se encuentra una niña con las sábanas hasta el cuello. Todas están muy quietas y con los ojos cerrados, como si estuvieran muertas. No se oyen gemidos, nadie se retuerce de dolor, nadie se queja.

Los ojos de la reina madre examinan a las niñas hasta que diviso unas trenzas largas y negras: Molly. Intento salir corriendo hacia ella, pero entonces recuerdo que estoy dentro de la reina madre.

—¡Allí! ¿Puede ir hacia ella, por favor?

La reina madre asiente, se acerca a la cama y se inclina hacia mi durmiente hermana para retirar las sábanas que la envuelven.

Le pone la mano en la frente.

—Está muy caliente —dice la reina madre—. Por lo demás, parece que esté dormida, simplemente.

—No es un sueño normal —digo. La respiración de Molly es demasiado uniforme y, aunque en apariencia su expresión es serena,

casi puedo verla luchando, a juzgar por las pequeñísimas contracciones de los músculos de la cara. «Te salvaré, Molly», pienso mientras la miro a través de los ojos de la reina madre.

Esta última se aparta de la cama y se tapa la boca para toser con fuerza. Cuando retira la mano, veo que tiene la manga machada de motas de polvo blancas.

—No voy a poder acogerte mucho más tiempo. Además —su voz se vuelve un susurro—, el príncipe me estará buscando. Quiere inducirme también a ese estado de sueño.

Se oye un gran grito en la otra punta de la habitación y, de repente, irrumpe el príncipe. Por detrás de él, a través de las puertas, entran también sus guardias con las varitas preparadas.

—¡Ahí está! —grita Stefan, mirando a la reina madre con una intensidad de láser—. Tiene que dejar que le induzca el sueño mágico —continúa con un tono más normal—. Es la única forma de que esté a salvo.

—Por encima de mi cadáver —espeta ella.

—Aseguraos de que no se marche —le ordena el príncipe a sus guardas.

Siento un empujón. La reina madre trata de hacerme regresar.

Grito dentro de su mente antes de que logre deshacerse de mí por completo.

—¡Espere! Dígale una cosa de mi parte.

La reina madre avanza hasta colocarse frente al príncipe. Levanta una barrera mágica con las manos que evita los hechizos sin causar daños.

—Príncipe Stefan, tengo un mensaje para ti de parte de alguien que puede detener la propagación del virus.

—Pues ahórreselo. Nadie puede detenerlo.

La reina madre repite las palabras que le voy diciendo:

—Príncipe Stefan, sé que la causa de todo esto no es un virus. Sé que *alguien* está absorbiendo el poder mágico de los dotados. Alguien que antes era corriente. Dime quién es y lo revertiré. Puedo salvarlos… Salvar a todos los afectados.

El príncipe se queda inmóvil. Tensa tanto los músculos que me pregunto si le habrán lanzado un hechizo paralizante. Entonces se produce un destello en su mirada y levanta los ojos atigrados. Aunque sé que está mirando a la reina madre, siento como si me examinara.

—¿Quién está hablando a través de ti? —pregunta—. ¡No es una persona, se trata de un virus de la ADC! Guardias, tenemos un infiltrado. Detengan a la reina madre.

—Puede que consiguieras ocultar lo que sucedía en Gergon, Stefan —prosigo—. Pero en Nova no lo lograrás. Deja que te ayude.

—¡No! —se rehúsa.

—Mi magia se debilita —me dice la reina madre—. Tengo que mandarte de vuelta.

Me empuja otra vez. La última visión que tengo es la de la barrera mágica derrumbándose: los hechizos de los guardias alcanzan a la reina madre y esta se desploma en el suelo.

Regreso a mi cuerpo y el agua me provoca una impresión inesperada, ya que su calidez ha desaparecido. Trato de tomar aire con una inhalación tan profunda que ahoga el grito de mi garganta. Trina me agarra del brazo y, con un solo tirón, me arrastra hacia el borde del estanque.

De rodillas, escupo y toso para deshacerme del asqueroso líquido. ¿Cómo puede algo tan bonito saber tan mal?

—¿Qué has visto? ¿Sabes qué le pasa a la princesa? —me pregunta Trina con un halo de desesperación en cada una de sus palabras.

Infusión de miel y citronela: una poción para aliviar los ataques de tos. (Esta es fácil. La que tenemos que elaborar será muchísimo más difícil).

—Sí. Está sumida en un sueño encantado. Lo mismo que sucedió aquí hace mil años, la causa es la misma. Tengo que llamar a mi abuelo.

Trina me pasa el teléfono.

Por suerte, lo coge casi al momento y veo su cara en la pantalla.

—Abuelo, ¡ha funcionado! He conseguido «entrar» en el palacio.

—Fantástico. ¿Qué has averiguado?

—Son los mismos síntomas que describió Tao Kemi. Y Stefan está durmiendo a los afectados. ¿Tienes idea de por qué?

—Me dijiste que, en la historia que te contó Tao Kemi, los dotados morían cuando se les agotaba el poder mágico. El sueño puede ralentizar la pérdida de poder. Así es como habrán mantenido con vida a la gente de Gergon.

Sacudo la cabeza, que me da vueltas. Es el mayor reto al que me he enfrentado jamás.

—Stefan no me ha dicho quién era el causante. Quizá no lo sepa…

Tiene que ser alguien. —Alguien como Xi Shi en la historia de Tao Kemi.

—No te preocupes por eso ahora. Tienes que elaborar el remedio.

—Sí. Me pregunto si el waidán habrá avanzado en la búsqueda de la llama de fénix. —Me estremezco y es entonces cuando me doy cuenta de que sigo empapada.

—Había una toalla en el maletero —recuerda Trina—. Voy a por ella, ¿vale? Será un momento.

Asiento. Sin levantarme, me giro para ponerme de cara a la pared con el teléfono en la mano.

—Abuelo, hay algo más. La reina madre…, justo al final, recibió varios hechizos paralizantes. Su magia le falló en el último segundo. No sé si… —No puedo terminar la frase. Si cierro los ojos, veo su vestido en llamas y la mirada furiosa del príncipe Stefan.

Mi abuelo suelta un suspiro que demuestra comprensión. Ojalá haya sobrevivido. Pero ya estaba enferma, con las defensas bajas…

De pronto todo se vuelve más real. Durante este año han estado en juego dos vidas de la realeza, pero siempre he conseguido llegar a tiempo.

No sé si en esta ocasión también.

—Abuelo, ¿alguna vez… ha habido algo entre tú y la reina madre?

Mientras frunce el ceño, imagino los engranajes de su cerebro al calcular hasta dónde puede contarme. Pero su silencio es lo que da respuesta a mi pregunta.

—Fue… hace mucho tiempo —confiesa por fin.

—¿Qué pasó?

—La historia de siempre —contesta con una sonrisa triste—. Éramos demasiado jóvenes. Demasiado arrogantes. Y nos creímos capaces de romper el tabú. Pero una dotada de sangre azul no podía casarse con un corriente. Fue una barrera que no pudimos romper, un mar de opiniones y prejuicios que no tuvimos la valentía de surcar. Quizás algún día alguien consiga lo que nosotros no logramos.

—Primero necesitamos salvar a los dotados.

—Exacto. Así que, rápido, ¿dónde vas a conseguir esa llama de fénix fresca?

24

PRINCESA EVELYN

—¿Dónde está el comedor en este sitio?

Estaba muerta de hambre. Lo único que quería era sentarse, comer bien y descansar. Le sonaban las tripas y sentía que tenía el estómago vacío. Creyó oír a gente comiendo y hablando, el alegre tintineo de los cubiertos contra los platos…, pero cada vez que giraba una esquina se topaba sólo con mesas vacías sin una mísera migaja que llevarse a la boca. «Hay un montón de comida en la ciudad amurallada —pensó—. Podría entrar…».

—¡Fuera de aquí! —gritó Molly con las manos enguantadas abiertas para espantar a los oniros que rodeaban a Evelyn—. ¡Ocúpate de ese! ¡Y de ese!

Las niñas utilizaban sus objetos para ahuyentar a los oniros: Bethany les apuntaba con su varita, otras usaban un anillo, y con el poder resultante de esa combinación conseguían despedirlos en un remolino de nebulosa blanca.

—¿Qué ha pasado? —Evelyn se sacudió y, al instante, desapareció su hambre voraz.

Molly se detuvo con la cara roja por el esfuerzo y la respiración agitada.

—Tenías a los oniros encima.

—Gracias por detenerlos —dijo, temblorosa al darse cuenta de que casi la habían atrapado. Sabía que les quedaba poco tiempo, los oniros eran demasiado fuertes.

—Bueno, hay algo más.

—¿De qué se trata? —La cara de la niña le provocó un escalofrío—. ¿Molly?

—Bueno, creo que ya sé la razón por la que ahora hay más oniros que antes. —Se balanceó hacia atrás sobre los talones—. El rey y la reina están aquí.

—¿Están aquí? ¿Dónde? Tengo que hablar con ellos…

—No aguantaban las pesadillas, así que se han refugiado en la ciudad amurallada. Era el único sitio donde sentían alivio. Nuestros profesores y la gente del palacio les han seguido, incluyendo al tipo ese de la nariz aguileña. Todos los adultos. Nuestra clase no ha sido capaz de generar suficientes buenos pensamientos como para alejar las pesadillas. Es como si cada vez que viene alguien nuevo aparecieran más oniros.

—¿Mis padres han entrado en la ciudad amurallada? Mal, muy mal. —Eso significaba que en el palacio ya sólo quedaba el príncipe Stefan. Hizo una pausa—. ¿Y la reina madre?

Molly sacudió la cabeza.

—No la he visto. —Tenía la cara pálida.

Al menos quedaba un rayo de esperanza. La abuela de Evelyn era fuerte. Tal vez fuera capaz de conseguir lo que nadie había logrado y resistir.

Aunque la razón de que su abuela no estuviera allí podía ser otra más siniestra, Evelyn se negó a que sus pensamientos viraran en esa dirección. Trató de no pensar más en ello y centró su atención en Molly.

—Bueno, ¿quiénes quedamos?

—Sólo tú y yo, y las chicas de mi clase.

Evelyn parpadeo mientras asimilaba la escena. Ella y veinte niñas de trece años luchando contra los oniros… y contra quienquiera que estuviera en esa torre. Ya se ocuparía del príncipe Stefan cuando averiguara cómo despertarse.

Esbozó una sonrisa forzada.

—Bien hecho, chicas. Las pesadillas habrían podido conmigo si no llega a ser por vosotras. —Le dio un fuerte abrazo a Molly.

—Ay, madre. Ay, madre…

—¿Qué pasa?

—¡Me acaba de abrazar la princesa! —chilló. Evelyn no pudo evitar reírse. Molly se puso seria de nuevo—. Estamos listas para ayudarte en lo que necesites.

Evelyn asintió.

—Tenemos que entrar en la ciudad amurallada por nuestra cuenta y averiguar quién vive en esa torre. Y después terminaremos con quien sea.

Bethany parecía confusa.

—Pero no hay manera de entrar…, salvo por la verja de hierro.

—No vamos a entrar por ahí —repuso Evelyn—. No queremos quedarnos atrapadas dentro. —No sabía cuánto control ejercía la persona de la torre sobre los habitantes de la ciudad y no quería comprobarlo—. ¿Cómo habéis expulsado a los oniros que me rodeaban?

—Lo único que se nos ocurrió fue pensar en cosas positivas y arrojarle esos pensamientos a los oniros como si fueran hechizos. Nuestra magia no parece funcionar del todo bien aquí, pero, si apunto con mi varita a los oniros y pienso en algo bueno, como dar un primer bocado a un pastel de luna de chocolate, surte efecto —explicó Bethany.

Molly asintió.

—A mí me sucede lo mismo, sólo que yo utilizo mis guantes y pienso en la vez que monté en unicornio.

—Perfecto. —Evelyn dio una palmada—. Muy bien, será mejor que nos demos prisa antes de que llegue más gente del mundo de los sueños. Se me ha ocurrido una idea, ¿confiáis en mí?

El grupo entero asintió con la cabeza. A Evelyn se le llenó el corazón de orgullo al ver a sus jóvenes súbditas.

Desplazarse en grupo resultaba más sencillo; como eran tantas podían levantar una barrera protectora de buenos pensamientos para protegerse. No tardaron en abandonar el palacio que ellas mismas habían creado para viajar a través del espacio vacío del mundo de los sueños hacia la ciudad amurallada. Ante ellas apareció de pronto una deslumbrante fortaleza de ladrillos blancos que ahora parecía el doble de grande. Y allí estaban las imponentes verjas de hierro.

—Poneos todas a mi alrededor y observad. Esta vez tendremos que usar la imaginación, porque no quiero pasar por la verja, sino por encima del muro.

Las niñas la miraron con cara de asombro y Evelyn inspiró profundamente.

—Recordad: lo que soñemos aquí puede hacerse realidad. —Y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, estaba sentada encima de un

enorme dragón dorado que batía las alas bajo sus pies mientras ella le clavaba las rodillas en el lomo.

—Muy bien —dijo Molly. Cerró los ojos y no los abrió hasta que estuvo sobre un unicornio con alas.

Evelyn sonrió.

—¡Eso es! ¡Lo conseguiste!

Una a una, todas las demás hicieron lo mismo, y llegó un momento en que Evelyn y Molly estuvieron rodeadas de niñas montados en animales alados, desde un feroz grifo hasta distintos tipos de dragones. Incluso una, con gafas de aviador y una bufanda al viento, conducía un aeroplano en miniatura.

—Adelante —les instó Evelyn.

Con un apretón de piernas, ordenó al dragón que ascendiera y en poco tiempo se encontró sobrevolando los muros de la ciudad. Los oniros, con sus ojos blancos y ciegos, se aproximaron a ellos, deseosos de derribarlos; el grupo los rodeó con los mejores pensamientos que lograron reunir para espantarlos.

—¡A la torre! —gritó Evelyn, y todas se dirigieron como un escuadrón hacia una pequeña ventana redonda de la parte más alta de la torre, justo en el centro de la ciudad—. ¡Sal de ahí y muéstranos quién eres! —exigió Evelyn mientras el dragón batía las alas en el aire.

—De acuerdo, no hace falta que grites —dijo una voz aguda desde el interior de la torre.

Evelyn frunció el ceño. No parecía la voz de un mago poderoso, sino la de una niña. Tragó saliva mientras la oscuridad de la ventana cambiaba, como si alguien se aproximara. Evelyn se preparó, por si la voz no se correspondía con la persona.

Y entonces apareció alguien bajo la luz.

Delante de la ventana, frente a ella, había una joven de su misma edad con lo que parecía un camisón del siglo pasado. Tenía el pelo oscuro revuelto y los ojos redondos y vidriosos, con el iris de un verde intenso. Había algo más felino que humano en aquellos ojos. Sus rasgos eran afilados, mucho, como si tuviera cuchillas en lugar de huesos debajo de la piel.

Le resultaba familiar, aunque no sabía por qué.

—¿Quién eres? —preguntó Evelyn tratando de sonar autoritaria y fuerte.

—Soy Raluca —contestó la chica—. Y pronto seré vuestra reina.

25

SAMANTHA

De vuelta al recinto, Trina y yo nos sentamos a la mesa; mi madre, mi padre y mi abuelo nos acompañan al otro lado del ordenador. Tengo delante mi diario de pociones para examinar la receta que me dio Tao Kemi. Aparte de las llamas de fénix, los demás ingredientes son relativamente habituales:

Base: una mezcla de agua de loto común y de agua de manantial de la cordillera del monte Hallah.

Raíz de galium y ligamaza pegajosa: para fijar la llama del fénix a la poción.

Polvo de hada: para favorecer la distribución de la poción por el cuerpo y ayudar al organismo a recuperarse del efecto de la magia. (Confío en que, si aumento la cantidad de polvo de hada, los dotados se recuperarán mejor de su falta de magia).

Polvo de esmeralda y rubí: para favorecer la absorción a través de la sangre.

El waidán ya está trabajando en la base de agua de loto que describió Tao Kemi. Me alegra no tener que ocuparme de esto sola. Aunque la poción final será sólo mi responsabilidad —sobre todo porque tengo la ligera sospecha de que Tao Kemi no reveló todos los ingredientes de la receta—, agradezco estar rodeada de expertos alquimistas a quienes consultar.

—Entonces, ¿crees que podrás salvar a Molly? —me pregunta mi madre después de que les explique lo que vi en el palacio. Cuando oyeron que parecía estable, noté el alivio en sus rostros, aunque también percibí preocupación al oír que estaba sumida en un sueño

mágico.

—Sí —contesto—. Quiero creer que sí. Y, mamá, pase lo que pase, no salgas de casa; no quiero que caigas enferma tú también. Parece que basta con rozar a alguien afectado para que se contagie.

Mi madre sacude la cabeza.

—Si me permiten ir a ver a Molly, no me detendrá la amenaza de ningún virus.

—Mamá… —Su gesto hace que me calle. Es una batalla que no voy a ganar, así que aprieto los labios—. Ya sabemos qué sucede y tenemos una receta para el remedio. El cual se ha de suministrar en el origen de la merma de magia, pero si lo adapto servirá para que los dotados afectados recuperen su magia. Y Zain puede llevar el remedio al palacio. —Al pensar en Zain me da una punzada en el corazón, aunque tengo que aceptar, aunque sea de mala gana, que tal vez él tuviera razón. Es una ventaja tenerlo en Nova, siempre y cuando esté a salvo.

—Primero tienes que encontrar la llama de fénix —recuerda Trina.

—Sí —le doy la razón mientras asimilo la realidad. Los fénix son unas criaturas muy escasas, escurridizas y, además, están protegidas. La mayoría de los ingredientes que provienen del fénix están disecados, no son frescos, y en este caso necesitamos algo muy, muy fresco para que la poción sea aún más potente. Tenemos la ventaja de estar cerca de un volcán, su hábitat preferido. Pero necesito la ayuda de un buscador con mucha experiencia—. ¿Conseguiste localizar a Kirsty? —pregunto.

Mi madre sacude la cabeza.

—Después del anuncio de la ADC, desapareció del mapa por completo.

Lo que temía. Por suerte, conozco a otros buscadores que podrían asumir este encargo.

—¿Y Anita y Arjun? —Mi equipo de élite. Arjun es un buscador en prácticas, pero ya tiene más experiencia que la mayoría de los profesionales más cualificados debido a la ayuda que me prestó en la Expedición y en la Gira Real. Si el mundo fuera justo, ya sería maestro buscador, al igual que yo soy maestra alquimista. Y, Anita, si quisiera, podría ser alquimista como su padre y como yo, pero ella prefiere ser médico, suministrar remedios en lugar de prepararlos. Su habilidad para diagnosticar es de un valor incalculable para mí, al igual que su capacidad para mantenerme centrada.

—En cuanto vimos que Kirsty no iba a estar disponible, los

enviamos para allá en avión, sobre todo cuando supimos lo de la restricción de los vuelos. De hecho, cogieron uno de los últimos que salieron.

Siento un gran alivio.

—Todo va muy deprisa en Nova, ¿eh? —digo, y me muerdo el labio —. Tened cuidado, por favor. Stefan no me vio en el palacio, aunque sabe que alguien lo observaba a través de la reina madre. Puede que acuda a la tienda para buscarme.

—Tendremos cuidado —afirma mi padre—. Prométenos que tú también lo tendrás. Sabemos que tienes que hacerlo y que eres la persona idónea. Sin embargo, eso no quita que nos preocupemos por ti.

—Lo sé. —Se me hace un nudo en la garganta que me impide seguir hablando. Menos mal que mi padre apaga la pantalla.

Mei y el waidán se acercan desde el laboratorio. Levanto la vista esperando buenas noticias. El waidán sonríe.

—Tenemos casi todo lo que necesitamos para ayudaros a elaborar la receta. Lo único que falta es la llama de fénix.

—¿Dijiste que en Yanhuo vivía un fénix? —le pregunto a Mei.

—No, dije que se rumoreaba que en Yanhuo vivió un fénix… hace tiempo.

—Pero como el volcán está más activo, quizás haya uno de nuevo, ¿no? —digo, estremeciéndome al ver lo desesperada que suena mi voz.

—Al menos podemos empezar por ahí —responde Mei para animarme.

Bajo la vista hacia el diario. Por una vez, la elaboración de la poción va a ser relativamente fácil. Tengo la receta, además de la experiencia y los recursos de los laboratorios Jing al alcance de la mano. Pronto llegarán Anita y Arjun, pero antes hay mucho que preparar.

Dai aparece a toda prisa murmurando algo en zhonguonés. El waidán alza una ceja y coge el mando de la tele. Mei nos traduce sus palabras:

—Hay que poner la tele. Parece que hay noticias del palacio de Nova.

Una vez más, se ve la cara del príncipe Stefan en la pantalla. Odio cuando parece que me está observando. Cruzo los brazos alrededor del cuerpo y me obligo a mirar.

—Esta noche tenemos noticias trágicas en el palacio. La ADC continúa con su ataque, en esta ocasión contra la reina madre, que se

encuentra en estado crítico y ruega a la nación que rece por su recuperación. Ojalá la próxima vez que me dirija a vosotros sea para comunicar que hemos capturado a su atacante. Buenas noches, Nova.

El siguiente en aparecer en pantalla es un periodista con cara de consternación.

—Bueno, pues estas eran las últimas noticias de palacio, amigos. Un segundo… —El periodista se lleva la mano a la oreja—. *Señoras y señores, desde* Noticias de Nova *tenemos una fotografía en exclusiva de la reina madre. Les advierto que esta imagen puede herir su sensibilidad, así que rogamos que alejen a los niños*.

Al momento aparece una foto de la reina madre desplomada en el suelo.

—¡Stefan es el único que ha podido filtrar esa foto! —exclamo—. Es increíble que culpe a la ADC del ataque, cuando él es el único responsable. —Siento que me enfurezco y que aumenta mi determinación: hay que detenerlo antes de que las cosas se pongan aún más feas.

—No puedo seguir oyéndolo —dice Trina—. Intenta dividir a Nova entre corrientes y dotados. Sam…, aparte de buscar el remedio, puedes hacer algo más para detenerlo. —Los dedos de Trina vuelan sobre el teclado—. La foto de la reina madre se está extendiendo como la pólvora por internet. Puedes pagarle con la misma moneda.

Pongo cara de extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—Puedes contarle a Nova que el príncipe Stefan se equivoca. Que la ADC no está detrás del «virus». Aunque sea corto, el fragmento que grabó el dron es convincente.

Parpadeo.

—Para Daphne Golden no lo fue tanto…

—En ese caso, deberías grabar una introducción que lo explique. Podemos subir las imágenes y, con mi ayuda, te aseguro que se hará viral.

—¿Cómo? No puedo hacer eso. —Sacudo la cabeza.

—Tu hermana es una de las afectadas. La gente te escuchará, empatizará contigo.

Dudo, siento que se me derrumban los hombros.

Trina suspira.

—Ahora mismo los novanianos sólo escuchan a Stefan. Puedes

ofrecerles otra versión, un rostro que la gente reconozca, alguien en quien confiar. Estás intentando salvarlos a todos, ¿recuerdas? Te escucharán.

Todo lo que dice es lógico, pero hay otras pistas que no puedo ignorar. El temblor de mis manos, para empezar. La sequedad de mi boca. No nací para ser una portavoz.

Antes de nada, tengo que ponerme en contacto con Kirsty. Hay algo que me corroe desde que vi el rostro del príncipe Stefan en palacio. No me dijo quién era el causante, aunque quizá sea verdad que no lo sabe.

Pero ahora no puedo evitar preguntarme si la ADC no sabrá más de lo que ha reconocido hasta ahora.

26

SAMANTHA

Me encierro a cal y canto en el despacho del waidán y me siento a su escritorio. Abro Connect en el portátil y busco a Kirsty en el chat. Es poco probable que la localice, sobre todo porque mis padres no han conseguido dar con ella, pero necesito intentarlo. Abro varias ventanas y me identifico en algunos de los foros que sé que frecuenta. Por suerte, se corre la voz de que la estoy buscando y, casi al instante, se pone en contacto conmigo a través del chat de Connect.

Kirsty: ¡¡¡¡¡SAM!!!!! No sé ni qué poner, aparte de muchas exclamaciones. ¿Dónde estás?

Sam: ¡Hola, Kirsty! En Zhonguo. ¿Puedes conectarte al vídeo?

Kirsty: No, es muy fácil que el príncipe me encuentre si uso ese programa, mejor usamos el chat de Connect. Como la sede está fuera de Nueva Nova, el acceso para él es más difícil. No controla la plataforma.

Sam: Me alegra que estés bien. Me preocupé cuando mis padres me dijeron que habías desaparecido. Oye, tengo que preguntarte una cosa.

Kirsty: Dispara.

Sam: Necesito saber si la ADC tiene algo que ver con el virus del palacio.

Se queda un rato callada mientras me muerdo las uñas, expectante. Veo la dichosa frase «Kirsty está escribiendo»…, pero o está escribiendo un mensaje muy largo o no sabe bien cómo decir lo que tiene que decirme.

Kirsty: No, nada.

Por fin llega la respuesta. Se me escapa un suspiro de alivio.

Sam: Menos mal.

Kirsty: Estamos en la oscuridad, como tú. Jo, Sam, pensaba que serías la última persona en tragarte las mentiras del príncipe. ¿De verdad crees que yo pondría a tu hermana en peligro? Tengo que irme. Adiós.

Sam: ¡No, un momento!

Espero varios minutos y, como Kirsty sigue apareciendo como activa en el chat, doy por hecho que me está dando otra oportunidad.

Sam: Tenía que preguntártelo para estar segura al cien por cien. Pero sé quién está detrás del «virus».

Kirsty: Desembucha.

Sam: En realidad no es un virus. Es una persona. Alguien con la capacidad de absorber el poder de los dotados. El problema es… que no sé de quién se trata exactamente.

Me quedo dudando. Quiero seguir escribiendo, es más, comienzo la frase «En algún lugar hay un corriente que tomó una poción para volverse dotado», aunque no sé si quiero compartir esa información.

Kirsty: …

Ojalá pudiera ver su cara. No tengo ni idea de lo que estará pensando.

Kirsty: Sam, ¿me estás diciendo que todos los dotados afectados están perdiendo su poder mágico? ¿También la princesa?

Sam: Sí, pero estoy a punto de encontrar el remedio…

Kirsty: ¿Cómo? ¿Hay un remedio? Esta podría ser la oportunidad perfecta para nosotros. Si todos los dotados pierden su poder, las cosas serían más equitativas.

Ahora me toca a mí quedarme callada. No me creo lo que estoy leyendo. Por suerte, no tengo que contestar, ya que Kirsty escribe tan rápido que me cuesta seguirla.

Kirsty: ¿A quién más se lo has contado?

Kirsty: ¿Sería posible que no hicieras nada hasta que averigüe qué pasa?

Kirsty: Sé que tu hermana es una de las afectadas y que por eso tienes que hacer esto, pero es justo lo que estábamos esperando.

Kirsty: Tenemos la oportunidad de enseñar a los dotados, de demostrarles, que nos necesitan. Que no son tan fuertes como creen. ¿Esto era lo que sucedía en Gergon? Con razón se escondían.

Kirsty: ¿Sam? ¿Estás ahí? Hay algo que debes saber.

Muevo los dedos al borde del teclado. Esta conversación me incomoda demasiado. No sé si picar su anzuelo y preguntarle de qué se trata. Al final, cedo:

Sam: ¿Qué?

Kirsty: Desde palacio no quieren que se sepa y están ocultándoselo a los medios de comunicación, pero tienes que saberlo. Han visto el palacio flotante invisible desde tierra, hará una hora más o menos. La magia real está disminuyendo, y ya sabes lo que pasaría si desapareciera por completo. No sé si esperabas hallar el remedio y solucionarlo antes de que fuera demasiado tarde…, pero ya lo es. Si el palacio cae, nadie confiará jamás en la familia real de Nova.

Me salgo del chat antes de meter la pata. He conseguido la respuesta que buscaba: la ADC no tiene nada que ver. Aunque eso no significa que no se vaya a aprovechar de la situación si las cosas se ponen a su favor.

Los acontecimientos se me van de las manos. La idea del palacio flotante cayendo…

La ADC culpará a la familia real.

La familia real culpará a la ADC.

Será un asunto de corrientes contra dotados al más alto nivel.

No puedo dejar que se produzca semejante desequilibrio. Quizá Trina tenga razón después de todo. Quizá tenga que hacer que se oiga mi voz ahí fuera. Puedo contar que detrás de esto hay alguien más. Un tercero. Un enemigo real.

Tal vez eso nos una.

La confianza que generé en los novanianos durante la Expedición Salvaje y la Gira Real puede ser importante en estos momentos. Por suerte, mi reputación no está muy dañada.

Merece la pena intentarlo.

Regreso al salón.

—De acuerdo, Trina. Estoy preparada.

Al levantarse de la silla de un salto, su pelo rojizo se agita como si fueran llamas.

Lo preparamos un poco como las entrevistas que iba a hacer para el documental. Trina elige una pared oscura y crea un foco improvisado con una lámpara del laboratorio y un trozo de cartón que enrolla alrededor de la bombilla para dirigir la luz. Ahora que no hay ningún dotado que lo haga volar, colocamos el dron sobre un montón de libros para que la cámara quede a la altura de los ojos.

De repente, todo parece muy distinto del tipo de película que íbamos a hacer. Pensé que podía ofrecer un visión de mi pasado, pero en realidad se trata de que los espectadores se trasladen al presente.

Si queremos que este vídeo tenga alguna repercusión, debe salir antes de que Kirsty y la ADC emitan cualquier comunicado sobre el palacio.

Tomo aire y veo el reflejo de mi imagen. «Tú puedes». Miro a la cámara y comienzo a hablar.

27

SAMANTHA

Long-shi está a tope. A pesar del aumento de actividad del volcán, la vida continúa como si nada; la gente está acostumbrada a vivir bajo la sombra del peligro. No van a evacuar la ciudad hasta que salten las sirenas. Mei me cuenta que las noticias de Nova han tenido repercusión en los principales medios de comunicación de Zhonguo, aunque consideran que Nova es un país tan lejano —y con tanta confusión— que a los ciudadanos le cuesta asumir la gravedad de los hechos.

—Será difícil que se preocupen o entiendan lo que está pasando antes de que les afecte.

Asiento a pesar de que me da un vuelco el corazón sólo de pensarlo. Si la merma de magia se nos fuera de las manos, sería un peligro para el mundo entero.

—En Nova ocurre lo mismo. Cuando las noticias suceden en otros países, es difícil que la gente tome conciencia.

El waidán ha ido a recoger a Anita y Arjun, y de paso a buscar un guía local que nos lleve hasta el Yanhuo, pero todos son reacios a subirlo estando tan activo. Miro la silueta cónica del volcán sobre la ciudad. Del cráter emergen unas columnas de humo blanco que me aterrorizan y a la vez me recuerdan que aún tengo tiempo. No ha entrado en erupción, todavía hay una oportunidad para ver si algún fénix ha anidado allí arriba junto a su calor abrasador. Aunque, de ser cierto, recoger sus llamas no será tarea fácil. Se me viene a la memoria la vez en que Kirsty consiguió llama de dragón: estuvo cerca de que la quemaran viva. Con las llamas de un fénix será igual de peligroso.

Llamas de fénix: más volátiles incluso que sus plumas. Son un

ingrediente que devuelve el equilibrio al orden natural. (Nota mental: pueden usarse en pociones para detener la merma de poder mágico).

Resulta raro que ahora sepa exactamente qué poción debo hacer. Lo difícil va a ser conseguir que el remedio llegue a los afectados lo antes posible. Se me hace un nudo en la garganta al pensar en el palacio flotante cayéndose, en mi hermana encerrada en un sueño y en la reina madre arriesgando su vida para ayudarme. Hay gente que cuenta conmigo. No puedo defraudarles.

Por suerte, Zain va a ayudar desde dentro. Aunque primero tengo que encontrar ese ingrediente.

Mei y yo estamos en Long-shi buscando todos los utensilios que posiblemente necesitemos. He estado despierta toda la noche investigando, leyendo el libro sobre criaturas mágicas de Zhonguo que traje conmigo y tratando de no pensar en que hay un vídeo mío en internet que acumula visitas; Trina lo colgó a primerísima hora de la mañana para que fuera hora punta en Nova. Sé que debería haber dormido algo más, pero me ha sido imposible. La cabeza no paraba de darme vueltas, pese a mis intentos por respirar hondo, y era un torbellino de actividad: el corazón me latía a toda prisa, y mi único alivio era leer para hacer creer al cuerpo que estaba siendo productiva.

Sin embargo, no he necesitado investigar mucho acerca de los fénix. Siempre han sido mis criaturas mágicas favoritas y, dado que además son de las más escasas, nunca pensé que los vería. Lo sé casi todo sobre ellos: dónde viven, qué comen… Incluso su envergadura (que es de cuatro metros, por cierto). Sé que son unas de las pocas criaturas que responden al leguaje humano, que son nobles y solitarias, que detestan el desequilibrio (por eso son el símbolo de la alquimia). En la tienda de pociones tenemos una reserva de plumas secas. No las conseguimos a través de Kirsty, sino que se las compramos a un alquimista de Nueva Nova que estaba cerrando. No es un ingrediente muy frecuente.

Si eres un verdadero buscador, encontrarás el modo de recoger plumas y llamas. Puede que también cenizas, si es que existen en la tierra.

Vuelvo a la realidad cuando Mei sale de una tienda de alimentación con dos bolsas de frutos secos.

—Sé que no tienes pensado pasar mucho tiempo en el volcán, pero el camino es arduo. Necesitarás toda la energía posible.

—Estupendo, gracias.

—¿Lo tenemos todo?

—Creo que sí.

—Volvamos al complejo. Tus amigos estarán a punto de llegar.

Recorremos a pie la poca distancia que nos separa del laboratorio y me llevo una alegría al ver que el coche del waidán está aparcado delante.

—¿Sam?

Oigo a Anita antes incluso de verla.

—¡Ya estáis aquí! —grito mientras dejo caer las bolsas de la compra.

Casi los tiro al suelo del abrazo que les doy. Ambos son mis pilares.

Mi mundo.

Se me saltan las lágrimas.

—¡Oye! —exclama Anita—. Nada de llorar. Ya estamos aquí.

—Bueno, ¿qué hay que hacer esta vez para salvar al mundo? —pregunta Arjun, y se frota las manos.

Me seco los ojos y sonrío.

—¿Estás listo para subir a un volcán?

—Creí que nunca me lo pedirías. —Me devuelve la sonrisa.

A pesar de que todos estamos deseando salir lo antes posible, tenemos que ser cautos con los preparativos por el bien de nuestra seguridad. Sin un guía oficial, dependeremos de mis conocimientos y de la intuición de Arjun, así que pasamos las siguientes horas en el complejo organizando el equipamiento.

—¿Crees que te quedará bien? —Arjun levanta lo que parece un maniquí, que en realidad es un mono de cuerpo entero.

—Mmm…, puede. —Me lo coloco delante, a la altura del cuello, y veo que roza el suelo—. Creo que sí.

—Estupendo. Según parece, también necesitaremos crampones para subir. Puede haber hielo.

—Ah, sí. Mei y yo hemos comprado unos en una tienda de escalada. ¿Harán falta? ¿No hace un calor asfixiante en los volcanes?

—Sí, pero ahí arriba hay un glaciar. He leído las anotaciones de otros buscadores que subieron al Yanhuo, aunque son antiguas y no hay mucho en lo que basarse. Además, sin un guía… será difícil encontrar una ruta segura. Nuestro objetivo es subir y bajar lo más rápido posible. Y va a ser interesante, teniendo en cuenta que hay más de seiscientos metros de ascenso.

Trago saliva. No soy precisamente una atleta y hasta la Expedición

Salvaje nunca había necesitado poner a prueba mi capacidad física. Una vez más, Anita va a ser nuestro referente en tierra firme junto con Trina, que sigue rastreando internet en busca de alguna pista sobre el origen de todo esto o algún rumor sobre una persona corriente que haya adquirido poder mágico. Como no es algo frecuente, merece la pena investigarlo.

—Por todos los dragones, tu vídeo ha sobrepasado las cien mil visitas —comenta Trina.

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué? ¿Te estás quedando conmigo?

—No. Parece que la gente lo está compartiendo en sus redes sociales. Mira, ven.

Nos apelotonamos en la pequeña oficina donde Trina ha montado un equipo informático que me deja pasmada. Ella cree que el equipamiento alquímico es complicado, pero para mí no tiene nada que ver con el laberinto de cables, monitores y diferentes aparatos con pitidos y luces que la rodean ahora mismo.

Está concentradísima, con unos auriculares sobre la melena pelirroja y alborotada mientras se muerde el labio inferior. Nos colocamos a su alrededor para mirar el monitor más grande. Cuando pone el vídeo, veo que ha intercalado algunos fragmentos de las noticias que han aparecido durante estos días para que todo el mundo sepa de qué estoy hablando. Mi cara se muestra en la pantalla y siento una vergüenza tremenda. De forma inconsciente, me llevo la mano a la cabeza mientras me pregunto por qué no me peinaría un poco antes de grabar.

—Qué bueno, Sammy —me alaba Anita, y me aprieta el hombro—. Estás formidable, muy natural. Como si te saliera del alma.

—Yo te creería —asegura Arjun, asintiendo.

—Gracias, chicos. A mí me parece que estoy… desaliñada. No sé si yo me lo creería.

—Yo sí. Pensaría que eres una persona que se preocupa más de difundir la verdad que del aspecto de su pelo —añade Anita.

Hago una mueca.

—Si tú lo dices…

Oigo mi voz, que suena metálica a través de los altavoces:

Somos novanianos: todos, dotados o corrientes. Esto no es un complot de los corrientes para controlar a los dotados ni de los dotados

para oprimir a los corrientes.

Me estremezco.

—¿Y cómo son las reacciones?

Trina se encoge de hombros.

—De momento están mezcladas. Hay mucho escepticismo, pero eso era previsible. Aun así, resultas tan convincente que la gente está compartiendo el vídeo a diestro y siniestro. Al menos saben que estás trabajando en el remedio. ¡Jo, estamos subiendo a casi mil visualizaciones por minuto! ¡Se está haciendo viral!

Cierro los ojos un instante y espero a que pase el miedo. No quiero ni pensarlo. No debo preocuparme de si la gente me cree o no. Lo que tengo que hacer es asegurarme de que la promesa del remedio se convierte en una poción real.

La voz de Arjun me devuelve a la realidad:

—Muy bien. Llevas tus botas, ¿verdad? He guardado los picos, las linternas, los cascos, los gorros, varias cuerdas, los botes ignífugos con cierre especial para recoger el fuego, la cinta para las trampas, el polvo heladizador por si hay lagartos de lava, gafas protectoras, máscaras antigás…

—¿Máscaras antigás? —interrumpo.

—Bueno, vamos al corazón de un volcán. Quién sabe lo que podemos encontrar allí. ¿Se me olvida algo?

—¿Algo de comer? —pregunto.

—Aquí está. —Anita deja caer un montón de barritas energéticas sobre la mesa. Pongo cara de asco al ver los paquetes arrugados que, más que a comida, suelen saber a bazofia.

—¡Oye, no le hagas feos a mis barritas! Evitarán que pases hambre y, además, son resistentes a cualquier desastre, ya sea natural o mágico.

—Los frutos secos de Mei tenían mejor pinta.

—No te preocupes, también los llevamos.

—Vale, me comeré las barritas. Es más, mete unas cuantas más de las que creas necesarias. —Recuerdo que cuando me quedé atrapada en la montaña con Zain después del alud habría matado por una de ellas. Ojalá él estuviera aquí para ayudarnos.

—Las meteré en vuestras mochilas —dice Anita con una sonrisa—. Os ponéis de un humor de perros cuando tenéis hambre.

Le suelto un gruñido de broma y nos echamos a reír. Sienta bien romper la tensión. Tengo los músculos de los hombros tan agarrotados

que parecen una piedra en lugar de un trozo de carne. La risa alivia el dolor.

—¿Lo echas de menos? —me pregunta, leyéndome el pensamiento como sólo puede hacerlo una mejor amiga.

Sonrío con ligereza, pero no resulto convincente. Me agarra la mano y la aprieta, lo cual burla mi decisión de poner cara de valiente.

—Sé que es mucho mejor tenerlo trabajando en ZA…, pero me gustaría que estuviera aquí. Estoy preocupada por él. Y por mi madre. Por todos.

—Sé lo que sientes. Esto es algo gordo, ¿eh?

—Muy gordo. Quizá sea lo más gordo a lo que nos hemos enfrentado.

Asiente con expresión firme.

Trina interviene:

—Muy bien, estoy encriptando todas las señales electrónicas que emitimos para que nadie pueda localizarnos y he pirateado el dron para que cada vez que lo actualices te sitúe en un lugar distinto del planeta. Eso servirá para confundir a todo el mundo, de momento.

Anita ha fabricado un soporte manos libres para el dron con unas gomas del pelo y la correa de un reloj, de manera que la cámara se queda fija en el asa de mi mochila y puede grabar todo lo que vea durante el trayecto. Quiero demostrar de manera irrefutable que he trabajado para ayudar a Nova.

—También le he cambiado la tarjeta de memoria y le he puesto una de mayor capacidad. Creo que será suficiente.

—Tenemos previsto subir y bajar en un máximo de doce horas —repasa Arjun—. El plan es no tener que acampar en el volcán ni permanecer un minuto más de lo necesario.

—Llevaos esto también. —Trina nos da unos pequeños objetos negros que parecen botones—. Funcionan como dispositivos de localización. No los encendáis más que en caso de emergencia; la señal puede rastrearse fuera de nuestros canales.

—De acuerdo —digo. Supongo que estamos listos.

A la mañana siguiente, me levanto temprano para ponerme el mono y las botas.

Los primeros rayos de sol comienzan a cruzar el cielo oscuro y a

teñir el horizonte de un color púrpura y azul, como una magulladura. Necesitamos emprender el camino lo antes posible. Para lo que vamos a hacer hoy no hay atajos.

Arjun comprueba por enésima vez su dispositivo buscador, a pesar de que sabemos que somos los únicos buscadores que han pisado el volcán en siglos. Nadie habrá visto un fénix en la zona, así que vamos prácticamente a ciegas. Lo lógico sería que el fénix anidara cerca del lugar donde se creó la primera poción para convertir en dotado a alguien corriente. La naturaleza suele proporcionar el remedio cerca del problema, por eso la acedera crece cerca de las ortigas y las flores de balsamina, junto a la hiedra venenosa: el veneno y su antídoto suelen estar uno al lado del otro. La cuestión es saber dónde buscar.

Lo primero que hago es ponerme ropa interior larga. Aunque nos dirigimos hacia las profundidades de un volcán, lo más probable es que haga frío, no calor, por lo que tengo que protegerme la piel todo lo que pueda. Quién sabe la cantidad de toxinas que habrá en el aire.

El mono es más difícil de poner de lo que pensaba, en parte porque es muy rígido y grueso por los puños y los codos. No creo que escalar con esto vaya a ser fácil. Casi he conseguido colocármelo cuando llaman a la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta Anita desde el otro lado.

—Claro.

—Ay, deja que te eche una mano. —Se apresura a subirme el mono hasta los hombros y luego me cierra la cremallera de la espalda. Cuando acaba, lo noto más ligero, como si su peso se hubiera redistribuido por mi cuerpo—. ¿Estás bien? —inquiere cuando me doy la vuelta.

—Asustada. Nerviosa. Preocupada. Quiero conseguir ese ingrediente y regresar lo antes posible.

—Nosotros también —admite ella entre risas—. Pero esto ya está hecho, Sam. Piensa en todo lo que has vivido este año. ¿Qué es un volcancito de nada?

Me echo a reír a pesar de que estoy temblando.

—Puede que consigas ver un fénix —comenta con evidente fascinación en la voz. Cuando cruzamos las miradas, abre tanto los ojos que su asombro me cala hasta los huesos. Ella me entiende; el primer dibujo de un fénix me lo hizo ella. Soy un desastre para todo lo artístico, pero ella lo captó a la perfección: un destello de plumas

naranjas envuelto en llamas rojas y amarillas con unos ojos negros como el mármol. Todavía conservo ese dibujo sobre el cabecero de mi cama.

—Prepáralo todo cuando vuelva, ¿vale? Puede que tengamos que elaborar la poción juntas.

—Seré la aprendiz de la gran maestra. —Me guiña un ojo.

—No digas eso.

—Pero es verdad. Eres increíble, Sam. Y la única en el mundo que puede ayudar. Bueno, ¿qué pasa con esas botas?

Asiento y me coloco en el borde de la cama para calzarme. Mientras, dejo que las palabras de Anita penetren en mi interior y me cubran el corazón para protegerme de la inseguridad que amenaza con roerme el alma. Para eso están los amigos. No sólo te levantan, sino que también te proporcionan las herramientas para seguir adelante en los momentos más difíciles. Su amistad y su amor son la armadura con la que me enfrento a cualquier tipo de batalla, externa o interna.

Su confianza en mí significa más de lo que se puede expresar con palabras.

Cuando tengo las botas bien atadas, me levanto con energía renovada.

—Estoy lista.

—Y nosotros lo estaremos cuando regreses.

28

SAMANTHA

—He estado liadísimo elaborando más somníferos —informa Zain con voz entrecortada al otro lado de la línea. He conseguido localizarlo por teléfono antes de salir hacia el volcán, pero la conexión es mala. Allí ya es entrada la noche, aunque aquí acaba de amanecer.

—¿Alguna novedad?

—El príncipe sigue sin decir nada acerca de que el virus, perdón, la merma de magia, está afectando al palacio flotante. ¿Cuándo podrás tener listo el remedio? Me inventaré alguna excusa para ir a ver a la princesa y la despertaré para suministrárselo.

—Estamos a punto de salir en busca del fénix.

—¿Y si no lo encontráis? —Zain formula la pregunta que he estado esquivando.

—Buscaremos otro volcán. Investigaremos otros avistamientos. Anita está en ello —respondo con más seguridad de la que siento—. ¿Estás siendo precavido?

—Lo intento. Nos obligan a llevar unos trajes protectores cuando acudimos a visitar a los afectados para que no tengamos contacto con ellos. Hay personas que temen que les induzcan el sueño y tratan de abandonar el palacio. El príncipe atrapó a un par de sirvientes dotados que intentaban huir.

—Madre mía. —Que hayan capturado a esos sirvientes no significa que otros no hayan logrado escapar—. No bajes la guardia. Tengo que dejarte, ya casi estamos en el monasterio.

—Buena suerte. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Colgamos.

Sé que Arjun se está poniendo nervioso. Está a mi lado, en el asiento de atrás, y no para de sacudir la pierna y de mover los dedos como si tocara un piano imaginario encima de las rodillas. Me dan ganas de agarrarle la mano y decirle que pare, pero necesita desfogarse. Si fuera por él, habríamos estado una semana más preparando todo. Al salir hubo un pequeño terremoto que no llegó a tirar los libros de las estanterías, pero sí hizo tintinear las tazas contra los platos; un recordatorio para que no nos tomemos a la ligera el ascenso. Por contra, yo me siento como una balsa de aceite: mi respiración es tranquila y constante. Podría haber añadido una gotita de poción calmante al té de esta mañana…, cualquier cosa con tal de permanecer en mi sano juicio.

El waidán nos deja en el monasterio. A partir de aquí tenemos que ir a pie. No hay carretera hacia la cima y es imposible que los coches circulen por el suelo rocoso.

—No enfadéis a los dioses —nos previene el waidán con tono amenazador cuando nos marchamos.

—Estoy bastante seguro de que no podemos controlar el volcán… La naturaleza se va a enfadar de todos modos. —Es probable que no sea el momento de ser irreverente con alguien que me ha ayudado tanto, pero no lo puedo evitar, sus advertencias me ponen de los nervios, y ya bastante nerviosa estoy.

Salgo del coche antes de decir nada más y miro hacia el volcán. Es como el dibujo de un niño: un triángulo que apunta hacia el cielo coronado con una pelusa blanca. «*No, Sam, no es pelusa. Son glaciares. Hielo. Cosas peligrosas*».

Arjun ya está orientándose con la brújula.

—Antiguamente los buscadores tomaban una ruta ligeramente hacia el oeste. Eso haremos, ya que no podremos ascender en línea recta. Trazaremos una especie de zigzag.

—O empezamos ya a andar o me rajo.

Arjun se gira hacia mí y se echa a reír. Con el gorro de lana y el mono hasta la barbilla, casi no se le ve la cara.

—Vale, vamos.

La primera hora de ascenso no es mala: a pesar de que no dejamos de subir, noto que el suelo es sólido bajo mis pesadas botas, y hay barro, mantillo e incluso algunos matorrales bajos. Para pasar el

tiempo, Arjun y yo cantamos canciones que aprendimos de pequeños en los campamentos. Anita es mi mejor amiga, pero Arjun lleva toda la vida a mi lado como un hermano mayor, aunque en casa siempre me tocara a mí el papel de «primogénita responsable». Yo siempre he sido quien ha cuidado de Molly, quien ha pagado el pato cuando mis padres estaban ocupados, quien lleva la tienda y quien ha cargado con más responsabilidad de la necesaria.

Pero él siempre asumía la responsabilidad en mi lugar… y en el de Anita. Agradezco tener un amigo así.

Transcurrida la primera hora, hacemos una parada para beber agua.

—Buah —suelta mientras mira por encima de mi hombro.

Cuando me doy la vuelta tengo que darle la razón. Ya estamos a bastante altura, casi en la mitad de la ladera del volcán. A nuestro alrededor el cielo se ilumina y las antiguas vetas moradas y azules se tiñen de tonos violetas y carmesíes, como si un niño pintara el firmamento con un pincel. Las cenizas volcánicas que flotan en el aire parecen intensificar los colores del amanecer.

—Vamos. Quiero que subamos un poco más, así habrá más luz para buscar un camino despejado.

Asiento mientras me trago el último sorbo de agua.

La siguiente hora es muchísimo más dura. El barro endurecido ha dado paso a una gravilla resbaladiza y traicionera, por lo que de pronto me veo obligada a hacer fuerza con unos músculos del interior de los muslos que creo que no he usado en mi vida para mantenerme de pie. Arjun ha decidido que nuestro zigzagueo sea más cerrado, de manera que la subida es más escarpada y de vez en cuando, si doy un traspié, tiene que pararse para ayudarme. Ahora comprendo por qué es tan necesario venir bien equipado con este mono acolchado tan raro y con guantes. Me caigo de rodillas más veces de las que se consideran dignas y, si no llevara protección, tendría la piel desollada.

—Esto tiene que terminar en algún momento —le grito a Arjun, que va por delante abriendo camino. Mi orgullo no está muy dañado porque veo que él también está sin aliento y se apoya en las rodillas cuando cree que no lo miro. Estoy usando el pico a modo de bastón para clavarlo en la parte más alta de la montaña, y cada vez que cambiamos el sentido del zigzag lo agarro con la mano contraria.

—Termina, pero no creo que te guste cómo —me responde.

Se ha parado varios metros por delante de mí. En un arranque de

energía que no sé de dónde me viene, corro hacia él por la ladera pedregosa. Entonces me doy cuenta de lo que quiere decir. Delante de nosotros la grava se mezcla con el hielo y una capa de ceniza. El suelo está sucio, mugriento, y resulta mucho más resbaladizo a pesar de que cruje bajo nuestros pies.

—Creo que vamos a tener que ponernos los crampones —observa.

Le doy la razón de mala gana y nos ponemos los pinchos sobre las botas para tener mayor agarre. También hay algunos clavos horizontales que nos ayudan cuando caminamos de lado.

—Tienes que dar pasos muy largos —me recuerda la segunda vez que estoy a punto de caerme porque se me enganchan los crampones entre ellos.

Es fácil decirlo.

Desde abajo no lo parecía, pero cada paso que damos sobre el glaciar es el doble de duro que sobre la piedra, no sólo por la superficie congelada; el camino ahora es mucho más empinado, tanto que en ocasiones siento que estoy avanzando en ángulo hacia la cima. Para olvidarme de la dureza del terreno, repaso con Arjun todo lo que sé sobre los fénix.

—Son criaturas que no tienen un ciclo normal de vida y muerte, por eso resultan tan interesantes.

—¿Más interesantes que el abominable? —pregunta—. Los abominables *nunca* mueren. ¿No es preferible ser inmortal a renacer?

—¿Cómo va a ser mejor? Los fénix viven vidas plenas: comienzan siendo jóvenes, crecen y mueren. Además, pueden vivir mil vidas y siempre están evolucionando. Por otra parte, nadie ha averiguado cómo se originaron. Lo único que se sabe es que están relacionados con los volcanes.

—Son como una especie de persirela.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, todas las perlas crecen en la concha de una sirena, pero no todas las conchas contienen una perla. Por eso muchos buscadores pasan de los fénix: imagina que tuvieras que recorrerte todos los volcanes del mundo para encontrar uno… Es imposible. Sin embargo, los garudas…

—Venga ya. Su escasez es lo que vuelve a los fénix tan fascinantes. Los garudas…, pff…, son casi como gorriones.

—Qué dices, los garudas son geniales.

—Vale, tienes razón, pero los fénix son lo mejor.

—Igual cambias de opinión hoy —insinúa, y aunque le pongo mala cara, tengo que darle la razón. Con cada paso resulta más difícil mantener la conversación. Cuesta trabajo incluso recordar cómo se usan los músculos, así que ni hablemos de soltar una réplica graciosa o una broma ingeniosa.

Miro el reloj: ya han pasado tres horas. Ahora el sol está alto y cae sobre nosotros con tal fuerza que me hace pensar en la tenacidad del glaciar. ¿Cómo es capaz de mantenerse? Con todas estas capas, el ejercicio y el calor, yo estoy sudando a mares.

—Ya casi estamos —dice Arjun por delante, y sin querer me alegro de percibir el esfuerzo en su voz: así no me siento tal mal por mi baja forma física.

Tendría que haberme esforzado más en clase de gimnasia, pero ¿qué le voy a hacer? Siempre fui más una rata de laboratorio…, y nunca nadie me puso en una de esas ruedas para dar vueltas corriendo.

En medio del camino hay una piedra enorme que parece haber sido expulsada desde el mismo centro de la tierra. Arjun me da un empujoncito para que yo sea la primera en pasar por encima de ella.

En cuanto llego al otro lado, se me llenan los pulmones de un fuego abrasador. Sin pensármelo dos veces, retrocedo por encima de la piedra hasta donde estaba antes y casi aplasto a Arjun.

—¿Sam? ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Toso y escupo hasta que siento que me van a estallar los pulmones. Me agarro el cuello con las manos para intentar aliviar el dolor. Tengo los ojos vidriosos y casi no puedo hablar.

—Huevos podridos —digo por fin—. Y vinagre. O ácido.

—Oh, por todos los dragones… Necesitamos las máscaras antigás. Debe de haber una fumarola al otro lado. Oye, míralo así: ¡significa que estamos muy cerca de la cima, Sam!

Tomo aire, pero no consigo respirar bien. Arjun me mira con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? Nos encontramos a mucha altitud. No estarás sufriendo mal de altura, ¿verdad?

Tomo un gran sorbo de agua y, ahora que el dolor ha disminuido, trato de respirar hondo varias veces.

—Estoy bien.

Se arrodilla delante de mí y me mira a los ojos.

—¿No te duele la cabeza? ¿Mareos? Si aparece alguno de estos síntomas, nos damos la vuelta ahora mismo.

Sacudo la cabeza. Ni siquiera había pensado en la altitud. Qué estúpida soy, teniendo en cuenta mi última experiencia en la montaña… Zain no se sentiría orgulloso de mí, pero es que todo ha sido demasiado rápido.

—Espera. ¿Te queda té del que nos preparó esta mañana el waidán? Estoy segura de que llevaba hojas de coca… Eso nos ayudará con la altitud.

Saca la cantimplora del bolsillo lateral de la mochila.

—Quedarán un par de sorbos.

—Deberíamos beberlo antes de ponernos las máscaras.

—Ahí tienes. —Desenrosca el tapón y me pasa la cantimplora. Al momento, siento la mente más despejada y agradezco en silencio que el waidán haya añadido algo de magia a la mezcla. Incluso me noto mejor de la garganta. Tengo el presentimiento de que necesitaremos litros de té cuando regresemos a Long-shi.

—Una vez que alcancemos la cima, ¿cuál es el plan? —pregunto. Creo que lo sé, pero necesito un par de minutos más para sentarme y respirar.

—Encontramos un lugar seguro para atar la cuerda y comenzamos a descender hacia el cráter. Buscamos algún rastro de nidos de fénix en la pendiente: plumas, piedras o cuarzo brillante que parezca fuera de lugar, ese tipo de cosas. Pondré el temporizador para que cronometre siete minutos. Aunque llevemos las máscaras y mucha protección, no deberíamos pasar más tiempo dentro. ¿De acuerdo? Ni un minuto más. Si por entonces no hemos encontrado el fénix, ya volveremos en otra ocasión con más gente y un equipo más adecuado.

—De acuerdo —contesto. Me coloco la máscara antigás sobre la cara y aprieto la goma con los dientes. Tardo en regular la respiración. Es casi como aquella vez que buceamos juntos: el mismo aire viciado y la misma sensación leve de claustrofobia al pensar que no puedo respirar sin ayuda. No obstante, al cabo de unos segundos desparece el malestar.

Arjun me indica con un gesto que va a pasar él primero por encima de la piedra. Junto las manos para formar con ellas un punto de apoyo para ayudarle. Cuando llega arriba, tira de mí. Me preparo para respirar el aire abrasador, pero gracias a la máscara el aire que me llega a los

pulmones está neutralizado, aunque no elimina del todo el desagradable olor a huevo. Todavía no sé si voy a sobrevivir a esto un sólo minuto, y mucho menos siete.

No tengo tiempo de pensarlo, porque Arjun da un paso hacia el cráter y se abre un agujero bajo sus pies.

Y en ese mismo instante desaparece.

29

SAMANTHA

—¡Arjun! —grito, aunque lo único que consigo es emitir un sonido parecido al de un gato estrangulado y empañar mi máscara antigás. Gateo hasta el agujero por donde ha cedido el suelo. El borde comienza también a temblar, así que me lanzo contra la piedra—. ¡Arjun! —repito. El viento me golpea la cara e impide que llegue hasta mí cualquier tipo de sonido.

«¡Piensa, Sam, piensa!».

Desenrollo la cuerda que llevo en la cintura. Por ahora, esta piedra ha sido el objeto más firme que he visto; tendrá que servir. La abrazo con fuerza y la voy rodeando con la cuerda. Una vez que he trazado toda la circunferencia, hago uno de los nudos que me enseñaron en los campamentos de verano. Me tiemblan los dedos, pero me obligo a controlarlos. Cada segundo que paso haciendo el tonto es un segundo que Arjun está solo, herido o tal vez peor. Sin embargo, no permito que mi mente se obsesione con ese pensamiento; lo evito como un guijarro que roza el agua y que, si se hunde, no volverá a la superficie.

Cuando la cuerda parece segura, tiro de ella unas cuantas veces. No se mueve. Me servirá. Me ato el otro extremo alrededor de la cintura y la engancho a uno de los mosquetones.

Luego me tumbo bocabajo y me arrastro hasta el borde del agujero.

Está todo negro como boca de lobo. Enciendo la linterna para examinar la oscuridad con nerviosismo. Creo que veo a Arjun tendido en posición fetal varios metros más abajo a través del polvo y el humo que se ha desprendido con el derrumbamiento. Me gustaría gritarle que ya voy, pero no puedo arriesgarme a que ese gas abrasador me vuelva a

quemar la garganta, así que enciendo y apago un par de veces la linterna con la intención de que capte el mensaje.

Lanzo el resto de la cuerda por el hueco y me alegro de no poder ver su profundidad. No resulta fácil realizar la tarea con estos guantes, y me quito uno con los dientes para moverme más rápido. En cuanto estoy segura de haber hecho un nudo adecuado, me deslizo por el borde del agujero y dejo caer las piernas. Con un último tirón de la soga, mi determinación para ayudar a mi amigo sobrepasa cualquier miedo o duda. Me dejo caer.

Me deslizo por la cuerda con la mano que aún lleva guante lo más despacio y con la mayor firmeza posible. Miro hacia un punto fijo de la pared para no perder la orientación. Lo que parece un gemido de Arjun me anima a moverme más rápido, aunque sé que no tengo una cuerda infinita.

Menos mal que es lo bastante larga. Con un golpe sordo, toco el suelo con los pies, me enderezo y deshago el nudo lo más rápido que puedo. Voy corriendo hacia Arjun y le doy la vuelta con suavidad para colocarlo bocarriba. La máscara se le ha torcido, pero veo que sigue respirando. Cuando se la recoloco, inspira profundamente. Despacio, pestañea para abrir los ojos y siento que mi corazón suspira aliviado.

Le ayudo a sentarse agarrándolo por la cintura. Una vez incorporado, se quita la máscara. Alarmada, abro los ojos de par en par.

—No pasa nada —susurra—. Aquí no parece que se esté tan mal como arriba. El viento ha debido de llevarse el gas nocivo. —Comienza a toser y se sacude—. Estoy bien. Sólo un poco asfixiado.

Dejo de sujetarlo y compruebo que se mantiene erguido. Yo también me aflojo la máscara y me la acomodo por debajo de la barbilla. Al tomar la primera bocanada de aire, noto que persiste el olor a huevo, aunque es mucho más sutil que antes. No siento fuego en la garganta, así que vuelvo a tomar aire, esta vez más hondo. Estamos vivos.

Ahora tenemos que averiguar dónde demonios estamos.

Arjun también enciende su linterna y echamos un vistazo a la cueva. A nuestro alrededor, el suelo desprende una especie de vapor y las volutas de humo emergen entre el barro. Pongo la mano enguantada sobre la tierra y noto que está caliente. Busco mi otro guante; no está muy lejos. Sigue habiendo pedazos de roca afilados con los que espero no cortarme.

—¡Ostras! —exclama Arjun.

Y no es para menos. Las paredes están salpicadas de rocas verdes y amarillas, algunas tan brillantes como una capa de petróleo. Parecen hechas de pedazos de cristal negro que reflejan la luz de las linternas. De todos los lugares donde he estado este año, este es el más siniestro. Ni siquiera la cueva de Gergon resulta comparable.

—Mira allí. —Señalo por detrás de Arjun—. Hay una especie de túnel.

—Un tubo de lava —dice él mientras estira el cuello para confirmarlo—. Es un conducto cavado por la lava. Si te fijas, se distingue la que se ha secado en el suelo. Puede que estemos de suerte y, si seguimos por ahí, lleguemos al cráter, un poco más abajo de lo que pretendíamos.

Como era de esperar, cuando alumbramos el suelo del túnel con las linternas, su textura parece distinta. Es irregular, como si fueran ondas negras que se hubieran solidificado con el tiempo.

—Supongo que no habrás utilizado un nudo kamikaze, ¿verdad? —pregunta mi amigo mientras tira de la cuerda que se ha quedado colgando por el agujero.

Me muerdo el labio y sacudo la cabeza.

—No…, ese no lo conozco.

—No pasa nada. Es un nudo peligroso, de ahí su nombre… Entonces sólo nos queda una cuerda.

Tiene razón. Tal y como la até, es imposible recuperarla. Si hubiera sido lista y lo hubiera pensado mejor, tal vez podría haberla anudado de modo que luego pudiera recobrarla. Aunque para eso habría tenido que cortarla en dos antes de descender, y tampoco estaba segura de que fuera lo bastante larga como para llegar hasta el fondo. Al pensar en Arjun tirado en el suelo, sé que no habría tenido ni la fuerza ni el coraje de hacer tal cosa.

—Bueno, es probable que no necesitemos más cuerda que esta —intenta tranquilizarme Arjun con una sonrisa alentadora, a pesar de que sé que está preocupado. Aprecio su esfuerzo de todas formas.

—¿Vamos por el túnel? —pregunto.

—Sí, vamos.

Aquí dentro hace mucho más calor que fuera y reina un inquietante silencio debido a la ausencia de viento. Veo algo más adelante que me hace chillar. Estoy apuntando con la linterna hacia una larga pluma que

yace en el suelo. Bueno, el raquis, porque la pluma en sí está calcinada. De modo que las plumas de fénix sí son inflamables cuando están expuestas al aire, pero no cuando están unidas al fénix. Por eso es tan difícil trabajar con ellas y debemos utilizar botes especiales para guardarlas.

—Tenemos que estar cerca —concluyo al recoger el raquis del suelo. Lo coloco en uno de los botes que hemos traído. Todo lo que provenga de un fénix puede resultar útil para la poción—. Esto puede indicar que hay un nido por aquí cerca. —Siento un hormigueo en los dedos por los nervios.

—Busca rocas que parezcan fuera de lugar —me aconseja Arjun—. Los fénix fabrican su nido con piedras de otras partes del mundo.

Asiento y seguimos caminando hasta que llegamos al final del túnel, que desemboca en el enorme cráter de la cima del volcán, tal y como esperábamos. Me cuesta creer que este sea el mismo lugar que llevo observando desde que llegué a Long-shi. La cima del enorme Yanhuo. Estiro el cuello para ver la altura de los laterales del cráter; es como si alguien hubiera quitado la punta del volcán con una cuchara de helado. El brillo del sol me deslumbra después de tanto rato sumida en la oscuridad. De la caldera brotan columnas de humo; hay un agujero en el cráter que señala la zona más activa del volcán.

El tubo de lava desemboca en la pared del cráter a mitad de altura, de manera que para llegar abajo tenemos que descender un poco más.

El suelo retumba. Agarro a Arjun por la manga. Por el agujero humeante atisbamos el verdadero poder del volcán: fuentes de lava que se elevan por el aire como una llovizna de chispas rojas y doradas. Si no tuviera tanto miedo, diría que es como una celebración de solsticio de invierno.

Arjun suelta un silbido.

—Por suerte no tenemos que acercarnos a eso.

—¿Aquí estamos a salvo? —pregunto.

Se encoge de hombros, cosa que no termina de tranquilizarme.

—Quién sabe… Busquemos al fénix y salgamos de aquí cuanto antes.

—¿Qué plan tenemos?

Desde la entrada del túnel hacia el suelo de la caldera hay varios metros de altura bastante aterradores. En vez de mirar hacia abajo, examino el perímetro en busca de alguna señal que indique la presencia

de un nido de aves mágicas.

—Por aquí —digo mientras señalo la pared de la caldera. Hay una mancha brillante de roca de color rosa, demasiado lejana para verla con claridad, pero que parece ajena a este sitio. Puede que sea un nido. Arjun mira hacia allí y saca unos prismáticos.

Tan equipado como siempre.

Asiente.

—Quizá tengas razón. Si conseguimos llegar hasta allí, podemos colocar las trampas de fuego.

—Entonces, ¿tenemos que descender? —inquiero, y trago saliva.

—Tenemos que descender, sí. —Se desengancha la cuerda del cinturón y comienza a enrollarla en una columna de lava endurecida. No me da mucha seguridad, sobre todo cuando veo que corta una parte por dentro del nudo. Me mira a los ojos—. Recuerda, mantén la tensión durante todo el recorrido. Si la cuerda se afloja un instante, se caerá al suelo, y no queremos que eso ocurra mientras estamos colgados.

—Entiendo.

—Yo voy primero, así te veo bajar.

—Vale, gracias —digo, en parte aliviada, aunque me preocupa dejarle tirado. Mientras mantiene la tensión con una mano, inserta la cuerda en el mosquetón que lleva en la cintura y, sin pensárselo dos veces, comienza a bajar hacia el suelo de la caldera.

Lo hace con tanta facilidad que no me da tiempo a procesarlo. Repaso mentalmente el procedimiento y me lanzo. Con unos cuantos impulsos cortos, alcanzo el fondo con los pies. Arjun se coloca delante de mí y agarra la cuerda. La destensa y tira con brusquedad de ella para que se deshaga el nudo de arriba. Como la cortó por la parte superior, la parte más larga cae a nuestros pies para que podamos usarla si nos hace falta. Qué genio.

Con un ruido sordo, el volcán lanza un chorro de lava y salimos corriendo hacia lo que parece un nido de fénix. Cuando nos acercamos, me doy cuenta de que estamos en lo cierto: en el lateral del cráter, suspendido entre la pared y una piedra que sobresale, hay un montón de cristales de cuarzo fundidos, que no pueden haber llegado allí por accidente, mezclados con una maraña de madera y cenizas. Por detrás tiene que haber una cavidad lo bastante grande como para albergar a la criatura. La pared es casi tan lisa como el cristal; probablemente se haya

fundido y enfriado varias veces con las llamas de la cola del fénix. No hay modo de subir hasta allí.

Arjun intenta usar sus crampones como piquetas en miniatura, pero la lava es tan sólida que no podemos clavarlos.

—No sirve de nada —digo mientras él asesta una tercera patada en la pared. Lo único que va a conseguir es romperse un dedo—. Quizá ni siquiera esté ahí. Pueden ausentarse durante varios días seguidos.

—Lo sé. Tendremos que hacer que vuelva.

Otro rugido del interior del volcán nos clava de rodillas en el suelo. El agujero humeante, que antes parecía tan lejano, lanza un nuevo chorro de lava hirviendo. Algunas gotas caen a escasos metros de nosotros, a tan poca distancia que oímos el crepitar del líquido al entrar en contacto con el suelo, hasta cierto punto más frío. La abertura también desprende gases tóxicos que nos hacen toser hasta que conseguimos recolocarnos las máscaras.

Nos bastan los ojos para comunicarnos. La mirada de Arjun está llena de pánico, apuesto que igual que la mía. Coloco las dos manos en el suelo, que está demasiado caliente, y grito mentalmente la palabra «¡AYÚDANOS!» mientras visualizo lo que está sucediendo en Nova.

Trato de recordar las viejas leyendas que conozco. ¿No consiste en eso ser alquimista? En estudiar a las personas que han recorrido el camino alquímico antes que nosotros, aprender de sus errores y no olvidar jamás sus logros.

El fénix es una criatura con un gran sentido de la justicia.

Odia el abuso de poder.

No tolera la mentira.

Es sensible y más viejo que nosotros. Debe tomar sus propias decisiones.

—¡Utilizaré la llama para detener la merma de magia! Para detener a quienquiera que esté intentando arrebatar una magia que no le pertenece.

No tengo ni idea de si el fénix puede oírme o no, pero siento un bramido que parece emanar del mismísimo centro de la tierra.

Una llamarada luminosa casi me ciega, pero me cubro la cara justo a tiempo. Me quedo hecha un ovillo en el suelo hasta que noto que Arjun me tira del codo.

—¡Sam, Sam! ¡Necesitamos las trampas de fuego, rápido!

Sobresaltada, levanto la vista. A nuestro alrededor brilla con

intensidad un extraño e intenso fuego verde. «Llama de fénix». Me pongo de pie mientras cojo uno de los botes que llevo en la cadera. Lo coloco en el suelo con suavidad mientras Arjun desenrolla la cinta que vamos a usar como mecha.

Cuando estamos preparados, Arjun lanza la punta de la cinta, que se prende. La llama recorre la trampa hasta llegar al interior del bote. Arjun se echa encima y le pone la tapa.

—¡La tenemos! —grita—. ¡Vámonos!

Después de haber llegado hasta aquí y de estar tan cerca, no puedo marcharme sin ver al animal.

Aunque una parte de mí sabe que es de locos, me quedo quieta.

—¡Por favor! —grito al aire. Me escuecen los ojos por la intensidad del humo que sale ahora de la caldera.

Arjun está desesperado buscando una vía por donde salir. Se atreve a quitarse la máscara para gritarme:

—¡Sam, tenemos que irnos! ¡Va a entrar en erupción!

Me pongo de rodillas.

—Por favor —suplico por última vez.

La única respuesta es otro bramido.

«Ay, por todos los dragones —pienso—. He tentado a la suerte».

El agujero vuelve a explotar, y esta vez no es una llama esmeralda la que sale disparada, sino lava al rojo vivo. Brota como si fuera oro líquido y se desparrama por el suelo del cráter. Me quedo paralizada al ver lo rápido que se acerca. Emana humo como si se tratara de una máquina de vapor. «Vamos, Sam, vamos». Por fin me asalta una especie de instinto de protección que me hace correr hacia Arjun impulsándome con brazos y piernas.

Él ya ha echado a correr por un estrecho camino que conduce hasta la mitad de la pared del cráter, hacia la nada. Desde allí, comienza a escalar. Lo sigo lo más rápido que puedo.

Respiro aliviada cuando veo que trepa hasta la parte más alta y se gira para ayudarme. Deja caer un trozo de cuerda para que me agarre, pero no va a ser capaz de tirar de mí; tendré que escalar.

No se me da bien. Tengo la misma fuerza en los brazos que un T-rex. Aun así, debo intentarlo. Me quito los guantes, me los meto en el bolsillo e introduzco los dedos en los agujeritos de la lava rugosa de la pared, tan diferente de la del suelo del cráter, mucho más lisa. Me duelen los dedos, pero al menos puedo subir.

El problema es que está ardiendo. Todo el cráter está empañado y la lava negra absorbe el calor más rápido que cualquier otra cosa.

—¡No puedo! —le grito a Arjun—. ¡Quema demasiado!

—¡Sí que puedes! —me grita desde arriba—. ¡Sólo unos cuantos pasos más!

Pongo cara de esfuerzo y empiezo a trepar; me tiemblan los muslos, todos mis músculos chillan de dolor. Las manos se me resbalan por el sudor y juro que siento las llamas que bailan en la lava que se acumula bajo mis pies. Cierro los ojos y por un instante deseo estar en cualquier otro lugar que no sea la pared del cráter de un volcán con el ingrediente clave para salvar a mi hermana metido en un bolsillo, eligiendo entre poner el cuerpo al límite de sus posibilidades físicas o morir achicharrada.

Me concedo un único segundo.

Aprieto los dientes y vuelvo a gritar. Saco toda la energía y la fuerza que me queda en las temblorosas extremidades. Se me resbalan los dedos por la roca, pero aprieto más fuerte y les ruego que cooperen. Impulsándome con las piernas, me acerco lo bastante al borde como para agarrar a Arjun de la muñeca. Él también me agarra y, con un último esfuerzo por parte de ambos, consigue arrastrarme hasta el borde sobre la superficie helada del glaciar.

Saca de la mochila dos grandes discos de plástico.

—¿Y eso para qué es? —pregunto, con ojos de espanto.

—Tenemos que salir de aquí antes de que todo esto explote —me contesta—. ¿Y cuál es el modo más rápido? —Me pasa uno de los discos y se sienta encima del suyo—. Deslizarnos por la ladera. —Sin pensárselo dos veces, toma impulso y se lanza por la nieve a lo largo del glaciar.

—Tienes que estar de broma —digo antes de sentarme en el mío e impulsarme detrás.

30

SAMANTHA

Anita nos está esperando en una gran camioneta junto al monasterio. Tan pronto como nos ve, medio corriendo medio deslizándonos por la ladera pedregosa, enciende el motor. Nos metemos a trompicones en el asiento de atrás con el cuerpo chorreando adrenalina y agotamiento.

—Qué susto, las sirenas de alarma han saltado en el pueblo. Tenía que comprobar que estabais bien. —Mira hacia atrás—. ¿Habéis conseguido el ingrediente?

Le hago un gesto afirmativo, me desengancho el bote del cinturón y lo coloco en el suelo entre mis botas.

—Aquí está.

—¡Oh, gracias a los dragones! —exclama.

Se oye una explosión detrás de nosotros y desde la caldera sale disparada una columna de fuego hacia el cielo. No nos hace falta más estímulo que ese. Anita pisa a fondo el acelerador y salimos a toda pastilla por la montaña. Un humo negro y espeso ha convertido el día soleado en un ocaso oscuro y lóbrego a mediodía.

Me doy la vuelta y observo la columna de fuego. A pesar de que su brillo me daña los ojos y me deslumbra, no dejo de mirar. De esperar. Hasta que… Tal vez sea eso: la silueta de un ave contra el fuego batiendo las alas con una cola de largas plumas y un cuello curvo. Puede que sólo sea mi imaginación o las ganas que tengo de verlo, pero creo que ahí hay un fénix que se regocija en la explosión.

Con el fénix y su fuego de nuestro lado, ¿cómo vamos a fracasar?

«A menos que aquello a lo que nos enfrentamos sea más fuerte —rectifica mi fastidioso cerebro—. Llevamos trabajando en el remedio

cinco minutos, pero la merma lleva propagándose durante meses.

Que alguien sea capaz de algo así… es una muestra de desesperación. Una maldad desesperada.

Pero el bien también puede ser desesperado.

Llegaré hasta donde haga falta.

A cualquier lugar.

Haré lo que sea por salvar a mi hermana. A mis amigos. A mi país.

Ven aquí, maldad, veamos quién puede más».

—Oye, ¿estás bien? —Arjun pone la mano encima de la mía, que está cerrada con fuerza.

—Lo vamos a lograr, ¿verdad? —pregunto sin apartar la mirada de sus oscuros ojos.

Me aprieta la mano.

—Pues claro, tranquila. Ahora es cuando te vas a lucir. Te ayudaremos.

—Por supuesto, seremos tus aprendices —añade Anita—. Cuando estamos los tres juntos, somos capaces de todo.

—Me gustaría saber a quién nos enfrentamos. —Ahora que estamos lo bastante lejos como para no ver al fénix, me acomodo en el sillón.

—Ya somos dos —dice Anita.

—Tratemos de averiguarlo —propone Arjun—. ¿Quién creéis que es? Está claro que Gergon se vio afectado antes que cualquier otro país; debió de comenzar ahí el año pasado.

—Sí. Y alguien robó la página con la receta. Después se extendió por Gergon y llegó a la familia real. Pero ellos tenían a Emilia Thoth, que creó algún tipo de pastilla que evitó que ella y Stefan se contagiaran…, siempre y cuando la tomaran.

Sólo pronunciar su nombre ya me provoca escalofríos, así que me digo a mí misma que está muerta, que ya no puede hacernos más daño.

—¿Por qué? —Anita arruga la nariz.

—Stefan dijo que la había contratado. Es probable que ella se lo debiera.

—Vale, entonces ellos estarían buscando también un remedio —razona Arjun, pensativo.

—Sí. Durante la Gira Real, mientras yo buscaba el aqua vitae, Emilia estaba trabajando en contra de la familia real de Gergon, eso está claro. Se rebeló porque vio que eran débiles. Era su gran oportunidad. Pero lo echó todo a perder; no contaba con que nos enfrentaríamos a

ella.

—Los corrientes de allí están muy oprimidos, no me extraña que deseen con todas sus fuerzas ser dotados —comenta Anita.

Tiene razón. Los corrientes de Gergon tienen fama de sufrir mucha represión y rechazo. Los alquimistas son los únicos corrientes merecedores de algún respeto porque las pociones sintéticas no son fiables. No se han incorporado al mundo moderno, como nosotros. Veo escepticismo en la cara de Arjun.

—O tal vez alguien buscaba la manera de ser más poderoso. Ya sabéis, un modo de absorber la magia de los dotados para transferirla a otra persona. Algo parecido a lo que le sucede a la princesa cuando se casa —reflexiona Arjun en voz alta.

—Eso parece más probable… —coincide Anita.

—Tiene que ser así —concuerdo—. ¿No hay forma de que la camioneta vaya más deprisa? Necesitamos el remedio lo antes posible.

—Lo intento —responde Anita mientras aprieta el acelerador un poco más.

No dejo de darle vueltas a algo que me preocupa. Algo que vi hace tiempo en los ojos atigrados de Stefan, antes de que me capturara, cuando creí que él sería quien me rescataría. Al pensar en todo lo que me ha hecho pasar, el corazón se me vuelve de piedra.

—Cuando hayamos curado a la princesa y detengan a Stefan por sus crímenes contra los corrientes, quizá lo envíen de vuelta a Gergon y acabemos con ellos de una vez por todas —dice Arjun.

Esa idea también me revuelve el estómago. La gente de Gergon tampoco se merece eso.

Llegamos a la ciudad, donde la sirena sigue sonando. Hay gente cargando su vehículo y desalojando su casa —yo también lo haría si viviera bajo la sombra de ese volcán—. Cuando entramos en las instalaciones de los laboratorios Jing, todo está tranquilo.

—¿No deberíamos evacuar el complejo? —le pregunto a Mei, que viene corriendo a recibirnos. Ojalá que no. Este laboratorio es la mejor garantía de conseguir el remedio a tiempo.

Ella sacude la cabeza.

—Nuestro sistema de control dice que, a pesar de que hay actividad, el nivel no llega al de la evacuación. Bueno, ¿ha ido todo bien?

Asiento con la trampa de fuego en la mano. Ella pone cara de alivio.

La sigo por la sala principal del laboratorio y me relajo al sentir el olor de los ingredientes que se derriten y de las pociones que hierven.

El waidán levanta la vista del caldero con cara de impaciencia.

—Lo tenemos —anuncio con una sonrisa.

—¿Sí? —Trina viene corriendo desde la otra sala con su tableta en la mano—. Genial. Mira, nuestro plan ha funcionado.

—¿A qué te refieres? —Pongo el bote de las llamas sobre la mesa y me acerco para mirar la tableta. El vídeo que grabé antes de salir hacia el volcán está colgado en YouCast y tiene más de un millón de visualizaciones, y subiendo—. ¡Venga ya! ¿En serio?

—Sí, parece que una agencia de noticias lo ha estado distribuyendo durante un rato, pero luego pararon, supongo que debido a las presiones de palacio. Stefan sigue bloqueando todas las páginas que lo comparten, aunque cada vez que lo hace, encuentro un modo de retransmitirlo. Supongo que tiene a gente muy buena pero, créeme, yo soy mejor. Lo de Connect es una locura, lo han compartido un montón de veces.

—¿Y la gente ya no tiene miedo de la ADC?

Trina sacude la cabeza despacio y apaga la tableta.

—Ojalá fuera así. Es más bien al contrario, la situación parece caldearse.

—¿Cómo? Pero si han oído la verdad… ¡Ya saben que, después de todo, los corrientes no están detrás!

—Recuerda que, aunque gozas de mucha credibilidad, estás en contra del palacio. La familia real lleva siglos gobernando. Cuando Stefan se casó con la princesa se convirtió en un miembro más.

Me muerdo el labio. No lo había considerado desde ese punto de vista. Trina continúa:

—Además, cada vez hay más restricciones. Ya no se puede viajar, ni dentro ni fuera de Nova. Las noticias sobre el «virus» se extienden por el mundo y los demás países no quieren que entre en sus fronteras, como es lógico. Todos los flujos de transportación están cortados. Y mira esto…

Enciende de nuevo la tableta y accede a una página de noticias. El titular dice: «Ataque al edificio del sindicato corriente» y muestra una foto del edificio con algunas ventanas rotas y la pintada «Devolvednos nuestro poder mágico, escoria» escrita con espray rojo.

El miedo se apodera de mí, me estrangula.

—Dios mío. —Llevábamos un siglo o más sin una muestra de odio semejante. No tengo un minuto que perder—. Vamos, tengo que hacer la poción.

31

SAMANTHA

Anita y Arjun ya están listos. Arjun y yo nos hemos quitado los incómodos monos y nos hemos puesto ropa más adecuada para las horas de trabajo que nos esperan en el laboratorio.

—Cuando tú digas —dice Anita con una sonrisa.

Contesto con un gesto afirmativo.

—Vamos.

Los pongo a trabajar de inmediato: a cortar y hervir distintos ingredientes.

—Arjun, hay un trabajito pendiente bastante duro: moler el polvo de esmeralda.

Me enseña el bíceps.

—Pues trae, que esa es tarea de hombres.

Anita le lanza un trapo y luego se vuelve hacia mí.

—¿Estáis diciendo que yo no puedo molerlo? Soy tan fuerte como el estúpido de mi hermano.

—Lo sé —asiento con los ojos brillantes—. Por eso necesito que tú machaques el polvo de rubí. Me temo que es igual de duro.

—Vaya, me lo temía.

Ahora es Arjun quien le lanza el trapo a Anita, que le cae sobre la cabeza como si fuera un gorro plano.

—Te lo mereces.

—¿Estás segura de que no tienes un poquito de raíz de galium para cortar o una pizquita de polvo de hada para tamizar?

—¿Cómo? ¿Y dejar que el hombre haga todo el trabajo duro? Ni pensarlo. —Le guiño un ojo—. Además, el polvo de hada hay que

tamizarlo directamente sobre el caldero, así que eso lo hago yo. —Esta es mi poción y debo asegurarme de que todos los ingredientes se añaden en la proporción adecuada.

—Muy bien. —Cede por fin.

He traído mi diario de pociones y lo he colocado en mi puesto de trabajo para consultarlo cuando lo necesite, aunque ya he leído tantas veces la receta que creo que me la sé de memoria. De todos modos, no viene mal repasarla.

Tamizar el polvo de hada sobre la base de agua de loto.

¿Ves? Lo sabía. «Confía en ti, Sam. Confía en tu talento».

Remuevo la base de agua de loto y admiro su consistencia mientras la cuchara de palo dibuja ondas en la superficie. Es algo más viscosa que el agua normal, de modo que se comporta más como un gel que como un líquido. Da la impresión de que, si uno fuera lo bastante pequeño, podría rebotar en ella.

Tomo el bote de polvo de hada y sacudo el tamiz sobre la base a fuego lento. Con unos cuantos golpecitos, el polvo desciende como la nieve sobre el líquido. Aparto la cabeza para no inhalar las partículas de polvo suspendidas en el aire y, cuando estoy segura de que todo está en su sitio, vuelvo a acercarla para observar las reacciones que se suceden.

Para mi mente, el hecho de contemplar una poción que toma forma es el mejor bálsamo: siento que no tengo nada que temer cuando estoy enfrascada con una mezcla. La parte lógica de mi cerebro toma el poder y aparta casi todo lo demás: emociones como el miedo, la ansiedad o las ensoñaciones. Estoy completamente concentrada.

Me maravilla que el remedio para este virus tan violento sea tan simple. No es ni la mitad de complicado que la elaboración del antídoto de una poción amorosa —aunque tuviera la receta—, y resulta mucho más fácil de lo que fue curar a mi abuelo. Es como preparar un somnífero. Lo único que debo hacer es asegurarme de que lo añado todo en el orden correcto. Ahora la presión es el tiempo: hay que terminarla antes de que la merma se extienda por Nova y de que el volcán entre en erupción y tengamos que evacuar este lugar.

Como es obvio, ahí reside la dificultad. Encontrar todos los ingredientes es un gran reto, el mejor ejemplo está en las llamas de fénix. Los rubíes y las esmeraldas para elaborar los polvos no son baratos y tampoco solemos contar con ellos en nuestro almacén.

Pero todo eso lo tenemos ya aquí… Podría regresar a Nova incluso

esta misma noche.

—Terminé —anuncia Arjun casi a la vez que Anita. No me había dado cuenta de que estaban echando una carrera hasta que oigo que Anita gruñe con decepción por haber quedado segunda. Sonrío. Es una alegría tener aquí a mis amigos.

—Muy bien, pues vuélcalo —pido. Arjun vierte el contenido del mortero en el caldero y el preciado polvo de piedras preciosas produce un agradable sonido crepitante al caer.

—Me toca —dice Anita—. ¿Lo ves? Tampoco he tardado mucho más. —Y le saca la lengua a su hermano—. Añade el polvo de rubí mientras doy vueltas con la cuchara.

La mezcla queda extrañamente fangosa y, por raro que parezca, no se expande demasiado dentro del gran caldero. Espero que obtengamos suficiente cantidad como para toda Nova. Con suerte, sólo necesitarán una gota, pero tendremos que llegar al palacio antes de que el virus se propague más.

Sin duda, ya no haremos más viajes para conseguir llamas de fénix. Lo más probable es que, después de que lo hayamos molestado, el fénix se haya ido. Siento una punzada de tristeza al pensar que no conseguí verlo bien, aunque de momento debo estar satisfecha.

—Creo que tenemos que dejarlo reposar un rato, chicos, para que los ingredientes se mezclen bien antes de añadir el último.

—¿Eso dice la receta? —Anita echa un vistazo a mi diario.

—No —contesto.

Pero por algo soy una Kemi. Sé cosas de Tao que creo que los demás ignoran. Conozco cuáles son sus cartas secretas. La clave que utiliza para ocultar a todos el orden correcto del proceso, salvo a los que conocen dicha clave. Supongo que eliminó algunos pasos de manera deliberada al dictar la fórmula y ahora soy yo quien debe rellenar esos huecos. Los Kemi no creemos en seguir las recetas al pie de la letra ni en ofrecerlas así como así para que cualquiera las elabore. Todos nos apoyamos en nuestros ancestros y eso nos convierte en gigantes. Aunque algunos, como Tao, quisieron asegurarse de que también podíamos mantenernos de pie por nosotros mismos.

Después de todo, nadie dijo que los alquimistas fueran perfectos.

Sé que esta poción necesita un poco más de tiempo. Airear un poquito la sala antes de añadir el ingrediente final.

Anita examina mi cara y luego se encoge de hombros.

—Tú eres la maestra —dice con una ligera sonrisa.

Resoplo.

—Vamos a ver qué hace Trina. Si nos quedamos aquí sentados, nos volveremos locos. Y yo no dejaré de cuestionarme.

La encontramos en la sala de al lado con el portátil.

—¿Cómo va la poción? —pregunta Trina cuando nos acercamos.

—Sorprendentemente bien —contesto—. Resulta casi sospechoso. Sólo espero que sea correcta, porque no habrá una segunda oportunidad.

—Ni podrás volver a cuestionarte, maestra.

Nos desplomamos en los sofás. Cierro los ojos para respirar profundamente. No encendemos la televisión. Es demasiado angustioso ver cómo los medios de comunicación luchan por compensar su desconocimiento con especulaciones e información errónea. Así que, cuando me bajan las pulsaciones, leo una y otra vez las notas de mi diario para cerciorarme de que no me he saltado nada.

Después de una hora más o menos, miro el reloj.

—Muy bien, regresemos para comprobar cómo va la poción.

Anita y Arjun se levantan de un salto en cuanto me oyen y nos vamos al laboratorio. Miro por encima del borde del caldero. La poción tiene un color indescriptible, entre gris y marrón, que… no debería tener. Bueno, quién sabe. Todavía falta un ingrediente que puede cambiarlo todo.

Anita, Arjun y yo contenemos la respiración cuando abro el bote de llama de fénix. Lo dirijo hacia el líquido y se desliza como una serpiente. Nos apretamos las manos por debajo de la mesa. Cuando la mezcla reacciona con el fuego, una delicada nube de humo se eleva por el aire y se queda suspendida sobre el caldero como un mantel. Aguantamos la respiración mientras contamos para nuestros adentros. «Cinco…, cuatro…, tres…».

El humo desparece y al momento la poción pasa del gris fangoso al rojo brillante.

Justo como lo describió Tao Kemi.

Lo logramos.

Hemos elaborado el remedio. El que puede salvar a mi hermana, a la princesa y a toda Nova.

Cojo un vial, lo sumerjo en el líquido y le coloco un tapón de corcho. Luego me giro hacia Anita.

—¿Cómo vamos a entrar en el palacio?

—Muy fácil. Te llevaré yo.

Al oír esa voz profunda el corazón se me para. Me doy la vuelta y Trina da un paso al frente para colocarse delante de mí con todo su instinto de guardaespaldas a flor de piel. Pero ni siquiera su sólida figura puede esconder el miedo que siento al ver la silueta que oscurece la entrada.

Él avanza para salir de entre las sombras. La luz choca contra su rostro afilado y sus ojos atigrados se iluminan con las llamas de la locura. Da otro paso amenazador y otro más.

—Aléjate de ella —espeta Arjun con su tono más autoritario.

—Samantha, he venido porque necesito tu ayuda.

Se acerca con una velocidad casi sobrehumana para reducir la distancia que nos separa. Trina le apunta con un arma que no sabía que llevaba, pero él, con apenas un movimiento de mano, la aparta hacia un lado. Sé que Trina lleva ropa especial que la protege contra los ataques mágicos, pero no está a la altura del príncipe Stefan, sobre todo después de que este se haya casado con la heredera al trono de Nova.

Entre nosotros sólo está la pesada mesa de madera. No sé qué hacer. No puedo lanzarle la poción, es el único remedio que tengo para mi hermana y la princesa. Y no tengo un arma.

Nadie puede salvarme. Ni siquiera yo misma.

Trina salta sobre Stefan, aunque ya es demasiado tarde. El príncipe se lanza sobre la mesa a cuatro patas como un oso y me alcanza antes de que me dé tiempo a gritar. Me agarra por el brazo, me lo dobla sobre la espalda y me tapa la boca con la otra mano. Luego mira a Trina.

—Volveremos.

Entonces, antes de que pueda detenerle, me arroja algo a la cabeza y siento que una oscuridad desgarradora tira de mí y me separa de todo lo que conozco.

32

SAMANTHA

Cuando toco el suelo con los pies, me quedo quieta. Ya fui prisionera de Stefan en una ocasión y no me apetece serlo de nuevo. Necesito estar alerta, concentrada. El problema es que estoy rodeada de una roca oscura y fría por todas partes, y que estoy dominada por su magia.

—¿Dónde me has traído? —inquiero. Examino la habitación en busca de alguna pista. No hay ninguna. Es un cuadrado perfecto con las mismas piedras rectangulares y grises en el techo, el suelo y las paredes.

—A casa —responde.

Me doy la vuelta y observo al príncipe. Está apoyado sobre una rodilla, vestido con un traje negro y una camisa del mismo color, y tiene sobre el hombro la capa que utilizó para transportarnos. Sus ojos atigrados apuntan hacia el suelo, no me mira.

—Tendrás que llevar esto antes de que nos marchemos. —Me lanza una capa como la suya salvo porque es de terciopelo celeste: el color tradicional de los alquimistas, el mismo que ribeteaba el borde de la túnica del waidán—. Tu ropa moderna debe verse lo menos posible. Sólo va a verte ella, pero puede ponerse nerviosa.

Me fijo en mis zapatillas con la suela blanca, mis vaqueros gastados por las rodillas y mi camisa. Luego, en la capa de terciopelo que sujeto con la mano. Tiene un broche para engancharla al cuello, un alfiler dorado y brillante. Paso los dedos por la exquisita tela con la tentación de clavar las uñas y hacerla jirones.

—¿Quién es *ella*? —pregunto entre dientes.

—Pronto lo verás. Ponte la capa.

—¿Y si me niego?

Stefan se levanta y clava sus ojos en los míos.

—Quieres salvar a tu hermana, ¿verdad? —Su mirada es feroz, desesperada, pero se trata de una desesperación distinta a la que me imaginaba. No parece que quiera detenerme, sino que necesite mi ayuda.

¿Qué más da ponerse una capa si se trata de salvar a Molly?

Me la echo por los hombros.

—Bueno, vamos —digo.

—Bien. —Agita el brazo y aparece un hueco en la pared de piedra que tenemos delante—. Por aquí —indica.

Pasa por la abertura hacia un corredor construido con la misma piedra antigua aunque, a diferencia de la pequeña habitación, está decorado con mucha más opulencia. Quizás esa no sea la palabra, porque bajo la apariencia de riqueza hay una visible decadencia. A primera vista, las alfombras que cubren el suelo parecen fastuosas, pero al caminar por ellas veo que están apolilladas y raídas, y que hay una capa de polvo en el hueco que las separa de la pared. Aquí no barren desde hace meses. Entra algo de luz a través de unas grandes ventanas por cuyos cristales, empañados por la suciedad, trato de mirar. Veo que fuera hay una extensa ciudad en la que se mezcla lo viejo y lo nuevo: torres de cemento que estropean una villa de techos de paja que parece idílica.

Hay otro elemento moderno que me ayuda a dilucidar dónde estamos exactamente. Se trata de un cartel. Las palabras están escritas en una lengua que reconozco, a pesar de que no la entienda: gergoniano.

—¿Estamos en vuestra capital? —pregunto al caer en la cuenta.

—Es el castillo mayor —me confirma sin volver la cabeza.

Me saltan las alarmas. Estamos en lo más profundo de Gergon. Hace años que no viene ningún novaniano, pero conozco a varios aventureros que lo intentaron. Hubo alguna visita pública, que yo recuerde, aunque bajo unas normas muy estrictas. Los visitantes debían ir acompañados de funcionarios del Gobierno que sólo les mostraron las mejores partes de la ciudad.

—Ya sabes que el virus ha afectado a todos los dotados de Gergon —dice Stefan mientras avanzamos por el laberinto de pasillos.

—Te refieres al robo de magia.

Se estremece de manera obvia, como si le hubiera abofeteado.

—Cuando oí lo que decías a través de la reina madre… Ahora lo entiendo.

Asiento y aprieto las manos por la rabia que me invade al oír el nombre de la reina Tabitha.

—Ella… se pondrá bien —continúa Stefan—. El objetivo de los hechizos era paralizarla por un tiempo, pero tanto su magia como su cuerpo estaban muy débiles. No quiero que nadie sufra ningún daño. Tienes que creerme.

«No, Sam», me digo con firmeza al sentir que comienzo a ablandarme con su melosa verborrea. Tendrá que convencerme con algo más que palabras. Necesito cambiar de tema.

—¿Dónde están los corrientes de Gergon?

—También están dormidos. Fue mi última acción antes de casarme con la princesa.

Nos detenemos frente a un par de gruesas puertas de hierro. Hemos pasado por delante de otras habitaciones y puertas hasta llegar aquí, y lo primero que pienso es que estas parecen modernas. Acero laminado. Grandes cerrojos de acero inoxidable. Un sofisticado teclado en la parte frontal. Hasta creo sentir el zumbido de la seguridad mágica. Detrás se esconde algo peligroso, sin duda.

Stefan coloca la palma de la mano en el dispositivo de alta tecnología, que despide una luz azul antes de parpadear dos veces con un color verde. Entonces, emite otra luz que nos escanea de la cabeza a los pies. Parece que lo que analizaba, fuera lo que fuese, le resulta aceptable, porque los cerrojos chirrían y se giran.

La puerta se abre.

Y lo que aparece al otro lado no es lo que esperaba. Es una habitación infantil en la que destaca una recargada casa de muñecas casi tan alta como yo pegada a una pared; su fachada de estilo *château* no desentonaría en Pays. Las paredes están cubiertas de un grueso papel adamascado de terciopelo y todo está decorado con encaje blanco y gasa. En una esquina hay incluso un caballo balancín y, después de mirarlo mejor, descubro que es un kelpie que emerge de una ola. Alucinante.

En una esquina hay muestras de que se ha producido algún forcejeo o altercado, cuyos desperfectos aún no han recogido: una muñeca rota con un camisón de volantes, la cara rajada y un ojo hundido; libros

abiertos por el suelo con las páginas arrancadas; marcas como de arañazos y quemaduras que parecen hechas con algo incandescente en el papel de la pared. Frunzo el ceño y me pregunto por qué nadie ha ordenado este desastre.

Es un salto en el tiempo. Una habitación infantil de hace siglos.

El rostro de Stefan parece demacrado y pálido mientras observa la habitación.

—Nadie conoce la existencia de esta habitación, salvo la familia real y unos cuantos sirvientes. Sirvientes mudos, debo añadir.

—¿Quién…? ¿De quién es?

—De mi hermana. —Sacude la mano y con una ráfaga de magia cierra la puerta a nuestras espaldas y abre otra en un lateral.

En la siguiente habitación diviso una cama con baldaquino envuelta en gasa. Bajo las sábanas amarillentas hay una joven tumbada. La única muestra de que está profundamente dormida —y no muerta— es el suave movimiento de su pecho que sube y baja. Su pelo, rizado y castaño, se esparce por la almohada, y tiene las manos cruzadas con serenidad sobre el corazón.

—¿Es tu hermana? —digo, acrecentando el gesto de extrañeza. Sé que nunca he sido un hacha en clase de Historia, pero no recuerdo ninguna mención a una mujer en la línea sucesoria de Gergon.

—Mi hermana melliza —puntualiza—. Mi querida Raluca.

—Pero…

—Nació corriente —me explica casi con un susurro. Se acerca a la casa de muñecas y pasa el dedo por el tejado polvoriento. Luego mira a su hermana con una mezcla de amor y algo más. Algo que no logro definir.

Me cuesta procesar lo que acabo de oír. La sangre real *nunca* es corriente. Los flujos de magia que corren por sus venas son demasiado fuertes, demasiado potentes, demasiado manifiestos como para que no se hereden. Hay familias reales por todo el mundo y, que yo sepa, nunca ha sucedido nada semejante.

Una voz interior formula la pregunta clave: «¿Alguna familia real lo contaría si sucediera?».

Me hace un gesto para que me acerque. No quiero hacerlo, pero mis pies obedecen su orden. Podría decir que acudo por culpa de su magia, aunque sé que en realidad se trata de otra cosa: curiosidad.

—Fue una sorpresa para mi madre. Para todos. Yo nací primero y

ella vino poco después. Mi sombra. Su deficiencia fue inmediata. Utilizamos el método antiguo.

Me estremezco. En Nova comprobamos si los bebés son dotados mediante un sofisticado sistema no invasivo que examina su reacción a la energía mágica. Si el bebé la absorbe, es dotado; si la bloquea, es corriente. Se lleva a cabo al mismo tiempo que se le pesa, de manera que no hay sorpresas.

El sistema antiguo, en cambio… Para comprobar si el bebé era dotado, los padres solían sumergirlo en un profundo barreño con agua. Si se protegía, era dotado; si no…

Muchísimos niños corrientes morían con ese sistema. Si sobrevivían al salir del agua, se les quedaba el cerebro dañado. Eso contribuía a la creencia de que los corrientes eran en cierto modo inferiores a los dotados. Creía que esa práctica estaba prohibida en todo el mundo, aunque parece que en Gergon no.

—Mis padres querían deshacerse de ella —continúa Stefan—, pero incluso de bebé yo ya la protegía. Trataron de separarla de mí, y lloré hasta que me puse azul y casi muero. Si me querían, debían quedarse con ella.

—¿Y lo hicieron?

—En secreto. Me presentaron en sociedad; a Raluca no. Tenían la esperanza de que su poder estuviera latente, que se desarrollara con los años. Sin embargo, eso no sucedió.

—¿Cómo…, cómo la mantuvieron oculta tanto tiempo?

—No fue fácil. Intentaron enviarla lejos, a las montañas, al bosque. No lo consiguieron. No lo permití. Cada vez que pensaba que querían alejarla de mí, me cogía unas rabietas tremendas, como cuando era pequeño. Construyeron esta ala del castillo para ella y, mediante magia, se la ocultaron a todos.

Recuerdo algo de eso. Un joven príncipe de Gergon que causaba estragos. Un príncipe indomable. Siempre describieron sus acciones como las trastadas de un mocoso y, cuando lo conocí, estaba impregnado de esa arrogancia que me provocó rechazo al instante. «Entremezclada con una pizca de misterio», pensé. De pronto, caigo en la cuenta de que estoy mirando su fuerte mandíbula y su ceño fruncido, y aparto esa idea de mi mente. Compruebo si el príncipe ha percibido algo diferente en mi actitud, pero sigue hablando. Está tan en su mundo que parece como si yo no estuviera presente.

—Entonces llegó una persona que lo cambió todo, alguien que se atrevió a franquear unos límites que un verdadero alquimista jamás habría sobrepasado… y mucho menos roto. Alguien capaz de echar a perder su alma por una poción. Alguien dotado, de manera que mis padres no dudarían en confiar en ella.

—Emilia —murmuro.

Dirige la vista con rapidez hacia mí, como si se hubiera olvidado de mi presencia. Luego asiente.

—Sí. Ahora ya sabes por qué vino a Gergon.

Mi teoría se acercaba mucho a la realidad…, aunque se quedaba corta. Emilia pretendía convertir en dotada a una persona corriente. A un miembro corriente *de la familia real*, eso sí.

Stefan continúa con su relato:

—Durante un tiempo, mi hermana vivió en la Escuela Visir con Emilia. Sólo entonces permití que la alejaran de mí. Allí, en el campo, parecía disfrutar. Desde su ventana se veían los ondulados prados verdes y podía jugar en las cuevas. Por primera vez no tenía que preocuparse por carecer de poder mágico. Disfrutaba siendo libre.

Siento un escalofrío. No se me ocurre nada peor que estar encerrada en un castillo a solas con Emilia Thoth.

—En la biblioteca de la Escuela Visir había libros viejos de todo el mundo y uno de ellos recogía una leyenda de un alquimista de Zhonguo que habría dado cualquier cosa por amor. Emilia siempre decía que los alquimistas miran hacia el pasado; si algo se ha hecho alguna vez, se puede repetir. Pasó mucho tiempo sin que Emilia avanzara, hasta que saltó la noticia del descubrimiento del monasterio enterrado cerca de Long-shi, una excavación que desvelaría antiguos secretos alquímicos. Le concedimos permiso pleno para todo con tal de que descubriese esos secretos.

—Y fue a Long-shi y robó la página del diario de Tao Kemi —digo para rellenar los huecos de la historia—. Esa mujer no respetaba nada. —No puedo reprimir el enfado. Para mí, después de todo lo que ha hecho, profanar un libro antiguo es de lo peor.

A su favor diré que Stefan suelta una risita, aunque es más un sonido seco, como si se ahogara.

—Sí, bueno. Hizo lo que le pedimos. Emilia nos devolvió a Raluca con la poción en la mano para que todos fuéramos testigos. La trajeron a esta ala secreta del catillo y la encerraron a cal y canto. Sus

habitaciones estaban tal y como las había dejado de pequeña, con todos los juguetes que le servían de entretenimiento pero que no reemplazaban su libertad. Toda la familia se reunió aquí para observar: mis padres, mi hermano mayor y yo. Incluso teníamos una historia preparada para explicar su regreso al redil de la familia real como un miembro más. La niña perdida, robada del castillo al nacer y criada en una región remota. Podría haber sido cierto. Sus gestos eran diferentes a los nuestros: más salvajes, más asilvestrados; sus ojos, más gatunos que humanos.

—Eso os pasa a ambos —comento.

—Bueno, somos mellizos —dice, y se encoge de hombros.

—¿Y qué sucedió cuando tomó la poción?

—Estaba sentada ahí, justo donde tú estás ahora, delante de la casa de muñecas, con la poción en la mano. Recuerdo que tenía un maravilloso color verde esmeralda. Nos miró a los ojos y, sin pensarlo dos veces, se la bebió. Sentimos un cambio energético inmediato. Yo tenía un regalo para ella especial para la ocasión: una varita real. No sabía si ese sería su objeto predilecto cuando fuera dotada, pero se parecía a la mía. Éramos tan semejantes… que pensé que le gustaría. —Baja la vista y, por primera vez, deja de mirar a Raluca—. ¿Y sabes qué? Funcionó. Cogió la varita, apuntó hacia el objeto más cercano, su muñeca, e hizo que volara por los aires. Se estrelló contra la pared de allí, cayó al suelo y se le partió la cabeza. Mi hermana estaba salvada.

»Entonces Raluca nos miró y comenzó a absorber magia casi al instante. Mi madre fue la primera en sufrir la merma: le entró un ataque de tos aquí mismo. Estábamos tan orgullosos de Raluca que apenas nos dimos cuenta de que algo marchaba mal. Estábamos encantados con el resultado. Pensamos que si la entrenábamos un poco, si le dábamos tiempo para controlar su magia, podríamos presentarla al mundo. Todo funcionaba de acuerdo con el plan. Mientras, la tos y el debilitamiento se contagiaron de mi madre a mi padre, a mi hermano y a todos los dotados que estuvieran cerca.

»No sabíamos qué pasaba. El "virus" se contagiaba más rápido de lo que podríamos haber previsto. Nuestra magia se debilitaba. Y luego mi padre se quedó atrapado en su habitación, un cuarto sin puertas; no tenía suficiente poder como para atravesar la pared y tuvimos que echarla abajo para sacarlo.

»Yo fui el último afectado, puede que por ser su hermano mellizo.

Y pese a todo, parecía como si a mí me perjudicara menos. Bueno, como a Raluca. De hecho, ella estaba más fuerte cada día, lo que por aquel entonces no relacioné con la merma de magia de los demás. Pensé que estaba aprendiendo a controlar sus nuevos poderes.

»No, necesitaba respuestas de Emilia; ella había creado la poción. Fui a buscarla a la Escuela Visir y le pregunté.

»La encontré tosiendo entre nubes de polvo, aterrorizada por lo que había desatado. Cuando se dio cuenta de que yo era más o menos inmune, hicimos un trato: yo le daría mi sangre para que ella creara una pequeña cantidad de suero que mantuviera controlada la merma y que evitara que yo me contagiara. Así podría seguir interactuando con el mundo exterior. No era un remedio, pero era algo.

»Entonces Emilia me contó que mi hermana era la culpable de todo, que la única forma de detenerla era… matándola. Me negué a creer tal cosa. Ya había salvado una vez a mi hermana de la muerte. Y después de todos aquellos años de reclusión, después de todo lo que le hicimos pasar… no me iba a rendir con tanta facilidad.

»El sueño encantado fue idea mía. Quise proporcionárselo a Raluca para mantenerla a salvo. No quería que dejara el castillo, ya que si la gente se enteraba de que estaba detrás de la merma de magia, irían a por ella. —Su rostro se nubla—. Tuve que ocultarles a mis padres y a mi hermano todo lo relacionado con Raluca. No habrían dudado en acabar con su vida.

»Mi hermana confiaba en mí. Vine… y me senté a su lado. Estaba contentísima con su nuevo poder; podía hacer que los juguetes cobraran vida y danzaran, aunque todavía no era capaz de salir de la habitación, pero casi. La convencí para que me enseñara su juguete favorito, esa muñeca de la esquina. Hizo que cobrara vida y que actuara para nosotros. Entonces lo hice: le inyecté el somnífero en el cuello. —Casi como si la hubiera invocado, aparece en su mano una jeringa con una aguja larga y afilada—. La dormí, pero la merma no se detuvo, al contrario: continuó más rápida que nunca, probablemente porque hice que se enfadase. Se extendió por el palacio, entre todo el personal, y ellos, al volver a casa, lo extendieron por todo el país.

—Tuviste que dormir a los afectados —concluyo mientras mi cerebro alquimista conecta los datos.

—Eso es. Esta vez sí que se detuvo la merma y evitó que los perjudicados perdieran toda su magia. Fue necesario. Para proteger a la

familia real. Para proteger nuestra estirpe. ¡Para detener la completa aniquilación del poder mágico de nuestro país!

»Yo permanecí despierto gracias a las pastillas, que evitaban que me contagiara, y le ordené a Emilia que encontrara una solución. Sin embargo, ella alegó que en el lugar donde halló la receta no se hablaba de ningún remedio, así que no tuve otra alternativa que creerla.

Al menos Emilia no engañó en eso a Stefan. Sólo yo era capaz de hallar el remedio.

—Su primera idea fue que, si quería detener la merma, tendría que volverme más poderoso, así que necesitaba casarme con Evelyn para adquirir la mitad de su enorme poder. Tuvimos dificultades en la búsqueda del aqua vitae, que pensamos que funcionaría como remedio; no habríamos sabido de su existencia de no ser por tu aparición en la televisión varios meses antes.

—Ah, sí. Aquello.

—Pero cuando Emilia me traicionó de manera definitiva y consiguió el aqua vitae en su propio beneficio…, tuve que retomar el primer plan. Y esa vez lo conseguí: convencí a Evelyn para que se casara conmigo.

—Pero no funcionó.

—No. El día de la boda, dejé de tomar la pastilla que Emilia había creado. Toqué la mano de Evelyn y…

—Permitiste que Raluca absorbiera la magia de la princesa de Nova, lo cual le abrió también las puertas para absorber la magia de toda Nova. Pusiste al mundo entero en peligro.

Stefan ni siquiera parpadea.

—Casarme con Evelyn fue mi último recurso. Compartí con la princesa las pastillas que me quedaban hasta que conseguí que elaboraran un somnífero.

—¿Y entonces decidiste culpar a la ADC? ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—No podía contar la verdad. ¡Encontrarían a Raluca y la matarían! Pero eso ya no importa, porque estás aquí. Tú puedes cambiar la situación de mi hermana.

Trago saliva y saco el vial del remedio de debajo de mi capa. Noto que está caliente, como si la llama de fénix reaccionara a la proximidad de Raluca.

Dudo.

—Tenemos que despertarla para que el remedio funcione. ¿Y si es demasiado fuerte? Tiene demasiado poder…

—Tienes razón. —Sus ojos de tigre se clavan en los míos y se niegan a apartarse—. Samantha, ella no va a entender por qué hago esto. Lo único que siempre ha querido es ser dotada, como yo. Y ahora que lo es, le estoy arrebatando su poder. ¿Podrías hablar con ella? Tú eres corriente, te escuchará.

—Puedo… intentarlo. —Me acerco al dormitorio, pero Stefan me detiene de nuevo.

—No, deberías hacerlo ahora.

—¿Cómo? Está dormida.

—Ya lo sé. Sólo hace falta que tú también te duermas.

Arremete contra mí como una serpiente y me agarra del brazo para que me acerque a él. Antes de que me dé tiempo a defenderme, a propinarle una patada o a gritar, me clava la aguja en el cuello y me deja inconsciente.

33

SAMANTHA

Abro los ojos y veo a una niña delante de mí.

Tiene la cabeza ladeada. Su pelo oscuro es un revoltijo de rizos y tiene los ojos redondos y brillantes. Debido a su marcada delgadez, las clavículas le sobresalen bajo la piel y las mejillas se le hunden como dos cuevas. Lleva puesto un camisón blanco que puede que antes le quedara bien, pero que ahora apenas le tapa los tobillos; nadie se ha molestado en darle uno más grande. Dieciocho años viviendo sola o en el exilio. Parece tan loca como cualquiera que estuviera en su situación.

Unas formas brillantes que aparecen y desaparecen orbitan a su alrededor como siluetas fantasmales con largas túnicas que ondean en el aire.

Oniros: criaturas que habitan el espacio de los sueños, a menudo culpables de crear pesadillas muy reales. Es poco frecuente que pasen al mundo físico, pero, si lo hacen, las alucinaciones que provocan tienen consecuencias devastadoras. Se utilizan poco en pociones porque rara vez dejan algo de materia física al morir. Sus cabellos pueden utilizarse en pociones para el sonambulismo.

Cuando consigo apartar la vista de la chica y de los oniros, me percato de que estoy en una sala circular, no muy distinta de la habitación de Gergon de la que procedo. Me entristece ver que hasta en sueños la niña vive en un lugar tan frío y duro.

—¿Raluca? —pregunto, vacilante.

Parpadeo y de pronto, con la velocidad de un rayo, la tengo delante. Estira el brazo para tocarme la cara, pero retrocedo.

—Tú no eres una de ellos —me susurra.

—¿Una de quiénes? —pregunto mientras doy otro paso atrás.

No parece que le importe, así que sigo retrocediendo; prefiero que haya entre nosotras el máximo espacio posible.

—De los dotados.

—No, no soy dotada.

De nuevo está situada frente a mí y esta vez me agarra la muñeca. Su tacto es como una pluma. Tiene la piel seca y fina como el papel.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de mí?

Ahora es ella quien retrocede y aparta la mano como si le hubiera mordido una serpiente.

—No querrás darme otra poción asquerosa, ¿verdad? ¡No pienso tomármela! Estoy aquí por culpa de una poción. ¿Dónde está Stefan? ¡Prometió que me protegería!

Agita los brazos en el aire; me preocupa que quiera atacarme. Levanto las manos.

—Por favor. Ha sido Stefan quien me ha enviado aquí. Me ha dormido. Quería que te explicara por qué he venido.

—¿Me tiene tan poca consideración que envía a una niñata para que hable conmigo? ¿Por qué no viene él?

Al oír que me llama niñata, se me eriza el pelo de la nuca y le suelto una mirada de rencor. Como es la hermana melliza de Stefan, tiene sólo un par de años más que yo.

—¿Qué pasa entonces? —Se aleja de mí flotando por el aire. No puedo describirlo de otro modo, ya que no toca el suelo con los pies.

—¿Sabes lo que les está pasando a los dotados de…, del mundo real?

—Pues claro. No dejan de decírmelo.

—¿Que te lo dicen? —Vuelvo la cabeza hacia los lados y me olvido de que estoy hablando con la princesa escondida. Diviso una ventana y salgo corriendo hacia ella. Veo que debajo hay una ciudad rodeada por una muralla—. ¿Evie? —grito por la ventana—. ¿Molly? ¿Estáis ahí?

—¡No las llames! —Los ojos de Raluca están llenos de furia—. ¿Acaso no sabes que son dotadas? —Pronuncia la palabra como si tuviera veneno en la boca.

—¡Mi hermana es dotada!

—¿Y qué? Mis padres también lo son. Y mis dos hermanos. Y no me aceptaban. Querían «enmendarme». Bueno, pues ya estoy enmendada. Y más que eso. Soy poderosa, mucho más que ellos. Los

he visto en este mundo de los sueños y son débiles; cuando me despierte, tendré toda la magia del mundo.

Sacudo la cabeza, aunque me tiembla todo el cuerpo.

—No, no quieres eso. Si absorbes todo el poder mágico de alguien, esa persona muere. ¿No te das cuenta? ¡Este mundo de los sueños es lo único que evita que los mates a todos!

Los ojos de Raluca destellan.

—¿Y qué más da? ¿Acaso crees que un mundo dividido entre dotados y corrientes es justo? No. Si hay gente que no puede usar la magia, nadie debería usarla.

Su feroz determinación es como una bofetada, y se me saltan las lágrimas al pensar en la desaparición de todos los dotados que conozco y a quienes amo. Me seco la cara con furia.

—¿Crees que los corrientes no tienen magia? Eso no es verdad. Podemos hacer las mismas cosas que los dotados, sólo que nosotros utilizamos el cerebro, la inteligencia o el ingenio para llevarlas a cabo. ¿Los dotados vuelan? Nosotros construimos aviones. ¿Los dotados se comunican a través de grandes distancias? Pues mira, ¡aun así prefieren utilizar sus teléfonos móviles, creados por corrientes!

Raluca me pone una cara rara y me pregunto si sabe de lo que hablo. La han protegido tanto que dudo que sepa lo que son los aviones o los teléfonos móviles. Cambio de estrategia.

—Sé que te han tratado mal. No, fatal. Lo que te han hecho es injusto. Pero eso no es así en todas partes. Puedes encontrar un lugar donde ser feliz aunque seas corriente.

Parece considerar mi argumento durante un momento. Luego me agarra de las manos y se acerca tanto que puedo contar los destellos de magia de sus ojos.

—Sé de un lugar donde puedo ser feliz. Un lugar en el que puedo disponer de todos los flujos de magia. —Los oniros descienden sobre mí y siento el tacto helado de sus dedos en mi pelo. Comienzan a esbozar una serie de imágenes delante de mí, a construir un mundo de fuego y azufre. Lo reconozco demasiado bien. Es el Yanhuo—. Emilia me habló de ese mundo. Desde aquí —me susurra al oído— puedo absorber toda su magia.

Ese es su sueño.

Mi pesadilla.

—¡Aléjate de ella!

Las paredes de piedra que me rodean se funden y dan paso a un espacio en blanco. De repente, veo a la princesa Evelyn avanzando hacia mí mientras la visión del volcán se desvanece y los oniros huyen. Está rodeada por un ejército de adolescentes, pero ella es la más imponente y su expresión es feroz.

Los oniros no son los únicos que salen corriendo: Raluca también desaparece.

Antes de que me dé cuenta, Evelyn me está abrazando con fuerza. Al poco rato siento otros brazos alrededor de la cintura que me aprietan. Trato de aferrarme a ellos.

—¡Sam! —La voz de Molly está acallada por el abrazo. Nos separamos con esfuerzo, pero no puedo evitarlo: vuelvo a abrazarla y le estampo un centenar de besos en la frente.

—¡Mols, qué preocupada estaba! —digo cuando por fin nos separamos.

Tiene las mejillas sonrosadas y el pelo (siempre tan arreglado), revuelto.

—Estoy bien. La princesa nos ha mantenido a salvo de los oniros y hemos construido nuestros propios muros para protegernos de esa mujer.

—Esa mujer es la hermana melliza del príncipe Stefan —les explico —. Nació corriente y sus padres la escondieron. Stefan fue el único que se preocupó por ella. Contrató a Emilia Thoth para que creara una poción que le diera poder mágico, pero ni Emilia ni Stefan se dieron cuenta de que esa magia provenía de un sitio concreto. De que Raluca la absorbe de los dotados.

A Evelyn se le escapa un sollozo ahogado que llama mi atención.

—Es por mi culpa —dice entre jadeos.

Molly toca la espalda de Evelyn.

—Princesa, nadie te culpa. Tú no podías saberlo.

—¿No podía saberlo? —Se aparta las manos de la cara. Hay rastros de lágrimas en sus mejillas—. Podría haber investigado un poco más antes de casarme con Stefan. Dragones, ¡podría haber escuchado a Sam cuando se acercó a mí! Podría haber hecho mucho más. Podría haber esperado y, quién sabe, tal vez casarme con la persona a quien amaba. Sam tenía la solución, un método para almacenar mi exceso de poder mágico y no tener que desposarme con nadie. Si hubiera tenido más paciencia…

—Tu ciudad y tu país estaban en peligro. Hiciste lo que debías —le recuerdo. Evelyn alza la vista hacia mí, pero mantengo el gesto impasible y la voz firme. Sé que había mucho en juego y que tomó la decisión correcta.

—Y ahora mira lo que le he hecho a nuestro país. —Levanta las manos con gesto desesperado.

No puedo ocultar mi malestar.

—Evie, ¿puedo hablar contigo a solas? —Le lanzo un vistazo a las compañeras de Molly y a la multitud de ciudadanos de Kingstown que se congregan alrededor. Por suerte, entre ellos no veo a mi madre ni a Zain. Respiro aliviada.

—Y conmigo, ¿verdad? —pregunta Molly con un tono cortante. Ya he aprendido a no dejarla al margen.

—Claro, contigo también.

—Lo que tú digas, Sam. —Evelyn se vuelve hacia la multitud y alza las manos—. Me temo que he de atender asuntos de la realeza. ¿Os acordáis de cómo mantener apartados a los oniros? Sé que podéis hacerlo, adelante.

Siempre me fascina el modo que tiene Evelyn de que la gente siga sus órdenes, su capacidad de persuasión amable pero firme. Sé que se debe a que nació con poder, dando por hecho que nadie va a negarse a sus órdenes. Cuando yo le pido algo a alguien, me deshago en disculpas y aporto una retahíla de excusas prefabricadas para que escojan una en caso de que no quieran hacerlo. Evelyn no ofrece otra cosa: es su voluntad o nada.

Molly y yo caminamos con ella hasta que nos apartamos de la multitud. La princesa levanta unos muros soñados a nuestro alrededor. Me impresiona que haya aprendido a controlar su poder aquí con tanta facilidad, aunque no debería extrañarme; es una mujer que nunca ha sabido lo que es carecer de poder. Al instante comparo su vida con la de Raluca, su homóloga, que no ha conocido la magia hasta ahora.

—Bueno, ¿y qué haces aquí? —me pregunta—. ¿Has venido a salvarnos? ¿Existe algún remedio?

Sonrío.

—He venido… El príncipe Stefan me ha hecho venir.

—¿Has hablado con el príncipe? —Molly se queda boquiabierta.

—¿Te han traído en contra de tu voluntad? —inquiere Evelyn de inmediato.

—Sí y no —digo con sinceridad—. Creo que Stefan por fin ha entendido que debemos detener a Raluca y me ha enviado para curarla. Pero antes quería pediros algo. Cuando todo esto acabe y estéis a salvo, no la castiguéis. Su acumulación de poder ha sido sólo un efecto de la poción, ella no podía evitarlo aunque hubiera querido.

—La princesa gergoniana —dice Evelyn, y aprieta los labios. Por un momento, creo que no va a ceder. Después, relaja los hombros—. Lo que han hecho con ella es despreciable. Asqueroso. Y no me refiero al intento de darle poder mágico. ¿Cómo han podido esconderla durante todo este tiempo?

—Ya…

Me agarra de los brazos.

—Cuéntame qué sucede en Nova —me pide.

Dudo, pero sé que no puedo ocultarle la verdad.

—Pues que toda la familia real novaniana está contagiada… y que está afectando al palacio.

—Claro, ya imagino. Quiero decir que no hay nadie allí para dirigir nada… He visto aquí a mis padres, pero no a mi abuela. Espero que el primer ministro esté en cuarentena y que hayan emprendido acciones…

El recuerdo de la reina madre me sacude el corazón, pero sé que no debo darle esa noticia ahora, con todo lo que está pasando. Es más, no debo dejar que se distraiga del asunto principal que nos ocupa.

—No, no lo entiendes. El palacio en sí está en peligro. La gente lo ha visto desde tierra.

—¿Cómo? Imposi… —Las palabras se desvanecen en su boca cuando se da cuenta de todo—. La magia que hace que el palacio sea invisible está fallando —añade.

Molly llega a la siguiente conclusión antes incluso que ella.

—¿Significa que se puede caer? —grita alarmada.

—Ay, Dios —se lamenta la princesa. Se tambalea y la agarro con el brazo—. ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

Molly me mira con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos por el miedo disimulado.

—Si el palacio se cae…

Tiemblo sin querer.

—Lo sé —digo. Entonces grito—: ¡Stefan! ¡Despiértame!

La cara de Evelyn se deforma mientras mi visión pierde el eje central. Las rodillas se me doblan y Evelyn me sujeta por el brazo para

mantenerme de pie, aunque apenas noto que me toca.

—¿Sam? Sam, ¿qué pasa? —me pregunta con voz de preocupación.

—Creo…, creo que me estoy despertando.

—¡Buena suerte! —grita Molly.

—¡Confiamos en ti! —exclama Evelyn.

El mundo vuelve a cambiar y veo la cara de Stefan. Regreso al sueño por un instante y veo que Evelyn rodea los hombros de mi hermana. Estoy perdiendo la conciencia.

—Volveré. Vosotras… estad preparadas.

—Lo estaremos —creo que oigo decir a la princesa antes de reaparecer en el mundo real.

34

PRINCESA EVELYN

—¿Que estemos preparadas? ¿Cómo vamos a estar preparadas? El palacio se cae, nuestra magia desaparece —dijo Molly.

No supo qué responder.

Evelyn respiró hondo. «Eres la princesa. No hay nada que no puedas controlar… y menos cuando tus ciudadanos son quienes sufren».

El palacio era su responsabilidad. De ella y de sus padres. Pensó en ellos dentro de aquella ciudad amurallada, en sus mentes atrapadas por los oniros, en su poder que se iba mermando. Pero sus vidas no eran las únicas afectadas. Ahora había millones en juego.

Se giró hacia Molly.

—Vamos, tenemos que detener a Raluca. ¿Crees que tú y tus amigas os las apañaréis?

Molly se enderezó y dobló los dedos dentro de los guantes.

—Sí.

Evelyn asintió.

—¿Quién es tu mejor general?

—¿Bethany? —Molly llamó a su amiga. La adolescente se acercó a toda prisa. Las cuentas que adornaban sus trenzas chocaron entre sí debido al trote.

—De acuerdo —dijo Evelyn—. Necesito que os disperséis, pero esta vez vais a dirigir vuestro poder para destruir los muros de la ciudad. ¿Entendido?

—Podemos hacerlo, princesa.

Evelyn sonrió.

—Lo sé.

Evelyn tomó posición en la verja de hierro con diez estudiantes a cada lado. Quizá, con un poco de esfuerzo, podrían derribar el muro.

—¿Preparadas? —Miró a la izquierda y a la derecha. Las dos generales asintieron con la cabeza.

Evelyn apretó los labios.

Antes de que pudiese dar la orden de «fuego», Raluca apareció frente a ella.

—Qué amables los oniros, ¿verdad? Mantienen en calma a todos estos dotados mientras su poder viene a mí. Les he prometido un montón de sueños para cuando yo sea la única reina dotada en un mundo de gente corriente. —Levantó las manos para que los oniros la rodearan. Luego las bajó y señaló hacia los dos grupos de estudiantes.

Las criaturas acudieron como un enjambre. Molly gritó.

Entonces Raluca se echó a reír emitiendo un sonido escalofriante. Reía y reía mientras su cuerpo perdía solidez y la cara se le iluminaba. Era una réplica exacta de lo que le había sucedido a Samantha.

Lo que sólo podía significar una cosa.

Raluca se estaba despertando.

Evelyn no creía que fuera porque hubiera recibido una poción, sino porque se había obligado a sí misma a despertar.

Y si Raluca era capaz, ella también, estaba segura. No iba a permitir que una princesa sedienta de poder absorbiera la magia de su pueblo y asumiera el control de su país.

Tal vez Samantha lo consiguiera, o tal vez no.

Ella no iba a correr ese riesgo. Nova era suya.

—¡Despierta! —se gritó a sí misma. Y de pronto el mundo comenzó a cambiar.

35

SAMANTHA

—¡Rápido! —me grita Stefan—. ¡Se ha ido!

Hago un esfuerzo para orientarme tras despertar del sueño. Tengo la cabeza envuelta en una densa neblina.

—Perdona, ¿qué dices?

—¡Mira!

La cama que tenemos delante está vacía y Stefan se está curando una herida con muy mal aspecto que tiene en la frente.

—Ha roto ella sola el hechizo de la poción somnífera. Creía que era imposible lograrlo.

Descubro que la neblina no está sólo en mi cabeza. Está en la habitación. Es humo.

—¡El remedio! —grito de forma ahogada.

Mi preciado vial está hecho añicos en el suelo de piedra y el brillante líquido rojo se desparrama por doquier. La llama de fénix que seguía ardiendo en su interior ha prendido en el borde de la alfombra raída y se ha extendido por los juguetes de madera y los laterales de las cortinas.

Toda la maldita habitación está ardiendo.

Pero al menos sé dónde se ha ido Raluca.

—Stefan, tenemos que volver.

—¿Volver dónde?

—Al volcán Yanhuo. Allí es donde se dirige tu hermana.

—¿Por qué? —pregunta, incrédulo—. ¿Por qué no se va a Nova y continúa absorbiendo la magia de los dotados?

—En el volcán Yanhuo confluyen todos los flujos de magia. Desde

allí puede absorber la magia de todos los dotados del mundo. La quiere toda para así gobernar como única reina dotada un mundo constituido sólo por corrientes.

Stefan sacude la cabeza despacio, con recelo.

—No, nunca haría eso.

—Lo he visto en sus sueños, Stefan. Lo hará. Está convencida de que es el único modo.

Parece que algo encaja en su cerebro y asiente.

—Vamos.

Se quita la capa de los hombros.

—Es un panel de transportación. A la antigua.

Pienso en los rumores de que los gergonianos podían lanzar la capa y desaparecer. Supongo que así es como combinan la nueva tecnología con lo antiguo. Por poco consigue que me impresione, hasta que recuerdo que los llaman «vampiros».

Pese a todo, es práctico. Si pudiera hacerme con una de esas…

—Ni lo pienses —me dice—. Tienes que ser un dotado de alto nivel para usarla.

«*Estupendo. Adiós a mi plan de huida*».

Me incomoda un poco que me lea la mente con tanta facilidad.

Lanza la capa sobre nosotros y le oigo murmurar el nombre del volcán.

Llegamos a un lugar de fuego, azufre y lava, justo como en la pesadilla. Aunque esta vez hace calor. Un calor compuesto por gases, tan extremo y asfixiante que siento que voy a desmayarme. Me llevo la mano a la boca, aunque no sirve de mucho. El humo me hace daño en la garganta y en la piel que está al descubierto. Estamos encaramados a un lateral del cráter mirando hacia el caos de abajo. La caldera se ha abierto y cubre casi todo el suelo del cráter. Sólo quedan unas cuantas islas de roca sólida rodeadas por ríos de lava roja derretida.

—¿Esto forma parte de las Tierras Salvajes? —me pregunta Stefan con la varita desenvainada.

Asiento. Aquí no hay modo de que Stefan pueda utilizar su magia de manera previsible. Por suerte, él lo entiende. Me quita la capa de los hombros, la rasga en dos mitades y me lanza una de ellas. Me envuelvo la boca y la nariz con ella para, de inmediato, respirar mejor.

Raluca está de pie en una de las islas de roca más grandes. Es como si disfrutara respirando los gases; la revitalizan y canalizan su magia.

Por desgracia, nos ve casi al instante. Entorna los ojos.

—No intentes detenerme, hermano —dice, amplificando de forma mágica la voz para que la oigamos—. Necesito hacerlo. Es por el bien de todos.

En la superficie brotan burbujas de lava que chisporrotean y se convierten en una costra negra al entrar en contacto con el aire. Un camino de rocas conduce hasta Raluca, pero es estrecho y podría romperse en cualquier momento, en cuyo caso nos quedaríamos encallados.

—Vamos —me insta Stefan—. Tenemos que bajar y detenerla.

—¿Cómo?

El volcán es el centro de todo. Si los flujos de magia son como venas, el Yanhuo es el corazón mágico. Si Raluca consigue servirse de las venas para extender la merma por todo el mundo…, no habrá modo de detenerla.

—No lo sé. Pero no vamos a quedarnos aquí para averiguarlo.

—Por allí. —Señalo hacia el camino por el que trepamos Arjun y yo. Allí sigue la cuerda que empleamos para subir. Stefan asiente y sale corriendo.

Se produce un destello y la cuerda se desintegra en nuestras narices. Raluca apunta con las manos en nuestra dirección.

—¿Cómo ha hecho eso? Creía que la magia no funcionaba aquí. No con tanta precisión.

—No debería. —Abro los ojos de par en par—. Debe de ser porque nació corriente. Ha sido una poción lo que la ha convertido en dotada. Los corrientes tenemos una relación diferente con las Tierras Salvajes.

—No quiero hacerte daño, Stefan —dice, alzando la voz amplificada sobre los crujidos y sacudidas del volcán—. Ni a un alma corriente tan espectacular como la tuya, Samantha. Ya estoy cerca. Nunca más habrá división entre las personas.

—¡No puedes hacer algo así, Raluca! —Stefan se vuelve hacia mí con lágrimas en los ojos—. Sólo hay una forma de arreglarlo. Sé lo que tengo que hacer, así que, por favor, coge esto. —Se quita un anillo del índice, un gran sello de oro con el nuevo escudo de Nova, y me lo pone sobre la mano. Luego mira a Raluca, da dos pasos y salta hacia el suelo del cráter.

—¡Stefan! —grito. Se va a matar.

Pero su magia es suficiente para mantenerle estable.

—Te dije que no intentaras detenerme, hermano. No quiero verme obligada a hacerte daño. —Enfatiza la frase levantando el brazo hacia Stefan y tirando hacia sí misma con el puño cerrado. Stefan reacciona como una muñeca de trapo en el aire. A través del humo del cráter veo un chorro de magia moteado de oro, la magia que Raluca está absorbiendo del príncipe. Si tenía algún privilegio por ser su hermano o por el suero que Emilia le preparó, ya se ha esfumado.

Cuando se cae, es incapaz de amortiguar el golpe. Por gracia de los dragones, aterriza en una roca entre los ríos de lava, aunque no sé si sobrevivirá tras semejante porrazo, y menos con su magia limitada.

Con una frialdad que me hiela la sangre, Raluca le da la espalda y se concentra en el lago de lava.

—¡Sam!

Me giro al oír que me llaman desde detrás y veo tres figuras reconocibles que suben a toda prisa por el volcán: Trina, Anita y Arjun.

—Vimos que había mucho revuelo en el cráter y el geolocalizador del dron nos indicó que estabas aquí. Teníamos que comprobar si era cierto —explica Anita.

Nunca había estado tan contenta de ver caras conocidas.

Trina tiene el rostro rojo por el calor y el esfuerzo. Parece que han subido corriendo la ladera del volcán, con crampones y todo.

—Sam, tienes que darte prisa. El palacio no sólo es visible, sino que está descendiendo.

—¿Cómo? —grito.

—En las últimas horas ha debido de suceder algo. Todos los dotados de la ciudad están en fila apuntando con la varita hacia el palacio para que no caiga. Tu abuelo y tus padres están suministrando pociones para fortalecer a la gente, pero todo el mundo se debilita.

—Dios mío. Desde que Raluca se despertó, ha tenido que estar absorbiendo la magia mucho más rápido.

Trina asiente.

—Kirsty y la ADC están organizando la evacuación. Están tan agradecidos por la ayuda de los dotados que están colaborando. ¿Y sabes quién está encabezando el grupo de los dotados?

—¿Quién?

—Zain.

—Oh. —Aprieto los labios. Todos están poniendo de su parte para salvar al mundo. Ahora tengo que poner yo de la mía, porque mi hogar,

mi ciudad, está a punto de ser destruido.

—Hemos embotellado el remedio —dice Anita—. Todos llevamos viales en la mochila.

El corazón me salta de alegría mientras se da la vuelta para que coja uno de los viales. Cuando lo agarro, me parece minúsculo. Una pequeña botellita contra la dotada más poderosa que existe.

—No sé si podré acercarme lo suficiente a Raluca. Tiene que bebérselo —digo.

—Hay otra opción —puntualiza Arjun.

Entonces me doy cuenta.

—Tienes razón. Necesitamos invocar de nuevo al fénix. Y esta vez es urgente. ¡FÉNIX! —grito, pero se me quiebra la voz.

—Desde aquí no va a funcionar. Tenemos que bajar ahí —indica Arjun mientras suelta la cuerda que lleva en la cintura.

—Raluca es demasiado poderosa. Ya ha destruido una de nuestras cuerdas. ¡Y ha absorbido la magia de su propio hermano!

Como muestra de mi comentario, Raluca envía una bola de fuego hacia nosotros que nos hace retroceder de un salto. Su voz suena por todas partes.

—Eh, tú, la niñata que afirma tener un «remedio». La niña que ha compartido vídeos por el mundo entero. ¿Tienes la cámara encendida? Venga, baja y muéstrale al mundo contra quién se enfrenta.

Cruzo miradas de pavor con Arjun y Trina. Esta última asiente. Enciendo la cámara del dron. Cuando me acerco al borde del precipicio, la magia de Raluca me agarra y me lleva volando por la superficie del cráter hasta sus pies.

Por debajo de mis zapatillas, el suelo cruje y crepita. Intento guardar la compostura. Tengo el vial destapado en la mano y debo estar preparada para usarlo de inmediato.

—Mírame —ordena. Un segundo después, está envuelta en llamas de poder. La magia sale de ella a raudales, la rodea, y un rayo de luz brillante se eleva tan alto como la columna de humo del volcán hacia el cielo. No es un simple flujo de magia; ella es todo un océano, la propietaria de todo el poder mágico de Gergon y de casi todo el de Nova. Del poder de mi hermana. Del de la princesa. Del de los reyes.

—Ya lo noto —me dice con ojos llameantes—. A mi alrededor hay poder mágico, hay magia, y se filtra por las grietas del suelo. Aquí, bajo nuestros pies, hay corrientes de magma que llegan a cualquier rincón

del planeta. ¿No lo sientes? Samantha, tú eres corriente. Pronto recibirás el respeto que mereces. No habrá nadie que te restriegue su poder y te haga sentir inferior.

Sacudo la cabeza y cierro los ojos con fuerza.

—Yo no me siento inferior —respondo—. Soy corriente, pero también tengo poder. No quiero ser dotada.

Ella me agarra de la barbilla y me abre la boca.

—¿No quieres? ¿Y por qué no pruebas? Mi hermano… Tenemos aquí su poder a nuestra disposición. Me resistía a absorber su magia porque es el único que ha cuidado de mí alguna vez. Y ahora mira. Ha abierto todo el mundo mágico para mí. ¿Por qué no lo intentas?

En cuanto abro los ojos, me vierte un líquido en la boca. Levanto la mano para ponerle yo también el remedio entre los labios, aunque ella es más rápida que yo. El vial del remedio se me cae y se rompe en el suelo mientras me estiro, arqueo la espalda y retrocedo para evitar por todos los medios tragarme el líquido.

Pero me lo trago. Cuando Raluca se percata de ello, me suelta, se aparta y espera con una gran sonrisa en la cara.

Al principio no sucede nada. Luego, poco a poco, me empieza a subir un calor por las venas desde la punta de los dedos a hasta el resto del cuerpo. Es… como si algo zumbara, como si mis células vibraran. Como si cantaran.

Como si se conectaran. Las moléculas de magia del aire se enlazan con mi cuerpo. ¿Es esto lo que se siente? ¿Es esto lo que sienten los dotados a diario?

Casi me echo a llorar por lo injusto que me resulta. Porque nunca sentiré esto. Porque nunca viviré así.

Entonces me doy cuenta de que *sí* que lo siento. Cada vez que elaboro una poción, noto este mismo zumbido. No es sólo magia. Es creatividad. Es pasión.

Me miro las manos y pienso que, tal y como las siento, deberían resplandecer.

Frente a mí, Raluca sonríe.

—Toma el resto de su poder —me dice—. Haz algo con él.

Percibo una pequeña dosis de magia en la palma de la mano. Lo primero que pienso es en usarla contra ella, pero sé que es capaz de protegerse antes de que yo haga un solo movimiento. Mi poder es muy limitado.

En lugar de eso, lo utilizo para mantener el dron en el aire. Cuando consigo que se eleve y dé vueltas, no puedo contener la cara de asombro. Espero que lo esté grabando todo.

Se oye un disparo que retumba en la caldera. Se produce un destello delante de mí y Raluca chilla con ira. Al darme la vuelta, veo que Arjun y Trina han conseguido llegar hasta el suelo. Trina se mantiene firme con el brazo extendido, apuntando con absoluta perfección con la pistola que sujeta. La bala golpea el suelo a los pies de Raluca. Un disparo de advertencia.

—Te has metido con la princesa equivocada, *princesa* —dice Trina.

—Llegas tarde —responde esta—. Siento que acumulo el poder de todas partes del mundo. Pronto no quedará ningún dotado salvo yo ni nadie con quien luchar.

Trina lanza otro disparo, que detiene Raluca con un golpe de magia.

—Como queráis —añade mientras gira la cabeza hacia Trina y levanta las manos hacia el lago de lava. De él y de los ríos de magma circundantes que se forman en las grietas del suelo de la caldera comienzan a brotar monstruos de fuego y azufre, demonios con el cuerpo amorfo que cobran vida. Arjun saca el polvo heladizador del waidán y se lo arroja a las criaturas, que se quedan congeladas al instante. Pero hay demasiadas. Se congregan alrededor de Trina, que corre y esquiva sus ataques como una profesional a la vez que distrae a Raluca.

Y que a mí también me distrae. Debo ponerme en acción. Salgo disparada hacia el nido del fénix, saltando de isla en isla entre los ríos de lava tan rápido como puedo sin perder de vista mis pies.

—¡Fénix! —grito—. ¡Por favor, ven! ¡Te necesitamos! —Me detengo junto al nido con las piernas temblorosas por el miedo. Trato de tomar aire suficiente para llamarlo, pero me ahogo por la adrenalina y el humo.

—¿Qué haces? —De pronto, Raluca está a mi lado. Me agarra por el cuello de la camisa y me arrastra a una velocidad sobrehumana hacia el centro del cráter—. Esto ya me aburre —añade—. Si no te unes a mí, tampoco pierdo nada.

Entonces me empuja al lago ardiente.

36

SAMANTHA

El calor es tan intenso que parece que se me va a derretir la ropa sobre la espalda. Cierro los ojos y pienso en mi familia.

Pero mi vida no termina aquí. Oigo un chillido tan fuerte como en trueno junto a mi oído y caigo sobre un lecho de llamas. Pero no son llamas, sino plumas.

Un fénix. Rojo y dorado y naranja y amarillo, brillante como la mismísima lava. Es enorme, mucho más de lo que imaginaba. Mayor que los dragones que he visto.

Por instinto, me agarro con fuerza a las barbas de sus plumas. El corazón me da un vuelco cuando alzamos el vuelo y nos alejamos de la lava hirviendo. Voy a lomos de un fénix que ha acudido para salvarme.

Emite una explosión de fuego esmeralda a través de sus poros que me cae encima de un modo indoloro e inmaculado, como un baño de agua fresca. Los pocos vestigios de poder mágico que quedaban en mi organismo por la poción desaparecen gracias a las llamas, lo cual me alegra. No me sentía natural. Y la envidia que pudiera tenerle a mi hermana, a Zain o a la princesa… también se esfuma. Me gusta ser como soy. Y estoy convencida de que es justo lo que necesitamos de Raluca.

Aferrada con una sola mano, me atrevo a darme la vuelta para tumbarme bocabajo y mirar hacia el cráter por encima del ala. Lo que veo es un caos: Anita, Arjun y Trina están juntos, y se dan la espalda entre ellos para luchar contra Raluca y los demonios de lava. Sé que a ninguno le queda mucha munición, ya sean balas o pociones. Veníamos preparados para escalar, no para una batalla.

Necesitan salir de aquí.

—Fénix, por aquí —digo, y señalo hacia Raluca—. Ella es el origen de todo. Tienes que ayudarme a detenerla.

No sé si me entiende, pero se oye otro chillido ensordecedor que espero que sea señal de que sí. Mientras cae en picado hacia ella, me agarro con fuerza aguardando el disparo de fuego. No se produce. En lugar de eso, el fénix vuela por encima de los Patel y de Trina. Noto que arquea el cuerpo debido a un peso inesperado; los ha recogido con las garras. Nos elevamos de nuevo con rapidez por encima de la caldera y, con una sacudida de sus plumas, me suelta en tierra firme.

—¡Tenemos que regresar! —chillo mientras me pongo de pie. Pero el fénix me mira con ojos tristes antes de explotar en un fuego abrasador; su cuerpo se desintegra ante mis ojos, y con él nuestra esperanza de detener a Raluca. Al final, lo único que queda es un polluelo diminuto, desnudo y rosado sobre el suelo negro de lava. Sólo puedo estar agradecida. Me ha salvado la vida, la mía y la de mis amigos. Su último esfuerzo fue demasiado grande.

Un crujido procedente del interior del cráter me provoca un escalofrío en la espalda. Raluca ha ganado. Entonces la determinación se apodera de mi cuerpo y mi pasión se vuelve férrea. No voy a parar. Aunque perdamos días y días en el intento. Aunque tengamos que buscar otro fénix en otro volcán en otra parte del mundo. Aunque tengamos que embotellar todo el fuego que podamos. La derrotaremos. No voy a dejar que se lleve a mi hermana para siempre.

Me asomo al borde y me obligo a mirar.

Raluca, suspendida por su poder mágico, está flotando sobre el lago de lava, extrayendo su energía del magma. Desde aquí no puedo alcanzarla con ningún arma. Sólo puedo esperar, indefensa, a que el dron lo grabe todo mientras nuestro plan se desmorona ante nuestros ojos.

Percibo un movimiento cerca de Raluca. No proviene de los demonios de lava, que ya no son más que charcos de magma, puesto que la energía de princesa de Gergon ya no los alimenta. Se trata de Stefan. Se mueve despacio para no atraer la atención. Cada vez está más cerca de ella.

En cualquier momento su hermana va a descubrirlo.

—Trina —digo—. Necesito distraerla. Rápido. ¿Qué podemos utilizar?

—Estoy sin munición —responde, y arroja la pistola, ahora inú-til, hacia un lado.

He de usar la única arma que me queda: una mentira. Cojo un bote vacío del cinturón de Arjun y lo muestro en el aire.

—Tenemos la llama de fénix —grito—. La usaré contra ti.

Raluca centra su atención en mí; su gesto amenazador me provoca un escalofrío en la columna.

—Eres mía —dice.

Me preparo para que descargue su inmenso poder contra mí. En ese momento, Stefan se pone de pie detrás de ella. Incluso desde esta distancia veo que me clava sus ojos de tigre. Luego, en un arranque de velocidad y energía, se arroja al lago, salta y detiene a su hermana.

Ella levanta los brazos con violencia y de sus manos salen despedidas unas cuerdas con las que intenta salvar la caída. Pero todo es demasiado repentino, demasiado enérgico, demasiado brusco.

Ambos caen. Se produce un destello verde y la tierra empieza a sacudirse.

Trina me agarra de los brazos.

—¡Vamos! —me apremia.

Me giro para asegurarme de que Arjun y Anita nos siguen. Tienen la cara llena de lágrimas, igual que yo. Hay demasiado gas.

—¿Cómo vamos a llegar al palacio? —pregunto.

—¿Qué llevas en la mano? —me inquiere Trina a su vez, señalándome el dedo.

—Es el anillo de Stefan. Me lo dio hace un rato.

A Trina se le ilumina la cara.

—Es un anillo real. Le vi uno igual a la princesa. Nos puede conducir al palacio. Ani, Arjun, agarraos a Sam.

Me sujetan de la mano con fuerza. Cojo el anillo, que tiene un cierre en un lado, bajo el rubí gigante. Lo abro y veo que contiene una pequeña muesca. Dirijo la vista al cráter por si queda alguna posibilidad…

—¡Ya no están! —susurra Anita.

Lo sé. No hay tiempo que perder. Aprieto la muesca.

Y en un instante, todo, incluido el volcán, desaparece.

37

SAMANTHA

El anillo nos conduce al Palacio Flotante de Nova y aterrizo de rodillas sobre su lustroso suelo. Me cuesta un momento recomponerme, pero antes de que me oriente, todo vuelve a inclinarse y me deslizo hacia el otro lado, por lo que me termino chocando contra Anita y Arjun, que están tirados uno encima del otro.

—¡Tenemos que despertar a todo el mundo! —les grito—. Voy a llamar a Zain.

Trina me pasa el teléfono y marco su número todo lo rápido que puedo.

—¡Tenemos que despertar a todo el mundo! —le digo en cuanto lo coge, sin dejar siquiera que conteste.

—Voy —acepta sin hacer preguntas—. Te veo en el salón de baile en un minuto.

Colgamos.

—¿Habéis oído? —les digo a los demás—. Tenemos que ir al salón de baile.

Trina mira a ambos lados del pasillo y señala hacia la derecha.

—Por aquí.

—¡No nos queda mucho tiempo antes de que el palacio se caiga! —chillo mientras el suelo se tambalea de un modo siniestro hacia un lado.

—Pues démonos prisa. Necesitamos todo el poder mágico posible para detenerlo.

Corremos por los pasillos con la inclinación del palacio en nuestra contra. Las puertas del salón aparecen delante de mí y Trina las abre reventando la cerradura con el hombro.

Curiosamente, el salón de baile es el lugar más tranquilo del palacio. Resulta sobrecogedor ver cómo duermen todos, felices en la ignorancia de lo que ocurre fuera. Me apresuro hacia donde se encuentra la princesa, pero al llegar me llevo otro susto.

—¡Por todos los dragones! —exclamo.

—¿Qué pasa…? —pregunta Trina. Sus palabras se ahogan—. ¿Esto qué es?

La cama de la princesa está vacía.

—¡Estoy aquí!

Al fondo del salón, perfilada contra la luz que entra por el balcón, está Evelyn, con el pelo alborotado ondeando al aire. Sus ojos azules como el hielo están enloquecidos por el poder; sus manos, extendidas todo lo que le permiten los dedos.

—Mantengo el palacio a flote…, pero no podré seguir así mucho tiempo sin ayuda.

Trina corre hacia ella.

—¡Sé fuerte, princesa! —la alienta.

Evelyn asiente.

—Lo haré… por ti.

—¡Sam!

Me giro al oír la reconocible voz de Zain y, aunque casi me desmayo del alivio, me dejo caer en sus brazos después de darle un abrazo de un segundo. Luego volvemos a la carga.

—Tengo los antídotos para los somníferos. Deberían funcionar de inmediato.

—Muy bien. Tenemos que despertar y curar a todos lo más rápido posible si queremos salvar el palacio —añado—. ¿Chicos?

Anita, Arjun y Trina dejan sus mochilas en el suelo. Dentro llevan suficientes viales para curar a todos los presentes. Agarramos un puñado cada uno y me vuelvo hacia Anita:

—Tú despiertas a la reina. Zain, tú al rey. Arjun y yo despertaremos a los demás. —«Empezando por Molly». No hace falta que lo diga en voz alta.

—De acuerdo —responde Zain.

No perdemos ni un instante. Sujeto mi remedio con una mano y los antídotos del somnífero con la otra. Esta vez tengo que confiar en la síntesis de Zain, sé que no me defraudará.

Corro hacia la cama de Molly, retiro la manta y le vierto el antídoto

entre los labios. Aliviada, veo que abre los ojos.

—¡Hola, Molly! —saludo—. Bébete esto.

Se lo bebe sin protestar.

—¿Qué hago? —me pregunta, y se incorpora en la cama. Sus manos enguantadas crepitan mientras la magia regresa.

El palacio vibra con tanta violencia que la lámpara de araña se sacude y comienzan a llover cristales del techo. Molly grita y yo le vuelvo a poner la manta encima. Cuando el movimiento cesa por un momento, la apremio:

—Vamos. Tienes que ayudar a la princesa.

—De acuerdo. Tú sigue despertando a la gente.

Nos abrazamos con rapidez y echamos a correr en direcciones opuestas: ella hacia la ventana y yo hacia la siguiente adolescente dormida.

El rey también se levanta de la cama. Arjun le explica frenéticamente lo que ha sucedido y, cuando el rey lo comprende, corre a toda prisa al lado de su hija. La reina tras despertarse hace lo mismo.

Con los tres miembros de la familia real juntos y una vez recuperado su poder pleno, el palacio comienza a enderezarse poco a poco. Cuando salgo al balcón me percato de lo cerca que hemos estado del desastre.

Los pilares del palacio flotante están tocando la Z de la sede de ZA, que empieza a inclinarse, aunque todavía no se ha partido. Me quedo mirando la cara de «menos mal que no ha pasado nada» de Zol Aster, el padre de Zain y quizá mi futuro jefe.

Y después empezamos a ascender. A medida que despertamos a más guardas y trabajadores de palacio, el esfuerzo es compartido por más gente. Muy despacio, el palacio regresa a su posición original encima del Gran Castillo.

—Lo último que queda por hacer—puntualiza el rey mientras levanta los brazos— es devolverle la invisibilidad.

—No creo que podamos, padre —repone la princesa—. La gente de Nova ha padecido uno de los peores periodos de nuestra época. Necesitan ver que todo va bien, que sus líderes están ahí, no que desaparecen en el olvido.

—¡Pero así es como siempre ha sido! —protesta el rey.

—Pero no tiene por qué. —La voz de Evelyn es firme.

El rey se suaviza.

—Te oí en el mundo de los sueños, hija —dice el rey—. Mantuviste el sentido común mientras todos sucumbíamos a los oniros.

—No lo habría conseguido sin mis súbditos —contesta—. Y hablando de ellos, tengo que comprobar que están todos bien. —Se da la vuelta y me ve en la puerta del balcón—. ¡Sam! Nos has salvado una vez más.

—Ha sido un trabajo en equipo, *una vez más* —digo, sonrojada.

—Sé que ha sido más que eso. —Me abraza y me besa en ambas mejillas—. Vamos, quiero despertar a todo el mundo.

Necesitamos un par de horas para que todos se despierten, expliquemos lo sucedido —también a la reina madre— y que sus poderes vuelvan a la normalidad. Al final la princesa hace un gesto para que Molly, Zain, Anita, Arjun, Trina y yo la acompañemos a sus dependencias privadas.

En cuanto se cierran las puertas, Evelyn se gira hacia mí.

—¿Qué ha pasado?

No tardo mucho en relatarle lo sucedido desde que nos vimos por última vez en el mundo de los sueños hasta ahora. Cuando llego a la parte en la que Stefan se lanza a las profundidades del volcán con Raluca, Evelyn suelta un grito ahogado.

—Entonces… ¿mi marido ya no está?

Asiento.

—¿Seguro? Pensé… —Se mira las manos.

Frunzo el ceño. ¿Qué estará pensando? Entonces caigo: su poder. No lo ha recuperado por completo. Aquella fuerza plena e incontrolable.

Evelyn le echa los brazos por encima a Trina; parece como si llevara mucho tiempo esperando este momento. Los grilletes que colocó en su corazón se han retirado y ahora comparten un beso apasionado. Aprieto la mano de Molly y sonreímos. Por fin esta historia puede tener un final feliz. Mi corazón me sorprende enviando una punzada de tristeza a mi cerebro. El príncipe Stefan y la princesa Raluca han tenido que morir para que esto suceda. Al final, después de todo, lo único que hizo fue tratar de salvar a su hermana. ¿Acaso puedo culparle por ello?

Tiro de Molly y le doy un abrazo.

—¿Interrumpo? —pregunta Stefan en voz baja. Acaba de aparecer en el centro de la sala utilizando un trozo de su capa harapienta.

Molly chilla. Evelyn y Trina se separan en ese mismo instante. Trina

se coloca delante de la princesa con las manos en las caderas mientras Arjun, Anita y yo nos preparamos para intervenir.

No es exagerado afirmar que aparece envuelto en humo. Está hecho un desastre. Su ropa está chamuscada y humeante, y tiene la cara cubierta de hollín. Creo que también se ha quemado una ceja, lo que le da un aspecto cómico y asimétrico.

—Estás… vivo —tartamudeo—. Has vuelto.

—Me ha costado lo mío.

—¿Y Raluca? —pregunto a pesar de que el simple hecho de que todo el mundo se haya recuperado es una buena respuesta.

—También está viva —responde con una voz que apenas es un susurro—. El lago de lava que teníamos detrás se inundó de llama de fénix, por lo que cuando caímos, todo se restableció y recuperé mi magia. Conseguí que nos salváramos por los pelos antes de que aquello se convirtiera en un infierno. —Me da la espalda para mirar a la princesa Evelyn.

Veo que ella tensa los hombros para salir de detrás de Trina. Al pasar, le roza el brazo con un dedo, y Trina parpadea. Luego, con una expresión neutra que esconde un universo de decepción y pesar, Trina se hace a un lado para dejar que vaya con su marido.

—Príncipe Stefan —dice Evelyn con rigidez.

—Princesa. —Se agacha sobre una rodilla—. Quiero disculparme por lo que ha sucedido. He llevado a Raluca de vuelta a la Escuela Visir, el último lugar en el que fue feliz de verdad, entre los prados verdes y el aire puro. Será libre, te lo prometo. No permitiré que mis padres la escondan por más tiempo.

La princesa se endereza todo lo que puede.

—Conocí a tus padres y a tu hermano mayor en el mundo de los sueños. Tal vez no sean tan benévolos con tu hermana como tú.

—Yo puedo ayudar en eso —intervengo.

Ambos se vuelven hacia mí. Tengo el dron en la mano.

—Lo tengo todo grabado. Todo. Tienes que prometerme que trataréis bien a Raluca de ahora en adelante. En caso contrario, saldrá a la luz que tu familia estaba detrás de la merma de magia. Y no creo que al pueblo de Gergon le vaya a gustar mucho la idea. Por no mencionar al resto de los dotados del mundo.

Stefan asiente.

—Créeme, no es algo que nos apetezca airear. Mis padres lo

entenderán. Por otro lado, tengo que regresar a Gergon para ayudar a reconstruir mi país, para ayudar a que mi pueblo se cure. Y como violé el contrato de nuestro matrimonio al… —Las palabras se le atascan en la garganta.

—¿Al hacerme daño de manera intencionada permitiendo que una merma de magia desconocida se extendiera por mi reino y amenazara la vida de todos los dotados del mundo? —añade Evelyn con delicadeza.

—Exacto. Por eso te pido que redactes los papeles para la anulación. Los firmaré cuanto antes. Yo… —Se toca el dedo en el que antes llevaba el anillo y levanta la vista hacia mí.

—¡Ah! —exclamo antes de devolvérselo. Stefan toma la mano de Evelyn, le coloca el anillo en la palma con suavidad y le cierra los dedos.

—Siento que con esto surja el mismo problema: encontrar a alguien para casarte, pero creo que es lo mejor.

Al oírlo, Evelyn me mira y yo sonrío. Al final puede que le encuentre utilidad al sistema de almacenaje de magia que diseñé tras la Gira Real.

—Creo que Sam lo tiene controlado —contesta Evelyn.

38

SAMANTHA

Me tumbo en la cama, en mi habitación, calentándome las rodillas con el portátil mientras miro la constelación de estrellas fluorescentes del techo. Podría extender el brazo para tocarlas. Desde que he regresado, todo lo que hay en esta habitación me resulta pequeño. Es agradable estar en casa, pero hay un extenso mundo ahí fuera y sé que necesito más de él.

Esto de las aventuras es adictivo.

Cuando regresé con Molly del palacio y nos libramos del baño de abrazos parentales, me quedé un momento a solas con mi abuelo en la tienda. Nuestra primera tarea fue llamar al monasterio Jing para contarle al waidán y a su equipo que todo había salido bien. Que se había recuperado el equilibrio natural.

Por su parte, ellos nos aseguraron que la erupción del volcán no había puesto en peligro a la ciudad de Long-shi y que parecía que todo había vuelto a la normalidad. Jamás tendré palabras suficientes para agradecérselo al waidán. Sin su ayuda y la de su equipo… nunca habría sabido cómo elaborar el remedio.

A pesar de que mi visita a Long-shi ha sido breve, soy consciente de que hay muchas cosas que no llegaré a conocer si me quedo aquí, en la Tienda de Pociones Kemi. En Kingstown. En Nova.

«Has montado en un fénix. Has seguido las viejas huellas de tus ancestros. Has escalado un volcán».

Es la primera vez que he sentido de verdad esa llamada de la aventura. Y quiero responder.

—La tienda siempre estará aquí para ti —me prometió mi abuelo.

Sus palabras me aterrorizaron y me entusiasmaron al mismo tiempo. Todo lo que creía querer para mi futuro ha cambiado: incluso el trabajo en ZA me resulta insuficiente. Hay mucho por explorar. Cuando acabe el instituto…, ¿quién sabe dónde iré? ¿Quién sabe qué lograré?

El portátil emite un sonido. Observo la pantalla con cara de extrañeza. En ella hay un millón de pestañas con diferentes versiones de lo que ha ocurrido durante las últimas semanas. Intento averiguar si alguna de ellas se acerca a la verdad.

Hasta ahora no he encontrado ninguna que recoja la historia al completo, pero, bueno, esta vez no voy a corregir a la prensa. Al menos ya no le echan la culpa a la ADC.

Por lo general, he intentado no leer los correos electrónicos, pero tengo notificaciones de otros cinco mensajes, todos con el mismo asunto: A/A SAMANTHA KEMI. PETICIÓN DE REMEDIO. Me pide ayuda gente de diferentes países con problemas poco frecuentes que sus alquimistas locales no pueden resolver.

En concreto, me llama la atención una de las remitentes: YOLANDA GRANDINE. Tiene que ser mentira. Yolanda es una de las actrices más famosas de Nueva Nova, protagonista de una docena de películas y ganadora de los galardones más importantes del cine. Es megafamosa. En todo el mundo.

Decido que es un fraude y lo mando a la carpeta de *spam*.

Oigo que llaman a la puerta.

—Pasa —digo sin pensar.

—¿Samantha?

La voz me detiene el corazón. Debo cerrar los ojos y tomar aire antes de apagar el portátil y levantar la vista.

—¿Zain?

Verlo en la puerta me provoca una sonrisa, es un acto reflejo que no puedo controlar.

—¿Puedo pasar?

Trae la cabeza gacha; parece avergonzado. Me dan ganas de decirle que se ponga derecho. Quiero que regrese mi Zain seguro de sí mismo. No lo reconozco. Tal vez él también haya cambiado, como yo.

—Claro —contesto. Con un gesto le indico que se siente a mi lado, en el borde de la cama.

—Bueno, ¿has vuelto a salvar el mundo?

—Algo así —respondo. Se me tensan los hombros. Mi primera pelea con Zain fue a causa de mi popularidad. No quiero sentirme de nuevo culpable por eso.

Él se da cuenta y pone las manos sobre las mías.

—Lo siento, no ha sido muy oportuno decir eso. Menuda falta de consideración.

—Pues sí.

Primero suspira y luego me suelta una de sus irresistibles sonrisas.

—Estoy orgulloso de ti, Sam. Sabía que lo conseguirías.

Me muerdo el labio inferior mientras analizo bien mis palabras antes de decirlas.

—No quiero que estés orgulloso de mí, quiero que lo estés conmigo. Pero eso no va a ser posible, ¿verdad? —Miro sus ojos azules y veo la realidad que hay escrita en ellos.

—Necesito averiguar quién soy y si alguna vez voy a ser digno de ti.

—¡No quiero a nadie digno de mí! —protesto. Él me detiene.

—Ya lo sé. Pero es algo que necesito hacer por mí. Necesito saber quién soy. Lo único que sé es que no sirvo para encargarme de la empresa ZA. Síntesis y Pociones… no es lo mío.

—¿Y entonces?

—Bueno, me encantaría ir a Long-shi y explorar ese antiguo monasterio. He pensado que quizá me interese la historia, la arqueología.

Sonrío.

—Sí que te ha dado por la investigación.

—Sí. Me he matriculado en una nueva titulación que ofrecen en Nueva Nova. Empieza el próximo semestre, así que me voy a tomar libre lo que queda de este curso para viajar un poco. Sé que no te lo esperabas…

—Está bien. De verdad.

Al pronunciar esas palabras, siento en el alma que son verdad. Quiero a Zain, pero también sé que tiene que averiguar quién es. Si un día, cuando ambos sepamos quiénes somos, decidimos que estamos mejor juntos…, estoy segura de que mi corazón siempre estará abierto.

—Eres la persona más increíble que conozco, Samantha Kemi. Haces que desee sacar la mejor versión de mí. Estoy seguro de que esto no es el final. Sólo somos… una poción que necesita reposar un poco

antes de que los ingredientes se combinen.

Su intento de formular una metáfora sobre pociones me saca una sonrisa.

—Siempre fuimos una mezcla extraña, tú y yo.

—Agua y aceite.

—Espero que algún día las condiciones sean adecuadas y formemos la poción perfecta. —No puedo evitarlo: me levanto y lo abrazo. Nos besamos mientras recorro con las manos sus mechones rebeldes de pelo negro hasta que nos quedamos sin aire y nos separamos. Es imposible negar que tenemos química. Tal vez algún día las cosas funcionen entre nosotros.

Por ahora ese día tendrá que esperar hasta que ambos estemos listos.

39

SAMANTHA

Tres meses después

Alfombra roja: √

Palomitas: √

Amigos y familia: (Busco a mi alrededor y veo mis caras favoritas: mi madre, mi padre, Molly y mi abuelo en las lujosas butacas de terciopelo rojo de la primera fila; Anita, Arjun y sus padres, detrás; Kirsty y sus amigos buscadores. La princesa Evelyn me saluda desde el palco real con Trina a su lado). √√√

Así que supongo que no es un sueño: estoy entre bastidores en el estreno de mi documental.

Alentada por los rostros familiares que veo entre la multitud, regreso a la oscuridad de detrás de la pantalla mientras la cortina se vuelve a colocar en su sitio. Al girarme, veo que Daphne está sonriéndome.

—¿Preparada? —pregunta.

Me paso las manos por el sencillo vestido plateado que Evie me ha ayudado a elegir a tono con mi altura y color de piel.

—Creo que sí —respondo con una sonrisa nerviosa.

—Les va a encantar —asegura—. No te preocupes, a mí estas cosas también me ponen muy nerviosa. Pero presentar tu documental va a ser pan comido. La historia habla por sí sola, eres el sueño de cualquier director de cine.

—Has hecho un gran trabajo —digo con sinceridad.

Lo sé muy bien. Ya lo he visto unas diez veces, siempre con miedo a encontrar algo que no me guste o a no reconocer mis palabras. Pero Daphne ha estado formidable desde que retomó el contacto conmigo y se disculpó por no creer en mí y dejarme tirada en Zhonguo. Acepté sus disculpas porque entendí que dudara de mi palabra después de todas las mentiras que había vertido Stefan. Por eso quería contar mi historia.

Y ahora ha creado algo muy especial. Una visión de mi vida como maestra alquimista, con sus pros y sus contras, desde las noches en vela buscando ingredientes y elaborando mezclas fallidas hasta los triunfos de crear la poción perfecta.

Tal y como dije, decidí que la historia del Stefan y Raluca no tuviera un papel destacado. Evie recibe mensajes del príncipe de vez en cuando en los que le asegura que Raluca se está recuperando de la terrible experiencia y está aprendiendo a ser feliz. Le cuenta que Gergon se está reconstruyendo, que él mismo está progresando y exigiendo mayores esfuerzos a sus padres y a su hermano. Evie y Trina también han ido a Gergon para cerciorarse de que lo que dice es cierto. Confío en su criterio.

En cambio, sí quise que en el documental se tratara el tema de la creación de la poción que le permite a la princesa almacenar su exceso de poder (sin que se vea obligada a casarse) y enamorarse así de la persona adecuada llegado el momento. Cuando se emita el documental, la gente entenderá mejor la anulación del matrimonio entre Evelyn y Stefan, y la importancia determinante de que los dotados y los corrientes permanezcan en equilibrio y a salvo. Esa también es una buena historia.

Los primeros compases de la música de inicio inundan el teatro. Daphne me da un golpecito con la mano.

—Será mejor que te vayas a tu sitio.

Asiento, tomo aire y me cuelo en el auditorio mientras todo el mundo tiene los ojos puestos en la gran pantalla. La secuencia introductoria concluye con el título «SAMANTHA KEMI: UNA ALQUIMISTA POCO CORRIENTE».

Tengo la sensación de que es la única vez que tomo aire durante la proyección de casi una hora (aunque sé que es imposible). Lo único que consigue eliminar la tensión de mis hombros y que me devuelve el aliento es la gran ovación final que recibe el documental. Anita me echa

los brazos por encima desde detrás y a mi madre se le saltan las lágrimas. Incluso mi abuelo tiene los ojos vidriosos mientras se queja de que me grabaran con el laboratorio hecho unos zorros después de preparar una poción. Sé que le ha gustado. Y mucho.

—¡Dios mío, Sam! ¡Ha sido alucinante! —exclama Anita mientras pasa por encima de las butacas para darme un abrazo de verdad.

—¿En serio?

—Yo no te mentiría. ¿Es demasiado tarde para hacerme alquimista? —pregunta entre risas.

—Ya sabes que te incluyo en mi equipo cuando quieras —contesto, contagiada por su sonrisa.

La gente se congrega alrededor de nosotras mientras hablamos. Anita me pone algo en la mano: su teléfono. Me he dejado el mío en casa aposta porque no quería leer nada ni recibir mensajes de nadie que no fueran las personas aquí presentes.

Bueno, con una excepción, claro.

—Cógelo —me susurra al oído—. Busquemos algún sitio apartado, yo te echo una mano.

Asiento y me escabullo entre la multitud guiada por mi amiga. No es fácil desaparecer entre la gente cuando eres tan alta, pero al final lo conseguimos y me escondo de nuevo detrás de la cortina.

En la pantalla del teléfono aparece un rostro familiar.

—¿Zain?

La cara se le ilumina la verme y su sonrisa me acelera más todavía el corazón.

—¡Sam! No podía dejar que pasara esta noche sin felicitar a la alquimista más molona que conozco.

—Gracias —digo con un ligero rubor—. ¿Qué tal la vida en Nueva Nova? —Zain ha comenzado el curso y lleva semanas estudiando sin parar para ponerse al día en el nuevo semestre.

—Es increíble. Tienes que venir a ver el campus, te encantaría. Visité los laboratorios y me acordé de ti. Tienen aún más avances tecnológicos que en Long-shi.

—¿De verdad? Pues me apunto —digo con una sonrisa.

—Bueno…, diviértete esta noche. Tengo muchas ganas de ver el documental.

—Gracias. Y que te cunda con el estudio.

Aunque nos quedamos callados, no colgamos. Tenemos los ojos

pegados al teléfono, pero se me atragantan las palabras que quiero decir y no puedo. Entonces cierro los ojos y aprieto el botón de colgar para quedarme en una oscuridad momentánea.

Hasta que un instante después una luz brillante destella a mi lado. Me acerco llena de curiosidad. En el suelo hay un paquete envuelto en papel marrón y atado con un lazo rojo. En la etiqueta está escrito mi nombre. No hay remitente.

Tiro de la cinta y arranco el papel. Al ver lo que contiene, me quedo sin aliento.

Un diario de pociones. Un impresionante diario de cuero compuesto por hojas en blanco de un papel color crema texturizado, listo para ser usado. En la cubierta, sobre el suave cuero oscuro y lustroso, lleva grabado un fénix saliendo de las llamas. Paso los dedos por encima del fénix sin entender cómo puede ser tan bello.

Sé que es una bobada, pero quiero oler las páginas: ese aroma a cerrado tan perfecto que sólo se percibe la primera vez que se abre un libro. Abro la tapa y me preparo para inhalar, pero algo me detiene. En la primera página hay una inscripción con una caligrafía que reconozco:

No lo olvides, Sam. Para mí siempre has sido mucho más que alguien corriente.

Z.

Aprieto el diario contra mi pecho y la cortina se abre.

—¿Sam? —Es Daphne. Anita la sigue a poca distancia con cara de «lo siento, no he podido detenerla»—. Ah, estás aquí —me suelta mientras se acerca con brío, como alentada por la ovación del público a su (nuestra) película—. Quería darte esto antes de ir a la fiesta, por si no te veo después.

Me guiña un ojo y me pasa una elegante tarjeta de visita con el nombre «YOLANDA» impreso con unas cuidadas letras mayúsculas. Está hechizada para que en el reverso aparezcan los tráileres de sus películas.

—Yolanda me ha dicho que no le haces caso a los correos. Deberías ponerte en contacto con ella. Está loca por quedar contigo para

hablarte de una poción.

—¿En serio? —Me quedo boquiabierta.

—En serio —responde. Me da dos besos rápidos en las mejillas—. El documental es un éxito, Samantha. Espero que estés orgullosa.

Se marcha con un remolino de su falda larga y nos deja a Anita y a mí detrás de la pantalla.

Anita me sonríe.

—Bueno, Samantha Kemi, reina del documental, maestra alquimista y pronto elaboradora de pociones de las estrellas, ¿qué deseas hacer ahora? Hay bebida en el vestíbulo, aunque he oído hablar de una fiesta.

Lo medito.

—Bueno, lo de la fiesta suena bien…, pero ¿sabes qué es lo que me apetece?

—¿Qué?

—Un café extragrande de vainilla con nata montada.

Cafeína: Puede que no sea un aqua vitae, pero es la mejor poción multiusos que voy a encontrar jamás.

Se echa a reír y me agarra del brazo.

—¿Coffee Magic?

—¿Dónde si no? —Tiro de ella hacia la puerta trasera para salir del teatro sin que nadie se dé cuenta.

—¿Qué es eso? —me pregunta Anita al salir, y señala el diario que aún llevo bien agarrado.

—¿Esto? —Miro el fénix que nace de las cenizas y sonrío—. Es donde sucede la magia.

AGRADECIMIENTOS

El primer agradecimiento efusivo es para Lucy Rogers y Zareen Jaffrey, unas editoras excelentes, por todo lo que han hecho para dar forma a esta serie y por pertenecer al gran equipo #Zamantha. Los equipos de S&S, con miembros en todo el mundo, han hecho que estos libros vayan viento en popa; gracias por querer tanto como yo a Sam, mi protagonista alquimista y empollona.

Muchas gracias, como siempre, a Juliet Mushens por ser mi amiga estrella de rock y mi agente. Ella es la responsable de que *Pociones* esté disponible para los lectores en muchas lenguas distintas. No dejan de sorprenderme su energía y su talento (en secreto sospecho que ella también es dotada).

Para mis amigos en este viaje de la escritura: Zoe Sugg, Amie Kaufman, Laura Lam, Juno Dawson, James Smythe, Will Hill y Laure Eve. Gracias por inspirarme con vuestros sorprendentes libros. Y una mención especial a Kim Curran, que me ayudó a limar alguna que otra incongruencia mientras me refugiaba en una casa solariega francesa. Sin ti esto habría sido imposible.

Muchas gracias a mis padres por su apoyo constante y sus consejos, y por darme libertad para acudir a la casa de campo, mi sitio favorito para escribir.

Por último, estos agradecimientos no estarían completos sin un saludo a Dadingo, el gran camión amarillo de Oasis Overland que me condujo hasta la base del volcán Villarrica, en Chile, para llevar a cabo mi investigación (junto con muchos otros sitios de Sudamérica), y a las personas que viajaban en él, en especial a Gayle, Kim y Gareth. Mi sed de aventura me ha llevado a muchos lugares del mundo tan mágicos como los de este libro, pero quienes de verdad hacen que todo esto

merezca la pena son las personas que he conocido en el camino.